# LOS SALMOS

## Himnario de los hijos del Pacto

- I -


Esta segunda edición de “Los Salmos” ha sido posible en gran parte gracias a una donación de la Fundación neerlandesa “Pro Religione et Libertate”.

# LOS SALMOS

## Himnario de los hijos del Pacto

## - I -

Rev. Frans van Deursen

**Segunda edición: 2003**

FUNDACIÓN EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA

**(FELiRe)**

Invitación y promesa:

*"¡Aleluya!*
*Alaba, oh alma mía, a Jehová.*
*Alabaré a Jehová en mi vida;*
*cantaré salmos a mi Dios mientras viva".*
(Salmo 146: 1)

Las citas bíblicas que aparecen en este libro han sido tomadas, casi exclusivamente, de la versión Reina-Valera, revisión 1960.

Título original: **Psalmen I**
Derechos de edición: Buijten & Schipperheijn, Amsterdam
Traductor: Rev. Juan-Teodoro Sanz Pascual

Primera edición: 1996
Segunda edición: 2003

ISBN: 906311027 8
Depósito Legal: .

Edita y distribuye:
FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
STICHTING UITGAVE REFORMATORISCHE BOEKEN
(FELiRe)
Apartado 1053 - 2280 CB Rijswijk-Z.H. - Países Bajos

Distribuye:
FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
FELiRe, Apartado 96.018, 08080-BARCELONA, ESPAÑA

Diseño portada y composición:
RECURSOS EDICIONES
www.recursosediciones.com

Impreso en Romanyà/Valls, S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

*Printed in Spain*

# ÍNDICE

## Capítulo 3



## Capítulo 4



## Capítulo 5

# PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

*El subtítulo de este libro, el primero de dos tomos acerca del libro SALMOS, también podría ser: "Los Salmos, ¿cómo se les debe leer y cantar?", porque esta publicación quiere ser una guía en el estudio de los Salmos, y no un comentario completo a todos ellos. Quiere, en fin, dar algunas claves para permitirte comprender lo que lees. El autor lo intenta exponiendo primero algunas palabras clave, y después comentando un número limitado de salmos -unos 25 entre los dos tomos- en los que también se encuentran conceptos centrales del Libro de los Salmos. De esa manera, esta publicación te ofrece una serie de principios de la Sagrada Escritura para la exposición de la misma.*

*¿Cuál es la actualidad de los salmos para nosotros, creyentes novotestamentarios?*

*La respuesta es, que el Espíritu Santo, autor inspirador de los escritores de los salmos, nos estimula a actualizarlos en nuestra propia vida.*

*Los salmos nos enseñan a humillarnos si caímos en pecado (Sal. 32). Los salmos responden a la pregunta de ¿quiénes morarán con Dios? (Sal. 15 y 24). Los salmos enseñan a suplicar la justicia de Dios cuando nosotros o nuestros hermanos en otra parte del mundo somos perseguidos (Sal. 35). Los salmos nos enseñan a implorar humildemente reconstitución cuando la iglesia, por culpa propia, se ha dividido (Sal.* 74 y *79). Los salmos nos recuerdan que la "naturaleza" no sólo nace,*

*sino que también es sustentada por las manos del Creador (Sal. 29 y 104). Los salmos cantan acerca de la navegación marítima (Sal. 107), acerca de la siembra y de la cosecha (Sal. 65 y 126). Los salmos tratan de toda la amplia vida cristiana, y nos hacen darnos cuenta que el SEÑOR ha llevado toda esa vida bajo la cúpula protectora del Pacto.*

*Sí, es cierto, el Nuevo Pacto es más excelente que el Antiguo (por el mejor derramamiento de sangre, cf. He. 9: 14-15), y la apelación a nuestro corazón es bastante más seria ahora que nosotros ya no vivimos más bajo la ley, sino bajo la gracia. Pero, quien profundiza en los salmos, llegará a comprender que los tesoros y dones del Espíritu Santo ya se nos ofrecen allí tan excelentemente que sólo para nuestro propio perjuicio podríamos desentendernos de ellos. Pues él es quien nos instruye en los temas que, según la voluntad de Dios, tendrán un lugar en nuestras oraciones.*

*Así pues, el conjunto de salmos de la Biblia es como un lugar en que ejercitarnos en nuestro trato con Dios nuestro SEÑOR al orar y al cantar. Quizá pueda también suscitar interés para cantar salmos en los cultos de la Palabra y Sacramentos. A este respecto, la colección que FELiRe ha presentado en su LIBRO DE ALABANZAS ofrece una posibilidad magnífica; y así se podría elevar una alabanza unánime sobre los continentes, y resonar hacia el trono de Dios.*

*Concluimos con una justificación concreta. El traductor, Rev. J. T. Sanz, ha traducido a conciencia el libro del Rev. F. van Deursen, titulado PSALMEN. Pero se han dejado a un lado detalles que serían incomprensibles para nuestros lectores hispanohablantes, porque se refieren a situaciones locales holandesas. Además, es preciso mencionar que el Rev. van Deursen, al escribir este libro estudió y consultó muchos comentarios y otras fuentes que justificó en notas que nosotros (previa consulta con el autor) hemos suprimido porque la barrera idiomática impide que nuestros lectores puedan consultar esas fuentes holandesas.*

T. HUIZENGA
(FELIRE)

# INTRODUCCIÓN

"Aleluya. Alaba, oh alma mía, a Jehová. Alabaré a Jehová en mi vida; cantaré salmos a mi Dios mientras viva", Sal. 146: 1. También estas palabras cumplió nuestro Señor Jesucristo durante su estancia en la tierra. Nuestro Salvador murió con palabras de salmos en sus labios.

Como niño debió haber aprendido de su madre María los Salmos. Seguro que ella los conocía muy bien, pues en su "Magnificat" cita siete salmos favoritos (Salmos 89, 98, 107, 111, 113, 147). Al cumplir 12 años le fue permitido ir al templo. De camino de Nazaret a Jerusalén, es natural que haya cantado con los demás peregrinos los "cánticos graduales" (Salmos 120 al 134), para después, como israelita entre los israelitas, participar del canto en el atrio de la Casa de su Padre.

Más tarde, cuando fue rechazado por los escribas, les reprendió y se consoló a sí mismo con el Salmo 118: "La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo", v. 22. Un salmo que, por lo demás, también cantó en la noche previa al día de su muerte. "Y cuando hubieron cantado el Himno ("Hallel", Salmos 113 al 118), salieron al monte de los Olivos", Mt. 26: 30. Ante el Sanedrín, apeló aquella noche al Salmo 110. En la cruz lamentó su abandono de Dios con las palabras del Salmo 22; para, finalmente, exhalar el último suspiro con palabras de salmos, una vez más, en los labios. Su última profesión de fe la tomó del Salmo

31: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu", Lc. 23: 46; un salmo que, quizá, también aprendió de su madre María.

¡Cuánto, pues, ha aprendido de los Salmos nuestro Salvador! ¡Cómo ha debido reconocer su propio camino de sufrimiento en esos pobres y sufrientes, pero, aun así, encomiables justos! ¿Cuántos salmistas no se lamentan de la opresión de los impíos? Ese sufrimiento alcanzó el punto culminante en nuestro Redentor. Nuestro Señor Jesús también cumplió los Salmos. Al principio, sus discípulos no comprendieron nada de ellos; pero al instruirles después de su resurrección, les volvió a recordar los Salmos. Ya os he enseñado anteriormente -así les debió decir entonces-, "que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito *de Mí* en la ley de Moisés, en los profetas y en los *Salmos*", Lc. 24: 44.

## 1. LOS SALMOS COMO LIBRO Y PARTE DE LA BIBLIA.

Pero con la palabra "Salmos", el Señor indica a sus discípulos no sólo los 150 salmos que se cantan, sino también la parte de la Biblia que lleva ese nombre: los Salmos. Se debe saber, que nuestro Salvador y sus apóstoles por norma de la Sinagoga estaban acostumbrados a dividir los rollos del Antiguo Testamento en los tres grupos siguientes: 1. La *Ley de Moisés* (de Génesis a Deuteronomio). 2. Los *Profetas* (Josué, Jueces, Samuel, Reyes, Isaías hasta Malaquías). 3. Los *Salmos* (no sólo los 150 salmos, sino todo el resto del Antiguo Testamento).

Los rabinos en todo momento usan esta división y orden, y también en las ediciones impresas del Antiguo Testamento hebreo los libros aún siguen estando colocados de esa manera. Asimismo nuestro excelso Maestro ha reconocido este orden como el acertado.

Esto se evidencia de sus palabras a sus discípulos antes citadas, Lc. 24: 44. Esto llama la atención mucho más, cuando te das cuenta que nuestro orden ya era conocido también entonces. Los *Setenta*, es decir, la traducción griega, a la cual tenemos que agradecer nuestro (equivocado) orden de los libros en la Biblia, ya hacía tiempo que había aparecido durante la estancia terrenal de Jesús. Esto no obstante, nuestro Señor evidentemente se atuvo a la antigua distribución y orden hebreos.

Por eso, en este libro sobre los Salmos, volvemos a esta distribución original de los libros de la Biblia. Y con el Nuevo Testamento completo poseemos ahora, consecuentemente, una(s) Sagrada(s) Escritura(s) completa(s), que constan de *cuatro* partes principales: 1. La Ley de Moisés. 2. Los Profetas. 3. Los Salmos. 4. El Nuevo Testamento.

La palabra "Salmos", pues, tenía desde antiguo dos clases de significado: 1. Los Salmos como *libro* de la Biblia (los 150 salmos que se cantan versificados). 2. Los Salmos como *parte* de la Biblia (una colección compuesta no sólo de los 150 salmos, sino también de los libros: Proverbios, Job, Cantar de los Cantares, Rut, Lamentaciones, Eclesiastés, Ester, Daniel, Esdras, Nehemías y Crónicas).

A esta tercera parte de la Escritura los judíos también la llaman los *Escritos* (Ketubim). De ahí que ellos frecuentemente designen a nuestro Antiguo Testamento con la abreviatura: *Tenak*, conformada por las primeras letras de las palabras *T*horá (Ley), *N*ebiim (Profetas) y *K*etubim (los Escritos). También esta abreviatura habla, pues, de las tres partes del Antiguo Testamento.

Sin embargo, porque los Salmos están al principio de la tercera parte de la Sagrada Escritura, a todos los Escritos también se les llama según el primer libro de todo este grupo: los Salmos. Como nosotros a una colección de cuentos también los solemos llamar según el primero de ellos. Así es como la palabra "Salmos" llega a su doble significado: 1. Los 150 salmos, 2. Los Escritos.

## 2. LOS SALMOS.

"¡Hallelujah!"

¡Qué pena, que esta palabra no haya sido traducida! Pero, literalmente, significa: "¡Alabad a Jahweh!" ¡Cuán frecuentemente nos debería estimular la Palabra de Dios a alabar a nuestro Padre celestial! Canta, pues, sobre todo, salmos. En casa con tus hijos, y en las reuniones de la iglesia. Los Salmos forman la más antigua "Colección de Himnos" que posee el pueblo de Dios; pero también contienen nuestro más

antiguo “Breviario” o “Libro de Oraciones”; y no fueron coleccionados por una comisión eclesial, sino que fueron inspirados por el Espíritu Santo, 2 Pe. 1: 21.

Por consiguiente, desde los Salmos puedes aprender no sólo cómo debes alabar a Dios, sino también cómo te es permitido ir a él en oración; pues el hombre también debe aprender a alabar y a suplicar a Dios. En la escuela de los Salmos consigues no sólo lecciones de teoría, sino también de práctica. Lecciones aprobadas, es más, inspiradas nada menos que por el Espíritu mismo de las oraciones.

# Capítulo 1

## LO QUE EL LUGAR DEL LIBRO DE LOS SALMOS ENSEÑA SOBRE SU CONTENIDO

SEGURO que también tú has visto en el tren un hombre que, vestido con sombrío hábito, calzados sus desnudos pies con sandalias, estaba sentado musitando una oración de un breviario, un libro de oraciones romanocatólico. Sencillamente en pleno día de la semana realizaba este hombre, a vista de todos y en un medio de transporte público, sus ocupaciones piadosas; vestido con hábito religioso; luciendo su tonsura clerical en su coronilla y, aparentemente, no prestando atención alguna a otra cosa que a su lectura piadosa.

Allí estaba un hombre que, por pura religiosidad, había dicho adiós al mundo, renunciado a sus posesiones, roto con su familia para ir a hacer morir todas sus pasiones detrás de muros sombríos de un convento en una vida de "renunciamiento"; e incluso el deseo natural de tener una propia mujer e hijos. No es extraño que compañeros de viaje echaran miradas furtivas de admiración encubierta a este animoso fraile.

Sin embargo, los libros de historia de la Cristiandad saben contar ejemplos aun más fuertes que el de nuestro monje leyendo su breviario, quien, de vez en cuando, aún disfruta de un buen cigarro. En el terreno religioso se han realiza-

do actividades formidables: ayunar y velar, vivir en una celda, dormir sentado, vestir harapos, arrastrar cadenas y cruces, condenarse a sí mismo a no hablar de por vida, permanecer años y años sobre un pilar, incluso evitar la mirada de una mujer o de un animal hembra.

¿Debemos ahora imaginarnos a los salmistas más o menos como semejantes figuras excepcionales? ¿Fue David un espíritu afín a aquel hombre del tren? ¿Debemos considerar el Libro de los Salmos como una especie de breviario católicorromano; un libro para un rinconcito de nuestra vida: el rinconcito de lo religioso? ¿Son los Salmos, hablando propiamente, sólo utilizables los domingos en la iglesia, y rara vez en casa después de leer la Biblia? O como persona normal en la vida corriente, ¿también puedes hacer uso de ellos a lo largo de la semana?

Nosotros habremos avanzado un buen trecho con estas preguntas, si, en primer término, hemos visto bien lo que el lugar del Libro de los Salmos en el total de la Escritura (ya) nos puede enseñar acerca del carácter de estos himnos.

## 1. HIMNOS SOBRE FUNDAMENTO SINAÍTICO.

¿Dónde se encuentran propiamente los Salmos en la Escritura? ¡Es muy fácil encontrarlos! Coges una Biblia, la abres por el centro, y ya tienes los Salmos delante de ti. Así que están, más o menos, en el centro de la Biblia.

Así es ciertamente en nuestra Biblia; pero nosotros trabajamos con traducciones de la Biblia. En la Biblia hebrea, los Salmos se encuentran en otro lugar: después de la Ley y los Profetas. Ahora queremos considerar lo que ese lugar original de los Salmos nos puede enseñar acerca de su carácter. Entonces, en primer lugar, nos habremos dado cuenta de lo que ahora realmente es el asunto principal de la primera gran parte de las Sagradas Escrituras, a saber, la Ley o Thorá de Moisés (de Génesis a Deuteronomio).

### *a. ¿Qué enseñaba la Thorá?*

Después de todo lo que se ha dicho en otros libros acerca de la Thorá o primera gran parte de la Escritura, nos basta

responder aquí con una breve contestación. La Thorá trata de tres cosas. En primer lugar, acerca de los *pactos* que el SEÑOR, a lo largo del tiempo, estableció con Israel. Primero con Abraham, patriarca de Israel, y después, a través de este primer pacto, un compromiso más con Israel en Horeb; y, finalmente, inmediatamente antes de la entrada en Canaán, otro compromiso más. De lo cual, el libro Deuteronomio forma un documento. En segundo lugar, esta primera parte de la Biblia enseña cómo el SEÑOR se hizo *Rey* de Israel. Y, en tercer lugar, cómo el SEÑOR llegó a morar en medio de su pueblo, en una *tienda de Rey.* En ella estaba el sillón del trono del SEÑOR, el arca; y en ese Palacio, Israel podría *servir* a su Rey y Aliado por medio de altares, sacrificios y sacerdotes.

Estos eran los tres asuntos principales, acerca de los cuales nuestro Padre celestial instruyó a su antiguo pueblo en la Thorá: 1. Su *dignidad Real.* 2. Sus *pactos.* 3. Su *morada.*

*b. La Thorá, fundamento dentro del mundo israelita.*

Los creyentes israelitas han apreciado tanto estos tres grandes beneficios, ¡que los han puesto en la misma línea con la obra de la creación del SEÑOR! A “Horeb” y todo lo que ello conlleva, se lo ha considerado en Israel como un auténtico “fundamento del mundo israelita”[1]. Allí, en Horeb o Sinaí, el SEÑOR había colocado a Israel sobre un fundamento por medio de su Enseñanza Divina o Thorá. Lo que los pilares son para un puente, eso era la Thorá para Israel. Las ordenanzas de Moisés formaban los pilares de apoyo dentro de la convivencia israelita. Los fundamentos que el SEÑOR había echado bajo el mundo israelita, para que no tropezase, Sal. 93: 1, 96: 10, 1 Cr. 16: 30. Israel no pudo expresar posteriormente su profunda admiración por esta extensísima obra de Dios y la elevada importancia de la misma para la convivencia del pueblo, de manera más poderosa que calificándola de obra de creación por parte de Dios. La “fundamentación del mundo”. Eso era “Horeb” y lo que Israel había recibido allí. Como la torre de una catedral sobre un mar de casas, así se eleva la palabra Horeb o Sinaí desde la Thorá hacia arriba como la palabra clave de toda esta primera parte de la Biblia. Génesis no

sólo introdujo los acontecimientos en aquel monte, sino que (ya) era parte de él. Exodo, Levítico y Números están dedicados casi exclusivamente a él, y Deuteronomio vuelve la vista a él.

La Thorá (doctrina) acerca de la realeza del SEÑOR, el total de pactos que él había establecido con Israel y su tabernáculo Real con su correspondiente culto, forman, pues, nada menos que la base sobre la que Israel vivía; el pilar de su existencia; la base bajo su convivencia; el fundamento en que descansaba el edificio del pueblo de Dios.

De paso, hacemos notar que también para nosotros, que por la fe hemos sido hechos hijos de Abraham e insertados en Israel, Sal. 87, Ro. 4, la base de la Sagrada Escritura sigue siendo la Thorá. En efecto, ya no vivimos más bajo el pacto de Horeb. Este ha envejecido y desaparecido con la venida de Cristo, He. 7 y 8. Pero esto no quita que, con respecto a nuestra relación para con la Thorá, tenga validez la ininterrumpida ley de la carta a los Hebreos: “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?”, 9: 14. También nosotros estamos como pueblo de Dios sobre el *fundamento* de su pacto con Abraham. Estamos obligados bajo juramento a servir lealmente a nuestro Rey como fieles aliados. “¡Yo puedo ahogarme fuera de toda comunicación-de-pacto-con-Dios en las aguas eternas de su juicio si no cumplo su pacto!” ¡De esta sanción de condena habla también el agua de nuestro bautismo! ¡Ay del desertor de la comunión del Pacto!, He. 10: 28-31.

*c. Himnos del Pacto.*

Cuando los israelitas levantaron las tiendas de campaña para ir a tomar posesión de Canaán, poseían ciertamente la Thorá, pero aún no tenían nuestra actual colección de 150 salmos. Estos debían ser escritos aún; con alguna excepción, como el Salmo 90, cuyo título dice: “Oración de Moisés, varón de Dios”, cuando los israelitas murieron bajo la ira de Dios, porque habían menospreciado la tierra prometida, Núm. 13 y ss. Pero incluso este antiguo salmo es, pues, posterior a “Horeb”.

Por consiguiente, todos los salmos en nuestro homónimo libro de la Biblia han nacido después del establecimiento del mundo israelita en Horeb. Lo mismo vale de los salmos que encontramos en otros libros de la Biblia, como el cántico de Débora, Jue. 5, el cántico de Ana, 1 S. 2, la alabanza de Ezequías, Is. 38, la oración de Jonás y el salmo que fue cantado en la dedicación del arca, 1 Cr. 16 (más o menos el Salmo 105). A este respecto, también podríamos pensar en los cánticos de alabanza de María, Zacarías y Simeón, Lc. 1 y ss.

Todos estos himnos o cánticos fueron compuestos y cantados sobre un *fundamento* determinado: el fundamento de la Thorá. El fundamento del Pacto y realeza de Dios. Ahí está su profunda diferencia con los "salmos" de los pueblos paganos vecinos de Israel. Sí; ahí se halla la profunda diferencia con muchos cánticos cristianos, canciones y versos "piadosos".

Acabamos de citar también los "salmos" de los pueblos paganos vecinos de Israel. Los descubrimientos arqueológicos han traído a la luz, que también los antiguos paganos orientales poseían sus canciones religiosas. A continuación mostraremos alguna de ellas. Si se quiere, se pueden encontrar allí bastantes (traducidas al inglés) en "Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament", editadas por James B. Pritchard, Princeton, 1955, págs. 365-400. Allí se encuentran salmos egipcios, sumero-acádicos y etitas, en honor de ídolos como: el sol, el Nilo, la diosa luna, Ishtar y Marduk. Especialmente los "salmos" fenicios parece que, por lo que respecta a su forma poética, muestran rasgos sorprendentes de semejanza con los salmos israelitas. Lo mismo que a nuestros salmistas bíblicos, también a los poetas paganos les gustaba decir las cosas dos o tres veces seguidas, pero con otros términos (se trata del llamado "paralelismo hebreo"). Sobre todo los hallazgos en Ras Shamra o Ugarit, en Fenicia, difícilmente pueden ser evaluados en su significado para entender el idioma de los salmos. El comentario de Mitchell Dahood, quien explica *filológicamente* los 150 salmos con ayuda de las fuentes de Ugarit, parece hablar aclaratoriamente en muchos lugares o textos[1a].

Esto por lo que respecta a semejanzas en idioma y forma poética. Sin embargo, en lo que se refiere a contenido,

hay un abismo sin fondo entre los salmos de Israel y los de los paganos. Pues todas las religiones paganas (y bajo su influencia también toda caprichosa religiosidad cristiana) le dan vueltas constantemente a la pregunta: "¿Cómo *obtengo* una buena relación con Dios?" Mientras que de cada línea bíblica de los salmos se evidencia, que *tenemos* una relación de pacto con Dios; una relación extraordinariamente buena y segura. Aunque, con ella, Israel poseyera no sólo promesas de bendición, sino también serias cláusulas de maldición. Lo que constantemente preocupaba a los paganos, y no necesariamente así a Israel, era: *contentar* a Dios (a los dioses) con *religiosidad* pesada; como los sacerdotes cananeos de Baal en el Carmelo intentaban atraer la atención de su señor (Baal = Señor) con gritos interminables e hiriéndose con cuchillos, 1 R. 18. Pero los salmistas podían alegar ante Dios su Palabra dada por Él mismo, es decir, la Thorá de Moisés.

Israel y sus poetas-salmistas se encontraban, pues, frente al Todopoderoso en una posición única: vivían sobre el fundamento del complejo de los pactos del SEÑOR. La realeza de Dios y el culto de expiación en sus altares formaban los pilares de apoyo bajo la convivencia de ellos. Todos los salmos nacieron y se configuraron en este fundamento. Fueron cantados bajo el arco iris de los pactos de Dios. La realeza de Dios sobre Israel y su morada en medio de Israel forman, por así decirlo, la atmósfera en que los salmistas han respirado, el clima en que han vivido y el fundamento en que fueron puestos.

En una palabra, los salmos son, de principio a fin, himnos del *Pacto*.

A veces, el fundamento sinaítico del Pacto es mencionado con muchas palabras por un salmista. Este es el caso, por ejemplo, en el Sal. 93: 1, que traducimos así:

*"Sí, él ha dado al mundo fundamentos firmes, para que no se moviese".*

De paso, indicamos que precisamente el Salmo 93, el cual menciona expresamente el fundamento de Israel, habla acerca de lo que calificamos como los fundamentos de la Thorá: los testimonios (testamentos, pactos) del SEÑOR, la realeza del SEÑOR y su trono-y-morada.

Por otra parte, también tenemos salmos que no cantan acerca de este fundamento del pueblo de Dios, sino que se lamentan. Los Salmos 11 y 82 hablan claramente desde tiempos de abandono de la Thorá o abandono del fundamento. En vísperas de la rebelión de Absalón, David se lamentaba: "Si fueren destruidos los *fundamentos* (si se pisoteara la Thorá), ¿qué ha de hacer el justo?" Sal. 11: 3[2]. El Salmo 82 introduce al SEÑOR mismo, hablando. Haciendo notar la opresión del huérfano y de la viuda, en pugna flagrante con el texto y el Espíritu de su Thorá, el Dios de Horeb se lamenta: "Tiemblan todos los cimientos de la tierra", v. 5c.

Sin embargo, la mayoría de los salmos no mencionan la palabra fundamento. Como tampoco la Thorá sale a colación expresamente en cada salmo. Pero eso no quita que, ello no obstante, el asunto del fundamento de Israel esté plenamente presente en todas partes. De hecho, reencontramos toda la Thorá de Moisés con sus beneficios en cada salmo una o más veces, como en forma de microfilm en cuatro letras: JHWH. "Yo soy Jehová, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre", Ex. 20: 2, Dt. 5: 6. El Salmo 88 puede ser calificado como el salmo más sombrío en todo el Libro de los Salmos. Pero, incluso en las tinieblas en que se halla este poeta enfermo de muerte, ese Nombre JHWH (Jahweh) disipa la desesperanza de la noche con la luz de la mañana de la esperanza del Futuro. "Jahweh", en nuestras versiones de la Biblia, traducido por "Jehová", nos recuerda la salvación del pueblo de Dios sellada en Horeb. Ese Nombre y ese relato de salvación permanecen inseparablemente unidos entre sí. Podemos decir tranquilamente, que desde la salvación de Israel de la masacre egipcia, ese Nombre funciona como caja de resonancia de todo hablar de Dios; también en los Salmos. La expresión: "Yo soy Jehová", contiene esto: "Yo soy vuestro Dador de vida, vuestro Salvador, vuestro Ayudador próximo, vuestro Aquí-estoy-Yo-ya". Todas las promesas, mandatos, avisos, amonestaciones, alabanzas y súplicas son sostenidas por ese Nombre *en* la Thorá, *en* los Profetas y *en* los Salmos. La sola mención de ese Nombre evidencia que los salmistas entonan sus himnos de alabanza y de lamentación ante la presencia del Dador de la vida y del Aliado de Israel. Como una marca transparente en un pliego de papel

en blanco, leemos en cada página del Libro de los Salmos el Nombre que Dios mismo pronunció a los oídos de Moisés: "¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad...", Ex. 34: 6 y ss.[3]

En el Nombre del SEÑOR está, asimismo, el misterio de por qué Israel pudo *alabar* a su Dios tan de corazón (cordialmente), mientras la así llamada alabanza de los salmistas paganos ciertamente tenía que degenerar en adulación servil de adoradores eternamente miedosos, que evidentemente querían apuntarse un buen tanto cerca de sus caprichosos seres supremos.

¿Por qué hemos dedicado tan amplia atención a este fundamento dentro de los salmos? Porque, a lo largo de la historia, muy frecuentemente hemos fingido no conocer ese fundamento del Pacto; con lo cual hemos producido un gran daño a la lectura, al canto y comprensión de los salmos. Pues, ¿cómo se quiere entender un himno sobre el Pacto de Dios, si no se ve el asunto del Pacto de Dios? Sería como si los ciegos se pusieran a juzgar sobre colores.

*d. Quien menosprecia este fundamento del Pacto, no puede entender los salmos.*

¿Por qué el fraile que encontramos en el tren practicaba la "religiosidad" incluso en un medio de transporte público? ¿Por qué vestía ropas religiosas y lucía una tonsura religiosa? ¿Por qué tantos antes que él marcharon a un convento para liberarse de este mundo? ¿Por qué no sólo paganos como el rey Moab (2 R. 3: 27), sino incluso israelitas ofrecían niños a su ídolo? 2 R 23: 10. ¿Qué movió al rey Acaz a hacer lo que leemos: "Quemó también incienso en el valle de los hijos de Hínom, e hizo pasar a sus hijos por fuego"? 2 Cr. 28: 3. ¿Cómo llegó este padre a quemar a sus hijos príncipes del linaje de David? Porque todos estos fanáticos religiosos israelitas y cristianos menospreciaban el *fundamento del Pacto*, en que nuestro Padre celestial les había colocado. Acaz despreció el Pacto de Horeb como el fundamento en que Dios tan gustosamente había querido dejar vivir a Israel. Los cristia-

nos caprichosamente piadosos desprecian el Nuevo Pacto del que Jesús ha sido hecho Fiador, y al que Dios ha puesto como fundamento bajo nuestras vidas de cristianos.

Aquí se encuentra el pecado radical de toda piedad caprichosa dentro del pueblo de Dios: con mucha religiosidad fingir no conocer la base del Pacto puesta por Dios. Por eso el apóstol Pablo a esta "piedad" la calificó de "culto voluntario", Col.2:23. Gentes caprichosamente piadosas no conocen o, al menos, no reconocen el Pacto de Dios con su pueblo. Con lo cual menoscaban nada menos que el fundamento en que descansa toda la vida del pueblo de Dios. Dios hizo un Pacto con su pueblo. Con Israel el Pacto de Horeb, y con la Cristiandad el Nuevo Pacto, del que habla la Santa Cena, Lc. 22:20. Dios ha sellado ese Pacto con circuncisión y bautismo. Él es el Verdadero, que nos ha hecho infinitas promesas, pero también nos ha puesto bajo las cláusulas de maldición a la infidelidad. Esa es la *base* de todo, y con ese *fundamento* no cuenta realmente la piedad de invención propia. Personas arbitrariamente religiosas hacen como si de nuevo tengan que *hacerse* pueblo de Dios, y con ello fingen no conocer la promesa de Dios, a saber, que él, desde hace mucho tiempo, ya *era* su Dios, ¡sí, el Dios de su padre y abuelos, y que *será* el Dios de sus hijos! La piedad de invención propia siempre presenta esto de manera que la relación con Dios aún deba ser establecida totalmente. Por consiguiente, niega la acción histórica del Espíritu de Dios. Pues, Él, desde hace siglos y con la espada de su Palabra, separó a nuestros antepasados de las garras del paganismo, y les colocó en el Reino del Hijo de Dios. Tales cristianos no toman en serio lo que Pedro escribió en 1 Pe. 2:9-10. Consciente o inconscientemente, viven de la falsa idea de que *ellos* tienen que contentar al Dios Altísimo constantemente con prestaciones o experiencias piadosas. ¿Puedes encontrar en esto diferencia con los sacerdotes de Baal en el Carmelo, quienes intentaban enternecer a su "Señor" hiriéndose a sí mismos con cuchillos, "hasta chorrear la sangre sobre ellos", 1 R. 18:28? ¿O con Acab, quien quemó a sus propios hijos?

¡Concedido! ¡Claro que hay diferencia si uno quema a sus propios hijos, o si aquel se hace monje, o si uno se entretiene en una lectura intimista! Pero no es una diferencia de

principios. Todo pertenece a lo que Pablo llama: "culto voluntario". Por mucho que éste pueda diferenciarse en la ejecución práctica, sigue siendo un "camino" autoinventado para salvación, fuera del fundamento del Pacto de Dios. No es otra cosa que poner tu confianza en algo del hombre -tu propia religiosidad-, en lugar de en las promesas de Dios. Esto es paganismo en la herencia cristiana. Aquí vemos al hombre soberano manos a la obra, el cual intentará poner en orden las cosas con Dios ofreciéndole los sacrificios religiosos más enormes. Quemar vivo a su hijo significa, en este modo de pensar pagano, indudablemente la obra cumbre. Más que el fruto de sus entrañas, no puede dar un hombre; ya lo dijo Miqueas, Mi. 6:6-8.

¡Que injuriosa desconfianza hacia nuestro buen Dios! ¡Justo dentro de su propio pueblo! A estas gentes no les dan paz ni el Pacto de gracia de Dios ni las firmes promesas de Dios, sino su sentimiento: -"A pesar de todo, yo puedo tenerme a mí mismo por un hombre religioso. Ni mucho menos soy indiferente; *luego* puedo realmente abrigar esperanza". ¿Comprendes, pues, el patrón de su razonamiento? No lo que Dios piensa de ellos, según Sus promesas, sino lo que ellos piensan de sí mismos, es lo que forma el fundamento de su confianza. En este clima caprichosamente religioso, la "vivencia" ocupa un gran lugar. Mas bien, - "eso no me dice nada", dicen tales piadosos. Su salvación y paz interior dependen de un constante, consciente y activo "creer-en-Jesús". ¿Y si los sentimientos religiosos parecen estar realmente muertos de vez en cuando? ¿Cómo puede entonces el pobre buscador de paz suscitar estos sentimientos? Entre otras maneras, cantando algo. Con esto recobró más de un introspectivo algo de su tranquilidad de conciencia y el "sentimiento" de que, "a pesar de todo, no era indiferente", pues semejante estrofa le "hizo" algo, y, en consecuencia, "no se encontraba desesperado".

Es extraño que la piedad de propia invención, cuando quiso "despertar" sus sentimientos, casi siempre echó mano más ávidamente del libro de canciones que del himnario de salmos.

La "religiosidad de experiencia" puede haber sido achacada especialmente a lo que ahora, globalmente, llamaremos

"los cánticos", -con perdón de los buenos entre ellos-, lo cual no excluye que dicha religiosidad haya causado un gran daño a la comprensión de los salmos a lo largo del tiempo. ¿Cómo podía ser de otra manera? ¿Cómo alguien que niega el Pacto de Dios, puede comprender los himnos del Pacto? Esto no obstante, esta religiosidad ha reclamado ilegítimamente para sí misma también los salmos, los ha arrancado de su marco y así los ha cambiado en su contrario. Por lo cual, generaciones enteras han sido enajenadas del lenguaje de los salmos. El cielo se puso azul de las chispas de los cortocircuitos que ahora se produjeron.

Daremos algunos ejemplos.

¿Dónde estaba indefectible el centro candente de la religiosidad caprichosa en la Cristiandad, tanto entre los romanocatólicos como entre los protestantes? En la salvación de la llamada alma inmortal. En torno a este producto de la fantasía giraba todo; en torno a su renuncia del mundo, como el fraile en el tren... Sin embargo, los salmistas, en la palabra "alma", tenían presente a todo israelita, tal cual andaba al sol en Palestina. La piedad de invención propia, sin embargo, acuñó esta palabra sin pestañear para ese lugarcito especial y religioso en una persona, donde "lo" propio de todo lo religioso debía ser "vivido". ¿Crepitaba allí un terrible cortocircuito, o no?

Los justos, de quienes se habla tan excelentemente en los Salmos, fueron tomados como totalmente equivocados por personas "especiales" que ya habían vivido "algo" en su "alma". Mientras que las personas normales eran quienes en su vida diaria se atenían al Pacto de Dios. Los impíos, por el contrario, fueron equiparados abusivamente con ateos, y así no fueron buscados en medio del pueblo de Dios, sino fuera de él. De nuevo, un deslumbrante malentendido. Pero contarse a sí mismo con los justos, eso fue inmediatamente calificado como fariseo. Por lo demás, la palabra "justo" fue hecha propiedad pública de pocos. Por no hablar de la justicia de los justos (su obediencia a los mandamientos de Dios), pues de ésta ya se entendió muy poco. Y mucho menos el apelar a esa justicia cerca de Dios y ante los hombres, como los salmistas se atrevían a hacer.

La experiencia de bendición y maldición en el Pacto de Dios a través de toda una serie de familias y generaciones, como la historia bíblica habla de ellas, fue cambiando por vivencia del "alma" individual. Las poderosas y espirituales palabras de los salmos sobre bendición o maldición concretas del Pacto de Horeb claramente visibles en una buena cosecha o en una artesa vacía, fueron cambiadas, en este clima caprichosamente religioso, en dulces cánticos o tonadillas irreales sobre lo que una "conciencia" religiosa, o "alma" piadosa ya no puede experimentar.

Cuando se estaba ciego como la piedad de la propia invención para con los hechos salvíficos de Dios en la historia de su pueblo, se aderezaban palabras de salmos acerca del pueblo de Dios en su propio marco individualista. O cuando los salmos hablaban sobre la realidad visible de nuestra tierra, ésta era espiritualizada: Los mares embravecidos en los que braman auténticos huracanes eran convertidos en los "mares de la vida" de los piadosos, en los que también puede haber gran tormenta. Los montes fueron espiritualizados de poderosos colosos de rocas en montes de dificultades que el piadoso puede encontrar en su camino.

Sin embargo, la "religiosidad-de-experiencia" también conoce géneros más ligeros: los "devotos" de "nuestro dulce Señor" y de un "Jesús manso". Estas personas tienen dificultades con los salmos vindicativos. Estos fueron orillados como "viejotestamentarios" y, consiguientemente, como "duros" y "desamorados". Estos fueron citados por "Jesús", pero éste debe haber sido otra persona que el Jesús de los Evangelios, pues éste podía decir cosas "duras", Mt. 11: 20-24.

Así la religiosidad, fuera de la Palabra y del Pacto, ha privado realmente de sus salmos al pueblo de Dios; aunque aún se permanezca cantando estrofas de salmos. Pues el Pacto de Dios fue abandonado, y la religiosidad caprichosa que llegó en su lugar, torció todas las reglas o principios de los salmos. Pues todos estos se apoyan ahora en el fundamento del Pacto de Dios con su pueblo. La ignorancia o desprecio del Pacto mata el entender los Salmos; pero el reconocimiento del mismo te pone en la mano la clave de su conocimiento.

## 2. EL ECO DE "MOISÉS" EN LOS SALMOS.

Quizá has oído alguna vez cuán impresionante puede sonar el eco de un trueno en los montes. Pero, ¿sabes dónde puedes escuchar un eco aun mucho más poderoso? En el Libro de los Salmos. Allí oyes resonar centuplicado el sonido de Moisés y de los Profetas; y no retorcido sino transparente como el cristal.

Escuchemos primero el eco de "Moisés".

### *a. La Thorá no es un libro puramente religioso.*

"¡Yo me declaro vuestro *Rey*, Yo establezco un *Pacto* con vosotros y Yo levanto mi *"Morada"* en medio de vosotros!" Con estas tres sorpresas se presentó el SEÑOR en Horeb. Por lo cual, dio a los israelitas, por medio de Moisés, toda clase de ordenanzas.

Sin embargo, esa realeza del SEÑOR se refería no sólo a lo "interior" de los israelitas, sino que concernía a toda su vida. Lo cual se evidencia claramente de la Thorá. Como también el Pacto de Dios no sólo era una cuestión de sus "conciencias" o "vida-del-alma", sino que abarcaba a toda la comunidad israelita tal como estaba allí en Horeb en sus tiendas con sus mujeres e hijos; e incluso sus bueyes y burros estaban implicados en el mismo Pacto.

Cierto; el SEÑOR les enseñó detalladamente cómo quería ser servido por ellos en Su morada; en qué días, con qué clase de sacrificios y ofrendas, en qué clase de altares, en qué épocas de fiestas y por qué sacerdotes. A este respecto, tenemos la impresión de que el SEÑOR, por esta precisión de sus indicaciones, quería cortar el paso enseguida y por anticipado a toda clase de exagerada religiosidad pagana. En la vida de Israel fue indicado minuciosamente el lugar y la medida de lo "religioso". El culto de Dios en el pueblo de Dios no podría ser absorbido por religiosidad (como en el caso de nuestro fraile en el tren). Por lo cual el SEÑOR ordenó a Moisés que dijera claramente, que Israel sobre todo no debía opinar, que con algo de religiosidad en el atrio se cumplía con Jahweh. El culto debería demostrar lealtad a su Aliado y Rey divino en toda su vida. Pues el SEÑOR otorgaría a su pueblo una vida buena en todos los sentidos. Esto

lo ves cuando, en alguna ocasión, repasas la lista de asuntos acerca de los cuales el SEÑOR les enseñó por medio de Moisés.

He aquí un ejemplo tomado al azar: la Thorá trata de personas y cosas como: esclavos y asistentas, dientes expelidos y ojos embotados, bóvidos irascibles y cubiertas sobre pozos de agua, robo de vacas y ladrones cogidos "in fraganti", fuego en un campo de trigo y engañar a una jovencita, prestar dinero y pedir interés, tomar manto por prenda y un burro que sucumbe bajo la carga, jueces y testigos, hombres recién casados que obtienen exención del servicio militar, mujeres prisioneras y esclavos desertores, colocar una verja en un tejado plano, coger uvas y recoger espigas, pagar a jornaleros y las pesas y medidas en el saco de un comerciante cerealista.

Ya lo ves, la Thorá trata de todo, excepto de cosas "religiosas" (nosotros diríamos: de la celebración dominical, ir a la iglesia, leer la Biblia y meditar). Como es natural, el SEÑOR también pidió tales cosas a Israel, pero la vida en su Pacto, como se suele decir, ni mucho menos se acabó en esto. Los israelitas vivían día y noche bajo la demanda del Pacto de Dios. Cuando se comportaban lealmente, podían contar con la bendición de Dios; y si no era así, con su maldición. Y esa maldición no sería entonces cuestión de angustia del alma y cosas parecidas, sino que esas cosas las experimentarían en sus ciudades arrasadas, sus campos secos, sus rebaños mermados, la artesa vacía, hijos secuestrados y guerras perdidas. Consúltese Levítico 26 y Deuteronomio 28 y siguientes.

¡Vivir en el Pacto de Dios!

Acerca de esto enseña la Thorá. A esto llamaban los Profetas; y de esto cantaban y se lamentaban los Salmos. No es un milagro que oigamos resonar el eco, tanto de Moisés como de los Profetas, a través de todos los salmos; y que los salmistas, a su vez, nunca hayan cantado cánticos "religiosos".

### *b. La Thorá tampoco es una pura resonancia religiosa.*

Todos los salmistas procedían de la "escuela" de Moisés; y eso se evidencia simplemente al ojear los Salmos. Igual que

Moisés, tampoco los salmistas hablaron sólo acerca del rinconcito religioso de nuestra vida, como hacen tantos "cantos religiosos" de la Cristiandad, que hablan, casi exclusivamente, de "Jesús", "pecado", "gracia" y "ser salvo". No es que los salmistas nunca hablen de pecado y perdón, sino que cantan, además de esto, también acerca de montes y valles, mares y nubes, burros salvajes y pienso del ganado, valles sonrientes y sembrados muy prometedores, terrones de tierra húmedos y campos vestidos con rebaños, viñedos y cedros en el Líbano, cigüeñas y damanes, cachorros de león y jóvenes ciervas paridas, lluvia y nieve, animales marinos y jóvenes cuervos graznantes, extraviados viajeros del desierto y marineros en la tormenta.

Sólo por esto, ya oyes cuán puramente resuena desde los Salmos el eco de la enseñanza de Moisés acerca de la demanda real y contractual del SEÑOR en y sobre *toda* la vida de Israel.

Pero aún hay más que mencionar.

Como es conocido, opinamos que la Thorá está compuesta de tres partes, a saber: a) una introducción: el libro Génesis; b) una parte principal: los libros Exodo, Levítico y Números; y c) un final: el libro Deuteronomio.

Todas estas partes resuenan en los Salmos.

*Génesis.*

¡Cuánta atención muestran los salmistas por la tierra y por lo que en ella se puede ver! "¡Oh Jehová, SEÑOR nuestro, cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra!" Este tono susurra no sólo en el Salmo 8, sino en otros muchos: "Porque él dijo, y fue hecho; y él mando, y existió", Sal. 33: 9. El Salmo 104 deja oír aun más claramente el eco del relato de la creación; e incluso ha bordado totalmente su alabanza a la obra de la creación de Dios en el cañamazo de los seis días de la creación.

Sin embargo, esto afectó únicamente al eco de Génesis 1. Esto no obstante, el asunto principal de este primer libro de la Biblia no es la creación de cielo y tierra, sino *el Pacto* que Dios estableció con Abraham y su descendencia. Este Pacto forma el cimiento en que edificaría el SEÑOR en Horeb el fundamento del Pacto sinaítico.

¡Cuánto han cantado los salmistas también este pacto-con-Abraham-implicante-de-todo. “Él es Jehová nuestro Dios”, canta el Salmo 105, “(él) se acordó para siempre de su pacto; de la palabra que mandó para mil generaciones, la cual concertó con Abraham, y de su juramento a Isaac”, Sal. 105: 7 y ss.

*La parte principal de la Thorá.*

Pero los grandes acontecimientos de los libros Exodo-Levítico-Números -parte principal de la Thorá- aun resuenan más fuertemente en los Salmos.

Para empezar, *la salida de Egipto*. Moisés describió esta salvación básica de Israel, pero los salmistas la han cantado en toda clase de tonos. “Cuando salió Israel de Egipto... ¿qué tuviste, oh mar, que huiste?”, Sal. 114; consúltense los Salmos 74, 77, 78, 80, 81, 105, 106.

Después, los salmistas cantan la *complacencia* que el SEÑOR tenía en Israel; su elección inexplicada por su pueblo. “Ha manifestado sus palabras a Jacob, sus estatutos y sus juicios a Israel. No ha hecho así con ninguna otra de las naciones; y en cuanto a sus juicios, no los conocieron. Aleluya”, Sal. 147: 19 y ss.

Además, la *realeza* del SEÑOR. Quien simplemente conoce un poco los salmos, sabe bien cómo se la canta. “¡Jehová reina! Temblarán los pueblos. El está sentado sobre los querubines...”, Sal. 99: 1. “...y tus santos te bendigan. Y la gloria de tu reino digan, y hablen de tu poder, para hacer saber a los hijos de los hombres sus poderosos hechos, y la gloria de la magnificencia de su reino” (que se describe a continuación), Sal. 145: 10-13.

¡Cuantísimo amaron los justos en Israel la *Morada de Dios* (tercer tema capital de la Thorá)! “Porque mejor es un día en tus atrios que mil fuera de ellos. Escogería antes estar a la puerta de la casa de mi Dios, que habitar en las moradas de maldad”, Sal. 84: 11. Y supieron llorar cuando no podían subir al templo, Salmos 42/43. Pues el piadoso israelita creía firmemente: Allí, cerca de los altares, mora el “Rey mío, y Dios mío”, Sal. 84: 3. Allí los sacerdotes y levitas daban thorá (= enseñanza de la Palabra de Dios), Sal. 25: 8-12; 73: 16-17. Allí se estaba ante la presencia de Dios. Allí los píos mos-

traban su arrepentimiento (Salmo 51), y allí recibían perdón (Salmo 130). Allí sonaba la pregunta: "¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?... A Jehová pagaré ahora mis votos delante de todo su pueblo, en los atrios de la casa de Jehová, en medio de ti, oh Jerusalén. Aleluya", Sal. 116: 12, 18-19. A veces, los visitantes del templo miraban con envidia al personal del templo que ministraba -los sacerdotes y levitas- quienes, no sólo de vez en cuando, sino diariamente podían permanecer en la casa de Dios: "Bienaventurados los que habitan en tu casa; perpetuamente te alabarán", Sal. 84: 4. ¿Sería de un sacerdote de éstos el Salmo 92?

Como lo oyes: los tres grandes temas de la parte principal de la Thorá -la realeza del SEÑOR, su Pacto y su casa o morada- resuenan poderosamente por todos los Salmos. Pero también Deuteronomio, la última palabra de la Thorá, hace oír su eco en los Salmos.

*Deuteronomio.*

Cuando Moisés como ministro plenipotenciario del SEÑOR impuso nuevamente a Israel un pacto en los campos de Moab, lo redactó, como era costumbre de su tiempo, según el modelo de los pactos que los grandes reyes establecían con sus vasallos. Esto nos parece uno de los rayos de luz más sorprendentes que los descubrimientos arqueológicos en el Cercano Oriente han arrojado sobre la Biblia: la concordancia en la forma que el libro Deuteronomio muestra con los textos de tratados viejo-orientales hallados. Por ejemplo, las correspondientes amenazas usuales dirigidas al vasallo no frustran al Gran Rey. En este caso: mantener en honor al Gran Rey Jahweh. En este marco, Moisés hace notar, entre otras cosas, también esto: "Guardadlos (los estatutos o cláusulas del Pacto), pues, y ponedlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido... y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley (Thorá) que yo pongo hoy delante de vosotros?", Dt. 4: 6, 8.

Coloca ahora aquí, por un momento, el Salmo 19: "La ley

(Thorá) de Jehová es perfecta, que convierte el alma; el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo", Sal. 19: 7; o el Salmo 119, que, de hecho, encadena 350 versículos en alabanza de la Thorá; y también recuerda los Salmos 93 y 111. Por lo demás, ¿con qué comienza el Libro de los Salmos? -Estableciendo firmemente, que lo característico o distintivo de un justo es "que en la ley (Thorá) de Jehová medita de día y de noche", Sal. 1: 2.

¿Aún debemos seguir señalando la manera de obrar del SEÑOR con Israel? ¿Aún debemos seguir citando textos para demostrar que los salmistas también en este aspecto irradiaban precisamente en la misma longitud de onda que Moisés, terminantemente como él había explicado en Deuteronomio la línea de la futura manera de hacer del SEÑOR?

Ahora lo has visto realmente: el Libro de los Salmos se apoya no sólo en la Thorá, sino que también está totalmente perfumado de su espíritu. Respira en el mismo clima; habla del mismo Dios. Se apoya en los mismos pactos. Conoce las mismas amenazas. Se goza en el mismo Rey, y desea la misma Casa de la que hablaron la Thorá y los Profetas.

Resumiendo, la Thorá y Horeb forman no sólo la atmósfera en la que han respirado todos los profetas, sino también la voz y el mensaje que desde todos los salmos nos resuenan en los oídos.

## 3. EL ECO DE LOS PROFETAS EN LOS SALMOS.

Así pues, los israelitas fueron muy privilegiados cuando levantaron las tiendas en los campos de Moab, para ir a tomar posesión de Canaán. El SEÑOR era su Gran Rey, vivía en medio de ellos y su complejo de pactos formaba el fundamento de la convivencia israelita. Con la Thorá de Dios sobre todos estos asuntos, por así decirlo, bajo el brazo, los israelitas partieron hacia Canaán.

¿Qué hicieron entonces los aliados del SEÑOR en Canaán con esa Thorá o enseñanza? ¿Honraron a su Gran Rey como vasallos leales en su casa, y le obedecieron en su vida? ¿Enseñaron los levitas al pueblo de Dios, y cuidaron fielmente del culto de expiación en los altares y arca? ¿Contaron los

padres a sus hijos acerca de la Thorá? ¿Y recibió efectivamente Israel en aquel camino la prometida bendición del SEÑOR?

A estas preguntas dan respuesta los libros de los Profetas (los de los Profetas tempranos: de Josué a Reyes; y los de los Profetas tardíos: de Isaías a Malaquías). Esto se ha convertido en un caso triste que, dicho brevemente, se concretó en que el SEÑOR, por su parte, se atuvo conmovedoramente fiel a los acuerdos hechos. Pero Israel abandonó muy pronto su firme fundamento del Pacto, y rara vez sirvió a su Rey en su Casa con un corazón completamente lleno de devoción.

*a. Los Profetas tratados brevemente.*

Una vez más, no dependió del SEÑOR. ÉL llevó a Israel puntualmente, según sus promesas, bajo Josué a la herencia prometida. Pero, apenas hubo muerto este hombre, cuando ya comenzó allí el ensuciamiento de la tierra prometida. Primero, se rechazó llevar a efecto la exterminación sobre Canaán, y más tarde, incluso se aceptaron sus dioses abominables; rescindiendo con ello realmente el Pacto de Horeb.

Ya entonces comenzó, de hecho, el gran pleito que el SEÑOR entabló con su pueblo desobediente, y del cual hablan todos los profetas. Como el libro Deuteronomio muestra coincidencia chocante con la forma de un *compromiso* de pacto o compromiso antiguo-oriental, así el relato de los Profetas muestra una curiosa coincidencia con la marcha de los acontecimientos con una *ruptura* de compromiso viejo-oriental.

Cuando en el Antiguo Oriente un rey vasallo se hacía culpable de ruptura de compromiso, su gran aliado no solía acudir enseguida con una expedición de castigo. Primero, enviaba una misión diplomática, para avisar a su aliado apóstata: -"¿Qué quiere usted? ¿Volver a atender enseguida nuestro pacto, o una expedición de 'recompensa' militar sobre su tejado? Pues, usted mismo, en su día, me prometió bajo un juramento de automaldición, que yo podía castigarle a usted y a sus parientes lejanos en caso de que usted pudiera romper nuestro pacto".

Así el Gran Rey de Israel tampoco aplicó enseguida el castigo más duro a su vasallo infiel. Antes de arrojarlo de Canaán, el SEÑOR envió primero semejantes mensajeros. Esta tarea la

cumplieron los profetas. Ellos eran los mensajeros que el SEÑOR como Rey envió en primer lugar para avisar a Israel, y recordarle los acuerdos del Pacto y también sus cláusulas de maldición, Lv. 26, Dt. 28 y ss. Repasa alguna vez esos profetas, entonces verás cuánta paciencia divina ha ejercitado el SEÑOR con Israel. Pues no se conformó con una o dos misiones diplomáticas, sino que envió a Israel toda una legión de profetas. Tan clemente como el SEÑOR jamás se ha mostrado un rey terrenal con su infiel vasallo.

¿Pero estos profetas no encontraron atención en nadie en Israel? -No; la masa, por lo general, les dejó seguir hablando. Pero el SEÑOR, durante todos aquellos siglos, ciertamente mantuvo en pie un Resto, un Remanente, que no dobló la rodilla ante Baal, sino que permaneció cerca de la Thorá, reconociendo a Jahweh como su Dios y Rey, y no se apartó de su fundamento del Pacto. Estos fieles israelitas se llaman en los Salmos: *los justos* o silenciosos del país. Incluso durante los períodos de profunda apostasía, los encontramos en Israel: Manoa, Booz, Rut, Elcana, Ana, Samuel y los demás jueces hasta este Resto. Durante el movimiento del impío Saúl, este Resto fue formado por piadosos como Jonatán, Abigaíl, David y sus seiscientos acompañantes en la cueva de Adulam. Bajo el reinado del impío Acab, el SEÑOR consoló a Elías diciéndole, que aun tenía 7.000 israelitas que no habían doblado la rodilla ante Baal. Y cuando ambos reinos caminan a su fin, y la caída de Jerusalén está a la puerta, Jeremías aun tiene un Resto en torno a él, el cual aun teme al SEÑOR y reconoce su derecho a juzgar a Israel: el negro Ebed-melec, el escritor Baruc y otros más.

A éstos pudieron consolar los profetas. Especialmente los libros de los Profetas posteriores (de Isaías a Malaquías) contenían las promesas más consoladoras de un futuro brillante bajo el reinado del SEÑOR. “Y Jehová será rey sobre toda la tierra. En aquel día Jehová será uno, y uno su nombre”, Zac. 14: 9, Mi. 4: 7.

De estos círculos o ambientes proceden los salmos.

Durante los mismos siglos en que los profetas llamaron a Israel a volver al SEÑOR y su Pacto, cantaron los salmis-tas sus salmos. Nada extraño, pues, que el eco de esta tragedia secular de la que hablan los Profetas, resuene a través de los

Salmos; y no sólo a través de los Salmos como Libro de la Biblia, sino también a través de los Salmos como parte de la Biblia.

*b. El eco de este pleito.*

Como es natural, también los relatos de los Profetas resonaron en los Salmos. Así suena la alegría por motivo de la entrada en Canaán en más de un salmo. "Tú con tu mano echaste las naciones, y los plantaste a ellos; afligiste a los pueblos, y los arrojaste. Porque no se apoderaron de la tierra por su espada, ni su brazo los libró; sino tu diestra, y tu brazo, y la luz de tu rostro, porque te complaciste en ellos", Sal. 44: 2-3. "Alabad a Jehová... (él) les dio las tierras de las naciones, y las labores de los pueblos heredaron; para que guardasen sus estatutos, y cumpliesen sus leyes. Aleluya", Sal. 105: 1 y 44-45; cf. Sal. 114.

Allí oímos el eco del libro Josué.

Pero el tono oscuro domina en los libros de los Profetas, y de ahí que su eco en los salmos también sea de sonido oscuro. Los golpes retumbantes que, según el relato de los libros proféticos, el SEÑOR propinó a Israel, dejan oír su eco estremecedor también en el libro de los himnos de Israel.

Ya oímos a los salmistas exultar por causa de la Casa de Dios, pero también se han lamentado sobre ella. El hecho funesto de que el SEÑOR, durante la juventud de Samuel ya abandonara una vez su santa Casa, y entregara su arca-trono a los gentiles (1 S. 4 y ss.), resuena fuertemente en el Salmo 78. Como asimismo resuena durante todo el tiempo de los jueces. Mas, esto no obstante, el SEÑOR retornó entonces; pero los Salmos 74 y 79 dejan oír el desconcierto y el sollozo de los piadosos que han vivido la destrucción del templo en el año 586. "Oh Dios, vinieron las naciones a tu heredad, han profanado tu templo", Sal. 79: 1. "...Han quebrado todas sus entalladuras. Han puesto a fuego tu santuario", Sal. 74: 6-7. Allí oyes el eco del drama con que termina el libro Reyes. Por lo demás, toda aquella época del libro Reyes forma la decoración de muchos salmos.

Quizá conoces el curso de los acontecimientos. La masa de Israel no confiaba en el SEÑOR. Muchos preferían un jayán (un "matón") como Saúl al SEÑOR como rey. Menosprecia-

ban su Pacto que había hecho con sus padres, así como los avisos que sus profetas transmitían. Ofendían al SEÑOR yendo detrás de nulidades-de-ídolos. Surgieron fundiciones de imágenes. Incluso se osaba levantar partes sagradas en la santa Casa del SEÑOR. Y, finalmente, los israelitas se pusieron de rodillas, y sacrificaron sus hijos como sacrificios de fuego a Moloc.

Con lo cual, Israel abandonó el fundamento de su Pacto, y el edificio de la convivencia de Israel tuvo que derrumbarse. También este resonante golpe retumbó en los Salmos. Pues en ellos hablan los justos, el Resto santo que aún temía verdaderamente al SEÑOR. ¡Cuánto ha sufrido este pobre Resto, cuando los pilares de la Thorá fueron serrados bajo el mundo de los israelitas! Quizá aun más que desde los libros de los profetas, sabemos por los Salmos cuánto dolor produjo este derrumbamiento en la vida de tantísimos piadosos. Pues con la violación de la Thorá fue roto el escudo protector que el SEÑOR había erigido en Horeb sobre viudas, huérfanos, levitas, esclavos, extranjeros y obreros. Desde este libro (la Thorá) oyes subir hasta Dios un coro desgarrador de gritos de dolor. Un desheredado como David clama sobre todos. Él se hizo el intérprete de la desconocida legión de justos perseguidos que durante la actuación de los Profetas suspiró en Israel bajo las consecuencias del abandono del Pacto. Nabot no fue ciertamente el único que perdió su parte en la herencia (= Canaán). Y la mujer e hijos de Nabot seguro que no fueron los únicos que perdieron su esposo y padre. En los salmos se lamenta tantísimo sobre impíos perseguidores, que cualquier cita basta. Aquí tienes el retrato de semejante impío israelita: “Llena está su boca de maldición, y de engaños y fraude; debajo de su lengua hay vejación y maldad. Se sienta en acecho cerca de las aldeas; en escondrijos mata al inocente... Se encoge, se agacha, y caen en sus fuertes garras muchos desdichados”, Sal. 10: 7-8, 10. Un salmo que incontables justos pobres han cantado con lágrimas en sus ojos. En los capítulos 2 y 3 volvemos de manera especial sobre estos justos e impíos en los Salmos.

Pero, levantar los puños al cielo, eso no lo hicieron los justos. En medio de las tormentas de los juicios de Dios por causa del abandono de su Thorá y del Pacto de Horeb, los salmistas se hicieron los intérpretes de los justos que respetaron

el derecho de Dios a corregir. Como intercesores sustitutos confesaron los pecados de Israel desde Egipto, Sal. 106. Quizá a pesar de su justicia personal, solidarizándose con generaciones pasadas, suplicaban al SEÑOR: “No recuerdes contra nosotros las iniquidades de nuestros antepasados; vengan pronto tus misericordias a encontrarnos...”, Sal. 79: 7. Con lo cual se mostraron espíritus afines a intercesores como el profeta Jeremías, cuya predicación oiremos resonar en salmos como el 79. Pero las promesas- para-el-Resto que los profetas también habían anunciado, asimismo inspiraron a los salmistas, en los tiempos más oscuros, versículos como este: “Pero Dios es mi rey desde tiempo antiguo”; y luego animaron a sus hermanos recordándoles la salvación de Egipto, Sal. 74. Enseñan a sus hijos acerca de los hechos históricos de salvación del SEÑOR, Sal. 78 y 105. Y confiesan, contrariamente a la opinión pública, que ellos consideran los ídolos como guiñapos, y alaban al SEÑOR como el único y viviente Dios, Sal. 115 y 135. Y se aferraron a las predicciones proféticas de un reino de Dios internacional, al que incluso podían pertenecer paganos convertidos. Esta predicación profética deja oír su eco en el Salmo 87: “Cosas gloriosas se han dicho de ti, ciudad de Dios. Yo me acordaré de Rahab y de Babilonia entre los que me conocen...”, vs. 3-4. En este contesto, también recordamos los Salmos 85, 126 y 147, nacidos después del destierro; también éstos dejan oír el eco de las proféticas promesas-para-el-Resto.

En lo sucesivo, aún tendremos ocasión suficiente para escuchar en los Salmos este eco de Moisés y los Profetas. Lo que queda dicho sirva como ilustración a la lección o tema de que el lugar de los Salmos en la Sagrada Escritura nos puede enseñar mucho sobre su contenido y carácter. Si comparamos la Palabra de Dios con un paisaje montañoso, podríamos decir, que Moisés y los Profetas dejan oír la voz de Dios en ella, y que ésta resuena y se refleja en los Salmos; tanto en el libro de la Biblia como en la parte de la Biblia de ese nombre: Los Salmos.

### *c. El ABC de la exposición de los Salmos.*

La estructura artística que el Espíritu Santo ha dado al edificio

de la Sagrada Escritura, sólo puede ser descuidada con gran perjuicio de la exposición de los salmos. Por eso, el ABC de la exposición de los salmos dice: ¡Respeto al fundamento del Pacto de Horeb, y atención plena al eco del mismo en los libros de los profetas!

O dicho con otras palabras: ¡Nunca leas los salmos desligados de la *historia* de Israel, como la encuentras descrita en la Thorá y en los libros de los profetas! Aunque no puedas datar con precisión un salmo, jamás lo leas como versículos generalmente religiosos. Considéralos siempre como *reacciones* inspiradas por el Espíritu de Dios. Primero, como reacciones a palabras fundamentales de Dios, y a hechos escritos en la Thorá, y, segundo, como reacciones a posteriores acciones de Dios con Israel en el período de los profetas.

No tenemos el propósito de comentar todos los 150 salmos. No queremos más que ser una modesta guía que aparece para indicar algunos puntos característicos en el paisaje de los Salmos. En la esperanza de que esta guía pueda afinar la visión de nuestros lectores ante la hermosura de este tema. De manera que ellos puedan continuar su excursión de descubrimiento, sin la ayuda de nuestra guía.

Nos complace comunicarles cómo pueden estudiar lo mejor posible el mundo de los salmos. Por eso, en la consideración de algunos, nos tomaremos la libertad de hacer citas bastante amplias de los libros de los profetas. Con esto esperamos no cansarles; pero es algo que no podemos pasar por alto; por causa de ese eco, como queda dicho; y por motivo de ese decorado y trasfondo; y para convencerles de que el mejor comentario de los Salmos que podemos consultar, lleva este título: "¡Moisés y los Profetas!"

---

NOTAS

1. Cf. Dr. D. Holwerda, "Grondlegging van de (Israëlitische) wereld", pp. 119-127, Enschede, Países Bajos.

1a. Mitchell Dahood, Psalms I (1965), Psalms II (1968), Psalms III (1970), (The Anchor Bible), New York. "Introduction, translation, and notes". El tercer tomo: "with an appendix, the grammar of the psalter".

2. También F. Delitzsch está a favor de esta fecha del Salmo 11.

3. Cuando en este libro mencionamos el Nombre JHWH (Jahweh) lo transcribimos por SEÑOR, excepto en las citas bíblicas.

# Capítulo 2

## LOS JUSTOS EN LOS SALMOS

DISCURRE a través de toda la Escritura una pronunciada línea divisoria entre dos clases de personas: los justos y los impíos. Como después veremos, la Biblia les llama con otros nombres, pero éstos son los principales.

Especialmente en los Salmos, esta línea de demarcación aparece en todas partes. No pasas una página de ese libro cuando ya te encuentras con la contraposición: justos-impíos. No hay salmo que no esté determinado por ese frente. El Libro de los Salmos, por así decirlo, está empapado de ambas palabras y sus sinónimas. Por lo cual, tampoco es casual que esta línea frontal ya sea señalada deliberadamente en la primera página del Libro de los Salmos. En el primer salmo son tipificados, breve y fuertemente, estos justos e impíos. Pero sobre el Salmo 1 hablaremos en un capítulo aparte.

¿Queremos entender bien los salmos? Entonces deberemos poner constantemente mucha atención en esta fundamental contraposición en estos himnos y oraciones. Pero, para ello, primeramente debemos conocer la respuesta a estas preguntas: ¿Qué clase de personas eran los justos? ¿A quiénes se da a entender con el nombre de impíos? La primera pregunta queremos tratarla en este capítulo, y la segunda en el siguiente.

## 1. LOS JUSTOS Y SU JUSTICIA.

"Justicia", ¡cuán mal han entendido frecuentemente esta palabra muchos cristianos! Un monje como Martín Lutero temblaba cuando en la Biblia se encontraba con la justicia de Dios. No era extraño, pues el pobre Martín fue adoctrinado en los colegios de su tiempo con lo que el filósofo Aristóteles había enseñado, y, según este pagano, justicia era igual a dar a cada uno lo suyo. Por tanto, el pensamiento de la justicia de Dios significaba para el joven Lutero, sencillamente, una vejación, una reprensión. Engañado por Aristóteles, vivía bajo el conjuro del pensamiento de que Dios ajustaba cuentas exactamente con cada persona sobre las buenas y malas obras que había realizado, para luego pesarlas detalladamente, y dar a cada uno su premio ganado. Por consiguiente, según una justicia sin misericordia. En este pensamiento se encogió el corazón de Lutero...

Entretanto, el asunto no se encuentra más claro con la palabra "justo". Esta aparece muchísimas veces en las Escrituras, pero ¿oyes que la usen muchos cristianos cuando hablan de Dios y su culto? La palabra justo no se ha aclimatado a nuestro lenguaje como una palabra corriente. ¿Nos equivocamos cuando suponemos que la palabra "justo" también tiene un tono fariseo adjunto a la idea de muchos cristianos? Como alguien que se procura a sí mismo más o menos un privilegio o diploma de impecabilidad: un santón. Por consiguiente, quizá leemos mucho sobre los justos, pero ¿nos atrevemos a ser contados entre ellos? Esto complace realmente al espíritu del siglo. Pues está de moda el encontrarse en gran incertidumbre en asuntos de religión. También respecto a la pregunta: "¿Yo entre los justos?", se habla mucho conforme al espíritu del siglo cuando a esto se responde: "¡Yo no me atrevería a decir eso gustosamente de mí mismo!" Y mucho menos que alguien se atreva a alegar su justicia ante Dios y los hombres, como oímos hacer muchas veces en los salmos. Probablemente encuentres resistencia en pocos cristianos si dices que "todos somos grandes pecadores"; pero hallarás muchas incomprensiones cuando, acusado falsamente, dijeras con Job: "Mi justicia tengo asida, y no la cederé", Job. 27: 6. Pero, entretanto, la profunda línea divisoria que el SEÑOR hace en

su Palabra entre justos e impíos, se esfuma religiosamente, Ez. 13: 22[1]. Pues, *"pecador"* es, como veremos en el capítulo siguiente, otra palabra para el "impío", ¡pero no para los justos!

*"...Alguien así es un justo".*

La Sagrada Escritura no es un libro científico sobre Dios y religión. No da definiciones. No describe conceptos; por ejemplo, el "concepto": el justo. Lee cómo Ezequiel habla sobre el justo y su justicia: "Y el hombre que fuere justo, e hiciere según el derecho y la justicia (*sedagah*); que no comiere sobre los montes, ni alzare sus ojos a los ídolos de la casa de Israel, ni violare la mujer de su prójimo, ni se llegare a la mujer menstruosa, ni oprimiere a ninguno; que al deudor devolviere su prenda, que no cometiere robo, y que diere de su pan al hambriento y cubriere al desnudo con vestido, que no prestare a interés ni tomare usura; que de la maldad retrajere su mano, e hiciere juicio verdadero entre hombre y hombre, en mis ordenanzas caminare, y guardare mis decretos para hacer rectamente, éste es justo; éste vivirá, dice Jehová el Señor", Ez. 18: 5-9.

*¿Qué leemos y no leemos aquí?*

Aquí no leemos, que un justo nunca cometa pecado. Tampoco leemos, que está deseoso de ganarse el favor de Dios con obras piadosas. Dios ya había prometido y concedido su gracia y favor hacía tiempo en su Pacto. Pues ese Pacto ya era un regalo de su gracia (véase cap. 1, 1, d). Y respecto a esa impecabilidad: ¿para qué si no el SEÑOR había dado en Horeb todo un culto de propiciación con sacerdotes, altares y ofrendas? Hacía tiempo y por anticipado, el SEÑOR había prometido perdón al justo plenamente arrepentido. La palabra "justo" en Ezequiel no nos transportó por un momento al frío ambiente de una sala de juicio, donde el derecho y el amor frecuentemente son considerados como antítesis. En la cita de la Escritura recién hecha, el justo está con su religiosidad en la plena vida israelita, tal como ésta era entonces.

¿Qué, pues, observamos aquí en Ezequiel 18? El retrato de un justo israelita. ¿Y cómo es? ¿Qué aspecto tiene? Parece ser un israelita piadoso que, en la vida corriente, observaba el

Pacto de Horeb con el SEÑOR. "Justo" y "justicia" son en la Biblia absolutamente "palabras del Pacto". Tienen siempre el tono de la comunión, ora entre Dios y hombre, ora entre alguien y su prójimo. Esas palabras las mencionamos en la consideración del retrato en Ezequiel 18. Los justos conocían el breve resumen del Pacto de Horeb: los "Diez mandamientos", -y también se atenían a ellos. De ahí que fueran no sólo justos ante Dios, sino también ante sus prójimos y semejantes. Esta obediencia al Pacto de Dios es ahora explicada frecuentemente en la Escritura por la palabra "justicia". Por justicia de los justos, la Escritura entiende: su aferrarse al Pacto de Dios en la vida toda, su práctica de vida obediente y ajustada al Pacto, su lealtad frente a Dios y a los hombres, su obediencia a los mandamientos de Dios; sí, y también sus buenas obras (¿el abuso de esta expresión bíblica acaso puede suprimir su uso escriturístico?).

Ante el SEÑOR, la justicia de los justos desemboca en el respeto amoroso que desplegaban por él. Su "temor del SEÑOR", manifestado desde su aversión a ídolos y comidas sacrificiales en los montes; y demostrado por su celo para observar la pureza y santidad que el SEÑOR deseaba de su pueblo bajo el Pacto de Horeb. (Véase el hermoso libro Levítico).

Y ante los hombres, la justicia de los justos se manifestaba desde: su amor a los prójimos, su respeto a la mujer de su prójimo, su derecho, su propiedad, su pan, sus vestidos, su dinero, su causa o pleito; en una palabra, en toda su vida.

Por consiguiente, hablando prácticamente, la justicia de los justos es una palabra sinónima de ese amor, tanto a Dios como a los hombres. Así usó nuestro Salvador esta palabra, cuando dijo: "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos", Mt. 6: 1. Según el paralelo versículo 2, con "hacer justicia" el Señor Jesús se refería a dar limosna, prestar ayuda y socorro a tu prójimo[2].

En una palabra, ¿qué clase de justos eran aquellos israelitas? *¡Aliados fieles!* Miembros piadosos del pueblo de Dios que mantuvieron fielmente el Pacto del SEÑOR en la vida normal de cada día, y que por eso vivieron en una buena relación con Dios; y adheridos lealmente a los convenios de "Horeb" tanto para con Dios como para con sus prójimos. ¿Impeca-

bles? Naturalmente que no; pero se acordaban de los mandamientos de Dios, para hacerlos, Sal. 103: 18, y también creían lo que precede a esto en dicho salmo acerca de la gran misericordia de Dios, vs. 6-13. Por tanto, a pesar de sus pecados y debilidades, "permanecían en pie en el juicio", Sal 1: 5.

Esto, pues, acerca de la justicia de un fiel israelita; de una persona.

Pero ahora la *justicia de Dios*, ante la que el joven Martín Lutero se arrugaba. ¿Acaso no debemos estremecernos ante estas dos palabras?

Eso depende.

Los impíos, sí; pero los justos, no. Pues como la justicia del justo indica la fidelidad al Pacto de Dios desde el lado humano, así la justicia de Dios significa la fidelidad a ese Pacto desde el lado de Dios. Usándola para referirse a Dios, la justicia también puede ser otra palabra para significar: ayuda, demostración de amor, obra de misericordia. Recuerda la enumeración de Samuel "acerca de todos los hechos de salvación que Jehová ha hecho con vosotros y con vuestros padres", 1 S. 12: 7. Con lo cual Samuel se refería a los grandes hechos de salvación de Dios; compárese Is. 45: 8, 46: 13, 48: 18, 51: 6; Sal. 98: 2. Que Dios es justo o misericordioso y fiel a sus promesas se ha evidenciado espléndidamente del hecho más poderoso de la misericordia de Dios: enviar a su Hijo para nuestra salvación.

*"Ambos eran justos".*

Muchas veces, la Escritura llama justos a personas concretas. De Zacarías y Elisabet, leemos: "Ambos eran *justos* delante de Dios, y andaban irreprensibles en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor", Lc. 1: 6. Así suena el testimonio acerca de un sacerdote que después no creyó al ángel Gabriel, Lc. 1: 20. Su hijo Juan el Bautista recibe el mismo laudable testimonio: "Herodes temía a Juan, sabiendo que era varón *justo* y santo", Mc. 6: 20.

Así la Escritura llama justo también a Noé, Abraham, Lot, David, Simeón, José, esposo de María. De Noé, leemos: "Noé, varón *justo*, era perfecto en sus generaciones; con Dios caminó Noé", Gn. 6:9. Pero no sin pecado, como se eviden-

cia del relato de su embriaguez. Abraham también fue un aliado leal: confió, creyó, en esperanza contra toda esperanza, en las promesas de Dios, Ro. 4. ¿Y el SEÑOR? El estimó como justicia esta actitud de vida plenamente confiada y leal de Abraham, Gn. 15: 6. Pero el Justo perfecto fue nuestro mismo Señor Jesucristo, Hch. 3: 14, 1 Jn. 2: 1.

Los Salmos están llenos de tales justos. El Libro de los Salmos es no sólo un libro *acerca de* los justos, sino igualmente *de* los justos; su himnario y su devocionario.

## 2. ENTRE OTRAS COSAS, ¿COMO SON DESIGNADOS LOS JUSTOS?

Como ya hicimos notar, la Biblia tiene para los justos otras muchas designaciones y denominaciones. Esto es típico de los poetas hebreos. Los salmistas, pues, sentían placer en decir las mismas cosas dos y hasta tres veces seguidas con diferentes palabras. Recuerda lo que hace un momento leíamos de Noé: “Noé, varón justo, era perfecto en sus generaciones; con Dios caminó Noé”, Gn. 6: 9. De hecho, allí se dijo tres veces lo mismo. Naturalmente, existe entre estas expresiones alguna diferencia de matiz, pero la semejanza es más grande que la matización. Ser justo = ser perfecto = caminar con Dios.

Así los salmistas disponen de una multitud de palabras y expresiones sinónimas cuando hablan acerca de los justos. Cierto es que los poetas exponen, con palabras sinónimas, otro aspecto de los justos, pero, esto no obstante, siempre tienen presente a los leales que mantenían el Pacto de Dios, y constantemente estaban preparados para hacer las ordenanzas del SEÑOR.

En este contexto, también puedes recordar las bienaventuranzas de nuestro Salvador. En ellas habla acerca de los pobres de espíritu, los que lloran, los mansos, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los de limpio corazón, los pacificadores, los que padecen persecución. Todas estas expresiones se refieren a la misma clase de personas, a saber, los justos. Sólo que cada vez son enfocados desde un lado distinto. Los justos como personas que lloran. Los justos como mansos. Los justos como perseguidos; los jus-

tos como pacificadores. Con esto no queremos afirmar, que *todos* los justos *siempre* viven *todas* las cosas en la misma medida. Sí, como teoría; pero, como es natural, no como creyentes individuales.

Así se encuentra esto también en los Salmos. Por otra parte, como en toda la Escritura, también en este libro encontramos justos e impíos en cada página. Pero son designados con una multitud de palabras y expresiones que naturalmente muestran alguna matización de significado, pero objetivamente vienen a ser lo mismo.

Aquí abajo facilitamos un sumario de todas esas palabras y expresiones. Las tomamos de la versión Reina-Valera 1960:

*Los rectos,*
*el oprimido,*
*el menesteroso,*
*el pueblo humilde,*
*el pobre,*
*el débil,*
*los rectos de corazón,*
*los piadosos,*
*los fieles,*
*los limpios,*
*la descendencia justa,*
*los santos,*
*los que son rectos de corazón,*
*los humildes,*
*el necesitado,*
*tu siervo,*
*los sencillos,*
*los buenos,*
*todos los que en ti se esconden,*
*quienes aman tu nombre,*
*quienes conocen tu nombre,*
*quienes te buscan,*
*aquellos que entre los perseguidores se esconden en tu diestra,*
*todos los que te esperan,*
*quienes guardan su pacto y sus testimonios,*
*quienes aman tu salvación,*

*los que andan irreprensiblemente,*
*el hombre que confía en ti,*
*el hombre que teme al Señor,*
*el que se goza de corazón en sus*
*mandamientos,*
*quienes andan en la Ley (Thorá) del Señor,*
*los que guardan sus testimonios,*
*los que buscan de todo corazón,*
*quienes andan en sus caminos,*
*los pobres de Sión,*
*todos los que le aman,*
*los contritos de corazón,*
*los pobres en espíritu,*
*los mansos de la tierra,*
*los fieles en la tierra.*

Todas estas expresiones designan a los justos. Cada una de ellas les señalan, a su modo, como fieles aliados del SEÑOR, los cuales demuestran lealmente su unión íntima con él cumpliendo sus "obligaciones para con la Comunidad" en toda su vida.

**3. POBRES Y MENESTEROSOS.**

Como es natural, Israel también ha conocido sus justos ricos (Abraham, Isaac, Jacob, Salomón, José de Arimatea), pero, por regla general, la mayoría de piadosos pertenecían a la clase más baja de la población. Eso se evidencia por el contexto en que las palabras *menesteroso ( ani)*, humilde *( anaw), pobre ( ani, 'ebyon, ras)* se encuentran en los Salmos. Temer al SENOR, cumplir su Pacto y contar con sus mandatos, esto lo hacían en Israel, según los Salmos, especialmente los pobres. La mayoría de los justos eran pobres y menesterosos.

¡Quizá muchos salmistas también eran pobres!

Seguro que ahora también te ha extrañado que los salmistas no siempre hablan concretamente, sino que con frecuencia lo hacen en términos un tanto oscuros acerca de toda clase de dolor de los justos. Se quejan de los adversarios, acosadores, perseguidores, pendencieros, angustiadores, injuriosos y agresivos que de alguna manera oprimen a los piadosos. Pero, lo que

estos opresores hicieron exactamente, casi nunca aparece. Leemos de redes que son tendidas, lazos que son puestos y hoyos que son cavados. Pero palabras como "redes" y "hoyos" y "hombres sanguinarios" tienen algo de oscuro. De la misma manera, expresiones como: "tienden el arco" y "sacan la espada". Por una parte, no dejan lugar a dudas, que el poeta se halla en gran necesidad; pero, por otro lado, también deben ser tomadas figuradamente. Así estos términos encubren a la vez lo que realmente ocurre.

En los salmos de David, esta manera un tanto vaga de expresarse, no forma o crea dificultad alguna. Conocemos la vida de este grandioso salmista desde los libros Samuel, Reyes y Crónicas. En ellos poseemos un comentario único a los salmos de David. El conocimiento de estos libros puede aclararnos más de una vaga expresión en estos himnos. ¿Se lamenta en ellos el rey piadoso acerca de "hacedores de iniquidad" e "impíos" que mantienen "confabulaciones" contra él? En Samuel, Reyes y Crónicas vemos a estos angustiadores vivientes manos a la obra. Vemos al hipócrita Saúl con su impía camarilla correr tras David. "Habló Saúl a Jonatán su hijo, y a todos sus siervos, para que matasen a David", 1 S. 19: 1. Allí tienes ya una especie de "confabulación" con "murmuración" contra el justo; y hablando de "hoyos" y "redes", ¿con qué otros modales se ocupó un abyecto traidor como Doeg? 1 S. 22: 6-23. O aquellos "hermanos" de Keila a los que, adviértase bien, David libró de los filisteos, 1 S. 23: 1-13, cf. 23: 19 y ss. ¿No fue el avaro Nabal un "hacedor de injusticia"? Un capítulo como 1 Samuel 25 puede corroborarte muy concretamente esta expresión. O ver 2 S. 15, que nos relata cómo el propio hijo de David, Absalón, "tendió una red" a su padre. Cuando el Salmo 55 se lamenta de su boca que es más suave que el aceite, podemos encontrarla en Absalón, por lo que respecta a las propias experiencias de David, 2 S. 15. Aquel quería ir a pagar una promesa al SEÑOR en Hebrón -dijo a su padre. Pero allí empezó su rebelión; junto con el burlón y blasfemo Semei, 2 S. 16: 5-14. En resumen, en los salmos de David también puede hallarse una especie de velo que, con la ayuda de los libros Samuel, Reyes y Crónicas, podemos levantar realmente en alguna manera.

Pero, como David, muchos otros justos han sufrido en Israel. Recuérdense únicamente los cientos de hombres, mujeres y niños que partieron con él: “todo el que pasaba por dificultades, todo el que tenía un acreedor, todo el que estaba amargamente triste”[3]. Víctimas del terror impío del fanático zelote Saúl. ¿En quién debemos pensar ahora cuando los Salmos hablan de estos y otros justos como “pobres” y “menesterosos”, y de los “hoyos” y “redes” que se preparan para ellos? Los poetas naturalmente seguían también las reglas poéticas de su tiempo y ambiente cultural en que se gustaba de parejas de palabras y giros fijos. Pero también usaron sus expresiones veladas para permitir a otros en semejantes circunstancias angustiosas, expresar estas oraciones. Por eso también los salmistas habrán dejado en la sombra, en cierto modo, los detalles de sus sufrimientos.

Pero, ¿en qué debemos pensar cuando en los Salmos oímos titularles a los justos como “pobres”, “menesterosos”, “humildes”, “oprimidos” y “débiles”? ¿Cómo llenamos estos calificativos, en alguna forma, algo confusos? ¿En qué, pues, consistió su dolor? Con el fin de dar algún relieve en su lectura de la Biblia a estas expresiones veladas, ahora queremos primero profundizar en las miserables circunstancias en las que los pobres han vivido en más de un período de la historia de Israel.

*a. La Thorá -escudo de los pobres- rota.*

En un pueblo de labradores como Israel, eran pobres naturalmente quienes no tenían tierra de labranza propia, ni olivos propios ni viñas propias para proveer en su mantenimiento.

¡Y esto era precisamente lo que el SEÑOR había querido evitar! Para ello, ya había tomado toda clase de medidas de precaución. El SEÑOR quería guardar a su pueblo de una dura convivencia como la que los paganos conocían en aquel entonces. Ricos terratenientes por un lado, y pobres obreros y colonos por otro. Por eso cada israelita debería recibir una porción casi igual de grande de tierra de Canaán como posesión hereditaria, Nm. 26: 52-54; como préstamo gratuito, “porque la tierra mía es” -dijo el SEÑOR-, “pues vosotros forasteros y extranjeros sois para conmigo”, Lv. 25: 23. Así

debería permanecer. El SEÑOR, el único gran terrateniente, y los israelitas, no colonos entre ellos, sino del SEÑOR. La tierra -un economista habló de: el capital- debería permanecer siempre dividida: "La tierra no se venderá a perpetuidad, porque la tierra es mía; ...", Lv. 25: 23. Así quería el SEÑOR evitar grandes y permanentes contrastes sociales.

A pesar de esto, naturalmente surgirían pobres: un labrador israelita, por toda clase de razones, podría verse obligado a vender su herencia, y a acomodarse como obrero cerca de un hermano adinerado. Pero tal empobrecido israelita y sus hijos *no* podrían ser despojados *para siempre* de su trozo de tierra, porque el SEÑOR es una fortaleza para el pobre, Is. 25: 4, Sal. 109: 31. En previsión de tales casos, había prometido dos cosas: Primera, que en el próximo año jubilar todas las tierras perdidas y/o vendidas debían ser devueltas a las familias que les correspondieran, Lv. 25: 28. Segunda, que un contrato de trabajo con un campesino empobrecido podría durar, como máximo, seis años, es decir, hasta el próximo año sabático, Ex. 21: 1 y ss., Dt. 15: 12 y ss. Por estas y otras disposiciones, el SEÑOR levantaba un escudo protector sobre los pobres.

Por desgracia, los libros de los Profetas cuentan cómo Israel desdeñó casi constantemente esta Thorá (enseñanza), y con ello abandonó su fundamento evangélico para una convivencia evangélica, de manera que los pobres de Israel tuvieran deuda, pero no defensa...

Las excavaciones en Palestina han ilustrado de forma triste este desprecio de la Thorá. En el siglo X -el de David y Salomón-, las casas o viviendas parecen ser aún igual de grandes; lo cual indica más o menos semejantes o iguales circunstancias de los moradores. Sin embargo, cuando en semejantes excavaciones se pasa al nivel de vida del siglo VIII -el de Amós, Isaías y Miqueas-, entonces se encuentra un sensible contraste: la zona donde estuvieron las casas de los ricos se la reconoce fácilmente por su mayor y mejor edificación. En la zona de los pobres, las casas están mucho más juntas unas de otras, y son mucho más pequeñas. Concretamente en Samaria han sido mostrados estos hechos mediante excavaciones. Allí se han encontrado restos de palacios impresionantes, pero asimismo de cuevas repugnantes donde han habitado personas.

El desprecio al Pacto de Horeb había desorganizado la convivencia. En lugar de un equilibro social y económico que el SEÑOR tenía previsto en Horeb, Israel ya se deslizaba más hacia el sensible contraste entre ricos y pobres, como las sociedades paganas lo conocían, y de lo que el SEÑOR quería preservar a Israel[4].

En vista de tales circunstancias, el poeta del Salmo 11 se lamenta: "Si fueren destruidos los fundamentos (cuando se desprecia la Thorá o enseñanza), ¿qué ha de hacer el justo"? (v. 3). Si en el año jubilar no se devuelve al justo pobre su tierra, y si en el año sabático al obrero justo no se le devuelve su libertad, si jueces corruptos archivan la causa de una débil viuda, si coisraelitas impíos pisotean sin entrañas las disposiciones del SEÑOR y sobornan a los jueces con regalos, ¿qué puede hacer el justo? Aquí ya tenemos bastante materia para completar las palabras "débil" y "oprimidos" y "menesterosos" en los Salmos.

Ahora otra causa de pobreza y miseria.

*b. Impuestos inhumanos.*

Desde Salomón, pesados impuestos deben haber presionado sobre el hombre sencillo. No por nada había avisado Samuel a Israel: semejante rey os exigirá vuestros hijos para su ejército, vuestras hijas para su palacio, vuestras tierras, vuestros viñedos y olivares para sus amigos, vuestros aperos para su trabajo, de manera que os lamentaréis de vuestro rey, 1 S. 8: 11-18. La historia ha dado la razón a Samuel. Saúl comenzó como hijo de labrador, y terminó con una gran posesión de tierra, 1 S. 11: 5, 22: 7, 2 S. 9: 9 y ss. Pero, sobre todo bajo Salomón, los altos impuestos deben haber presionado sobre los israelitas pobres, 1 R. 12: 4. Dividió el país en doce distritos, cada uno de los cuales debía proveer durante un mes al rey y toda su corte los alimentos necesarios, 1 R. 4: 7, 27 y ss; cf. 2 Cr. 17: 5. Asimismo los reyes parece que tuvieron el derecho de la primera siega en los campos de hierba, pues Amós habla al menos de "el heno tardío después de las siegas del rey", 7: 1. Como prueba de favor, el rey podía conceder a alguien exención de tales cargas, 1 S. 17: 25.

Mediante semejantes tributos habrá aumentado la desigualdad de propiedad, y el equilibrio social se habrá perturbado aun

mucho más. A este respecto, las excavaciones también tienen algo que decirnos: Las tabletas escritas que se han encontrado en las excavaciones, dejan ver que la pobre población rural debió entregar al palacio real cantidades increíbles de impuestos en especie. Si a consecuencia de esto un labrador perdía poco a poco sus posesiones, entonces no las recuperaba jamás; pues en ningún lugar leemos, que las disposiciones del SEÑOR acerca del año sabático y del año jubilar, nunca fueran puestas en práctica. Aunque naturalmente siempre es posible que ello ocurriera, quizá sólo regional y defectuosamente.

Por consiguiente, aquí vemos algo del dolor amargo que puede esconderse detrás de las expresiones de algún modo veladas en los Salmos. El "menesteroso" puede haber sido un labrador que tuvo que alquilarse a sí mismo como jornalero; ¡y a veces incluso vender sus hijos! Imagínate la suerte de semejante hermano, cuando su señor al llegar la noche aún no le había pagado el sueldo adeudado, porque este impío patrono no hacía el menor caso a las ordenanzas del SEÑOR en Dt. 24: 12-15, cf. Job 24: 7. ¡Recuerda, en los lamentos de los Salmos, la pobreza de tal justo! ¡Qué humillación para un labrador, anteriormente libre, tener que recoger aceitunas en el olivar del gran terrateniente impío!, Job 24: 6, cf. v. 10 y ss. En torno a las palabras "pobres" y "menesterosos" deberíamos recordar los moradores de covachas que comían desechos de grano que, además, era vendido con medidas achicadas y balanzas falseadas, Am. 8: 5 y ss. Agotados y desollados y tratados como una bestia, esa era la suerte de los pobres en los días de Miqueas, Mi. 3: 2 y ss. Algunos habrán estado tan hundidos en sus deudas que debieron depositar como fianza sus molinos de mano -un objeto imprescindible en el gobierno de la casa israelita, y necesario para hacer pan-. Por tanto, cuando intentas profundizar en la miseria de un hogar que no recobraba este utensilio, ¡entonces comprendes algo mejor la miseria de muchos justos! Además, imagínate también su angustia constante. Angustia de caer de jornalero en esclavo. Angustia por el punto más profundo: tener que vender tus hijos como esclavos. Angustia por los cobradores de tributos que frecuentemente hubieron de ser impíos. Entretanto, tampoco olvides a las pobres jovencitas

esclavas que debían poner sus cuerpos tanto a disposición del "señor" como del "joven señor", Am. 2: 7. ¿Sabes lo que significa el desprecio hasta de tu propia familia, sólo porque eres pobre? Pr. 14: 20, 19: 4, 7. ¿Ver despreciado tu sabio consejo, porque eres pobre? Ec. 9: 15.

Toda esta miseria puede esconderse detrás de esta queja:

*"Levántate, oh Jehová Dios, alza tu mano;*
*no te olvides de los pobres.*
*¿Por qué desprecia el malo a Dios?*
*En su corazón ha dicho: Tú no lo inquirirás.*
*Tú lo has visto; porque miras el trabajo y la vejación,*
*para dar la recompensa con tu mano;*
*a ti se acoge el desvalido;*
*tú eres el amparo del huérfano", Sal. 10: 12-14.*

*c. Servicio de trabajo.*

Una tercera causa de pobreza entre los justos habrá estado en el servicio de trabajo, una institución que todo el antiguo Oriente Próximo conocía. David, al final de su régimen, ya tenía un ministro para servicios personales, 2 S. 20: 24. Bajo Salomón se levantaron grandes edificaciones como el templo, el palacio real, las obras de defensa de Jerusalén, ciudades de guarnición, 1 R. 9: 15-19. Para lo cual Salomón puso a trabajar junto a esclavos también a israelitas, 1 R. 4: 6, 5: 14, cf. 11: 28. Así el rey Asa convocó a todo Judá, sin excepción alguna, a la fortificación de Geba y Mizpa, 1 R. 15: 22. Y Jeremías censuró al rey Joacim que hizo construir su palacio sin pagar el sueldo a los constructores: "¡Ay del que edifica su casa sin justicia, y sus salas sin equidad, sirviéndose de su prójimo de balde, y no dándole el salario de su trabajo", Jer. 22: 13.

En nuestra lectura de los salmos, ¿pensamos alguna vez en estas cosas? ¡Justos puestos a trabajar en el palacio del rey Joacim, y a la noche sin la paga del salario...!

*d. Las muchas guerras.*

Una cuarta causa de la pobreza entre los justos israelitas habrá estado en las muchas guerras en que Israel se vio envuelto durante los últimos siglos antes de los destierros. Guerras con

sirios, asirios, egipcios y babilonios; por no hablar de otras, Is. 9: 11. En esto descendió sobre Israel la ira del Pacto de Dios, Lv. 26, Dt. 28 y ss., pero los justos sufrieron junto con los impíos; sí, quizá fueron los que más sufrieron.

Si nos hacemos cargo de las consecuencias de estas guerras para la población rural, entonces tenemos aun más información de fondo acerca de la miseria de los justos, tal cual resuena en los salmos.

Las guerras comenzaban casi siempre en la primavera; ese era "el tiempo que salen los reyes a la guerra", 2. S. 11: 1, 1 Cr. 20: 1. Casi todas las expediciones militares asirias, cuya fecha se conoce con precisión, comenzaron en abril y junio. Era lógico: entonces comenzaba la estación más bonita del año, los caminos eran más sencillos y sobre todo era más fácil la provisión de víveres para las tropas. Pues los ejércitos del Antiguo Oriente tenían que procurar encontrar su alimento en los países que recorrían. De ahí que salieran de marcha en la primavera. Así pues, llegaban al país enemigo precisamente cuando la cosecha de trigo estaba madura en los campos. "Un papiro egipcio describe vivamente cómo este método fue aplicado en Canaán por un ejército egipcio". ¿Y también cuando el faraón Sisac cayó sobre Judá durante el reinado de Roboám? 2 Cr. 12.

¿Crees que los soldados obtuvieron entonces su paga? Ellos tenían que obtener lo que les correspondía saqueando y robando en el país enemigo. ¡Quién sabe cuánto dolor se esconde, en este aspecto, detrás de mucho lamento velado en los salmos! ¡Pues durante estas guerras se saqueaba! El placer de repartir botines es proverbial en la Biblia, Sal. 119: 162, Is. 9: 2. Ciudades (y en ellas también vivía población rural) eran saqueadas e incendiadas, 2 S. 8: 8, 12: 30, 2 R. 14: 14, 25: 13 y ss. Campamentos militares abandonados eran saqueados, 2 R. 7: 16. Los derrotados en el campo de batalla eran despojados, 1 S. 31: 8. Todo lo que de alguna manera era transportable, se cogía, 2. Cr. 20: 25, cf. Dt. 20: 14. Incluso se robaban rebaños, 1 S. 14: 32, 27: 9, 30: 20. Sí, ya antes de las deportaciones, bandas de incursionistas secuestraban más de un o una joven israelitas, para luego echarlos a suertes o venderlos, Jl. 3: 3 y ss. La mujer del general Naamán, en Damasco, tenía en casa a una de esas esclavas israelitas. ¡Qué gran

tristeza hay detrás de tan simples noticias en el libro Reyes!

Por consiguiente, también en esta dirección podemos pensar cuando oímos a los justos lamentarse: "yo soy pobre y menesteroso". Detrás puede estar el robo de un niño, de un rebaño, de una cosecha. Daniel y Ezequiel no fueron los primeros justos que sufrieron bajo la violencia de la guerra que la maldición del Pacto de Dios llevó sobre un Israel impío.

*e. Viudas y huérfanos, extranjeros y levitas.*

En consecuencia, los justos en Israel podían ser encontrados entre los pobres. Pero, ¿a quién encontrábamos frecuentemente entre estos piadosos pobres? A las viudas y huérfanos, a los extranjeros y levitas. Cuando, pues, te encuentres las palabras "pobre" y "menesteroso", piensa entonces sobre todo en estos infelices.

En todo el Antiguo Oriente, una viuda soportaba -y a este respecto Israel, en tiempos de menosprecio de la Thorá, no era una excepción- una suerte proverbialmente miserable. Quien en Israel quería expresar una terrible maldición, usaba la expresión: "¡Ojalá te quedes viuda!", Sal. 109: 9. Rara vez en todo el Antiguo Testamento se habla de una viuda rica. Por el contrario, casi siempre son calificadas de pobres, menesterosas y oprimidas. En estas palabras, pues, recuérdense también las viudas piadosas. Sin el apoyo de su marido, sin protección de autoridades justas, despojadas del escudo divino de la Thorá, estuvieron, junto con sus hijos, frecuentemente indefensas en una convivencia israelita impía.

¿Aún poseía un trocito de terreno de su esposo difunto? Vecinos impíos hurtaban tiras de aquel terreno trasladando de vez en cuando un trocito los mojones. A veces, su marido no sólo no la había dejado posesión alguna, sino que incluso debía cargar con las deudas, de modo que corría el riesgo de perder también sus hijos. "...Y ha venido el acreedor para tomarse dos hijos míos por siervos", se lamentaba la viuda de un profeta a Eliseo, 2 R. 4, cf. Job 6: 27. Sin duda, leemos de niños de pecho que fueron arrancados del regazo materno, Job. 24: 9; sí, de viudas que fueron asesinadas, Sal.

94: 6. La mayoría de terratenientes no eran tan generosos como el justo Booz, y la mayoría de las viudas no eran tan felices como Rut espigando.

También los extranjeros y levitas eran abandonados a la justicia de sus conciudadanos. Los levitas no tenían herencia ni tierra propia en Israel: el SEÑOR era su porción. Vivían de una parte de los sacrificios que eran llevados al SEÑOR. Por eso los levitas y sus familias notaban enseguida en su cuerpo y en el portamonedas cuando Israel abandonaba las ordenanzas del SEÑOR. ¿Quién sabe cuántos pobres levitas toman la palabra en los salmos? Recuerda, pues, también a estos hermanos cuando oyes a los salmistas interpretar el dolor de los justos. Alguna vez se ha sospechado que el Salmo 73 procede de tan pobres círculos levíticos. Si esto es exacto, este salmo describe cómo tan explotados siervos del SEÑOR pudieron estar irritados hasta sus riñones (cf. cap. 7, Sal. 16:7), cuando comparan su propia pobreza con la prosperidad de los impíos. "Hasta que entrando (en mi trabajo como levita) en el santuario de Dios, (para hacer allí mi humilde trabajo), (entonces) comprendí el fin de ellos", Sal 73: 17. Entonces descendió la paz de Dios nuevamente a su corazón. "Con todo, yo siempre estuve contigo", Sal. 73: 23 (como levita, gozo, a pesar de todo, del privilegio de estar siempre contigo: en el santuario, donde los demás israelitas sólo entraban en ocasiones). Y su consuelo era auténticamente levítico: otros pueden poseer toda clase de riquezas, pero "el SEÑOR es mi heredad", Dt. 10: 9, 18: 2. Podríamos leer el Salmo 73 como la lucha de un siervo despojado de Dios en medio de ricos correligionarios israelitas impíos.

¿Los justos frecuentemente pobres y menesterosos? Sí, pero, a este respecto, no olvides especialmente a estos levitas que no poseían "ninguna herencia", que debían vivir de dádivas y fueron hechos las primeras víctimas en tiempos de abandono del Pacto. Además, seguidos muy de cerca por los otros "débiles": las viudas y los extranjeros.

Características son también las palabras con que el idioma hebreo indica a estos pobres. El ʿ*ani* (menesteroso, se deriva, como palabra, de ʿ*anah*: ser encorvado, combo, desdichado). ¿No ves estar a ese pobre delante del gran terrateniente? Sí,

agachado. De la misma raíz se deriva la palabra *ʿanaw* (humilde). También ésta señala al pobre como un encorvado, tanto ante Dios como a los ojos de las gentes. La palabra *'ebyon* (pobre) indica al pobre como necesitado, el que padece necesidad. Otras palabras gráficas hebreas para significar pobre, son: *dal*, que literalmente significa: delgado, derivado de *dalal* (ser flaco, débil e insignificante). Aquí se puede pensar en "los flacos (débiles, insignificantes) del país", como indicación del proletariado agrario que, después de la caída de Jerusalén, pudo permanecer viviendo en el país, cf. 2 R. 25: 12. Con la palabra *rǎs*, el idioma hebreo indica al pobre como *have-not* (sin posesiones). Estas diferentes palabras también son usadas mezcladas, o se las cambia entre sí para indicar, como sinónimas, los mismos pobres.

Entretanto y según esperamos, las palabras: "pobres", "menesterosos", "oprimidos", "débiles", "humildes" han obtenido para ti algo más relieve. Los salmistas hablaban acerca del dolor de estos justos, tal como hicimos notar, casi siempre en términos velados de algún modo. Pero, por esta reflexión acerca de las causas de tanta pobreza en los círculos de los piadosos, quizá hemos obtenido una imagen más viva para nuestro espíritu cuando les oímos lamentarse de los "angustiadores" que "tensan el arco" o "cavan hoyos". Ve, pues, por ejemplo, a ese pobre justo con los ojos húmedos caminar a lo largo de la herencia de sus antepasados, el terreno que el SEÑOR había entregado a su familia, pero que le fue arrebatado a él...

Naturalmente que también hubo justos ricos, como ya vimos, pero puedes considerarles tranquilamente como excepciones, y en tu lectura de los salmos manejar esta regla: los justos = los pobres = los menesterosos = los humildes = los débiles = los necesitados = jornaleros y labradores arruinados = viudas y huérfanos = levitas sin posesión y abandonados.

## 4. PERSEGUIDOS PORQUE HACEN JUSTICIA.

"Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución", 2 Ti. 3: 12. También los justos

del Antiguo Testamento experimentaron esto. Tuvieron hambre y sed de justicia. Respetaron el *derecho* contractual de Dios en su vida y en la de todo Israel. Ser justo ante Dios y los hombres, ese fue el más alto objetivo de su vida. De ahí su celo por la causa del SEÑOR, y su aversión a todo lo que iba en contra de su Palabra. Pero, ¡cuán perseguidos fueron por eso! Esto lo hacen ver muy claramente tanto la historia bíblica como la posterior historia de la iglesia.

Nuestro Señor Jesucristo señaló alguna vez ese camino rojo de “toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar”, Mt. 23: 35. Y, ¿por qué Caín mató a Abel su hermano? “Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas”, y porque Caín “era del maligno”, 1 Jn. 3: 12. De éstos había más entre el pueblo de Dios, como veremos en el próximo capítulo. Los propios hermanos de Moisés casi le apedrearon, Nm. 14: 10, porque creía en el SEÑOR, pero ellos no. Por consiguiente, casi fue apedreado por causa de su justicia. La confianza ciega de David en el Nombre del SEÑOR, por la que derribó a Goliat, con el tiempo le costó el negro odio de Saúl, y por el cual vivió durante años en peligro de muerte. Una vez más, “por causa de la justicia”. Por la misma razón fueron perseguidos también los profetas: Elías, Eliseo, Amós, Jeremías... Bajo el régimen de Acab, su mayordomo Abdías escondió a unos cien profetas en una cueva donde les procuró pan y agua, 1 R. 18: 4. Pues, de otra manera, Jezabel les habría exterminado. ¡Hablando sobre pobres justos y sobre pobres perseguidos por causa de la justicia, también a Elías quiso asesinar Jezabel, 1 R. 19: 2!. Amós fue expulsado de Bet-el como pícaro, Am. 7: 10 y ss. Y el camino de sufrimiento del pobre Jeremías ya lo conoces: éste celebra su 40 aniversario de ministerio en la prisión o en el barro de un pozo. Sin embargo, junto a estos conocidos de nombre marcha, a través de la historia de la iglesia, la gran legión de justos pobres y perseguidos desconocidos. Los oprimidos seguidores de David en la cueva de Adulam, 1 S. 22: 1 y ss. La viuda de los profetas que desesperada llegó junto a Eliseo, 2 R. 4: 1-7. La viuda de Nabot, 1 R. 21. Los pobres que fueron vendidos por un par de zapatos, Am. 2: 6. Todos los

perseguidos por causa de la justicia; y odiados porque en la vida ordinaria cumplieron las ordenanzas del SEÑOR.

¡Su pobreza y dolor les colocó en una luz muy determinada!

Pobreza, enfermedad, postergación, impugnación y opresión son naturalmente también fenómenos *generalmente humanos*. También paganos e incrédulos pueden hablar de ello. Pero estas cosas no fueron tratadas así en los salmos. En éstos, esas formas de sufrimiento están en una luz muy concreta. Cuando los salmistas se lamentaban de la pobreza, de la opresión de los blasfemos, de los mentirosos, de los opresores, de los hoyos y lazos, traen estos asuntos ante la presencia de Dios como dolor que, según lo expresó el Salvador, les sobrevenía *por causa de la justicia*.

Este es un sufrir de una especie muy determinada y concreta.

Todo tiene que ver con la gran línea de demarcación que corre a través de toda la Palabra de Dios, y así también a través de todos los salmos. La línea divisoria entre los impíos, casi siempre ricos y poderosos, que han abandonado (frecuentemente bajo apariencia piadosa) la Palabra, y los justos, casi siempre pobres y perseguidos, que aman de corazón al SEÑOR, guardan su Pacto, y tiemblan ante su Palabra. Este es el marco en que los salmistas se quejan de la pobreza, opresión, enfermedad, odio, redes, trampas, mentiras, testigos malvados y burladores. Nuestro Salvador llamaría a *esto*: "llevar la cruz". Llevar la cruz es sólo el dolor que soportamos "por causa de la justicia", por causa de nuestra lealtad para con Dios y su causa, por amor de Cristo, "sin causa", Sal. 25: 3, 44: 22, Ro. 8: 36. Todo el otro dolor o sufrimiento que tenemos en común con el mundo incrédulo, es consecuencia del pecado y castigo del mismo.

A partir de esto comprendemos por qué los cristianos reformados en el siglo XVI precisamente se aferraron a los Salmos con tanta avidez. Durante siglos, los feligreses católicorromanos sólo podían mirar y escuchar en las catedrales medievales. Pero los reformadores volvieron al ejemplo de las primeras comunidades cristianas, y permitieron a la iglesia volver a cantar en sus reuniones. Pero, ¿qué pudieron dejarla cantar? Sencillamente no se disponía aún de

ninguna versificación de los salmos para el canto de la iglesia. Pero lentamente surgieron algunas colecciones. ¡Sí, colecciones de salmos metrificados y con música! Porque el Libro de los Salmos es el libro de los himnos de los justos *sufrientes*, ¿qué cosa mejor podían cantar los pobres mártires en el siglo XVI, que los himnos de aquellos que siglos atrás habían sostenido realmente el mismo sufrimiento que ellos? Así los perseguidos-por-causa-de-la-justicia en el siglo XVI tomaron los salmos de los labios de los perseguidos por causa de la justicia en siglos mucho más antiguos. ¿Qué mejor cosa podían cantar en el rojo fuego de las hogueras o en los territorios extraños donde se reunían en iglesias de refugiados? (por ejemplo, en Embden, Londres). En estos himnos, los reformadores perseguidos encontraron no sólo compañeros justos perseguidos, sino que también recibieron el consuelo preciso y la enseñanza correcta acerca de lo que en situaciones tan difíciles son las oraciones agradables a Dios; como, por ejemplo, la siguiente:

> *"Los que confían en Jehová son como el monte Sión,*
> *que no se mueve, sino que permanece para siempre.*
> *Como Jerusalén tiene montes alrededor de ella,*
> *así Jehová está alrededor de su pueblo*
> *desde ahora y para siempre.*
> *Porque no reposará la vara de la impiedad*
> *sobre la heredad de los justos;*
> *no sea que extiendan los justos*
> *sus manos a la iniquidad.*
> *Haz bien, oh Jehová, a los buenos,*
> *y a los que son rectos en su corazón.*
> *Mas a los que se apartan tras sus perversidades,*
> *Jehová*[5] *los llevará con los que hacen iniquidad;*
> *paz sea sobre Israel", Salmo 125.*

Cuando oímos de cristianos perseguidos, nos inclinamos a dolernos con ellos. Pero nuestro Salvador les felicitó. No *a pesar de* su persecución, sino *porque* eran perseguidos: "Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos", Mt. 5: 10. Con lo cual nuestro excelso Profeta y Maestro resumió

el tema fundamental de los Salmos, el libro de los himnos de los perseguidos por causa de la justicia.

## 5. LOS AFLIGIDOS POR CAUSA DE SIÓN

Así pues, frecuentemente los justos eran los menesterosos, los pobres, los perseguidos por causa de la justicia. ¿Qué actitud tomaron habitualmente frente a este sufrimiento?

¡Ah! Nada humano les era ajeno. Esto lo vemos en Asaf que estaba irritado hasta sus riñones por causa de la prosperidad de los impíos y por su propia pobreza. Su corazón estaba amargado y envidioso. Pero esta actitud no tipificaba toda su vida. "Tan torpe era yo, que no entendía; era como una bestia delante de ti", Sal. 73: 22; nosotros diríamos: un burro tonto. Además, ya conoces el abatimiento de Elías y la depresión de Jeremías que en una ocasión le llevó a maldecir el día en que nació, 1 R. 19, Jer. 20: 7-18. Así se podrían señalar aun muchos más justos abatidos.

Pero, ¿cómo estaban generalmente frente a su dolor? No en plan activista y llenos de sed de actividad para buscar su propio derecho. No; característico de los justos es que, por lo que respecta a su propio derecho, encomendaban su causa, en apelación suprema, al SEÑOR, y oraban: "Disputa, oh Jehová, con los que contra mí contienden", Sal. 35: 1. A veces, incluso se atreven a orar: "Júzgame, oh Jehová, porque yo en mi integridad he andado", Sal. 26: 1. Y por lo que respecta al derecho de Dios sobre Israel, cuando tal derecho era torcido por el pueblo de Dios, ¡los justos ciertamente sabían llorar!

Eran los "afligidos de Sión", Is. 61: 3.

Naturalmente, su propio dolor también oprimía pesadamente, pero que Israel pisotease el Pacto de Dios y despreciase sus ordenanzas, eso rompió a los justos el corazón en más de una época. De ahí su sobrenombre: "los quebrantados de corazón", Sal. 34: 18. En este aspecto, también los justos ricos se llaman "pobres". Por ejemplo, Ana, madre de Samuel, que fue ciertamente una dama acomodada. Su marido Elcana podía mantener a dos mujeres, y ofrecer un toro de tres años antes de que Samuel fuera dedicado al SEÑOR; eso no lo podía hacer cualquier israelita. Ana, pues, en el aspecto sociológico, probablemente fue todo menos pobre. Pero, esto no obstante,

en su cántico que está lleno de la situación de la iglesia al final de la época de Jueces, y de los acontecimientos que en ella se avecinaban, también dice esto: "El levanta del polvo al *pobre*, y del muladar exalta al *menesteroso ('ebyon)*", 1 S. 2: 8. Con lo cual indudablemente se ha referido a sí misma, y ha profetizado del lugar honorífico que ella conseguiría en el Reino de Dios. Ana, la madre del profeta Samuel, el reformador del tiempo de los Jueces, y maestro del rey David.

De esto aprendemos que, consecuentemente, no siempre debemos tomar literalmente la expresión o calificativo "pobre", en el sentido social de la palabra, sino también en sentido figurado o metafórico: "pobres" son también aquellos numerosos justos acomodados que, a pesar de su riqueza, son menesterosos por causa de la desolada situación de "Sión". Véase el encabezamiento sobre el Salmo 102: "Oración del que sufre *(ʿani)*, cuando está angustiado (!), y delante de Jehová derrama su lamento".

"Bienaventurados los que lloran (especialmente por causa de Sión)", dijo nuestro Salvador, "porque ellos recibirán consolación", Mt. 5: 4. Con lo cual nuestro Salvador habló en la línea de los salmos, entre otros, del Salmo 126:

*"Los que sembraron con lágrimas,*
*con regocijo segarán.*
*Irá andando y llorando*
*el que lleva la preciosa semilla;*
*mas volverá a venir con regocijo,*
*trayendo sus gavillas", vs. 5-6.*

¿Lloras tú por Sión? ¿Ves tú con profundo pesar cómo el Goliat de la ciencia moderna, sí, todo nuestro mundo moderno odia al Dios vivo y su Palabra? ¿Eres tú un abatido de espíritu cuando te das cuenta de que estos enemigos durante los dos últimos siglos han arrastrado a muchísimos jóvenes de ambos sexos de la iglesias de Jesucristo hacia el campo de nuestros enemigos? ¿Quedas abatido cuando observas el poco poder de movimientos para la vuelta a Dios y a su Palabra? Lee, pues, entonces mucho en los salmos de los "afligidos de Sión", como, por ejemplo, los Salmos 44, 74, 77, 79, 80, 89, 90, 102, etc. En ellos oyes a los justos como interceso-

res, como quienes exponen la necesidad de la iglesia israelita ante el trono de Dios. De tales salmos podemos aprender cómo podemos orar a Dios en tiempos en que sus juicios llegan sobre su pueblo. Ve cómo estos "afligidos de espíritu", aunque justos personalmente, se han sabido unidos con los pecados de sus antecesores y contemporáneos. Oye *cómo* se quejan al SEÑOR al respecto: con ojos abiertos ante la ira del Dios justo, con una invocación a sus promesas, apelando a su Nombre, suplicando su misericordia y consolándose con la eterna realeza de Dios. Aunque aún volveremos a estas cosas al hablar detalladamente en la discusión de algunos de semejantes salmos, queremos, como ilustración de lo que queda dicho, poner bajo tu atención algunos fragmentos de estos salmos:

Salmo 74: 1-4:

*"¿Por qué, oh Dios, nos has desechado para siempre?*
*¿Por qué se ha encendido tu furor*
*contra las ovejas de tu prado?*
*Acuérdate de tu congregación,*
*la que adquiriste desde los tiempos antiguos,*
*la que redimiste para hacerla*
*la tribu de tu herencia;*
*este monte de Sión, donde has habitado".*

Salmo 77: 3 y 7:

*"Me acordaba de Dios, y me conmovía;*
*me quejaba, y desmayaba mi espíritu.*
*¿Desechará el Señor para siempre,*
*y no volverá más a sernos propicio?"*

Salmo 79: 1 y 8-9:

*"Oh Dios, vinieron las naciones (los impíos) a tu heredad;*
*han profanado tu santo templo.*
*No recuerdes contra nosotros las iniquidades*
*de nuestros antepasados;*
*vengan pronto tus misericordias a encontrarnos...*
*Ayúdanos, oh Dios de nuestra salvación,*
*por la gloria de tu nombre;*

*y líbranos, y perdona nuestros pecados*
*por amor de tu nombre".*

Salmo 102: 7-9, 10 y 12-13:
*"Velo, y (-) mi bebida mezclo con lágrimas,*
*a causa de tu enojo y de tu ira;*
*pues me alzaste, y me has arrojado.*
*Mas tú, Jehová, permanecerás para siempre,*
*y tu memoria de generación en generación.*
*Tú levantarás y tendrás misericordia de Sión..."*

Nosotros, como Cristiandad del siglo XX, nos encontramos en gran peligro de juicio. Ya fuimos azotados por dos guerras mundiales, y al presente parece que Dios y su Cristo vigilan sin actuar cómo la Cristiandad occidental es asaltada desde todos los lados por espíritus heterodoxos. ¿Existe, pues, en un tiempo tan malo, un conjunto de disciplinas más actual en la escuela de oración de los Salmos que aquella que los justos también nos han cantado a nosotros como *afligidos* por causa de Sión? En esa escuela, por consiguiente, también aprenderemos que nuestro Salvador, en base a estas oraciones y poemas, nos felicitó diciendo: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación", Mt. 5: 4.

## 6. EL LIBRO DE LOS HIMNOS DEL RESTO.

"En sus días florezca el justo", se ora en el Salmo 72 (de David o para Salomón, Nueva Versión Neerlandesa). Israel habrá conocido efectivamente semejantes tiempos. Israel sirvió al SEÑOR todos los días de Josué, Jos. 24: 31, y en el siglo de David y Salomón, el SEÑOR pudo haber oído alguna vez el Salmo 72. Pero, en general, los libros de los Profetas pintan otra imagen, a saber, la de un Israel en el que los justos frecuentemente no forman más que un Resto, una minoría más pequeña o más grande. Acerca de lo cual ya hicimos algunas observaciones en páginas anteriores, y ahora queremos añadir a ello alguna que otra cosa.

En tiempo de los Jueces, los justos ciertamente han formado con frecuencia una minoría en extinción. Ya mencionamos los nombres de Manoa y su mujer, el padre y la madre

de Sansón; de Noemí, Booz y Rut, Ana y Elcana, los padres de Samuel, que habrán pertenecido a los círculos de gentes que se han reunido en torno a los jueces. También Samuel, en un principio, habrá formado círculos de discípulos. Hombres como los profetas Gad y Natán, el príncipe Jonatán, David y su séquito en sus correrías, y la inteligente Abigaíl habrán salido de la "escuela" de Samuel.

El régimen de David y Salomón trajo un tiempo de retorno al SEÑOR y su culto; pero, apenas un siglo después, el desalentado Elías se lamenta: "...los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas; y sólo yo *he quedado*, y me buscan para quitarme la vida", 1 R. 19: 10. Por lo cual, el SEÑOR consuela a su siervo: "...Yo haré que *queden* en Israel siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal, y cuyas bocas no lo besaron", 1 R. 19: 18. Aquí, pues, los justos forman claramente un Resto.

Nuevamente casi un siglo más tarde, oímos a Ezequías usar estas palabras cuando los asirios amenazan. Entonces el príncipe ruega al profeta Isaías: "... Por tanto, eleva oración por el *remanente* que aún queda", 2 R. 19: 4. Y aun cien años más tarde, el bisnieto de Ezequías envía una delegación a la profetisa Hulda. Profundamente impresionado por el libro de la ley que Hilcías encontró en la casa del SEÑOR, Josías ruega a la profetisa Hulda, que quiera consultar al SEÑOR "por mí y por el *remanente* de Israel y de Judá", 2. Cr. 34: 20 y ss.

En los Profetas Posteriores la palabra "resto" o "remanente" se convierte en término más o menos estable. Isaías debió dar a uno de sus hijos el nombre de: "Še'ar Yašub", que significa "un (resto) Remanente se convertirá" o "un Remanente volverá", Is. 7: 3, cf. 8: 3 y 18. Cuando el SEÑOR llamó a este profeta, ya le había prometido, que sólo un Remanente (resto) escucharía su predicación, Is. 6. Lo cual proporcionó a Isaías mucha tristeza, como testifica su queja: "¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?", Is. 53: 1. Por consiguiente, en este período debemos buscar a los justos especialmente entre los discípulos de Isaías (cf. Is. 8: 16), o entre los de su contemporáneo Amós, quien asimismo hablaba de "resto" de José, Am. 5: 15; o en el círculo en torno a Miqueas, quien más o menos en el mismo dece-

nio predicaba la Palabra de Dios, y consoló al Remanente, Mi. 2: 12, 7: 18.

El hecho de que incluso durante los períodos más oscuros en la historia de Israel aún viviera un Resto de justos, lo debemos agradecer exclusivamente a la misericordia y fidelidad del SEÑOR. Pues, así dijo a Elías: "Y *Yo* haré que queden en Israel siete mil...", 1 R. 19: 18. E Isaías tan sólo tenía esta explicación: "Si Jehová de los ejércitos no nos hubiese dejado un resto pequeño...", Is. 1: 9, cf. Jer. 31: 2, Am. 5: 15, Esd. 9: 13 y ss. El "celo de Jehová de los ejércitos", he ahí el poder detrás de esta subsistencia de un Remanente, 2 R. 19: 31, cf. Gn. 6: 8.

¿Y habla de otra manera el Nuevo Testamento? ¿Acaso el Señor Jesús no reunió en torno a sí mismo apenas un Remanente de la degenerada iglesia judía? También en este aspecto cumplió él las palabras y experiencias de los Profetas.

¡De estos círculos de gentes proceden los salmos! Nosotros podemos titular tranquilamente el Libro de los Salmos como: El Himnario del Remanente. En éste suenan las voces del Resto santo tal como ahora le hemos visto conservado a través de toda la historia de Israel. Los "siete mil" de los días de Elías, "el Remanente que aún queda" del cual hablaba Ezequías, "el remanente" acerca de los cuales Josías consultó a la profetisa Hulda, el "resto de José" de los días de Amós, en esos círculos se han guardado y se han cantado los salmos.

Aquí encontramos también la explicación de un fenómeno que a más de un lector de la Biblia en su día le ha admirado: ¿Cómo es que en los libros de los Profetas Tardíos (de Isaías a Malaquías, ambos inclusive) leo las promesas de salvación más hermosas entre medias de los anuncios de juicio más oscuros? ¿También tú te has extrañado de esta curiosa interferencia? ¡Ten presente, pues, que estos profetas no sólo se dirigieron a los impíos bajo Israel, sino también a los justos! Su misión era: "Decid al justo que le irá bien, porque comerá del fruto de su trabajo (para él promesas de salvación). ¡Ay del impío! Mal le irá, porque según las obras de sus manos le será pagado" (para él anuncios de juicio), Is. 3: 10-11.

Porque, sobre todo, no idealices esta posición minoritaria de los justos. A veces se sentían casi desesperados bajo ella, tal como lo puedes oír de los siguientes fragmentos de salmos:

Salmo 12: 1:

*"Salva, oh Jehová, porque se acabaron los piadosos;*
*porque han desaparecido los fieles*
*de entre los hijos de los hombres".*

Salmo 14: 2-3:

*"Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres,*
*para ver si había algún entendido, que buscara a Dios.*
*Todos se desviaron, a una se han corrompido;*
*no hay quien haga lo bueno,*
*no hay ni siquiera uno".*

Este poeta evidentemente habla de "hacedores de injusticia" en Israel, gentes como Saúl, quien pudo comerse a David y los suyos, "como si comiesen pan", v. 4. También pide un giro o cambio "en la suerte de su pueblo", v. 7, y reprocha a los maquinadores de toda esta calamidad que, a pesar de todo, ellos tienen "conocimiento" del SEÑOR. ¿Por qué le niegan tan insensatamente? Pero también se consuela con las actuaciones del SEÑOR en favor del Remanente, al que también este salmista pertenece:

Salmo 14: 5:

*"Ellos temblaron de espanto;*
*porque Dios está con la generación de los justos".*

Este consuelo lo han sacado los salmistas indudablemente de las promesas que los profetas pudieron dirigir a este menesteroso y pobre Remanente. De donde, una vez más, el eco de los Profetas lo puedes oír en los Salmos. A través del próximo destierro, sí; incluso a través del regreso del mismo y de la primera venida de Cristo, los profetas pudieron consolar al Remanente con la incorporación de paganos a Israel y con cuadros visionarios del cielo en la tierra, que esta gran congregación (Iglesia) heredará después del retorno de Cristo.

"... Correrán a él todas las naciones" (hacia ese Remanente vuelto del destierro). (...). "Porque de Sión saldrá la ley (la Thorá o enseñanza, para ser llevada por Pablo y los otros apóstoles). (...) "y (cuando Jesús retorne) volverán sus espadas en rejas de arado...", Is. 2: 1-5. "El remanente de Jacob será en medio de muchos pueblos como el rocío de Jehová (...) como el león entre las bestias de la selva (...). Harán estruendo por la multitud de hombres", Mi. 5: 6 y ss, 2: 12. Visto humanamente, este Remanente parece, en la mayoría de las veces, "un pueblo humilde y pobre", Sof. 3: 12; pero, viviente con la promesa de que el SEÑOR de los ejércitos "será por corona de gloria y diadema de hermosura al remanente de su pueblo", Is. 28: 5.

El eco de esta y otras promesas proféticas para el Remanente suena claramente desde el libro de los himnos de este Remanente justo. La espera de una expansión masiva de este Resto santo hasta una iglesia universal lo han profesado los hijos de Coré en el Salmo 87: 3-4:

*"Cosas gloriosas se han dicho de ti,*
*¡ciudad de Dios!*
*Yo me acordaré de Rahab y de Babilonia*
*entre los que me conocen;*
*he aquí Filistea y Tiro, con Etiopía;*
*este nació allá".*

¿Buscó una mayoría impía israelita su poder en el poder militar y en alianzas con pueblos paganos? Los justos en sus salmos hicieron profesión de fe enfrentándose al espíritu de su siglo:

Salmo 20: 8:

*"Estos confían en carros, y aquellos en caballos;*
*mas nosotros del nombre de Jehová nuestro Dios*
*tendremos memoria".*

Salmo 33: 16-17 y 20:

*"El rey no se salva por la multitud del ejército,*
*ni escapa el valiente por la mucha fuerza.*

*Vano para salvarse es el caballo;*
*la grandeza de su fuerza a nadie podrá librar...*
*Nuestra alma espera a Jehová;*
*nuestra ayuda y nuestro escudo es él".* Cf. Sal, 147:10

Mientras muchos israelitas servían a los baales y abandonaban al SEÑOR, el Resto santo de Israel ha orado por el rey, Salmos 72 y 89, y miraron hacia el gran "David" del futuro mesiánico. Entretanto, no se han erguido sectaria- y orgullosamente por encima de otros israelitas, sino que por el Pacto de Dios también se han sabido unidos con sus contemporáneos y antepasados. En solidaridad con éstos y como intercesores de ellos, han confesado desde Egipto los pecados de sus padres, por ejemplo, en el Salmo 106: 6 y ss.:

*"Pecamos nosotros, como nuestros padres;*
*hicimos iniquidad, hicimos impiedad.*
*Nuestros padres en Egipto..."*

Aquí oímos los mismos tonos que en Daniel 9; cf. Sal. 106: 6 y ss. Y mientras otros, en adoración sobre sus rodillas, "adoraron a todo el ejército de los cielos" (2 R. 17: 16, 21: 3 y 5, 23: 4 y ss, 2 Cr. 33: 3-5), el Remanente justo de Israel, nuevamente y de manera frontal contra el espíritu del siglo, cantaba:

Salmo 8: 3 y ss.:
*"Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos,*
*la luna y las estrellas que tú formaste..."*

Salmo 19: 1:
*"Los cielos cuentan la gloria de Dios,*
*y el firmamento anuncia la obra de tus manos".*

En su libro de himnos los justos también leían Salmos acerca de la mano justiciera y liberadora de Dios en la historia de Israel. Y mientras los impíos, como hace notar el Salmo 28, "no atendieron a los hechos de Jehová, ni a la obra de sus manos" (v. 5), los justos confiesan:

Salmo 78: 3-4 y 7:

*"(Cosas escondidas, v. 2) las cuales hemos oído y entendido;*
*que nuestros padres nos las contaron.*
*No las encubriremos a sus hijos*[6]*,*
*contando a la generación venidera las alabanzas de Jehová,*
*y su potencia, y las maravillas que hizo...*
*A fin de que pongan en Dios su confianza,*
*y no se olviden de las obras de Dios,*
*que guarden sus mandamientos".*

Así es como el Resto santo de Israel *profesó* en los Salmos su fe. Y ciertamente en todos los puntos contra los que el espíritu de su tiempo (¡y del nuestro!) presentó objeción, y el hacer profesión de fe fue parejo con el sufrir. Por ejemplo, en cuanto a curación de enfermedad, para lo cual el rey Ococías mandó consultar a *Baal-zebub*, dios de Ecrón; para eso mismo los justos invocaron el Nombre del SEÑOR, y le alabaron por su curación, Salmo 30.

También en nuestro siglo, nuestro Padre celestial en medio de una Cristiandad apóstata, aún conserva un Remanente de justos que le aman y tiemblan ante sus palabras. Considerado en sí mismo, probablemente es aún grande, pero atendiendo al número total de bautizados y al total de los pueblos cristianos, este Remanente es probablemente "pequeño" y "humilde". Pero los ojos del SEÑOR están sobre los justos, y sus oídos atentos a su clamor, Sal. 34: 15. Después heredarán la tierra y se recrearán en gran paz, Sal. 37: 11 y 29.

¡Ojalá quienes forman el "remanente en la Cristiandad moderna no sólo crezcan en número, sino que también se sepan unidos en medida creciente por lazos de fe íntima con el santo Remanente de los libros de los Profetas! ¡Y que nuestro Padre celestial conceda, en su benevolencia, que el Remanente en el Siglo XX, en sus himnos y oraciones, se adhiera al modelo de los Salmos: el libro de los himnos y de las oraciones del Remanente justo en Israel![7].

NOTAS

1. A. Janse, Los Justos en la Biblia, t. I, pág. 74 y ss. FELiRe 1984.

2. Esto, pues, abarca mucho más que tratar correcta y legalmente, tal como estamos inclinados a entenderlo. También significa: estar señalados mutuamente a demostrar bondad, fidelidad y, si llega el caso, ayuda a pobres y enfermos, Pr. 12: 10, 21: 26, 29: 7.

3. "Amargamente apesadumbrado", así traducimos aquí las palabras *mare-nefes* que también aparecen en Pr. 31: 6 y Job 3: 20. David no partió a la guerra con un grupo de camorristas, sino con justos perseguidos. Volveremos sobre esto al tratar el Salmo 57.

4. "La ciencia económica en el siglo XX ha llegado al reconocimiento de que la gran desigualdad económica es una causa fundamental del estancamiento económico", A. Keizer, o.c. 18.

5. M. Dahood, Psalms III, New York, 1970, 214, traduce: "O... quiera el SEÑOR hacerles perecer..."

6. M. Dahood, Psalms II, p. 239: "*Benêhem*" se traduce, normalmente, por "sus hijos". Lo cual, sin embargo, es considerado extraño en alguna manera.

7. Un sumario de las discusiones teológicas sobre "Die Armen und Frommen" (Los pobres y piadosos) en los salmos se puede encontrar en Johann Jakob Stamm, "Ein Vierteljahrhundert Psalmenforschung", Theologische Rundschau, 23. Jahrgang, Heft 1, 55-60, Tübingen.

# Capítulo 3

## LOS IMPÍOS EN LOS SALMOS

NADA menos que 81 veces aparece la palabra "impío" en los Salmos. Pero si, a este respecto, aun cuentas las decenas de sus sinónimos, ¡entonces el número de lugares donde los Salmos hablan de los impíos asciende hasta centenares!

¿Qué clase de personas eran esos impíos? Si queremos entender bien los salmos, esta pregunta es tan importante como la referida a los justos, de quienes ya hablamos en el capítulo anterior. Pues, frente a los justos, en los salmos se encuentran los impíos como la segunda categoría de protagonistas. Por eso les dedicamos también a ellos un capítulo aparte.

¿Cómo, pues, hablan los salmistas acerca de estos impíos? Si queremos obtener una buena visión introductoria de ellos, debemos tener en cuenta, sobre todo, las dos cosas siguientes: Primera, que también los salmos, cuando hablan acerca de los impíos, dejan oír el eco de la Thorá y los Profetas (cf. cap. 1). Y, segunda, que nosotros vivimos ahora bajo un Nuevo y mejor Pacto que los salmistas en su tiempo. Nosotros estamos en el Pacto del que Jesús ha sido hecho "Fiador", He. 7: 22, 8: 6 y 13. Por consiguiente, si con los salmos queremos cantar ahora acerca de los impíos, también estamos obligados a mostrarnos especialmente discípulos de nuestro excelso Maestro y sus apóstoles. Pues su hablar acerca de los

impíos, enemigos, burladores e hipócritas difícilmente lo podemos negar de una manera total.

## 1. ¿DÓNDE ENCONTRAMOS A LOS ENEMIGOS?

Al leer la palabra "impío", ¿piensas involuntariamente y enseguida en los paganos y ateos? A veces, tenemos la impresión de que muchos lectores de la Biblia se imaginan a los impíos como rudos blasfemos, malhechores, jóvenes con repugnantes rostros patibularios.

Respecto a esos blasfemos, acabamos pronto diciendo: a esos aún no les conocía el mundo del Antiguo Testamento. ¿Eran los "sin dios"? ¿Los ateos teóricos? Figuras éstas absolutamente desconocidas tanto en Israel como en los pueblos paganos. Naturalmente, Israel sí conocía a los necios que, en su corazón (partían del pensamiento que), decían: "No hay Dios", Sal. 14: 1, 53: 2. Pero, con esto, tales necios no negaban "que existe un Dios". Dudar de la existencia de dioses, como ya dijimos, tampoco ocurría incluso entre los paganos vecinos de Israel[1]. Así de bajo caería nuestra Cristiandad. Si en ella se afirma que no *hay* Dios, con eso se niega incluso su existencia. Pero, cuando en Israel un necio decía: "No hay Dios", con ello negaba, que Dios *ve* y *advierte* y *pide cuentas* a los hombres, Sal. 10: 4. Alguien así, vivía de este pensamiento: -"Oh, Dios olvida eso, y nunca lo viene a ver", Sal. 10: 4. "Y no consideran en su corazón, que tengo en memoria toda su maldad", Os. 7: 2. "Y dijeron (pensaron): no verá JAH, ni entenderá el Dios de Jacob", Sal. 94: 7. Naturalmente que Dios existe, pero no se ocupa de nuestras prácticas, -decían.

Por tanto, los impíos ciertamente no eran ateos.

¿Pero lo eran a veces los paganos? Es indudable que diversos salmistas hablan de enemigos extranjeros. Tómese, por ejemplo, el Salmo 33: "Jehová hace nulo el consejo de las naciones (los paganos), y frustra las maquinaciones de los pueblos (contra Israel)", v. 10. Esto no obstante, a lo sumo sólo hay diez salmos en los que los enemigos de los que se lamentan, son *paganos*[2].

Con lo cual no afirmamos, que la Escritura en ningún lugar use la palabra "impío" para referirse a los paganos. Abraham

llama "impíos" a los habitantes de Sodoma, Gn. 18. Sin embargo, se puede decir con toda seguridad, que la Escritura, con la palabra "impío", sólo con una altísima excepción se refiere a paganos. Cuando la Palabra de Dios habla acerca de los impíos, tiene presente casi siempre a los *israelitas*. Por tanto, miembros de la *iglesia* de entonces; aliados del SEÑOR; miembros del pueblo de Dios. "Porque fueron hallados en *mi pueblo* impíos", Jer. 5: 26, cf. 12: 1. Así suena la queja del SEÑOR no sólo en tiempos de Jeremías, pero así hablan también ininterrumpidamente la Thorá, los Profetas y los Escritos. Los salmos, al hablar de los impíos, se refieren a una determinada clase de *israelitas*. Cuando Dios en el Salmo 50 ordena airado: "Juntadme mis santos, los que hicieron conmigo pacto con sacrificio" (v. 5), entonces Valeton considera estas palabras dirigidas a semejantes israelitas impíos; y escribe, que aquí, con la palabra "santos", no se indican "personas realmente piadosas, y que en su comportamiento responden al favor de Dios en el que han sido acogidas, sino que ello es sencillamente indicación del pueblo como firmemente situado, según y en virtud del Pacto, en una determinada relación para con Dios: una relación de favor"[3]. Dios había acogido -en sus predecesores- tanto a estos impíos como a los justos en su rico y favorable Pacto de Horeb. Sí, a veces esos impíos incluso andaban por ahí hablando con la boca llena acerca del Pacto. Pues en el Salmo 50 también leemos esto: "Pero al malo dijo Dios: ¿Qué tienes tú que hablar de mis leyes, y que *tomar mi pacto en tu boca*?, v. 16. Y el Salmo 1 habla de los impíos "en la congregación de los justos", aunque estos pecadores no poseyeran en ella lugar permanente, v. 5.

¿Dónde, pues, tenemos que buscar a los impíos? Ciertamente no en primer lugar entre los paganos, sino, en el 99% de los casos, dentro del propio pueblo de Dios. ¿Oyes a los salmistas lamentarse de los impíos? Piensa entonces en los *israelitas*, "personas de la iglesia". Allí, en aquella antigua *iglesia* hebrea, allí se sentaban los impíos acerca de los cuales hablan continuamente los salmos. Allí, bajo el pueblo de Dios de entonces; el pueblo que vivía en el poderoso campo de la Palabra de Dios, en el fundamento de salvación de "Horeb".

**2. UN PUEBLO SIN PIEDAD.**

Sin embargo, quien piensa que a estos impíos se les habría reconocido inmediatamente por su rostro patibulario y lenguaje grosero, se habría equivocado enormemente en muchos casos.

¡Los impíos parecen, con frecuencia, israelitas muy piadosos!

Ya oímos del Salmo 50, que podían tener la boca llena del Pacto de Dios y de sus ordenanzas, v. 16. Eran, en apariencia, creyentes bíblicamente firmes. Proverbios 21: 27 habla incluso acerca de "el sacrificio de los impíos". El SEÑOR ciertamente los aborrecía; pero, esto no obstante, semejantes oferentes llegaban a su templo. El rey Saúl también fue semejante a un impío "piadoso"; pues leemos de él, que ofrecía sacrificios. Seguro que recuerdas lo que Samuel dijo a Saúl: "ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar que la grosura de los carneros", 1 S. 15: 22. A Dios no le faltaban sacrificios de Saúl, pero sí muchísima obediencia: un ejemplo elocuente de un impío que, aparentemente, tomaba muy en serio las prescripciones, 1 S. 13: 9, 14: 32 y ss.; y que cerca de la adivina de Endor ¡aun se atrevía a jurar en nombre del SEÑOR! 1 S. 28: 10, cf. Jer. 12: 2.

En semejantes israelitas, la apariencia podía mentir aun mucho más. Los impíos, a primera vista, podían presentarse así de amigable- y mansamente. "No me arrebates juntamente con los malos", -se ruega en el Salmo 28-, "y con los que hacen iniquidad, los cuales hablan paz con sus prójimos, pero la maldad está en su corazón", v. 3. El Salmo 10 dibuja un impío que incluso expresa deseos de bendición. Un hombre así se atrevía a postergar a un grupo de segadores, y decirles a gritos muy "piadosamente": "Bendición de Jehová sea sobre vosotros, a lo que ellos respondieron: "os bendecimos en el nombre de Jehová", Sal. 129: 8. Cosas semejantes podías oír de la boca de los impíos, Sal. 62: 4, 139: 20. A veces, obtenemos sencillamente una impresión sedosa de estos señores. Frecuentemente deben haber hablado en tono suave y con lengua de terciopelo palabras melosas. Al menos en más de un salmo se habla de "lengua" y "labios" "lisonjeros" y "jactanciosos", Sal. 5: 9, 12: 3. David se lamenta incluso de alguien cuya boca es más "blanda" aun que la

mantequilla, Sal. 55: 21. A veces, los impíos incluso se atrevían a adular a Dios mismo. Al menos, así traduce el Dr. N. H. Ridderbos este versículo: "Pues el impío adula (al SEÑOR)... para que no encuentre su maldad y la odie", Sal. 36:2.

¿Picardean y bribonean los impíos? Los pasajes de la Escritura ya citados nos enseñan a no imaginarnos a los impíos en los salmos como tipos malhechores. Al contrario, mejor debemos pensar en israelitas que deben haber causado una impresión muy piadosa y muy amigable y, a veces, casi sedosa en un espectador ingenuo.

Este retrato de los impíos adquiere rasgos aun más claros si después analizamos cómo la Thorá y los Profetas hablan de ellos: exactamente igual que los Salmos; o para resumirlo con palabras de Pablo: "(Hombres) que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella", 2 Ti. 3: 5.

Examinemos un par de ejemplos.

Coré, Abiram y Datán, a primera vista hombres piadosos, dijeron contra Moisés y Aarón: "¡Basta ya de vosotros! Porque toda la congregación, todos ellos son santos, y en medio de ellos está Jehová; ¿por qué, pues, os levantáis vosotros sobre la congregación de Jehová?", Nm. 16: 3. ¿Les oyes pronunciar el nombre del SEÑOR? ¿Ves dónde nos encontramos con estos hombres? En medio de la *iglesia* israelita. Pero Moisés los desenmascara como conspiradores contra el SEÑOR. Sí, Moisés habló acerca de "estos hombres *impíos*", Nm. 16: 26.

Ofni y Finees servían al SEÑOR como sacerdotes. Pero eran "hombres impíos, y no tenían conocimiento del SEÑOR... y cómo dormían con las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo de reunión", 1 S. 2: 12 y ss. y 22. Alguna versión de este versículo 22 sugiere que estas mujeres "venían a despachar trabajitos"; pero esto no nos parece exacto. Venían a honrar al SEÑOR y... los impíos sacerdotes del SEÑOR abusaban de ellas. Lo cual habrán tolerado quizá algunas de las mujeres, pensando que con ello actuaban bien y santamente; al igual que así lo pensaron las mujeres en los santuarios cananeos. Pues, para los cananeos, religión era igual a prostitución; y, a veces, prostitución igual a religión. Un Israel "canaanizado" puede haber tomado prácticas semejantes. ¿La piadosa Ana tendría en cuenta tam-

bién a los sacerdotes Ofni y Finees cuando profetizó: "mas los impíos perecen en tinieblas"?, 1 S. 2: 9; lo cual ocurrió efectivamente poco después, 1 S. 4.

Acerca del impío oficiante Saúl ya hablamos.

Baana y Recab cortaron la cabeza a Is-boset, hijo de Saúl, y la llevaron a David. Oye las palabras tan "fundamentales" que, a este respecto, pronuncian: "He aquí la cabeza de Is-boset hijo de Saúl tu enemigo, que procuraba matarte; y Jehová ha vengado hoy a mi señor el rey, de Saúl y de su linaje". Pero David les calificó de "hombres malos" (impíos), 2 S. 4: 5-12; a pesar de sus expresiones aparentemente piadosas.

Además, ¿qué piensas del príncipe Absalón? ¿No fue un auténtico impío? Sin embargo, comenzó la revolución y el golpe de estado contra su padre so pretexto aparentemente piadoso: "Yo te ruego me permitas que venga a Hebrón, a pagar mi voto que he prometido a Jehová", 2. S. 15: 7. ¡Huelga todo comentario!

¿Y qué decir del rey Acab? También un auténtico impío. Pero, también él se había rodeado de una apariencia de religiosidad, aunque era una piedad de propia invención. Acab es poco menos que un ejemplo escolar de un impío. Por un lado, este hombre puso a sus hijos nombres en los que suena el nombre del SEÑOR (Acab-*Jah*, *Jeho*-ram, Athal-*Jah*) y se rodeó de profetas del SEÑOR. Pero, por otro lado, con toda su religiosidad se burló de la condición básica del Pacto de Horeb: ¡Fuera con todo canaanitismo! Este rey impío llevó al pueblo de Dios, del culto caprichoso al SEÑOR, hasta el culto idólatra del *Baal* de su esposa Jezabel. ¡Y aprobó la muerte de Nabot, su hermano en la iglesia israelita!, 1 R. 21. Incluso se atrevió a insultar al fiel profeta Elías llamándole perturbador de Israel, 1 R. 18: 17. Cuando Josafat, rey de Judá, emparentó con este Acab, el profeta Jehú, hijo de Hanani, dirigió a Josafat este reproche: "¿Al *impío* das ayuda, y amas a los que aborrecen a Jehová?, 2 Cr. 19: 2.

Estos fueron diez ejemplos de impíos: Coré, Datán y Abiram, Ofni y Finees, el rey Saúl, Baana y Recad, el príncipe Absalón y el rey Acab. Todos israelitas. Miembros del pueblo de Dios. No escasos en palabras "piadosas". Algunos muy activos en "religión". Pero, en la práctica de la vida ordinaria, sin contar

con el SEÑOR. En la práctica de cada día vivían de este pensamiento: "No hay Dios" (que se fije en ti), Sal. 14: 1, 53: 1.

El Nuevo Testamento no habla de otra manera.

Ya oímos a Pablo hablar de gentes "que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella", 2 Ti. 3: 5. En la misma carta, el apóstol habla de Himeneo y Fileto "que se desviaron de la verdad afirmando que la resurrección ya había ocurrido (en nuestro corazón), y (con esto) trastornan la fe de algunos", 2 Ti. 2: 16 y ss.; y, en este contexto, Pablo habla de "impiedad". Lo cual es el enésimo ejemplo de impiedad *religiosa.*

Eso señala también el apóstol Judas cuando escribe: "Porque algunos hombres han entrado (en la iglesia) encubiertamente, (...) hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo. (...). Estos son murmuradores, querellosos, que andan según sus propios deseos, cuya boca habla cosas infladas, adulando a las personas para sacar provecho", Judas vs. 4 y 16.

La idea muy extendida acerca de los impíos como tipos malhechores insolentes frena el comprender la Escritura y los Salmos; así como también el pensamiento de que se debe buscar a los impíos preferentemente en lo que llamamos "el mundo". La Thorá, los Profetas, los Salmos y el Nuevo Testamento hablan todos acerca de los impíos en *Israel* y en la *iglesia* cristiana; y la Palabra de Dios los pinta como figuras aparentemente piadosas que pueden hablar de "Dios" con lengua de terciopelo; pero, esto no obstante, forman un pueblo sin verdadera piedad.

## 3. LA PALABRA IMPÍO Y SINÓNIMOS.

La palabra "justo" nunca ha calado realmente mucho en nuestro lenguaje cristiano ordinario, como ya hicimos notar. Pero, ¿ocurre algo muy distinto con la palabra "impío"? Para ello miramos las más de las veces un tanto indeterminadamente al "mundo", pero rara vez o nunca usamos esta palabra cuando

tratamos de distinguir los espíritus en nuestra herencia cristiana; y ciertamente no las usamos mientras, en alguna forma, se presentan religiosamente. ¿Quién se atreve, por ejemplo, a llamar impíos a algunos inquisidores de la historia de la iglesia que se presentan con lenguaje piadoso? ¡Estos incluso portaban vestimentas religiosas! ¿Quién se atrevía a llamar impío al labrador del siglo XIX que agotaba y extenuaba a sus obreros? Y, esto no obstante, ¿no se sentaba en los primeros bancos de la Iglesia?

Lo dicho hasta aquí nos ha enseñado claramente, que la Palabra de Dios, cuando habla de los impíos, se refiere tanto a *israelitas* como a *cristianos*; miembros del pueblo de Dios que ciertamente se presentan como piadosos, pero que viven sin temor de Dios. Lo cual no quita que también pueda ser provechoso fijarse en la palabra original hebrea: *rasjaa*. Esto puede librarnos también de los malentendidos arriba expuestos. Así vemos, quizá, más agudamente cómo los salmistas, guiados por el Espíritu Santo, distinguen las situaciones en el mundo eclesial israelita; y enseñados por ellas experimentan la misma impresión, a veces apremiante, de la actualidad y el lenguaje profundamente singular de los salmistas acerca de nuestro propio mundo cristianamente eclesial.

La palabra hebrea que significa impío es *rāšj'ā*. Al igual ue en nuestra traducción española de la misma, en ella no aparece rastro alguno de la palabra “Dios”. La palabra *rāšj'ā* proviene originalmente de la esfera de la justicia, y literalmente significa: el *culpable*. El hombre o mujer que no tiene el derecho de su parte, y, en general, ante Dios; y especialmente se halla *culpable* en un asunto determinado[4]. Así como el *sadiq* o justo, después de una acusación, podía ser declarado inocente, así parecía que el *rāšj'ā* o culpable no podía serlo.

Algunas palabras obtienen su significado por el uso. Así el *sādiq* o justo que frente a Dios estaba (en pie) en su derecho, puesto que se atenía al Pacto de Dios, mientras que el *rāšj'ā* o impío no lo hacía, y por eso venía a ser *culpable* ante Dios. El Salmo 36, en su versículo 1, dice del impío: “No hay temor de Dios delante de sus ojos”.

Cambia, si es preciso para ti mismo, en la lectura de la

Biblia la palabra “impío” por “culpable”. Sólo por eso quizá algún versículo de cualquier salmo llegue a sugerirte un parecido muy aproximado; entonces quizá recuerdes a tales israelitas y cristianos como los que citamos anteriormente: un Absalón, un inquisidor, un labrador rico avaricioso; líderes eclesiásticos; todos con palabras piadosas en la boca, pero sin verdadero temor del SEÑOR en su corazón; y, por lo tanto, impíos o *culpables*. En general, ya culpables a causa de su actitud de vida de ruptura del Pacto; y especialmente culpables en toda clase de asuntos concretos. Como Absalón, respecto a aquella rebelión preparada astutamente contra David, y como ese rico labrador “cristiano” respecto al jornal de hambre de su obrero.

Cuando en el capítulo anterior hablamos de los justos, vimos que los salmistas disponen de toda una serie de palabras sinónimas y de expresiones para designar a estos israelitas y su actitud de vida. El mismo caso se da también cuando hablan de los impíos. Asimismo colocaremos revueltos todos estos sinónimos tomados de la versión Reina-Valera:

*Los pecadores,*
*los transgresores,*
*los hacedores de injusticia,*
*los malos,*
*los malvados,*
*los malhechores,*
*los malignos,*
*los apóstatas,*
*los equivocados,*
*un pueblo sin virtud,*
*los enemigos de Jehová*
*los enemigos,*
*los adversarios,*
*los odiadores,*
*los necios,*
*los insensatos,*
*los sin razón,*
*los sin razón entre el pueblo,*
*los altivos,*

*los soberbios,*
*los temerarios,*
*la lengua fanfarrona,*
*los burladores,*
*los traidores,*
*los hipócritas,*
*los labios engañosos,*
*los habladores de mentira,*
*el embustero,*
*los sanguinarios,*
*el hombre de mentira e injusticia,*
*los violentos.*

Como es natural, estas son calificaciones con las que los impíos eran señalados en los círculos de los justos. Allí era revisada la "piedad" fingida de sus correligionarios israelitas, y estos hermanos eran desenmascarados como enemigos del SEÑOR. Hombres malos, aunque a veces también se presentasen tan piadosos como Absalón. Recuerda su disimulo: "Yo te ruego me permitas que vaya a Hebrón, a pagar mi voto...", 2 S. 15: 7. Equivocados y apóstatas hijos de Dios.

También nuestro Salvador ha tenido que actuar entre correligionarios tan impíos; entre una "generación incrédula y perversa", Mt. 17: 17, Lc. 9: 41, Hch. 2: 40. Por otra parte, ¡cuántas veces no oímos al apóstol Pablo lamentarse de "enemigos" y "contrarios"! ¿A quién, pues, se refería? ¿A paganos como los romanos? ¡No; a hermanos! A judíos y compañeros cristianos judaistas. En la carta a los Filipenses, 3: 18, se lamenta de los "enemigos de la cruz de Cristo", y con esto también se refiere no a paganos infieles, sino a esos compañeros cristianos judaistas; esos eran profundamente "enemigos de la cruz de Cristo", cf. Lc. 1: 74.

Como en el capítulo anterior dedicamos alguna atención más amplia a ciertas designaciones de los justos, así seguidamente queremos comentar algunos nombres bajo los cuales nos encontramos a los impíos en los Salmos.

## 4. EL NECIO.

En nuestro lenguaje, un necio es alguien que hace cosas

tontas, incomprensibles. Quien en una fuerte helada saliese a la calle sin abrigo, y por ese motivo cogiese un resfriado, se expondría a oír este reproche: "¿Cómo llegaste a ser tan necio?"

Entre nosotros, pues, la palabra "necio" no tiene color religioso alguno. Pero en las Sagradas Escrituras la palabra "necio" (en hebreo: nabal) es, en primer lugar, una palabra religiosa. Indica cómo un hombre se encuentra ante Dios. "Necio" es, pues, otra palabra para referirse al impío, a la persona cuya actitud de vida consiste en hacer en la vida diaria como si no existiese un Dios *que se fija en ti.* Tales israelitas y cristianos viven del pensamiento siguiente: -"Oh, eso lo olvida Dios"; o: -"El no se fija en tales cosas", cf. Sal. 10: 11. Esto, según la Escritura, sólo puede ocurrírsele a un necio. "Dice el necio en su corazón: No hay Dios", Sal. 14: 1, 53: 1. De ahí que a los impíos también nos los encontramos entre el nombre "necios".

Varios de semejantes necios son citados por su nombre en las Escrituras. *Nabal,* esposo de la sabia Abigaíl, fue un necio, y tuvo un nombre (Nabal) que también pudo significar eso (necio), 1 S. 25. Ya mencionamos algunas veces la regla del salmo: "Dice el necio en su corazón: No hay Dios", Sal. 14: 1, 53: 1. En el mencionado Nabal puedes ver cuán prácticamente le cuadró este pensamiento. De la lucha en la iglesia israelita por volver a la Thorá, tal como había comenzado con Samuel y fue proseguida por David, evidentemente Nabal no había visto ni una pizca. Esto es típico de los impíos, pues "no atendieron a los hechos de Jehová, ni a la obra de sus manos", Sal. 28: 5. Como la actuación de Nabal también encajó totalmente con la descripción que Isaías hace de un necio: "Porque el necio dice necedades y su corazón medita el mal, haciendo impiedad y profiriendo contra Yahvéh desatinos, dejando vacío el estómago hambriento y privando de bebida al sediento", Is. 32: 6 (versión Biblia de Jerusalén). Como un necio semejante, Nabal nada concedió a David y a sus hombres; aun cuando, según el derecho de los nómadas de la época, habían "merecido" algo por la protección de los rebaños de Nabal, 1 S. 25. También el príncipe *Amón*, que abusó de su hermana Tamar, actuó por lo mismo como un necio,

2 S. 13: 13.

¡Las Sagradas Escrituras hablan incluso de *profetas* necios! De nuevo una prueba de cómo, por su religiosidad, podemos equivocarnos sobre necios e impíos. Mientras la tormenta de los juicios de Dios sobre Judá ya se aproximaba, y Jeremías ya hacía años que había convocado al pueblo de Dios a humillarse bajo la mano amenazante de Dios, muchos otros profetas permanecían hablando confiadamente de "paz". Una vez más, impíos "piadosos" que "no atendieron a los hechos de Jehová, ni a la obra de sus manos", Sal. 28: 5. Estos profetas impíos no se fijan en la mano *castigadora* de Jehová, y esto les marcó asimismo como necios semejantes a Nabal y Amón. ¿Y los creyentes que estaban de acuerdo con estos líderes necios? "Pueblo necio y sin corazón, que tiene ojos y no ve, que tiene oídos y no oye", Jer. 5: 21. "Porque los pastores se infatuaron, y no buscaron a Jehová; por tanto, prosperaron, y todo su ganado se esparció", Jer. 10: 21, cf. Ez. 13: 3, Sal. 74: 18.

Los salmistas reconocieron tiempos en los que los necios formaban una mayoría tan grande dentro del pueblo de Dios, que los justos se preguntaban si aún había realmente justos, Salmos 14 y 53. Entonces clamaban: "Salva, oh Jehová, porque se acabaron los piadosos; porque han desaparecido los fieles de entre los hijos de los hombres", Sal. 12: 1. Semejantes versículos hablan aun más contun-dentemente cuando tienes presente que nuestro Salvador llamó "necios insensatos" a los, por otra parte, muy religiosos fariseos y escribas, cf. Mt. 23: 17. "...Porque devoráis las casas de las viudas, y como pretexto hacéis largas oraciones", Mt. 23: 14. ¿Los necios fariseos no mostraron con esto la misma imagen que la de los necios en el Salmo 14, "que devoran a mi pueblo como si comiesen pan"? (v. 4). En esto se puede ver, ¡cómo un Salmo 14 habla distinguiendo profundamente *dentro* del círculo del *pueblo de Dios*!

En resumen, "necios" eran *israelitas* que tenían tan poco en cuenta al SEÑOR, que devoraban a hambrientos y sedientos, como hizo Nabal, 1 S. 25. Eran *israelitas* que tampoco se daban cuenta de los hechos resonantes de Dios en la iglesia y en el mundo, como muchos profetas, pastores y sus seguidores en la época de Jeremías. Eran *escribas* que hablaban nece-

dad y oprimían a las viudas.

**5. LOS ESCARNECEDORES.**

Cuando en el Salmo 1: 1 leemos de "silla de escarne-cedores", quizá recordamos instintivamente las sillas del café-bar en las que hombres rudos gritan burlas vergonzosas contra Dios y su culto.

También de estos escarnecedores profanos habla alguna vez la Escritura. Nos cuenta, por ejemplo, de jovencitos de Bet-hel que insultaban al profeta Eliseo: "¡Calvo, sube! ¡Calvo, sube!", 2 R. 2: 23. Y de sacerdotes borrachos y profetas que decían de Isaías: ¿Qué quiere propiamente este hombre? "¿A quién se enseñará ciencia, o a quién se hará entender doctrina? ¿A los destetados? ¿A los arrancados de los pechos?" ¿Acaso piensa que somos niños? O, dicho de otro modo: ¿No pensará que somos niños? "Porque mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá". A lo cual Isaías reaccionó con estas palabras: "Porque en lengua de asirios conquistadores tartamudos hablará a este pueblo", Is. 28: 9 y ss.

Aquí sonó ruda mofa de la Palabra de Dios y los profetas.

Esto no obstante, también debemos tener cuidado con la palabra "burlador", "escarnecedor", y no pensar exclusivamente en sonidos ásperos y en burla grosera. También la palabra "burlador" es uno de los muchos sobrenombres de los impíos, y estas personas se rodeaban frecuentemente de una apariencia de religiosidad. Y también como "escarnecedor", el impío es mucho más una figura de "dentro" que de "fuera de la iglesia".

¿Qué hace a un hombre ser "escarnecedor"? Esto se enseña aforísticamente en algunos proverbios. Por ejemplo, en Proverbios 21: 24, leemos esta descripción de un escarnecedor:

> *"Escarnecedor es el nombre del soberbio y presuntuoso que obra en la insolencia de su presunción".*

En esta definición oyes lo que a un hombre le caracteriza como un "escarnecedor": temeridad desmedida, autoalabanza,

orgullo. Cuando la madre pone demasiado té en una taza, decimos que se vacía, se pasa, se desborda. Así el escarnecedor es, según esta regla, alguien que se pasa, se equivoca; y, consecuentemente, que se mide a sí mismo con medida grande, que no conoce su propia medida. Pero, bien entendido: frente o ante Dios. El escarnecedor es alguien que, ante o frente al Altísimo, ya no conoce más su medida humana. ¡Entonces eres temerario, demasiado atrevido!

Que ciertamente es la soberbia lo que caracteriza a un escarnecedor como tal, resulta evidente por Proverbios 3: 34:

> *"Ciertamente él escarnecerá a los escarnecedores,*
> *y a los humildes dará gracia".*

En esta cita, el escarnecedor está frente al *humilde ( anaw)*, también designado como el "modesto" o "pobre". Según les recordamos en el capítulo anterior. Como los pobres piadosos eran humildes ante Dios, así los escarnecedores son soberbios.

Los apóstoles Pedro y Santiago han citado este proverbio en sus cartas. Es preciso hacer notar la clase de cambio que introdujeron en el mismo. Pues lo tomaron no como lo leímos anteriormente: "Ciertamente él escarnecerá a los *escarnecedores*", sino que lo citaron así: "Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes", 1 Pe. 5: 5, Stg. 4: 6. Por consiguiente, en lugar de "escarnecedores", escriben "soberbios". Estas eran, para su comprensión, evidentemente dos palabras que decían lo mismo.

Por último, aun dos palabras acerca del escarnecedor:

Pr. 13: 1 y 15: 12:

> *"El hijo sabio recibe consejo del padre;*
> *mas el burlador no escucha las reprensiones".*
> *"El escarnecedor no ama al que le reprende,*
> *ni se junta con los sabios".*

No necesita demostración alguna, que aquí se habla de reprensión para temer al SEÑOR. Pues esta es la intención del libro Proverbios: enseñar a sus lectores a comprender el temor al SEÑOR, Pr. 1: 1-7, 2: 5. El escarnecedor no quiere

saber de esto; ni necesita al SEÑOR. La palabra escarnecedor pinta al impío como el israelita soberbio y enemigo de la Palabra de Dios.

También en el Nuevo Testamento se habla frecuentemente de los escarnecedores; y asimismo aquí no se alimenta, por cierto, la misma idea popular de escarnecedores rudos y profanos.

Pedro dice: "Sabiendo esto, que en los postreros días vendrán *burladores,* andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación", 2 Pe. 3: 3 y ss. ¿Por qué en estas palabras no podríamos pensar en esos teólogos que, mediante raciocinios estudiados, niegan el retorno de nuestro Salvador que debemos esperar cada día; o que, en este punto, hablan de uno de los mitos de las Escrituras? Y en la expresión "silla de escarnecedores" del Salmo 1 ¿no deberíamos pensar menos en sillas de *cafetería,* y más en... sillones de *enseñanza*? Al no contar con el retorno de Jesús, para juzgar a los vivos y a los muertos, ¿no se está actuando "con insolente presunción", lo cual, según Pr. 21: 24, es la principal característica del escarnecedor?

También el apóstol Judas habla de la llegada de escarnecedores, "que andarán según sus malos deseos. Estos son los que *causan divisiones*; los sensuales, que no tienen al Espíritu", vs. 18-19. Externamente, estos impíos y escarnecedores parecen *cristianos*: que "han entrado encubiertamente" en la iglesia, (v. 4); que entraron lo más inadvertidamente posible. Pero, con todo y eso, eran ¡escarnecedores!

Como las palabras "altivos", "soberbios" y "temerarios", así la palabra "escarnecedor" da a conocer a los impíos según su característica más esencial: su insolencia desmedida, su autosuficiencia. Y esto, no como pecado pasajero, sino como actitud corriente de: -¿Quién se atreve con nosotros? "¿Quién es señor de nosotros?", Sal. 12: 4[5]. Y también con respecto a estos "escarnecedores" somos avisados, para no dejarnos engañar por su apariencia piadosa. Los saduceos eran miembros distinguidos del Sanedrín, pero María también les llamó "so-

berbios”, Lc. 1: 51 y ss. Los escarnecedores pueden incluso causar divisiones en iglesias cristianas, nos recuerda el apóstol Judas. Semejantes ejemplos pueden enseñarnos en qué dirección deben ir nuestros pensamientos cuando oímos a los salmistas lamentarse de los escarnecedores y soberbios:

Salmo 123: 3-4:
*“Ten misericordia de nosotros, oh Jehová,*
*ten misericordia de nosotros,*
*porque estamos muy hastiados de menosprecios.*
*Hastiada está nuestra alma del escarnio*
*de los que están en holgura,*
*y del menosprecio de los soberbios”.*

De este modo y a lo largo del tiempo innumerables piadosos han suspirado cuando sufrieron bajo el escarnio del *mundo*. Los justos indudablemente fueron muy vejados por los “filisteos”; recuérdese a Sansón, Jue. 16. Pero el Salmo 123 hablará en primer lugar de ese frente que *discurre a través del pueblo de Dios*: la línea de demarcación entre justos e impíos *en Israel* y ahora en la *Cristiandad*.

¿”Escarnio de los temerarios” y “menosprecio de los soberbios”? ¿Quién de los profetas no lo ha sufrido de aquellos? Todos los profetas estuvieron frente a “piadosos” adversarios que frecuentemente como auténticos escarnecedores se levantaron con soberbia desmedida por encima de la Palabra profética. ¡Cuán vilmente trató, por ejemplo, el “piadoso” escarnecedor-profeta Ananías al pobre profeta Jeremías!, Jer. 28. Pero nuestro Señor Jesucristo también cumplió la Escritura en este aspecto: ¿Quién de todos los justos ha sufrido nunca como él bajo un escarnio tan mordaz? No sólo soldados romanos, sino también *sumo-sacerdotes* y *escribas* se le opusieron con odio, Mt. 27: 27-44.

## 6. LOS PECADORES.

Además de sobre palabras como escarnecedores, necios, temerarios, etc., los salmistas aun dispusieron, como vimos, de toda una lista de otras denominaciones o nombres para

designar a los impíos y sus prácticas. Para ello también usaron palabras como: malos, hacedores de injusticia, malhechores, malignos y pecadores.

Después nos ocuparemos de la cuestión en torno a la clase de maldad e injusticia que practican los impíos. Ahora queremos, por lo pronto, hacer notar esto: lo que a un hombre le caracteriza como impío no son determinados pecados incidentales; ni incluso pecados graves. Pues, a este respecto, la Escritura también sabe contar ejemplos lamentables de las vidas de justos. ¿Por qué, pues, si no, instituiría el SEÑOR en Horeb semejante culto evangélico de reconciliación organizado con sacerdotes, altares y ofrendas? Ciertamente porque, ya entonces, él contaba con que su pueblo, como es natural, tropezaría diariamente. No, la gran diferencia o antítesis entre justos e impíos en el pueblo de Dios no consiste en pecar o no pecar, ni incluso en cometer alguna vez una profunda caída en pecado. *Esta* diferencia o contraste proviene de una actitud de vida rotundamente contraria a la relación con Dios y su Palabra. Expresiones como: malvado, maligno, apóstata, equivocado y malo, tampoco caracterizan a los impíos como alguien que diariamente *cae* en pecado, sino como quien *vive* constante- y deliberadamente en pecado. Los justos *caen*, a cada paso, en pecado -con gran pesar por su parte. Los impíos tienen como *estilo de vida* el menospreciar a Dios y su Palabra.

Por eso a los *impios* también se les llama "pecadores".

### *a. "Todos somos pecadores", ¿pero esto está expresado correctamente?*

"¡Ah, si llega el caso, todos somos pecadores!" Esto se puede oír más de una vez en círculos cristianos. Pero, ¿es correcto y justo hablar así? ¿La Escritura verdaderamente califica de "pecadores" tanto a justos como a impíos? No dudamos de la franqueza y sinceridad de esta manera de hablar. Por lo general, con esto se querrá decir lo mismo que el autor de Eclesiastés: "Ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque", Ec. 7: 20; o lo mismo que el apóstol Santiago: "Porque todos ofendemos muchas veces", Stg. 3: 2. Pero aun entonces queda el interrogante de si las

palabras de Eclesiastés y de Santiago coinciden exactamente con la expresión que dice: "¡Si llega el caso, todos somos *pecadores*!" Semejante manera de expresarse no es, pues, "conforme a las palabras de Dios", 1 Pe. 4: 11. De esta manera no se distingue con precisión; y se impone la idea de que todas las personas pueden ser divididas en creyentes pecadores e impíos pecadores; pero, a fin de cuentas, todos *pecadores.*

Las Escrituras usan la palabra "pecador" distinguiendo más profunda- y rigurosamente. Ven correr, como se suele decir, una clara línea de demarcación entre quienes sirven a Dios (los justos; véase capítulo anterior) y los que no sirven a Dios (los impíos, de los que hablamos en este momento). Ahora bien, estos *impíos* también son llamados "pecadores" en las Escrituras. Así como escarnecedor y hacedor de injusticia y malhechor y altivo y necio, "pecador" es uno de los muchos nombres con los que los salmistas designan a los *impíos.* A los "pecadores" y a los "justos" la Escritura les pinta exactamente como contradictorios entre sí. Esto ya puede dar una idea de los siguientes lugares de la Escritura.

El Salmo 1 bendice al justo, porque "no está en *camino* de *pecadores*", Sal. 1: 1. Los *pecadores* tampoco tendrán posición alguna en la congregación de los justos, Sal. 1: 5. También el paralelismo en el Salmo 1 es, en este aspecto, muy instructivo: impíos = escarnecedores = pecadores. Y éstos están diametralmente frente a los justos que se mantienen firmes en la Thorá. David, en el Salmo 26, ora así: "No (me) arrebates con los *pecadores* mi alma (a mí), ni mi vida con los hombres sanguinarios (¡verdaderamente algo propio de pecadores!) (...) Mas yo andaré en mi integridad" (pues los justos eran inocentes frente a los impíos como culpables), Sal. 26: 9 y 11. El poeta-autor del Salmo 104 se alegra de la buena perspectiva: Los *pecadores* desaparecerán de la tierra y (ahora repite esto mismo con otras palabras) los *impíos* dejarán de ser, cf. Sal. 104: 35. Así hay más textos bíblicos que citan simultáneamente a impíos y pecadores. En Pr. 11: 31: "Ciertamente el justo será recompensado en la tierra; cuánto más el impío y el pecador".

El apóstol Pedro habla de la misma manera: "Y: si el justo

con dificultad se salva, ¿en dónde aparecerá el impío y el pecador?", 1 Pe. 4: 18, cf. 1 Ti. 1: 9. Y así también los evangelistas citan simultáneamente y con frecuencia a publicanos y pecadores, Mt. 9: 10 y ss., 11: 19, Lc. 7: 34, 15: 1.

Ya ves cuán claramente en todas estas citas de la Escritura se distingue entre justos e injustos o pecadores. En contraposición con lo que algunos cristianos a veces dicen: -"Todos somos pecadores", la Escritura no mide a todos los miembros del pueblo de Dios con el mismo rasero. Sin duda alguna hace diferencia entre una mujer como Elisabet y una tal pecadora como la que ungió los pies del Señor Jesús, Lc. 1: 5-6 y 7: 36-50, respectivamente.

*b. ¿Alguna vez pecador, luego siempre pecador?*

¿También es definitiva esta gran línea divisoria entre el pueblo de Dios? Ni mucho menos. La Escritura traza ciertamente esta línea entre justos e impíos en cada una de sus páginas, pero no la declara definitiva respecto a las personas individuales a ambos lados de esta línea de demarcación. Isaías dijo: "Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, -y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar", Is. 55: 7. ¡Fíjate en la expresión "Dios nuestro"! Isaías se sabía incluido junto con los impíos en el pueblo de Dios por el mismo Pacto. También Ezequiel llamó a los impíos a conversión y les anunció el perdón de sus pecados: "Mas el impío, si se apartare de todos sus pecados que hizo, y guardare todos mis estatutos e hiciere según el derecho y la justicia, de cierto vivirá; no morirá. Todas las transgresiones que cometió, no le serán recordadas; (...) ¿Quiero yo la muerte del impío?, dice Jehová el SEÑOR. ¿No vivirá, si se apartare de sus caminos?", Ez. 18: 21 y ss., cf. 33: 12-16. Estos son dos capítulos que claramente enseñan, que la línea de demarcación entre justos e impíos, por lo que a Dios respecta, no tiene por qué ser una línea divisoria irrevocable e invariable. "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero", 1 Ti. 1: 15. Pero, cuando el publicano de la parábola hubo orado: "¡Dios, sé propicio a mí, pecador!", entonces no

*permaneció* "pecador". Pues el Salvador concluyó su relato con estas palabras: "Este descendió a su casa *justificado* antes que el otro" (es decir, el fariseo que opinaba no tener necesidad de gracia), Lc. 18: (11) 14; cf. Ro. 5: 1.

Así pues, los pecadores convertidos ya no eran más "pecadores".

En lo sucesivo, se disponían a hacer lo que el Señor Jesús había enseñado en el Sermón del Monte: andar por el camino estrecho de los mandamientos de Dios, Mt. 7: 13-14. Pensar en las ordenanzas de Dios, para hacerlas. Así, los que antes habían vivido *deudores* (: impíamente) frente a su Padre celestial, ahora se disponían a cumplir su Pacto. Naturalmente, tropezando diariamente en muchos aspectos, Stg. 3: 2, pues nadie actualmente es tan justo que haga bien sin pecar, Ec. 7: 20. Pero entonces oraban lo que su mismo Salvador les había enseñado: "Padre nuestro,... perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores", Mt. 6: 9 y 12.

"Todos somos pecadores", dice más de un cristiano con la mejor intención. Con lo cual querrán decir, que también los justos cada día de su vida deben rogar con el Padrenuestro perdón de sus deudas. Pero, en la expresión mencionada, también se nos puede fingir una determinada piedad caprichosa que realmente sólo conoce dos imágenes de la vida: la del fariseo y la del publicano. Y, ¿quién no prefiere identificarse con aquel publicano que oró: "Dios, sé propicio a mí, pecador"? Esto les parece a muchos el camino más seguro. Pero, ¿dónde queda así la línea divisoria que la Escritura hace ver en cada página, entre justos e impíos? Estos realmente son echados al montón por esta clase de religiosidad. Aliados piadosos como Elisabet y Zacarías, a los que el evangelista Lucas llama "justos", tendríamos que llamarles realmente impíos. Entonces Elisabet sería tan pecadora como esa mujer de Lucas 7: 36-50. ¿Y qué hacer entonces con los Salmos? ¿Debemos, pues, identificarnos todos con los impíos que no temen a Dios, y de los cuales tanto se lamenta en los Salmos? ¿Para quién son, pues, todas las dulces promesas con que la Escritura se dirige a los justos? ¿Y quiénes, pues, reaccionan cuando los salmistas hacen oír esta llamada: "Ale-

graos, oh justos, en Jehová; en los íntegros es hermosa la alabanza", Sal. 33: 1? Por consiguiente, quien desconoce la línea divisoria entre justos e impíos contando como "pecadores" a todo el mundo, lee la Escritura con unas gafas empañadas.

Para evitar malentendidos, repetimos una vez más, que los justos, como es natural, no son impecables. La Escritura tampoco enseña, que un hombre por sus propias fuerzas ande como un justo. Igual que sólo podemos ser hechos justos porque Dios, en la promesa del Evangelio, nos regala e imputa la justicia y santidad de Cristo; y porque el Espíritu Santo, *en base al pacto de la gracia de Dios,* pone nuestros corazones bajo el imperio de su Palabra, y los inclina al temor del SEÑOR para andar en el camino de los justos. Además, la Escritura no habla de una línea *estática* de demarcación, como aprendimos, por ejemplo, en Ezequiel 18 y 33; sino más bien de una línea divisoria. Por eso usa la palabra "pecador" no para aquellos que bajo el Pacto de Horeb buscaron con arrepentimiento sincero la reconciliación de sus pecados en el altar y el sacerdote. La Escritura tampoco llama "pecadores" a quienes, bajo el Nuevo Pacto, 'se amparan constantemente en la sangre, muerte, dolor y obediencia del Señor Jesús, en quien tienen el perdón de sus pecados, por la fe en él', (cf. Confesión de Fe Belga, art. 29).

En resumen, los "pecadores" no son los justos, sino los *impíos*. Por causa de falta de arrepentimiento y perdón según el santo derecho de Dios, son culpables y deudores frente a Dios y sus prójimos. Israelitas y cristianos que *caen* en pecado no por debilidad, sino que *viven* voluntaria- y gustosamente en pecado. Aquí se habla de *"camino"* muy propio en el que los justos no "están", Sal. 1: 1. Por lo cual, los *pecadores* serán después arrojados de la tierra, Sal. 104: 35. "Pues de aquí a poco no existirá el malo; (...). Pero los *mansos* (los justos) heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz", Sal. 37: 10-11; cf. Mt. 5: 5.

## 7. LOS SOBERBIOS.

Así pues, la Palabra de Dios ve la soberbia como la ca-

racterística más esencial de los impíos. Esto ya lo vimos sobresalir en los nombres: escarnecedor, altivo, orgulloso, temerario y fanfarrón. Palabras que, una por una, tipifican al impío como la persona autónoma que, en lo más íntimo, no quiere humillarse ante Dios, sino que él es ley para sí mismo. El hombre soberano y desmedidamente orgulloso; el antitipo del justo humilde y frecuentemente pobre. Acerca de esta arrogante actitud de vida queremos hablar aún un poco más. Cuando Asaf notó la prosperidad de los impíos, dijo: "Tuve envidia de los *arrogantes*", Sal. 73: 3. Este sobrenombre ofrece enseguida una buena ocasión para entrar en esta cuestión: ¿Cómo es que muchos cristianos ante la palabra "impío" piensan exclusivamente en bribones y pícaros?

La Sagrada Escritura reserva la palabra "pecador" sobre todo para los impíos dentro del pueblo de Dios, como vimos en las páginas anteriores. En su terminología no echa en el mismo montón a creyentes e incrédulos como "pecadores", sino que indudablemente hace distinción entre aquellos que *caen* en pecado (los justos) y aquellos que *viven* tranquilamente en pecado (los impíos). Sin embargo, aquí juega un papel importante otro malentendido, el cual a muchos impíos les compara muy rápidamente con malhechores. Parece que no siempre es tan fácil de comprender *qué clase de mal* marca ahora a una persona propiamente como pecador. ¿Sólo las miserias morales?

Antonio Janse en su libro "Los justos en la Biblia" (Ed. FELiRe, 1984) señala que, en la idea de muchos cristianos, el "mal" está exclusivamente en el plano *ético*. Muchos ven "pecado" sólo en toda clase de *miserias morales*; y, según su parecer, el "ser-pecador" de una persona se descubre en toda clase de injusticias sociales como: asesinato, robo, atentar en el terreno sexual y todo tipo de deshonestidad.

También los justos pueden ser sorprendidos por este espíritu religioso, de manera que sus ojos quedan ciegos para la realidad. Pero frecuentemente suplican con el salmista: "Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley", Sal. 119: 18; y: "Enséñame buen sentido y sabiduría; Sal. 119: 66; y al colmar el SEÑOR esta súplica, ¡entonces obtienen otra visión muy distinta del estado de cosas en nuestra Cristiandad occiden-

tal! El ya mencionado Antonio Janse expresó esto como sigue: “Si el SEÑOR abre los ojos de ellos a las miserias de la Sión (iglesia) actual, es decir, al destierro y persecución de ésta bajo el espíritu del siglo, entonces se echan a temblar de que la situación sea tan grave.

Sin embargo, lo que llama la atención no es el hecho de que haya tantos cristianos que han olvidado la purificación de su vida ordinaria y sean descuidados en evitar y/o mantener trato con otros y con Dios. Tampoco causa extrañeza que haya tantas equivocaciones sociales entre los hermanos cristianos y en las vidas familiares; ni *incluso* sorprende que los cristianos caigan una y otra vez en cosas *graves* de la vida moral, en espíritus revolucionarios, en crímenes, en odios, en cosas inmorales, en robos, en envidias, avaricias, calumnias y deseos de apropiación del bien ajeno.

Antes bien, lo que en primer lugar y sobre todo causa extrañeza es ver *el gran mal* de la Sión actual, la iglesia, la cual ya no conoce *el Pacto del SEÑOR* ni sabe estar en *relación-de-pacto* hacia, con y para el SEÑOR... Tan grave ha llegado a ser nuestra ruptura del Pacto, que ni nosotros mismos nos damos cuenta”. Hasta aquí A. Janse en su libro “Los justos en la Biblia” (t. I, págs. 39-40-41; Ed. FELiRe, 1984).

En este contexto, ¡recuerda por un momento toda clase de “canciones espirituales” e himnos “evangélicos” en los que no se dice ni una sola palabra acerca del Pacto de Dios, del cual Jesús ha sido hecho Mediador, y en el que ya han sido incluidos los bebés y los escolares!

En base al Pacto de Dios, viven justos e impíos. Pero *todos* los impíos no prescinden de sus trazas de bribones y groseros. También hay muchos arrogantes “decentes” que llevan una vida decorosa. Ahora bien, en este punto, querríamos ser bien comprendidos. No nos gustaría afirmar, que una persona puede ser salva por semejante justicia-propia; como tampoco por injusticia. En el punto de ser hecho salvo, no existe diferencia alguna entre justicia-propia e injusticia. Pero, por otra parte, las Sagradas Escrituras sí hacen realmente diferencia entre ellas dos.

Cuando el pecado sólo es para nosotros un asunto ético, en palabras de la Escritura como impíos, soberbios, temera-

rios, etc., no miraremos en la dirección de tales personas arbitrarias y decentes, sino únicamente pensaremos en ladrones y asesinos. Pero, cuando hemos aprendido a ver que el mal primeramente está en la ruptura del Pacto y en la constante negación de Dios que estableció un Pacto con nosotros, entonces vamos a entender mejor la Escritura cuando habla acerca de los impíos.

Ignorar al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, ¡no borra el problema! Hacer como si Dios sea aire, ¡eso es una de las más graves revelaciones de pecado! Quebrantar el Pacto mismo de Dios y hasta quizá olvidarlo totalmente, ¡eso marca a una persona como un soberbio! Esto presenta a alguien como *culpable* (impío) ante Dios. Vivir "decentemente", pero negar totalmente a Dios, ¡eso es un mal muy grande, y algo temerario y atrevido! *Este* sentimiento para lo bueno y lo malo parece que se ha embotado fuertemente también entre los cristianos; de ahí esta escapatoria: El poeta-autor del Salmo 119 conocía profundamente a los arrogantes, como testimonian sus peticiones:

*"Los soberbios se burlan mucho de mí,*
*mas no me he apartado de tu ley".*
*"Contra mí forjaron mentira los soberbios,*
*mas yo guardaré de todo corazón tus mandamientos".*
*"Sean avergonzados los soberbios,*
*porque sin causa me han calumniado;*
*pero yo meditaré en tus mandamientos", vs. 51, 69 y 78.*

¡Versículos conmovedoramente actuales! Sobre todo cuando hoy día, en esto de los "soberbios" y sus mentiras y opresión, pensamos en personas de ciencia, "emancipadas", desenvueltas, altivas, etc., que como eruditos autónomos determinan a veces lo que en las Sagradas Escrituras es "mito", y lo que aún pueden (¡!) admitir como Palabra de Dios en este siglo de la Ilustración-elevada-a-la-enésima-potencia. Su preponderancia es aterradora, su mofa y menosprecio es hiriente para los justos. Pero, ¿les sucede algo extraño? Los versículos acerca de los "arrogantes" o "soberbios" dentro del pueblo de Dios pueden enseñarnos las oraciones preciosas y agradables a Dios,

frente a estos enemigos de la Verdad.

**8. SANGUINARIOS Y VIOLENTOS.**

"Sálvame de hombres sanguinarios", clama David en el Salmo 59: 2. Y en el Salmo 52: 1, pregunta: "¿Por qué te jactas de maldad, oh poderoso?" Oraciones que muchos creyentes después de él habrán confirmado. Con frecuencia, los impíos se comportaron efectivamente como David se expresa aquí: como hombres sanguinarios y violentos.

La mayoría de las veces, los oprimidos se expresan en los salmos en términos más o menos vagos; por ejemplo: "Porque he aquí, los malos tienden el arco, disponen sus saetas sobre la cuerda, para asaetear en oculto a los rectos de corazón", Sal. 11: 2. "Maquina el impío contra el justo, y cruje contra él sus dientes (...). Los impíos desenvainan espada y entesan su arco, para derribar al pobre y al menesteroso, para matar a los de recto proceder...", Sal. 37: 12 y 14. Otros salmos hablan de "capturar en redes" y "caer en las garras": imágenes tomadas de la guerra y de la caza. Ya hablamos de este uso de semejantes términos vagos y algo velados en el capítulo anterior (véase cap. 2, 3). Detrás de estas expresiones o términos acresponados parece esconderse la injusticia social abominable que los impíos ricos hicieron a sus pobres y piadosos correligionarios israelitas. Los libros de los Profetas están llenos de esto mismo.

No que expresiones como "hombres sanguinarios" y "matanza" o "matar" debamos tomarlas, de por sí, literalmente. Aunque esto sea realmente así en el caso de Acab y Nabot, 1 R. 21. En las expresiones "hombres sanguinarios" y "violentos" podemos pensar también en figuras como Nabal que tranquilamente desasistió a David y a sus centenares de descamisados. Ricos terratenientes que no pagaban por la noche a sus jornaleros. Comerciantes cerealistas que vendían restos por grano. Vendedores con pesas falsas en su saco. Acreedores que arrancaban a sus deudores molinos de mano o mantas -enseres de uso imprescindible- y los retenían como fianza durante largo tiempo. Señores o amos que "usaban" (abusaban) de su esclavita. Labriegos que robaban tierras corriendo las lindes de piedra

de su vecina, una viuda impotente. Alguien como Joacaz que mandó edificar un palacio, pero no pagó a los obreros de la construcción. Hubo incluso quienes arrancaron de su madre al pequeño huerfanito, Job 24: 9, como los negreros y tratantes de esclavos aún hacían en América en el siglo pasado. La Sra. Harriët Beecher-Stove, en su mundialmente conocido libro "La cabaña del Tío Tom", describe semejantes terribles prácticas, cabalmente con las "piadosas" palabras con las que también estos impíos encubrían sus injusticias. Haciendo andar sin vestidos, quitando las gavillas a los hambrientos y dejando sin agua a los sedientos, cf. Job 24: 10 y ss. Pero, para ver esto, no necesitamos cruzar el océano: el hambre en las casas de los labriegos es algo que también ocurría no hace mucho tiempo en los Países Bajos. ¿Es, pues, extraño que los justos oprimidos calificaran a tales impíos como "hombres sanguinarios y mentirosos", "hombres de engaño e injustos" y les marcasen como "violentos"?

A este respecto, ya no debemos pensar *exclusivamente* en los ricos terratenientes, despiadados prestamistas, jueces y comerciantes sin conciencia. La opresión de los pobres justos era no sólo social y económica. La historia hace ver que los piadosos siempre debieron sufrir "porque hicieron justicia", cf. cap. 2, 4. El Señor Jesús a *esto* lo llamó: "llevar la cruz", cf. cap. 2, 4. También aquí valió casi siempre: "la fuerza estaba en la mano de sus opresores", Ec. 4: 1. David estuvo frente a Saúl, quien tenía el poder en su mano en Israel. Así también Elías estuvo frente a Acab con la Palabra. Cientos de profetas tuvieron que esconderse de la reina Jezabel. Urías, hijo de Semaías, fue perseguido hasta Egipto por el rey Joacim, Jer. 26: 20 y ss. Jeremías fue perseguido durante toda su vida por reyes, príncipes, profetas y sacerdotes..., en una palabra, sufrió persecución de los poderosos. Nuestro Señor Jesucristo fue perseguido y muerto por poderosos príncipes eclesiásticos que hicieron causa común con el poder ocupante romano. Como también los enemigos de Pablo, que muchas veces invocaron poder contra él. Por lo demás, cuando el apóstol recuerda su propio pasado, confiesa que él había sido antes blasfemo, *perseguidor* e *injuriador*, 1 Ti. 1: 13. Nosotros conocemos ese pasado. "Y Saulo asolaba la iglesia, y entrando casa por casa, arrastraba a hombres y mujeres, y los entre-

gaba a la cárcel", Hch. 8: 3. De lo cual aprendemos claramente, que también un antiguo perseguidor de la iglesia e inquisidor se llama a sí mismo un "violento"... "Sanguinarios" tomaron el largo camino de sangre de Abel a Zacarías, hijo de Berequías, muerto por causa de la Palabra. Siglos más tarde, Jesús de Nazaret con relación a este Zacarías, se atrevió a echar en cara a los escribas y fariseos lo siguiente: "Zacarías, ... a quien matasteis entre el templo y el altar", Mt. 23: 35. Hablando de "hombres sanguinarios"... ¡con esto a veces debemos pensar en los escribas!

No, los salmistas no citan nombres. Lo que exactamente se les hizo, lo ocultaron casi siempre detrás de términos un tanto velados. Pero, como ya advertimos más frecuentemente, por más de una razón, en términos estereotipados e invariables. Naturalmente también por causa del gusto y reglas poéticas de su ambiente cultural, pero es igualmente cierto que para predisponer a otros, en semejante angustia, a volver a elevar estas oraciones. Lo cual han hecho hasta hoy día los piadosos del Antiguo y Nuevo Testamento. Los seguidores de David en la cueva de Adulam lo mismo que los pobres waldenses y esclavos cristianos en las plantaciones de algodón americanas. Desde estas bocas se elevaron estos lamentos:

*"Dios mío, líbrame de la mano del impío,*
*de la mano del perverso y violento",* *Sal. 71: 4.*
*"Oh Dios, los soberbios se levantaron contra mí,*
*y conspiración de violentos ha buscado mi vida...",*

Sal. 86: 14.

Violencia, ésta es una de las características de los impíos dentro del pueblo de Dios. "Se cubren de vestido de violencia", lamenta Asaf, Sal. 73: 6, cf. Sal. 5: 6, 17: 4, 18: 48, 26: 9, 54: 3 y 5, 55: 9, 59: 2, 140: 1, 4 y 11. Los salmistas ciertamente se atrevieron a elevar oraciones vindicativas acerca de estos "hombres sanguinarios":

*"El devolverá el mal a mis enemigos;*
*córtalos por tu verdad",* Sal. 54: 5.

*"De cierto, oh Dios, harás morir al impío;*
*apartaos, pues, de mí, hombres sanguinarios",*

Sal. 139: 19.

Como innumerables piadosos perseguidos se han consolado durante todos los siglos con versículos de salmos acerca de la perdición de los impíos, y han mirado hacia el rey que hará desaparecer para siempre la violencia:

*"Vi yo al impío sumamente enaltecido,*
*y que se extendía como laurel verde.*
*Pero él pasó, y he aquí ya no estaba;*
*lo busqué, y no fue hallado"*

Sal. 37: 35-36.

*"Oh Dios, da tus juicios al rey,*
*y tu justicia al hijo del rey...*
*Porque él librará al menesteroso que clamare,*
*y al afligido que no tuviere quien le socorra...*
*De engaño y violencia redimirá sus almas,*
*y la sangre de ellos será preciosa ante sus ojos"*

Sal. 72: 1, 12 y 14.

Eso lo hará Jesús Rey cuando venga.

## 9. LOS MENTIROSOS.

Por último, aún diremos algo acerca de las expresiones: "mentirosos", "labios de mentira", "embusteros" y "lengua fanfarrona". Estos son nombres bajo los cuales también son designados los impíos en los salmos.

¿Qué dicen estas calificaciones?

*Verdad y mentira - firmeza e inseguridad.*

Para comprender el término "mentiroso" o "hablador de mentira", haremos bien contestando primero a esta pregunta: ¿Qué entendían los israelitas bajo o por la palabra *verdad* (en hebreo: *'emet*)? Esta palabra se deriva de un verbo hebreo (*'amin*) que significa *estar seguro*. En ella, como es natural, oyes ya nuestra conocida palabra "amén", la cual significa: "esto es verdadero y cierto" (cf. Catecismo de Heidelberg, Dom. 52; Ed. FELiRe, 1982).

En consecuencia, por la palabra "verdad" un israelita pensaba, en primer lugar, en firmeza, seguridad, fiabilidad. "Tu pala-

bra es (la) verdad", Jn. 17: 17, es decir: en la Palabra de Dios se puede confiar, en ella puedes edificar, de ella no te caes, está firme, segura. También es la Palabra del "Dios de la verdad", Sal. 31: 5. En él puede un hombre poner su confianza. Dios hace lo que ha prometido, y da seguridad invencible en la vida de sus hijos.

Las palabras hebreas para *mentira (ḵāzāb, šăw ᵉ', remiyāh, šiqer)* expresan precisamente lo contrario a la verdad, es decir, inseguridad, infidelidad, con lo que uno se cae, lo que carece de poder para mantenerse a lo largo del tiempo. Así pues, cuando a las Sagradas Escrituras se las oye hablar acerca de mentira, no debemos pensar, en primer lugar, en una antítesis entre lo que alguien *dice* y lo que *piensa*, o entre lo que alguien *cuenta* y lo que realmente *ha ocurrido*, sino en una antítesis entre *seguridad* e *inseguridad*, granito y hielo hueco. La característica de una mentira es, según las Escrituras, su poca consistencia, su impotencia para mantenerse a lo largo del tiempo. Confiar en una mentira es algo así como andar por un camino resbaladizo o por un terreno pantanoso: pronto o tarde resbalas, o te hundes.

Todas las versiones de la Biblia traducen las diversas palabras hebreas que significan *mentira* o *mentir*, con expresiones que tienen un solo significado: esta persona o esta cosa o esta palabra, a la larga, *no ayudan*.

*Labios engañosos.*

Y ahora los embusteros y labios mentirosos. Términos muy amplios. En ellos puedes pensar en acusadores falsos, en testigos falsos, perjuros, embusteros en el comercio que operan con pesas falsas. Los ancianos de Jezreel que por orden de Jezabel convocaron un ayuno (¡qué piadosa!) y acusaron falsamente a Nabot y por ello le apedrearon, ésos fueron "labios mentirosos" y "embusteros""; y, al mismo tiempo, "hombres sanguinarios". Por lo demás, los Salmos conocen la expresión: "hombres de sangre y mentira". Oprimir y mentir van de la mano, en toda clase de formas. Nosotros sospechamos algo de la miseria de los justos perseguidos en el lenguaje figurado con que ellos caracterizan el hablar de sus impíos explotadores: "sepulcro abierto es su garganta", Sal. 5: 9;

"aguzaron su lengua como la serpiente; veneno de áspid hay debajo de sus labios", Sal. 140: 3. En otros lugares, comparan las palabras de los impíos con una navaja de afeitar afilada, con mantequilla deslizante, con aceite suave; pero, de hecho, son bayonetas punzantes, espadas y flechas. Tales palabras también las ha oído nuestro Salvador. "Maestro, sabemos que eres amante de la verdad, y que enseñas con verdad el camino de Dios, y que no te cuidas de nadie, porque no miras la apariencia de los hombres", Mt. 22: 16. Esto sonaba amigable, pero con ello los fariseos y herodianos tendían una pregunta engañosa. "¡Labios engañosos!"

También Doeg, edomita, fue un auténtico mentiroso; véase el Salmo 52 y su título. Este Doeg descubrió a Saúl el paradero de David: "David ha llegado a casa de Ahitofel". Según el concepto griego de la palabra "verdad", el cual se ha extendido ampliamente, Doeg no mintió. Sus palabras encajaban realmente con los hechos. Lo que decía, había ocurrido efectivamente. Pero, ¿cómo tipifica David a este hombre?

*"Amaste el mal más que el bien,*
*la mentira más que la verdad.*
*Has amado toda suerte de palabras perniciosas,*
*engañosa lengua",* Sal. 52: 3-4.

Doeg comunicó hechos reales; pero, esto no obstante, David le llamó mentiroso insoportable.

*Profetas mentirosos.*

Quien se toma el trabajo de repasar todos los lugares donde en la Biblia (hebrea) se habla de mentira, mentirosos y expresiones similares, ¡se asombrará de cuán frecuentemente éstas tienen relación con el hablar de... *profetas falsos*! Sobre todo en el libro de Jeremías.

En tiempos de éste, la mayoría de los judíos vivían en la firme "confianza de fe" de que Dios, como es natural, nunca permitiría que los babilonios tocasen su templo de Jerusalén. "Templo de Jehová, templo de Jehová (-) es este", Jer. 7: 4. Con lo cual, según Jeremías, su confianza se ponía en palabras *engañosas*, Jer. 7: 2. Vuestros profetas "falsamente *(b$^e$seqer)* os profetizan", Jer. 29: 9, cf. Is. 30: 9, Ez. 12: 24,

13: 8, 19 y 22, 22: 28. Así que no justificaban a Dios en sus juicios, y con ello incitaban al pueblo en su confianza-sin-humillación.

¡La predicación de estos falsos profetas, por otra parte, parecía muy fundamental y profundamente "ferviente"! Hablaban desde la "confianza-de-la-fe": "¡Paz, paz!" Mientras Dios ya ensalzaba a su azote Nabucodonosor, ellos permanecían "consolando" a los judíos con promesas como: "No veréis espada, ni habrá hambre entre vosotros", Jer. 14: 13. Incluso cuando los primeros judíos, entre ellos Daniel y sus tres amigos así como el profeta Ezequiel, eran deportados a Babilonia, los falsos profetas aún "confiaban": "He aquí que los utensilios de la casa de Jehová volverán de Babilonia ahora pronto", Jer. 27: 16, cf. Jer. 8: 8, Ez. 13: 6 y ss., Mi. 2: 11. Pero Jeremías tipificó a estas "creyentes" y "consoladoras" predicaciones como *hablar mentiroso*, Jer. 6: 13, 7: 4, 8: 8 y 10, 23: 14, 27: 9, 14 y 16. El apóstol Pablo haría notar más tarde lo mismo acerca de aquellos falsos maestros que prohibían el matrimonio y comer determinados alimentos, 1 Ti. 4: 1 y ss.

Algunos de estos falsos profetas son llamados por su nombre en el libro de Jeremías. El príncipe de la casa del SEÑOR, Pasur ("Y tú, Pasur... has profetizado *con mentira (basaqer)*", añadió Jeremías, Jer. 20: 6). Acab y Micaías, "habladores de mentiras", Jer. 29: 23. Semaías, de Nehelam, un robusto "creyente" judío compatriota ya transportado a Babilonia en la primera deportación, escribe desde allí una incisiva carta a las autoridades eclesiales en Jerusalén con el ruego de poner bajo censura al profeta Jeremías. Pero también hizo a los deportados confiar en una *mentira*, Jer. 29: 31.

Textos de la Escritura como los arriba citados aún nos pueden poner sobre aviso, para que a los impíos mencionados en los Salmos, no nos los imaginemos exclusivamente como tipos de malhechores manifiestos. Tampoco cuando son sacados a la palestra bajo el nombre de "habladores de mentiras". Es natural que entonces pensemos *también* en las mentiras corrientes de un comerciante cerealista que quiere vender desperdicio por grano, o con medida falsa, Am. 8: 5 y ss. Pero con esto no olvidemos sobre todo la "piadosa" impiedad de los aparentemente profundos "creyentes" falsos-profetas. Su

actuar resuena también en y desde los Salmos. Estos señores *predicaban* mentiras. Quien confiaba en sus palabras, llegaba a saber, por la caída de Jerusalén y la deportación a Babilonia, de una manera dolorosa, que con su confianza en estas "profecías" había edificado sobre hielo hueco, -y ahora se hundía a través de él.

¡Cuán oprimidos deben haberse sentido, bajo el poder de estos habladores de mentiras, los piadosos de Israel! Por ejemplo, un Jeremías, que durante unos 40 años debió hablar contra sus influyentes colegas. ¿Y qué profeta no tuvo que hacerlo? Por tanto, en tiempos bíblicos, los piadosos mantuvieron una lucha especial contra *habladores* de mentira. En nuestros tiempos, se ha añadido el impresionante poder de la palabra *escrita* e *impresa*. Y con ello también el poder de la mentira *impresa*. Las lamentaciones en los Salmos acerca de la "lengua" de impíos, podemos, si llega el caso, sustituirlas para nosotros mismos por su *pluma*. Como las de su boca, por su *libro* y revista; y las de su hablar, por su *escribir* e *imprimir*. Así pues, ¡cuán gran poder ha conseguido la mentira dentro de los antiguos pueblos cristianos! Tanto en su forma ordinaria y llana, como en su forma aparentemente piadosa. Iglesia y mundo sufren bajo una tiranía. En esta profunda crisis, el Salmo 12 nos puede enseñar las oraciones precisas:

> *"Salva, oh Jehová, porque se acabaron los piadosos;*
> *porque han desaparecido los fieles*
> *entre los hijos de los hombres.*
> *Hablan mentira cada uno con su prójimo;*
> *hablan con labios lisonjeros,*
> *y con doblez de corazón.*
> *Jehová destruirá todos los de labios lisonjeros,*
> *y la lengua que habla jactanciosamente;*
> *a los que han dicho:*
> *Por nuestra lengua prevaleceremos;*[6]
> *nuestros labios son nuestros;*
> *¿quién es señor de nosotros?"*

Lo mismo que los justos en Israel, los piadosos en la Cristiandad viven entre impíos. Esos son, pues, todos aquellos

miembros del pueblo de Dios que son *deudores* frente a su Padre celestial; ya sea por causa de un pecado determinado con el que rechazan romper, ya sea en general a causa de su engreída actitud de vida, su soberbia negación del Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. La apariencia piadosa o la humanista justicia propia no pueden camuflar esta impiedad a los santos ojos de Dios.

También en nuestro tiempo, los justos sufren de diversas formas bajo la opresión de los impíos. ¡Que el Libro de los Salmos pueda enseñar a cada nueva generación cómo debe orar, con lo cual pueda consolarse! ¡Y cantar ante este frente de arrogantes, impíos, pecadores, escarnecedores, labios mentirosos y hombres de sangre, violentos y necios!

Pero, asimismo, ¡que de las conversaciones de tales impíos se pueda evidenciar, que es verdad lo que nuestro Padre celestial, hace mucho tiempo y por boca de Ezequiel, dio a conocer: "¿Quiero yo la muerte del impío?, dice Jehová el SEÑOR. ¿No vivirá, si se apartare de sus caminos"?, Ez. 18: 21-23.

---

NOTAS

1. Ludwig Köhler, Theologie des Alten Testaments, Tübingen 1953, 1: "Que Dios existe, -esta declaración es el don más grande del Antiguo Testamento a la Humanidad. La existencia de Dios es allí (en el Aº Testamento) normal, dada por supuesto, siempre expresada, nunca negada o discutida. A lo sumo por el "necio"; pero, si incluso cerca de él se habla de ateísmo práctico, jamás se habla del ateísmo teórico, del cual nada sabe el Antiguo Testamento".

2. En su disertación "De werkers der ongerechtigheid in de individuële Psalmen (een beoordeling van Mowinckels opvatting)", 1939, N. H. Ridderbos nombra a los Salmos 9, 42-43, 56, 66, 102, 123, 125, 138, (144) como salmos en los que los enemigos, según su opinión, son paganos, págs. 153, 354. En la introducción de su De Psalmen (Korte Verklaring), Kampen 1962, 32, cita los Salmos 2, 9, 18, 20, 21, 33, 35.

3. J. J. P. Valeton Jr., De Psalmen, 287.

4. L. Köhler, o.c. 161: "...*rǎsʿa*, que aparece 261 veces. Originalmente esta palabra significa: aquel que ante los jueces es señalado como culpable frente a una acusación".

5. K. H. Rengstorf, TWB I, 325 (ʿs.v. *amatōlós*), hace esta observación: "...*rǎsʿa* describe un hombre para cuya vida la Thorá no tiene significado existencial alguno, y cuyo pecado no se limita a una cantidad de transgresiones, sino que abarca toda su vida como tal.

6. M. Dahood o. c.: "Por nuestra lengua somos poderosos, nuestros labios son nuestra arma".

# Capítulo 4

## SALMO 1: PRIMERA CLAVE AL LIBRO DE LOS SALMOS

¿TAMBIÉN tú encuentras agradable que un libro no sólo contenga un sumario detallado de su contenido, sino que también esté provisto de una buena introducción? Semejante resumen del contenido te ayuda, a pesar de los muchos árboles, a permanecer viendo el bosque. Y una "Introducción" te enseña, frecuentemente, con qué intención escribió el autor su libro, con qué lectores contaba y de qué convencimiento partió. Por todo lo cual, lees esa obra generalmente con más placer y también con más fruto.

¡Así de acertadamente ha sido dispuesto nuestro Libro de los Salmos!

También a este tema preceden algunas páginas que podrían considerarse como una combinación de lo que llamamos un sumario del contenido, y una introducción al mismo. Con esto aludimos al Salmo 1 y al Salmo 2. En primer lugar, éstos te cuentan cuál es el *asunto principal* del siguiente libro de la Biblia: la vida del pueblo de Dios en la Thorá (Salmo 1), bajo la soberanía del SEÑOR y su Ungido (Salmo 2). En segundo lugar, te enseñan desde qué *fe* hablan los Salmos; o sea, que, a pesar de todo, ese hombre que vive de la Thorá, es digno de felicitación, porque el SEÑOR conoce el cami-

no de los justos (Salmo 1); y porque, a pesar de todo, son dignos de alabanza todos aquellos que se guarecen en el SEÑOR y su Ungido, porque a ellos les pertenece la victoria final (Salmo 2). En una palabra, ¡a pesar de todo, el SEÑOR está del lado de los justos; y, a pesar de todo, su Reino llegará!

Pues bien, si en un libro normal no es sensato prescindir de la introducción, mucho menos tratándose del Libro de los Salmos. Los Salmos 1 y 2 ciertamente no están por casualidad al principio del Libro de los Salmos. Quien pasa por alto estos salmos, se priva del servicio de una guía estupenda que no sólo le podría indicar el camino a través de los Salmos como *libro* de la Biblia, sino también como *parte* de la Biblia.

En este libro que tienes en tus manos, nos proponemos comentar únicamente una selección de los Salmos; pero, aunque debamos excluir algunos, no será el caso de los Salmos 1 y 2.

Ahora queremos leer contigo, en primer lugar, el Salmo 1.

## 1. EL LUGAR NOTABLE DEL SALMO 1.

Una de las principales reglas de la Sagrada Escritura exige, que a un texto de las Escrituras siempre se lo lea bien en su contexto. Esto vale también para el Salmo 1. Cierto es que éste, de por sí, es muy leído; y reconocemos que entonces se pueden observar y aprender a fondo cosas buenas acerca del mismo; pero nos parece que sólo nos habla plenamente, cuando primero nos hemos dado cuenta de su *lugar notable* en el total de las Sagradas Escrituras.

¡El Salmo 1 abre los Salmos!

Y lo hace incluso en dos clases de sentido.

Es cierto, también forma la puerta de acceso al Libro de los Salmos. Esto, naturalmente, en primer lugar. Por la puerta del Salmo 1 se entra, por primera vez, dentro del Libro de los Salmos.

Pero, al mismo tiempo, forma la entrada a toda esa colección de libros de la Biblia, que forma la tercera parte principal de las Sagradas Escrituras. Después de la Thorá y los Profetas... ¡los Escritos! Ahora bien, estos últimos frecuentemente son designados de forma concreta con el nombre de “los Salmos”. *

---

* Véase págs. 12-13

Por consiguiente, el Salmo 1 abre, en primer lugar, un libro de la Biblia; y, en segundo lugar, una parte de la Biblia.

*a. Puerta al Libro de los Salmos.*

El orden en que los salmos están en nuestro Libro de los Salmos no es categóricamente transparente. A este respecto, decir que han sido colocados sin orden ni concierto, parece realmente una expresión demasiado fuerte; pero, ¿y afirmar que para la actual clasificación u orden, se ha procedido según una regla determinada? El Dr. C. Th. Niemeyer ha investigado ampliamente esta pregunta en su disertación: "Het probleem van de rangschikking der Psalmen", 1950. En la pág. 148 llega a la conclusión de que el Libro de los Salmos no muestra un orden sistemático que fuera seguido desde el Salmo 1 al 150. Esto no obstante, una cosa es segura: Los Salmos 1 y 2 no están por casualidad al principio de la colección. Allí les deben haber colocado aposta los coleccionadores.

¿Alguien habría compuesto el Salmo 1 incluso especialmente para servir de Introducción en el Libro de los Salmos? Ciertamente se ha sugerido esta posibilidad, pero no puede ser probada. Así como tampoco lo contrario. Entretanto, existen realmente diversas razones que nos apoyan en el pensamiento de que los Salmos 1 y 2 ocupan un lugar especial.

Según ciertos manuscritos, en Hch. 13: 33 se habla del Salmo 2 como sobre "el Salmo primero". Esto puede indicar, que no se ha contado con el Salmo 1 como Introducción al Libro de los Salmos. Otros señalan, que una determinada tradición judía consideró los salmos 1 y 2 como un solo salmo[1]. Además, es curioso, que ninguno de ambos salmos lleve un título, lo cual refuerza, en alguna forma, su carácter "general".

Así pues, estas razones, más o menos formales, dicen mucho a favor de la opinión de que los coleccionistas colocaron delante estos salmos como "A modo de Introducción" al Libro de los Salmos. Sin embargo, esta sospecha crece hasta un convencimiento cuando hemos tomado conocimiento del *contenido* de ambos salmos.

Ahora nos concretamos al Salmo 1.

Sin querernos adelantar a la descripción del mismo, por

lo pronto queremos formular estas preguntas: ¿Conoces un salmo que fuera más apropiado para abrir el Libro de los Salmos? ¿Qué salmo indica tan corta- y fuertemente como el Salmo 1, la gran línea de demarcación que cruzaba a través de Israel, es decir, la línea fronteriza entre justos e impíos? ¿Y qué salmo caracteriza esta antítesis tan claramente como, repito, el Salmo 1? ¿Dónde se ponen tan en claro ambas "partes" y sus diferencias más notables? El SEÑOR conoce el camino de los justos, pero el camino de los impíos perecerá (cf. Sal. 1: 6). ¿Qué salmo profesa esta esperanza de fe tan breve- y claramente como el Salmo 1?

El salmo con que nuestra colección se abre, no es, pues, un salmo cualquiera. Al contrario, este salmo forma la clave de todo el siguiente libro de la Biblia; es el guía por el país de los Salmos, y la Introducción o Prólogo. La quintaesencia de este salmo es, al mismo tiempo, la quintaesencia de todo el Libro de los Salmos.

Como tal nos disponemos a leerlo después.

*b. En el Salmo 1 la sutura discurre entre Profetas y Escritos.*

Sin embargo, aun hay una razón por la que el Salmo 1 ocupa un lugar en el total de las Sagradas Escrituras; el cual consta, como ya lo hicimos notar muchas veces, de cuatro partes: 1) La Thorá de Moisés; 2) los Profetas; 3) Los Salmos o Escritos; y los Escritos Apostólicos o el Nuevo Testamento (cf. Introducción, 1).

Ahora bien, ¡en el Salmo 1 discurre una de las "suturas"!

La primera "sutura" discurre entre el final del libro Deuteronomio, y el comienzo del libro Josué. Allí están "cosidas" una a otra las partes 1 (Thorá) y 2 (Profetas).

¡La manera en que esto ha ocurrido, merece nuestra atención!

¿Cuál era realmente el final de la Thorá? La exhortación: ¡Israel, cumple la Thorá!, cf. Dt. 26: 16 hasta el capítulo 33 inclusive. ¿Y con qué comienzan los libros de los Profetas? Con la misma insistente exhortación: ¡Atente a la Thorá!, cf. Jos. 1.

La segunda "sutura" discurre entre Malaquías 4 y Salmo 1. Allí están "cosidas" una a otra las partes 2 (Profetas) y 3 (Salmos

o Escritos). Y la forma cómo estas partes de la Biblia están unidas entre sí, ¡ya es un tanto notable! En las últimas páginas de los libros de los Profetas se habla acerca de "la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve", Mal. 3: 18. ¿Y qué exhortación contienen estas últimas palabras de la segunda parte de la Sagrada Escritura? "Acordaos de la ley de Moisés, mi siervo, al cual encargué en Horeb ordenanzas y leyes para todo Israel", Mal. 4: 4.

¿No te parece, pues, conmovedor que el Salmo 1 -y por tanto en la primera página de la tercera parte principal de la Sagrada Escritura- de nuevo *la Thorá* esté en el punto central de la atención? Pues, ¿en qué o en dónde se manifiesta la diferencia entre justos e impíos? ¡En su distinta actitud frente a la *Thorá*! ¿Y quién es declarado dichoso ya en los primeros versículos de la tercera parte de las Sagradas Escrituras? El hombre que cumple la *Thorá*, y que medita en la *Thorá* día y noche, Sal. 1: 2.

¿Tampoco esta segunda "sutura" testifica de la unidad de la Sagrada Escritura? Tres de sus cuatro partes principales están fuertemente cosidas a la anterior o siguiente parte principal mediante la exhortación: "¡Cumple la Thorá!"

¡No es extraño!

En la Thorá descansa toda la Escritura.

En la Thorá descansa la parte segunda de la Escritura: los Profetas.

En la Thorá descansa también la tercera parte de la Escritura: los Escritos, también llamados los Salmos.

Por consiguiente, el Salmo 1 señala inmediatamente a la Thorá.

Como enlace con lo precedente (Malaquías) y como introducción a la siguiente (todo el Libro de los Salmos y parte de los Escritos).

*c. Puerta a los Escritos.*

Así pues, el Salmo 1 abre los Salmos como libro de la Biblia. Y lo llamamos: "el indicador del camino por el país de los Salmos". Pero esto vale no sólo de los Salmos como libro de

la Biblia, sino también de los Salmos como parte de la Biblia.

La variación en este tercer grupo de los libros de la Biblia parece grande: salmos, sabiduría de la vida, poesía del amor, el relato de una espigadora, lamentaciones sobre el pueblo de Dios, consideraciones sobre nuestro trabajo diario, una historia en torno al palacio persa, literatura apocalíptica, un libro de historia de Adán hasta Artajerjes.

Sin embargo, esta colección de libros no forma ningún mantón de perlas sueltas, sino un hermoso collar de perlas. ¿Cuál es, pues, el hilo ensamblador entre estos escritos aparentemente tan diversos? ¡Esto nos lo pueden enseñar los Salmos 1 y 2!

Ateniéndonos primero al Salmo 1, éste no sólo puede demostrarnos inagotables servicios de guía a través de los Salmos como *libro* de la Biblia, sino al mismo tiempo a través de los Salmos como *parte* de la Biblia, pues nos indica los grandes temas de todos los Escritos.

En primer lugar, el *frente* en los Salmos y Escritos.

## 2. EL FRENTE SEÑALADO.

Según las Sagradas Escrituras, a través del pueblo de Dios cruza una profunda separación o línea divisoria entre justos e impíos. También el Libro de los Salmos lo testifica; véanse capítulos 2 y 3. He aquí un breve resumen al respecto.

### *a. Los justos.*

Los justos eran aquellos israelitas que no abandonaban el fundamento de vida del Pacto de Dios en el que había colocado a Israel en Horeb. Estos piadosos observaban el Pacto de Dios y sus ordenanzas. Los salmos designan a estos justos con toda una serie de nombres y expresiones. Un repaso de esto ya lo dimos en el capítulo 2, 2.

A estos piadosos debemos buscarles sobre todo entre los pobres de Israel. Las palabras *justo, pobre* y *menesteroso* son sinónimas en los salmos. Con ellas debemos pensar, además de en las viudas y huérfanos, en los labriegos empobrecidos que, como consecuencia del frecuente incumplimiento de la Thorá en Israel, habían perdido sus tierras, y con ello su fuente

de ingresos. Además, los mencionados calificativos también se referían en el Antiguo Oriente a los auténticamente "miserables"; y asimismo a los Levitas de Israel, quienes, en más de un período de abandono del Pacto, eran verdaderos "have-nots". En una palabra, en los salmos los justos, y en las Bienaventuranzas de Jesús los primeros oidores forman una y la misma categoría de israelitas, Mt. 5: 1 y ss.

De estos círculos provenían los salmos, los cuales podrían ser llamados tranquilamente: "Libro de los Himnos del Resto de Israel". Pues los justos formaban, dentro del pueblo de Dios (que ahora es la Cristiandad), frecuentemente o quizá hasta debemos decir *casi siempre*, un Resto o Remanente.

Acerca de ellos y de sus sufrimientos ya hablamos en el capítulo 2.

*b. Los impíos.*

Diametralmente enfrente a estos justos estaban los impíos, literalmente: los culpables (ante Dios). Estos eran igualmente israelitas; aunque, en realidad, "tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella", 2 Ti. 3: 5.

A estos "hacedores de injusticia" debemos buscarlos sobre todo entre los ricos de Israel. Los salmos les pintan como los opresores duros y astutos que, con la conculcación de las buenas ordenanzas de Dios también en el terreno social, se habían enriquecido a costa de los pobres e indefensos justos. Acerca de estos impíos y de sus prácticas ya hablamos en el capítulo 3.

*c. Esta antítesis ya está en los primeros versículos de los salmos.*

¿No te parece ahora muy significativo, que esta profunda antítesis religiosa ya aparezca en la primera página de los Salmos o Escritos? ¡Vaya si este frente también es de mucha importancia, y si debemos prestarle toda atención! ¡Incluso tiene mucho que ver con nuestro orar y cantar! ¡Apenas la segunda parte de las Escrituras (los Profetas) ha concluido con este frente, cuando la tercera parte (los Salmos) comienza inmediatamente! Y la cuarta parte (los Escritos Apostólicos o Nuevo Testamento) hace lo mismo. Las primeras páginas de esta última parte de la Biblia enseguida hacen mención de la predica-

ción de Juan el Bautista, el cual ya habló también de grano y tamo en la era del pueblo de Dios.

Era, pues, también el Salmo 1 -esta Introducción al Libro de los Salmos- el que nos llevó a comenzar *nuestro* libro sobre los Salmos con dos capítulos acerca de esta gran antítesis en los Salmos. Un capítulo especial sobre los justos, y otro especial sobre los impíos. Tener una buena visión en esta línea frontal, y una buena vista para esta antítesis, es de importancia fundamental para la lectura de los salmos; lo cual ya aprendimos del Salmo 1; y, por otra parte, también del Salmo 2.

## 3. SIN EMBARGO, ¡LOS JUSTOS SON DIGNOS DE FELICITACIÓN!

"Muchas son las aflicciones (desgracias, v. Biblia de Jerusalén) del justo", se lamentaba David, Sal. 34: 19. Con lo cual no exageraba. Los salmos están llenos de quejas acerca de la pobreza, persecución, explotación, postergación, perseguidores, opresores, mentiras, opresión, redes, lazos, etc. A un desheredado como el joven David se le oye por encima de todos los demás. Hombres sanguinarios tensan el arco y desenvainan la espada. Impotentes y amargamente apenados, los justos claman al SEÑOR, y encomiendan su causa en sus manos. En una palabra, desde este Libro de los Salmos se eleva hasta Dios un desgarrador coro de gritos de dolor. Pero, ahora, ¡el comienzo sorprendente de este Libro de Oraciones!

Versículo 1:

> *"Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos,*
> *ni estuvo en camino de pecadores,*
> *ni en silla de escarnecedores se ha sentado".*

La primera palabra de la primera frase de este primer salmo ya nos hace saber, que las apariencias engañan. A pesar de sus sufrimientos, mejor puedes felicitar a los justos que tenerles conmiseración. A la luz de la Palabra de Dios, precisamente tienen buena suerte. "Oh, las bienaventuranzas del

hombre...", así comienza literalmente el Salmo 1. Pero, traducido algo más libremente: "¡Ellos tienen buena suerte! ¡A esos puedes felicitarles!" Con esto comienza la obertura de los salmos: con una tan corta como poderosa profesión de fe: que todos esos sufridos justos que aparecen en los siguientes salmos, son, a pesar de todo, "bienaventurados".

Pero, como se suele decir, en estos primeros versículos del Salmo 1 también sale a relucir enseguida el *abismo* entre justos e impíos. En los salmos toman la palabra aquellos israelitas que no andaban o vivían según el patrón de los impíos y pecadores. A diferencia de muchos otros israelitas, escuchaban otro consejo, andaban en otro camino de vida y se encontraban en otro círculo de gentes. En su corazón, ya entonces, ardía este lema: "Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo", Ef. 4: 20.

*La Ley indica el Camino.*

¡Qué hermoso tesoro lleno de sabios consejos había dado el SEÑOR a Israel en la Ley! Y, por cierto, no sólo acerca de estas cosas "religiosas" como ofrecer sacrificios y orar, sino, como ya vimos, acerca de toda la vida israelita: el tratamiento de esclavos, el prestar dinero y pedir renta, el uso de pesas y medidas, la vendimia y muchas más cosas del comportamiento diario. Acerca de todas estas cosas hablaba "para vida" la Palabra de Dios. Dios no daba otros consejos que aquellos que pueden sanar y hacer prosperar nuestra vida humana.

Toda esta vida plena con el SEÑOR, tal como él se la ordenó a Israel en la Thorá, la resumió Moisés, en cierta ocasión, así: "Andad en todo el *camino* que Jehová vuestro Dios os ha mandado, para que viváis...", Dt. 5: 33. Del mismo modo que el poeta del Salmo 1, Moisés compara la vida de una persona con el andar en un camino, cf. Sal. 37: 5, 91: 11, Pr. 16: 9, Job 31: 4, Is. 40: 27, Jer. 10: 23. La palabra "camino" se refiere, a veces, a *todas nuestras aventuras o experiencias*, y, en otras ocasiones, a nuestro *estilo de vida*, a nuestro *comportamiento* o nuestros *hechos*. El lenguaje de las Escrituras conoce, en este contexto, bonitas expresiones como: "andar

en los caminos del SEÑOR". "... Y les *enseñarás* el buen camino para que anden en él", dijo Salomón, 2 Cr. 6: 27. Como es natural, el SEÑOR indicó el camino especialmente en la Thorá. En ésta daba, en el sentido más profundo de la palabra, sus "advertencias de vida". La Thorá significaba, para el piadoso israelita, algo así como una Guía Divina. En ella el SEÑOR le indicaba el buen "Way of life", o como el salmista lo expresó: "el camino de tus ordenanzas" o "el camino de tus mandamientos", Sal. 119: 27, 32 y ss. Esto mismo, en nuestra actual economía de la salvación, encierra: creer en Cristo: "Y este es un *mandamiento*: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros", 1 Jn. 3: 23. También nuestro Salvador dijo en cierta ocasión: "Yo soy el camino", Jn. 14: 6; y asimismo usó expresiones como: "el camino que lleva a la vida", Mt. 7: 14, cf. 22: 16, Lc. 1: 79. En el libro de los Hechos, a toda nuestra "fe cristiana" (como hoy decimos), sin querer verla resumida en algo intelectual, se la califica como : "el *camino* de salvación", Hch. 16: 17, o con una sola palabra: "el Camino", Hch. 19: 9 y 23, 22: 4, 24: 22.

*El consejo de los impíos.*

Pero, ¿qué hacen ahora los impíos? Andar sus *propios* caminos, desoír las indicaciones de Dios y seguir sus propios principios. Así querríamos entender la expresión "el consejo de los impíos". A este respecto, preferimos no pensar en salón de reuniones con un "consejo" o colegio, tal como lo conocemos en un ayuntamiento o iglesia, sino en determinados *consejos* u *opiniones* impías, o quizá podamos hablar hasta de *principios* de impíos israelitas o cristianos[2]. La misma palabra hebrea *(ʿeṣāh)* encontramos en la pregunta de Absalón a Ahitofel: "Dad vuestro consejo sobre lo que debemos hacer", 2 S. 16: 20 y 23; y en la historia de Roboam que rechazó el consejo *(ʿeṣāh)* o aviso de los ancianos, 1 R. 12: 8 y 13. Así es como los impíos desechaban despreciativamente el "consejo" que el SEÑOR daba a su pueblo en la Thorá.

¡Aquí tienes, una vez más, el contraste entre justos e impíos! Los piadosos consultaban a Dios y a su Palabra. "¿Quién es el hombre que teme a Jehová? El le enseñará el camino que ha de escoger", Sal. 25: 12. Tal hombre temeroso de Dios

era Asaf, según su confesión: "Me has guiado según tu *consejo*", Sal. 73: 24. Asaf, pues, esperaba consejo del SEÑOR. Así el autor del Salmo 119 llamó a los testimonios de Dios "mis consejeros" (literalmente: los-hombres-de-mi-*consejo*), v. 24. Pero los impíos, en su soberbia, sabían más que el Dios Sapientísimo; ellos no necesitaban su Thorá o Enseñanza; se consideraban elevados por encima de los consejos del SEÑOR, y eran sus propios consejeros. Un impío así era el rey judío Ococías, de quien leemos, que "anduvo en los caminos (¡!) de la casa de Acab, pues su madre le aconsejaba (¡!) a que actuase impiamente", "Hizo, pues, lo malo... como la casa de Acab; porque... le aconsejaron para su perdición", 2 Cr. 22: 3 y 4; cf. Mi. 6: 16. Las Escrituras, pues, dan una legión de ejemplos de este "andar en el consejo de los impíos".

A este respecto, quizá algunos cristianos piensen exclusivamente en toda clase de diversiones pecaminosas: cosas de juegos clandestinos, clubs nocturnos y cosas por el estilo. Pero, ¿por qué aquí no se podría pensar, por ejemplo, en el conocido fenómeno de la *falsa profecía* en Israel? ¿Acaso las Escrituras no hablan también de *profecías* impías? Jer. 23: 9-32. Daban *consejo* al pueblo, aunque se diferenciaba totalmente del que brindaban los profetas fieles. En lugar de aconsejar a Judá que se humillase bajo la mano castigadora de Dios, como Jeremías aconsejaba, profetas como Pasur, Hananías, Acab y Sedequías aconsejaban, sobre todo, a permanecer "creyendo" en la inviolabilidad del templo, Jer. 7. Con lo cual querríamos decir, que "andar en consejo de impíos" ciertamente no sólo desemboca en toda clase de injusticia social y ética, sino que también se puede notar, a través de toda la historia, en el terreno eclesial.

*El camino de los pecadores.*

En el capítulo anterior ya pasamos revista al "camino" o estilo de vida de los impíos. Resultaron no ser siempre bribones y tunantes. Su camino fue conocido no en primer lugar por toda clase de pecados escandalosos, sino especialmente por su *actitud de vida soberbia* frente al SEÑOR; por su ruptura del Pacto; por su constante *negar* al SEÑOR como su Aliado y Rey Divino. En esto consistió su gran mal; aun-

que con frecuencia lo revistieron con el ropaje de la "respetabilidad social", pero esto también es una forma de arbitrariedad o justicia propia. Obrar con altanería como si no hubiese Dios, esto parece ser la característica principal de "el camino de los pecadores" y de "el camino de los impíos", Jer. 7: 23 y ss.

Como es natural, semejante actitud no permanece invisible en la práctica. Aprendimos a conocer a impíos y pecadores que se enriquecieron a costa de sus hermanos que querían vivir santamente según la Palabra de Dios. Además, en este contexto, podemos señalar el dejar "vacía el alma hambrienta, y el quitar la bebida al sediento", Is. 32: 6, el perseguir a viudas y otros pobres, el cambiar las lindes, el pedir interés usurario, el retener molinos de mano y mantas como fianza, el vender desechos por grano (Am. 8: 6) el abusar de las mujeres (Am. 2: 7). Semejantes cosas tipifican "el camino de los pecadores".

¡Cuán lejos se aparta todo esto de "el buen camino", tal como lo expresó Salomón, que el SEÑOR había indicado en la Thorá! "El camino de los pecadores" consiste, de hecho, constantemente de tropiezos. La palabra hebrea para significar *pecador* en el Salmo 1: 1, indica en esta dirección: errar la puntería, apartarse del camino, fallar los golpes; lo contrario a "caminar con Dios". Y esto es muy sencillo: "Se te ha declarado, oh hombre, lo que es bueno, lo que Yahvéh de ti reclama: tan sólo practicar la equidad, amar la piedad y caminar humildemente con tu Dios", Mi. 6: 8 (v. Biblia de Jerusalén, 1975).

*El círculo de los escarnecedores.*

El Salmo 1 habla claramente de la "silla de los escarnecedores", o "banco" o "sillería", como traducen otras versiones de la Biblia. A este respecto, cristianos fieles a la Biblia ¿no han pensado a veces demasiado en sillas del café-bar o de teatro, y demasiado poco en púlpitos y cátedras? Pues lo que a un miembro del pueblo de Dios le marca como escarnecedor no es en primer lugar sus profanadoras burlas de Dios y su culto, sino su *autoexaltación*; quizá camuflada por algo de honorabilidad humanista, pero por eso no me-

nos soberana y autónoma. Los apóstoles Pedro y Judas conocían a los escarnecedores *en* la iglesia: miembros que negaban el retorno del Hijo del Hombre, y dividían las iglesias, 2 Pe. 3: 3 y ss., Judas v. 18.

*¡No así los justos!*

Los justos en Israel no vivían según este "consejo de los impíos" ni según este "camino de los pecadores" ni en este "círculo de los escarnecedores". Un *"no"* repetido tres veces indica, en este versículo, la antítesis entre el estilo de vida de los apóstatas, y el de los justos. Estos "andan", "están" y "se sientan" de otra forma que los incrédulos. Los fieles hijos de Dios "andan" según los consejos de Dios, "están" en el camino de sus mandamientos y "se sientan" en el círculo de aquellos que temen al SEÑOR.

No que los justos en Israel ya viviesen del mismo espíritu que los posteriores monjes que se apartaron de la *convivencia* con los impíos y pecadores. El apóstol Pablo diría: "...Pues en tal caso os sería necesario salir del mundo", 1 Co. 5: 9 y ss. No; los piadosos se inhibieron de los *principios* de los impíos, no de los pecadores mismos, sino de su *camino*; no de todo trato con escarnecedores, pero sí de su *amistad*. Esto no es una discriminación convulsiva. Los justos evitaban el estilo de vida de los impíos no desde una sobreestimación aislacionista, sino, en primer lugar, porque sabían que ésta, a la larga, significaría su hundimiento; y, en segundo lugar, porque tenían un gran gozo en el camino de la Palabra de Dios. Esto lo leemos después en el versículo 2.

Esta inhibición caracteriza a los piadosos a través de todas las Escrituras; esto lo expresan claramente los textos siguientes: Sal. 26: 4 y ss., Pr. 1: 10-19, 4: 14-19, Ef. 4: 20, 1 Jn. 2: 15-17. Cuando el piadoso Josafat olvidó este aislamiento ofrecido y emparentó con Acab, fue amonestado por ello por el vidente Jehú, hijo de Hanani: "¿Al *impío* das ayuda, y *amas a los que aborrecen a Jehová*? Pues ha salido de la presencia de Jehová ira contra ti por esto", 2 Cr. 18, 19: 2. Así habló el profeta a pesar del hecho que Josafat y los israelitas del Norte estaban en el mismo pacto con Dios y, consecuentemente, eran hermanos entre sí, 2 Cr. 11: 4, 28: 9-11. Así los piadosos llegaban frecuen-

temente a estar *aislados* en medio de hermanos disidentes del pacto en el gran mundo de la iglesia -¡con la Palabra y en torno a la Palabra!

El Salmo 1, pues, abre el Libro de los Salmos constatando ya en su primer versículo la profunda antítesis entre dos clases de principios de vida, dos clases de modos de vida y dos clases de círculos de vida procedentes, todos ellos, de dos clases de actitud frente al SEÑOR y su Palabra.

Versículo 2:
*"Sino que en la ley de Jehová está su delicia,*
*y en su ley medita de día y de noche".*

Porque Israel conoció tantísimos períodos en los que abandonó al SEÑOR, los justos formaron frecuentemente un solo Remanente o Resto, que, en primer lugar, se caracterizó negativamente por su aislamiento (véase v. 1) y, en segundo lugar, positivamente por su obediencia a la *Palabra de Dios.* Esto era su placer y su vida.

¡Sí, los piadosos aman la *Palabra de Dios!* Sobre la palabra "ley" en el Salmo 1, no debes pensar en un libro árido como el código de derecho penal con cientos de disposiciones severas. Con esta terrible equivocación nos han cargado fariseos y escribas. Este error, originalmente prolongación de una cepa rabínica, ha penetrado por conducto de cristianos fariseos como una hierba venenosa también en la viña de la Cristiandad. Por lo cual muchos cristianos han ido considerando la Ley de Moisés como una especie de convenio religioso de trabajo, sólo con requisitos que ninguna persona puede cumplir. Acerca de este equívoco volveremos al tratar el Salmo 15. Sin embargo, la relación con este ideario fariseo y judaista origina indudablemente un cortocircuito también en el Salmo 1.

En este salmo, la palabra "ley" no se refiere en absoluto a algo árido y duro e irrealizable. Pues el israelita hablaba de "Thorá", lo que en sus oídos sonaba lo mismo que "Enseñanza" en el nuestro. La "Thorá" era algo que los jovencitos israelitas recibían de sus padres o maestros, Pr. 1: 8, 3: 1, 6: 20 y 23, 7: 2, 13: 14. Y así, también nuestro Padre celestial enseñó a sus hijos la "Thorá" o enseñanza en el tiempo

del desierto. Como ya advertimos más frecuentemente, esta enseñanza comprendía muchísimo más que sólo asuntos religiosos. La Thorá cuenta cómo el SEÑOR fue hecho Rey en Israel, hizo pactos con su pueblo-vasallo, y ocupó una casa en la que Israel le podría servir. Por otra parte, ¿quién se atreve a calificar de áridas y duras las ordenanzas de la Thorá? Todas ellas destellan vida, vida y más vida que el SEÑOR, como Dios de la vida, prometió a su pueblo. No, el Salmo 1 ciertamente no pinta a hombre alguno que estuviera encorvado (humillado) por una u otra colección de reglamentos religiosos; ni a ningún precursor de juristas religiosos que conocemos por los Evangelios: los fariseos y los escribas que claveteaban en su mollera las indagaciones religiosas de la "Ley" del rabino tal o cual con el fin de cargar con ellas a los pobres correligionarios. El Salmo 1 habla en otro nivel, y sobre algo muy distinto. Muestra el retrato de un justo que se regocija en la enseñanza paternal de Dios sobre la salvación de Israel del poder de Satanás y de la muerte en el camino de la reconciliación por la satisfacción.

¿El Salmo 1 sólo tiene en cuenta la Thorá de Moisés? Es tentador contestar afirmativamente a esta pregunta. La Thorá ya habrá estado al alcance de la mano en "forma de libro" en tiempos de Josué, Jos. 1: 8, Dt. 6: 6, 11: 18 y ss., 17: 19.

Ya hicimos notar, que las partes principales de la Biblia están "cosidas" unas a otras de una forma memorable. Al final de Deuteronomio y al comienzo de Josué están unidas entre sí las partes principales Thorá y Profetas por esta llamada de atención: ¡Piensa en la Thorá de Moisés! Y en Malaquías 4 y Salmo 1 vimos "cosidas" entre sí las partes principales Profetas y Escritos nuevamente con ¡una indicación hacia... la Thorá!

Ese sorprendente lugar del Salmo 1 en la costura de dos partes principales de la Biblia nos hace pensar lógicamente, al tratar la palabra "ley" en el Salmo 1: 2, en los cinco libros de Moisés. Es evidente, que el Salmo 1, situado a la cabeza de los Escritos, tiene a la vista la misma Thorá que Josué 1 a la cabeza de los Profetas.

Pero, puesto que la palabra "thorá" también ahora puede indicar la enseñanza de padres, sabios, profetas y sacerdo-

tes, el Salmo 1 naturalmente también podría referirse a más enseñanza divina que la de Moisés solamente; asimismo podría aludir a la thorá en libros proféticos como Josué, Jueces y Samuel, y quizá también en salmos de David[3].

Pero aquí no hay antítesis alguna. Ya se quiera pensar aquí solamente en la thorá de Moisés en el Pentateuco, o también en la de profetas y salmistas es algo que, mirándolo bien, no importa tanto. Pues, éstos, después de la Thorá de Moisés, en principio no han aportado novedades fundamentales. Toda "thorá" en Israel fluía, finalmente, de la gran fuente de la Thorá de Moisés[4]. Por consiguiente, el paralelo entre Salmo 1 y Josué 1 sigue siendo, a fin de cuentas, sorprendente.

En Israel, los impíos despreciaban esa Thorá; pero para los piadosos era su delicia y su vida. Preferían mucho más tener la Palabra de Dios que millares de monedas de oro y plata, Sal. 119: 72 y 140; les agradaba más que la miel, Sal. 119: 103. No es extraño; ¡cuánto puede confortar y alegrar la Palabra de Dios a una persona, y cuánta sabiduría puedes sacar de ella!, Sal. 19: 7 y ss., 119: 98. ¡Cuánto pudo deleitarse en ella también el autor del Salmo 119!, Sal. 119: 24, 77, 92, 143, 174.

El Salmo 1 pinta el retrato de un israelita justo como alguien que "*medita* día y noche" la Palabra de Dios. Pero también podemos traducir: que "lee susurrando suavemente", que "dice para sí mismo" la Palabra de Dios[5]. No es una persona que "se apresure a leer un trocito"; no, ella quiere retener lo leído y, para grabarlo bien en su memoria, lo lee para sí misma musitándolo o a media voz. Así está acostumbrada a hacerlo. Los auténticos piadosos se ocupan "de día y de noche" con lo que Dios ha dicho en su Palabra. ¿Los tiempos de oración fijos tampoco indicarían tiempos fijos de audición y lectura de la Palabra?, Dn. 6: 11, Mc. 1: 35, Lc. 2: 46 y ss. Lo cual, entretanto, es algo distinto que estar ocupado *religiosamente* todo el día, como aquel fraile con su breviario en el tren.

Aquí cabe preguntar: ¿el poeta del Salmo 1 ha conocido la Thorá en "forma de libro"? Ya indicamos que esto ciertamente no es imposible. Pues, de Moisés ya leemos, que escribió las palabras de esta ley en un libro, Dt. 31: 24. Y Josué recibió una orden que fuertemente nos hace pensar en nuestro versículo que comentamos: "Nunca se apartará de tu boca este

libro de la ley, sino que de día y de noche...", Jos. 1: 8, cf. 2 R. 22, 2 Cr. 14: 4, Sal. 16: 7, 63: 6, 119: 97 y ss. y 148. En cualquier caso, Moisés, con vistas a su thorá, había mandado: "Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las *repetirás* a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes", Dt. 6: 6 y ss., 11: 18-20. Por tanto, el israelita no debe haber tenido la Palabra de Dios en forma de libro en la estantería; pero, eso no obstante, un mandato como el de Moisés supone, que conocía ese libro y lo usaba de día y de noche, pues, ¿cómo puedes, si no, repetirlo a tus hijos?

En consecuencia y según el Salmo 1, a los justos les puedes reconocer por dos características: se *apartan* de los impíos y de su estilo de vida, y se dejan dominar día y noche por la *Palabra de Dios*. ¿Parecen por eso llevar frecuentemente la peor parte en la vida? ¿Están a veces frente a los impíos ricos como pobres "have-nots"? El Salmo 1 anuncia, que esta apariencia engaña, y que incluso llega a los justos con una felicitación: "Bienaventurado el varón..."

Versículo 3:

*"Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas,*
*que da su fruto a su tiempo, y su hoja no cae;*
*y todo lo que hace, prosperará".*

Tal imagen, como es natural, hablaba a los israelitas del seco Oriente Medio mucho más fuertemente que a nosotros en nuestro lluvioso país (el autor se refiere al suyo: Países Bajos. Nota del T.). Agar e Ismael, y más tarde Israel en el desierto, casi murieron de sed, Gn. 21, Ex. 15: 24, 17: 2, Nm. 20: 4. Ninguna bendición sin lluvia, Sal. 65: 9-13, cf. 1 R. 17 y ss. Por consiguiente, el salmista usa aquí una imagen muy fuerte para el poder de la vida y para el florecimiento de la vida del justo: un árbol plantado o, propiamente hablando: acodado, en canales de agua[6].

Por aquel entonces, en Palestina ya se deben haber plantado retoños de árboles frutales a lo largo de zanjas construidas artificialmente que recibían su agua de estanques más grandes. Por tanto, las raíces de tales árboles podían incluso en

la época seca del verano beber a placer; por lo cual siempre estaban frescos y daban fruto a tiempo. Una imagen más expresiva de fuerza vital y de fertilidad difícilmente podías imaginártela en Israel, cf. Gn. 49: 22, Dt. 11: 10 y ss., Sal. 52: 8, 92: 12 y ss., 128: 3, Is. 58: 11, Jer. 17: 5-8.

A un árbol así compara el salmista al justo. Como semejante árbol toma su savia vital del agua, así el justo saca su fuerza vital de su trato constante con la Palabra de Dios, y por eso su vida lleva rico fruto: "Todo lo que hace, prosperará". A primera vista, en Israel los pobres justos llevaban quizá vidas fracasadas, mientras que los impíos aparentemente obtenían los más grandes éxitos; pero, a los ojos de la fe, sólo en las vidas de los justos florecían hermosos frutos. Tómense como ejemplo: José, Moisés, David, los profetas y apóstoles. "Muchas son las aflicciones del justo", Sal. 34: 19, con lo cual todos pudieron estar de acuerdo; y, sin embargo, en estas vidas maduraron "en su tiempo" los frutos más valiosos para el Reino de Dios. Lo mismo puede decirse de personas "corrientes" como Ana y Elcana. La esterilidad de Ana suponía para ella misma un desastre. Ella y su esposo sufrían mucho por causa de la apostasía en Silo. Pero también, ¡cuán ricos frutos crecieron en el árbol de su vida! Su hijo Samuel llegó a ser, con su discípulo David, el hombre por quien Dios comenzó a levantar a su iglesia israelita de la profunda decadencia de la época de los Jueces. Incluso "la memoria del justo será bendita", ("... sirve de bendición", v. Biblia de Jerusalén), Pr. 10: 7.

Versículo 4:

*"No así los malos,*
*que son como el tamo que arrebata el viento".*

¡Esta es también una imagen fuerte! Sobre todo si la comparas con la de los justos. Estos, según el salmista, se parecen a un árbol fértil fuertemente enraizado y un dechado de fuerza; y a los impíos les compara con el tamo seco y sin valor. Imagen ésta igualmente llamativa para los israelitas. En Palestina, en tiempo de verano podías ver sobre un altozano a labradores ocupados en aventar el grano trillado. Cuando

al anochecer se levantaba un fresco viento marino, éste dispersaba el tamo del grano. Por eso nadie molía el grano antes de aventarlo, pues, ¿para qué podías usar el tamo?

También con esta imagen consoló el salmista a sus pobres compañeros justos, y profesó la fe en la que ahora todos los salmos siguientes se lamentan y cantan. ¿Que los malos tienen buena suerte, y los justos mala suerte? No, a la luz de las promesas de Dios, las cosas estaban precisamente al revés: ¡los piadosos eran árboles fértiles, y los impíos eran tamo sin valor!

Versículo 5:

*"Por tanto, no se levantarán los malos en el juicio,*
*ni los pecadores en la congregación de los justos".*

También los justos, bajo el Antiguo Pacto, ya sabían que el SEÑOR juzgará después al mundo, cf. Is. 1: 25, 2: 12 y ss., 13: 6 y 9, 22: 5, 34: 8, Ec. 12: 14, Mt. 3: 12, Lc. 3: 17. Aunque aún no sabían que Dios dará a su Hijo este juicio del mundo, Jn. 5: 22, Hch. 17: 31. En ese Día del Hijo del Hombre se evidenciará que los pobres justos efectivamente debían ser felicitados, y sus perseguidores impíos debían ser profundamente deplorados. Pues entonces los mansos *( anawim)* heredarán el país (la tierra, Mt. 5: 5) y se recrearán en gran paz, Sal. 37: 11. Pero los pecadores serán erradicados de la tierra, Sal. 104: 35. Entonces todos aquellos duros perseguidores impíos serán llevados por el viento como tamo, Job 21: 18, Sal. 35: 5, Is. 17: 13, 29: 5, 41: 15, Os. 13: 3. No hicieron caso de la Guía o Thorá del SEÑOR, y parecieron haber escogido dirección más rápidamente, pero después se evidenciará, que, literal- y figuradamente, tomaron por caminos sin salida, Sal. 37: 10, Sal. 73, Mt. 3: 12. Esto es lo que Aquel, quien por Israel es conocido como el Angel del SEÑOR, y por nosotros como nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, pondrá luego de manifiesto cuando venga a juzgar a los vivos y a los muertos.

Sin embargo, a propósito de este versículo no sólo pensamos en el Juicio Final. Cierto, la historia de Israel lo mismo que la de la Cristiandad, está llena de injusticia y per-

secución para con los justos; pero, esto no obstante, también existieron otros tiempos. “Y reinó David sobre todo Israel; y David administraba justicia y equidad a todo el pueblo”, 2 S. 8: 15, cf. 1 R. 3: 28, 4: 20 y 25. Bajo su gobierno y bajo el de otros reyes piadosos también se habrá podido ver: “Por tanto, no se levantarán los malos en el juicio, ni los pecadores en la congregación de los justos”, Sal. 1: 5, cf. Sal. 101. En este contexto, se puede pensar también en la suerte de Acab y Jezabel, los asesinos impíos de Nabot: los perros lamieron su sangre; el perseguidor Saúl cayó sobre su propia espada; Herodes fue comido por los gusanos; los falsos profetas Pasur y Hananías, enemigos acérrimos de Jeremías, experimentaron una muerte prematura, Jer. 20: 6, 28: 17. Todos impíos que ya antes del Juicio Final perecieron en el juicio de Dios; vidas que efectivamente se parecieron al tamo volandero, sin raíces, sin contenido y sin fruto. Ya entonces desaparecieron de la congregación de los justos, para después desaparecer totalmente y para siempre de la tierra, Sal. 104: 35, cf. Sal. 37: 20, 68: 3, 112: 10.

¿No forman estas palabras una introducción sorprendente y atinada al Libro de los Salmos? ¡Cuántos lamentos en las páginas siguientes acerca de la injusticia cometida por impíos! Pero el primer salmo hace oír desde qué clase de convencimiento se clama a Dios en este Libro: ¡El Juez de toda la tierra hará justicia alguna vez!

Versículo 6:

*“Porque Jehová conoce el camino de los justos;*
*mas la senda de los malos perecerá”.*

El verbo “conocer” se encuentra en nuestro idioma, la mayoría de las veces, en la esfera de la consideración. Es una palabra relativamente “fría”. Pero, en la Biblia, en la palabra “conocer” sientes el calor del *contacto* con lo que o con quien se conoce. En la lengua hebrea incluso se puede decir, que un hombre “conoce” a su mujer, o que tiene comunión con ella. En las Sagradas Escrituras el “conocer” es más un asunto del corazón de alguien, que de su entendimiento, cf. Gn. 39: 8, Pr. 12: 10.

Seguro que el salmista también habrá querido decir, que el SEÑOR "conoce" así el camino de los justos; y que "sabe todo al respecto" y lo vive con ellos con íntima participación. "... Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos", Sal. 139: 2-3. "Los ojos de Jehová están sobre los justos y atentos sus oídos al clamor de ellos", Sal. 34: 15 y 18. El toma nota de sus lágrimas, Sal. 56: 8. Los justos están día y noche bajo su poderosa protección. El SEÑOR les conoce como sus *aliados leales*.

Esto último también se debe añadir. La investigación arqueológica de los textos de pactos del Antiguo Oriente también ha derramado luz sobre el significado de la palabra bíblica "conocer". En estos pactos, "conocer" es frecuentemente un término técnico para el reconocimiento recíproco de un Gran Rey y su vasallo como mutuos compañeros del pacto. "Conocer", en este contexto, significa que uno reconoce los términos de un pacto como obligatorios, y a su vasallo o Gran Rey se lo reconoce como aliado legítimo. Esto se demuestra respetando y cumpliendo los derechos y deberes recíprocos como aliado leal.

Así pues, también en la lectura de las Sagradas Escrituras deberemos ir teniendo más en cuenta este trasfondo contractual de la palabra "conocer". Semejante significado podría aparecer aun más pronunciado en muchos lugares de las Escrituras[7]; como es el caso del Salmo 1: 6. Teniendo en cuenta el carácter de todos los salmos como himnos del *Pacto*, aquí la palabra "conocer" significará ciertamente más que el SEÑOR tome nota afectivamente de los justos, y que les cuide. El contenido de este versículo nos parece aun más pleno y de mayor peso. ¿Por qué los justos, a pesar de todas las señales externas de lo contrario, son dignos de felicitación? Porque el SEÑOR *conoce* su camino. EL Gran Rey Celestial estableció sus pactos con Israel. ¡Deja que consuele a los justos, que su camino leal ciertamente no permanezca escondido a los ojos omnividentes de Dios, y que él, como un Gran Rey, por su parte cumpla sus obligaciones de pacto frente a estos leales vasallos!

Escuchado así, el Salmo 1 deja oír, también en este versículo 6, una nota fundamental de todo el Libro de los Salmos: ¡el Dios a quien los salmistas oran, se quejan y aclaman es *hasid*: misericordioso, leal! Su *hesed* (misericordia, fidelidad al Pacto, lealtad) es “tan alta como el cielo”, un Aliado cuya fidelidad “alcanza hasta las nubes”, Sal. 36: 5.

*Las notas fundamentales han sido tocadas.*

Con lo dicho hasta aquí, hemos expuesto la primera Introducción al Libro de los Salmos. Ahora han sido dadas o tocadas algunas notas fundamentales de este Libro. El Salmo 2 aún añadirá luego algunas más, y entonces quedará completo el panorama de los Salmos.

Así pues, el Salmo 1 nos indicó los siguientes asuntos principales:

1. El Libro de los Salmos está dominado por esta antítesis dentro del pueblo de Dios: justos pobres – impíos ricos; o leales aliados de Dios – infieles aliados de Dios.

2. Estos israelitas seguían dos clases de consejos: el del SEÑOR en la Thorá, o el de los impíos y sus principios. Andaban por dos clases de caminos: el del SEÑOR y sus mandamientos, o el de los pecadores y su autónoma consideración de la vida. Y se encontraban en dos clases de círculos de gentes: el del SEÑOR y sus justos, o el de los burladores y sus principios soberanos.

3. Pero, lamentarse por esto, es algo que el Salmo 1 no hace a los justos. Todo lo contrario, el Salmo 1 abre este Libro de Oraciones con esta felicitación: ¡Cuán felices son esos justos!

4. Por tanto, era característico de los piadosos su inhibición del estilo de vida y de la amistad de los impíos; una inhibición no buscada desde una separación conventual por sí misma, sino impuesta desde ellos mismos por causa de su vida en la Palabra.

5. Sí, ¡los justos debían ser felicitados! Medidos según la apariencia externa, a veces llevaban vidas fracasadas, pero a la luz de las promesas de Dios eran auténticamente exitosas, y su vida llevaba fruto verdadero; porque la habían condu-

cido en el camino eterno; en contraposición con las vidas estériles de los ricos impíos con sus caminos sin salida.

Con esto el Salmo 1 también ha introducido los Salmos como parte de la Biblia. Pero volveremos sobre ello después del comentario del Salmo 2.

NOTAS

1. F. Delitzsch, "Die Psalmen", p. 65 y ss., Strack-Billerbeck II, 725.

2. M. Dahood, Psalms III, New York 1970, hace esta observación: *esah*, "counsel" (consejo), pero también puede significar "council" (concejo, consistorio). Por causa de la antítesis o contraste: consejo de los impíos (v. 1) y el consejo del SEÑOR en la Thorá (v. 2), preferimos la explicación dada.

3. F. Delitzsch, o. c., observa, que el salmo será de una fecha anterior a Jeremías en base a Jer. 17: 5-8, y "no anterior a Salomón".

4. Juan Calvino, Het boek der Psalmen, 3, dice: "Que aquí se habla sólo de la Ley no debe entenderse como si no se dejase lugar al resto de la Escritura; sino que, puesto que toda la Escritura no es otra cosa que la explicación de la Ley, el cuerpo está incluido en la cabeza. El profeta, pues, recomienda la Ley, con la cual se corresponde..."

5. Koehler, Lexicon s.v. hagah: "leer a media voz".

6. Satul, "propiamente: cortado, acodado", J.P.M. v. d. Ploeg, (Psalmen, Roermond 1971), quien traduce *palhe-mayim* como "canales de agua", "con lo que se puede pensar en los canales de riego de un jardín donde se plantan árboles".

7. Herbert B. Huffmon, *The treaty background of Hebrew "yâdâ"* (El pacto como trasfondo del hebreo *yada*), artículo en BASOR, nr. 181, 1966, 31-37. Huffmon cita, entre otros, Gn. 18: 19, 1 S. 2: 12, Sal. 36: 11, Os. 4: 1, 6, Dn. 11: 32.

# Capítulo 5

## SALMO 2: SEGUNDA CLAVE AL LIBRO DE LOS SALMOS

COMO es natural, al Salmo 2 puedes considerarlo en sí mismo. Pero, viendo tanto su contenido como su lugar canónico, es, lo mismo que el Salmo 1, un auténtico *salmo de introducción*; y ciertamente en sentido doble. Primero, con relación a los Salmos como libro de la Biblia; pero, al igual que el Salmo 1, también con relación a los Salmos como parte de la Biblia. Ya indicamos (véase cap. 4), que los judíos unían frecuentemente ambos salmos. Esto es comprensible. Por lo que respecta a su lugar canónico: están juntos a la vanguardia de los Salmos y los otros Escritos; y respecto a su contenido: ambos indican *el frente* que también domina a los Salmos y a los otros Escritos, entre los amigos y los enemigos del SEÑOR. Con lo cual se complementan mutuamente; aunque hay diferencia en el enfoque de esta línea de demarcación.

Al hilo de las traducciones tradicionales, quizá no se lo ve tan fácilmente; pero, lo mismo que el Salmo 1, así también el Salmo 2 señala *en Israel* esta línea de demarcación entre el pueblo de Dios; y ahora diríamos: en la Cristiandad. Los Salmos, según su propia Introducción, son dominados por un determinado frente contractual, o si prefieres, *eclesial*. Hablan

desde la contraposición entre partidarios y enemigos del SEÑOR *dentro de Israel*, dentro del Pueblo de Dios. Esa es la profunda semejanza entre ambos salmos.

Ahora la diferencia en enfoque de este frente.

El Salmo 1 habla especialmente de la oposición en Israel contra el SEÑOR y *Su Thorá*. Los israelitas impíos despreciaban esta Guía del camino, para seguir, en cambio, sus propios caminos y principios. Mirado con ojos mundanos, con esto apostaban por el buen caballo. La mayoría de los impíos vivían en la abundancia, mientras los justos, que permanecían leales al SEÑOR, llevaban las de perder en todas partes. Los Salmos están llenos de lamentaciones sobre los perseguidores impíos. Pero el Salmo 1 introduce las canciones de estos sufrientes justos con esta valiente profesión de fe: sin embargo, el SEÑOR defiende a los piadosos, y para ellos es el Futuro. ¿Son los impíos gentes exitosas? No; son estériles como el tamo. ¡No; sino esos pobres justos! ¡Sus vidas, aparentemente fracasadas, llevarán fruto constante!

El Salmo 2 habla en la misma fe acerca del mismo frente. Pero, si el Salmo 1 indicaba más la resistencia al SEÑOR y *su Thorá*, el Salmo 2 nos coloca después en la oposición al SEÑOR y su *mesías*, su rey vasallo, su virrey. El Salmo 2 ve venir esa oposición también por parte de los enemigos, pero casi siempre de *israelitas* enemigos. Sin nombrarles, pues, vemos al Salmo 2 sacar nuevamente a la escena a los impíos: esos miembros del *pueblo de Dios* que desprecian al SEÑOR y su Palabra. En ninguna página del Libro de los Salmos les echarás de menos. El Salmo 1 les tipificó como israelitas con un criterio propio, un camino propio y un propio círculo de gentes. El Salmo 2 les caracteriza como apóstatas con un dios (¿Baal?) propio y un príncipe propio: “¡Fuera el SEÑOR y su virrey davídico!”

La Thorá y los Profetas nos cuentan mucho acerca de estas experiencias del SEÑOR y su ungido. El eco de ellas suena a través de todos los Escritos. Salmos de júbilo glorifican la realeza del SEÑOR. Salmos penitenciales lloran el aparente hundimiento de la casa real de David (Sal. 89, por ejemplo, y las Lamentaciones), o se ruega por su pervivencia (Sal. 72), o se suspira por el gran Hijo de David (Grandes Crónicas);

y qué decir de todas esas quejas que justos pobres sufren bajo la persecución de impíos, porque el rey mismo abandona el Pacto de Dios, y no toma su Thorá como guía en su gobierno. Los libros de Reyes y Crónicas están llenos de todo esto.

Al comienzo de todos esos Salmos o Escritos está no sólo la confesión de fe del Salmo 1 ("Y, a pesar de todo, el SEÑOR está del lado de los justos"), sino también la del Salmo 2 ("Y, a pesar de todo, ¡el Reino del SEÑOR y su mesías alcanzarán la victoria final!)

Con esto ya tenemos en las manos las claves a los Salmos.

## 1. ¿UN SALMO DE DAVID?

¿Quién compuso el Salmo 2? ¿David? Esto no cabe asegurarlo con certeza. No hay un encabezamiento que cite el nombre del autor. El pasaje de Hechos 4 parece dar una indicación. Allí leemos, que la iglesia de Jerusalén expuso este salmo en una oración a nuestro Padre celestial. Después del arresto y liberación de Pedro y Juan, toda la iglesia elevó unánimemente su voz a Dios: "Soberano Señor, tú eres" -("tú que has dicho por el Espíritu Santo", v. Biblia de Jerusalén)- "el Dios (...) que por boca de *David* tu siervo dijiste: ¿Por qué se amotinan las gentes...?", Hch. 4: 24 y ss. Ahora bien, ¿esto significa que, consecuentemente, debemos tener a David por autor del Salmo 2? Según nuestra opinión, lo dicho por la iglesia de Jerusalén no tiene por qué obligarnos a ello. Podemos imaginarnos que la iglesia de Jerusalén, por comodidad, denominó a todos los salmos según el hombre que conocía como David "el dulce cantor de Israel", 2 S. 23: 1, pues él había compuesto muchísimos de ellos. Según esta manera de hablar, "David" -entre comillas- es una palabra bastante compleja que designa no sólo a la persona de David, sino realmente a todos los autores de salmos[1]. Esto así, con la mencionada cita bíblica (Hch. 4: 24 y ss.), la iglesia de Jerusalén quería decir: "Tú mismo, por tu Espíritu, *has dicho en los Salmos*..." Por tanto, la expresión "por boca de David" prácticamente propugnaba la idea de: "por boca del *salmista*". Como todos los Proverbios se llaman según Salomón, porque fue el autor por excelencia de proverbios, así todos los Salmos pueden llamarse según David, porque fue el autor por excelencia de salmos[2].

Con lo cual, como es natural, tampoco está probado que David no ha compuesto el Salmo 2. Ahora dejamos fuera de consideración la posibilidad de que un autor desconocido haya puesto este salmo en boca de David. Muchas son las cosas que incluso abogan porque el Salmo 2 se deba a la mano de David. El lenguaje es antiguo[3]; y David encontró mucha oposición en su vida. Si se quiere leer este salmo de forma muy concreta, entonces se puede pensar en muchas experiencias davídicas. Pero, por otra parte, estas experiencias no permanecen limitadas a David. El patrón fundamental del Salmo 2 también pertenece a los salmos más citados en el Nuevo Testamento, de manera que podemos hablar tranquilamente de muchos cumplimientos del Salmo 2.

Acabamos de dejar caer la palabra cumplimiento, en plural. Lo cual, probablemente, pide una aclaración posterior. Por eso queremos aplazar por un momento la exposición del Salmo 2, para hacer una corta digresión acerca de este interrogante: ¿Cómo pueden *cumplirse* los salmos? Que en el caso de las profecías se hable de cumplimiento, cualquiera lo encuentra normal; pero, ¿cómo puedes hacerlo si se trata de salmos? Cuando hayamos contestado este interrogante, después podremos hacer ver mucho mejor, cómo el Salmo 2 se ha cumplido muchas veces a lo largo de la historia, en espera de un cumplimiento definitivo.

## 2. CÓMO TAMBIÉN LOS SALMOS PUEDEN CUMPLIRSE MUCHAS VECES.

En el Nuevo Testamento leemos más de una vez, que no sólo palabras de profetas, sino también salmos se cumplieron, Mt. 13. 35 (Sal. 78: 2), Lc. 24: 44, Jn. 13: 18 (Sal. 41: 10), Jn 15: 25 (Sal. 69: 4), Jn. 19: 24 (Sal. 22: 18). En resumidas cuentas, ¡de 101 salmos diferentes encontramos una o más citas o alusiones en el Nuevo Testamento! Sólo del Salmo 2, como el favorito, 15 veces (: Mt. 3: 17, Hch. 4: 25-26, 13: 33, He. 1: 5, 5: 5, 7: 28, 2 Pe. 1: 17, Ap. 2: 26, 6: 15, 11: 15, 11: 18, 12: 5, 17: 18, 19: 15 y 19).

Con el fin de llagar a una opinión exacta en el cumplimiento de salmos, primero debemos acabar con un malentendido muy extendido acerca de lo que es profecía.

Según la idea de muchos, "profecía" es otra palabra para designar *predicción del futuro*, y "cumplir" (cumplirse) es otra palabra para significar *el acontecer* de tal predicción. No sin razón, pues, se habla de un "profeta del tiempo". La información meteorológica "predice" diariamente en cualquier país el tiempo para el día siguiente; y, por regla general, podemos decir que acontece tal cual fue "predicho" el día anterior. Así es como muchos se imaginan a los profetas bíblicos: como hombres que se ocuparon especialmente de predicciones del futuro. Así pues, por cumplimiento de sus palabras proféticas se entiende, que sus predicciones del futuro también acontecieron posteriormente.

Ahora no negamos que los profetas también han hablado acerca del futuro. Miqueas pudo profetizar, que el Señor Jesús habría de nacer en Belén, Mi 5: 1. Jeremías anunció la muerte del falso profeta Hananías, Jer. 28. Ambas predicciones se cumplieron exactamente más tarde. Sin embargo, cuando tenemos en cuenta todas las palabras de los profetas, podemos adoptar o seguir la opinión del Prof. Dr. B. Holwerda, que escribía: "El profeta de Israel (...) no predice prácticamente nada"[4]. Tampoco queremos perder de vista, que la palabra *cumplir(se)* puede tener relación con promesas que Dios hizo a su pueblo, y que cumplió lealmente posteriormente.

Esto no obstante, en la mayoría de los casos, los profetas no hablaron acerca del tiempo futuro, sino sobre su propio tiempo; sí, y a veces, incluso acerca de un tiempo pasado, Jue. 6: 7-10, Jer. 2, Ez. 16, Os. 11: 1 y ss.[5]. Aun así, de la profecía de Oseas leemos: "Cuando Israel era muchacho, yo lo llamé", (unas palabras sobre el pasado de Israel), lo cual se cumplió, Os. 11: 1, Mt. 2: 15, cf. Jer. 31: 15, Mt. 2: 17 y ss. ¿Cómo, pues, se puede hablar aquí de *cumplimiento*? ¿Puedes decir de una profecía acerca del pasado, que *aconteció* posteriormente?

Para poder vivir de las Sagradas Escrituras, debemos estar profundamente convencidos de que la Palabra de Dios no es un libro extraordinariamente "piadoso", ni un sistema de toda clase de "verdades" religiosas, ni un conjunto de pronunciamientos religiosos atemporales, sino que en su origen fue escrita y hablada *desde* y *con la vista puesta* en determinadas *situaciones históricas*. Las Sagradas Escrituras jamás

hablan "desde fuera del tiempo" o extra-temporalmente, sino que siempre lo hacen *situacionalmente*, es decir, en vistas y con vistas a determinadas *situaciones* en la historia. Y hablan así, no sólo en los libros llamados "históricos", sino también en las cartas de Pablo y en el libro Apocalipsis, pues son libros históricos que debemos leer como *fechados* desde su situación de nacimiento. A esto debemos aferrarnos constante- y conscientemente, pues nuestra constitución o actitud occidental a pensar en conceptos generales, y nuestro gnóstico enemigo mortal con su coerción sistemática, nos engañan constantemente a leer la Palabra de Dios como una colección de "verdades" atemporales, "pero, de esa forma, hemos afilado los dientes del león (de la profecía)"[6]. ¡Lee, pues, la Biblia como un libro *fechado*!

Es claro que determinadas situaciones se repiten, por así decirlo, a lo largo de la historia. Y aunque los pormenores pueden diferenciarse entre sí, en el fondo de la cuestión, se produce nuevamente una situación antigua; o, dicho con otras palabras, la historia frecuentemente deja ver situaciones con el *mismo patrón fundamental*. También la historia bíblica y de la iglesia conocen muchos ejemplos de esto mismo. Situaciones que los salmistas han contado.

Lo arriba mencionado puede ser ilustrado claramente con el Salmo 22. Allí David estaba especialmente angustiado. Se hallaba desprovisto de toda ayuda, y era presa de burla y desprecio. Estaba huido de su casa, había perdido todo; sí, incluso a su mujer, 1 S. 19: 12; y hasta se siente abandonado por el SEÑOR. Entonces, David, desde esta situación, clamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? (...) Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes", vs. 1 y 18. Es evidente, que aquí ni mucho menos nos encontramos con una predicción, sino con una queja que David, en cierto día, expresó acerca de *sí mismo*.

Siglos más tarde, el Señor Jesús pendía de la cruz. Soldados echaron a suertes sus ropas, y también él se sintió abandonado por Dios. Entonces, nuestro Salvador lamentó su desgracia con las palabras de David en el Salmo 22: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?", Mt. 27: 46; y cuando Juan escribe el sorteo de las ropas de Jesús, señala al respecto: "Esto fue para que se cumpliese la Escritura (Salmo

22) que dice: Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes", Jn. 19: 24. ¿Quiso con esto el evangelista dar a conocer que entonces "acontecía" finalmente el Salmo 22? No; pues el Salmo 22 no era una predicción de que el *Señor Jesús* se sentiría desamparado por Dios, y de que las ropas del *Señor Jesús* serían sorteadas, sino una queja: que *David* se sintió muy solo, y que ellos sortearon las ropas de *David*. Pero la historia se repetía, al menos respecto a su patrón fundamental, en el sufrir de nuestro Salvador. La situación del Salmo 22 se daba nuevamente, y ahora en él; e incluso en una forma aun más encarnizada que en David. Esto incluía, que la *descripción* de la situación del Salmo 22 (un justo sufriendo profundamente) *se hizo nuevamente actual*. El Salmo comenzó de nuevo "a hablar", incluso más fuertemente que cuando resonó por primera vez en boca de David.

En un caso semejante, las palabras de un salmo *se cumplen*. Pero aquí no se puede hablar de "acontecer", porque en los salmos no se trata de predicciones de un vaticinador, sino de *descripciones de situación* de un poeta. Y semejante esquema de situación poética se vuelve entonces nuevamente actual. Las antiguas palabras obtienen nuevo sonido. De esta manera, más de una palabra de las Escrituras han alcanzado en la vida de nuestro Salvador su *cumplimiento* o *cumbre de actualidad*. Si alguna vez alguien tuvo razón para exclamar: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?", ese fue realmente nuestro Salvador. El tenía aun más razones para ello que el mismo autor del Salmo 22. Por eso Juan pudo escribir, que aquel salmo se *cumplió* en él, *se colmó* en él y *llegó a su clímax supremo*, cuando las ropas de nuestro Redentor fueron sorteadas mientras pendía en la cruz.

Así se cumplieron tantos salmos en la vida de Isaías, Jeremías, Amós, Oseas, Ezequiel y otros, cuando éstos cayeron en situaciones semejantes a las que otros, mucho antes de su tiempo, ya habían vivido. Sí, de esta manera siguen cumpliéndose aún los salmos entre nosotros, cuando adquirimos experiencias davídicas o asáficas y nos reconocemos a nosotros mismos, salvada toda diferencia de circunstancias accesorias, tan exactamente en sus descripciones poéticas. Aún cuando nunca jamás un solo salmo alcanzará tan alto pun-

to de cumplimiento como el que tuvieron en el corazón y en los labios del más grande Creyente que anduvo en la tierra, Jesús, el Pobre y Sufriente por excelencia en el impío mundo eclesial de sus días.

El lenguaje de los salmos hace que el pueblo de Dios fácilmente los siga usando como oración, y los cante a través de los siglos. Pues, por un lado, son claramente situacionales; pero, por otra parte, la poesía hebrea tiene preferencia por expresiones y palabras sinónimas más o menos fijas, y a veces una manera de decir algo más velada (cf. cap. 2, 3), por lo cual precisamente sacan a la luz de manera clara el *patrón fundamental* de la situación, y dejan en la penumbra los pormenores de tiempo y modo como circunstancias accesorias. Este modo de hablar de los salmos los hace tan apropiados para usarlos como oración en parecidas situaciones, y para cantarlos cuando nuevamente se cumplían.

Después de esta digresión, volvemos al Salmo 2.

## 3. VOZ PRIMERA: AMOTINADOS CONTRA EL SEÑOR Y SU MESÍAS: vs. 1-3.

El Salmo 2 consta claramente de cuatro partes. En cada una de ellas oímos una voz diferente. En los versículos 1-3 suena un grito de amotinados contra el SEÑOR y su rey vasallo o virrey, provisto ya del comentario del poeta: "¿Por qué...?" En los versículos 4-6 escuchamos la reacción a esto por parte del SEÑOR mismo. A continuación, en los versículos 7-9, el rey mismo toma la palabra. Mientras que el salmista mismo saca la conclusión en los versículos 10-12.

Comentaremos estrofa por estrofa.

Versículos 1-3:

*"Por qué se amotinan las gentes,*
*y los pueblos piensan cosas vanas?*
*Se levantarán los reyes de la tierra,*
*y príncipes consultarán unidos*
*contra Jehová y contra su ungido,*
*diciendo: Rompamos sus ligaduras,*
*y echemos de nosotros sus cuerdas"*[7].

Aquí tienes el “patrón fundamental” de más de un período en la historia de Israel y en la de la Cristiandad: rebelión, y siempre rebelión contra el SEÑOR y su mesías; y ahí tienes también el patrón fundamental de la actual situación en la Cristiandad.

*a. El SEÑOR y sus mesías.*

Una buena versión de la Biblia en un español claro es evidentemente un medio estupendo para entender las Sagradas Escrituras. Sin embargo, también en alguna ocasión puede tener interés *no* traducir alguna palabra de la Biblia. Eso lo hemos hecho aquí en el Salmo 2: 2 con la palabra hebrea “*mašiaḥ*”, bien conocida para nosotros en su forma bastardeada “mesías”, o en la traducción “ungido”.

Con la palabra “mesías” pensamos enseguida y exclusivamente en el Señor Jesucristo, y entonces surge la pregunta de si el Salmo 2 daría una predicción de la oposición que *él* encontraría. Pero, ¿cómo podían entender los creyentes este salmo en los siglos anteriores a la venida de Cristo a la tierra? Estas dificultades se solucionan por sí mismas cuando tenemos presente lo siguiente. En primer lugar, estas tres palabras significan precisamente lo mismo: la hebrea *mesías*, la griega *cristo* y la española *ungido*. En segundo lugar, antes de la llegada de Cristo a la tierra, los creyentes ya conocían, por más que quizá suene extraño, toda una lista de mesías. La Biblia hebrea usa la palabra mesías, además de para sacerdotes, especialmente para los reyes de Israel, pues éstos eran ungidos en su instalación en el cargo. Cuando Abisai propuso a David matar a espada a Saúl, David respondió: “Jehová me guarde de hacer tal cosa contra mi señor, el *ungido* de Jehová, que yo extienda mi mano contra él; porque es el *ungido* de Jehová”, 1 S. 24: 6, cf. 12: 3 y 5, 16: 6, 24: 11, 26: 9, 11, 16 y 23, 2 S. 1: 14 y 16. En todos estos lugares de nuestra Biblia, Saúl se llama el “ungido del SEÑOR”, pero en la Biblia hebrea se llama “el *mašiaḥ* de Jehová”. También David mismo es designado así: “¿No ha de morir por esto Sinei, que maldijo al *ungido* de Jehová?”, 2 S. 19: 21, cf. 23: 1. Y cuando Salomón concluyó su oración en la con-

sagración del templo, habló así de sí mismo: "Jehová Dios, no rechaces a tu siervo...", 2 Cr. 6: 42. En otros lugares, la palabra se refiere al rey de Israel sin citar terminantemente su nombre, cf. 1 S. 2: 10 y 35, Sal. 2: 2, 20: 6, 28: 8, 84: 9, 89: 38 y 51, 132: 10 y 17, Lm. 4: 20. Por tanto, la palabra "mesías" no es una palabra que sólo se refiera al Señor Jesús, sino también a Saúl, David y a todos sus sucesores en el trono en el monte Sión. Salomón, Ezequías y Josías fueron igualmente "mesías". Aunque el Señor Jesús naturalmente fue el más grande en la lista. Pero, ¿no es por eso mismo y a distinción del mesías David y de los demás mesías, por lo que le llamamos Mesías (Cristo) añadiendo su nombre: *Jesús?*

¿No ves que el Salmo 2 no habló ciertamente un lenguaje misterioso para los creyentes antes de la venida del Mesías *Jesús*? Durante aquellos siglos, el SEÑOR también tuvo sus mesías en el trono de David. A un mesías semejante a David y Ezequías se habrá referido en primer lugar el Salmo 2, para más tarde poderse cumplir constantemente. Pues el patrón fundamental del Salmo 2 se dibujaba a cada paso en el mundo de Israel: rebelión contra el SEÑOR y su mesías. ¡Aunque este fenómeno alcanzó su clímax en la oposición contra el SEÑOR y su más grande Mesías: *Jesús*! Pero, incluso entonces, el Salmo 2 aún no encontró su cumplimiento último. Nuestro siglo rebosa revolución contra el SEÑOR y el Mesías Jesús.

### *b. ¿De quién y dónde el SEÑOR y sus mesías encontraron oposición constantemente?*

En la primera parte de este salmo suena el rumor de un motín. Reyes y otros poderosos movilizan sus fuerzas militares. Suenan consignas revolucionarias, y autoridades conspiran entre sí contra el SEÑOR y su mesías-rey en el monte Sión.

¿Dónde debemos buscar a estos revolucionarios: *dentro* o *fuera* de Israel? La respuesta a esta pregunta depende de la forma en que se traduzca el Salmo 2: "Los reyes de la *tierra*" o "Los reyes del *país*". Ambas versiones (de la palabra hebrea *'eres*) son posibles. Incluso se podría traducir: "Los reyes de la ciudad" o "Los reyes de la *ciudad-del-estado*" [8].

*¿Reyes de la tierra, o del país?*

Si se elige "tierra", entonces el salmo obtiene naturalmente un color mundial; pues, con un golpe de vista, abarca a todo el mundo. Puesto que no conocemos ciertamente al autor del salmo, tampoco podemos mencionar una historia a la que nuestro salmista se haya debido referir en primer lugar. Así que se han indicado toda clase de guerras que pusieron en peligro la subsistencia del trono de David, desde el tiempo del mismo David hasta el de los Macabeos. Durante algún tiempo, Israel fue una gran potencia rodeada por una corona de estados tributarios, y la historia bíblica deja ver efectivamente algunos ejemplos chocantes de intentos que pueblos sometidos hicieron para deshacerse de la soberanía de la casa de David. Recuerda los ataques de amonitas, moabitas y otros contra el poder de David, Josafat, Uzías y Jotam, 2 S. 10, 2 Cr. 20, 26, 27, Esd. 4: 20. A este respecto, se ha indicado que semejantes amotinamientos habrán ocurrido frecuentemente en la subida al trono de un nuevo príncipe judío, de manera que el Salmo 2 sería un "salmo de entronización" que, por anticipado, declararía vana y sin sentido una eventual sublevación. Pero si el nombre del SEÑOR es el breve resumen de todo el Evangelio de salvación *para Israel*, ¿se puede entonces decir realmente de los *paganos*, que ellos se amotinaron contra el *SEÑOR* ?[9]. Y en tiempos en que Israel cumplió el Pacto de Dios, ¿formaron realmente los paganos una amenaza tan grande para el trono de David?, Lv. 26: 6-8, Dt. 28: 7, 10 y 13. ¿No fueron pruebas de la *maldición* del Pacto del SEÑOR los ataques de sirios, asirios y babilonios contra Israel y Judá? Dios no *siempre* está con su pueblo. Esto lo trataremos más ampliamente al comentar el Salmo 46. Por tanto, en el Salmo 2, preferimos la versión: "Reyes *del país* se colocan en orden de batalla..." Con lo cual no buscamos fuera el foco de la rebelión contra el SEÑOR y su mesías, sino *dentro* de Israel; no en los paganos, sino dentro del *pueblo de Dios mismo*, en el círculo del *Pacto de Dios*; y con esto no excluimos semejante rebelión de reyes-vasallos como describe 2 S. 10, pues, midiendo con la norma de la promesa de Dios a Abraham, entonces también tenemos que contar con "reyes del *país*", que Dios había prometido a Israel. En nuestra opinión, esta

explicación de nuestro salmo encaja mejor en el total del resto de las Escrituras.

Además de la palabra "*'ereṡ*" (recuerda el nombre del actual estado de "Israel": "*'ereṡ-isra'el*" = el país Israel) tampoco la palabra "reyes", en el Salmo 2: 2, tiene que crear inconveniente alguno para buscar a los amotinados contra el SEÑOR y su mesías especialmente en Israel. La explicación corriente nos hace pensar involuntariamente en los poderosos soberanos *extranjeros*; pero las Sagradas Escrituras usan la palabra "rey" ciertamente no sólo para los poderosos de un reino o imperio mundial, sino también para los que quizá llamaríamos alcaldes, toda clase de autoridades locales y regionales. Esto no obstante, ¿acaso la Biblia no habla también normalmente del "rey" de Sodoma, del "rey" de Jericó e incluso del "rey" del pequeño Hai?, cf. Jos. 12: 9; y si lo deseas, un libro de concordancias te da decenas de nombres de tales reyecillos urbanos. Por consiguiente, los "reyes del país" del Salmo 2 pueden haber sido muy bien toda clase de autoridades *israelitas*, poderosos locales o regionales en *Israel*, quienes, por una u otra razón, gustosamente destronarían al mesías-rey de Jerusalén. En este contexto, piénsese en Absalón y Ahitofel, auténticos "poderosos" en el sentido del Salmo 2: 2, y en *israelitas* amotinados contra David. Además, podríamos pensar en las batallas que Israel y Judá mantuvieron entre sí. Entonces el mesías-rey jerosolimitano también fue atacado por "reyes del (mismo) *país*", cf. 2 R. 13. Date cuenta de la gran influencia de los innumerables sacerdotes de Baal y falsos profetas *en Israel* durante la época de los reyes, ¡todos ellos también auténticos "poderosos"! No, las palabras "reyes" y "poderosos" no nos impiden que, para el Salmo 2, pensemos en un determinado decorado *israelita y contractual* y, hasta si quieres, *eclesial*.

*¿Pueblos paganos, o israelitas?*

¿Pero no habla de "pueblos" y "naciones" el salmista? Tampoco eso nos impide pensar en un trasfondo israelita de este salmo. A pesar de todo y en relación con *Israel*, Moisés habló acerca del SEÑOR de esta manera: "Aun amó a su pueblo", Dt. 33: 3 (la misma palabra hebrea " *ammim*" que en el Sal.

2: 1). A este respecto, no necesitas pensar en millones de gentes; un "pueblo" ( *am*) también puede ser pequeño, tan pequeño que Moisés usó en plural esa palabra para Israel. Como David, para significar "naciones" usa esa palabra en el Sal. 2: 1 (*goyiem*), también la usa para sus enemigos *israelitas* en el Sal. 59: 6. Por consiguiente, tampoco esta palabra nos obliga a pensar en paganos[10].

Así pues, el texto del Salmo 2: 1-3 no nos permite ver en los pueblos y reyes amotinados poderes paganos indeterminados, sino *israelitas*; reyes en *el país prometido*: autoridades *dentro del propio pueblo de Dios*. Por consiguiente, el Salmo 2, en su descripción del frente en los salmos, se une estrechamente al Salmo 1, el cual ya nos indicó a los impíos *en Israel*, en el territorio del *Pacto de Dios*. Así pues, el dardo de la profecía en el Salmo 2 ciertamente pudo estar mucho más afilado de lo que podíamos sospechar en la corriente opinión *"mundial"*. Tanto más cuando pensamos cómo los apóstoles, movidos por el Espíritu Santo, han expuesto este salmo en sus escritos. Entonces somos fortalecidos aun más en nuestras sospechas sobre *Israel* como el lugar de incubación de constante oposición arrebatadora contra el SEÑOR y sus mesías.

*El Salmo 2 en el Nuevo Testamento.*

Ahora pasaremos revista brevemente a los lugares donde el Nuevo Testamento cita nuestro salmo, y con ello nos fijaremos sobre todo en la dirección en que la flecha de la profecía del Salmo 2 señala en estas citas: ¿a Israel, o al mundo pagano?

Mateo 3: 16-17:

*"Y Jesús, después que fue bautizado, subió del agua;*
*y he aquí los cielos fueron abiertos,*
*y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma,*
*y venía sobre él.*
*Y hubo una voz de los cielos, que decía:*
*Este es mi Hijo (Sal. 2: 7) amado,*
*en quien tengo complacencia".*

Precisamente esto último fue *en Israel*, en tiempos de Mateo,

el gran punto de controversia: ¿era Jesús de Nazaret el Mesías, o no? Israel le había rechazado; sí, incluso crucificado y matado. "Los reyes del país" con sus secuaces no se pudieron oponer más fuertemente contra el SEÑOR y su Mesías. Pero Mateo, el evangelista de los judíos, al hilo de los escritos de Moisés y los Profetas, quería demostrar a los lectores *judíos*, que Jesús de Nazaret era, sin duda alguna, el gran Mesías prometido desde antiguo. En este gran marco apologético de la oposición de *Israel* contra el SEÑOR y su Mesías, el evangelista cuenta cómo Dios mismo, después del bautismo de Jesús, citó el Salmo 2. Por consiguiente, según Mateo, el frente del Salmo 2 atravesaba entonces por entre *el pueblo de Dios*.

La carta a los Hebreos:

> *"Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras*
> *en otro tiempo a los padres por los profetas,*
> *en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo (Sal. 2: 7),*
> *a quien constituyó heredero (Sal. 2: 8) de todo..." He. 1: 1s*
> *"Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo*
> *haciéndose sumo sacerdote, sino el que le dijo:*
> *Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy (Sal. 2: 7), He. 5: 5, cf. 7: 28.*

Los cristianos judíos a quienes es dirigida esta carta están a punto de volver a caer en el *judaísmo* enemigo del Mesías Jesús; un judaísmo que aún entonces poseía su imponente templo en Jerusalén. Semejante recaída sería terrible, pues estos cristianos judíos olvidarían que el Mesías Jesús es el Hijo de Dios (también en el sentido del Salmo 2), y más que los ángeles (He. 1 y 2), y más que Moisés (He. 3 y 4), y más que Aarón (He. 5 y 6), sí, él es el sumosacerdote que, al mismo tiempo, es rey, lo mismo que Melquisedec (He. 7 al 10).

Por tanto, también la carta a los Hebreos cita el Salmo 2 en relación con la oposición al SEÑOR y su Mesías Jesús entre los *Hebreos*, los cuales, consiguientemente, ¡no son paganos, sino miembros del *pueblo de Dios*!

2 Pedro 1: 17:

*"Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria,*
*le fue enviada desde la magnífica gloria*
*una voz que decía: Este es mi Hijo (Sal. 2: 7)*
*amado, en el cual tengo complacencia".*

En esta carta, Pedro avisa de los "falsos profetas *dentro del pueblo"*, que incluso niegan "al Señor que los rescató", (2: 1). Mientras que Pedro mismo había oído cómo Dios llamó "mi Hijo" al Mesías. Una vez más, pues, una cita de este salmo en el marco de la oposición contra el Mesías Jesús entre el *propio pueblo de Dios.*

Apocalipsis 2: 26-27:

*"Al que venciere... yo le daré autoridad*
*sobre las naciones, y las regirá con brazo de hierro,*
*y serán quebradas como vaso de alfarero (Sal. 2: 8-9),*
*como yo también la he recibido de mi Padre".*

Fornicar y practicar el adulterio son expresiones muy usadas en las Escrituras para la interpretación de la *relación de Pacto.* Ese pecado lo cometen *cristianos en la iglesia* de Tiatira. De nuevo la rebelión del Salmo 2: ¡romper, deshacerse del yugo del Mesías o Cristo! A los vencedores en esta batalla de la iglesia, el Mesías les promete una participación en la promesa del Salmo 2: 8-9. Por tanto, el Espíritu Santo también aquí cita el Salmo 2 en relación con determinado frente contractual en la *herencia eclesial*, y no precisamente con la oposición de paganos.

Apocalipsis 6: 15-17:

*"Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos,*
*los capitanes... se escondieron en las cuevas*
*y entre las peñas de los montes;*
*y decían a los montes y a las peñas:*
*Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel*
*que está sentado sobre el trono,*
*y de la ira del Cordero;*
*porque el gran día de su ira ha llegado;*
*¿y quién podrá sostenerse en pie?"*

El apóstol Juan ve aquí el juicio sobre Jerusalén, la ciudad de sangre, que mata a los profetas. El Apocalipsis tampoco permite ver aquí juicios mundiales generales, sino juicios sobre la ciudad que ha abandonado el Pacto del SEÑOR, y mata a los testigos de la resurrección del Mesías Jesús. La apertura de los sellos trae *justicia del Pacto*. La cita del Salmo 2: 2 –"los reyes de la tierra (país)– coloca de nuevo a nuestro salmo en un *determinado marco de pacto*. Los "reyes del país" son destacadas figuras *eclesiales*.

Apocalipsis 11: 15-18:

*"El séptimo ángel tocó la trompeta,*
*y hubo grandes voces en el cielo, que decían:*
*Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro*
*Señor y de su Cristo; y él reinará*
*por los siglos de los siglos.*
*Y los veinticuatro ancianos..., adoraron a Dios diciendo:*
*Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso,...*
*porque has tomado tu gran poder, y has reinado.*
*Y se airaron las naciones (Sal. 2: 1) y tu ira ha venido..."*

Según el texto precedente, las naciones que se airaron eran *israelitas*. En el contexto, *Jerusalén* está en lugar central. Ella es "la grande ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también nuestro (su, según la v. Biblia de Jerusalén) Señor fue crucificado", Ap. 11: 8. Sobre las calles de *Jerusalén* vio Juan, en forma de visión, los cuerpos de los testigos del Mesías Jesús. También vio a la bestia subir del abismo en Jerusalén, Ap. 11: 7-8. Allí no se creía en "el SEÑOR y su Ungido", Sal. 2. Tampoco aquí se busque ningún fenómeno político general, sino la oposición contra el SEÑOR y su Ungido, como la que se perpetró en el judaísmo de entonces como "sinagoga de Satanás", Ap. 3: 9. De nuevo, pues, vimos al Salmo 2 citado en un marco "eclesial", y no en uno pagano.

Apocalipsis 12: 5:

*"Y ella dio a luz un hijo varón, que*
*regirá con vara de hierro a todas las naciones (Sal.2: 9),*
*y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono".*

Apocalipsis 11 hablaba de Jerusalén donde los testigos del Mesías Jesús yacían muertos en la calle. Apocalipsis 12 nos señala el trasfondo de toda oposición tanto a la venida del Mesías Jesús como a su actuación: detrás de esto estaba el "dragón" o diablo. Pero sus cómplices eran *gentes-de-iglesia*. Esto lo dejan ver claramente los Evangelios. El dragón estaba furioso en la Ciudad Santa, Ap. 11: 2 y 18. *Jerusalén* había desechado y matado al Mesías Jesús; y de sus manos había arrebatado Dios a su Hijo. Ella cometió rebelión contra "Jehová y su Mesías".

Juan cuenta en su Evangelio cómo Jesús mismo también había tipificado así a este frente u oposición durante su estancia aquí en la tierra. En este Evangelio, la palabra "mundo" no es siempre designación de la humanidad incrédula en general, sino muy frecuentemente indicación de los líderes de la *iglesia* judía enemigos del Mesías[11]. En vista de esta *comunión-de-pacto*,

Jesús reprochó a los *judíos* que le rechazaron: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo", Jn. 8: 44. También detrás de Apocalipsis 12 se ve en primer lugar a la *Jerusalén* rechazadora del Mesías del tiempo de Juan.

"Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer (cuando Dios arrebató al Mesías hacia el trono): y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo" (los cristianos que en tiempos de Juan fueron perseguidos duramente por "la sinagoga de satanás"), Ap. 12: 17. Para consuelo de estas víctimas de la sanguinaria iglesia judía, le es permitido a Juan recordar el Salmo 2: 9: ¡El Mesías Jesús protegerá después a estos "paganos" con una vara de hierro! Así pues, también Apocalipsis 12 maneja nuestro salmo en un clima terminantemente *alusivo al Pacto*.

Apocalipsis 17: 18:

> *"Y la mujer que has visto es la gran ciudad*
> *que reina sobre los reyes de la tierra".*

Evidentemente esta ciudad era, en primer lugar, la *Jerusalén* de los días de Juan. Ella dominaba a los "reyes de la tierra" (país), a las autoridades *judías* (el Sanedrín) que in-

cluso enviaron a su agente Saulo de Tarso a Damasco para arrestar a los discípulos del Mesías Jesús, Hch. 9. Los judeocristianos en Asia Menor supieron que se habían incorporado a la iglesia del Mesías Jesús. El boicoteo económico y la expulsión del gremio eran los castigos que "los reyes de la tierra (país)" –dirigidos a su vez desde la Jerusalén que es de abajo– aplicaron a los seguidores del Mesías Jesús.

Apocalipsis 19: 11, 15, 19:

*"Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco,*
*y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero...*
*De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las*
*naciones. Y él las regirá con vara de hierro (Sal. 2: 1, 8, 9)...*
*Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra (país) y a sus ejércitos*
*reunidos para guerrear contra el que montaba*
*el caballo, y contra su ejército".*

"Porque de cierto os digo, que no acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del Hombre", Mt. 10: 23b. "Hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre *viniendo* en su reino", dijo nuestro Salvador ya antes de su ascensión, Mt. 16: 28. Con lo cual el Señor usó el modo de hablar de los profetas que dibujaron frecuentemente en una sola línea los acontecimientos en el próximo y lejano futuro. Así los anuncios de Cristo acerca de su juicio sobre Jerusalén en el año 70, con frecuencia se desbordan en los de su última venida para juzgar a vivos y muertos. Esto, pues, no quita que efectivamente haya *venido* en los años 68-70 para cumplir el juicio sobre la Jerusalén fornicaria, Mt. 24.

Juan, pues, ya conocía este "venir" futuro, por medio de la enseñanza de Jesús mismo durante su estancia en la tierra. Pero, a este respecto, Jesús ha dado una posterior enseñanza en las visiones del Apocalipsis; como, por ejemplo, en esta visión del capítulo 19; la cual se refiere, en primer lugar, al juicio sobre Jerusalén en el año 70. En ese centro del rechazo judío del Mesías, celebró la "bestia" (la falsa profecía)

su futuro. “Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos”, había predicho el Salvador, Mt. 24: 11 y 24. También se podía pensar en ellos cuando Apocalipsis 19 trae a escena a los “reyes de la tierra (país)”, quienes de nuevo se han “reunido” para hacer guerra contra el Mesías Jesús, en esta visión el Jinete sobre el caballo blanco. Pero, gracias a Dios (Ap 19: 1-2), el Mesías Jesús llega a “corregir” a la ciudad que primero le mató a él mismo y después a sus seguidores; o, dicho en los antiguos términos del Salmo 2: castigar con vara de hierro.

Por consiguiente, también aquí la Escritura no habla de juicios mundiales *generales*, sino de *venganza-del-pacto*. Los “reyes de la tierra (país)” son también aquí autoridades entre el pueblo de Dios que está bajo la demanda de su Pacto. En este marco *eclesial* apóstata, la Escritura trae a colación el Salmo 2.

### *Amotinamiento entre el propio pueblo de Dios.*

El Salmo 2 habla de amotinamiento contra el SEÑOR y su Mesías. Pero, ¿dónde debemos buscar a los amotinados: dentro o fuera de Israel? El texto del salmo nos permitió buscarles dentro del propio pueblo de Dios, y el contexto en que los apóstoles lo citaron nos ha empujado en esa dirección: ¡el Salmo 2 habla de amotinamiento contra el SEÑOR y su Mesías dentro de su propio pueblo! Nada de líderes políticos en general, sino autoridades israelitas, “reyes del país”, se amotinan contra Dios y su Rey Mesías. Y las “naciones” que les siguen no es la humanidad no-creyente en general, sino *israelitas*, miembros de la *comunidad del Pacto*. Este es el “patrón fundamental” del Salmo 2.

Como vimos, los apóstoles reconocieron esto más tarde en su situación. Nos llamó la atención, que Pablo, en sus cartas a paganos convertidos, en ningún momento cita el Salmo 2 para con ello corroborar su anterior aversión *pagana* hacia el verdadero Dios. Los apóstoles reconocieron el “patrón fundamental” del Salmo 2 en *Jerusalén*, la ciudad de sangre que había matado al Mesías, y por la que a los cristianos, aún en tiempos apostólicos, les estaba esperando una “gran tribulación cual no la ha habido desde el principio del mundo

hasta ahora, ni la habrá", Mt. 24: 21[12]. En las autoridades *judías* y en las "principales figuras eclesiales" reconocieron los apóstoles a los "reyes del *país"*, hostiles al Mesías, del Salmo 2; y vieron cumplirse este salmo en la "herencia del *Pacto* de Dios".

Con lo cual, el dardo de esta profecía parece ser mucho más punzante que cuando en los hostiles "reyes de la tierra" pensásemos en algo vago y general como, por ejemplo, "el peligro amarillo", o lo que llamamos "mundo". El Salmo 2 habla de oposición contra el Mesías de Dios en lo que el Señor Jesús y Juan evangelista llamaron "mundo": ¡el gran mundo *eclesiástico* hostil a la Palabra! Y nosotros, 20 siglos después de los apóstoles, ¿no podemos ver surgir en cada momento el "patrón fundamental" de este salmo en la historia de la *iglesia*? El Salmo 2 da enseñanza ulterior acerca del frente que el Salmo 1 ya indicó que atravesaba *a lo largo del pueblo de Dios*; lo cual ahora es: a través de la cristiandad bautizada. A "los reyes del país" que traman complot contra Dios y su Mesías o Cristo ya no hay que buscarlos en el Kremlin o en Pekín, sino en las sesiones conciliares o sinodales y en las facultades teológicas donde se condenó a Martín Lutero y a Juan Calvino, o donde su crítica a las Sagradas Escrituras luchó realmente contra Dios y Su Mesías[13].

"Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas", Sal. 2: 3. Esto no lo veremos enseguida llevado como consigna en una pancarta: pero sí se convierte cada vez más en una divisa de la cristiandad bautizada, la cual ha sido elevada hasta el cielo por el Espíritu de Dios, pero se deshace cada vez más de las ligaduras del Pacto de Dios, y rompe el yugo de sus mandamientos. A este respecto, no te fijes en la religiosidad rumbosa o activista, pues los adversarios de la iglesia de Jerusalén también rebosaron religiosidad, pero los hermanos miraron profundamente a través de estas cosas y reconocieron la consigna del Salmo 2: ¡Fuera con ese Mesías! ¡Nosotros lo solucionamos sin él!

Toda esta rebelión contra el SEÑOR y sus mesías no tiene, pues, ningún sentido. Esta es la tendencia del Salmo 2, pero ya la primera frase confiesa el poder supremo de Dios sobre sus "piadosos" enemigos mediante la pregunta: "*¿Por qué* se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas *vanas*?"

¿Qué pensaban realmente poder alcanzar? Pues quien se opone al Mesías tiene que vérselas con Dios mismo.

## 4. SEGUNDA VOZ: EL QUE SE SIENTA EN LOS CIELOS. EL REINO DEL MESÍAS ES ASUNTO DE DIOS, vs. 4-6.

¡Cuánto habrán asustado a los piadosos en Israel semejantes tiempos de rebelión contra el SEÑOR y su Mesías! No olvides que los bienes y los males del reino de Dios, Israel, humanamente hablando, dependieron fuertemente del rey-mesías. ¡Qué vastas promesas había hecho el SEÑOR a la casa de David y por eso a Israel: todo un reino de paz! Por los libros Samuel y Reyes sabemos lo que un rey impío pudo destruir, y lo que un rey piadoso pudo restaurar. Además, las palabras “rey” y “juez” no son paralelas, por casualidad, en el versículo 10. La integridad de la sentencia mantenía estrecha relación con la piedad del rey, juez supremo. ¡Qué claramente deja ver el Salmo 72 lo fuertemente que dependían del rey gobernante el derecho de los pobres y la paz del país!

¡Desdichados israelitas pobres si ese mesías-rey mismo era oprimido! Como ocurrió después de la muerte de Ococías, cuando la reina madre Atalía asesinó a toda la descendencia real de David, excepto al príncipe Joás, 2 R. 11: 1 y ss.; o si el mesías-rey se oponía a los poderosos sacerdotes de Baal, como Josías, 2 R. 23. ¡Cuánto debe haber llorado el piadoso Resto en períodos semejantes por motivo de la destrucción de la Casa de David y su realeza en Israel! Léanse los Salmos: 44, 74, 79, 80, 89, 102, 106 y 120.

Y todo esto alcanza su punto culminante (se cumple) en nuestro gran Mesías Jesús. ¡Cuánto no esperamos ya de él, hoy y en el futuro: el perdón de nuestros pecados, la renovación de nuestro corazón y vida, sí, la renovación de toda esta tierra, nuestra resurrección de la muerte y la vida eterna en la nueva Jerusalén! Por eso podemos padecer por causa de la oposición contra el Mesías Jesús, como se pone de manifiesto por la acentuada descristianización de los últimos siglos. A nuestro Mesías se le priva de su honor como Hijo de Dios hecho Hombre, como Vencedor de la muerte y como Juez de vivos y muertos. Y el temor puede encoger nuestro

corazón: ¿Qué se salvará de su realeza? Los salmos que se lamentan de Sión (como el 74, 79, 102 y otros) son de nuevo altamente actuales. Algunos de ellos queremos repasar con nuestros lectores. Pero, en lo más alto de estos salmos, también se halla la animosa confesión del Salmo 2: ¡El Reino del Mesías es asunto de Dios!

Versículos 4-6:

*"El que mora en los cielos se reirá;*
*el Señor se burlará de ellos.*
*Luego hablará a ellos en su furor,*
*y los turbará con su ira.*
*Pero yo he puesto mi rey*
*sobre Sión, mi santo monte".*

Aquí toma la palabra Dios mismo. Pero el salmista suprime la palabra "Dios", así como el nombre "Jehová", y le introduce como "el que mora (se sienta, v. Biblia de Jerusalén) en los cielos"[14]. Una indicación sublime que hace pensar en Isaías 40: 15 y 17: "He aquí que las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas... Como nada son todas las naciones delante de él...". ¿Qué dice él de esto, cuando tales "gotas de agua" y "motas de polvo" acosan al mesías-rey? ¡El tiene que reírse! V. 4b: "el Señor (*'Adōn*) se burlará de ellos". ¿Se quiere remover de su lugar al mesías-rey? ¡El que mora en los cielos debe reírse de esto! En todas las Sagradas Escrituras se dice esto de Dios, por tres veces, pero uno de esos lugares es el Salmo 2: 4, cf. Sal. 37: 13, 59: 8. Tan alto como el cielo está sobre la tierra, así está él por encima de este amotinamiento. "El muda los tiempos y las edades; quita reyes, y pone reyes", Dn. 2: 21. ¿Acaso se está ciego ante las actitudes en la iglesia y en el mundo? Y el interlocutor divino sigue diciendo airado: "Pero yo he puesto mi rey sobre Sión, mi santo monte".

Por consiguiente, quien se acerca al mesías-rey, tiene que vérselas con "el que mora en los cielos". Así estaban y están las relaciones. David fue, si se quiere, "simplemente" ungido o mesías de Dios; y también Asa y Ezequías, y todos los demás mesías-reyes en Israel. Sí, pero nuestro Mesías Jesús ¿no es, incluso como Mediador, también siervo de Dios? La iglesia

de Jerusalén se quejó a Dios de que Israel se dirigió "contra tu santo *siervo* Jesús, a quien ungiste" (v. Biblia de Jerusalén), Hch. 4: 27.

Así están las relaciones. Detrás del mesías David estaba Dios mismo que le ungió, y con ello le instaló como tal; y detrás del mesías Ezequías estaba Dios mismo que le entronizó como tal. Pero también detrás del Mesías Jesús está Dios mismo que le ha entronizado como tal. Por tanto, la oposición al Mesías Jesús significa amotinamiento contra "el que mora en los cielos". La realeza del Mesías Jesús es asunto de Dios.

¡Cuán frecuentemente Israel y la Cristiandad han olvidado esta ley fundamental con que comienza el Libro de los Salmos! Entonces el pueblo de Dios vivía con la ilusión de que él mismo debía salvarse a sí mismo con carros, caballos y jinetes, con astucia, medios políticos y con qué no más. Alguien como Saúl no creía verdaderamente que su realeza era asunto de Dios, y que Dios efectivamente se bastaba a sí mismo para protegerle sin fuerza militar. David comprendió esta lección y la llevó a la práctica. David siempre se supo rey-siervo que podía esperar en el tiempo de Dios y en su mediación. Por eso el Salmo 2 es más y más "Davídico". El fue el hombre que confesó: "Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder", 1 Cr. 29: 11. Esto puede dar tranquilidad a un hombre, lo cual es la intención del Salmo 2. Pero, si alguna vez un mesías se ha comportado como siervo de Dios, ese fue ciertamente el Mesías Jesús. El cumplió el Salmo 2, también profesando la fe de este salmo cual nunca alguien antes que él lo hubiera hecho. El creyó que el Reino, mirándolo bien, era asunto de Dios, y que él, en ese mismo Reino, como Mesías, era Siervo de Dios, Is. 42: 1-2, Mt. 12: 18-21, Hch. 3: 13 y 26, 4: 27 y 30. ¡Con cuanta frecuencia habló como un auténtico Siervo acerca de "las obras de Dios", para las que él había venido, Jn. 9: 3! "Las obras de mi Padre", Jn. 10: 37. "Las obras del que me envió", Jn. 9: 4. "Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra", Jn. 4: 34. Y de ahí también su firme confianza en las promesas de su Padre: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra", Mt. 28, 18, cf.

Jn. 5: 27. Dios el Padre mantiene los derechos reales del Mesías Jesús, Ap. 3: 21, 12: 5.

¡Cuánto debe haber consolado a los creyentes de todos los siglos esta segunda parte del Salmo 2, cuando el poder del mesías-rey parecía pequeño, y el de los adversarios grande! Pero también ahora nosotros mismos a veces caemos profundamente avasallados por el poder de la incredulidad. ¡Cuántas armas, cuánta inteligencia, cuánto dinero, cuánto poder humano, cuánta grandeza y cuánto poder tentador arroja una Cristiandad apóstata en la batalla contra la Palabra de Dios, que prescindió de su Hijo por nosotros para tomar nuestra carne, para ser nuestro Garante y Mediador, para vencer a la muerte y salvarnos! ¡Cuánta fuerte oposición en contra de nuestro Mesías Jesús en todas partes de la Cristiandad! ¡Cuánto le atacan en su honor de diversas maneras cristianos apóstatas! "Los reyes del país", destacados líderes *eclesiásticos*, niegan su Deidad, su resurrección de entre los muertos, su segunda venida. Pero, para consuelo del piadoso Resto entre el pueblo de Dios de todos los siglos, el Libro de los Salmos abre el Libro de Oraciones e Himnos de Israel, inspirado por el Espíritu de Dios, con la comunicación de que Dios se ríe de eso. ¿Te avasallan poderosos movimientos anticristianos y mentalidades en el mundo de la Cristiandad que apartan del Mesías de las Escrituras, y a veces te dejan abatido? ¡Déjate consolar con los humildes de todos los siglos por el Salmo 2! ¡Dios se ríe de ellos! Toda oposición contra nuestro Mesías-Rey resultará vana y sin sentido; pues, "Yo he puesto mi rey sobre Sión, mi santo monte", dice "el que mora en los cielos", el SEÑOR. ¿Quién podría, pues, volver atrás esto? "Vosotros (sois) de Cristo, y Cristo de Dios", 1 Co. 3: 23.

## 5. TERCERA VOZ: EL MESÍAS DEJA OIR LO QUE EL SEÑOR LE HA PROMETIDO, vs. 7-9.

¡El Reino del Mesías es asunto de Dios! Los piadosos en Israel tienen una razón muy fundada para esta confianza. Pues el SEÑOR había prometido, que entre él y los reyes de la casa de David, existiría no menos que una relación-

Padre-hijo. Una comunión de intereses más íntima es muy difícil de imaginar.

El mesías-rey llega a recordar esta decisión divina en los versículos 7 al 9. Con ello suena la tercera voz de este salmo.

Versículos 7-9:

*"Yo publicaré el decreto;*
*Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú;*
*yo te engendré hoy.*
*Pídeme, y te daré por herencia las naciones,*
*y como posesión tuya los confines de la tierra.*
*Los quebrantarás con vara de hiero;*
*como vasija de alfarero los desmenuzarás".*

Si el Salmo 2 se refiere, en primer lugar, a los "mesías" del tiempo anterior a la venida del Hijo de Dios sobre la tierra y por vía de ellos se ha cumplido –es decir, ha alcanzado su clímax o ha llegado a su punto culminante de actualidad- en el gran Mesías Jesús, ¿no nos atascamos con esta explicación en los versículos precedentes? "Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te he engendrado hoy", ¿cómo pudieron afirmar esto de sí mismos "mesías" como David, Josafat y Uzías? ¿No conciernen estas palabras exclusivamente a nuestro Señor Jesucristo, del cual confesamos que solamente él "es Hijo eterno y natural de Dios"?, Catecismo de Heidelberg, Dom. 13, cf. Jn. 1: 14, He. 1: 1, Jn. 3: 16, 1 Jn. 4: 9, Ro. 8: 32. Y, esto no obstante, ¿no conocía aún el autor del Salmo 2 a este Mesías? -No; pero, sin embargo, con los versículos anteriores, habló a sus contemporáneos un lenguaje conocido y fiable.

En el antiguo Egipto, gran vecino de Israel, se consideraba a los reyes como verdaderos hijos de los dioses. Se creía, que los faraones eran engendrados por un dios en la reina-madre, de modo que estos príncipes, en el sentido carnal de la palabra, eran "hijos de dios", dioses encarnados. Reyes-vasallos cananeos hablaban en sus cartas a Faraón como "mi dios, mi hijo de Dios"[15]. Con el fin de mantener esta "divinidad" en la familia, los faraones se casaban con su propia hermana. De un faraón incluso es conocido que se casó con su propia tercera hija[16]. Sus nombres testifican también de esta arrogan-

cia: “hijo de Re” o “hijo de Amón”. En Mesopotamia se fue menos lejos. Pero de los cananeos conocemos por la arqueología una representación de dos principitos que maman de los pechos de una diosa[17]. De esta antigua divinización oriental de los reyes no se habla en las Sagradas Escrituras; y, en consecuencia, en el Salmo 2 tampoco precisamos pensar en esta difuminación de la frontera entre Dios y los hombres. Pero, ¿cómo explicamos entonces la expresión: “mi hijo eres tú; yo te he engendrado hoy”?

Como una conocida fórmula-de-*adopción*.

Las excavaciones en Oriente Próximo nos han enseñado, que, también en el mundo de la Biblia, matrimonios sin hijos adoptaron un hijo[18]. Toda clase de disposiciones al respecto salieron a la luz, entre ellas también la fórmula solemne que el hombre adoptante dirigía al niño que adoptaba: -”Tú eres mi hijo; hoy te he engendrado”[19]. “Hoy día, yo me vuelvo tu padre”, traduce bastante libremente una versión inglesa[20]. Ciertamente se habrá levantado un acta de semejante adopción.

Por consiguiente, el Salmo 2: 7 usa expresiones conocidas antiguamente.

¿Y si ocurriera así en el Salmo 2: 7? Sobre todo en relación con lo que leemos en 2 Samuel 7. A David le habría gustado edificar un templo al SEÑOR, una casa de piedra. Y aunque Dios decidió que fuera el hijo de David quien pudiera edificar ese templo, el SEÑOR apreció tanto el plan de David que le prometió una casa, una casa real, una casa de carne y sangre que duraría para siempre. Y respecto a Salomón, hijo y sucesor de David, el SEÑOR prometió: “Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo”, 2 S. 7: 14, cf. Sal. 89: 26. Así había ordenado el SEÑOR: los reyes davídicos están para conmigo en una relación de padre-hijo. Esta promesa habrá tenido en cuenta el Salmo 2: 7a, cuando habla del “*ḥōq*” del SEÑOR. Esta palabra hebrea la hemos traducido por “decreto”; aunque quizá hubiera sido mejor traducirla por la palabra “estatuto”.

Porque es posible que el Salmo 2 no sólo tome expresiones del derecho de adopción de entonces, sino también de la antigua terminología oriental de coronación y de pacto. Cuando en

el antiguo Egipto subía al trono un nuevo rey, se redactaba una partida en la que un dios legitimaba al nuevo rey como soberano legal; sí, como su reconocido hijo propio. También la palabra hebrea "*ḥōq*" que nosotros traducimos por "decreto", podría indicar semejante acta de legitimación[21]. Este paralelo nos parece atractivo, porque ya hemos encontrado más frecuentemente en las Sagradas Escrituras expresiones que fueron tomadas de la antigua terminología oriental del pacto; y, además, con el "decreto" de 2 S. 7 y Sal. 2: 7a, ya estamos, en todos los aspectos, en un "clima de pacto". Quizá por esta razón, la palabra "decreto" sería la mejor traducción para "*ḥōq*" en el Sal. 2: 7: "Yo publicaré el *decreto* (de Jehová); Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te he engendrado hoy".

El rey israelita de la casa de David no era hijo de dioses, engendrado por un dios en la madre del rey. La terminología de *adopción* excluye por anticipado tales pensamientos de la deificación del rey. ¡El SEÑOR no había engendrado al rey antes del nacimiento del mismo, sino "hoy"! Para lo cual se ha pensado en el día de la entronización. ¿Pero Samuel no puede haber hablado ya acerca de ese estrecho lazo Padre/hijo entre el SEÑOR y David en la unción de éste? En ese círculo de jóvenes en la casa de Isaí, ¿puede el profeta haber dicho algo más de lo que las Escrituras nos comunican? Lo nuevo del mensaje del SEÑOR en 2 S. 7 sería, pues, entre otras cosas, la decisión de Dios, la cual también expresa extender esa relación Padre/hijo sobre los descendientes y sucesores de David.

Sea como fuere esto en lo sucesivo, en el Salmo 2 escuchamos también el eco de 2 Samuel 7; y con ello el Salmo 2 añade un nuevo sonido de consuelo amoroso al coro de apertura del Libro de los Salmos. Antes de que en el mismo se haya expresado una queja acerca del mesías y su reino, el salmista introduce al mesias-rey hablando con esta confesión: "Yo publicaré el decreto (del SEÑOR)..." A lo cual llamamos auténtica confesión de fe, pues no subestima la amenaza: "Se *levantarán* los reyes de la tierra, y los príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido", v. 2. ¡Qué consignas tan amenazadoras!, v. 3. ¡Tiempos an-

gustiosos para el rey y sus piadosos seguidores! Pero, ¿qué clase de armas levanta el mesías-rey contra esta oposición? ¿Carros de combate? ¿Caballos? ¿Jinetes? ¿Otros medios de poder terrenales? -No; incluso ni una palabra al respecto. Su única arma de defensa es: el estatuto (decreto) del SEÑOR: las promesas de Dios sobre la casa real de David. Eso levanta como su único escudo.

Con esto el Salmo 2 toca uno de los asuntos principales en la Sagrada Escritura, el cual también puede aplicarse -aun más, cuando se cumple- a nuestro Mesías Jesús. Esta lección dice: ¿Está amenazado el mesías de Dios? (vs. 1-3); entonces, eso es asunto de Dios (vs. 4-6). El mesías-rey mismo no vence a sus enemigos; eso lo hace Dios por él, Sal. 110: 1, He. 1: 13, 10: 13. El SEÑOR rompe la oposición, y su mesías-rey tiene sólo la promesa o decreto del SEÑOR: "Mi hijo eres tú..." Pero, a esto, ¡también fracasa finalmente toda oposición antimesiánica o anticristiana! Contra este decreto nada ni nadie puede algo. Porque, si el "hijo" de Dios es el mesias-rey, natural- e inmediatamente es heredero de Dios. Dios le dio el derecho de pedir:

*"Pídeme, y te daré por herencia las naciones,*
*y como posesión tuya los confines de la tierra.*
*Los quebrantarás con vara de hierro;*
*como vasija de alfarero los desmenuzarás".*

Si en este versículo 8 traducimos "país" en lugar de "tierra", entonces no necesitamos pensar enseguida en las exageraciones en que al antiguo estilo cortesano oriental le gustaba sobrepasarse. Por otra parte, el país prometido por Dios era más grande que el país tomado en posesión por Israel. Pues Dios había prometido a Abraham: "A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto (unos 150 Km. al S.O de Jerusalén) hasta el río grande o río Eufrates", Gn. 15: 18, cf. Nm. 34: 1-12, Jos. 1: 4, 13: 1-6.

David hizo enseguida lo que el SEÑOR había ofrecido, es decir: "Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra". Cuando fue hecho rey, gobernó sobre la pequeña ciudad-estado de Hebrón, un

reinecillo liliputiense. Y cuando, después de siete años, aceptó el gobierno sobre Israel, los filisteos poseían allí muchos enclaves. Así había dejado Saúl el país prometido. Pero, al final de su vida, David, con la ayuda de Dios, "desmenuzó como vasija de alfarero" a todos aquellos "reyes del país", e incluso Damasco está dentro de su esfera de influencia, Sal. 18: 43. David gobernaba "sobre todos los reinos desde el Eufrates hasta la tierra de los filisteos y el límite de Egipto", 1 R. 4: 21 y 24. Según el Salmo 2: 8, a un rey davídico le estaba permitido *pedir* aquel extenso territorio, y ¡ay de aquel que le discutiera ese *derecho*!

Por consiguiente, el pasaje del Salmo 2: 7-9 es más y más "Davídico".

Pero, el pasaje Salmo 2: 7-9 es de una aplicación aun más fuerte a nuestro Mesías Jesús y a su posición de derecho cerca de Dios. En él alcanzan estas palabras su punto culminante o cumplimiento. "Sólo él es el Hijo natural de Dios", que se ha humillado para hacerse Siervo de Dios y nuestro Mediador. En esa forma, Dios le ha hablado también a él el mismo antiguo "lenguaje-de-coronación" que a David y sus sucesores. Eso ya lo vimos cuando recorrimos las citas del Salmo 2 en el Nuevo Testamento. Cuando nuestro Salvador se hubo hecho bautizar, sonó la voz de Dios desde el cielo: "Este es mi Hijo...", Mt. 3: 17. Esos eran los antiguos sonidos del Salmo 2 y del Pacto que Dios había establecido con la casa real de David, 2 S. 7. Y en su transfiguración en el monte sonó desde aquella nube luminosa nuevamente el Salmo 2: "Este es mi Hijo...", Mt. 17: 5. También la carta a los Hebreos ve cumplido el Salmo 2 en el Mesías Jesús: "Porque ¿a cual de los ángeles dijo Dios jamás: Mi Hijo eres tú, Yo te he engendrado hoy, y otra vez: yo seré a él Padre, y él me será a mí hijo?", He. 1: 5, cf. 5: 5, 7: 28, 2 Pe. 1: 17. Y por eso "constituido heredero de todo", He. 1: 2, y autorizado a hacer la petición del Salmo 2: 8. Satanás le había tentado mostrándole todos los reinos del mundo, y como si él, Satanás, fuera Dios para decir al Mesías: "Todo esto te daré" (¡alusión al Salmo 2: 8!)-, "si postrado me adorares", Mt. 4: 8. Pero Jesús escogió obediente el camino del sufrimiento que Dios le indicó, y después, confiando plena y justificadamente en la invitación de Dios

en el Salmo 2: 8, pudo declarar: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra", Mt. 28: 18[22]. Fíjate en la fecha de estas palabras: ¡el Mesías-rey está ante su subida al trono!.

Aquí tienes nuevamente el antiguo patrón fundamental del Salmo 2, ahora en la historia de la iglesia bajo el Mesías Jesús. También contra él vivió durante siglos oposición, tanto entre judíos como entre cristianos. También su única norma fue el decreto de Dios: "Mi Hijo eres tú... Pídeme, y te daré por herencia las naciones..." También para su Reino vale la antigua regla: "No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos", Zac. 4: 6, cf. Sal. 20: 7. Y también al Mesías Jesús se le ha dado esta promesa de Dios: Algún día sus enemigos serán puestos a sus pies, cf. He. 10: 13. El contenido de la predicación del Evangelio desde la subida de Jesús al trono se lo podría resumir con el Salmo 2: 7-9. Mediante esa predicación, el Mesías Jesús, desde hace siglos y en todas partes, hace mención de ese decreto que Dios ha promulgado acerca de él: el Mesías Jesús es el único heredero de todo el mundo, y todos los que creen en él son "coherederos", Ro. 8: 17., y sus enemigos serán desmenuzados después como vasija de alfarero.

Esto último ya lo experimentaron sus adversarios judíos en los años 66-70 en la guerra judía que costó 1.100.000 muertos, y terminó con la destrucción de Jerusalén y del templo. Acerca de este juicio habla en primera instancia el libro Apocalipsis, también en Ap. 12: 5. Pero el Salmo 2 sólo encontrará su último cumplimiento en la segunda venida de Jesús, para juzgar a los vivos y a los muertos. Entonces Dios el Padre le otorgará facultad para derribar a todos sus enemigos como quien con una pesada vara de hierro puede hacer añicos un armario lleno de porcelana. Entonces las antiguas palabras del Salmo 2 alcanzan su máximo cumplimiento: cuando el Mesías Jesús, con su divino poder real hará ver a todos sus enemigos entre demonios y personas, también a las "piadosas", cuán verdadero era el Decreto Real de Dios acerca del Mesías Jesús: "Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra". Sólo entonces obtenemos un mundo cristiano; o mejor dicho: un Reino de Dios regido por el Espíritu de Cristo.

## 6. CUARTA VOZ: LLAMADA A SERVIR AL SEÑOR Y AL MESÍAS, vs. 10-12.

Cuando un antiguo rey oriental tenía un rey vasallo rebelde, por lo general no castigaba enseguida a semejante virrey con una expedición correctiva, sino que primero enviaba una misión diplomática para avisar al apóstata. Para tal acontecimiento, el mundo de la Biblia conocía ciertas formas y términos diplomáticos consagrados. Primero, se le recordaban al vasallo infiel, una vez más, sus obligaciones del pacto, se traían a su consideración las sanciones del pacto y entonces el gran rey concluía su mensaje con un ultimátum que frecuentemente comenzaba con las palabras: "Ahora, pues,..."; o con éstas: "Por tanto,..."[23].

Con este auténtico *término de pacto* comienza el salmista la última estrofa del Salmo 2. Esto marca enseguida a los versículos 10 al 12 como un determinado *ultimátum contractual* que apela a cláusulas del tratado. Por eso, una vez más nos sentimos confirmados enseguida en nuestra opinión de que el Salmo 2 habla de oposición al SEÑOR y a su mesías *dentro del pueblo de Dios.*

Versículos 10-12:

> *"Ahora, pues, oh reyes, sed prudentes;*
> *admitid amonestación, jueces de la tierra*[24]*.*
> *Servid a Jehová con temor,*
> *y alegraos con temblor.*
> *Honrad al Hijo,*[25] *para que no se enoje,*
> *y perezcáis en el camino;*
> *pues se inflama de pronto su ira.*
> *Bienaventurados todos los que en él confían".*

"¿Quiero yo la muerte del impío? -dice Jehová el Señor. ¿No vivirá, si se apartare de sus caminos?", Ez. 18: 23. Este amor salvador de Dios suena también al final del Salmo 2. El paro de la oposición significaría liberación de la ira del rey. A esto llama el salmista a sus impíos colegas israelitas.

Pero, al mismo tiempo, consuela a los humildes en Israel, los cuales están tristes por causa de la oposición contra el SEÑOR y su mesías-rey. ¿Y cómo se puede presentar ese

consuelo más poderosamente que en la forma de un *ultimátum* a los enemigos del rey? Difícilmente se puede hablar de ellos más triunfalmente que por este uso de una llamada de capitulación. ¿Quizá oímos aquí el eco del secular pleito entre el SEÑOR e Israel, acerca del cual cuentan los libros de los Profetas? Como embajadores del Gran Rey de Israel habían entregado sus muchas advertencias.

¡La última frase de este salmo es una felicitación a la dirección de aquellos que se esconden en el SEÑOR como su Soberano Señor o Gran Rey, y en el mesías o virrey de Aquel! Con lo cual, el salmista termina con el mismo poderoso lenguaje *de fe* con que había comenzado. Mientras en todas partes en Israel (¿y en sus territorios subordinados?) "reyes" y otros poderosos conspiran contra el rey davídico en Jerusalén, y suenan sus consignas de rebelión por el país, el salmista con la mano sobre el propio decreto de Dios acerca de su mesías, confiesa: ¡Y, a pesar de todo, dentro del pueblo de Dios son dignos de felicitación todos aquellos que se esconden en el SEÑOR y en su mesías fuertemente perseguido! Por tanto, también para él la fe fue una "convicción (prueba) de lo que no se ve", He. 11: 1.

Por conducto de David y sus sucesores, también este final del Salmo 2 se refiere ahora, como es natural, de forma especial a nuestro Mesías Jesús, "el soberano de los reyes de la tierra", Ap. 1: 5. ¿Qué hay más insensato por parte de los bautizados súbditos de este rey y miembros de su pueblo que amotinarse contra él? Tú te arriesgas a su terrible venganza del Pacto. ¿Y qué hay más inteligente por parte de un cristiano que no rechazar a aquel Mesías-Rey? Porque, de buen grado ahora, o por la fuerza cuando vuelva, vendremos a estar de rodillas ante el Mesías Jesús, Fil. 2: 10 y ss., Ap. 11: 15.

Por consiguiente, el Mesías de las Sagradas Escrituras sencillamente no se parece al dulce "Jesús" de la *jesulatría*, o a la idea de Jesús como un hombre suave, dulce e infinitamente humilde. Ante el Mesías del Salmo 2, sus enemigos quieren esconderse en la tierra, Ap. 6: 15-16. Por tanto, ¡ten cuidado con él! ¡Ay de nosotros si su ira se enciende sobre nosotros! ¡Ese Mesías Jesús será un Príncipe al que no tendremos más remedio que ver en el Ultimo Día! Por eso, también tienen buena parte todos aquellos que hoy día se es-

conden confiadamente en Dios y en su Mesías, aunque millones en la Cristiandad tengan como divisa de vida: "¡Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas!", Sal. 2: 3. ¡Felicitaciones cordiales, si para la total salvación de nuestra vida humana en esta tierra maldita, para la paga del pecado y sus consecuencias, para la victoria sobre el sepulcro y la muerte renuncias a todos los salvadores y melodías de salvación terrenales, y diriges tu ojo de la fe únicamente al Reino de Dios nuestro Padre y su Mesías Jesús!

## 7. LA HISTORIA SE REPITE: TRES VECES EL PATRÓN FUNDAMENTAL DEL SALMO 2.

El Salmo 2, pues, ya se cumplió más de una vez; o, dicho de otro modo: el Salmo 2 dibuja una situación que, respecto a su patrón fundamental, se repitió después frecuentemente; hasta que rompió a hablar un lenguaje llameante con relación al más grande Mesías de Dios: Jesús.

A modo de resumen, ahora colocamos el patrón fundamental de nuestro salmo junto a algunos cumplimientos del mismo.

*I. El patrón fundamental.*

1. *Vs. 1-3:* Poderosos insurgentes en el país israelita quieren echar del trono a David o a uno de sus sucesores.
2. *Vs. 4-6:* El SEÑOR, que está sentado en el cielo, se ríe de estos conatos, y da a conocer, que él, a la oposición contra su mesías, la considera como oposición contra Dios mismo.
3. *Vs. 7-9:* El mesías amenazado apela a su único medio de rechazo: el decreto del SEÑOR, que su rey vasallo de la casa de David ejercitará sobre el país prometido.
4. *Vs. 10-12:* Un ultimátum llama a los amotinados a atenerse a las cláusulas del tratado de su Gran Rey Jehová, y a parar su rebelión contra el mesías-rey de Aquel. Los súbditos obedientes son felicitados. Su amado mesías puede ser duramente amenazado, pero las promesas de Dios ponen a salvo a él y a su reino.

*II. Israel en los años 33-70.*

1. *Vs. 1-3:* Los "reyes" en el país judío y los poderosos en el Sanedrín y en las sinagogas se levantan juntos contra el Mesías Jesús y sus seguidores. A él mismo le matan y a sus discípulos les echan de las sinagogas en todas partes, cuando es posible con la ayuda del fuerte brazo romano.

2. *Vs. 4-6:* Con ello, la apóstata iglesia judía entabla la lucha con Dios mismo, quien había puesto a este Mesías-Rey sobre su pueblo. Juan el Bautista y Jesús avisan de la "ira venidera", Mt. 3: 7, Lc. 21: 23.

3. *Vs. 7-9:* El Mesías Jesús respeta la naturaleza totalmente propia de su realeza. Rechaza todo poder carnal en la fundación de su reino, y apela exclusivamente al decreto de Dios acerca del Mesías. Satanás le ofrece todos los reinos, pero el Mesías Jesús sólo desea los de su Padre. Poco antes de su ascensión a los cielos, confiesa su fe en el Salmo 2: 8 y ss., cf. Mt. 28: 18.

Sus apóstoles predican dondequiera que viven judíos, que "a este Jesús... Dios le ha hecho Señor y Cristo", Hch. 2: 36, 13: 33, 18: 28. Y Jesús mismo, por su Revelación, consoló a los perseguidos cristianos judíos y a los paganos, en el mundo eclesial de la época, con referencias al Salmo 2: 7-9, cf. Ap. 2: 27, 12: 5, 19: 15.

4. *Vs. 10-12:* Desde la predicación de Juan el Bautista hasta la de Jesús y sus apóstoles inclusive, suena por todo el mundo judío el ultimátum del Salmo 2: "¡Ahora, pues,... servid a Jehová y a su Mesías!" Un resto se convierte, pero la masa permanece rechazando los lazos del Pacto de Dios. En el año 66 d. C, el SEÑOR comienza a derramar su maldición del Pacto sobre Jerusalén y sus "reyes". En la guerra judía (años 66-70), Israel es bautizado con "fuego", Mt. 3: 11 y ss. El libro Apocalipsis se cumple por primera vez, y el Salmo 2 por enésima vez. "Bienaventurados" los cristianos que se esconden en el Mesías. En Pela encuentran salvación, Mt. 24: 16; como Jerusalén, la gran Babilonia, sucumbe en el año 70. Allí encuentran la muerte 1.100.000 personas.

*III. Después del año 70: la Cristiandad en Occidente.*

1. *Vs. 1-3:* En la Cristiandad, los "reyes" y los poderosos

o principales figuras eclesiásticas desalojan al rey Jesús de su singular lugar de Obispo sobre la iglesia cristiana. Le arrebatan su honor de Salvador único y suficiente, de Hijo de Dios encarnado y de Mayordomo del reino de los muertos. La naturaleza espiritual de su realeza es desconocida y despreciada. Cristianos apóstatas adelantan los acontecimientos del prometido reino de Dios del futuro mediante la esperanza de un estado utópico, aquí y ahora, a establecer, si es necesario, con violencia revolucionaria. Se admira a Jesús como "un hombre bueno".

2. *Vs. 4-6:* Con esto, la Cristiandad bautizada llega, a través de los siglos, a sublevarse a cada paso contra Dios mismo, el cual concedió este Mesías y, en él, la promesa de su salvación total. Dios habla de ira sobre este rechazo de su Mesías, y del Espíritu del mismo, He. 10: 29-31.

3. *Vs. 7-9:* Frente al rechazo masivo del Mesías Jesús, los humildes pueden consolarse con el decreto inquebrantable respecto a los derechos reales del Mesías Jesús y su atribución posterior para derribar toda oposición contra él. El Apocalipsis consuela a los creyentes posteriores al año 70 mediante muchas citas del Salmo 2. El libro corrobora con este salmo, que el Mesías Jesús juzgará también a la "Babilonia" de la Cristiandad apóstata, la cual ha perseguido a tantos justos.

4. *Vs. 10-12:* Dios aún es paciente, "no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento", 2 Pe. 3: 9. Por tanto, la predicación cristiana debe llevar también el carácter de ultimátum, el cual toma su punto de partida en la demanda que Dios tiene sobre la Cristiandad por medio de su Pacto. ¡Que la demanda concreta: "ahora, pues,..." del Salmo 2: 10, siga resonando en nuestros encuentros de evangelización con aquellos que rechazan o niegan al Mesías Jesús! ¡*Avísese* de su perdición a todos los que rechazan el ultimátum de Dios! Lo que Juan evangelista vio en visiones acerca de la caída de Jerusalén, se repetirá a escala mundial, cuando el Mesías Jesús, en el Día Postrero, venga a castigar a sus díscolos súbditos, derramando sobre ellos la cólera de la maldición del Pacto de Dios. ¡Que antes de esto muchos compañeros cristianos aún puedan aceptar el ultimátum de Dios! Con vistas a ese día, el Salmo 2 felicita a aquellos que se han amparado en Dios y en su Mesías.

NOTAS

1. Del mismo sentir es F. Delitzsch, Die Psalmen, 1894, 70, el cual (sin pruebas) afirma, que “salmos” y “canciones de David , en el Nuevo Testamento, son dos palabras para un mismo asunto”.

2. Al comienzo de nuestro siglo, la crítica a las Escrituras aun calificó a esto de imposible, pero ahora llega W. E. Albright removiendo las balizas afirmando, que algunos salmos “may go back to the early Monarchy” (podrían venir o proceder de la Monarquía temprana), From the Stone Age to Christianity, Second Edition, 1957, 318, (Doubleday Anchor Books).

3. M. Dahood, Psalms I, 7, observa: “The genuinely archaic flavor of the language suggests a very early date (probably tenth century)”(El auténtico olor arcaico del lenguaje sugiere una fecha muy antigua, probablemente el siglo X).

4. B. Holwerda, Seminarie-dictaat Jozua, 47 (uitg. Copieerinrichting v. d. Berg, Kampen, Países Bajos).

5. B. Holwerda, o. c., 47: “Pues el adivino de los paganos se interesa especialmente por lo que la divinidad hará MAÑANA. ¿Qué nos ocurrirá mañana? El velo del futuro debe desaparecer. El profeta de Israel, sin embargo, habla del Nombre del SEÑOR, es decir, de lo que EL hizo en el pasado, y por eso pregunta HOY. No vaticina prácticamente nada. Los mandatos de hoy están fundados en las obras de salvación en el pasado”.

6. Así el Dr. C. v.d. Waal en su “Openbaring van Jezus Christus”, Groningen 1971, 35. El añadido (entre paréntesis: der profetie: de la profecía) es del autor, F. v. D.).

7. Con los LXX y la Vulgata *ʿabōt*, zurrar o adobar, tomado como metonimia.

8. Wilfred G. E. Watson, VT vol. xx, nr. 4, 502, quien remite a L. Rost, “Die Bezeichnungen für Land und Volk im Alten Testament”, Festschrift Otto Procksch, Leipzig 1934, pp. 125-48, que escribe: “*’ereṣ* puede reunir en sí tan diferentes significados que, por esta palabra, tanto se puede dar a entender el más pequeño terreno de estado independiente como la tierra toda” (pág 136).

9. E. W. Hengstenberg, Commentar über die Psalmen, Berlin 1849, está de acuerdo con el pronunciamiento de Hitzig afirmando, que los moabitas servían a David, no a Yahweh, 2 S. 8: 2. Por lo cual, su intento por recuperar su libertad no se puede considerar como “Emporüng gegen Jahweh” (rebelión contra el SEÑOR).

10. Gesenius-Buhl da a “*ʿām*” también como significado: “en general: gentes. Por tanto, nosotros también podíamos haber traducido Sal. 2: 1, así: “Por qué se agitan las gentes...” “*ʿam*” y “goy” “no son claramente diferentes” entre sí, Köhler, Lexicon s.v. Dios prometió a Abraham hacerle un “goy”, Gn. 12: 2.

11. “Entender el Evangelio de Juan sería infinitamente provechoso si se comprendiera que la palabra “mundo” (en hebreo, *olam*) es la designación de este siglo que tenía su centro en la Jerusalén de los judíos. Casi se podría decir así: “mundo” = “los judíos”. El mundo persigue y odia; pero ese no es, en primer lugar, Roma o el “mundo maligno”, sino: “Se os expulsará de las sinagogas”, Jn. 16: 2. C. van der Waal, en su libro “Apocalipsis” p. 49.

12. C. van der Waal, o. c., p. 276: “Mt. 24: 21 habla de una “gran tribulación” previa a la destrucción de Jerusalén, como si no hubiera ocurrido (...) y también como si nunca más ocurriera. Por tanto, no se puede constatar un clímax en las tribulaciones”.

13. Martín Lutero reconoció el frente del Salmo 2 en 1520. En una carta de 21 de diciembre de 1520 a su amigo Spalatinus se ocupa de la pregunta: ¿ir o no

ir a Worms para comparecer ante el Emperador? En este contexto, Lutero cita el Salmo 2: "Por tanto, si debe ocurrir que los reyes de la tierra y los poderosos se reúnan y enfurezcan contra el SEÑOR y Su Ungido, entonces el Espíritu enseña, a pesar de todo, en este mismo salmo, que son bienaventurados quienes se refugian en EL". Por eso, Lutero irá a Worms, "aunque me tuviera que dejar llevar allí enfermo, cuando no pudiera llegar sano".

14. Literalmente: el que se sienta, "pero *yôseb* tiene, frecuentemente, la expresiva subacepción de "persona sentada en el trono", "rey". Así en 1 R. 8: 25, Am. 1: 5, etc., M. Dahood, o. c.

15. En las cartas de Amarna, W. F. Albright, p. 213.

16. W. F. Albright, En las Cartas de Amarna, p. 222.

17. M. Dahood, Psalms I, 1965/6, 11 y ss.

18. "En Mesopotamia, la adopción era el camino indicado para matrimonios sin hijos, con el fin de poder obtener descendientes. Así pues, según un gran número de acuerdos de adopción reencontrados, se hizo bastante uso de esta posibilidad", H. A. Brongers, Oud-oosters en bijbels recht, 1960, p. 76.

19. H. J. Kraus, Psalmen I, 1960, p. 19.

20. The New English Bible: "this day I become your father".

21. "*Ḥōq* es un concepto respecto del sagrado derecho del rey. Contiene el origen de la legitimación, el protocolo del rey que es puesto por escrito en la entronización y, en lo sucesivo, indica el dominador legal", H. J. Kraus, Psalmen I, 1960, p. 18.

22. Cf. K. H. Rengstorf, Novum Testamentum V, 1962, pp. 238-243. "Con otras palabras, el último cuadro en el Evangelio de Mateo menciona, que Jesús, yendo por el camino de la cruz, recibió de Dios lo que había rechazado poder conseguir de la mano de Satanás", p. 243.

23. H. A. Brongers, Bemerkungen zum Gebrauch des adverbvialen We ʻATTAH im Alten Testament, Vetus Testamentum, vol. XV, 1965, 289-299.

24. O: jueces. M. Dahood traduce: "rulers" (gobernantes), y observa: "El significado fundamental de "*špt*" es: ejercicio de autoridad en muchos asuntos diferentes", o. c.

25. "Muchos opinan, que el texto no ha sido transmitido correctamente, entre otras cosas, porque se usa la palabra aramea para indicar "hijo". Sin embargo, en mi opinión, las pegas contra el T. M. no son concluyentes, y, en cualquier caso, no es posible ir tras el T. M. para ver cuanta agudeza se lo ha dedicado", N. H. Ridderbos, Korte Verklaring, p. 82. M. Dahood lee sin cambio del texto de consonantes, en lugar de nassjeku bar nesje qaber, literalmente "hombres del sepulcro", citándolo con: "O mortal men" = ¡Oh mortales!

# Capítulo 6

## SALMO 15: ¿QUIÉNES PUEDEN SER FAMILIA DE DIOS... AHORA Y SIEMPRE?

SE celebra un culto dominical.

El pastor ha escogido como texto el Salmo 15.

La predicación es "reveladora". A la congregación se le recuerda su condenabilidad ante Dios. "¿Quién de ustedes puede cumplir estas exigencias?" -se oye preguntar desde el púlpito. "No se trata de cumplirlas más o menos ni de caer y levantarse, sino de cumplirlas perfectamente". Sin vacilar, sigue la respuesta desde el púlpito: -"¡Nadie!"

Los rostros están serios.

¿Quién se atreve a contradecir esto?

El predicador sigue: "Hay uno que ha cumplido perfectamente las exigencias del Salmo 15: nuestro Salvador Jesucristo. Cuando creemos en él, Dios quiere perdonarnos nuestra incapacidad-para hacer-bien, y aceptarnos en su gracia. Amen."

### 1. LA LEY NO ES UN LÁTIGO QUE NOS CONDUCE A JESÚS.

No consideremos demasiado duramente la explicación del Salmo 15 por parte de este pastor, pues ¿qué había leído al respecto en sus libros de consulta? -Que aquí sale a relucir claramente, que el Antiguo Pacto, en riqueza de administra-

ción, va a la zaga del Nuevo Pacto, puesto que en este salmo no se habla expresamente de gracia y fe. En la forma en que aquí es expuesta la ley, el salmo muestra la forma externamente legal en que el pacto de gracia era ensalzado antiguamente en muchos sentidos. El tono del Salmo 15 es realmente serio, pero, sin embargo, carece del "conocimiento evangélico de que el hombre, por si mismo, no posee el poder para ser suficientemente obediente, y por eso no puede llegar a la comunión con Dios por el esfuerzo propio, sino solamente por la gracia de Dios"[1].

No es, pues, extraño que, de la mano de tales comentarios bíblicos, se hagan predicaciones como la que acabamos de oír. Este nuestro pastor podía haber elaborado su caricatura del Salmo 15 mucho más angustiosa aun de lo que lo hizo. En este clima de pensamientos se pueden emplear expresiones chocantes y enternecedoras como: "¡Este salmo *llama* al Cristo! ¡Mediante él somos empujados al pie de la Cruz!", y otras muchas más frases "edificantes".

Pero, ¿habrá sido esa la intención de David? Los primeros lectores del Salmo 15 no conocían aún al Señor Jesucristo ni su muerte en la cruz. ¿Quería David mediante su poema cargarles con un sentimiento de desesperanza presentándolos algo así como el fracaso de su vida? ¿Es verdad que no habla expresamente de gracia y fe, como acabamos de oír afirmar?

Aquí volvemos a chocar con los famosos gemelos, cuya mala influencia podemos observar desde el tiempo Apostólico hasta hoy día: el Judaísmo y el Gnosticismo.

*Las gafas del judaísmo.*

¡Cómo es posible! Ahora, en el Sinaí, Dios había elevado hasta el cielo a los Israelitas. ¡Como descendientes de Abraham ya estaban en una relación de pacto con Dios, y allí cerró Dios un segundo pacto sobre este primer pacto de gracia! Los documentos de estos pactos están en la Thorá o Ley. Pero, ¿qué posibilidad han visto en esto los fariseos? ¡El leer esta enseñanza de la ley acerca de los *pactos de gracia* de Dios como la serie de condiciones de trabajo para un *acuerdo de renumeración*! "A algo (nuestras prestaciones religiosas) corresponde algo (la propina Divina de la salvación)", -razo-

naban ellos. En esta caricatura de la Ley no quedaba ni pizca de la gracia de Dios. La buena y enteramente *evangélica* Ley de Dios era trucada en un religioso acuerdo de trabajo. Hijos de Dios comenzaron a comportarse como sus esclavos, o como su personal en servicio religioso de paga, en el que la Ley actuaba como el contrato de trabajo.

Por desgracia, este espíritu se ha instalado en la iglesia Cristiana. En el llamado Judaísmo encontramos ahora una forma "Cristiana" de fariseísmo con una visión un tanto legalista sobre toda la Palabra de Dios. A pesar de la obra de la vida del apóstol Pablo, muchos cristianos fueron torciendo también el evangelio de nuestro Señor Jesucristo en un conjunto de estériles reglamentos. El mar de miseria que este malentendido ha traído sobre la Cristiandad, es indescriptible. Parece realmente un tumor canceroso que tiene sus ramificaciones por todo el cuerpo de la Cristiandad.

Si por una vez se lee la Palabra de Dios como una "ley", como un contrato de trabajo, entonces quedas preso, durante toda la vida, de angustia e incertidumbre. Se continúa deduciendo ulteriores cláusulas de tal "ley", y nunca se obtiene paz a la pregunta de si se ha "hecho" bastante, y si te has atenido realmente a la "ley". En la Edad Media, hombres como Tomás de Kempis, Taulero y Eckehart escribieron libros llenos de lo que un cristiano debía haber "hecho" y "experimentado" antes de que pudiera creer de sí mismo, que se salvaría. Pero Martín Lutero, quien tomó muy seriamente las cláusulas de esta "ley", no llegó por ellas a encontrar seguridad. Después de la Reforma, volvió a rebrotar esta planta venenosa. También entre los reformados no siempre se habló con simpatía acerca de la Ley de Moisés (y el predicador que sí lo hacía, no lo tenía fácil). Se hablaba de la dulce Ley de Dios como sobre un látigo que primero desesperanzaba a los pecadores descubriéndolos su "impotencia", para después empujarlos hacia Cristo. Como si el apóstol Pablo diera a entender eso, cuando a la Ley la llamó "nuestro ayo, para llevarnos a Cristo", Gá. 3: 24.

Así se había leído más tarde en las sinagogas el Salmo 15. Como una "ley". Eran los huelguistas. Pues, si se lee la Ley de forma legalista, antievangélica, entonces esto se venga inevitablemente en los otros libros de la Biblia. Como toda una

imagen cae por tierra, cuando su pedestal se inclina; y la Ley de Moisés forma ahora en la Sagrada Escritura la base donde todo descansa. Si a esa parte básica se la lee a través de unas gafas judaizantes, al Salmo 15 también se lo ve en una luz "contractual", como una poesía que, como caricatura de ley judaizante, nos descubre nuestra "impotencia", y nos lleva hacia Cristo. Y así, la pregunta se vuelve *angustiosa*: "Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo?" También en torno a nuestro pastor mencionado había un ambiente angustiosamente silencioso en la iglesia cuando hizo la pregunta: -"¿Quién de ustedes puede cumplir estas exigencias?" Y, a pesar de que es la *Ley* de Dios... la incertidumbre sigue remordiendo. En el siglo XVIII, cuando la masa en la Holanda protestante había abandonado el Pacto de Dios, aparecieron volúmenes llenos de normas desde las que se podía deducir si sería posible permanecer invitados eternamente cerca de Dios. Aquellos volúmenes contenían muchas más normas que el Salmo 15, pero la incertidumbre permanecía inquietando: -"¿Quién se atreve a decir de sí mismo, que las cumple perfectamente?". Los falsamente tranquilizados no fueron de esta manera descubiertos, y los creyentes sinceros tampoco fueron consolados así.

Esto ocurre cuando al Salmo 15 se lo lee *como una ley.*

Entonces se cae automáticamente en consideraciones acerca de nuestra "impotencia y condenabilidad". Este Salmo, a lo sumo obtiene la misma función que la Ley-caricatura desde cuyo espíritu, a saber, el de aquel matón religioso que nos asusta mucho ante la aparentemente inevitable condenación, para indicarnos ese "abandono" en Jesús (tema preferido para muchos viejos y nuevos "descriptores de caminos"). Nuestro pastor referido pertenecía a éstos.

Pero, ¿cómo entender entonces Lv. 18: 5 -objetará alguien- donde el mismo Moisés dice: "Por tanto, guardaréis mis estatutos y mis ordenanzas, los cuales haciendo el hombre, vivirá en ellos?". En efecto, pero, por favor, tampoco lea usted estas palabras a través de unas gafas fariseas. Antes de que se dé cuenta, usted se halla en un canal de pensamiento fariseo, y considera la Ley como un reglamento *sin gracia.* Pero Moisés, en las palabras arriba mencionadas, se refería igualmente a

todos aquellos estatutos y ordenanzas de la Ley que hablaban de *reconciliar*, *lavar* y *recibir perdón* de pecados y *renovación* de vida. "Así el sacerdote hará por él la expiación de su pecado, y tendrá perdón", Lv. 4: 26, tales mandatos (:ir al sacerdote con una víctima) y tales promesas de la doctrina de los sacrificios en Levítico 1-7, por sólo citar algunos, pertenecían también a aquella Ley de la que Moisés dijo: "El hombre que los cumpla, vivirá". A este respecto, ¿quién tenía derecho a dejar fuera de consideración mandatos tales como el gran *día de la reconciliación*, el sacrificio propiciatorio y el sacrificio de paz, si comenta Lv. 18: 5? Moisés quería decir: "El hombre que haga (no farisaicamente, como un religioso contratista de trabajo, sino *con fe*, lleno de confianza de las promesas y sacramentos de la Thorá) todas estas cosas (que cumpla también las ordenanzas que acabamos de mencionar: buscar perdón de pecados cerca del sacerdote y altar), por ello (por esa fe, por ese cumplimiento *creyente* de la Ley) vivirá". El camino de la salvación nunca fue otra cosa que el que Moisés indica en Levítico 18: 5.

*Las gafas del gnóstico.*

Naturalmente que el gnóstico de todos los siglos encontró en el bosquejado espíritu fariseo o judaizante una estupenda pareja, pues, ¡de qué goza más el gnóstico que de "antítesis" o contrastes! cf. 1 Ti. 6: 20. ¡Cuántas antítesis no han creado ya estas "doctrinas de demonios"!, 1 Ti. 4: 1. Una de sus antítesis más peligrosas es ciertamente la defendida antítesis entre el Antiguo y Nuevo Testamento. El primero sería más bajo, más exterior, más duro e incluso desamorado en contraste con el Nuevo Testamento como la parte más elevada, más querida y más "íntima" de la Palabra de Dios. Si, pues, al Salmo 15 se lo lee sin recelo a través de unas gafas empañadas de gnosticismo, entonces se llega a las caracterizaciones que ya dimos de algunos comentarios exegéticos: una "forma externa legalista", falta de "conocimiento evangélico sobre que el hombre no tiene por sí mismo el poder para ser suficientemente obediente", etc. Así pues, el Salmo 15 también es reducido al sistema del "conocimiento antitético" (1 Ti. 6 : 20)

Y todo esto mientras que, primero, la Ley de Moisés es realmente todo un evangelio, y segundo, que el Libro de los Salmos, como *eco* de esa Ley, sólo puede hacer oír una resonancia evangélica (cf. cap. 1, 2.). ¿Que otra cosa formaban los pactos de Dios con Abraham e Israel que pruebas evidentes de la incomparable *gracia* de Dios? ¿Qué otra cosa puedes esperar del Libro de Himnos de aquellos pactos? No hay una sola línea en la Thorá que no esté impregnada del amor de Dios por Israel y ninguna página sin la marca transparente de las promesas de vida del SEÑOR. En este *fundamento* han sido cantados todos los Salmos, cf. cap. 1, 1. Por eso nos atrevemos tranquilamente a afirmar: ¡Interpretar mal la Thorá supone no entender los Salmos!

*Un himno del Pacto*

Pero si, en primer lugar, leemos la Ley como corresponde, es decir, como *Evangelio* para Israel con la *promesa* de justificación, santificación y glorificación por gracia por la fe y con el *imperativo* de perseguir la justicia como fieles aliados del SEÑOR, entonces también nosotros, de una vez por siempre, salimos de las dificultades en la posterior lectura de las Sagradas Escrituras. Y así, vemos claramente, que tanto la Ley y el Salmo 15 y los mandatos de nuestro Señor Jesucristo y sus apóstoles están en una sola línea; o, dicho con otras palabras: el poeta del Salmo 15 no se vio a sí mismo y a sus oyentes estar totalmente "libres de compromiso" ante el SEÑOR, para ahora preguntarse: ¿Cómo entramos *en contacto* con un Dios tan santo? Este es el cañamazo de toda religiosidad caprichosa, cf. cap. 1 , 1d. No, el salmista habla *sobre la base de la Thorá* como co-aliado del SEÑOR su común Aliado de todos ellos.

Así debemos cantar el Salmo 15: como un himno del Pacto.

## 2. QUIEN ASÍ ACTÚA, NO RESBALARÁ ETERNAMENTE.

¿El Salmo 15 fue compuesto como "Introito" o "canto de entrada" en el Santuario? Muchos comentaristas responden afirmativamente a esta pregunta. Lo presentan así: cuando una comitiva de peregrinos se había acercado hasta las puertas del templo, cantaban el versículo 1: "Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo?" A lo que un coro sacerdotal les respondía con los versículos 2 al 5[2].

Sin embargo, las Sagradas Escrituras no nos relatan nada acerca de semejante ritual de recibimiento. Como es natural, es posible que el Salmo 15 haya sido cantado como canción alternada en el culto del templo, pero, ¿qué salmo no puede ser cantado en el culto? Por eso tampoco es preciso que hayan sido hechos especialmente para el culto, como una determinada opinión en la exposición de los Salmos lo afirmó de uno de ellos. También puedes cantarlos en casa, incluso mientras lavas la vajilla o, como el labrador israelita, durante la vendimia; y por qué no hablar de la *lectura* de los Salmos o de su uso *como oración* en la cámara secreta.

Por consiguiente, nos parece improbable, que el Salmo 15 esté compuesto especialmente para comitivas de peregrinos que estuviesen a punto de entrar en el templo[3]. ¿Por qué el autor no puede haberlo escrito como *poema de sabiduría*, ya sea como materia de lectura, ya sea como materia de doctrina, por ejemplo, para hacerlo aprender de memoria a los niños, como ocurre también en nuestros colegios? La forma de pregunta y respuesta, así como el número de los mandamientos (también aquí: ¡diez!) podría indicar este objetivo didácticamente chocante, pues maestros de sabiduría aplicaron mucho esa forma, cf. Sal. 34: 11-14 (también de David), Pr. 31: 2-9, 30: 4, Ec. 1: 3, 6: 13[4]. El sabio Predicador, pues, ya estuvo ocupado con la marcha del templo: “Cuando fueres a la casa de Dios, guarda tu pie”, Ec. 4: 7, Ec. 5: 1, cf. v. 2. Pues, la pregunta del v. 1 del Salmo 15 ni siquiera está dirigida a sacerdotes, sino al SEÑOR, que ya había dado la repuesta en la Thorá. Todas las exigencias que se pueden leer posteriormente, se las puede corroborar con la Ley de Moisés.

Ha llamado la atención, que el Salmo 15 no presente ninguna exigencia religiosa, por ejemplo, que se sea puro. Pero también este Salmo deja oír el eco de la Thorá, y como ya vimos (cf. cap. 1, 2) la Thorá ya no es un libro puramente religioso, de manera que su resonancia tampoco puede tener acento alguno puramente religioso. La demanda del Pacto de Dios concierne también a la vida diaria de Israel, y no sólo a estar ocupado con el culto del SEÑOR. Pues el Israelita tampoco conocía ninguna antítesis entre el sábado y los demás días.

Las condiciones precisas para la pureza levítica y similares eran recuerdos pedagógicamente simbólicos de la gran exigencia de la Ley para caminar santamente en *toda* la vida.

Una vida diaria impía anularía incluso el culto más estricto a Dios, Sal. 40: 6 y ss., 50, 51:16 y ss., Is. 1:10-20, Jer. 7:1-15, Os. 6:6, Am.5:21, Mi. 6: 6-8, Mt. 23. David como discípulo de Samuel, sabía de sobra, que "el obedecer es mejor que los sacrificios", 1 S. 15: 22.

Ahora, pues, ¡el salmo mismo!

Versículo 1:

*"Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo?*
*¿Quién morará en tu monte santo?"*

¿Cómo es posible que se haya osado afirmar de este Salmo, que en él "no se habla expresamente de gracia y fe"? El nombre "Jehová", la primera palabra de este Salmo, rezuma ya, por así decirlo, gracia. En esas cuatro letras hebreas J H W H, los salmistas vieron microfilmado todo el Evangelio de Dios para Israel. Toda la fundamental obra de salvación de Dios del tiempo de Moisés resonó en ese nombre Jehová o Yahvé: Abraham-Egipto-Horeb. Sin esta "fundación del mundo" (israelita-cristiano)[4a], ya habría desaparecido Israel unos mil años antes de escribirse el Salmo 15. Israel vivía de gracia ya desde Abraham y Egipto.

El salmista habla luego del "tabernáculo" del SEÑOR. Con ello no tiene que referirse precisamente al monte Sión, pues también en el himno de Moisés junto al mar Rojo ya se usan paralelamente la "morada" de Dios y "el monte de tu heredad", Ex. 15: 17[5]. No; el *morar* Dios entre su pueblo hablaba ya de su gracia para con Israel. El honraba a este pueblo con su residencia, donde los sacerdotes, en su Nombre, bendecían y enseñaban, y donde todo -colores, sacrificios, vestimenta, materiales, etc.- hablaba del amor del SEÑOR a la vida de Israel y de su rechazo a la muerte. Un salmo acerca del tabernáculo o Morada de Dios que no hable de *gracia*, ¿cómo se puede afirmar algo así?

¿Quiénes pueden ahora ser invitados cerca del SEÑOR, según los criterios de la hospitalidad Oriental? Pues, tal invitado se

sentía obligado a muchísimo más que nosotros; lo cual puedes verlo tú mismo en Lot, quien prefirió dejar que fueran deshonradas sus hijas antes que sus invitados, Gn.19: 8. Incluso después de su partida, un invitado podía contar con la protección de su anfitrión aun dentro de un círculo de muchos kilómetros[6].

¿Quiénes pueden encontrarse tan seguros bajo el techo del SEÑOR?

Los versículos siguientes dan respuesta a esta pregunta. Quien la lee legalísticamente, suspirará acerca de nuestra "impotencia" con el pastor con que empezamos este capítulo. Pero quien lee las Sagradas Escrituras como un libro del Pacto y los Salmos como himnos del Pacto, leerá en el Salmo 15: 2-3 una descripción corta de lo que el Salmo 103 llama: "los que guardan su pacto, y los que se acuerdan de sus mandamientos para ponerlos por obra", v. 18. Los Israelitas que ya desde hace mucho tiempo viven en la comunión con el SEÑOR, pueden aprender breve y llanamente lo que deben hacer para *permanecer* fieles aliados del SEÑOR, cf. Is. 33: 14-16.

La pregunta también podría ser presentada así: "Jehová, ¿qué has prometido a tu pueblo"? A lo que David, en la continuación del Salmo, va a *confesar*, que él *cree* lo que Dios ha *prometido*. En la Thorá, por ejemplo, en Lv. 18: "El hombre que hace estas cosas, por ello vivirá", v. 5. El Salmo 15 *cree* lo que Dios promete allí, en Levítico 18. El suma algo de las obras de justicia de Dios, para luego concluir con la firme *confesión*: "El que hace estas cosas, no resbalará jamás", v. 5.

Versículo 2:

*"El que anda en integridad y hace justicia,*
*y habla verdad en su corazón".*

Cuando el SEÑOR nuevamente hizo presente a Abraham qué clase de comportamiento esperaba de sus aliados, usó la misma palabra que encontramos en este v. 2; véase Gn. 17: 1 : "Anda delante de mí y sé *perfecto* (en hebreo: *tāmīm*)". Otras versiones traducen: "y sé autentico, verdadero". Nosotros preferiríamos traducir: "Anda *con un corazón perfecto"* o *"con*

*un corazón indiviso"* en mi presencia. El SEÑOR no quería ser servido por aliados cuyo corazón estaba dominado por motivos divergentes, como el de un "hombre de doble ánimo", Stg. 1: 8, 4: 8. Nuestros ojos deben estar dirigidos sólo a Dios. El SEÑOR pide integridad[7]. No *apartarse* de sus caminos. Es algo diferente *tropezar* en el buen camino, que andar por un camino equivocado. El Salmo 19 expresa muy bien el significado de andar-*tamim* en integridad: "Preserva también a tu siervo de las soberbias; que no se enseñoreen de mí, entonces seré integró, y (a saber) estaré limpio (libre) de gran rebelión", v. 13. La expresión "el que anda en integridad" es realmente una indicación para los *justos*.

Aquí el espíritu de la religiosidad cristiana universal provoca un cortocircuito con la Sagrada Escritura: andar íntegramente, con un corazón perfecto, ¿quiénes pueden hacerlo? ¿Acaso nuestras mejores obras en esta vida no son todas imperfectas y manchadas de pecado? ¿No somos todos miserables *pecadores*? Ya hablamos sobre estas cosas en el cap. 3, 6a., y volveremos sobre ello más detenidamente en el Salmo 26, también acerca de la palabra "integridad". Ahora bástenos con lo que sigue.

De hecho, esta religiosidad pone en el mismo montón a todos los hombres como "todos pecadores", a lo sumo distinguiéndolos en creyentes *pecadores* e incrédulos *pecadores*. "Pero de esta manera tan aparentemente piadosa es como se difumina la profunda línea divisoria que el SEÑOR, en su Palabra, hace entre los justos y los impíos (Ez. 13: 22)", según se expresa A. Janse en el prólogo de su libro "Los Justos en la Biblia", (tomo I, FELiRe 1984). "En nuestro tiempo, no es fácil profesar las palabras de Dios al respecto", había observado antes A. Janse; y añade: "nos amenaza el peligro que no nos atrevamos a hablar de los "justos", porque el mundo nos considere directamente como "fariseos" que piensan ser mejor que los demás. Y entonces no sólo nos ataca el "mundo", sino que también lo hará la "Cristiandad", cuando nos atrevamos a hablar de los "justos" tal y como lo hacen las Sagradas Escrituras. Un enorme arsenal de modernas expresiones religiosas y de palabras que están de moda se hallan dispuestas a hacer temblar con los juicios de Dios a los justos, a los cuales *Dios* declara bienaventurados, mientras que acerca de

“otras religiones” y de los impíos se habla con mucha indulgencia”.

Pero, ¿existen esos “íntegros de conducta” también en realidad? -¡Ya lo creo! La Sagrada Escritura, concretamente los Salmos y Proverbios, están llenos de ellos; véase Sal. 7: 8, 18: 23-32, 19: 7, 25: 21, 26: 1, 37: 18, 41: 12, 84: 11, 101: 2 y 6, 119: 1 y 80, Pr. 2: 7 y 21, 10: 9 y 29, 11: 20, 19: 1, 28: 10[8]. Incluso algunos son citados por su nombre: “*Noé*, varón justo, era perfecto en sus generaciones; con Dios caminó Noé” Gn. 6: 9. También *Job*: “era este hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal”, Job 1: 1. *David*, en 2 S. 22: 23 y ss. (= Sal. 18) dio una bonita descripción de lo que es “ser integro”: “Pues todos sus juicios estuvieron delante de mí, y no me he apartado de sus estatutos. Fui recto para con él, y me he guardado de mi maldad”, cf. Sal. 18: 22 y ss. En nuestro comentario del Salmo 26 abundaremos más extensamente en el hecho que ¡David se atrevió a *apelar* a su propia integridad! Y, finalmente, *Zacarías* y *Elisabeth*, de quienes leemos: “Ambos eran justos delante de Dios, y andaban irreprensibles en todo los mandamientos y ordenanzas del SEÑOR”, Lc. 1: 6.

Todos estas gentes fueron llamadas “íntegros” a pesar de las cosas equivocadas que la Escritura sabe decir igualmente de ellas. Andar irreprensiblemente no es, pues, cuestión de *impecabilidad*, sino un asunto del *corazón*, de la *dirección de vida* u *orientación* de vida. Si esa es buena, entonces en la Biblia se le puede llamar generosamente “íntegro”. Quién murmura de esto acudiendo *ahora* a hablar de “debilidad sobreviviente” (¡una verdad, por lo demás!), parece querer ser aun más piadoso que la Biblia misma.

Y si no tenemos cuidado, llega a pender involuntariamente, bajo todo este razonamiento, una cortina de humo, para la *exigencia* de que el SEÑOR ya presentó a Abraham como exigencia-del-pacto-por-antonomasia, y que aquí es repetida por David como fruto inevitable y necesario de *fe* en la promesa del Pacto de Dios, y como condición para la *permanente* comunión con Dios el SEÑOR: “Anda delante de mí y sé perfecto”, Gn. 17: 1.

¡Tales creyentes pueden ser eternamente familiares de Dios!

Para una buena compresión al respecto, y tal vez para

mayor abundamiento, lo siguiente. Naturalmente los justos viven en comunión con Dios no *en base a* su andar íntegro. El único fundamento de la salvación de Israel yacía en el hecho que Dios los había aceptado en *gracia* como sus hijos. Ahora diríamos nosotros: únicamente en base al *sacrificio de Cristo en la Cruz* somos aceptados *por gracia* como familiares de Dios. No hay otro *fundamento* para nuestra salvación. La gracia de Dios y la justicia y santidad de Cristo, nos son regaladas en la promesa del Evangelio, y son recibidas por la fe. Tal fe, como es natural, debe producir frutos; pues, de otro modo, estaría muerta, cf. Stg. 2. Ahora bien, esos frutos son tratados con más precisión en algunos párrafos en la continuación de este salmo.

*Justicia y Verdad.*

La traducción que la "Versión Estatal Neerlandesa" hace de este v. 2, dice: "quien anda rectamente y obra *justicia*, y quien habla la verdad con su corazón". Tan frecuentemente como la Biblia use la palabra "justicia", así de raramente lo hace la voz popular cristiana. Y si lo hace, también la carga con un contenido pagano. Como si justicia significase: aplicar la ley fríamente y sin piedad como un juez estricto e inquebrantable[9]. Pero como ya hemos visto en el cap. 2, 1., "justicia " es en la Sagrada Escritura precisamente una cosa amable. Por "justicia del justo", la Escritura entiende: su leal perseverar en el Pacto de Dios en todos los momentos de la vida, y ciertamente no sólo en la sala del tribunal. Justicia es prácticamente otra palabra más para significar obediencia a los mandamientos de Dios, vivir en fe con el SEÑOR.

Y quien no simplemente algunas veces, sino constantemente hace justicia, ese es un aliado con el que el SEÑOR no resulta engañado, alguien sobre el que se puede edificar. Alguien así se llama, en el lenguaje de las Escrituras, un hombre-de-verdad. En nuestro lenguaje hablamos de "verdad", cuando algo encaja exactamente con los hechos. Esta llamada verdad "desnuda" puedes transmitirla a tu prójimo sin amor alguno. Pero, cuando la Biblia usa la palabra "verdad", po-

demos cambiarla tranquilamente para nosotros mismos por: firmeza, solidez. Comparamos la mentira con hielo hueco, entonces la verdad es granito. Y esto es lo que el SEÑOR exige de sus familiares: se debe edificar sobre sus palabras, sin que pronto o tarde se abra una brecha. Si nos atenemos a la versión Reina-Valera ("habla verdad en su corazón") aquí se exigiría, que también nuestras *reflexiones* deben estar selladas por nuestra fidelidad aliada, cf. Dt. 6 : 5 y s. ("amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón"). Por lo demás, el israelita hacía poca diferencia entre pensar y hablar.

Versículo 3:

*"El que no calumnia con su lengua,*
*ni hace mal a su prójimo,*
*ni admite reproche alguno contra su vecino".*

Naturalmente, también aquí se trata del rumbo de nuestra vida. "Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo", dice el apóstol Santiago (3: 2), el cual, por lo demás, ha avisado atinadamente contra los pecados y la indomabilidad de nuestra lengua, cf. Stg.3: 5-8. Quien quiere permanecer viviendo en la comunión con Dios, nunca deberá usar este pequeño pero poderoso órgano, para blasfemar. Un familiar de Dios "no anda por ahí con calumnias en su lengua", también se puede traducir así el v. 3. También se ha presentado está versión: "quien no tropieza respecto a lengua"[10]. El versículo 3c habla de *cargar* afrenta sobre su prójimo. Expresado gráficamente. El escarnio puede ser una carga pesada. De ello podía hablar David por propia experiencia: ¡padecer bajo lenguas malignas! Estas estaban en el entorno de Saúl, 1 S. 23: 19 y ss, 1 S. 24: 10, 26: 1 y ss., 1 S. 19. Más tarde, el propio hijo de David, Absalón, preparó una revolución con su lengua, 2 S. 15: 1-6. Cuánto debe haber temido David también la lengua de Ahitofel, 2 S. 15: 31. Y qué palabras tan blasfemas cargó el vil Simei sobre el rey que huía. Incluso en su vejez, la vida de David fue entristecida por lenguas malignas, 1 R. 1. Este padecer de David se ha cumplido en la vida de muchos justos después de él, sobre todo en la de nuestro Señor Jesucristo. ¡Cuánto escarnio le han cargado falsos hermanos!

Los ejemplos muestran enseguida, que no es normal que miembros del pueblo de Dios se abstengan de difamación. Sin embargo, esto deberá ocurrir, pues, de lo contrario, ¡no podemos permanecer familiares de Dios! A aliados tan fieles les corresponde distinguirse favorablemente de Saúl y su camarilla, los falsos testigos de Nabot, los hermanos de Anatot que calumniaban a su paisano Jeremías, y los líderes eclesiales que escarnecieron a Jesús y sus apóstoles.

Ya hicimos notar, que en nuestro tiempo aún se ha venido a añadir el poder avasallador de la palabra escrita e impresa. El poder que atribuimos a la pluma, el israelita se lo otorgaba a la lengua. "Quien no calumnia con su pluma, y en su periódico no carga afrenta sobre su prójimo", podemos parafrasear alguna vez este versículo 3.

Versículo 4a:
*"Aquel a cuyos ojos el vil es menospreciado,*
*pero honra a los que temen a Jehová".*

¡He aquí nuevamente la barrera que los Salmos 1 y 2 nos han dibujado tan profundamente! La línea de demarcación entre los aparentemente píos, ricos impíos y sus hermanos justos perseguidos en la iglesia israelita. ¿Quieres poder permanecer eternamente en la casa de Dios? Entonces debes escoger, ya ahora, posición, dice el v. 4 del Salmo 15. No excuses, pues, a los impíos ("viles", se llaman aquí), pero honra a los justos ("los que temen a Jehová"), aunque no encuentres allí ni "muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles", 1 Co. 1 : 26, cf. cap. 2, 3. Si el SEÑOR rechaza a los impíos, sus aliados deben mostrarse solidarios con El.

*Recusables.*

¿Había, pues, el SEÑOR rechazado, sin más ni más, a estos impíos ya "desde la eternidad"? Acerca de esto habla muy claramente la Escritura: "He aquí, Dios no aborrece al perfecto", Job 8: 20. "Con el misericordioso te mostrarás misericordioso. Limpio te mostrarás para con el limpio, y severo serás para con el *perverso",* Sal. 18: 25-26. El SEÑOR, pues, no obra caprichosamente. "Ciertamente él escarnecerá a los

escarnecedores, y a los humildes dará gracia", Pr. 3: 34 (cf. acerca de los escarnecedores, cap. 3, 5). De los necios y perversos, de los que prácticamente no buscan a Dios y de los israelitas que persiguen al pueblo de Dios, el Salmo 53 dice: "... porque Dios los *desechó*", v. 5. Aunque esto ya lo eran muchos en tiempos del Salmo 53, pues el poeta vio esta imagen de la iglesia israelita: "Dios desde los cielos miró sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido que buscara a Dios. Cada uno se había vuelto atrás; todos se habían corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni aún uno", vs. 2-3. Por eso les había rechazado Dios, v. 5. Hubo tiempos en que el SEÑOR, excepto a un resto, rechazó a todo Israel, 2 R. 17: 20, Jer. 31: 37 y ss. Uno de los rechazados citado por su nombre es Saúl, 1 S. 15: 23, 16: 1. Sin embargo, allí se nos habla también de una motivación expresa: "Porque desechaste la palabra de Jehová, y Jehová te ha desechado para que no seas rey sobre Israel", 1 S. 15: 26.

¿Quiénes, pues, pueden permanecer como familiares del SEÑOR, según el Salmo 15: 4? Aquellos que como fieles aliados del SEÑOR rompen con quienes su mismo Gran Rey ha roto. También se ha propuesto traducir este v. 4, así: "El hombre despreciable es apartado de Su presencia, pero se deleita en aquellos que temen a Yahvé"[11].

Así han actuado siempre los fieles aliados de Dios. Samuel amó mucho a Saúl, pero, esto no obstante, por mandato de Dios, debió tratarlo públicamente como un rechazado por el SEÑOR, 1 S. 15: 26, 16: 1. A los rechazados debemos despreciarlos[12]; esto es lo que también muchos levitas, sacerdotes e israelitas temerosos de Dios llevaron a la práctica contra Jeroboam, 2 Cr. 11: 13 y ss. "Despreciaron" a este hombre "rechazado", abandonando sus bienes y trasladándose de Israel a Judá y Jerusalén, "para ofrecer sacrificios a Jehová, el Dios de sus padres", 2 Cr. 11: 13 y ss., cf. 15: 9. Y cuando Josafat no "despreció" suficientemente a su "rechazado" cuñado Acab, llegó el vidente Jehú, hijo de Hanani, a reprenderle: "¿Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Jehová?", 2 Cr. 19: 2, cf. 20: 35-37, 25: 7. Los paisanos de Jeremías eran "hombres despreciables", léase Jer. 11. Esto no obstante, ¿debía Jeremías intentar, a costa de todo, permanecer un buen ami-

go con ellos? -No; el SEÑOR dio este consejo a su siervo: "Conviértanse ellos a ti, y tú no te conviertas a ellos", Jer. 15: 19.

No se califique esta actitud como "típicamente veterotestamentaria". ¿Qué hizo nuestro Salvador cuando la masa de la iglesia israelita no le "acepto"? -Hablar en parábolas, "para que no vean con sus ojos (...) y ... entiendan y se conviertan ...," Mt. 13: 15. También el Señor Jesús respetó la antigua línea divisoria.

Y sus apóstoles siguieron su ejemplo mediante Su llamada: "Sed salvos *de* esta perversa generación", Hch. 2: 40. La división entre los enemigos de Jesús y sus seguidores discurrió a través de Israel. Pues, previamente había dicho que había venido a traer división (en la iglesia judía), Mt. 10: 34 y ss.; cf. 10: 11-14. Quienes quieren permanecer viviendo con el SEÑOR deberán respetar esta marcha de las cosas y actuar según esta regla: "¿No negaría yo, Señor, a los que te niegan?"[13]. Pero, según el Salmo 15: 4, ¡al mismo tiempo *honrar* a aquellos que temen al SEÑOR! Aunque éstos sean los pobres y despreciados en el mundo. Como David respondió a su injuriosa mujer Mical: "... y seré bajo a tus ojos; pero seré honrado delante de las criadas...", 2 S. 6: 20-22. "Para los santos que están en la tierra, y para los íntegros, es toda mi complacencia", Sal. 16: 3. Por eso Moisés rehusó pasar por un hijo de la hija de Faraón, y aun cuando era algo así como príncipe en la corte egipcia y doctor en ciencias egipcias, escogió el lado de los trabajadores esclavos, "teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios", He. 11: 24 y ss. Ejemplos como éste aun da más la Sagrada Escritura; por ejemplo, Abdías mayordomo de la corte de Acab y Jezabel. "Abdías era en gran manera temeroso de Jehová", 1 R. 18: 3, y eso en aquel podrido entorno palaciego. Pero aquel boato no le había apartado del SEÑOR y tampoco de sus perseguidos correligionarios: "Porque cuando Jezabel destruía a los profetas de Jehová, Abdías tomó a cien profetas y los escondió de cincuenta en cincuenta en cuevas, y los sustentó con pan y agua", 1 R. 18: 4. Una actitud semejante tomó Isaías en su tiempo. El era cronista en el palacio del rey Uzías (2 Cr. 26: 22) y debe haber sido un hombre de gran erudición según sus profecías. Pero, a pesar de su formación cultural y alta posición, no se avergonzó de pertenecer al pobre Resto

que en sus días aún temía al SEÑOR. Pero el ejemplo más hermoso de todos es el mismo Hijo de Dios. En la carta a los Hebreos, cap. 1, se le llama: “Heredero de todo”, y por quien asimismo hizo el universo... “el resplandor de su gloria”, He. 1: 2-3. Así como tampoco se avergonzó de llamarnos sus hermanos, cf. He. 2: 11. El hizo lo que el Salmo 15 dice: “Honrar a quienes temen al Señor”, y esa actitud de vida espera de nosotros.

Versículo 4b y 5:

*“El que aun jurando en daño suyo, no por eso cambia;*
*quien su dinero no dio a usura;*
*ni contra el inocente admitió cohecho.*
*El que hace estas cosas, no resbalará jamás”.*

El dinero es un sensible instrumento de medida para quien hace justicia y ama la verdad. ¿Quieres permanecer eternamente en la casa del SEÑOR? *Sé,* pues, verdad (firmeza, solidez), no retrocediendo jamás a una promesa nociva; o, en otra forma, aprovechándote de tu prójimo. En el Antiguo Oriente, los porcentajes de renta entre el 20-33 % eran normales. No es extraño, pues, que la palabra hebrea para indicar renta, significase “mordisco” o “bocado”. Pedir renta era algo así como morder a tu deudor[14]. A este respecto, observamos que, en el Antiguo Oriente, aún no se conocía nuestra costumbre de prestar dinero con el fin de poder comerciar con él. Antiguamente, quien tomaba dinero prestado lo hacía por necesidad. ¿Aprovecharse entonces de aquella necesidad? Para eso no había libertado el SEÑOR a sus israelitas de sus opresores egipcios, para que ahora se dedicasen a oprimirse mutuamente, Ex. 22: 25, Lv. 25: 35-38, Dt. 23: 19 y s. También frente a un *hermano* en necesidad, un israelita debía perseguir la justicia, cf. Sal. 15: 2, no pidiendo renta de un co-*israelita.* ¿Quieres permanecer huésped cerca del SEÑOR? Pues no te hagas jamás un “*nọse’* ” (prestamista), como el mundo pagano lo conocía; y también Israel bajo el reinado de Saúl, 1 S. 22: 2; cf. 2 R. 4: 1; y sé incorruptible. También en esto remedaba el salmista a Moisés, cf. Ex. 23: 8, Dt. 16: 19, 27: 25. “Porque el soborno ciega los ojos de los sabios, y pervierte las pa-

labras de los justos", Dt. 16: 19. "Ciertamente la opresión hace entontecer al sabio, y las dádivas corrompen el corazón", Ec. 7: 7[15]. Los familiares de Dios deben poder decir con Samuel: "Atestiguad..., si de alguien he tomado cohecho para cegar mis ojos con él", 1 S. 12: 3. Entonces están bajo la promesa: "Quien actúa así, no resbalará jamás".

*Los intachables jamás tropezarán.*

En lo que llevamos dicho, mencionamos aposta en cada versículo algunos ejemplos de justos que cumplían estas exigencias. Pues, si "andar en integridad", según ciertos cristianos debe ser imposible, por los mencionados ejemplos puede ser que dentro del pueblo de Dios, sin duda alguna, sea una realidad, y, según el Salmo 15, constantemente necesario.

Es curioso, que el salmista, en la última línea, no se remonta a su pregunta en el v. 1: "¿Quién *morará...?",* pero formula su conclusión así: "El que hace estas cosas, no *resbalará* jamás". Evidentemente, esto venía a decir lo mismo para él. Quien está del lado del SEÑOR, tiene una posición segura en el malecón de cemento de su Pacto y promesas, sobre los torbellinos de la muerte y de la corrupción. Sobre esa plataforma, "no se resbala jamás".

En el capítulo siguiente, al considerar el Salmo 16, veremos aun más detenidamente que también los creyentes del Antiguo Pacto creyeron sin duda alguna, que su vida estaba segura y escondida en el SEÑOR, más allá de la muerte. También ellos creyeron ya en la resurrección de los muertos y en la vida del siglo venidero; cf. Dn. 12: 13. Pues, si no, ¿cómo Marta -una mujer que aún vivió bajo el Pacto Antiguo, cuando ya estaba a punto de envejecer y morir, He. 8-, repito, cómo Marta, si no, podría haber dicho de su hermano Lázaro muerto: "Yo *sé* que resucitará en la resurrección, en el día postrero"?, Jn. 11: 24. No necesitamos en modo alguno que expliquemos esto por el hecho que ella vivió en el umbral de dos economías, pues también Abraham ya consideró, que Dios tiene poder para resucitar muertos, He. 11: 17 y ss.; pues miraba más allá de la tierra prometida Canaán, He. 11: 10-16; cf. 2 R. 5: 7. Recordamos estos hechos, para

que sobre todo el final del Salmo 15 -"no resbalará *jamás"*- no se lea con unas gafas gnóstico-marcionistas, de manera que aquí se vuelva a hacer notar una "antítesis" entre "jamás" (eternamente) en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento. David, según la última línea de su salmo, ya supo muy bien, que un hombre en el camino de un cumplimiento *creyente* (no farisaico o "legalista") de los mandamientos de Dios, y observando lealmente su Pacto, no resbalaba *jamás* (eternamente).

Con lo cual mira hacia la vida en el siglo venidero.

El Salmo 15 se parece un poco al Sermón del Monte de nuestro Señor Jesucristo. En el mismo, nuestro Salvador dio parecidos y concretos mandatos como David en este Salmo, cf. Mt. 5: No hacer injusticia ni impureza, refrenar la lengua... Ambos textos deben ser leídos como *promesa* del Rey para nosotros, los ciudadanos de su Reino: "Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las *hace,* ese entrará en su Reino. Pero quien no las hace, como cristiano o como iglesia en la vida diaria, su caída será grande", Mt. 7: 24-27. El final del Sermón del Monte y el del Salmo 15 hablan en la misma línea. Como Juez de toda la tierra, Jesucristo confirmará el final de este salmo en el día del Juicio, sea bueno, sea malo. Pero quien ahora *hace* lo que dice el Salmo 15, no "perecerá fuera" bajo el peso de la sentencia de Jesús: "Apartaos de mí...", Mt. 25: 41.

NOTAS

1. A. Weiser, Die Psalmen (ATD), Göttingen 1950, I 107. También R. Kittel, Die Psalmen 1914, 49, pierde aquí en primer lugar el sentido de la impotencia moral que ciertamente sabe del "querer", pero no conoce el "realizar". Una sorprendente manifestación de impotencia, y esto de la pluma liberal de R. Kittel.

2. H. J. Kraus, Psalmen I, 1960, 111: El tema "preguntas de la Thorá" como en 2 S. 21: 1 y ss., Ag. 2: 11 y ss., Zac. 7: 1 y ss., habría llegado a su completo desarrollo en una "liturgia de la Thorá" o "liturgia de Introito". Sin embargo, de esta forma se concluye, sin prueba de las Escrituras, desde una semejante costumbre egipcia o acádica, en una israelita. J. L. Koole, Psalm XV (OTS, XIII, Leiden 1963, 99) se plantea el Salmo XV como preparación de la instalación de un rey, también en base a la poco menos que perfecta santidad que aquí se exige.

3. H. Keszler, Die Psalmen, Munchen 1899, a. l. Por nada se evidencia que este salmo fuera compuesto originalmente para su uso en el culto.

4. H. Schmidt, Die Psalmen, Tübingen 1934.

4a. Véase cap. 1, 1b.

5. Las palabras "tienda" y "monte santo" son tomadas como metáforas o lenguaje figurado por muchos autores, entre otros, por: Valeton, De Psalmen I, 89 s., A. Cohen, The Psalms, London-Bournemouth, 1950: "El significado es: ¿quién está justificado (para acercarse a Ti)?" Con lo cual, caen también las objeciones cronólogicas contra la paternidad literaria de David. Por lo demás, David mismo arregló el traslado del arca a la nueva *tienda* en Sión, 2 S. 6: 12 y ss., 1 Cr. 16: 1 y ss.

6. L. Köhler, Lexicon s. v. gr. (pues así está escrito literalmente en el Lexicon en cuestión). El idioma hebreo se escribe frecuentemente sin vocales. La palabra "geer" es la versión popular de la correspondiente hebrea "gr".

7. M. Dahood, Psalms I, a. l.

8. En la Nueva Versión Neerlandesa de la Biblia es traducida por: piadoso, inocente, sincero.

9. Mr. H. M. Bianchi, Ethiek van het straffen, Nijkerk 1964, 36-64, manifiesta que la opinión bíblica de la justicia en la jurisprudencia nunca ha podido ocupar el lugar de la justicia de los antiguos grecorromanos, y eso a pesar de que la opinión bíblica de la justicia es mucho más saludable.

10. M. Dahood, a. l.

11. M. Dahood, a. l.

12. También se traduce: "El (el piadoso) es despreciable en sus (propios) ojos"; dicho de otra manera: él es humilde, cf. R. F. Edel, Hebräisch-Deutsche Präparation zu den Psalmen, Marburg 1966, a. l.

13. Una alusión al Salmo 139: 21-22. B. Holwerda, en su serie de artículos titulada "Populair-wetenschappelijke bijdragen", Goes 1962, acerca de la palabra "odiar", hizo notar lo siguiente: "En ella se hallan para nosotros ahora los momentos de aversión, hostilidad y pasión. Cuando "odiamos" a alguien, estamos opuestos incluso muy violentamente al mismo. Pero en la palabra "*śane'* " (usada también en el Salmo arriba mencionado, F. van Deursen) que es traducida frecuentemente por "odiar", las cosas están de otra manera. En ella no se precisa contener, que se ha mordido pasional y mortalmente a alguien. Pero puede ser, que se sea más o

menos *indiferente* para con él; e incluso esto no es preciso que sea en todos los casos. También puede ser, que, frente a alguien así, se sea algo *descuidado* y negligente, de modo que se le desdeñe algo; asimismo, que aun sintiendo simpatía por alguien, al estar éste junto a otro, *se le pone detrás;* y otras cosas por el estilo. Pero ahora tampoco es cuestión de traducir "*šane'* ", sin más, por "odiar", en otros lugares en los que el texto original tiene esa palabra, cf. o. c. pág. 74 y 199, donde B. Holwerda, con ocasión de una pregunta hecha por escrito acerca de esta cuestión, se opuso al "momento-del-decreto-de-condenación colocado muy deprisa en Mal. 1: 3 por conducto de Ro. 9, mientras que el texto no da motivo para ello, y también que Ro. 9 nada dice al respecto, cuando la cita de Malaquías viene allí a colación. Estoy de acuerdo, pues, con quien afirme, que se debe tener cuidado en no convertir aquí la palabra "odiar" en un "odiar-de-eternidad" o algo parecido. Sólo añadiré una cosa: a mi propio entender, ese momento no está en el "odiar" como tal. Con tal que a la palabra "odiar" se la deje tener su significado histórico, este término es el preferido en Malaquías capítulo 1".

14. H. J. Kraus, Psalmen I, p. 115.

15. "Las querellas o acusaciones por aceptar regalos por parte de los jueces ya son antiguas. Estaban originadas mayormente por la falta de un salario fijo de los jueces. Como tales actuaban inicialmente los ancianos". Así opina B. Duhm, a. l.

# Capítulo 7

## SALMO 16: EL SEÑOR ES MI HERENCIA ETERNA

*«Una joya de oro de David».*

ASÍ tradujeron Martín Lutero y quienes hicieron la «Versión Estatal Neerlandesa» la palabra «miktam» que encontramos encabezando el Salmo 16. Fue una conjetura, y aún ahora tampoco nosotros sabemos ciertamente lo que significa «miktam»; pero, acertada o equivocadamente, una cosa es cierta: en la tesorería del Libro de los Salmos, el Salmo 16 está efectivamente como una «joya de oro». Un poema lleno de gozo en el SEÑOR, cargado de confianza en él; escrito con letras de oro[1]. Confesando mil años antes de Cristo, prácticamente lo mismo que el apóstol Pablo, cuando escribió: «...estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida... nos podrá separar del amor de Dios...», Ro. 8: 38 y ss.

No es extraño que los apóstoles predicaran gustosamente acerca de esto después de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. El Espíritu de verdad les hizo ver que este salmo también habla sobre el segundo David, Hch. 2 y 13. En base a estos textos bíblicos, no vemos razón alguna para dudar del acierto del título y para negarle a David este salmo.

## 1. DAVID Y LOS ENTUERTOS DE LA ÉPOCA DE LOS JUECES.

Cuando David compuso el Salmo 16, ¡acababa de pasar la época de los jueces! Esto lo debemos tener muy en cuenta en la lectura de este salmo. Nació en los años de transición de los jueces al tiempo de los reyes. Pues Saúl y David fueron ungidos reyes por Samuel, el último juez. Pero los tiempos zozobraban. La profecía de Ana, la piadosa intercesora de Israel, comenzó a cumplirse. La enseñanza bíblica de su hijo Samuel era, en manos de Dios, el medio por el que comenzó a levantar a Israel de la profunda caída de la época de los jueces. El impío Saúl, por su actuación radicalista, ya había inferido realmente un gran daño a la obra reformadora de Samuel. Pero David prosiguió con gran dedicación la renovación de la iglesia de su padre espiritual, Samuel. Le hubiera gustado edificar él mismo una Casa al SEÑOR, 2 S. 7. Pero, cuando el SEÑOR destinó esa obra al sucesor de David, aún hizo lo que pudo: David llevó el Arca de la Alianza a Jerusalén, 2 S. 6. David compró el terreno edificable para el templo, 2 S. 24: 24. David se cuidó anticipadamente del culto en el nuevo templo: reguló el sacrificio, la música del templo y por último, pero no lo menos, ¡David proporciona al pueblo de Dios una gran parte de su colección de Salmos!, cf. 1 R. 16: 37-43. Por tanto, tranquilamente podemos hablar de renovación de la iglesia que Dios, en base a la oración de Ana, realizó por la obra de Samuel y David.

Esto no obstante y por otra parte, no debemos creer, que a la muerte de David imperaron situaciones *ideales* en la iglesia israelita. También entonces la vuelta a Dios y a su Palabra fue aun bastante deficiente; incluso en un hombre como David.

### *Debilidad en David.*

Cabe preguntarse si en la casa de David y Mical hubo una estatua de ídolo (*teraphim*), 1 S. 19.

Pero incluso cabe dudar, que cerca de un hombre de reforma como David fueran limpiados de un solo golpe todos los restos de la época apóstata de los jueces. Esto puede darle relieve al Salmo 16 después, cuando citemos un par de ejemplos de aquella vieja levadura.

David, poco antes de su coronación por la casa de Judá, aún era amigo del príncipe filisteo Aquis, y, por su medio, indudablemente de muchos más filisteos importantes.

Al lado de esto, a veces encontramos una notable ignorancia de los preceptos de la Thorá, tanto en David mismo como en su familia. Su hija Tamar pareció no saber que estaba prohibido en la Thorá el matrimonio con su hermanastro, Lv. 18: 9, 2 S. 13: 13. Y en todo su celo por la restauración del culto del tabernáculo, evidentemente David no supo que el Arca de Dios debía ser portada por Levitas, y no en un carro, Nm. 7: 9, 2 S. 6: 3. Tampoco era según la Thorá, que Arca y Tabernáculo estuvieran separados. Ciertamente colocó David el Arca en una tienda especial en Jerusalén (lo cual, en sí mismo, era una pequeña renovación de la iglesia), pero el tabernáculo siguió estando sin arca en Gabaón, 1 Cr. 15: 1, 2 Cr. 1: 2-5. Y que Gabaón era una ciudad medio pagana, de la que muchos habitantes «no eran de los hijos de Israel, sino del resto de los amorreos», 2 S. 21: 2; e incluso cuando el celoso y reformador rey David murió, parece que el pueblo aún tenía por costumbre sacrificar en lugares altos, 1 R. 3: 2. Finalmente, se ha indicado el hecho que, incluso bajo el reinado de David, los cananeos no fueron exterminados completamente. En lugar de eso, hubo «abundantes signos de mezcla, por ejemplo, 2 S. 8: 18 y 23, y concretamente los vs. 37-39.

De pasada, podemos hacer notar, que de estos hechos también podemos aprender paciencia, cuando el SEÑOR nos hace vivir circunstancias eclesiales deficientes, o cuando también nosotros, en nuestra propia época, debemos constatar, que la vuelta a Dios y su Palabra es siempre «obra de nunca acabar», imperfecta (1Co. 13: 9).

*¿Cuándo?*

¿Cuándo, pues, compuso David el Salmo 16? La fecha que se ha sugerido es: en los siete años que fue rey sobre Judá en Hebrón. Entonces pudo decir: «las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos», v. 6. Después de ser perseguido durante años por Saúl, obtuvo tranquilidad en Hebrón. Empero, al mismo tiempo, aún tenía razón para orar así: «Guárdame, oh

Dios, porque en ti he confiado», v. 1. David reinaba sobre un reinecillo liliputiense que estaba incrustado entre el poderoso reino filisteo y el del hijo de Saúl, Isboset, y el veterano Abner. Sin embargo, el conjeturar hace errar. Los mencionados argumentos no nos obligan a pensar en aquellos siete años. De hecho, David vivió durante muchos años sobre un volcán, y siempre corrió peligro de caer en manos asesinas, de manera que tenía razones para orar así: «Guárdame, oh Dios...» Además, David no era el hombre que sólo en las situaciones idílicas cantara: «Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos». El poeta de la frase conocida: «nada me falta(rá)» del salmo 23, también era un creyente valiente que, por así decirlo, en la cueva de Adulam muy bien puede haber cantado: «Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos», cf. Sal. 4: 7, Sal. 34.

Por consiguiente, no nos atrevemos a colocar este salmo en una fecha exacta, pero sí queremos leerlo dentro del gran marco de los entuertos del tiempo de los jueces y el movimiento, aún no completamente generalizado en Israel, de retorno a Dios y su Pacto, tal como podemos conocerlo por los libros Samuel 1 y 2. Así pues, leemos este Salmo 16 como nacido en una fecha y no como algo vagamente religioso, y lo entendemos históricamente situado y no como un poema pálidamente «piadoso» y supratemporal.

## 2. Vs. 1-4: UNA CONFESIÓN FIRME Y RESUELTA.

Por tanto, ni Samuel ni David pudieron enderezar todo lo torcido en Israel. Pero, cuando escribe el Salmo 16, David tomó para su propia casa y vida una decisión atrevida: De aquí en adelante, se acabó con todos los rivales del SEÑOR y con todo lo que se parezca a idolatría. El SEÑOR es mi único Señor y mi dicha suprema. En los versículos 1b, 2, 4, 5 y 8, David da a conocer la ruptura radical de su casa con toda influencia idólatra, y confiesa su firme resolución de vivir sólo con el SEÑOR.

Ahora comentamos primero los vs. 1-4:

Versículo 1:

*«Guárdame, oh Dios,*
*porque en ti he confiado».*

Es natural que ante estas palabras pienses en un peligro de muerte para David; pero, ¿cuándo no lo tuvo? Le ocurrió cuando huyó de Saúl; pero asimismo, cuando fue rey, pues la Biblia también conoce asesinatos de reyes.

Pero David quizá pensó en ¡ser guardado en la Palabra! Pues, dada la apostasía de los siglos precedentes, no era ciertamente una oración superflua para un israelita, cf. v. 4. Su propio hijo Salomón, en su ancianidad, ¿no volvió a resbalar en la imponente religiosidad cananea? ¿Piensas que David se consideró estar por encima de semejante caída? Ya le oímos hablar de otra manera en 1 S. 26: 19. Si esta sospecha es exacta, en esta oración también podemos escuchar este temor: «Guárdame, oh Dios, *del espíritu del siglo,* porque en ti he confiado (me escondo)». ¿Qué peligro, pues, pudo haber tenido a la vista? En cualquier caso, David no buscó su seguridad en el poder militar o en hábiles alianzas con otras potencias, sino que decidió renunciar a todo esto, y confiar: «¡Confío en *ti* (me escondo en *ti*)». Y ¿en quién nos podríamos esconder seguros contra el espíritu de nuestro siglo si no es en ese mismo SEÑOR?

Versículo 2:

> *«Oh alma mía, dijiste a Jehová: Tú eres mi Señor;*
> *no hay para mí bien fuera de ti»,*[2].

Aquí vemos claramente, que David, antes de escribir el Salmo 16, ya había tomado una decisión firme. En un momento dado, dijo resultamente al SEÑOR: ¡En adelante, Tú eres el único para mí!

¿Acaso esto no era lo más lógico para un israelita? Naturalmente; pues la ley fundamental del pacto de Horeb decía: «Yo soy Jehová tu Dios (...), no tendrás dioses ajenos delante de mí», Ex. 20: 2-3. ¡Pero no se olvide la *situación* en que David confesó esto! La época de los jueces apenas había hecho que terminar y el retorno al pacto de Horeb acababa de empezar. Canaán aún estaba llena de cananeos. En todas partes podías ver gentes que servían a los Baales y esperaban lluvia y abundancia de Astarte; y practicaban fiestas populares en honor de aquellos dioses con su prostitución religiosa (co-

munión sexual de unos con otros), lo cual ejercía una poderosa fascinación sobre todos los israelitas que eran muy débiles. En una *época* semejante, la confesión de David volvió a sonar ahora no tan normal como quizá parece. Al menos él no consideró superfluo expresar claramente, cómo era su relación para con el SEÑOR mismo (v. 2), y para con el pueblo del SEÑOR (v. 3).

Versículo 3:

*«Para los santos que están en la tierra,*
*y para los íntegros, es toda mi complacencia».*

Todos los israelitas eran personas santas, cf. Ex. 19: 6, Dt. 12: 2, Sal. 34: 9; porque el SEÑOR les había colocado a su lado y les había hecho aliados del Dios Santo. Pero, en tiempos de David, vivían en el país no sólo israelitas, sino también muchos paganos. Ya hablamos hace un momento acerca del pagano Gabaón. Los filisteos, en los años jóvenes de David, ejercían aún gran poder en el país prometido a Israel. Los cananeos aún no habían sido erradicados. De hecho, Israel había vivido entre ellos durante toda la época de los jueces, cf. Jue. 1: 27 y ss. En una palabra, David vivió con paganos y santos en un solo país. Lazos de amistad y relaciones estrechas con gentiles significaban un peligro diario para un israelita.

Pero, ¿qué confiesa David ahora en este versículo? No sólo que quería expresar abiertamente, que sólo serviría al *SEÑOR*, sino también que su corazón se dirigía al *pueblo fiel de Dios:* los santos en el país, éstos (y no nuestros paisanos paganos) son la gente señorial a quienes deseo todas mis satisfacciones. Aunque todos los israelitas, hasta cierto punto, fueron «santos», siendo herederos del Pacto, David habrá tenido en cuenta aquí a aquellos que llevaban con honor este nombre. Por tanto, en la confesión de David deberemos pensar en los israelitas que eran «de la dirección de Ana»: los humildes, los piadosos; gentes que habían acompañado el movimiento de Samuel para un retorno hacia Dios y su Palabra; santos que vivieron su santidad histórica que databa desde Abraham y Horeb, «perfeccionándola en el temor de Dios» (para usar una expresión del apóstol Pablo), 2 Co. 7: 1, cf. Sal. 34: 9. Estos eran fieles amigos de David.

Y esto, a pesar de que, también entonces, ya debías buscar los piadosos no en primer lugar en los círculos encumbrados, sino entre las gentes pobres y pequeñas. Justos, piadosos y pobres son, frecuentemente, tres palabras para la misma clase de israelitas, cf. cap. 2, 3. Pero no creas que David los desdeñase. El amó a Dios y, en consecuencia, también al pueblo de Dios. En la cueva de Adulam ya reunió en torno a sí a cientos de aquellos piadosos pobres, quienes, en pugna con la Thorá, eran oprimidos y amargamente afligidos por acreedores a causa de los destruidos fundamentos bajo el mundo israelita (que no era precisamente un grupo de camorristas y moscardones), Sal. 11: 3, 1 S. 22: 1-3[3]. David amó a este pobre pero piadoso pueblo, y no se le ocurrió sentirse elevado por encima de ellos por razones de posición social. Cuando más tarde llevó el arca a Jerusalén, caminó vestido sencillamente y danzó entre sus esclavos y esclavas. «¡Cuán honrado ha quedado hoy el rey de Israel», -le reprochó su mujer Mical a su llegada a casa-, «descubriéndose hoy delante de las criadas de sus siervos», 2 S. 6: 20.

En este versículo, David se hace cargo de esa actitud. Esos, esos son sus amigos. Esos «demacrados» (como a veces les describe plásticamente el idioma hebreo), esos danzan de gozo cuando es restaurado el culto del SEÑOR. Estos socialmente insignificantes eran, a los ojos de David, los auténticos distinguidos en el país. David vio irradiar algo de la hermosura de Dios de estos «mansos de la tierra», cf. Sal. 35: 20, a los que su mujer miraba con desprecio. El les consideró como «sus eminencias los fieles siervos de Yahvé»[4]. Eran -¡y aún lo son en nuestro tiempo!- portadores de un honor más alto que el que gentes mundanas como Mical pueden prestar. De ahí que David, totalmente en el espíritu de este salmo, respondiera al saludo burlón de su mujer: -Efectivamente, en las esclavas a las que te refieres quiero aumentar en consideración, 2 S. 6: 22. Los amigos de Dios eran los amigos de David.

Versículo 4:

*«Se multiplicarán los dolores de aquellos*
*que sirven diligentes a otro dios.*
*No ofreceré yo sus libaciones de sangre,*
*ni en mis labios tomaré sus nombres».*

Esto es lo que también David vio con sus propios ojos: cómo los pobres paganos nunca y en ningún momento estaban seguros del favor de sus caprichosos dioses, pero día tras día estaban ocupados en contentarles con interminables sacrificios o regalos. Ellos *«sirven»* según el favor de sus dioses, dice David muy agudamente.

Satanás ha sabido llevar a los pobres paganos a las necesidades más grandes, como el beber sangre. Según parece, también israelitas han esperado algo de esto. Así entrabas en contacto enseguida con el mundo de los dioses[5]. Ya hablamos acerca del culto disoluto a Baal y Astarte. En él acontecía incluso la bestialidad (relación sexual con animales, Dt. 27: 21). Y en Moab tenían un dios -«Quemos, ídolo abominable de Moab»- al que, en tiempos de necesidad, hacían «servir», según sus caprichos, mediante sacrificios de niños. Allí hospedó David a sus padres (cf. 1 S. 22: 3 y ss.) y, por consiguiente, puede haber oído los relatos acerca del culto de Quemos[6]. Quizá al escribir «se multiplicarán los dolores de aquellos que sirven diligentes a otro dios», David recordó los inimaginables sufrimientos de unos padres que ofrecieron su hijo en sacrificio. Satanás no sabe lo que es compasión: padres sacrifican sus hijos..., cf. Lv. 18: 21, 2 R. 3: 27, 16: 3, 17: 17 y 31, 21: 6, 2 Cr. 33: 6, Sal. 106: 36-38, Ez. 16: 21, 20: 31. Y para Israel el culto a los dioses era, pues, doblemente doloroso, porque el SEÑOR imputaba doblemente este mal según el segundo mandamiento del pacto de Horeb, y en torno al cual llegaba con su maldición del Pacto, Lv. 26, Dt. 28, 29 y 30. La época de los jueces había aportado suficientes pruebas de ello, como David aún lo pudo ver en el poder de los filisteos en la tierra prometida.

También en nuestro tiempo se cumple constantemente este versículo: Muchos son los dolores de quienes sirven a otros dioses, antes que al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Los templos con imágenes de ídolos ya no están de moda. ¿Pero no forma la Cristiandad misma un templo viviente? 1 Co. 3: 16 y ss., 2 Co. 6: 16, Ef. 2: 21. ¿Y el hombre autónomo post-cristiano de nuestro tiempo no se ha asentado a sí mismo en el templo de la Cristiandad para hacer ver que *él* es un dios? 2 Ts. 2: 4. ¿Y con ello no vivimos el cumplimiento de 2 Ts. 2? ¿Quién sigue esperando aún al anticristo como

una sola persona? Como nosotros también hablamos en singular de «*la* ciudad del futuro», «el hombre medieval» o «*la* mujer moderna», pero teniendo en mente un plural de ciudades, hombres y mujeres, así habla Pablo también en singular de «*el* hombre de pecado», pero se refiere a un determinado *tipo* de hombres, un millón de los cuales pueden andar dando vueltas, y todos los cuales pueden ser caracterizados con la palabra: ilegalidad, anarquía, endiosamiento. Al hombre de pecado (2 Ts. 2: 4) o anticristo (1 Jn. 2: 18) puedes verlo en mil clases de aspectos en las calles de las grandes ciudades de nuestra Cristiandad apóstata. Y este ídolo «Hombre de pecado» podía, en alguna ocasión, atormentar más fuertemente a sus adoradores, martirizarles más vilmente, desesperarles más profundamente y arrojarles en mayor suciedad que jamás los dioses cananeos hicieron con sus esclavos. ¡Cuán llenos de *angustia* se hallan esos pobres modernos servidores del hombre-ídolo! Su música, su arte, su filosofía, sus periódicos, revistas y películas echan pestes y dan puntapiés contra todo lo que es norma, y al mismo tiempo están llenos de angustia y fijación por lo absurdo y sin sentido de la vida-humana-sin-Dios[7].

Lo que unos hacen, deben saberlo otros, pero *yo* no quiero tener nada que ver con ellos, dice David. Incluso sus nombres no quiero tenerlos en mis labios; lo cual tampoco hace en este salmo. Como el SEÑOR, por otra parte, también lo ha ordenado: «Nombre de otros dioses no mentaréis, ni se oirá de vuestra boca», Ex. 23: 13, cf. Jos. 23: 7, Os. 2: 16, Sof. 1: 4, Zac. 13: 2. Lo cual es una indicación para nosotros con el fin de que sobre todo hablemos positivamente. Con las Escrituras en las manos, debemos decir cómo están las cosas realmente, y cómo debieran ser. También a los dioses de la época se les puede denunciar tranquilamente.

### 3. Vs. 5-8: LA MEJOR PARTE.

Por tanto, a David le hizo sufrir mucho el culto a los ídolos. ¡Cuán infinitamente mejor se sintió apartado del mismo! «Oh alma mía, dijiste a Jehová: Tú eres mi Señor; no hay para mí bien fuera de ti», v. 2. En los versículos 5-11 cuenta por qué el SEÑOR es su Único y su Todo.

Versículo 5:

*«Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa;*
*tú sustentas mi suerte».*

La expresión «porción de mi herencia» tenía un sentido amoroso por excelencia en los oídos de un piadoso israelita. Su «porción de herencia» tenía que ver totalmente con el SEÑOR. Era su trozo de terreno que el SEÑOR había designado manualmente -a saber, mediante sorteo, Pr. 16: 33-, como su posesión segura, duradera e inalienable que después pasaría a manos de sus hijos y nietos, y que ni incluso al rey tenía necesidad de traspasar (Nabot, 1 R. 21). Sólo a los Levitas no había dado tierra el SEÑOR. Con ellos estableció un pacto extraordinario con el que les prometía: Levitas, Yo soy vuestra porción, Nm. 18: 21, Dt. 10: 9, 18: 1, Jos. 13: 14 y 33, 14: 3. Aunque cualquier israelita, naturalmente en base al pacto de Horeb, muy bien podía exclamar como los Levitas: «Jehová es la porción de mi herencia», cf. Sal. 73: 26, 119: 57, 142: 5, Lm. 3: 24.

David usa aquí esa expresión «levítica» para indicar su suerte. ¿Estaban los idólatras eternamente ocupados en *servir* a los deseos de sus dioses? (v. 4). ¿Ponían por ello sobre el altar sufridamente su dinero, sus bienes, su dicha e incluso sus hijos? ¡David podía llamar a Dios la *porción de su herencia!* Y una herencia no la *arriendas* por un par de meses; ni *pagas* por ella. Es algo que *recibes* y lo *retienes* de por vida. Nada extraño, pues, que David exclame en el v. 6: «Mi heredad (el SEÑOR) es preciosa para mí» (versión Biblia de Jerusalén).

Además, también llama al SEÑOR: «mi copa».

Como un padre israelita llenaba con su propia mano la copa para su familia, así el SEÑOR llena la copa de la vida de sus hijos, cf. Sal. 11: 6, 23: 5, 75: 8, Lm. 4: 21. ¿Y qué había designado el SEÑOR a David? ¡A él mismo!

Versículo 6:

*«Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos,*
*y es hermosa la heredad que me ha tocado».*

En el v. 5, David había dicho expresamente: «Tú sustentas mi suerte». En efecto, así lo había visto siempre David.

¡Cuán claramente lo dejan ver los libros Samuel: David mismo *nada* hizo por ocupar el trono. Dios mismo se lo había procurado a él. Dios mismo había derrotado a los enemigos de David, y había hecho que los hombres de Judá e Israel vinieran a *pedir* a David si quería hacerles el favor de ser su rey, 2 S. 2: 4, 5: 1-5. Entonces, aquel pobre y abatido hombre logra ver «la dulzura del Señor» (versión Biblia de Jerusalén, cf. Sal. 90: 17), y le fue permitido «apacentar» a Israel como sub-pastor o segundo pastor del SEÑOR, 2 S. 5: 2.

Sin duda, también en esto había visto David la dirección del SEÑOR en su vida, la cual le había deparado «una hermosa heredad»; pues, ¿no es un trabajo dulce pastorear al pueblo de Dios? Pero su porción-por-excelencia era el SEÑOR. ¡Qué encantadora porción, especialmente si la compras con los dolores que los ídolos causan a sus esclavos!

¡El SEÑOR es un Dios tan dulce![8].

Versículo 7:

*«Bendeciré a Jehová que me aconseja;*
*aun en las noches me enseña mi conciencia».*

Una vez más, una profunda diferencia entre Dios y los ídolos. Estos nada dicen. David ha visto centenares de ellos: trozos de piedra con cara de gruñón, de tonto y de hipnotizado, con sus ojos sin vida, sus bocas mudas y sus corazones muertos. ¡Jamás dicen algo!, Sal. 115 y 135. Lo mismo que los ídolos modernos. Si sufres alguna vez una gran pérdida, si tienes alguna vez un gran disgusto, si pones tu mirada en las puertas de la muerte, ¿qué dicen entonces dioses como el dios del dinero, del deporte, etc.? -¡Nada! Pero, ¡he ahí, una vez más, el Dios Viviente! ¡El único Dios que *habla* a su pueblo y le *aconseja* en su Thorá o enseñanza! También por ella había dado consejos a David.

A este respecto, no debemos olvidar, que David vivió durante su vida en el clima de la Palabra de Dios. Fue discípulo de Samuel quien, a su vez, fue discípulo de su madre, la profetisa Ana. Durante su período de huida estuvo acompañado por el sacerdote Abiatar, y los sacerdotes de Israel estaban encargados de impartir la enseñanza de la Palabra de Dios. Además, alrededor de David nos encontramos a los profetas

Natán y Gad. Estos hombres habían aconsejado a David; naturalmente desde la Thorá de Moisés, pues ésta era entonces la Biblia.

Téngase en cuenta, de manera muy concreta, esto:

David fue perseguido durante un par de años; estaba tras él un asesino; y Dios ya había hecho ungir rey a David. ¿Qué debía hacer David ahora? ¿Tomar el poder? ¿Iniciar una guerra de guerrillas contra Saúl? ¿Decretar una proclamación en este sentido: -«Israelitas, yo soy el pretendiente legal al trono. Saúl, por su cuenta, se ha privado a sí mismo del derecho a llamarse por más tiempo la autoridad «lagal». ¡A las armas!»? Así ocurrió muchas veces en el posterior Reino de la Diez Tribus. ¿Qué debió hacer David, cuando en dos ocasiones Saúl yacía a sus pies? En estas y parecidas ocasiones, el SEÑOR había dado consejo a David; y también alguna vez por medio del sumo sacerdote con su efoz (*'urim* y *tummim*), 1 S. 23: 9-12, 30: 7; pero, en nuestra opinión, regularmente por medio de la Palabra y los maestros de la Palabra en su entorno. ¿Qué clase de consejo, pues, podía sacar David de las Sagradas Escrituras para su situación? Pues bien, mirarse en el ejemplo de Abraham, el cual también había querido echar mano del SEÑOR para el cumplimiento de la promesa de Dios casándose por propia iniciativa con Agar, Gn. 16: 1-4. ¡Vaya un consejo para pasar a Dios el cumplimiento de las promesas divinas! También podíamos recordar las experiencias de Josué y Caleb, quienes en su tiempo, igual que David más tarde, sufrieron enormemente bajo los pecados de sus hermanos-en-la-iglesia. Esto no obstante, Josué y Caleb debieron volver a entrar en el desierto durante cuarenta largos años. ¿Y cómo? ¿Murmurando? ¿En una actitud de protesta? -No; aceptando de la mano de Dios aquel sufrimiento en la iglesia, y entregándose a El que juzgará rectamente. Qué gran *consejo* pudo sacar David de esto, para, de momento, *inclinarse* bajo las actitudes llenas de doblez e injurias en las que Dios le había colocado. Sin poderse tomar el derecho por sus propias manos, por ejemplo, matando al dormido Saúl.

Sí, David era un auténtico justo. Un hombre como lo pinta el Salmo 1: ocupado día y *noche* con la Palabra de Dios. David se encontraba, hasta en lo más profundo de sus entrañas, presa

de la Palabra de Dios. A este respecto, las Escrituras, lo mismo que nosotros, usan las palabras «corazón» o «riñones» siguiendo el lenguaje de la Biblia, diciendo: -«Es un marinero de corazón y riñones». En las Escrituras, los «riñones» indican la vida afectiva humana, nuestro mundo de los pensamientos; a veces, con ella se significa o se quiere decir lo mismo que con «corazón». Asaf estaba irritado en sus «riñones», mientras la línea o versículo paralelo habla de un «corazón» amargado, Sal. 73: 21. Los «riñones» (entrañas) pueden alegrarse, Pr. 23: 16, y añorar, Job 19: 27. Una persona puede tener la boca llena de Dios, mientras que El, de hecho, está lejos de sus riñones (corazón), Jer. 12: 2. Pero los riñones o pensamientos y la vida sentimental de David estaban tan regidos e instruidos por la Palabra de Dios, que él, como poeta hebreo, aquí en el salmo 16 pudo decir de un golpe, para variar: «*Jehová* ... me aconseja», «aun en las noches me enseña mi conciencia (mis *riñones)»*. Estas eran dos maneras de decir que objetivamente equivalían a decir lo mismo; porque la Palabra del SEÑOR resonaba en los riñones de David. Lo que la Palabra de Dios había «cargado» en ellos durante el día, afloraba de noche cuando David yacía pensando.

¿Y qué le enseñan entonces sus riñones? Lo mismo que las Sagradas Escrituras: cuál debía ser la actitud de David en la enemistad de los soberbios en la iglesia, cuál debía ser su actitud mientras el cumplimiento de las promesas de Dios se hacían esperar, cuál debía ser su actitud frente a Saúl y sus descendientes. En una palabra: sufrir, esperar, no degollar, no pagar mal por mal, dar lugar a la ira... de Dios, no avergonzarse de los justos pobres, sino recibirles generosamente en la cueva de Adulam.

Versículo 8:

*«A Jehová he puesto siempre delante de mí;*
*porque está a mi diestra, no seré conmovido»*[9].

Esto ya lo advertimos en el v. 7. David fue alguien que, día y noche, «con corazón y riñones» estaba *en* la Palabra de Dios, cf. 1 Ti. 4: 15. David caminaba con Dios, su Consejero y Protector. Muy consciente prestó su atención constantemente al poder, fidelidad y promesas del SEÑOR. Y pues-

to que el SEÑOR estaba junto a él como Ayudador, David confió: Jamás «seré conmovido». A este respecto, David también habrá pensado en su posición frecuentemente tambaleante en esta vida, en la que el SEÑOR le había sostenido, pero también habrá tenido presente un futuro más lejano. Pues, en el Salmo 15, ya le oímos confesar, que «no resbalaría jamás», con lo cual su mirada se extendía más allá de la muerte y del sepulcro.

## 4. ¿MIRAN MÁS ALLÁ DEL SEPULCRO LOS CREYENTES DEL ANTIGUO TESTAMENTO?

Ahora rompemos momentáneamente la consideración del Salmo 16, para señalar un malentendido ampliamente extendido que, de otra forma, podría jugarnos una mala pasada en la exégesis del Salmo 16, vs. 9-11. Pues, cuando se trata de los creyentes del Antiguo Testamento, aún se puede oír o leer, que su expectativa religiosa no iba más allá del sepulcro[10]. La perspectiva de una vida eterna habría sido concedida a los creyentes bajo el Nuevo Testamento. Antes de este tiempo, según se afirma, todo dependía mucho más de la única carta de esta vida temporal. De ahí que, bajo el Antiguo Pacto, la salvación también estuviera mucho más teñida de lo terrenal. Los piadosos esperaban bendiciones «terrenales», como una familia numerosa, una cosecha buena, un rebaño productivo, una nación floreciente. Bajo el Nuevo Testamento, el acento llegaría a estar mucho más sobre asuntos «espirituales», como el amor, el perdón de pecados y la vida eterna.

Con lo cual, chocamos contra esa parte inferior del espíritu de nuestro siglo, que conocemos como el evolucionismo. Pues, éste, como se sabe, no sólo se ha atribuido una autoridad doctrinal infalible acerca del origen del mundo, sino también acerca del conocimiento de Dios. Como si ese conocimiento, a lo largo del tiempo, se hubiera hecho más noble, más elevado y más sublime, y con ese conocimiento, Dios mismo. ¡Qué fantasía! Fue pura fantasía evolucionista por parte de J. Wellhausen, dividir en grados el Antiguo Testamento. En lo cual vemos siembras del gnosticismo, enemigo principal de la iglesia, por lo que el apóstol Pablo avisó tan seriamente,

1 Ti. 6: 20, 2 Tim. 2: 16 y ss., cf. Hch. 29: 30, 1 Jn. 1: 1-5. Pues, con sus muchas tesis infundadas formó, según palabras de Pablo, una gangrena en la doctrina cristiana. De este clima pagano y satánico procede también la «antítesis» entre el Antiguo y Nuevo Testamento[10a].

Cuando se es mordido por este perro gnóstico (y quién no lo fue), surgen dificultades de lectura en el Salmo 16. Pues, si a los últimos versículos de este salmo se los mira desde la mencionada antítesis entre Antiguo y Nuevo Testamento, entonces se debe llegar realmente a la conclusión de que David, como es natural, difícilmente puede haber esperado en la vida del siglo venidero y, en consecuencia, sólo puede haber expresado como su esperanza, que el SEÑOR le concediera prolongación de la vida a este lado del sepulcro. De ahí que dilatemos un poco el tratamiento de los vs. 9-11 del Salmo 16, para que nos hagamos cargo de lo que los creyentes del Antiguo Testamento esperaron del futuro.

*Marta.*

En Israel, los creyentes deben haber confiado, que su vida recibiría una continuación después de la muerte. Al tratar del Salmo 15 ya nos preguntamos, cómo Marta, quien también vivió aún bajo el Antiguo Pacto, pudo confesar de su fallecido hermano Lázaro: «Yo *sé* que resucitará en la resurrección, en el día postrero», Jn. 11: 24. ¿Ya podía leer esto también en su «Biblia»? En tiempo de los reyes ya había ocurrido por tres veces, que el SEÑOR había resucitado a un muerto: 1 R. 17: 22, 2 R. 4: 29 y ss. 13: 21, cf. 5: 7. Al hijo de la viuda de Sarepta, al hijo de la sunamita y a un desconocido que fue arrojado al sepulcro de Eliseo. Precisamente porque *Israel* era un pueblo que aún esperaba la resurrección de los muertos, pudo Ezequiel contemplar en visión el retorno de Israel del destierro bajo la imagen de un valle de huesos secos, los cuales se volvieron personas con nervios, carne y piel, Ez. 37: 1-14, cf. Dn. 12: 13[11].

Esto no obstante, ahora queremos limitarnos a ejemplos del tiempo de David. Pues, bajo la influencia del modo de pensar evolucionista de nuestro tiempo, aún se podía pensar, que la fe en la resurrección de los muertos podría ser

el «producto» de un posterior «estado de desarrollo» de la religión. Nosotros, como es natural, trataremos nuestros ejemplos teniendo en cuenta la regla número 1 de la exposición de las Escrituras: ¡Comparar Escrituras con Escrituras! Por el momento, nadie puede explicar mejor la Palabra de Dios que la Palabra de Dios misma.

*La iglesia anterior al diluvio.*

En los días de Enós, nieto de Adán, se comenzó a hacer lo que David, aquí en el Salmo 16, llama: confiar (refugiarse) en Dios, Gn. 4: 26, Sal. 16: 1. Estos primeros creyentes confiaron en las promesas de Dios: promesas de paz y restablecimiento de la íntima comunión del paraíso. Creyeron firmemente: ¡Dios reserva *vida* para nosotros! Y desde el sacrificar los mejores animales que Dios había aprobado, habrán deducido que esta vida restaurada se volvería su porción en la entrega de lo mejor de los hombres en la muerte.

Así pues, estos creyentes anteriores al diluvio también sabían, que Dios, antes de la restauración de la comunión del paraíso, primero juzgaría al mundo, Judas 14-15. Ya Enoc creyó tan firmemente esto, que anunció este juicio de forma realmente profética en pretérito indefinido: «He aquí, *vino* el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas las obras impías que han hecho impíamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él», Judas 14-15. La objeción de que Enoc ha aludido evidentemente al diluvio venidero no termina, pues Judas escribe movido por el Espíritu Santo, que Enoc habló «también de éstos», a los que Judas se refería en su carta. De manera que Enoc, según Judas, ya anunció, antes del diluvio, el Juicio Final.

*Los patriarcas.*

Tampoco se tenga una opinión desfavorable de la fe de los patriarcas. La carta a los Hebreos sabe contarnos cosas importantes al respecto. Naturalmente, Abraham tuvo la promesa divina: «Yo soy el Dios Todopoderoso», «Yo soy tu escudo» (tu Gran Rey y Aliado)[12], Gn. 17: 1 y 15: 1. Hablando con propiedad, ¿qué no dio Dios a Abraham en aquella prome-

sa? Por tanto nosotros, como iglesia del Nuevo Testamento, decimos: En semejante promesa, Dios nos regala nada menos que el *Cristo.* Sencillamente, Dios no tiene más que darnos. Quien recibe al Cristo de Dios, recibe sabiduría, justificación, vida eterna..., en una palabra, todo; pues Cristo es el Heredero de todo, cf. 1 Co. 1: 30, He. 1: 2.

Por otra parte, ¿no citó nuestro Salvador mismo precisamente esta promesa cuando quiso tapar la boca a los saduceos con una pregunta capciosa acerca de la resurrección de los muertos? El texto, «Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob» era, según el Señor Jesús, la *prueba* de que los saduceos trataban de cambiar la resurrección de los muertos, Mt. 22: 23-33. Puesto que Dios apretó su lazo de unión con las personas mencionadas tan íntimamente que, incluso después que hubieran muerto, quiso llamarlas, Dios se había tomado la obligación de resucitarlas de la muerte. El «no es Dios de muertos, sino de vivos»; por consiguiente, Dios «debe» resucitar de la muerte a Abraham, Isaac y Jacob, y a todos los que participan en la promesa hacha a ellos. Por tanto, según Jesucristo, esto ya «estaba» en la antigua promesa del Pacto.

También la carta a los Hebreos no deja lugar a dudas respecto a que Abraham ya esperó algo más que únicamente la tierra de Canaán, y una gran descendencia. «Porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos -(en contraposición con las ciudades pasajeras de este mundo)-, cuyo arquitecto y constructor es Dios», He. 11: 10[13]. Los creyentes de la economía antigua aún no recibieron efectivamente esta ciudad, pero (sí) la vieron y saludaron de lejos, cf. He. 11: 13. Nuestro Salvador también supo cuán de lejos Abraham había echado un vistazo al futuro: «Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó», Jn. 8: 56; y según He. 11: 16, los patriarcas añoraron la patria celestial; con lo cual, según el mismo versículo, se daba a entender la *ciudad* que Dios les había preparado. De manera que podemos sacar la consecuencia, de que Abraham, Isaac y Jacob ya añoraron aquella ciudad que, en la visión de Juan en las últimas páginas de la Biblia, podemos ver descender *del* cielo (de ahí: una patria celestial), la nueva Jerusalén, Ap. 21: 9-22: 5. De esto se evidencia inmediatamente, que creyeron la resurrección de

los muertos y la vida del siglo venidero. Al menos Abraham lo confesó de forma indudable cuando se disponía a sacrificar a su hijo Isaac. Entonces «pensó que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos», He. 11: 19. De ningún modo está esto por primera vez en la Biblia en Daniel 12: 12. ¿Cómo, si no, habría confesado Jacob en su lecho mortuorio y en presencia de la muerte: «Tu salvación (*yesju'ah* =liberación) esperé, oh Jehová», Gn. 49: 18? ¿En qué otra cosa espera un moribundo hijo de Dios que en su salvación o liberación de la muerte por su resurrección? En esta misma fe en la resurrección de los muertos, José, al llegar la salida de Egipto, dio orden que recogieran sus huesos y los transportaran a la tierra prometida, He. 11: 22. ¿Por qué habría pedido esto, si no miró más allá de este lado del sepulcro?

*Moisés.*

Moisés, en una vida de sufrimiento por Dios y por su pueblo, se fortaleció al ver el galardón que, según su espera categórica, sería mucho más grande que los tesoros de Egipto, He. 11: 26. Pero habría sido un hombre muy profundamente desilusionado si hubiera esperado ese galardón en esta vida, pues, ¿qué recibió en ella? -No; también el hombre que primero oyó el nuevo nombre de Dios: «Jehová» (Yahvé) «Yo estaré contigo», cf. Ex. 3: 12 y 14, esperó la resurrección de los muertos y la vida del siglo venidero. Por boca de este «hombre de Dios», más tarde dijo el SEÑOR: «Ved ahora que yo, yo soy, y no hay dioses conmigo; yo hago morir, y yo *hago vivir* (yo mato y *resucito,* versión Bover-Cantera); yo hiero, y yo sano», Dt. 32: 39. Así pues, ¿no habría enseñado Moisés a Israel acerca del poder supremo de Dios sobre la muerte?

*Profetas y salmistas.*

Por consiguiente, los creyentes bajo la antigua economía no es verdad que comenzaron a creer la bienaventurada resurrección de los muertos después que fuese escrito Daniel 12: 13, o que Isaías escribiese: «Tus muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán», 26: 19; véase también Is. 25: 8. Adán y Eva, Enós y Enoc, Abraham y Moisés ya vivían de esta fe universal. Pues, de lo contrario, Ana jamás pudo

cantar: «Jehová mata, y él da vida; él hace descender al Seol, y hace subir», 1 S. 2: 6.

«Bienaventurados los mansos», dijo nuestro Salvador, «porque ellos recibirán la tierra por heredad», Mt. 5: 5. Con lo cual hizo oír, en cierto sentido, «antiguas buenas noticiasas», porque en el Salmo 37 ya se podía leer: «Porque los malignos serán destruidos (si esto no ocurre ahora, pasará ciertamente en el Juicio Final que Enoc ya había anunciado), pero los que esperan en Jehová, ellos heredarán la tierra. Pues de aquí a poco no existirá el malo..., pero los mansos heredarán la tierra, y recibirán con abundancia la gracia», Sal. 37: 9-11. Con esta promesa de la vida eterna exhortó el salmista a sus lectores a la paciencia, y resistieron indulgentemente, «a fin de obtener mejor resurrección», He. 11: 35. Dios les había prometido «la perfección», cf. He. 11: 40.

Por tanto, ¿los creyentes del Antiguo Testamento pusieron ya su mirada más allá del sepulcro? Nosotros respondemos, en base a las mencionadas citas de las Sagradas Escrituras, con un rotundo: -¡Absolutamente sí! El apóstol Pablo no fue ciertamente el primero en cuyo corazón brotase: «Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres», 1 Co. 15: 19. Ya Moisés bendijo a Israel con estas palabras: «El eterno Dios es tu refugio», Dt. 33: 27. Toda la historia de Israel puede servir como prueba de su confesión de fe: «Dios, nuestro Dios ha de salvarnos, y de Jehová el Señor es el librar de la muerte», Sal. 68: 20. (Los libros apócrifos no tienen para nosotros fuerza probatoria alguna, pero, esto no obstente, 2 Mac. 7: 9 y 13, son interesantes en este contexto).

## 5. Vs. 9-11: «CREO LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE Y LA VIDA DEL SIGLO VENIDERO».

Después de la digresión en los párrafos anteriores, pasamos ahora a los versículos 9-11 del Salmo 16:

*«Se alegró por tanto mi corazón, y se gozó mi alma;*
*mi carne también reposará confiadamente;*
*porque no dejarás mi alma en el Seol,*

*ni permitirás que tu santo vea corrupción.*
*Me mostrarás la senda de la vida;*
*en tu presencia hay plenitud de gozo;*
*delicias a tu diestra para siempre».*

Aquí David nos hace partícipes de su gozo anticipado de la alegría eterna. Sus versículos forman una variación de la confesión de Pablo: «Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida,... nos podrá separar del amor de Dios...», Ro. 8: 38 y ss. David no duda de que los lazos entre el SEÑOR y él son indisolubles. Incluso la muerte no puede quebrantar el pacto de Dios con él. «... Porque (Jehová) está a mi diestra, no seré conmovido», había dicho en el v. 8. Y ahora sigue en el v. 9 diciendo: «Se alegró *por tanto* mi corazón...» El fundamento para la firme esperanza de futuro de David de que la muerte no le separará del SEÑOR es, pues, precisamente su *vínculo* con el SEÑOR, quien está-junto-a-David. *Por tanto,* David puede realmente exultar de gozo lo mismo que nosotros cuando en medio de esta vida, rodeados por la muerte, recordamos las promesas de Dios acerca de nuestra bienaventurada resurrección en el Día Postrero.

David expresa su alegría haciendo uso del tan querido paralelismo de palabras y frases en los poetas semíticos. Habla preferentemente de cuatro maneras diferentes acerca de sí mismo, a saber, sobre «tu piadoso», «mi alma», «mi carne» y, sencillamente, «*me* (mostrarás)». Con cada una de estas cuatro expresiones, David se refiere a sí mismo, según escribió o dictó este salmo en su palacio. Como es natural, estas cuatro expresiones muestran alguna diferencia de matiz, pero ninguna de ellas intenta decir, que únicamente una determinada *parte* de David sería inmune a la muerte, sino que el David *total* no sería entregado o abandonado a la muerte. El paralelismo puede aclarar mucho aquí. Los versículos 9a, 10a y 11b dicen objetiva y sustancialmente lo mismo tres veces, sólo que con otras palabras. «Mi carne=»mi alma»=»tu santo». Y «reposará confiadamente»=»no dejarás en el Seol»=»no permitirás que vea corrupción». En lugar de «corrupción» se puede traducir también por: la tumba. Lo cual, naturalmente, no significaba que David esperase no morir nunca ni dejar de ser enterrado, sino que, como alma viviente y como hombre natural («carne»), *no para siempre* sería he-

cho una presa de corrupción en el sepulcro. El Señor Jesús expresó esto más tarde con estas palabras: «...el que guarda mi palabra, nunca verá muerte». Ciertamente morirá, pero no *permanecerá* muerto eternamente, Jn. 8: 51 y ss.[14].

El v. 11 lo traducimos en futuro: «Me mostrarás la senda de la vida (eterna)», cf. Pr. 2: 19, 3: 15, 5: 6. Aquí, el verbo «mostrar» significará: hacer experimentar. *En este contexto* traducimos también la frase: la vida *eterna*[15]. Pues en el versículo anterior ya se hablaba de la superioridad del SEÑOR sobre la muerte, y en las líneas paralelas del v. 11a se habla de «en tu presencia hay plenitud de gozo» y de «delicias a tu diestra para siempre». Tomando en conjunto todo esto y teniendo en cuenta la esperanza firme de los creyentes del Antiguo Testamento en la resurrección de los muertos, el juicio final y la vida del siglo venidero, no nos cabe la menor duda que David en este versículo se ha gozado en cuál sería su «porción» cuando el SEÑOR le levantase nuevamente del sepulcro. Acerca del «cómo» de todo esto no se expresa David, y «eso» colma su corazón. Pero también para nosotros que tenemos en la Biblia los pasajes de 1 Co. 15 y Ap. 21 y ss., el «cómo» (ocurrirá eso) aún está lleno de interrogantes y sorpresas.

## 6. PEDRO Y PABLO ACERCA DEL SALMO 16.

Entre los primeros cristianos, el Salmo 16 fue manifiestamente querido. Pedro habla acerca de él después de la infusión del Espíritu Santo, y Pablo predicó sobre él en la sinagoga de Atioquía de Pisidia, Hch. 13.

¿Cómo leyeron, pues, el Salmo 16?

*Predicación de Pedro en Pentecostés.*

Dirigido por el Espíritu Santo, Pedro acusó seriamente a los judíos de Jerusalén y a los convidados venidos de la diáspora, de ser la causa del asesinato jurídico de Jesús de Nazaret. A este crucificado, así dice Pedro, le habéis matado vosotros, pero Dios le ha resucitado de entre los muertos. ¿Prueba? ¡El Salmo 16! Después, el apóstol cita del mismo los versículos 8 al 11, y da una explicación de ellos, la cual, a primera vista,

parece contradecir la nuestra. «Varones hermanos», así dice Pedro, «se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy. Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, viéndolo antes, habla de la resurrección de *Cristo,* que su alma *(El)* no fue dejada en el Hades, ni su *carne* vio corrupción», Hch. 2: 29-31. Y nosotros pensamos justamente, que David había hablado de su propia resurrección. ¿Afirma Pedro ahora, que el Salmo 16 es aplicable exclusivamente a Jesucristo?

Pedro estaba lleno del Espíritu santo, Hch. 2: 4. Así pues, por boca de Pedro habló el Gran Autor de las Sagradas Escrituras mismo, y sobre la alta autoridad del Aquel podemos aceptar con toda seguridad, que el salmo 16 aun contiene más que lo que, a primera vista, puedes decir, a saber: también contiene profecía sobre la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. «A este *Jesús* resucitó Dios, de lo que todos nosotros (quizá los once estaban en torno a Pedro) somos testigos», Hch. 2: 32. Esto, sin embargo, no se podía decir de David, del cual sí «se os puede decir libremente, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy», Hch. 2: 29. ¿Fue, pues, inexacta nuestra explicación del Salmo 16? ¿El Salmo 16 se refiere *únicamente* a Jesús?

Aquí debemos distinguir bien los asuntos.

¿De qué hablaba Pedro? ¿Acerca de la resurrección de David? -No; ¡acerca de la resurrección de Jesús! Y para demostrar ésta, Pedro citó el Salmo 16. Con ello, Pedro no afirmó, que la esperanza de David acerca de su propia resurrección fuera vana. No se refería a eso. La frase «su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy» no incluye por sí misma, que también *permanecería* allí eternamente. Es seguro que Pedro no habría puesto ninguna objeción si añadiéramos el adverbio «aún»: «su sepulcro *aún* está con nosotros hasta el día de hoy». *Aún* sí; pero cuando venga Jesús, se abrirá, y, hasta ese Día, Dios no abandonará a David en el Seol. Su carne reposará allí *segura:* «confiadamente» en manos de Dios, Sal. 16: 9.

Pedro, pues, nos hace fijar la atención en esto: que Da-

vid evidentemente habló *no sólo acerca de sí mismo,* sino también acerca de su gran Hijo Cristo Jesús. El nombre «David» se refiere, en más lugares de las Escrituras, no sólo al salmista David, sino también a Aquel que nacería de su descendencia. Esta estrecha relación de David y Jesucristo es una premisa o presuposición de la explicación de Pedro de este salmo. Como se suele decir, aquí no se habla de ninguna disyuntiva, sino que el Salmo 16 profetiza tanto la resurrección de David como la de Jesús de entre los muertos.

*Predicación de Pablo en Antioquía.*

Del mismo modo que Pedro, Pablo en su predicación a los asistentes en la sinagoga de Antioquía no ha querido negar, que el Salmo 16 también habla de la resurrección de David. Pero lo mismo que Pedro, Pablo quiso demostrar desde las Escrituras la resurrección del Señor Jesús, y en este marco citó el Salmo 16. La explicación de Pablo del v. 10 fue ésta: «No permitirás que tu Santo vea corrupción. Porque a la verdad David, habiendo servido a su propia generación según la voluntad de Dios, durmió, y fue reunido con sus padres, y vio corrupción. Mas aquel a quien Dios levantó, no vio corrupción», Hch. 13: 35-37.

También aquí debemos leer benévolamente la Escritura. Quien hace uso de pretextos y rodeos y lee críticamente, aquí podría objetar: -«¿No vio corrupción Jesús? ¿No se inicia ésta tan pronto como una persona ha muerto? Por otra parte, Pablo puede querer relacionar ahora el v. 10 con Jesús, pero, sin embargo, en ese versículo leemos: «no dejarás mi alma en el Seol», y esto no obstante, Jesús murió verdaderamente». Semejante manera de leer la Biblia tiene que originar realmente un cortocircuito en su interpretación.

Es evidente que Pablo leyó el Salmo 16 igual que nosotros. El, al final del mismo, ha leído esta esperanza: -«Yo *estaré* muerto, pero no *permaneceré* muerto». Esta esperanza se cumplió primeramente en el Señor Jesús. El es también «primicias de los que durmieron», 1 Co. 15: 20. Murió realmente, pero no permaneció muerto. Rusucitó tan pronto del sepulcro que, incluso *hablando prácticamente,* no vio corrupción alguna. Pero esta

esperanza se cumplirá en el Día Postrero también para David mismo y con él para los que han amado la aparición-sobre-las-nubes del gran «David». Aunque esto último no era el tema de Pablo en la sinagoga de Antioquía, y también le debemos permitir que se limite a su tema: la resurrección de *Jesús.*

Entretanto, ya han transcurrido unos 3.000 años desde que David consignó esta esperanza de vida en el salmo 16. Y cuánto puede durar hasta que Jesucristo venga a llamar de sus sepulcros a los muertos. *Para David mismo* aquellos 3.000 años y ese tiempo de espera desconocido juntos, no duran más de un solo segundo. Como el esperar el retorno de Jesús para todos los creyentes dura a lo sumo una existencia humana. Después, es cuestión de un instante. Por esta razón, adhirámonos gozosos a la confesión de fe de David en el Salmo 16. Puesta nuestra mirada en Jesús, guardándonos en Dios como David, en comunión con todos los santos alabándole como nuestro Uno y nuestro Todo, detestando el culto sin esperanza y doloroso del hombre endiosado, en la certeza gozosa de que nunca tropezaremos teniendo a Dios a nuestra mano derecha, como hombres mortales, porque El nos espera detrás del sepulcro, llenas Sus manos de dulzura y listas para seguir repartiéndola a sus hijos por toda la eternidad.

NOTAS

1. Posíblemente, *miktam* significa: una inscripción grabada con letras de oro en una columna de piedra. Así M. Dahood, Psalms I (The Anchor Bible) , N. York 1966, 87, y II, 41, refiriéndose a la Versión de los Setenta: *stèlografia*.

2. M. Dahood traduce: «Yo he dicho: Oh SEÑOR, tú eres mi Señor y mi Bien, para mí no hay nada por encima de ti», Psalms I, 87.

3. Véase nota 3, cap. 2.

4. E. König, Die Psalmen, Gütersloh 1927, o. c., traduce *'addir* por «erlaucht» = eminente, augusto. L. Koehler, en su Lexicon, da el significado de: «poderoso (con el acento anexo de lo magnífico)».

5. Incluso Saúl debió oponerse a que los israelitas comieran sangre, 1 S. 14: 32-33, cf. Zac. 9:7.

6. Cf. J. G. Février, Journal Asiatique, CCXLVIII (1960) 183 y s.

7. H. R. Rookmaker, Modern art and the death of a culture, London 1970, passim.

8. El Salmo 16 ha proporcionado a los traductores muchos quebraderos de cabeza. También los vs. 5 y 6 son traducidos de manera diferente, aunque el asunto principal permanezca siendo el mismo: ¡Cuán bien me encuentro con el SEÑOR! M. Dahood, o. c., defiende la siguiente versión de estos versículos: «Oh SEÑOR, tú me has servido una copa de vino suave, tú mismo me has otorgado la suerte. Las cuerdas de medir han caído para mí en lugares agradables, y el Altísimo ha demarcado mi hacienda». Esta traducción hace resaltar muy bien la antítesis entre lo que los ídolos procuran a sus adoradores y lo que el SEÑOR regala a sus servidores: una copa de suave vino, lugares agradables. «El vino suave simboliza una existencia apacible y feliz en contraposición a la copa de ira/cólera que Jerusalén recibió de la mano del SEÑOR (Is. 51: 17) o la copa con posos amargos que los impíos deben tomar (Sal. 75: 8)».

9. Tiempo futuro, cf. E. König y M. Dahood, o. c.

10. La opinión dominante es, que, en estos versículos, no se puede leer el pensamiento de una resurrección de la muerte: H. J. Kraus (Psalmen I, 127); J. Hempel, Interpreter's Dictionary and the Bible III, 951; J. H. Eaton, Psalms, Introduction and Commentary, London 1967, 40. Sin embargo, M. Dahood, Psalm I (1965-66) XXXVI y 183, y Psalms III, pág. XLI-LII, aporta argumentos a lo contrario. En total señala la fe en la resurrección y en la «inmortalidad» en casi 40 textos del Antiguo Testamento. Véase también Psalms III, pág. XLV.

10a. Por gnosticismo entendemos un complejo de errores de la época apostóloca y postapostólica que, a la larga, no dejaron intacta parte alguna de la fe cristiana. El Apóstol lo llamó «profanas pláticas sobre cosas vanas» y «argumentos de la falsamente llamada ciencia (= gnosis)», 1 Tim. 6: 20. Nosotros observamos la repercusión (o nuevo renacer) de este llamado conocimiento «más profundo» de Dios, entre otros, en los asuntos siguientes:

-En la crítica al modo de hablar de la Sagrada Escritura acerca de las manos de Dios, del rostro de Dios, del arrepentimiento de Dios, de la tristeza de Dios.

-En la manera desdeñosa de hablar acerca de la creación de Dios (cf. 1 Ti. 4: 4).

-En el constante esgrimir antítesis entre lo externo y lo interno, entre arriba y abajo, entre lo celestial y lo terrenal, entre lo masculino y lo femenino.

-En el afán por deducir de la Sagrada Escritura -adviértase bien, un libro enteramente histórico- un sistema de pensamientos exclusivamente estanco.

-En la fabricación de moneda falsa con las palabras bíblicas: cuerpo y alma. Como si ambas únicamente se refiriesen a una parte (respectivamente la innoble-mortal y la noble-inmortal).

-Al hablar acerca de la gracia de Dios como algo substancial, una especie de anti-materia o vacuna protectora que se administra al hombre por conducto de inyección o infusión.

-En la «renunciación» en conventos.

-En la subestimación del matrimonio, cf. 1 Ti. 4: 3.

-Al hablar de la fe, como si fuera una especie de autoconocimiento o bien autodescubrimiento, un «reconocimiento» del intangible, inmortal resplandor de luz, gérmen, núcleo o célula en sí misma; en lugar de confiar firmemente en las promesas de Dios.

11. A. de Bondt, en su libro «Wat leert het. O. T. aangaande het leven na dit leven?», Kampen 1938, 175, hace notar, que lo característico de Israel es partir «de la suposición que los muertos *pueden* resucitar, que pueden *revivir.* De lo contrario, no se habría escogido esta imagen», (pág. 76).

12. M. Dahoood, o. c., I, pág. XXXVII, 17, 45,114.

13. Exedecheto gar tèn *tous* themelious echousan polin...

14. A. de Bondt, o. c., 177: «David, muy decididamente, quiere decir, que el SEÑOR no le entregará al poder de la muerte. Esa muerte llegará ciertamente, pero David no permanecerá en esa muerte y tampoco perecerá en esa muerte».

15. M. Dahood, o. c., cf. nota 12.

# Capítulo 8

## SALMO 26: SEÑOR, YO HE ANDADO EN INTEGRIDAD

RESPONDE ahora honrada y sinceramente a esta pregunta: ¿Te atreverías a hacer esa misma afirmación de David? Decir a Dios, sin reparo alguno, en una oración: -«Yo he andado en integridad. Escudríñame, oh SEÑOR, y pruébame; examina mis íntimos pensamientos y mi corazón. No me siento con hombres hipócritas, ni entro con los que andan simuladamente. Lavo en inocencia mis manos, y así ando alrededor de tu altar, oh SEÑOR». Expresado en nuestros conceptos: -«Voy fiel y asiduamente a la iglesia; pago una buena cuota; no tengo cosas mundanas; lavo mis manos en inocencia».

¿No es esto una detestable autosuficiencia? ¿Quién dice ahora esto de sí mismo? ¿No ha tenido este poeta demasiada buena suerte consigo mismo? ¿No se parece su oración como dos gotas de agua a la del conocido fariseo de la parábola?: «Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano», Lc. 18: 11-12.

¿No es algo fariseo el Salmo 26?

## 1. ¿FARISEO?

Para más de un exégeta, esto no es una pregunta. Para cristianos con un sentimiento finamente moral, sencillamente lesivo, juzga el uno[1]. Tu más pura justicia propia y autofatuidad, juzga el otro[2]. Aunque se quiere excusar en alguna manera al salmista porque vivía bajo el Antiguo Testamento. Entonces se solía pedir menos de un hombre, y así podías más fácilmente llegar a pensar que habías cumplido tus obligaciones. Pero, tomado globalmente, el salmo permanece «por-debajo-de-cristiano». El salmista, evidentemente, no tenía noción alguna de lo que el Señor Jesús más tarde expresó de esta manera: «Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos», Lc. 17: 10. Si el salmista hubiera tenido presente esto, habría dejado el Salmo 26 en su pluma. Una persona estricta y reprobadora llega tan lejos que clasifica al salmista entre aquellos a los que más tarde el Salvador tipificó como «los sanos que no tienen necesidad de médico», Lc. 5: 31. Aunque quiere reconocer, que los mejores en Israel estaban por encima de un salmo como éste[3]. No; entonces los autores de los siete «salmos penitenciales» (6, 32, 38, 51, 106, 130, 143) se acusaban más profundamente con oraciones como ésta: «Oh Jehová, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Jehová, podrá mantenerse?», Sal. 130: 3.

*¿Te lo puedes imaginar?*

Probablemente te retraes ante semejante crítica liberal sobre un salmista, pero di ahora honrada y sinceramente: ¿quizá encuentras en lo profundo de tu corazón que en esto hay un núcleo de verdad? Decir a Dios sencillamente en una oración: «Júzgame, oh Jehová, porque yo en mi *integridad* he andado». ¡Todo es atreverse! Esto se parece mucho a hacer gala de la propia ejemplaridad; y entonces sigues peligrosamente el lado fariseo; y la expresión: «De lo profundo a ti clamo» (Sal. 130), ¿te parece más decente para un hombre pecador, que decir: «Yo ando en la verdad», (Sal. 26)? Y quizá te preguntas si no hay verdad alguna en la afirmación de que el Salmo 26 es un salmo «típico del Antiguo Testamento.» Además, marcionistas como: «El sentimiento de culpa ha ahondado bajo

el Nuevo Testamento», entran, por desgracia, demasiado deprisa en muchos cristianos.

*Fariseo o publicano.*

¿Cómo ocurrió, que tal crítica de la Biblia encontró resonancia en más de un corazón? ¿Quizá porque mucha piedad moderna conoce realmente sólo dos ejemplos de vida? O perteneces al «tipo de los fariseos», o te sientes un «tipo de los publicanos»[4]. No se conocen otros «tipos».

¿Y quién debe seguir reflexionando sobre esta elección?

Los fariseos que eran aquellos miembros de la comunidad que no querían vivir de gracia, y que del Pacto habían hecho una especie de convenio religioso colectivo. Los «arrivistas» o advenedizos que pensaban que: «¡Allí estaban ellos!» Israelitas que fueron censurados por Juan Bautista por su falsa tranquilidad («A Abraham tenemos por padre», Mt. 3: 9) y por el Señor Jesús por su hipocresía y mogigatería, Mt. 23: 28. Prometedores religiosos que estaban orando en las esquinas de las calles, que cuando daban limosna hacían sonar las trompetas y cuando ayunaban caminaban lánguidamente y con cara de pena, Mt. 6. Gentes que convertían en problema religioso si en sábado cogías un par de espigas y las desgranabas en tu mano, Mt. 12: 1-8; y que incluso pagaban estrictamente el diezmo de un saquito de condimento, pero desdeñaban lo más importante de la Thorá: el juicio, la misericordia y la fidelidad, Mt. 23: 23. A semejante fariseo le hizo orar Jesús en su parábola, de esta manera: «Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano», Lc. 18: 11-12.

¿Quién quiere parecerse a un hombre así?

No, nadie; en todo caso, muchos cristianos encuentran al publicano de la misma parábola una figura mucho más simpática. No la mejor, pero ¿quién lo es realmente? «Dios, sé propicio a mí, pecador», oraba; y Jesús dijo de él: «Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro», Lc. 18: 14. Por eso, muchos cristianos encuentran a este publicano como un ideal mucho más seguro.

Pero, si oyes a alguien orar: «Júzgame, oh Jehová, porque yo *en (mi) integridad* he andado», tienes que llegar realmente a la conclusión que aquí habla un fariseo satisfecho de sí mismo; pues, ¿qué «pecador» se atreve a hablar a Dios de esta manera de sí mismo? Y el pensamiento consiguiente, expresado o no, suele ser éste: -«Cristiano o no, ¡si llega la ocasión, todos somos pecadores!»

Así surge, pues, no sólo un cortocircuito con el Salmo 26, sino también con otros semejantes, como los salmos 5, 7, 17, 18 y 44. Allí hay expresiones por lo menos tan chocantes como las del Salmo 26. En el Salmo 7, por ejemplo, David dice esto: «Jehová Dios mío, si yo he hecho esto», v. 3. Y en el Salmo 18: «Jehová me ha premiado conforme a mi justicia; conforme a la limpieza de mis manos me ha recompensado. Porque yo he guardado los caminos de Jehová, y no me aparté impíamente de mi Dios. Pues todos sus juicios estuvieron delante de mí, y no me he apartado de sus estatutos. Fui recto para con él, y me he guardado de mi maldad, por lo cual me ha recompensado Jehová conforme a mi justicia; conforme a la limpieza de mis manos delante de su vista», vs. 20-24. Y en el Salmo 44, toda una iglesia se atreve a decir a Dios: «Todo esto nos ha venido (= una dura derrota frente al enemigo), y no nos hemos olvidado de ti, y no hemos faltado a tu pacto. No se ha vuelto atrás nuestro corazón, ni se han apartado de tus caminos nuestros pasos, para que nos quebrantases en el lugar de chacales, y nos cubrieses con sombra de muerte», vs. 17-19.

Entre los cristianos oyes hablar muy poco de esta manera. Y uno de los orígenes de este cortocircuito nos parece ser el dilema equivocado en el que están atrapados. No es verdad, que una persona debe pertenecer o al tipo de los fariseos, o al tipo de los publicanos. No es verdad, que somos «todos pecadores». La Sagrada Escritura conoce un tercer tipo: ¡los justos!

### *En integridad, pero no sin pecado.*

«Yo he andado en integridad», oímos confesar a David en el Sal. 26: 1. Aquí está prácticamente la misma palabra hebrea que Dios usó frente a Abraham, cuando toda la exigencia

de su Pacto la resumió en esta frase: «Anda delante de mí y sé *perfecto»,* Gn. 17: 1. Ya nos encontramos esta palabra en el Salmo 15: 2, y como ya hicimos notar allí, también puede ser traducida por: *«auténtico»* o *«anda con un corazón perfecto»,* o *«con un corazón indiviso»,* cf. cap. 6, Sal. 15: 2. Así pues, la palabra «integridad» en el Salmo 26: 1 podría ser sustituida por cualquiera de estas expresiones mencionadas.

Como es natural, el SEÑOR no esperaba de su aliado una vida *sin pecado* cuando le (pro)puso esta exigencia a Abraham. Las expresiones de Dios: «Anda delante de mí y sé *perfecto* o *auténtico* o con un *corazón indiviso»,* no significan que el pueblo de Dios nunca jamás podría pecar. Nuestro conocido escritor, A. Janse, ha señalado, que uno de los malos frutos del humanismo es, «que siempre nos encontremos a la busca y captura de gentes *dotadas,* hombres y mujeres con los que podamos llenarnos de gloria y entusiasmo. Pero también entre los cristianos se habla muchísimo de «personalidades», «hombres de carácter», «tíos de valor», «muchachos estupendos», «gentes buenas a carta cabal», «naturalezas nobles», «pensadores audaces» y otros por el estilo. Y al considerar en semejante uso de palabras cuál sea la medida de estas apreciaciones, nos encontramos con que siempre se toma como modelo al hombre desarrollado armónicamente»[5]. Pero en la Palabra de Dios, alguien puede hablar, en un mismo salmo, de sus *pecados* y de su *rectitud.*

En el Salmo 25, primero leemos la oración: «...y perdona todos mis pecados», v. 18; pero, un poco más adelante, el mismo salmista suplica: «Integridad» (aquí tienes nuevamente la palabra en cuestión) «y rectitud me guarden, porque en ti he esperado», v. 21. Y en el Salmo 41, primero se dice: «Jehová, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque contra ti he *pecado»,* v. 4.; pero después dice el mismo salmista: «En cuanto a mí, en mi *integridad* me has sustentado», v. 12. Allí vemos, pues, en dos salmos, por un lado, confesar pecados, y por otro, abogar y defender integridad o rectitud. De lo cual se evidencia inequívocamente, que la Sagrada Escritura, con palabras o frases como: «integridad» o «rectitud» o «irreprochabilidad» o «con un corazón indiviso», o como se quiera traducir las palabras hebreas *tom* y *tamim*, ciertamente no quiere decir una conducta de vida *sin pecado.*

¿Qué quiere, pues, decir? Sencillamente lo que las traducciones ya decían: que frente al SEÑOR estamos perfectos; con un corazón indiviso; sin segundas intenciones ocultas y malas; sinceramente; sencillamente; con buenas intenciones. Así había robado Abimelec a Sara: «Con sencillez de mi corazón», Gn. 20: 5. El pensaba lealmente, de buena fe, que Sara era hermana de Abraham. Así aquel soldado sirio «disparó su arco *a la ventura»* y mató al rey Acab (y allí la Biblia vuelve a usar la palabra hebrea del Salmo 26: 1 y de Gn. 17: 1)[6]. También nosotros, como aliados de Dios podemos servirle así: lealmente, de buena fe, con sencillez filial, como personas íntegras. Pero, naturalmente, no sin pecado, de lo contrario, el SEÑOR no precisaba dar a Israel un culto de reconciliación.

*Aliados irreprensibles.*

¿Que si alguna vez han existido tales «irreprensibles» o «íntegros»? -Naturalmente; la Biblia está llena de ellos; esto ya lo hemos visto en el Salmo 15. Algunos incluso fueron citados por su nombre, cf. cap. 6, Sal. 15: 2.; piadosos que ni mucho menos eran impecables, y que, ello no obstante, han servido al SEÑOR «con un corazón indiviso». La Sagrada Escritura tiene toda una lista de nombres para designar a estos justos, cf. cap. 2. 2.

Por lo cual ya objetamos anteriormente, que en círculos cristianos se pueda decir tan ligeramente: -«Oh, si llega la ocasión, todos somos pecadores»., cf. cap. 3. 6a. No dudamos de la sinceridad de esa expresión, pero sí de la corrección de la misma. Pues, la palabra «pecador» es una con la que las Escrituras designan al *impío.* Acerca de estos miembros del pueblo de Dios hablamos detalladamente, cf. cap. 3. «Pecador» no es una designación para un justo, quien con pecados y debilidades cumple el Pacto de Dios, sino para un impío, quien, incluso bajo un «piadoso» pretexto, rompe el Pacto de Dios. Cristianos fieles podrían objetar con razón cuando un ministro de la Palabra de Dios les grita desde el púlpito: «Congregación, ¡todos sois grandes pecadores!» Esta es precisamente la quinta esencia del Salmo 26. En él, David ruega, ¡que, sobre todas las cosas, el SEÑOR no quiera medirle con el mismo

rasero que a los pecadores! «No arrebates con los pecadores mi alma, ni mi vida con hombres sanguinarios», v. 9.

*El dilema: «fariseo o pecador», no vale.*

Después de lo dicho, estará claro que el dilema popular: ó pecador, ó fariseo, no sirve. Toda la Sagrada Escritura nos hace ver otra línea divisoria. Cruza a través de todos los israelitas circuncidados del tiempo veterotestamentario y a través de todos los cristianos bautizados del tiempo novotestamentario una profunda línea divisoria entre aliados fieles y aliados infieles, o bien entre justos e impíos, repito: ¡dentro del pueblo de Dios!

Por consiguiente, la predicación cristiana puede, mejor dicho, debe «separar», con tal que no se olvide de que esto debe ocurrir con reconocimiento de la base del Pacto entre *toda* la congregación (por tanto, también entre todos los separados).

A este respecto, no te dejes deslumbrar por *apariencias* religiosas, pues Juan Bautista llamó a conversión no sólo a publicanos y soldados, sino igualmente a los «ortodoxos» fariseos y a los «liberales» saduceos. Estos últimos incluso recibieron una amonestación extra: «¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de *arrepentimiento»,* Mt. 3: 7. Y asimismo el Señor Jesús llamó al arrepentimiento no sólo a publicanos y pecadores, sino que también previno de la conducta de vida de los fariseos y escribas, cf. Mt. 23.

Por lo tanto, en los Evangelios la línea divisoria no discurre entre los tipos fariseos y los publicanos (aunque sí haya que distinguirles, como también debemos distinguir entre justicia *propia* e *injusticia)*[7]. La línea divisoria discurre, como en todas las Escrituras, entre justos e impíos, o entre piadosos y equivocados. Lo conmovedor es, que junto a los equivocados encontramos no sólo prostitutas y avaros recaudadores de tributos, ¡sino *también líderes eclesiales!* Estos, a pesar de toda su «ortodoxia» y «celo religioso», estaban, ello no obstante, en el lado equivocado. También aquí puede tener su utilidad el darse cuenta que un impío era, literalmente, un *culpable,* cf. cap. 3. 3. En el Israel de las correrías evangelizadoras de Jesús,

eran *culpables* frente a Dios no sólo los «pecadores» públicos, sino también las personas encumbradas.

¿Es, pues, fariseo el Salmo 26? Con esta pregunta comenzamos el comentario de este salmo. Quien se halla atrapado en el dilema: o publicano, o fariseo, debe responder afirmativamente esta pregunta, pues está claro, que ésta no es una «oración de un publicano». Pero ya vimos, que este dilema no sirve y, por ello, origina un cortocircuito. Al Salmo 26 le corresponde estar en los labios de toda otra clase de gentes que publicanos y fariseos, a saber, en los de los justos. Creyentes que nada prefieren hacer que no sea cumplir los mandamientos de Dios -¡y que también son creyentes conscientemente!

*Orar con lenguaje liberador*

A los Salmos 5, 7, 17 y 26 se les llama «salmos de inocencia»[8]; una denominación que no se agota totalmente, pues el convencimiento de pertenecer a los justos vivía en todos los salmistas. Por consiguiente, no debemos considerar el Salmo 26 como un salmo especial *de* un hombre especial *para* individuos especiales. Es un salmo para *todo* el pueblo piadoso de Dios. Pero una singularidad de este salmo es, que el *convencimiento* de pertenecer a los justos se adelanta tan fuertemente que el poeta apela incluso a Dios. Y este es un clima en el que se conoce, casi escandalosamente, sólo a «fariseos» y a «publicanos». Para los piadosos, quienes han sido liberados de este dilema equivocado, este salmo tiene un lenguaje liberador y estimulante. «¿Ser *yo* medido por el mismo rasero que los *pecadores?*» El salmista precisamente imploraba que esto no sucediera con él. «Porque yo he servido a Jehová con un corazón indiviso». Así les está permitido a los justos dirigirse a Dios, si es necesario. ¿No ensancha esto el corazón? De lo contrario, el Espíritu Santo no habría dado a este poema un lugar en la santa Palabra de Dios.

Cuando tememos filialmente al SEÑOR, entonces también podemos ser conscientes de que, por la gracia de Dios, no pertenecemos a los publicanos y pecadores, y tampoco a los fariseos y saduceos, sino a los justos como Abraham (aun-

que no siempre actuó con fe) y como David (quien, por otra parte, cayó en grave pecado) y como Zacarías (quien se atrevió a desconfiar de un ángel) y como José de Arimatea (quien primeramente se atrevió a salir en favor del Señor Jesús) y, sin embargo, todos ellos son llamados justos.

No es fariseo ser consciente de que, por la gracia de Dios, se puede pertenecer a ese círculo de personas; y tampoco es fariseo decírselo a Dios en tu cámara secreta, o en compañía de otros, como hizo Job cuando sus piadosos amigos amenazaron con ponerle en el mismo montón con los impíos; o como David, que lo puso por escrito en el Salmo 26, según mandato de Dios, también para enseñanza nuestra y quizá realmente para nuestra liberación.

*Una causa más de cortocircuito.*

Pero, ¿quién se mantiene aún firme en la fe de que Dios ha hecho un *Pacto* con él? ¿Quién se halla aún en la noble conciencia de que le está permitido pertenecer al pueblo de Dios? ¿Y quién lee aún la Palabra de Dios como el Libro del Pacto de Dios con nuestros antepasados y descendientes? ¿Quién entiende aún su bautismo? ¿Quién se halla aún en el firme convencimiento de que por la gracia de Dios le es permitido pertenecer a aquel pueblo al que Dios ha prometido la nueva tierra? Muchos cristianos suspiran: ¡Espero pertenecer al mismo![9]. Con frecuencia, no se conocen más a sí mismos como «hijos del Reino», como «ovejas» del Buen Pastor, como «familiares de Dios». ¿Recuerdas aún nuestro fraile al que vimos practicar su religión incluso en el tren?, cf. cap. 1. Le escogimos como el tipo standard de todos aquellos israelitas y cristianos que, perdiendo de vista el *fundamento del Pacto* bajo sus vidas, buscaban paz en toda clase de religiosidad, con el fin de *reconciliarse* con Dios por ese medio, cf. cap. 1, 7, d. El mismo cristiano medieval buscaba su «descanso eterno» en peregrinaciones, bulas caras, ayunar y oraciones interminables. Muchos ofrecían incluso todos los goces de la vida matrimonial, del ser padre o madre, etc., detrás de muros conventuales. Y nuestros antepasados del siglo XVIII buscaban su «descanso eterno» en lo que habían «experimentado». Pobres gentes que no se atrevían a creer, que también a ellos, en base a las pro-

mesas de Dios, les estaba permitido creer pertenecer al pueblo de Dios. Se llamaban a sí mismos «inconversos, indispuestos para la muerte y menos que Judas». Según la opinión dominante en las iglesias reformadas del siglo XVIII, no podía apropiarse promesa alguna de Dios. Y esto, ¡mientras Dios, a pesar de todo, había hecho su *Pacto* con todas aquellas gentes melancólicas, tanto en la Edad Media como en siglos posteriores! Pero ellos, o no supieron esto, o no conocieron ese Pacto tal cual es.

Pues, quien desconoce despreciativamente el Pacto de Dios, no puede comprender los salmos, como ya lo hemos tratado anteriormente (cf. cap. 1, 1, d.). Porque todos los salmos parten *del* Pacto de Dios con Israel; también salmos como el 18, 26, 44 y similares. Adormecida incertidumbre de la fe, desconocimiento del Pacto de Dios como el fundamento de la vida también bajo nuestra vida, buscando certeza en toda clase de religiosidad en lugar de poder cuidar de un cortocircuito en las promesas de Dios en los llamados «salmos de inocencia». Para semejantes cristianos, el Salmo 26 habla desde otro mundo.

## 2. Vs. 1-12: «ESCUDRÍÑAME Y EXAMÍNAME».

Según el epígrafe, el Salmo 26 es de David, y no sabríamos por qué lo deberíamos poner en duda. David vivió constantemente situaciones como las que advertimos en el trasfondo de este salmo. Peligro de vida, v. 9. Anhelar salvación, v. 11. Ser tratado injustamente, sin que alguien quiera o pueda salir en defensa de tu inocencia. ¿Acaso no lo experimentó David ya en sus años jóvenes cuando Saúl le perseguía? Cree sencillamente que éste condujo una campaña de mentiras contra David en la iglesia estatal israelita. ¿Por qué, si no, los hombres de Zif habrían de comunicar por dos veces a Saúl la presencia de David?, 1 S. 23 y 26: 1. ¿Y por qué, si no, David se quejaría con tanta frecuencia en sus salmos de «habladores de mentira» y de «hombres de engaño»? Saúl ha debido justificar plenamente su acción persecutoria inventando y divulgando toda clase de maldad de David. Y entonces siempre hay personas que creen semejantes mentiras. En edad avanzada, David volvió a estar confrontado con una comunión engañosa, a saber, cuando vio frente a él a su hijo primogénito Absalón,

y había estallado una revolución en el país[10]. Absalón había minado durante muchos años la autoridad de su padre, 2 S. 15: 2 y ss. David no tendría sentido alguno de la justicia. «De esta manera,..., y así robaba Absalón el corazón de los hombres de Israel», 2 S. 15: 6. ¿Y qué clase de planes concibió? ¿Ajusticiar a su padre por alta traición? Este también debe haber sido un tiempo terrible para David. Así pues, David se halló en una situación como la que pinta el Salmo 26: ¡Siendo *justo,* ser puesto como *impío* y *pecador!* ¿Quieres ser contado o considerado como tal? ¿A ningún precio? Pues bien, ¡David tampoco! De ahí su oración pidiendo *derecho.*

Pues David fue un auténtico justo. Posteriormente, Dios mismo dio este maravilloso testimonio de él: «He hallado a David, hijo de Isaí, varón conforme a mi corazón», Hch. 13: 22, cf. 1 S. 13: 14. Como joven pastor de ovejas ya no podía oír que el Nombre de Dios fuese ultrajado y, confiando plenamente en el SEÑOR, se enfrentó al blasfemo gigante Goliat, 1 S. 17. Durante muchos años, renunció a cualquier intento de procurarse derecho frente a Saúl, aunque a su alrededor tenía una legioncilla de hombres valientes. Por dos veces respetó la vida de Saúl. La cueva de Adulam la convirtió en un lugar de asilo para justos perseguidos. Vestido humildemente iba danzando detrás del arca. Cuánto le hubiera gustado edificar el templo, y cuántos tesoros reservó para ese fin. Cuántos salmos compuso para el culto del SEÑOR; y este hombre justo, ¡fue motejado de impío y pecador!

Pero, ¿quién *podía* procurar derecho a David, si el rey Saúl, juez supremo en propia persona, te persigue? ¿O si como rey y juez debes abandonar tu palacio y huir por tu vida? ¿Y quién podía hacer justicia al huido David? ¿Y quién podía hacer justicia al pobre Nabot, si incluso los jueces y falsos testigos, por instigación de Jezabel, se jactaban del derecho, y afirmaban: «¡Tú has blasfemado a Dios y al rey!», cf. 1 S. 21: 1-19. ¿Y quién podía hacer justicia a los corderitos de Cristo en el siglo XVI, cuya causa «al presente es condenada por muchos jueces y autoridades como herética e impía»?, cf. Artículo 37 de la Confesión de Fe de los Países Bajos, FELiRe, 1987. En situaciones semejantes, los justos pueden clamar a Dios como David en el Espíritu del Salmo 26.

Versículo 1:

*«Júzgame, oh Jehová,*
*porque yo en mi integridad he andado;*
*he confiado asimismo en Jehová sin titubear».*

No, David no se pasó el tiempo suspirando, que «todos somos pecadores», y que «no somos un pelo mejor que nuestros enemigos», y que «la raíz de este mal también está presente en nuestro corazón», y que «debíamos amarnos más unos a otros» y parecidas generalidades, pues ciertamente no venían a cuento ahora. Pero, si venía *a propósito*, David no rehusaba confesar: «Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos... He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre», Sal. 51: 4-5. Pero aquello era otro asunto muy distinto, a saber, el asunto de Urías, el heteo; y, a este respecto, Natán había dicho: «También Jehová ha remitido tu pecado», 2 S. 12: 13. Pero el Salmo 26 repara en un asunto muy distinto, y en *este* asunto, David está cara a cara con Dios. Por eso, *en este asunto,* no confesó: «Contra ti, contra ti solo he pecado», y tampoco sacó a colación: «He aquí, en maldad he sido formado», sino que suplicó ayuda al SEÑOR como Juez, ya que nadie más podía o quería proporcionarle más derecho. Y, entonces, David *pudo* orar así, porque él, efectivamente y desde su niñez había servido «*b$^{e}$tumi*» al SEÑOR sinceramente, con un corazón indiviso, perfecto o íntegro. (Todas estas versiones son posibles en el v. 1).

Por consiguiente, el Salmo 26 no ha nacido porque David, cierto día, concibió este plan: -«¡A ver, ahora voy a contar en forma poética qué clase de hombre justo soy yo realmente!; para después versificarlo en un salmo». No; antes bien el Salmo 26 habrá sido como extraído de David por medio de la acusación insoportable para un justo: -«¡Tú eres un impío!» En esa situación, David debió alegar o recurrir entonces a su justicia o a su ser-un-justo, para que la justicia de Dios saliera a la luz[11].

Versículo 2:

*«Escudríñame, oh Jehová, y pruébame;*
*examina mis íntimos pensamientos y mi corazón».*

Hablando en general, no es agradable si alguien sabe *todo* de nosotros y nos cala *totalmente.* Hay mucho que ocultar en todo corazón humano. Pero, ¿qué ocurre si eres acusado y debes comparecer ante el Juez? Entonces querrías dejarle mirar en las profundidades de tu corazón. Eso es lo que pasa aquí con David.

El sabe que en ese asunto comparece ante el SEÑOR, y por eso se atreve a abrirle su corazón. Ahora sí. Aunque después del pecado con Betseba hubo, durante un largo tiempo, «engaño en su espíritu», Sal. 32: 2. Pero ahora nada prefiere más, que el SEÑOR resuelva la prueba examinando el corazón y los riñones de David (su vida sentimental, su vida volitiva y su vida intelectual, cf. cap. 7, Sal. 16: 7). David habla como un orfebre o platero. ¡Arroja mi corazón en el crisol, entonces tú mismo, SEÑOR, podrás ver cuán afecto te es!

¡Qué gran consuelo es que, en las falsas acusaciones, puedas recurrir e invocar al SEÑOR como el Omnipotente que puede mirar en nuestro corazón cuán sincera e indivisiblemente le ha amado.

Así ha orado también Jeremías. Pues, mientras se descuidó, sus paisanos, los hombres de Anatot, urdieron el plan de quitarlo de en medio. Pero, cuando averiguó este plan infame, oró totalmente en el espíritu del Salmo 26: «Pero, oh Jehová de los ejércitos, que juzgas con justicia, que escudriñas la mente y el corazón,...», Jer. 11: 20-12: 3.

Versículo 3:

> *«Porque, realmente*[12]*, tu misericordia está delante de mis ojos, y ando en tu verdad».*

¿Podemos tachacar de fariseísmo a alguien que pone por escrito semejante reconocimiento de la profunda dependencia del SEÑOR? Los ojos de David parecen estar abiertos de par en par precisamente a la *gracia* de Dios para cerrar un Pacto con Israel, y a la *bondad* o fidelidad de Dios para cumplir materialmente después ese Pacto.

Aquí se ha propuesto traducir así: «y he andado fielmente *para* contigo». También es posible. Entonces, la palabra «verdad» es una palabra más para significar «fidelidad», y esta

versión también encaja muy bien en el contexto de la autodefensa de David. Pero, la versión: «he andado en tu verdad», también da un buen sentido; y, entonces, con la palabra «verdad» se quiere decir: «Palabra de Dios». «Ahora pues, Jehová Dios», dijo David en otra ocasión, «tú eres Dios, y tus palabras son verdad», 2 S. 7: 28. Más tarde, el Señor Jesús dijo lo mismo: «Tu palabra es (la) Verdad», Jn. 17: 17, cf. Sal. 119: 86 y 151.

Yo he andado siempre en ella, confiesa aquí David. Como el poeta del Salmo 119 también en decenas de veces atestigua, que la Palabra de Dios era el camino en el que él andaba, la lámpara con la que él andaba, su gozo, su riqueza, el indicador del camino y su sabiduría. Esto puede confesarlo tranquilamente un piadoso.

¿Y qué pide de un hombre la Palabra de Dios? Esto ya lo ha resumido enérgicamente el Salmo 1, como salmo introductorio, refiriendo lo que un justo *no* hace, y lo que *sí* hace, cf. cap. 4. Para comenzar, señala lo negativo: según el Salmo 1, al piadoso lo puedes reconocer en que *no* anda según los principios de los impíos, *no* está en el camino de los pecadores y *no* se halla en el círculo de los blasfemos.

Tres veces: «no».

Y ahora, una vez más, ¿qué hizo David en el Salmo 26?

Versículos 4 y 5:

*«No me he sentado con hombres hipócritas,*
*ni entre los que andan simuladamente.*
*Aborrecí la reunión de los malignos,*
*y con los impíos nunca me senté».*

También tres veces: «no».

David no mantuvo relaciones estrechas con hipócritas. Quizá debemos traducir: servidores de ídolos o idólatras[13]. De éstos aún había muchos en Canaán en tiempos de David: idólatras tanto cananeos como israelitas (cf. cap. 7, 1). No entró en casa de hipócritas o figuras siniestras[14]. David evitó lo más posible la compañía de los impíos. Y ya sabía, que «la religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guar-

darse sin mácula del mundo. (...) Cualquiera, pues, que quiere ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios», Stg. 1: 27, 4: 4. Para David, la piedad era, antes que nada, una cuestión de separación. Separación de muchas gentes y cosas. «Las malas compañías corrompen las buenas costumbres», 1 Co. 15: 33 (v. Biblia de Jerusalén, cf. nota). Por eso David mostró siempre respeto a la línea de demarcación entre justos e impíos, (cf. caps. 2 y 3).

¿Qué, pues, nos exige *realmente* la Palabra de Dios? Esto lo describe el Salmo 1, como sigue: «en la ley de Jehová (su Palabra, su enseñanza) está su delicia, y en su ley medita» (lee musitando) de día y de noche», v. 2. ¿Y qué dice David acerca de lo que él *sí* solía hacer?

Versículos 6-7-8:

*«Lavaré en inocencia mis manos, y así andaré*
*alrededor de tu altar, oh Jehová,*
*para exclamar con voz de acción de gracias,*
*y para contar todas tus maravillas.*
*Oh Jehová, la habitación de tu casa he amado,*
*y el lugar de la morada de tu gloria».*

Esto viene a coincidir, de hecho, con lo que el Salmo 1 decía: el justo ama mucho la Palabra de Dios. Aquí dice David: yo amo mucho la casa de Dios. Pero, aun así, allí resuenan la Palabra de Dios y la alabanza de Dios; y allí estaban los altares en los que Dios, en su gracia, daba la reconciliadora sangre del sacrificio. ¿Quién, pues, en semejante testimonio para con el culto, tiene aún sospechas de fariseismo contra el autor del Salmo 26? Con su amor por los altares, ¿este hombre tiene o no idea de lo que es pecado y gracia?

Esto es lo que David realmente solía hacer: entrar gustosamente en el santuario; acercarse a los altares; cantar los milagros de Dios en la historia de Israel; lavarse sus manos en inocencia. Se puede discrepar de opinión acerca de si el salmista entendía literal o figuradamente este «lavarse las manos» (Dt. 21: 6, Mt. 27: 14). Esto marca poca diferencia. En cualquier caso, David había vivido sinceramente. Pues ya se lo había preguntado y respondido: «Jehová, ¿quién habitará en

tu tabernáculo? (...) El que anda en integridad...», Sal. 15: 1 y ss., cf. cap. 6. Los demás deben ser excluidos.

Por tanto, el Salmo 26 se deja describir así:

1) como una oración pidiendo justicia en base a una vida íntegra según la exigencia del Pacto de Dios;
2) como una oración pidiendo justicia, posteriormente ilustrada con lo que David, a) no solía hacer, vs. 4-5, b) sí solía hacer, vs. 6-8;
3) como una repetición de la oración y del testimonio de inocencia, vs. 9-12.

Versículos 9-12:

*«No arrebates con los pecadores mi alma,*
*ni mi vida con hombres sanguinarios,*
*en cuyas manos está el mal,*
*y su diestra está llena de sobornos.*
*Mas yo andaré en mi integridad;*
*redímeme, y ten misericordia de mí.*
*Mi pie ha estado en rectitud;*
*en las congregaciones bendeciré a Jehová».*

Como ya se ha hecho notar, todo lo dicho se repite aquí, brevemente. Una vez más, David ora, que el SEÑOR no le arrebate con los pecadores. Quizá pensó en la muerte repentina de Saúl y Nabal. En el v. 11 usa, una vez más, la misma palabra para indicar su «integridad» o «inocencia» o «perfección de corazón» o «rectitud» o «corazón indiviso», cf. comentario v. 1.

El v. 12 puede ser traducido como hicimos arriba. Es, pues, una expresión de la firme confianza de David, que el SEÑOR escuchará su oración. Sin embargo, también ha sido traducido así: «Mi pie estuvo firme en medio de los rectos, en las asambleas he alabado a Jehová»[15]. Leído así, David concluye con un último testimonio de su lealtad al SEÑOR. Considerado poéticamente, el Salmo 26 recordaría muy hermosamente su comienzo en el v. 1: «He confiado en Jehová sin titubear».

## 3. EL «TONO» DEL SALMO 26 RESUENA EN TODA LA SAGRADA ESCRITURA.

El Salmo 26, como ya dijimos, no es una oración de un hombre «especial» para *individuos* «especiales». Es un salmo que todo el piadoso *pueblo* de Dios puede orar y cantar, a pesar de todas sus debilidades y defectos. Al salmo en cuestión se lo puede calificar de «fariseo» y «lesivo para sentimientos moralmente finos», pero jamás se ha observado que este «tono» desafine en el total de la Sagrada Escritura. Ya indicamos los Salmos 5, 7, 17, 18 y 44 en los cuales los israelitas piadosos se aferran a su «integridad» para con el SEÑOR. Ahora queremos citar aún algunos pasajes bíblicos como prueba de lo afirmado anteriormente: el Salmo 26 no se aparta en absoluto del resto de las Escrituras, antes al contrario, forma un modelo estupendo de la manera en que podemos tener trato con Dios, y hablar ante su presencia.

*Job.*

Job era «hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal», dice la misma Palabra de Dios, Job 1: 1. Incluso después que Satanás le hubo quitado todo, Dios pudo aún decir: «todavía retiene su integridad, aun cuando tú me incitaste contra él para que lo arruinase *sin causa»,* Job 2: 3. Sin embargo, los amigos de Job buscaron realmente determinar un origen del sufrimiento de Job.

Ahora conoció Job verdaderamente nuestra naturaleza pecadora. «¿Quién hará limpio a lo inmundo? Nadie», es una sentencia de este hombre piadoso, cf. Job 14: 4. Pero en el asunto al que llegaron sus amigos, Job estuvo firme en la plena realidad de su sinceridad y piedad, y no *podía* admitir que era culpable. No se olvide que Job nada sabía de la conversación entre Dios y Satanás, -así como tampoco sus amigos. Entonces Job respondió todas las acusaciones de sus amigos en el espíritu del Salmo 26: «Nunca tal acontezca que yo os justifique; hasta que muera, no quitaré de mí mi *integridad.* Mi *justicia* tengo asida, y no la cederé; no me reprochará mi corazón en todos mis días», Job 27: 5-6.

Pero, ¿«este hombre no sabía, que todos los hombres son pecadores»? ¿No sabía, que no podemos hacernos acreedo-

res de «derecho o pretensión» a bien alguno? ¿No sabía, pues, -aunque no había llegado a pecado público manifiesto- que la raíz de todo mal estaba en su corazón? ¿Por qué, pues, no cayó en el polvo ante sus amigos como un pecador contrito? ¿Por qué no cantó como David en el Salmo 51: 7: «Purifícame con hisopo, y seré limpio»? ¿Por qué no se golpeó el pecho como el publicano en el templo?, cf. Lc. 18: 13.

Porque Job no era «pecador».

No era un publicano; no había caído como David; no tenía por qué cubrirse con vestido penitencial ante los hombres, y tenía un *derecho,* un derecho dominante que defender, el cual mantuvo con toda su alma.

Sí, él era un hombre, nacido de una mujer y por eso, también como hombre, impuro y pecador. Pero eso no era nada especial, pues lo tienen en común todos los hombres. A este respecto, no hay mucho que decir, pues eso se convierte enseguida en «lugar común», cuando alguien lo contradice. Por tanto, decir que «todos somos pecadores» puede volverse tan horriblemente banal y... peligroso en círculos ortodoxos. Frente a fariseos y paganos que lo niegan, es donde está en vigencia. Y la Biblia también lo trae a colación allí.

Job no habla de eso. Nadie le contradice. Pero hay algo distinto en pleito. Satanás y la mujer de Job y los amigos, cada uno en su propia forma, quieren empujarle al rincón de los *impíos.*

Hay justos (*declarados* justos en Cristo) y hay impíos. Y ahora Job debe ser echado de Dios, ser arrojado de su pueblo y contado con los impíos. Y, mira: Eso no lo quiere Job a ningún precio. Todo, todo lo podía perder, pero a esto se aferra hasta lo sumo.

El *es* un justo, un hijo de Dios.

El *anduvo* como un justo.

Y si ahora debe sufrir, es, pues, *«sin causa»;* y, por tanto, «injustamente»[16].

*Rey Ezequías.*

Cuando el profeta Isaías, en nombre del SEÑOR, predijo al rey Ezequías su final, éste volvió su cara a la pared y oró: «Te ruego, oh Jehová, te ruego que hagas memoria de que

he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho las cosas que te agradan»; 2 R. 20: 3.

Eso era verdad. Ezequías había hecho realmente muchas cosas buenas para el pueblo de Dios, cf. 2 R. 18: 3, 13-17, 19: 1-37, 2 Cr. 29-31. ¿Pero podía decir esto él mismo? ¡Hablar así en tu lecho de muerte! ¿No le tomó a mal el SEÑOR esta «frivolidad»? No, la manifestación de Ezequías expresada en peligro de muerte, de que él, a pesar de todo, había cumplido lealmente el Pacto de gracia del SEÑOR, era evidentemente tan agradable al SEÑOR, que volvió a enviar a Isaías, y ahora con este mensaje: «Yo he oído tu oración, y he visto tus lágrimas; he aquí que yo te sano...», 2 R. 20: 5, Is. 38: 5.

*El SEÑOR mismo enseñó a Israel a hablar así.*

¿Atrevido lenguaje frente al SEÑOR? ¡El mismo lo puso en boca de los israelitas! Cuando el israelita había dado los diezmos al levita, al extranjero, a la viuda y a los huérfanos, debía, según Dt. 21, por mandato de Dios y «ante la presencia de Jehová», decir esto: «He sacado lo consagrado de mi casa, y también lo he dado al levita, al extranjero, al huérfano y a la viuda, conforme a todo lo que me has mandado; no he *transgredido tus mandamientos,* ni me he olvidado de ellos. No he comido de ello en mi luto, ni he gastado de ello estando yo inmundo, ni de ello he ofrecido a los muertos; *he obedecido a la voz de Jehová mi Dios, he hecho conforme a todo lo que me has mandado...»,* Dt. 26: 12-15.

Así le fue permitido, sí, así debió poder hablar Israel.

*Nehemías.*

En este contexto, también es notable lo que Nehemías se atrevió a decir al SEÑOR. Diferentes veces leemos este suspiro suyo: «Acuérdate de mí para bien, Dios mío, y de todo lo que hice por este pueblo», Neh. 5: 19, 13: 14, 22 y 31. Nehemías también se atreve a manifestar al SEÑOR francamente, que, por temor filial a El, nunca había impuesto tributos al pueblo para sus ingresos como gobernador, Neh. 5: 14-19.

*Pedro.*

Esta manera de hablar a Dios no es «típicamente veterotestamentaria», porque el pueblo de Dios aún entonces tendría un concepto de pecado más superficial, pues también Pedro se atrevió a hablar así al Señor Jesús. La triple negación, completada con juramento, aún estaba reciente en el trasfondo, cuando el Señor le preguntó: «Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?» ¿Y qué respondió el discípulo que había caído tan profundo? -«Señor, tú lo sabes todo; tú sabes *que te amo»,* Jn. 21: 17.

*El joven rico.*

¿Y qué pensar del joven rico que cayó de rodillas ante Jesús, y preguntó: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?»? El Señor le respondió: «Los mandamientos sabes: No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre». El le dijo: *«Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud».* ¿Acaso fue reprendido entonces el joven por el Señor a causa de tal respuesta? ¿Quizá le recordó su pecado innato y la raíz de todo mal en su corazón? -No, el Señor reconoció esta justicia de aquel joven rico. «Entonces Jesús, mirándole, *le amó,* y le dijo: Una cosa te falta (su obediencia restante fue reconocida por el Señor), anda, vende todo lo que tienes (esto es: lo que tienes demás)[17], y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme», Mc. 10.

*Pablo.*

De todos los apóstoles, Pablo es quien más ha escrito acerca de la gracia de Dios perdonadora de pecados en Jesucristo. Pero, mira cómo entretanto se aferra a su «rectitud» frente a sus oponentes en Corinto, 2 Co. 10-12; y se atreve a escribir a la iglesia de Tesalónica: «Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán *santa, justa e irreprensiblemente* nos comportamos con vosotros los creyentes», 1 Ts. 2: 10.

Por parte de Dios, su pueblo piadoso pudo dirigirse así a El. Por ejemplo, cuando fue acusado (David, Job, Pablo),

pero, como vimos, también en otras circunstancias (en la ofrenda de los diezmos), sí, incluso muy cerca del tribunal de Dios (Ezequías en su lecho de muerte). Por desgracia, como ya observamos, «en nuestros días, la idea y concienciación de ser pueblo de Dios y de andar en sus caminos, está muy debilitada y hundida entre muchos piadosos. (...). ¿Dónde están aquellos que, en nuestros días, pueden clamar con Job: «nos asiremos a nuestra justicia», y *se atrevan a hacerlo?»*[18]. Hay mucho más peligro que sean demasiado temerosos por falta de fe, que demasiado confiados. La paz por la sangre de la cruz excluye el temor; y, en este aspecto, puede ser muy fortalecedor para la congregación, que pueda cantar de David, de Cristo, de la iglesia e incluso de cristianos particulares, los versículos 4 al 6 del Salmo 18.

También el Salmo 26 puede fortalecer y confortar.

## 4. POR LA MAGNANIMIDAD DE DIOS, LOS JUSTOS PUEDEN CANTAR, A PESAR DE TODAS SUS DEBILIDADES Y FALTAS, ESTE HERMOSO SALMO 26.

Sí; pero todo lo que hacemos, ¿acaso no está manchado de pecado? Toda nuestra justicia, ¿acaso no es «como trapo de inmundicia»?, Is. 64: 6. Nuestro Dios, ¿acaso no es un fuego consumidor?, He. 12: 29. Finalmente, con mucho gusto dedicamos alguna atención a estas objeciones. Sin embargo, para obtener un buen concepto al respecto, hacemos primero la observación siguiente.

También para nosotros es incuestionable, que pueden darse circunstancias en las que no se puede cantar el Salmo 26. Cuando no tenemos justicia ni servimos a Dios con un corazón indiviso, pero mientras amamos también al mundo. Puede ser que alguien no se atreva a decir: -«No me he sentado con hombres hipócritas» v. 4, porque ya se halla entre ellos. Sí; cuando no lo puedes decir... Cuando sencillamente no es verdad si cantas: «Yo amo la habitación de tu casa» (v. 8), porque no te gusta estar en la apertura de la Palabra de Dios ni cantas gustosamente los milagrosos hechos de salvación en la historia de su iglesia; entonces debemos convertirnos rápidamente de todo eso y temblar ante las palabras de nuestro Salvador:

«Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará... y los recogen, y los echan en el fuego, y arden», Jn. 15: 2 y 6.

Pero, por eso mismo, ¡los justos, a pesar de sus debilidades y faltas, pueden cantar el Salmo 26! Comenzaremos con la cita de Isaías: él compara la religión *caprichosa* de sus días con un «trapo de inmundicia». Esta calificación equivale a decir: Las mejores obras nada valen *fuera de Cristo*[19]. Y, respecto a la ira de Dios, él no es fuego consumidor *para los justos,* sino para los *pecadores* en Sión, los cuales son miembros de la iglesia que *viven* en pecado, y no quieren saber nada de arrepentimiento o conversión, Is. 33: 14-18. Pero a los justos les dio Dios una Biblia llena de promesas consoladoras. *Estos* no necesitan estar diariamente angustiados ante él. ¿Acaso el SEÑOR no *moraba* con su pueblo en el tabernáculo? ¿Acaso no se rociaba diariamente sangre reconciliadora? ¿Y es que la sangre de Jesucristo, Hijo de Dios, no nos limpia cada día de todo pecado?

Nosotros querríamos contestar a los conocidos «Sí, pero», con unas contrapreguntas: ¿Conoces la magnanimidad de Dios? ¿No sabes que la magnanimidad de nuestro Padre celestial puede aguantar mucho? Un israelita no era sencillamente un impío o pecador, y un cristiano tampoco.

En este contexto, indicamos dos ejemplos:

*Comer carroña.*

Un labrador israelita había encontrado en el campo una de sus ovejas. Estaba muerta, pero no sabía si de muerte natural o atacada por una fiera. ¿Qué debía hacer? El ideal del SEÑOR era, que el labrador no siguiese mirando al animal muerto; y mucho menos que lo comiera. Lo debía abandonar a los perros salvajes. «Ninguna cosa mortecina comeréis», había manifestado el SEÑOR en Horeb. «Porque tú eres un pueblo santo a Jehová tu Dios», Dt. 14: 21. La muerte no encajaba en los miembros del santo pueblo de Dios, por lo cual no les estaba permitido comer carne muerta.

Sin embargo, cada israelita no era igualmente sensible a este ideal divino. También entre la comunidad del desierto habrá habido quienes no comprendieron esta enseñanza di-

vina, o a quienes les pareció «pecado» no comer tal animal. Israelitas que, por mezquindad, preferían comer carne muerta que cumplir el ideal del SEÑOR. En lugar de dejárselo a los perros, se lo comían ellos mismos. ¿Semejantes israelitas eran por ello inmediatamente «pecadores» e «impíos», y reos de muerte según la Ley? Nada de eso. En lo cual puedes ver magníficamente, cuán amable era el SEÑOR en el trato con su pueblo.

Un israelita no era, sin más ni más, pecador impío. El SEÑOR tenía paciencia con «la dureza de corazón». Naturalmente, él insistía: -«¿Carne muerta, la *muerte,* en el pueblo del Dios de la vida? -¡Fuera con ella, para los perros! Pero, ¿y si alguien no tenía la suficiente fe o amor para ello? Entonces, el SEÑOR tenía en cuenta en su Ley esta debilidad. Para lo cual disponía: Quien, empero, hubiere comido carne muerta, era impuro un día y debía lavar sus vestidos, Lv. 11: 39-40, 17: 15-16. En caso de necesidad, se la podía dar a comer o vender a un extranjero, Dt. 14: 21.

¿Ves ahora realmente que el SEÑOR no quiere zaherir, sino tener paciencia?

*Divorcio.*

Un segundo ejemplo: el divorcio. Este es también un mal a los ojos del SEÑOR. Pero, tales hombres y mujeres separados entre sí, ¿fueron erradicados de Israel como impíos? No; también a este respecto Dios manifestó, que él, con ciertas cosas indeseables -y el divorcio lo era- quiso ejercitar su paciencia. En cualquier caso, un sacerdote no podía casarse con una mujer repudiada, Lv. 21: 7 y 14. Pero, por lo demás, también aquí se manifestó indulgente. Una hija de sacerdote separada que repudiada volviese a su casa paterna, podía comer del santo alimento del sacerdote, Lv. 22: 13. Mujeres separadas podían hacer promesas, Nm. 30: 9. Y Moisés mandó, incluso por orden de Dios, entregar una carta de repudio a la mujer en caso de divorcio, para proteger su vida. Pues, si se acercaba a otro hombre como mujer no-divorciada, era reo de muerte, pero con una carta de repudio podía defenderse eficazmente contra la acusación de adulterio. Así protegía el SEÑOR la vida de

mujeres divorciadas, aunque odia el divorcio, Dt. 24: 1.

Estos fueron dos ejemplos de la magnanimidad de Dios en tensiones entre sus ideales divinos y nuestras debilidades humanas. Uno podía, como israelita indiferente o de visión corta, incumplir la prohibición de Dios de comer carne muerta, y, sin embargo, no ser «pecador» en el sentido de las Sagradas Escrituras. Te convertías en pecador cuando hacías cosas *rompedoras-del-Pacto,* como: matar, asaltar, servir a ídolos, violar el sábado. Pero alguien que siempre había respetado y honrado el primer mandamiento -y con ello el Pacto mismo-, no era sencillamente un impío; ni por comer carne muerta, ni por divorciarse.

Estos dos ejemplos podían ser aumentados con otros muchos. Fíjate en el dulce juicio de la Palabra de Dios de justos tan imperfectos como Gedeón, Jue. 8: 35; Sansón, He. 11; David, 1 R. 3: 6, 15: 5; Asa, 2 Cr. 15: 17 (= 1 R. 15: 14); Josafat, 1 R. 22: 43, 2 Cr. 19: 3, 20: 32, 35 y ss.; Ezequiel, 2 R. 18: 3-6; Pedro, Jn. 21: 15-33.

Ninguno de estos piadosos estuvo sin pecado. Desde el punto de vista de las «formas», hay bastante que hacer notar en ellos. Los reyes dejaron estar los lugares altos cananeos, aunque el SEÑOR los detestaba. Esto no obstante, recibieron el testimonio siguiente: (el rey tal o cual) «hizo lo que es recto a los ojos de Jehová».

No todo pecado es ruptura del Pacto.

Existe una religiosidad que en el Salmo 26 y similares puede razonar así de mezquinamente, pero nuestro magnánimo y misericordioso Dios presta atención al *rumbo* de nuestra vida. Y aunque las mejores obras de David efectivamente no eran perfectas, el rumbo de su vida fue bueno. No fue un «pecador».

### *¿Un salmo en el sacrificio de paz?*

¿Amas de corazón a Dios y a su Palabra? ¿No conoces nada más bonito que cantar con la congregación las alabanzas de nuestro Señor? A este respecto, no pases pues por alto especialmente el Salmo 26. Para ello no precisas ser primero acusado, pues cantaremos los salmos no sólo refiriéndonos a nosotros mismos, sino siempre en unión íntima con la congregación a la que le corresponde esta suerte. Sin em-

bargo, también podemos cantar este salmo cuando, por la gracia de Dios, somos guardados de grandes pecados; cuando reina paz entre Dios y nosotros. Entonces el israelita llevaba un sacrificio de paz. Este era un sacrificio para cuando «no pasaba nada malo»; cuando entre el SEÑOR y sus hijos todo era transparente. ¿Se habría cantado entonces alguna vez el Salmo 26? En cualquier caso, podemos hacerlo en el conocimiento gozoso de que, por la gracia de Dios que nos ha sido demostrada en Jesucristo, somos aceptados como sus hijos y andamos como tales. Entonces, ¡cuán libre y alegre puede sonar: «Camino como tu siervo y hallo mi placer en tus mandatos»!

---

NOTAS

1. R. Kittel, Die Psalmen, 1914.

2. E. König, Die Psalmen, 1927, 617.

3. E. König, o.c., 618.

4. A. Janse, Los justos en la Biblia, tomo I, 136, FELiRe 1984.

5. A. Janse, o.c., tomo I, 92 s.

6. Este y otros ejemplos los tomamos de L.A. Snijders, Psaume XXVI et l'innocence, Oudtestamentische Studiën, deel XIII, Leiden 1963, 112-130. Sobre la traducción de 1 R. 22: 34, comenta: «Sin un fin determinado no es tan apropiada. ¡Ese hombre no ha tensado el arco sin algún objetivo!»

7. A. Janse, o.c., tomo I, 9 s.

8. «Unschuldslieder» (:«Salmos de inocencia»), H. Gunkel-J. Begrich, Einleitung in die Psalmen, Götingen 1966, 251.

9. H. J. Jager, Palabras clave del Nuevo Testamento, tomo II, 129 s., FELiRe 1979.

10. F. Delitzsch (Psalmen a.l.), acerca de la época del nacimiento de este salmo, piensa incluso en esta historia. También se ha buscado al autor entre aquellos levitas que permanecen fieles al SEÑOR durante el reinado de Acaz, mientras que otros muchos apoyaron abiertamente la impiedad del rey, 2 R. 16: 10-18, así Pirot-Clamer, Les Psaumes, París 1950, 169.

11. En los «Salmos de declaración de inocencia» se trata, en el fondo, de la manifestación de la justicia de Dios. «El salmista pide: Hadme justicia, SEÑOR (Sal. 26: 1). Quiere decir: SEÑOR, muéstrame tu justicia. Muestra, SEÑOR, que tu pueblo puede contar contigo. De ahí que no sin razón haya diferencia entre tu pueblo que te sirve y confía en ti, y los impíos que no quieren saber de ti. (-). Somos justificados gratuitamente sin las obras de la ley. Esto es absolutamente cierto.

Pero hay también una justificación desde las obras y no sólo desde la fe, cf. Stg. 2: 24. Fe y Obras deben ir juntas; y esto quizá lo han comprendido los salmistas más profundamente que nosotros. Ellos muestran su fe desde las obras, también a Dios; y para que esto esté en orden, también debe ser así. Pero esto no es justicia propia, sino fe en la justicia de Dios», así el Prof. Dr. B.J. Oosterhoff, Onschuldpsalmen, De Wekker, 70e jrg. nr. 70, 51.

12. «Aquí, la palabra *ki* tomada no como dando la razón, sino como recalcando», M. Dahood, S.J. y Tadeusz, The Grammar of the Psalter in: M. Dahood, Psalms III, 405.

13. M. Dahood considera el Salmo 26 como la defensa de alguien que es acusado de idolatría. Dahood traduce *m$^{e}$te săw$^{e}$'*, v. 4, por idólatras.

14. M. Dahood, a. l.

15. M. Dahood, a. l.

16. A. Janse, o. c., tomo I, 87 s., FELiRe 1984.

17. Cristo no exigió «deshacerse radical y totalmente de todo bien material», sino que se refirió a aquello «que sobra de las posesiones de alguien cuando ya ha cumplido con las obligaciones impuestas por Dios respecto a la casa, el hogar, la empresa, los hijos y la familia». Aquí no se habla del «radical y franciscano rechazo de *todas* las posesiones», C. Veenhof, Om wel te doen, Kampen 1952, 61.

18. A. Janse, o. c., tomo I, 89, FELiRe 1984.

19. A. Janse, o. c., tomo I, 113, FELiRe 1984.

# Capítulo 9

## SALMO 29: EL SALMO DE LA TORMENTA

¡Tormenta!

El cielo, desde hace muchos días azul profundo, de repente se ha llenado de nubes grisáceas y, en pocos minutos, se ha coloreado de gris antracita de manera que oscurece siniestramente, y encendemos las lámparas. Parece que la noche ha caído antes de tiempo. Todo el mundo cierra sus ventanas. Papeles revolotean y se remolinan. Y entonces, de pronto, brillan los relámpagos, deslumbrantes, seguidos del poderoso retumbar de los truenos. Los relámpagos no desaparecen más del cielo, y su color morado nos hace cerrar los ojos involuntariamente. Tableteando y retumbando se suceden unas a otras las sacudidas de los truenos.

La tormenta se ha desatado.

¿Qué ocurre propiamente en una tormenta?

Un joven escolar que ha dominado sus primeras lecciones de física, responderá pedante: -«¡Oh, nada especial; es sencillamente una chispa eléctrica que salta, y llegan sacudidas de capas de aire que caen unas sobre otras!» En esta explicación hay bastante verdad, pero no toda. Volveremos después sobre esto. Sin embargo, es claro que en el mun-

do de la Biblia, aún no se podía dar esta respuesta. Entonces los hombres no tenían aún noción de nubes cargadas positiva- y negativamente.

¿Qué era, pues, la tormenta según ellos?

Todo depende de a quién se lo preguntaras.

Si se lo hubieras podido preguntar a un labrador cananeo en tiempos de Abraham y Moisés, seguro que habría respondido: -«¿Ese trueno? Esa es la voz de Baal. ¿Y esos relámpagos? ¡Son las flechas que dispara Baal!» Fuego del cielo era, según los paganos, la especialidad de Baal, dios de la lluvia y del trueno, el cual también fue muy servido en Israel.

Por tanto, el Salmo 29 debe haber resonado en más de un período de la historia de Israel como una porción de polémica santa. Una confesión de fe del Resto que aún temía al SEÑOR. Frente al a veces generalmente extendido culto de Baal, cantaban entonces los justos: «Voz de Jehová (y no de Baal) sobre las aguas; truena el *Dios de gloria»,* v. 3.

Antes de comentar este salmo, primero queremos dedicar alguna atención a la «voz de Baal» en el país Canaán. Esto, según esperamos, aguzará algo los oídos al sonido polémico del Salmo 29. Aquí se expresa la fama del SEÑOR.

## 1. LA VOZ DE BAAL.

Los labradores cananeos veían el vivir y el morir de los dioses en el cambio de las estaciones del año. Las lluvias de primavera y la sequía del verano tenían que ver, según su necio convencimiento, con el vivir y el morir de los dioses. La vida de la naturaleza, según ellos, *era* vida de los dioses. «Los dioses eran en realidad los elementos y poderes de la naturaleza personificados y cualificados»[1].

En las lluvias que caen en Palestina desde final de octubre hasta abril, veían la obra de Baal (literalmente, el Señor) y de su esposa Astarte. La cosecha del campo era fruto de la vida sexual de este matrimonio de dioses. Pero, de mayo a octubre no cae en Palestina, normalmente, lluvia alguna. Así pues, durante cinco largos meses, la naturaleza parece realmente muerta. Todo se marchita «en sequedales de verano», Sal. 32: 4. Según la fe cananea, Baal estaba muerto durante

aquellos meses de sequía; había sido muerto en una batalla de dioses por Moot (muerte), el dios del tórrido sol de verano y del grano maduro[2]. De ahí que durante los secos meses de verano no creciera nada. Moot, después de las últimas lluvias, había dicho a Baal: «Y tú, lleva contigo tus nubes, tu viento, tu cubo y tu aguacero (-) y desciende al infierno de la tierra»[3]. Allí había desaparecido impotente el «Señor» de las lluvias del verano. El nombre de la esposa fenicia del rey Acab (su padre se llamaba El-baal (¡!), 1 R. 16: 31) podría contener un recuerdo de los dolores que los adoradores de Baal experimentaban cuando su «Señor» de los veranos había descendido al infierno. Pues Jezabel significa: «¿Dónde (está el) Señor (ahora)?»[4]. Hasta que en el otoño llegaba salvación. Entonces, Astarte, la esposa guerrera y amorosa de Baal, sabía vencer a Moot y resucitar a su cónyuge Baal a nueva vida. Poco después comenzaba a llover. Baal había «resucitado», y nuevamente había tenido comercio sexual con su mujer Astarte. De ahí que ahora comenzara, una vez más, el tiempo de la sementera fructífera.

Este culto idólatra ha ejercido durante siglos gran fuerza atractiva en los habitantes de Canaán y también, por desgracia, en los israelitas[5]. Esta fuerza seductora puede ser explicada, en parte, desde la necesidad de lluvia. La vida del hombre, del animal y de la planta en Palestina dependía, hablando humanamente, de la lluvia. De hecho, la constante *época* de lluvias era para el labrador en Canaán aun más importante que grandes tormentas, cf. Dt. 28: 12, Am. 4: 7. No llover significaba, tanto para el hombre como para los animales, no haber vida[6]. De ahí que el culto a Baal y Astarte formase para el labrador cananeo una parte de su método de labranza[7]. Lo que los abonos químicos son para el labrador moderno, eso era el culto a Baal para su colega cananeo.

Una de las partes más horribles de este culto idólatra era el llamado «matrimonio santo». Como ya hicimos notar, la fertilidad de la tierra de labranza y del seno materno era vista como un fruto del apareamiento de Baal con su mujer Astarte. Se creía poder impulsar este trato reproductor de fertilidad de su dios con su diosa mediante prostitución «santa». También israelitas se entregaron a ella: «... sobre todo collado alto (allí te encontrabas más cerca de los dioses) y debajo de todo

árbol frondoso (símbolo de vida y fertilidad) te echabas como ramera», Jer. 2: 20. «Cada cual», pues, tenía relación sexual con «cada cual». En los tiempos de Baal y Astarte se podía, como visitante, hacer uso de hombres y mujeres que ponían sus cuerpos a disposición para fornicación «santa», cf. Dt. 23: 17, Ez. 16 y 23, Os. 2, 1 R. 15: 12, 2 R. 9: 22. La juventud moderna no es la primera que está expuesta a fuertes engaños eróticos.

En esta generalidad corrompida encajan también las imagencitas de Astarte como una mujer desnuda, con exageradas características sexuales, que ofrece su desnudez al espectador y con ello, normalmente mediante un ademán, manifiesta sus intenciones impuras. En Palestina, rara es la casa en que no encuentres estas imágenes o representaciones de Astarte grabadas en tabletas de arcilla; frecuentemente con una serpiente en torno a su cuello (como símbolo de su sex-appeal)[8]. Es muy significativo, que muchas de tales imágenes también fueran encontradas en las excavaciones de moradas israelitas, aunque fueran ejemplares algo menos picantes que las cananeas[9]. Si la iglesia vive ahora en un mundo que es invadido por literatura picante, el mundo israelita frecuentemente estaba congestionado por la escultura picante.

La voz de Baal era el trueno, con el cual iban acompañados, con mucha frecuencia, los chubascos. En excavaciones se encontró a Baal en imagen de hombre que con su mano derecha dispara el trueno, y con su mano izquierda sujeta el rayo[10]. Y de ahí que se haya expresado la sospecha de que el Salmo 29 era, en su origen, un salmo-de-Baal, que Israel se anexionó para Yahweh el SEÑOR. Si esta sospecha es exacta, el salmo originalmente podía haber sonado así:

*«Dad a Baal, vosotros espíritus celestes,*
*dad a Baal gloria y fuerza;*
*Dad a Baal la gloria de su nombre,*
*inclinaos ante Baal en traje de fiesta.*
*La voz de Baal está sobre las aguas,*
*el dios de la gloria hace resonar el trueno,*
*Baal sobre las aguas impetuosas», etc.*

Podríamos entender, que alguien fuera partidario de que la mencionada sospecha descansa en la verdad. El SEÑOR

se habría anexionado más pertenencia religiosa pagana para su culto. En el terreno linguístico, por ejemplo, los nombres Rahab y Leviatán que en las Escrituras son usados como ornamentos poéticos para la alabanza del SEÑOR, Sal. 74: 13, 87: 4, 89: 10, Is. 51: 9. Pues, cada palabra del Salmo 29 también puede ser reencontrada ahora en antiguos textos cananeos[11]. Además, en el mundo cananeo, Baal o Hadad era efectivamente el «Señor» de la lluvia y la tormenta, y en honor de él se cantaban «salmos». Ahora puedes comprender qué acción tan extremadamente polémica podría haber sido la recompostura de semejante salmo de Baal. No es la voz de *Baal* la que resuena sobre tierra y mar, sino la voz del SEÑOR. Sin embargo, mientras la arquelogía no puede presentarnos ejemplo alguno de un salmo original de Baal, difícilmente podemos edificar sobre esta hipótesis.

Esto no quita, que el Salmo 29 hable, a pesar de todo, además de la alabanza amorosa al SEÑOR, también un lenguaje profundamente polémico y anti-cananeo. Esto, a la luz de la enorme popularidad de Baal y Astarte en Canaán, necesitará poca más demostración. Leído a la luz del mundo en que fue hecho y cantado por primera vez, el Salmo 29 debe haber hablado, a lo sumo, antitéticamente con sus siete veces repetida: «voz de *Jehová...,* voz de *Jehová...*» En más de un período de la historia de Israel, esta expresión debe haber sido un lenguaje valiente; una confesión de fe y también una objeción contra el espíritu del siglo, no sólo en el mundo de la época, sino también en la iglesia israelita.

Por eso el epígrafe sobre este salmo suele ser demasiado general en cualquier versión de la Biblia, por ejemplo, en la Reina-Valera: «Poder y gloria de Jehová». En contradicción con más de un físico moderno, el cananeo antiguo aun quería reconocer esto: en la tormenta brota la majestad de Dios. Pero la pregunta era: ¿la majestad de *qué* Dios? ¿De Baal? -No, responde el Salmo 29: la majestad del SEÑOR (Yahweh). Ahora podemos describir el asunto principal del salmo de esta manera: «La gloria de Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, tal como se manifiesta en una tormenta».

## 2. EL SALMO DE LOS SIETE TRUENOS.

Además de como «el salmo de la tormenta», el Salmo 29 también es conocido como «el salmo de los siete truenos». Este es también un nombre bonito, pues, habla siete veces de «la voz de Jehová», y con ello da a entender el trueno, v. 3. Si subrayas en tu Biblia las palabras «la voz de Jehová», verás, en un golpe de vista, nuestra razón al calificarlo como: el salmo de los siete truenos.

Ahora queremos continuar leyéndolo versículo por versículo.

Versículo 1:

*«Tributad a Jehová, oh hijos de los poderosos,*
*dad a Jehová la gloria y el poder».*

Dios *es* glorioso y poderoso, pero el hombre debe reconocerlo. Sin embargo, ¿cuántos no lo hacen y niegan al Todopoderoso, también durante su demostración de poder en una tormenta? Los salmos conocen a estos temerarios dentro del pueblo de Dios como los necios, los irracionales y con otros muchos nombres parecidos, cf. cap. 3, 3. Por eso el Salmo 29, en primer lugar, llama a reconocer la gloria y el poder de Dios.

¿Pero quién convoca a esto? El idioma hebreo habla literalmente de «hijos de dioses» (*b$^{e}$nē 'elīm*). En Job 1: 6, con estas palabras se designa a los *ángeles:* «Un día vinieron a presentarse delante de Jehová los *hijos de Dios,* entre los cuales vino también Satanás». Aquí se podría pensar en un grupo determinado de ángeles, a saber, el consejo del trono de Dios, del que también leemos en el Salmo 89: «Dios temible en la gran congregación de los santos, y formidable sobre todos cuantos están alrededor de él», v. 7, cf. 1 R. 22. Leído así, el Salmo 29 convocaría a ángeles, eventualmente al consejo del trono de Dios, a rendirle homenaje a causa de su majestad en la tormenta; lo cual, en sí mismo, es muy posible.

Pero la expresión «hijos de Dios» o «hijos de dioses» puede ser también una designación de reyes y jueces. Un ejemplo de este significado lo da el Salmo 82: «Yo dije: Vosotros sois dioses, y todos vosotros *hijos del Altísimo;* pero como hom-

bres moriréis, y como cualquiera de los príncipes caeréis», vs. 6-7. Este significado también nos parece el que más se ajusta a Gn. 6: 1-4.

Por consiguiente, en el v. 1 del Salmo 29 podemos pensar, además de en ángeles, también en reyes, en poderosos y, propiamente, en todos aquellos que sobresalen por encima del «hombre corriente». Leído así (y nos parece lo mejor), este versículo es una llamada a todos los que ocupan un cargo elevado aquí en la tierra con el fin de que, cuando haya tormenta, reconozcan la gloria de Dios. Pues, si bien es verdad que el SEÑOR gustosamente se deja alabar por la boca de los niños (Salmo 8), también las personas que ocupen un cargo elevado son convocadas a hacerlo.

El versículo siguiente dice cómo debe hacerse.

Versículo 2:

*«Dad a Jehová la gloria debida a su nombre;*
*adorad a Jehová en la hermosura de su santidad».*

Las Sagradas Escrituras y la historia conocen reyes que hicieron esto: arrodillarse ante Dios; véase, por ejemplo, 1 Cr. 20. Pero el Salmo 29 les convoca -y en ellos naturalmente a todo el pueblo de Dios- a hacerlo sobre todo cuando el SEÑOR ha mostrado su majestad en una tormenta. La segunda parte de este versículo también es traducida así: «Adorad a Jehová en su *santa aparición»,* lo cual también encaja muy bien en el total del salmo[12]. En una tormenta, Dios «llega» hasta los hombres, y deja oír su «voz».

El dedalito de conocimiento que incluso los más inteligentes físicos poseen de las obras de la creación de Dios no nos puede hacer tan soberbios que no nos demos cuenta de la gloria de Dios en una tormenta; puesto que la tormenta sería «simplemente» una cuestión de chispas eléctricas que saltan. Esto es verdad, pero, sin embargo, con el Salmo 29 podemos llamar al trueno asimismo la «voz» (también se puede leer: el sonido) de Dios. Esto no es un dilema, sino una coordinación justificada. El trueno es un sonido que Dios deja rodar, y para el pueblo de Dios es una señal sorprendente de su majestad.

Versículo 3:

*«Voz de Jehová sobre las aguas;*
*truena el Dios de gloria,*
*Jehová sobre las muchas aguas».*

Evidentemente, el salmista no habla de tormenta en general, sino que describe un determinado aguacero que desde el mar Mediterráneo («las muchas aguas») se dirige tierra adentro. Para poder seguir su descripción, debemos traer a la imaginación el mapa de Palestina: al Oeste u Occidente, el mar Mediterráneo, en el Norte el Líbano con sus bosques de cedros, en el Este u Oriente el Hermón o Sirión con los espesos bosques de cedros de la Transjordania, y al Sur territorio estepario del desierto de Cades. Además de como «el salmo de la tormenta», nuestro salmo es conocido también como «el salmo de los siete truenos». Pues siete veces nombra «la voz de Jehová». Para lo cual, en hebreo tenemos: «*qol yhwh*», que pronunciado en voz alta, parece que oyes retumbar los truenos.

Una tormenta sobre el mar debe ser un fenómeno majestuoso. Allí vio el poeta levantarse el aguacero; «sobre las muchas aguas», v. 3; y esto así, teniendo presente que los israelitas se arredraban ante el mar; y sobre ese mar poderoso y aterrador, ahora sonaba la voz del Dios de Israel.

En la última frase del v. 3, el poeta sugiere, de una manera magnífica, el eco lánguido y moribundo del trueno sobre el mar.

Versículo 4:

*«Voz de Jehová con potencia;*
*voz de Jehová con gloria».*

Se tiene que ser una persona insensible cuando no se llega a estar impresionado por truenos retumbantes y fuego que desciende del cielo centelleante. Quien alguna vez lo ha vivido muy de cerca y a campo abierto y teme a Dios, deberá asentir a lo que el salmista dice aquí: «¡La voz del SEÑOR está llena de gloria!»

No es extraño que el SEÑOR haya hecho uso de esto en muchas ocasiones para imponerse a amigos y enemigos: Cuando fue a liberar a Israel de Egipto («para mostrar en ti mi po-

der», Ex. 9: 16 y 23), en el anuncio del Pacto de Horeb (Ex. 19) y cuando ayudó a Israel contra los filisteos (1 S. 7: 10).

Versículos 5-6:

*«Voz de Jehová que quebranta los cedros;*
*quebrantó Jehová los cedros del Líbano.*
*Los hizo saltar como becerros;*
*al Líbano y al Sirión como hijos de búfalos».*

El aguacero empuja ahora tierra adentro. Primero hacia el Norte, hacia las montañas del Líbano con sus famosos bosques de cedros en tiempos bíblicos. Arboles en los que un perímetro de tronco de 6 m. y un diámetro de tronco de 2 m. no era una excepción. Un cedro así, podía medir fácilmente 35 m. de alto y tener una copa con un perímetro de 60 á 80 m. No es extraño que estos cedros mencionados en la Biblia sean símbolo de orgullo y majestad, Is. 2: 13. ¿Pero qué significa semejante gigante del bosque para el SEÑOR? Leñadores pueden emplear horas y horas de trabajo para cortarlos, pero el SEÑOR los quiebra en un segundo, para, seguidamente, hacerlos caer como un becerro que da brincos raros.

Quien lee las Sagradas Escrituras esclavo de la letra y con pedantería, no encuentra suficientemente exacto el v. 5a, porque, tomado estrictamente, no es el trueno, sino el rayo el que hace caer los cedros. Sin embargo, en los pueblos antiguos, cuando había tormenta no era el rayo lo que más les impresionaba (como es en nuestro caso), sino el trueno. Estas normas aún siguen burlándose del paganismo. El Hermón (o Sirión, Dt. 3: 9) era para los cananeos un «monte santo». Y de él cantaban los piadosos israelitas: ¡Nuestro Dios el SEÑOR permite que el «santo» Sirión haga extravagancias!

Versículo 7:

*«Voz de Jehová que derrama llamas de fuego».*

¿No ves que el rayo también impresionó al salmista? ¿No se parecen los relámpagos a una enorme bola de fuego que es cortada por un hacha invisible?

Versículo 8:

*«Voz de Jehová que hace temblar el desierto;*
*hace temblar Jehová el desierto de Cades».*

Ahora, la tormenta gira del Norte al Este. El poeta mencionó hace un momento el Hermón o Sirión; y en seguida nombra los bosques de robles de la tierra oriental jordana. También sobre el desierto de Cades, probablemente queriendo decir el salmista: en la dirección del Orontes, allí impera ahora la tormenta[13]. Para el israelita, un desierto era tan siniestro como el mar. Moisés ya habló acerca de «aquel grande y terrible desierto», Dt. 1: 19; una estepa calva y solitaria, con algunos árboles y plantas cimbreantes al viento; truenos retumbantes y luz de relámpagos. El salmista sentía temblar esa estepa, por así decirlo, bajo los golpes del trueno.

Versículo 9:

*«Voz de Jehová que desgaja las encinas,*
*y desnuda los bosques;*
*en su templo todo proclama su gloria».*

Incluso las ciervas preñadas se encogen de miedo y paren prematuramente sus crías. Poderosos gigantes del bosque son destrozados por los rayos que les caen.

Siete veces hemos oído el «*qol yhwh*». Siete poderosos golpes de trueno; casi monótonamente. Pero esto lo hizo el poeta con el fin de remedar en alguna manera, también en la forma de su Salmo, el monótono retumbar de los golpes y sacudidas de la tormenta.

Entonces, de repente, se hace el silencio; todo queda quieto.

Como por una mano de gigante, somos trasladados ahora hacia el palacio de Dios. Quien en el v. 1, bajo la expresión «hijos de Dios», entiende ángeles, pensará en el palacio celestial de Dios en el v. 9c. Nuestros pensamientos van hacia el templo terrenal del SEÑOR, que muchas veces es llamado Palacio. También allí, donde están los altares, la mesa de los panes de la proposición y los candelabros, se puede oír la voz del SEÑOR. Pero los sacerdotes y levitas que ministran no caminan indiferentes. En lugar de proseguir con charlas

sin sentido, cada uno de ellos, dirigiendo su mirada respetuosa hacia los nubarrones de la tormenta y al cielo que está por encima, exclama: ¡Gloria!

¿Retumba el trueno y ciega el rayo?

Entonces comprenden los piadosos, y dicen: ¡Gloria a Quien corresponde la gloria!, (v. 9c).

Como es natural, a los primeros israelitas lectores de nuestro salmo no se les escapó que en él sonó *siete* veces «la voz de Jehová». Siete, este era el número o cifra simbólico del Pacto de Horeb, en que todo el calendario festivo de Israel estaba trabado. Ya sólo por esto, el poeta debe haber querido desechar, de forma delicada, todo temor *pagano* a la tormenta. ¿La voz de Baal? -No; ¡gloria al Dios de Israel! Este miedo pagano es combatido por el salmista aun más poderosamente en los versículos 10 y 11.

Versículo 10:

*«Jehová preside en el diluvio,*
*y se sienta Jehová como rey para siempre».*

Con motivo de este versículo, también se piensa en las aguas que estaban por encima de la expansión, Gn. 1: 7. La palabra usada (*mabbul*), también es empleada en los capítulos que describen el diluvio, Gn 6-9, razón por la que nosotros, con la versión Reina-Valera, pensamos en el diluvio al comentar este v. 10 del Salmo 29. ¡Entonces sí que llovió! Cuarenta días y cuarenta noches incesante- y copiosamente; hasta que el agua estuvo incluso quince varas por encima de los montes, Gn. 7: 4, 12, 19-20. Todos estaremos de acuerdo que en aquella ocasión también llovió torrencialmente.

Pero, incluso por encima de esto, ¡reinaba el SEÑOR!

Nada se le fue de las manos, sino que reinó en su trono por encima de todo. El, a Quien conocemos ahora como nuestro Padre celestial. ¿Puedes ver cuán excelso y poderoso es? El sigue siendo el dueño y señor incluso del diluvio, Gn. 8: 1-3.

Versículo 11:

*«Jehová dará poder a su pueblo;*
*Jehová bendecirá a su pueblo con paz».*

Poder y paz, con esto concluye el Salmo 29.

Cuán grandes poderes actúan en una tormenta. Si incluso cedros de 2 m. de diámetro se quiebran como briznas de paja; si la estepa parece temblar y el trueno retumba sobre el mar. Tensiones eléctricas muy altas juegan un gran papel al respecto, como sabemos ahora. De todo esto ha sacado el salmista un fortalecido ánimo. El Todopoderoso, Quien domina fuerzas tan grandes (nosotros seguimos leyendo el salmo de la tormenta), quiere dar poder también a su pueblo.

Asimismo la calma después de la tormenta habla su lenguaje.

Tú mismo sabes cuán agradable puede ser la atmósfera después de una tormenta. Entonces hueles a ozono. Una paz profunda descansa sobre la tierra. Ya no llueve más. Las negras nubes se han disipado. El retumbar del trueno muere a lo lejos. Reina la paz. ¿Acaso esta esfera posterior a la tormenta ha llevado al poeta al pensamiento de la paz que el SEÑOR ha prometido a su pueblo? ¡Véase Is. 2: 1-5 , 11: 1-10! Cuando la vaca y la osa pacerán juntas y el leopardo se acostará con el cabrito y nunca más se oirán llantos, Is. 11: 6-7, 65: 19. Una paz de la que Israel recibió una pequeña prueba bajo el régimen de Salomón, cuando todos, desde Dan hasta Beerseba, llevaban una vida tranquila bajo su higuera, 1 R. 4: 25.

Por consiguiente, una tormenta nos puede enseñar mucho.

Qué Padre tan poderoso tenemos, que nos promete una paz con la que no se puede comparar la delicada paz tras una tormenta. El Salmo 29, una vez que lo hemos leído, nos hace pensar en lo que los ángeles proclamaron sobre Efrata: «¡Gloria a Dios en las alturas!» (al comienzo o a mitad del salmo) «¡y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!» (el final del salmo).

### 3. CICLO «CRISTIANO» DE RELIGIOSIDAD.

Aquellos piadosos israelitas, cuando cantaban el Salmo 29, ¡hacían una profesión de fe valiente! En todas partes del mundo de la Biblia se estaba bajo el hechizo de un ciclo religioso. Se estaba exultante en el tiempo de la cosecha, pero enseguida se caía en la desesperanza cuando se pensaba en los

tiempos de la siembra. Los cananeos cocían entonces, por puro temor, un cabrito en la leche de su madre y con ella rociaban sus campos pelados, Ex. 23: 19, 34: 26, Dt. 14: 21. En Tiro y en Sidón, en Babilonia y en Egipto, en todas partes, se conocía algo que recuerda la «muerte» y la «resurrección» de Baal.

El salmo 29 es un testimonio de israelitas que odiaban este ciclo de religiosidad, y daban el honor al SEÑOR, que la masa asignaba a Baal en más de un período.

¿Hemos aportado suficientemente como cristiandad ese ánimo respecto a nuestro ciclo de religiosidad europeo? Nuestros antepasados lejanos miraban a cada otoño con temor y temblor porque los días se acortaban. ¿Vencerían en esta ocasión los poderes de las tinieblas a la luz? Pero, al final de diciembre celebraban aliviados su fiesta de medio invierno: ¡el sol dador de fertilidad había ganado la batalla! Los días volvían a alargarse y por eso se entregaban mutuamente regalos, se alzaban pinos (siempre verdes = siempre vivos), se encendían luces y se comía pastel que tenía la forma de la rueda del sol (coronas). También en Roma se celebraba la «resurrección» del Sol invictus o Sol invencible: La vida tenía nuevamente futuro. Moisés habría llamado a esto «las abominaciones de aquellas naciones», con lo que el pueblo de Dios debía romper, Dt. 18: 9.

Por desgracia, nuestros antepasados lejanos no se convirtieron de esta idolatría de la naturaleza y la fertilidad. Así surgió, ya en los primeros siglos de nuestra era, un ciclo «cristiano» de religiosidad. En atención a los paganos conversos en Oriente y Occidente que desde antiguo estaban acostumbrados a celebrar a últimos de diciembre la fiesta de la «resurrección» del dios de la lluvia o la «victoria» del dios del sol, la iglesia Cristiana estableció en el pagano mes de las fiestas, diciembre, una fiesta Cristiana, en la que se iba a recordar el nacimiento de Cristo. Con las fiestas Cristianas de Pascua y Pentecostés que -¿bajo influencia judeo-cristiana?- ya habían sido instituidas antes, el circuito litúrgico estaba cerrado. También la iglesia Cristiana tenía en adelante un ciclo de un dios que cada-año-nuevamente-nacía y que cada-año-nuevamente-moría-y-nuevamente-resucitaba.

De este ángulo pagano procede nuestra costumbre de, en un circuito anual de noviembre a diciembre y durante cua-

tro semanas, hacer como si el Señor Jesús debiera nacer aún («Adviento»), y en primavera durante seis semanas hacer como si el Señor Jesús nuevamente salga al encuentro de sus sufrimientos de cruz, y en el Viernes Santo hacer como si el Señor volviera a morir en ese día, y en Pascua hacer como si en aquella mañana volviera a resucitar verdaderamente. Más de un cristiano encuentra esa predicación como la que mejor le hace sentir que él estaba allí, y que ocurría de nuevo («rememoración»). Bien es cierto, que las iglesias reformadas entablaron una lucha contra esta religiosidad caprichosa, pero la tradición resultó demasiado fuerte, como se evidencia de la redacción de diversas disposiciones eclesiales en los Países Bajos.

Las Sagradas Escrituras, sin embargo, no conocen semejante ciclo de religiosidad. Por el contrario, hablan del SEÑOR en polémica tangible contra el Baal que cada año vuelve a morir, y dicen, que el SEÑOR es «el Dios *Viviente*». «Yo estuve muerto (una sola vez) mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén», Ap. 1: 17-18. Y los profetas y apóstoles, muy lejos de hacernos dar vueltas en un ciclo religioso eterno, nos señalan hacia el Futuro de nuestro Señor Jesucristo, y nos llaman a que tengamos nuestros ojos puestos fijamente en ese Futuro. Pero, como Cristiandad universal, preguntémonos una vez más: ¿Hemos roto de modo suficientemente radical con nuestro pasado ciclo litúrgico de religiosidad, tal como se debía hacer en Israel para poder cantar el Salmo 29?

---

NOTAS

1. G. Ernest Wright, Biblical Archeology, cap. 7.

2. El Dr. Mulder, en «Kanaänitische goden...», 68-70, ve a Moot (mwt) en algunos nombres del Antiguo Testamento. Señala, por ejemplo, a *Ḥaṣar-mawet* (Gn. 10: 26, 1 Cr. 1: 20), el subarábigo *Hadramaut*; *ʿAzmawet* (2 S. 23: 31, 1 R. 11: 33, 12: 3, 27: 25 (?), también 1 Cr. 8: 36, 9:42); *Bēt-ʿazmawet* (Neh. 7: 28, 12:29, Esd. 2: 24). También trae a colación, en este contexto, la palabra *sjdmwt*, Dt. 32: 32, 2 R. 23: 4, Is. 16: 8, 37: 27, Hab. 3: 17 y en qere Jer. 31: 40(39). En los diccionarios bíblicos, esta palabra es traducida generalmente por «campo», «terraza» y similares, pero probablemente es un término técnico para «un campo que ha sido dedica-

do al culto de Moot». En el Antiguo Testamento indica no sólo un «lugar desierto», sino especialmente el campo del Cedrón (2 R. 23: 4, Jer. 31: 40). Las reformas de Josías tuvieron un punto de concentración en este valle: aquí fueron quemados los utensilios de Baal y Asera. Una indicación de que aquí tuvo lugar un culto a Moot. El Dr. Mulder sugiere, al mismo tiempo, la posibilidad de que Moloc, en el A. Testamento, sea un apelativo, así vocalizado voluntaria o involuntariamente, de Moot.

3. A. Jirku, Kanaanäische Mythen und Epen aus Ras Schamra-Ugarit, Gütersloh 1962, 6l. «Según un fragmento hallado en Ugarit, también la esterilidad de las mujeres debe atribuirse al dios Moot...», 54.

4. M.J. Mulder, *Ba'al* in het Onde Testament, Den Haag 1962, 36.

5. Albright ha indicado, a este respecto, que diosas de la fertilidad entre los pueblos antiguos en ningún lugar han jugado un papel tan grande como precisamente entre los cananeos, FSAC (Anchoredition) 233.

6. El árabe, en Canaán, a la tierra en que cae agua suficiente aún la sigue llamando -sin saber lo que dice- *ba'al*, ignorando absolutamente el hecho de que en esa palabra pervive el dios de la fertilidad de sus antepasados cananeos.

7. M.J. Mulder, o.c., 189.

8. G.E. Wright, o.c., cap. 7.

9. G.E. Wright, o.c., cap. 7. En Gabaón se encontró tal clase de imágenes de unos 7 a 15 cm., de modo que se aventuró a suponer que aquí se trataba de amuletos o «mascotas» que portaban mujeres para salir bien de un parto o para proteger al niño durante los siempre críticos meses de la lactancia, J.B. Pritchard, Gibeon waar de zon stilstond, Baarn 1964, 123 s. En documentos egípcios, Astarte llevó el nombre de: «reina de los cielos», el cual fue dado a María por los romanocatólicos, M. Mulder, Kanaänitische goden, 49 s. Por consiguiente, ¡vaya con qué clase de título pagano fue calificada la «venerada» madre del Señor Jesús! Por lo demás, el pensamiento de «siempre-virgen» ya se lo conocía también en el culto a Astarte: «las grandes diosas que conciben pero no dan a luz», es decir, que siempre permanecen vírgenes, pero, ello no obstante, son fértiles, Albright, FSAC 233.

10. Uno de sus apodos más conocido era, según los textos de Ugarit, «el que cabalga por los cielos», un título que el Salmo 68: 4 reclama para el SEÑOR, y que, probablemente, da una lectura mejor que: «el que cabalga por las llanuras», y está más en consonancia con los Sal. 68: 33 y 104: 3.

11. M. Dahood, Psalms I, 175.

12. H.J. Kraus, a.l., y Frank M. Cross Jr., Notes on a Canaanite Psalm in the O.T., BASOR nº 117, febr. 1950, 21: «Póstrate tú mismo ante el SEÑOR cuando se manifiesta en santidad».

13. El «*mdbr qdš*» debe ser buscado en los alrededores del Líbano y Anti-líbano, quizá en Cades cerca del Orontes. Recuérdese que midbar no significa «desierto» en nuestro sentido de la palabra, sino antes bien «tierra sin ocupación permanente», M. Dahood, o.c., a.l.

# Capítulo 10

## SALMO 30: SEÑOR, MI DIOS, TÚ ME HAS SANADO

HAY personas -tú mismo las conoces- que nunca tienen una dolencia. Otras sufren de vez en cuando. Algunas se pasan la vida cavilando, pero otras jamás tienen preocupaciones; nunca van al médico y aún no han pasado por un hospital. Son hombres de acero y mujeres correosas.

En tales personas nos hizo pensar David, autor del Salmo 30. Un militar profesional y, por consiguiente, ya sabemos cómo se las gastan estos hombres. «No se asustan por nada» -se suele decir. Nos imaginamos que también él oiría de un conocido que se había desplomado, o de un familiar que estaba gravemente enfermo, pero David mismo era de una salud robusta; y, a la larga, una persona se acostumbra a esto. Sin embrago, ahora sabemos qué hombre tan temeroso de Dios era, y cuán grande fe tenía; pero, esto no obstante, incluso David comenzó a encontrar normal su prosperidad y buena salud.

Hasta que, cierto día, el mal se acercó también a su palacio.

El rey David enfermó, y en verdad muy gravemente. Sus mujeres e hijos recorrían la casa llorando. Parecía que su fuerte esposo y padre se moriría. David mismo veía muy negra su situación: -«¿Moriré de esta enfermedad? ¿Moriré ahora?»

Pero orar, ¡eso sí que lo hicieron! ¡Orar! También el mismo David; con un corazón profundamente temeroso de Dios. Porque sabía, que en el SEÑOR hay salidas contra la muerte, Sal. 68: 20.

Entonces llegó la crisis.

Fue una noche. ¡Lo que vivieron aquella noche, y lo que entonces pasó por ellos! Pero, hacia la madrugada, estaba claro: ¡El peligro había pasado! ¡David se había salvado de aquella enfermedad! Ahora se restablecería. Y así ocurrió; y cuando el enfermo rey se restableció tanto que nuevamente pudo sostener la pluma de escribir, puso por escrito sus experiencias en un poema.

Y ese es el poema que ahora vamos a leer: el Salmo 30.

A nuestro Padre celestial le pareció tan bonito que lo ha conservado también para nosotros en las Sagradas Escrituras, para que podamos aprender qué y cómo debemos hablar cuando Dios nos levanta del lecho del dolor, y nuevamente nos deja en el país de los vivos.

## 1. EL EPÍGRAFE.

Como habrás observado, las palabras: «Salmo de David», las tomamos tal cual están; y no vemos razón alguna para ponerlas en duda[1]. Con las palabras: «Salmo cantado en la dedicación de la casa», deberemos aceptar, que David, en el tiempo en que construyó su palacio, 2 S. 5:11, fue afectado por una corta pero grave enfermedad[2]. Entonces parecía que David nunca viviría en esta nueva casa... Pero el SEÑOR liberó de la muerte la vida de David, y quizá cantó este salmo en la inauguración de su nuevo palacio como alabanza al SEÑOR que le había sanado.

A este período en la vida de David agradecemos el Salmo 30.

¡Y qué gran salmo!

## 2. YO TE ENSALZARÉ.

El Salmo 30 es el jubiloso himno de gratitud de un David que estuvo enfermo de muerte y al borde del sepulcro, pero

que, por así decirlo, recuperó su vida nuevamente de las manos de Dios. A este respecto, un poeta cantó: «Un enfermo que sana, encuentra en la vida una hermosura que había olvidado de prisa». Pero el enfermo David encontró en la vida primeramente la bondad de su Dios, que él había olvidado algo. En su himno de gratitud, lo central no es su fuerza convaleciente o la hermosura de su vida, sino la alabanza del SEÑOR. Con esto comienza y con esto termina.

¿Repasamos, pues, su salmo versículo a versículo?

Versículo 1:

*«Te glorificaré, oh Jehová, porque me has exaltado.*
*Y no permitiste que mis enemigos se alegraran de mí».*

Glorificar.

Nosotros diríamos: poner en alto, encumbrar.

Pues bien, ¿qué hacen muchos enfermos cuando salen del hospital? Poner en alto (ensalzar) a médicos y enfermeros. «¡Vaya asistencia y cuidado tan buenos que he tenido, algo formidable!»

Nada que decir en contra de esto, naturalmente.

Pero David dice: «¡*Te* glorificaré, oh Jehová, porque *(tú)* me has exaltado!» Como una mujer que saca un cubo de agua de un pozo estrecho, así habla David aquí. Ahora bien, ¡que no caigas alguna vez en un pozo así, como José y Jeremías! ¡Porque nunca saldrás de allí por ti mismo! Amigos, así de desesperanzado me he encontrado, -dice David. En el v. 3 habla del reino de los muertos como del Pozo (*bor*), de manera que aquí pensarás también en aquel reino.

¡SEÑOR, tú me has sacado del pozo profundo de la Muerte!

Ese es un lenguaje distinto a éste: «¡Sí, he tenido suerte! ¡Y aquí estoy, como ves!»; o a éste: «Amigo, si el médico, Dr. «mengano», no hubiera estado allí...» Esto último también es verdad. Debemos dar gracias a Dios por la ciencia médica y por tener un médico experto. Pero no nos quedemos parados en esto, sino que, en tales casos, tomemos ejemplo de David, y detrás de los médicos y enfermeros veamos a nuestro Gran Ayudador, y ensalcemos especialmente a nuestro Padre celestial.

Entonces, ¡hacemos profesión de nuestra fe!

Ahora la segunda parte del v. 1:

*«y no permitiste que mis enemigos se alegraran de mí».*

Sí, éstos, como es natural, habrían oído gustosamente la noticia de la muerte de David. ¿Los reyes a los que él había vencido? ¿Sus contrincantes políticos? Esos se frotan las manos diciendo: -«¿Has oído? ¡Está gravemente enfermo!» Pero el SEÑOR dejó a éstos con tres palmos de narices -como se suele decir. ¡David mejoró!

Entendida así, la segunda parte del v. 1 tiene un buen sentido.

Sin embargo, la palabra «enemigos» también podemos considerarla como un «plural mayestático», por el Enemigo, con mayúscula. «El Postrer Enemigo», acerca del cual habla el apóstol Pablo en 1 Co. 15: La Muerte. Quizá hemos olvidado algo el hablar tan concretamente de la muerte y los demonios como enemigos nuestros. Así pues, aquí oímos de David, cómo un hijo de Dios, después de una enfermedad mortal o tras una grave operación quirúrgica, muy bien puede expresarse así: -«¡Nuestro Padre celestial se ha cuidado de que mi gran Enemigo no pudiera reírse de mí!»[3].

Versículo 2:

*«Jehová Dios mío, a ti clamé,*
*y me sanaste».*

David, pues, no había clamado a diestra y siniestra, porque la necesidad no siempre ayuda a orar al SEÑOR diciéndole: «Dios mío», como le llama; y con razón, pues David pertenecía al pueblo con el que el SEÑOR había cerrado un tratado o Pacto, tal cual los estados siempre han establecido. David pidió ayuda a su Aliado.

*«Y me sanaste».*

¡Tú!

Así fue, y así es, y así permanecerá eternamente.

Aunque para ello haga uso de los mejores doctores y de las mejores medicinas, -«Tú me sanaste». Pues, ¿de quién viene el poder curativo en las medicinas? La vida, el aliento en nuestra nariz, esa la tenemos de Dios.

En este aspecto, el rey Asa tenía un enfoque de vida equivocado. Por eso, la Palabra de Dios le reprende: «Asa enfermó gravemente de los pies, y en su enfermedad no buscó a Jehová, sino a los médicos», 2 Cr. 16: 12[4].

¡Cuidado, porque así manchamos la honra de Dios!

Versículo 3:

*«Oh Jehová, hiciste subir mi alma del Seol;*
*me diste vida, para que no descendiese a la sepultura»*[5].

Nosotros, probablemente, no nos atreveríamos a hablar tan de prisa.

Cuando alguien yace en el hospital gravemente herido, y su corazón es mantenido en funcionamiento sólo con ayuda de las máquinas y medios técnico-médicos más sofisticados, decimos: ¡Vive aún! Pero, apenas ha expirado el último resto de aliento, decimos: ¡Ahora está muerto! Desde este lenguaje estrictamente médico y biológico -mientras el corazón y el cerebro de alguien aún funcionan, vive aún, si no está muerto- llegamos a un ambiente muy diferente cuando aquí, en el Salmo 30, oímos a David decir, que Dios le ha sacado de la muerte.

¿Estuvo, pues, muerto David? No, en el sentido moderno de la palabra. Pero no se olvide, que un israelita tomaba las palabras «vida» y «muerte» mucho más ampliamente de lo que nosotros lo hacemos la mayoría de las veces. Esto se puede ver muy bien en la forma de hablar de Moisés en Dt. 28 y en 30: 15-20. Para Moisés, vida es = lo bueno = la bendición; y la muerte = el mal = la maldición. Y de Dt. 28 resulta, pues, evidente lo que un israelita ya no contaba como «vida» y «muerte». Tu vida, a la cual pertenecía naturalmente tu respiración[5a], pero también tu esposa e hijos, tu vaca y tu burro, tu trigo y tus olivos, tu cesta y tu artesa. «Vivir» lo hacía un labrador israelita cuando su mujer e hijos estaban sanos, las aceitunas colgaban de sus árboles y el trigo se ondulaba en el viento, cuando las lluvias caían a tiempo y los enemigos permanecían fuera de sus fronteras; ¡cuando con sus hijos podía recoger la cosecha... y comerla! «Vivir» era, como ya oímos a Moisés, otra palabra para significar «estar bien», ser ben-

decido por el SEÑOR[6]. Y acerca de la *extensa* vida humana, el SEÑOR mantenía su mano protectora en el sexto mandamiento. El precepto «No matarás» es tomado más bien estricta que ampliamente, incluso por el Catecismo de Heidelberg.

Y así la palabra «muerto» contenía para David también mucho más que convertirse en cadáver. La muerte podía entrar bastante antes del final de tu vida biológica. Cuando el SEÑOR enviaba su maldición de manera que tu tierra se resquebrajaba por la sequía y tus caminos yacían abandonados a causa de asaltos de bandas del desierto. Cuando, como Gedeón, tenías que moler trigo en un lagar, y cuando sufrías un aborto involuntario tras otro, tanto de tu mujer como de tu ganado. De ahí que Moisés dijo: la muerte, esa es el mal y la maldición.

¿No es, pues, desapasionado y real, que las Sagradas Escrituras no hagan una distinción tan profunda entre estar-gravemente-enfermo y estar-muerto? Cuando yaces en el hospital gravemente herido o has llegado al último estadio de una grave enfermedad, de manera que no puedes trabajar más y apenas puedes comer, y tus hijos incluso te parecen demasiado molestos, y no puedes pasear más con tu mujer, ¿no te encuentras ya bajo el *poder* de la muerte? Porque, según este lenguaje bíblico, la muerte es un *poder,* y ciertamente uno que no permanece dócil dentro de su «territorio» -el sepulcro o el reino de los muertos-, sino que, como una tormenta desenfrenada, quiere actuar fuera de sus orillas e inundar el «país de los vivos»[7]. A esto nos acercamos mucho con nuestras expresiones: -«Estar ya con un pie en la sepultura», o «llegar al borde del sepulcro»; pero David se había visto a sí mismo «subir del Seol» (*s*$^{e}$*'ōl*), v. 3. Por tanto, vio el poder del Seol ciertamente no limitado a los sepulcros, pues había caído allí como hombre vivo[8].

Así lo experimentó cuando estuvo enfermo. Ya no pertenezco más al mundo de mi mujer e hijos, ni al de mis súbditos y empleados. He entrado en el poder del Seol, pertenezco a los muertos, a las personas que ya han sido sepultadas[9].

Pero, ¡entonces llegó el SEÑOR!

*«Cuando ya me disponía a descender al Pozo»*, dice David. *«Tú me volviste a llamar a la vida. SEÑOR, tú me hiciste salir del reino de los muertos».*

Señor Dios, tú me has sacado del sepulcro.
Porque recobrar la salud es recobrar la vida.
Estar enfermo de muerte «no es vida».

Quien alguna vez ha estado gravemente enfermo, puede familiarizarse con este lenguaje. El autor de este libro puede recordar al menos, que cuando tras un grave accidente de coche que les ocurrió a él y a su mujer, volvió en sí y pensó: «¡Aún vivimos!», vio como pasar por delante de él y en detalle su propio entierro, incluyendo el oír rechinar las ruedas del coche funerario sobre la grava del cementerio. «No debes pensar tan lejos» -se te dice entonces; pero David y otros muchos que en las Escrituras dan gracias a Dios por su restablecimiento, pensaron precisamente en esto. Yo dije: «¡Allí estuve casi muerto y enterrado!», pero David dijo: «Yo descendí ya al sepulcro».

Tales consideraciones dan precisamente un profundo relieve a tu gravedad: «¡Todo eso lo ha impedido ahora mi Padre celestial!» Con lo cual, tampoco tienes ya el más mínimo trabajo en comprender las Escrituras cuando para los «sanos» también usan la expresión «hacer revivir», o «dar la vida», como David aquí en el Salmo 30: 3; incluso aun cuando no se tratara de ninguna enfermedad mortal.

No se menciona en el epígrafe, pero el Salmo 30 también es un poema didáctico. Se dirige al SEÑOR no sólo alabando y agradeciendo, sino también con enseñanza para la iglesia a partir del v. 4.

Versículo 4:

*«Cantad a Jehová, vosotros sus santos,*
*y celebrad la memoria de su santidad».*

¿Ves cuán bíblico es pedir a la iglesia oración *de intercesión* no sólo en los días de enfermedad, sino también pedir oración *de gratitud* en días de restablecimiento y curación? David también lo hizo. Convocó a la congregación, diciendo: -«¿Queréis dar gracias conmigo?» O, quizá, mejor: -«¿Queréis acompañarme con alabanzas?» O como dice una antigua versión: «Pronuncia alabanzas en memoria de su santidad».

¿Y cómo o por medio de qué quería David alabar al SEÑOR?

Atribuyendo su inesperado restablecimiento completamente al Nombre del SEÑOR, de manera que Su Nombre fuera nuevamente engrandecido aun más por el restablecimiento de David.

Felizmente conocemos esta costumbre también en la iglesia. En alguna ocasión, lo podríamos hacer literalmente como David aquí: con un salmo. Entonces el pastor u otro hermano podría sugerir: -«Ahora que nuestro Padre celestial ha librado de la muerte a nuestro hermano o hermana X, alabémosle con un salmo; y ¿cuál mejor que con el Salmo 30?» Entonces, la experiencia descrita en el mismo no es para nosotros en ese momento una vivencia personal, pero cantamos ese salmo en comunión cristiana con aquel o aquella a quien Dios le dio personalmente esta experiencia. (Ya hicimos notar anteriormente, que los salmos no siempre se deben cantar como referidos *a uno mismo).* Pero también el mismo hermano o hermana restablecido podría sugerir que se cantara este salmo; y entonces el que preside la asamblea diría: «El hermano o hermana X ha pedido que cantemos con él o ella el Salmo 30».

Versículo 5a:

*«Porque un momento será su ira,*
*pero su furor dura toda la vida».*

No es un versículo fácil de traducir. Nosotros nos adherimos a la versión Reina-Valera, porque este versículo -si lo leemos como describiendo una situación- tiene en sí mismo un buen sentido.

Para comenzar, una cosa es clara: David ha probado la *ira* de Dios en su enfermedad. Pero, ¿por qué? David se había olvidado realmente un poco del SEÑOR, pero, ¿por eso le lleva al borde del sepulcro? ¿No sería posible que David, cuando yacía tan gravemente enfermo en su cama, viera la ira de Dios acercándosele de repente y con un poder tan desconocido que le llevó a exclamar: la muerte es un juicio (castigo) terrible sobre la humanidad? ¡De qué forma tan extraordinaria me resulta claro cómo Dios se aíra contra el pecado! Pues, el apóstol Pablo resumió lo que un hombre como David sabía

muy bien: «La paga que da el pecado es la muerte», Ro. 6: 23. ¡Si te encontraras delante de ese negro pórtico! ¡Si tú mismo lo probaras! ¡Cómo puede entonces agobiarle a una persona la realidad de que incluso sus mejores obras están manchadas! Entonces, los hijos de Dios lanzan este suspiro: «¡Oh Dios, cuántas razones te he dado en mi vida para que estés airado conmigo! ¡Contra mí mucho más que contra un hombre mundano, pues cuánta enseñanza me has dado acerca de tu camino, pero cuánto he renqueado en el mismo!

¡Oh, aquel rey David, aquel piadoso David, con su amor al SEÑOR, su confianza en las promesas de Dios y sus planes para edificar un templo era, en ese momento, un pobre gusano ante la presencia del Dios Santo! (David hablaba hace un momento del *santo* nombre de Dios).

En semejantes lechos de dolor, nuestra miseria humana se manifiesta así de amargamente. «¿Cómo conoces tu miseria?», pregunta el Catecismo de Heidelberg, y a ello se podía responder también de esta manera: -«Por el aspecto de una cama de enfermo, o cuando un hombre yace muerto». ¡Qué bien vemos entonces nuestra miseria (= nuestro pecado y sus consecuencias)!

Sin embargo, felizmente la característica principal de nuestro caminar con Dios no es encogernos bajo su *ira*. Pues también de otras situaciones distintas a las suyas vale la palabra del poeta de las Lamentaciones: «Porque el Señor no desecha para siempre; antes si aflige, también se compadece según la multitud de sus misericordias; porque no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres», Lm. 3: 31-33, cf. Os. 11: 8, Jl. 2: 13. ¿Y a Quién ha entregado a la muerte para salvarnos de ella?, -podemos ahora añadir aquí.

Así fue como también David aprendió a conocer al SEÑOR.

¿Aquella enfermedad? ¡Ay!, hablando con propiedad, sólo fue un momento, y esta benevolencia de Dios la probó ya durante toda su vida; y eso lo dice un hombre que tenía a sus espaldas muchos años llenos de miseria; pero, ello no obstante, alaba la bondad de Dios.

En la segunda parte del v. 5, vuelve un instante a aquella interminable noche en la que el llanto se tornó alegría;

y formula sus vivencias casi como una norma, según la cual Dios obra frecuentemente:

Versículo 5b:
*«Por la noche durará el lloro,*
*y a la mañana vendrá la alegría».*

Bien entrada la noche, aún daban vueltas con lágrimas en los ojos; y de mañana temprano, se decían unos a otros: -«¡El rey ha salido bien de la enfermedad! ¡Lo ha logrado!»

Personas como David que casi nunca han estado gravemente enfermas, hay más, como es natural, dentro del pueblo de Dios. Y para su aleccionamiento, ahora cuenta David, que su grave enfermedad ha sido muy buena para su vida con el SEÑOR.

¡Cuán fácil discurre todo cuando nada te falta!

Versículo 6:
*«En mi prosperidad dije yo:*
*no seré jamás conmovido».*

El peligro que amenaza también a los justos cuando están sanos y fuertes es una cierta temeridad, Job 33: 17, 34: 31, 36: 9, Dt. 8: 11-18. Y nos preguntamos si una salud constante y una capacidad de trabajo tenaz no podría ser la enfermedad más peligrosa de todas. ¿Padecer stress? ¿Tener un infarto? ¿Estar implicado en un accidente de circulación? Eso son cosas para otras personas; eso pasa por delante de mi puerta. Yo me siento tan fresco como una gallina, -solemos decir.

Así habría vivido también David durante un largo tiempo.

No que se hubiera olvidado totalmente del SEÑOR; pero, ¡ay!, todo le iba tan bien... Ahora era rey sobre todo Israel. Había conquistado Jerusalén. Estaba construyendo un palacio. Su reino se consolidaba. Caminaba por Jerusalén como un hombre en la fuerza de su vida que puede hacer algo bastante seguro de sí mismo. Naturalmente, no en teoría, sino en la práctica, viviendo en sus propias fuerzas; aunque no libre de atrevimiento.

Versículo 7:

*«Porque tú, Jehová, con tu furor me afirmaste*
*como monte fuerte[10].*
*Escondiste tu rostro, fui turbado».*

Con estas palabras se ha pensado en el monte Sión, Jerusalén, que fue conquistada por David, 2 S. 5: 6 y ss., y en la cual fue construido su palacio, 2 S. 5: 11[11]. Este pensamiento nos parece muy aceptable, pues precisamente de este tiempo leemos en 2 S. 5: 12: «Y entendió David que Jehová le había confirmado por rey sobre Israel, y que había engrandecido su reino por amor de su pueblo Israel». Lo mismo oímos aquí en el Salmo 30: «... me afirmaste como monte fuerte».

Esto no obstante, después de su enfermedad mortal, David reconoce que, en los últimos tiempos, no había permanecido tan fuertemente consciente de que el SEÑOR le había hecho probar su «favor» (benevolencia) en aquella prosperidad. David habrá hecho este reconocimiento para llevar a sus lectores a que se paren a reflexionar sobre ello. Nuestra salud testifica de la benevolencia de Dios. Pero también en este sentido: que él nos la puede quitar (retirar), pues «benevolencia» habla de poder absoluto de Dios. El no la «debe», pero la concede. Si esto no está claro para tu espíritu, fácilmente llegas a imaginarte algo así como si tú mismo cuidaras de ese corazón sano y de esos pulmones sanos. Como si tú mismo hicieras todo eso, y no lo recibieras de Dios. ¡Incluso David mismo no estuvo inque-brantablemente firme en esto! ¿Y nosotros sí lo estamos?

Entonces se vino abajo, repentinamente, toda aquella convivencia real. Allí yacía David; enfermo de muerte. ¿Construir un palacio? ¿Ir a residir como príncipe en la conquistada fortaleza de Jebus? ¡Dentro del sepulcro! A través de las puertas oscuras de la muerte. Lejos del país de los vivos, donde brilla el sol y un hombre tiene tantas cosas buenas. «Buena es la ciencia con herencia, y provechosa para los que ven el sol», Ec. 11: 7. Por eso es terrible tener que morir, «antes que la cadena de plata se quiebre, y se rompa el cuenco de oro, y el cántaro se quiebre junto a la fuente, y la rueda sea rota sobre el pozo», Ec. 12: 6. Corrupción, putrefacción. No; la Sagrada

Escritura no habla ligeramente acerca de esto. David tampoco. Esto lo podemos oír en la segunda parte del v. 7:

*«Escondiste tu rostro, fui turbado».*

Literalmente: yo estaba asustado.

¡David!

Eso es algo muy distinto que el «peloteo» piadoso. Lectores, ¡me he asustado tan horriblemente! «Escondiste tu rostro». Entonces el SEÑOR no se dejó ver por un instante. Apartó, por un momento, sus manos de David, ¡y allí estaba todo un David desencajado de miedo!

También esto es instructivo.

Que no tengas que avergonzarte en absoluto de ello.

Que también personas piadosas pueden temblar horriblemente cuando piensan: -«¿Voy yo ahora?»

Entonces el SEÑOR desconectó, por un instante, la piedad y el bienestar en la vida de David. Del v. 8 podemos aprender lo que nuestro Padre celestial logra con frecuencia de sus hijos: Que de repente se vuelven a saber infinitamente dependientes de él, ¡y esto le gusta verlo en nosotros!

Versículo 8:

*«A ti, oh Jehová, clamaré,*
*y al Señor suplicaré».*

¡Qué arrepentimiento tan repentino en un hombre tan fuerte y sano que, verdaderamente, en ningún momento se sentía ya dependiente del SEÑOR! ¡Oyele orar ahora! ¡Sí, clamar!

¿Y a quién? Al SEÑOR (v. 8a); pero en el v. 8b se dirige al Adonay, al Señor (sin mayúsculas), el Soberano Gobernador que tiene la palabra en el cielo y en la tierra. Esta es la dirección suprema en tiempos de necesidad. Entonces, no sólo debemos acudir al médico, como creía el rey Asa, 2 Cr. 16: 12, sino que debemos ir primero al Señor de cielo y tierra; y éste es: el Dios y Padre de nuestro Señor Jesús.

¿Y cómo llegas entonces a él? -Con cartas vacías.

¡Entonces, como un David, suplicas *gracia!*

¿Pero *cómo* suplicas gracia entonces? David no lo hizo «sin más ni más», sino revestido de razones. Y, evidentemente, eso

le pareció tan bonito al SEÑOR por parte de David, que permitió que quedara constancia de ello en su Palabra. David -y, por otra parte, también Hemán (Sal. 88) y Ezequías (Is. 38)- en su respectivo peligro de muerte no estuvieron como simples implorantes ante un Gobernador extranjero, sino que, como hijos y como personas inteligentes, hablaron con su Padre celestial. Hicieron de ello un asunto de *consulta*. Hicieron todo lo posible para persuadir al SEÑOR para que les mejorase. Y lo hicieron dándole *razones* de por qué sería lo mejor para el Plan de Dios, si dejaba vivir un poco más a David, Hemán y Ezequías.

Al recoger esta consulta en la Palabra de Dios puedes ver, cuán alto está un hombre en la consideración de Dios. No sin razón somos la única criatura con entendimiento, creada según la imagen de Dios. Además, Dios nos ha ensalzado hasta hacernos sus aliados, y con ello nos ha prestado una cierta «implicación» en sus asuntos por medio de nuestras oraciones. ¿Acaso su Asunto no es el nuestro?

De esto ha partido David en su peligro de muerte.

Versículo 9:

*«¿Qué provecho hay en mi muerte*[12]
*cuando descienda a la sepultura?*
*¿Te alabará el polvo?*
*¿Anunciará tu verdad?»*

Ahora el SEÑOR debía tener bien presente el provecho que podía sacar si David moría de esta enfermedad. ¿Por qué Dios había creado hombres? -Ciertamente, para alabarle y glorificarle eternamente (cf. Catecismo de Heidelberg, preg. y resp. 6). Los perros y los gatos no pueden alabarle con palabras. Los animales no «tienen» corazón. Las bestias no pueden «amar». Esto sólo lo pueden hacer las personas. Sin embargo, ¿cuántos no han faltado a esta principal vocación de la vida, y han desertado de las filas de Dios? Si Dios se hubiera llevado ahora a David, habría habido un alabador menos en la tierra. Pues los muertos ya no cantan las alabanzas de Dios. Si David hubiera llegado a pertenecer a ellos, su boca estaría muda. En un cementerio, ningún muerto habla de la fidelidad de Dios. Pero, ¿debía ser mencionada realmente esa virtud divina? Ezequías

añadió: A pesar de todo, debo transmitir a mis hijos esa virtud de Dios, y exclamó: «El que vive, el que vive, éste te dará alabanza, como yo hoy; el padre hará notoria tu verdad a los hijos», esto le pareció a Ezequías su vocación de padre, Is. 38: 19.

¿No es esta una oración conmovedora?

¡Imagínate, que, por casualidad, estando a la puerta de la habitación del enfermo, hubieras oído al moribundo pronunciar esta oración! La vida aún tenía muchas cosas buenas para David. Pero no viene con ellas cerca del SEÑOR. Su único fundamento de apelación es el Honor del SEÑOR. Esto le tiene profundamente preocupado a este hombre agonizante: ¡De nuevo alguien menos en la tierra que alabe a Dios! ¿No debo, pues, hacer conocido en todas partes, que tú, SEÑOR, eres tan enteramente fiable? Como otros piadosos citados en las Escrituras, David sabía demasiado bien, que ¡la vida *es* vida!, que vivimos *para* alabar a Dios. «No alabarán los muertos a JAH, ni cuantos descienden al silencio; pero nosotros bendeciremos a JAH,...» Sal. 115: 17-18. «No moriré, sino que viviré, y contaré las obras de JAH», Sal. 118: 17. «Viva mi alma y te alabe...», Sal. 119: 175. «El que vive, el que vive, éste te dará alabanza», Is. 38: 19. Las Sagradas Escrituras sacan esta conclusión no con muchas palabras, pero la vida que *no* alaba a Dios, no merece realmente el nombre de *vida*[13]. O dicho más crudamente: Cuando los hombres dirigen desobedientes su vocación de alabar a Dios a la alabanza o adoración de un hombre, una idea, o una u otra institución, entonces desbaratan la vida, sí, finalmente la hacen añicos. Los salmos dicen, que solamente hay vida allí donde Dios es alabado[14].

David vivía según esta fundamental vocación de la vida humana. Hablaba, si llegaba la oportunidad, de la fidelidad de Dios. En este aspecto, no podemos ser negligentes, y también aquellos que con Moisés querrían decir: «¡Ay, SEÑOR!, nunca he sido hombre de fácil palabra..., porque soy tardo en el habla y torpe de lengua», Ex. 4: 10. Como es natural, tampoco en estas cosas el SEÑOR exige por encima de nuestros dones. Pero, incluso el Moisés de difícil habla, tiene que oír: «¿Quién dio la boca al hombre? ¿o quién hizo al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo Jehová?», Ex. 4: 11. El no proclamar en alta voz la fidelidad de Dios -aunque sea

«torpemente»- también puede resultarte un: *¡nunca!* Por tanto, debemos ser plenamente conscientes que si alguna vez pudiéramos caer en una situación como la de David en el Salmo 30, no podemos presentar su argumento real a Dios. Así como todo su orar-con-argumentos es algo que hay que retener y recordar. Pero esto ya lo indicamos en el comentario al v. 8.

Además de la taciturnidad culpable acerca del Nombre de Dios, aún pueden ocurrir algunos casos en los que el argumento de la corona real en defensa de David para la prolongación de la vida, queda inutilizado para nosotros.

En primer lugar, cuando minamos el poder de esta oración por la objeción de que aquí se habla con el SEÑOR de forma verdaderamente antropomórfica, y de manera demasiado humana[15].

En segundo lugar, se nos amenaza desde otro lado. Cuando la ficción de la inmortalidad del alma nos tiene en su bando, de forma que con los antiguos gnósticos creemos que los muertos no están propiamente muertos, sino que como «almas» sin cuerpo alaban a Dios en el cielo. ¿Qué, pues, alegaremos cerca de Dios para salvar la vida en días de enfermedad mortal? Por causa de su alabanza, El no precisa hacerlo, según esta herejía, porque aquella alabanza sube «arriba» sin interrupción. ¿Se está realmente convencido de que entonces se puede borrar de la Biblia al Salmo 30 como pasado de moda, no formalmente (¡qué horror!), pero sí materialmente?

Por lo demás, los creyentes del Antiguo Testamento ya miraban más allá del sepulcro, como lo hemos oído decir al mismo David en el Salmo 16, cf. cap. 7, 4, 5.

Versículo 10:

*«Oye, oh Jehová, y ten misericordia de mí;*
*Jehová, sé tú mi ayudador».*

«Oye», -dice- porque Dios, en algunas ocasiones, también aparta Su oído.

«Ten misericordia de mí», -esto debía decirlo incluso David.

Quién sabe cómo iban vestidos entonces en casa de David. Quizá debemos tomar los últimos versículo más literal-

mente de lo que estamos acostumbrados. David mismo, así como sus mujeres y siervos, se habrán vestido con trajes de luto en profunda humillación ante el SEÑOR. Respecto a esto, los israelitas eran más sensibles que nosotros, occidentales modernos. ¿Cuántas veces no leemos en las Escrituras de gentes que por luto o humillación se pusieron un saco de pelo de cabra? Gn. 37: 34, 2 S. 3: 31, 2 R. 6: 30, 19: 1, Is. 15: 3, 22: 12, 37: 1, Jer. 4: 8, 6: 26, 48: 37, Ez. 7: 18. Probablemente sobre el cuerpo desnudo, 1 R. 20: 31, 21: 27, 2 R. 6: 30, Is. 20: 2 y s., y visible: Is. 15: 3. Quién sabe si David yacía así vestido, y si también sus siervos iban así vestidos. Y si tu señor está gravemente enfermo, ¿acaso debe primero morir, antes de quitarte las joyas?

Pero, ¡qué cambio tan completo regaló el SEÑOR!

Versículos 11 y 12:

*«Has cambiado mi lamento en baile;*
*desataste mi cilicio, y me ceñiste de alegría.*
*Por tanto, a ti cantaré*[16]*, gloria mía,*
*y no estaré callado.*
*Jehová Dios mío, te alabaré para siempre».*

Así ocurrió en casa de David.

Ningún comentario fanfarrón y religiosamente falso acerca del peligro de muerte del padre, sino una gran tristeza y una profunda humillación. Y en David mismo, primero gran conmoción, y después gozo desbordado. Una danza coral o danza circular cuando estuvo claro que, ¡el SEÑOR, prolonga la vida a padre!

Danzar de alegría cuando *no* es preciso que mueras, es acorde a las Escrituras; y así debe «hacer» el hombre el culto a Dios. Pues el temor del SEÑOR no desquicia al hombre de lo verdaderamente humano.

Finalmente, las últimas palabras de David en este salmo.

¿Volver a caer en el antiguo modo de vida?

¡Ni hablar de eso! David había aprendido la lección demasiado bien. ¿Por qué el SEÑOR había sanado a David? Evidentemente, porque había cedido al argumento real de David: «¡Pero, SEÑOR, así no te quedan más personas que te ala-

ben!» Esto, visto con posterioridad, evidentemente remachó la decisión divina. Así lo comprendió también David, según el v. 12a: Tú lo has hecho, «*para que* mi corazón te cante salmos...» Por tanto, es evidente, que tú quieres seguir siendo alabado por mí. Así lo haré durante toda mi vida.

Y esto se convirtió en promesa de David:

*«Jehová Dios mío, te alabaré para siempre».*

¡Cómo cumplió David su promesa!

Para empezar, componiendo este salmo; pero, de hecho, con todos sus salmos. ¡Cuánto hizo David por la alabanza de Dios! Sin quitar ni una sola tilde o punto a la inspiración de David por el Espíritu Santo al escribir sus salmos (cf. 2 Ti. 3: 16, 2 Pe. 1: 21), el trabajarlos, escribirlos, corregirlos y pulirlos fue para él *también* una cuestión de transpiración. ¡Y cuánto no nos participan los libros Crónicas acerca del cuidado de David en favor del canto en el templo! Por ejemplo, en 1 Cr. 25 y 28.

La alabanza del SEÑOR es la palabra clave en este salmo. Este fue el fundamento del alegato de David: ¡Pero yo debo alabarte, SEÑOR! Y esta fue su llamada o estímulo a la dirección de sus lectores: «¡Alabad su Santo Nombre!» Y esta fue la razón de su curación: Dios quiso dejar a este hombre seguir trabajando un poco más en la alabanza de su Nombre. ¿Cuántos salmos deberíamos a este restablecimiento?

Como es natural, no somos un «David». Pero aunque Dios no nos llame para *componer* salmos, sí espera realmente de nosotros, que *cantemos* salmos.

¿Nuestro Padre celestial nos ha librado alguna vez de la muerte? En caso afirmativo, ¿cómo hablamos después acerca de esta experiencia? ¿A quién ensalzamos en relación con ello? ¿A nombre de quién ponemos esta curación, si llega el caso, también proclamándolo de palabra? A este respecto, David conocía su obligación: «... no estaré callado», dijo, v. 13a. Decir, «Señor, Señor», incrédulamente, es natural que sea rechazable, pero no alabar en alta voz a nuestro Padre, es asimismo equivocado. Equivocado y... peligroso; porque, en días de grave enfermedad, ¿qué clase de *razones* debemos presentar a Dios para que nos perdone la vida?

Que el Espíritu Santo abra nuestros ojos a las misericordias de Dios, desembocando en nuestra buena salud, y para

nuestra principal tarea de la vida: «¡Jehová Dios mío, te alabaré para siempre!»

En casa y en las asambleas de su iglesia.

---

NOTAS

1. Entre otros, con Delitzsch, König, J. Ridderbos y N. H. Ridderbos.

2. Alguna versión de la Biblia coloca el Salmo 30 en la reinauguración de la casa de David, tras la sublevación de Absalón. Nosotros, con N. H. Ridderbos, seguimos la solución de Delitzsch y otros: que David, durante la construcción de su palacio, fue atacado por una grave enfermedad.

3. M. Dahood, a. l., llega con esta proposición: leer *’oy$^{e}$bay* como plural mayestático.

4. Dr. Th. Struys, Ziekte en genezing in het Oude Testament, Kampen 1968, 425: «De 2 Cr. 16: 12 no se puede sacar la conclusión general de que el SEÑOR en dádiva de sanación no quiere hacer uso de los «sanadores» humanos (Nota 130: cf. 1 S. 16: 16, donde no se desaprueba la búsqueda de ayuda humana...): este lugar habla sólo de una ordenanza equivocada del rey Asa. Que la intervención del SEÑOR para curación no excluye el uso de medios, podría deducirse de 2 R. 20: 7".

5. M. Dahood lee: «*ḥiyyītanīm* (*mem* enclítico) *yawr$^{e}$dī bōr*», y traduce: «Oh SEÑOR, tú me levantaste del Ṡeol, tú me devolviste a la vida cuando ya descendí al sepulcro».

6. Cf. Christoph Barth, Die Errettung vom Tode in den individuellen Klageund Dankliedern des Alten Testaments, Zollikon 1947, 22-28.

7. Cf. Chr. Barth, o. c., 118.

8. Naturalmente que el estado de muerte de David era «solo parcial y limitado», y en los salmos nunca se lo identifica con un muerto, si bien «se lo compara en peligro de muerte con un muerto», Chr. Barth, o. c., 115.

9. Traducción M. Dahood, véase nota 5.

10. M. Dahood, a. l., el cual toma l$^{e}$ en l$^{e}$ *hār$^{e}$rī’ōz* como lamed comparativo, y traduce: «Oh SEÑOR, por tu favor me hiciste estar más seguro que los montes poderosos;...»

11. Si se tiene en cuenta la forma de deshonestidad que gozó el (castillo) de Jebús -«los ciegos y los cojos te echarán», decían los habitantes, 2 S. 5: 6, 1. Cr. 11: 5-, entonces y tras la increíble presentación militar de la toma de este castillo situado sobre una colina escarpada, no nos parece sorprendente que David, como conquistador, se ponga a hablar acerca de «mi monte», como un patrimonio real.

12. M. Dahood propone leer, en lugar de «mi sangre», «mis lágrimas», lo que, en nuestra opinión, perturba el paralelismo hebreo que él, por otra parte, ciertamente considera muy mucho.

13. Claus Westermann, Das Loben Gottes, wir es die Psalmen sagen, Göttingen 1963, 122 s.

14. Idem, 122 s.

15. No debemos partir de que la Sagrada Escritura, de vez en cuando, habla acerca de Dios antropomórficamente, es decir, de manera antropomorfa, sino precisamente al revés: que el hombre, según la Sagrada Escritura, ha sido creado según o a la imagen y semejanza de Dios.

La Biblia nos comunica que Dios tiene una «temuna», o sea, una imagen o semejanza. Como rasgos especiales de esta «imagen» de Dios se mencionan: su rostro, su corazón, sus oídos, su diestra, sus dedos, pies, entrañas, etc. A este respecto, debemos indicar expresamente, que ese rostro, manos, etc., evidentemente no son hechuras, sino manos, pies, etc., Divinas, y que, en general, no podemos hacernos representación alguna de esta imagen de Dios. Si nos imagenásemos que, a pesar de todo, podemos hacerlo, pecaríamos contra el segundo mandamiento.

Esto no obstante, en una ocasión Dios acusó a Aarón y Miriam de falta grave de respeto a su siervo Moisés, porque habló con El «cara a cara», y porque Moisés vio «la apariencia de Jehová», Nm. 12: 8. De lo cual no debemos deducir, que Moisés vio el «rostro» de Dios, pues, en Ex. 33: 20, se nos anuncia lo contrario. Pero tampoco podemos negar que existe la «temuna» (= imagen) de Dios, y que al SEÑOR le ha placido hacerla visible a Moisés de una u otra manera. Como quizá también lo hizo en el Edén a Adán y Eva, porque leemos, que oyeron la voz de Dios y caminaron con él.

Por consiguiente, cuando Asaf en el Salmo 74, pregunta: «¿Por qué humea (ira) tu nariz?», (v. 1b), no se debe decir, que esto sea simple lenguaje figurado con que propiamente se da a entender otra cosa; pues antonces contradeciríamos a la Sagrada Escritura. Precisamente porque el hombre ha sido creado según la imagen de Dios, aquí no nos encontramos con un lenguaje figurado, sino con una realidad. La Sagrada Escritura no habla acerca de Dios según la imagen del hombre, sino precisamente al revés: habla acerca del hombre, de su forma, sus pensamientos, sus hechos, etc., según la imagen de Dios. Puesto que Dios tiene una «temuna» (forma o figura) y, por consiguiente, un corazón, un rostro, una nariz, unas manos, etc., Divinos, y el hombre -creado según la imagen de Dios- tiene un corazón, unas manos, un rostro, etc., humanos.

16. Cf. M. Dahood, ad locum.

# Capítulo 11

## SALMO 42-43: SED DEL CULTO DE LA PALABRA DE DIOS

SUSPIRAR de deseo por el Dios vivo. Consumirse de añoranza por los cultos de la Palabra y de la Oración con el pueblo de Dios. Estar muerto de cansancio de los ídolos. Luchar contra las lágrimas cuando piensas en el pasado. Llorar de desdicha porque has sido expulsado de los servicios de la Palabra de Dios. Sentir pena punzante porque odian a tu buen Dios. Anhelar volver a cantar las alabanzas de Dios con su fiel congregación.

¿Acaso tienes experiencia de estas cosas?

Entonces el Salmo 42-43 te hablará de forma especial, porque clama desde esta necesidad de Dios; y su autor también nos quiere indicar además el camino, pues, según el epígrafe, este salmo debe servir como poema didáctico (*maśkīl*).

Siempre y en todo lugar ha habido hijos de Dios, cuya añoranza más profunda era: «¡El agua de vida de la Palabra de Dios! ¡Cómo me gustaría volverla a beber en las reuniones de su pueblo! ¡Y ahora tenerme que ver privado de ella!» ¿Pueden quejarse tranquilamente a Dios estos desdichados? ¿Y qué le pueden pedir a Dios sin temor?

Estas son cosas a las que da respuesta este «poema didáctico».

## 1. UN POEMA DIDÁCTICO DE LOS HIJOS DE CORÉ.

También un padre impío puede tener hijos temerosos de Dios. Esto lo ves en Coré, biznieto de Leví (1 Cr. 6: 38). Coré, junto con Datan y Abiram, se reveló contra la dirección de Moisés, y como castigo a su revolución se hendió la tierra bajo sus pies y se los tragó vivos a ellos y a sus secuaces; y también a las familias de Datan y Abiram, Nm. 16. Pero los hijos de Coré eran más sabios que su padre: Tomaron en serio la advertencia de Moisés y se retiraron a tiempo del entorno de la tienda de sus padres. Así salvaron su vida, Nm. 26: 10 y ss.

Ateniéndonos al epígrafe, opinamos que el poeta del Salmo 42/3 fue un pariente lejano de este impío Coré; y miembro de la misma rama del tronco de Leví, al cual pertenecen también tanto los hijos de Coré como el profeta Samuel y el cantor Hemán, 1 Cr. 6: 33.

Cuando David, siendo ya anciano, reguló el culto del templo, dio a la familia de los Coré el encargo de tomar enseguida la dirección en lo concerniente al canto en la nueva casa del SEÑOR, 1 Cr. 6: 31, 2 Cr. 20: 19. Por lo visto, estos levitas no se limitaron a cantar salmos, sino que algunos de ellos mismos también compusieron salmos[1]. El epígrafe «de los hijos de Coré» está sobre los Salmos 42, 44-49, 84, 85, 87, 88.

Uno de esos levitas debe haber compuesto el Salmo 42/3. En el v. 4 cuenta su función directora en el culto del templo. Cuando una comitiva de personas en fiesta se acercaba al templo, él iba caminando delante, «entre voces de alegría y de alabanza». ¿Era músico? ¿Cantor? Comprenderás, que este hombre, por tal motivo, se sintiera aun más estrechamente afecto al templo que el israelita normal; y ya sabes cuán apegados estaban los levitas al templo: «Mi lengua se pegue a mi paladar, si no enalteciere a Jerusalén como preferente asunto de mi alegría», Sal. 137: 6. Semejantes creyentes eran normalmente celosos de hombres como el poeta levítico de este salmo: «Bienaventurados (¡cuán dichosos!) los que *habitan* en tu casa (como los levitas; nosotros venimos de visita de vez en cuando), perpetuamente te alabarán (los levitas aquí en tu casa)», Sal. 84: 4; sí, eso hacen incluso por las noches (es decir, con motivo del sacrificio de la noche), Sal. 134: 1.

Por tanto, ¡en el trasfondo de este salmo resuenan cánticos del templo, pero, en primer término, espuman cascadas de agua! Nuestro poeta levítico se halla en este momento muy lejos de la casa de Dios en el alto Norte, en la cara sur de las montañas de Hermón, junto a las fuentes del Jordán. Un paisaje de la más grande pero salvaje hermosura. Allí, en las cumbres del Hermón, cae la mayor cantidad de lluvia, y en primavera el agua de la nieve derretida baja en tromba en espumosas cascadas. «Un abismo llama a otro a la voz de tus cascadas», v. 7a. El poeta ve en estas cascadas una imagen acertada de las pruebas que se han vertido sobre él. «Todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí», v. 7b. «Fueron mis lágrimas mi pan de día y de noche», v. 3.

¿Qué era lo que le pasaba? Pues, en la mayoría de las veces, para que un hombre tenga lágrimas en sus ojos, debe haber acontecido algo realmente conmovedor. Así pasaba también entre los israelitas quienes, probablemente, se reprimían menos que nosotros. ¿Quizá estaba desterrado este hombre? ¿Estaba prisionero? ¿Era un viajero asaltado? ¿Un fugitivo? ¿Un enfermo grave? Suficientes posibilidades. La única certeza que tenemos es, que no podía ir al templo. ¡El, un hijo de Coré! ¡Un hombre que vivía en la casa de Dios!

Y ahora está consumido de añoranza de «la presencia de Dios», «de la casa de Dios», «del pueblo en fiesta», «de tu monte santo», «de tus moradas» y «tu altar». Esta añoranza nos la podemos imaginar muy vivamente en un israelita normal y ciertamente en un levita. Para colmo de males, ocurría que este piadoso hombre debía encontrarse en un entorno impío que le atormentaba día y noche por motivo de su fe. ¡Cuánto le ha abrasado esto las entrañas!

Dentro de un momento tratamos estas cosas con más detenimiento. Aquí las hemos citado brevemente para hacer algo más fácil el comentario de cada versículo en particular.

¿Conoces algo de este añorar?

Lo que ahora no es, puede llegar a ocurrir. Entonces el Salmo 42/3 puede servirnos como *«poema didáctico»* (*maskil*). Estos son salmos que iluminan una determinada situación profética con la lámpara de la Palabra de Dios. Así este levita ha dejado un ejemplo de oración para todos los que, en

semejantes pruebas, suspiran como él por la comunión con el pueblo fiel de Dios.

Pero aun añadimos algo acerca de la *distribución*.

El Salmo 42/3 se desglosa claramente en tres partes:

1) Salmo 42: 1-5
2) Salmo 42: 6-11
3) Salmo 43: 1-5.

Las tres terminan con el mismo estribillo.

Seguir dividiendo este salmo tiene poco sentido. Pues queda claro que se trata del relato conmovedor de un creyente profundamente asustado y estremecido que ha luchado con Dios y consigo mismo. Y ha escrito esta lucha como la ha vivido: Todas sus pruebas han pasado sobre él como olas y ondas, Sal. 42: 7. Hubo momentos en los que incluso no *podía* seguir hablando, porque las lágrimas ahogaban su voz. Este salmo, pues, consta no sólo de palabras, sino también de silencios, de manera que debemos prestar atención tanto a lo que está en los versículos como a lo que está entre líneas.

## 2. AÑORANZA, AFRENTA Y ESPERANZA.

Así pues, nuestro cantor del templo tenía añoranza.

En alguna parte, había visto un ciervo de pie. El pobre animal estaba en un arroyo seco, Jer. 14: 5, Jl. 1: 20. ¿Sabemos realmente lo que es tener sed? ¡Es mortal en pocos días! Con un grito que rompía el corazón, el animal daba expresión a su desilusión por aquel río seco[2]. Nuestro levita veía en él su semejanza: ¡así suspira él por Dios!

Versículo 1:

*«Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas,*
*así clama por ti, oh Dios, el alma mía».*

Suspirar por Dios.

Establezcamos, primero, cómo debemos entender esto. A saber, como un deseo fluctuante, generalmente religioso. No como un añorar vago e imaginariamente religioso. Considerar a este hijo de Coré, por favor, no como un excéntrico, un precursor del místico medieval. Uno podría dejarse engañar en esto por las palabras «mi alma» que usa bastante viva

y reiteradamente (Sal. 42: 1, 2, 5, 6, 11, 43: 5). Pero, con ello, nuestro levita no daba a entender en absoluto ningún lugarcito «piadoso» o profundo en lo «interior» de un hombre, donde el místico medieval (y posteriores), por «arrepentimiento» y «abandono» esperó el «contacto oculto con Dios». Esta «alma» era el centro de la religiosidad caprichosa de hombres como Eckart, cuyos discípulos Tauler y Jan van Ruysbroek, así como van Seuse y Thomas á Kempis. Sobre todo Tauler debe haber pintado como ningún otro en predicaciones «profundamente conmovedoras» la «ternura» de la vida en «comunión» con Dios. Hablaba de horas dichosas de «Trunkenheit in Gott» (emborracharse en Dios). Para muchos cristianos de la Edad Media toda la religión giraba en torno a la «vivencia o experiencia» de que «Dios se hospeda en nosotros». Así pues, esos cristianos siempre estaban dirigidos a sí mismos en lugar de al SEÑOR que les había comprado, y que había establecido su Pacto con ellos.

Sin embargo, nuestro hermano levita era precisamente el antípoda del místico medieval y sus posteriores parientes espirituales. Cuando el salmista hablaba acerca de «mi alma», se refería no a la fantaseada «alma inmortal» de los paganos griegos, sino sencillamente *a sí mismo*. Mi alma, es decir, yo. Su alma, es decir, él. ¡Fuera con ese ídolo *«alma inmortal»!* Y, ¡fuera con la correspondiente idolatría de «la vida del alma» como el lugar en que deben ocurrir los hechos de salvación! ¿Aún no hemos vivido como cristianos bastante la miseria de estos conceptos? La expresión «mi alma tiene sed de Dios» en el Salmo 42: 2, nada tiene que ver con el «hablar susurrante de Dios al alma» sobre el que han reflexionado muchos autores medievales, Col. 2: 8. Ellos, si llegaba el caso, no tenían necesidad ni de biblia ni de iglesia como tampoco de bautismo y santa cena, puesto que eran únicamente cosas «externas»; y, a lo sumo, apropiadas para recalentar algo al hombre para lo que es propio de toda religión: la «comunión» de Cristo el Esposo con el «alma» como esposa; la unión de Dios con el «alma» divina. Pero, como queda dicho, nuestro hijo de Coré era precisamente un antípoda de todo esto. Pues, por lo que este hombre creyente clamaba como ciervo sediento, era por las corrientes de las aguas del *servicio de la Palabra*. ¡Su sed de Dios era sed de los *cultos religiosos en el templo!*

Esto se evidencia, en primer lugar, por el versículo siguiente.
Versículo 2:

*«Mi alma tiene se de Dios, del Dios vivo;*
*¿cuándo vendré*[3]*,*
*y me presentaré delante de Dios»*[4]*.*

¿Ves que nuestro desterrado asiduo visitante del templo con su «sed de Dios» no tenía en mente ninguna vaga religiosidad? Tampoco «añoranza del cielo»; ni una indeterminada «Weltschmerz-stimmung»; ni deseo de «comparecer ante la presencia de Dios» a través de la muerte; ni incluso anhelo de comunión con Dios en general, pues la practicaba sin duda alguna en esta oración. No; su profundo deseo se dirigía hacia la *casa de Dios*. Pues «presentarse delante de Dios» es, en la Thorá, la expresión normal y corriente para presentarse los israelitas en el templo en las tres grandes fiestas, Ex. 23: 17, 34: 23, Is. 1: 12, Dt. 16: 16. Y así, en el pórtico, uno se encontraba «ante su presencia», 1 S. 2: 30.

Nuestro levita veía, quizá diariamente, las fachas inermes de las imágenes de los ídolos a su alrededor. Dioses impotentes que no te oyen clamar ni te ven sufrir, Salmos 115 y 135. Entonces, cuando vio aquellos dioses muertos, habrá deseado aun más intensamente el apacible culto del templo en Jerusalén, de manera que exclamó: «Mi alma tiene sed de Dios, del Dios *vivo*». Y se atormentó preguntándose: -¿Cuándo podré volver a comparecer *en el templo* ante la presencia de Dios? ¿Cuándo podré volver a refrescar mi corazón en el culto de los sacrificios y en el servicio de la Palabra de Dios? Tengo sed de esto como un ciervo que brama por el agua».

¿Cuántos habrían anhelado así los cultos en el tabernáculo o templo? De David lo sabemos con toda certeza. Cuando tuvo que huir de Saúl, perdió todo lo que le es querido a un hombre: su mujer, su amigo, su trabajo. Pero, de nada de esto oyes quejarse al desterrado. Y sí, que «me han arrojado hoy para que no tenga parte en la heredad de Jehová, diciendo: Vé y sirve a dioses ajenos», 1 S. 26: 19. Entonces, David oró igual que nuestro cantor del templo: «Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo», Sal 27: 4.

Pero, si ha habido Uno que haya debido compartir este deseo del salmista, ese ha sido ciertamente nuestro Señor Jesucristo. El apuró hasta la última gota la copa de la añoranza de este salmo, cuando estuvo en el desierto durante seis semanas -¡con el diablo mismo!, cf. Mt. 4. Nuestro Salvador *cumplió* entonces el Salmo 42/3, es decir, que los lamentos y necesidades de este salmo llegaron al *punto culminante* en él. (Respecto a la pregunta, cómo pueden cumplirse los salmos, cf. cap. 1, 2).

Ahora no tenemos más lugares santos. Jerusalén ya no es más una ciudad santa, ni Palestina una tierra santa, y nuestras iglesias tampoco son edificios santos. Aquel tiempo ha pasado. La Ley con su santuario, sacerdotes y altares se han hecho viejos y han desaparecido, He. 8. «De tal modo, que el uso de las mismas debe ser abolido entre los cristianos; esto no obstante, nos queda la verdad y la substancia de ellas en Cristo Jesús, en quien tienen su cumplimiento», (Art. 25, Creemos y Confesamos, FELiRe, 1987). Y esta verdad y substancia es la Palabra de Dios con sus señales y sellos del bautismo y santa cena; y la iglesia, en la que vive Dios por su Espíritu, y cree su Palabra, Ef. 2: 21 y ss., 1 Co. 3: 16. Por tanto, la substancia del Salmo 42/3 ha permanecido siendo: ¡la añoranza de Dios y su Palabra en la comunión de su pueblo! Y, en consecuencia, también muchos creyentes bajo el Nuevo Testamento han conocido esta añoranza. Cristianos en medio de un entorno pagano que honra a los ídolos de nuestro tiempo (ciencia, deleites, deporte, etc.). Enfermos, presos, marineros, jubilados, etc., conocen esta añoranza de una reunión en torno al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo.

¿Sabes cuándo esta añoranza también aparece? En tiempos que la Palabra de Dios escasea, cf. 1 S. 3: 1. No es que escaseen los templos hermosos, sino que en ellos ya no encuentras más el servicio de la Palabra de Dios en Espíritu y en poder. El pueblo de Dios recibe infusiones teológicas en lugar de la Palabra de Dios; conceptos muertos en lugar de la Palabra viva; el ideal carnal mesiánico de los judíos de los Evangelios: un salvador político, un héroe revolucionario de resistencia. Mientras el Mesías Jesús es muchísimo más: «Porque él salvará a su pueblo de sus pecados», Mt. 1: 21. Si el pueblo

de Dios recibe tales piedras por pan, puede languidecer en un pueblo jadeante que, quizá inconscientemente, coincide con el Salmo 42/3: «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía». «Mi alma tiene sed de *Dios,* del Dios *vivo»*. Los justos, pues, suspiran por el Dios de la Biblia, el Dios de Abraham, David e Isaac, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. También allí, pues, está la sed del Salmo 42/3: «¡Con mucho gusto querría ver a mi Padre!» No al estilo caprichoso y medieval, en el «fondo de mi alma», tampoco en una beatífica horita de «Trunkenheit in Gott» (arrobamiento en Dios), sino sereno y alegre: ¡Ver a mi Padre *desde Su Palabra,* desde las *Sagradas Escrituras,* desde el *Evangelio!* Donde esto se hace escaso, surge la sed de este salmo, y los fieles, desecados, se parecen a ciervos que claman...

Versículo 3:

*«Fueron mis lágrimas mi pan de día y de noche,*
*mientras me dicen todos los días:*
*¿dónde está tu Dios?»*

Los paganos veían sus dioses como señores ligados a un país determinado. Así habrán contemplado al SEÑOR, y dado que el salmista se encontraba a bastantes millas lejos de Jerusalén, su Dios «como es natural, nada más podía hacer por él. ¡Y con ello le han irritado bastante! Diariamente tuvo que oír: «¿Dónde está tu Dios?» Además, debemos tener presente, que también los paganos conocían bien al SEÑOR, cf. Nm. 14: 15, Jos. 2: 9-11, 1 S. 4: 8. De ahí el atormentador: *«tu Dios»,* del que vosotros, israelitas, siempre tenéis llena la boca. ¿Dónde está ahora ese célebre Ayudador vuestro?[5]. ¡El os deja solos!

«¿Dónde está tu Dios?» No será frecuente que a nosotros se nos haga una pregunta tan literal como esta. Sin embargo, cuando como cristiano vives con los ojos abiertos, ves que esta pregunta te interroga cada día *objetivamente,* y con frecuencia sentirás que te hiere el *odio* de esta pregunta. Como es natural, no todo el mundo experimenta esto en la misma medida que el salmista.

Pero, ¿acaso no vivimos en un mundo impío? Dondequiera que vayas o estés, en la calle o en tu trabajo, o si lees un periódico o ves TV, en todas partes ves la revolución francesa seguir operando con su divisa: «¡Ni Dios, ni maestro!» Toda nuestra vida moderna ¿no nos hace oír un *odio* masivo y atronador a Dios y a su Cristo? Aunque *sin las palabras,* pero ahí resuena, también diariamente, en nuestros oídos: «¿Dónde está tu Dios?» ¿Existe realmente? ¿No está muerto? ¿No es una invención de tiempos primitivos? ¿Cómo puede su Libro ser la Verdad? ¿Cuántas veces no llega a estar en pugna con las leyes de la naturaleza? ¿Cómo puede flotar un hacha? ¿No es el diluvio el relato más exagerado de una antigua inundación local? La resurrección de su Hijo Jesucristo es, naturalmente, un mito -te dicen.

Así se habla y se escribe en la Cristiandad del siglo XX acerca del Dios eterno, Creador de los confines de la tierra; el Dios del diluvio, el Dios que llamó a Abraham y salvó a Israel de Egipto a través de diez plagas; el Dios que hizo brotar agua de rocas, que hizo llover pan del cielo, resucitó muertos, ensalzó pueblos y después los humilló, que guardó a Israel, que cumplió honradamente su Pacto con Abraham, que envió su Hijo al mundo, a Quien imputó nuestro pecado, al que resucitó de entre los muertos, después que hubo cumplido con su ministerio, y le dio un lugar a su diestra en el cielo; el Dios que dio el Espíritu Santo, envió a Pablo a Europa, que salvó del paganismo esa parte del mundo con su predicación y la dotó con la promesa del Evangelio, y en él, con la sangre y el Espíritu de su Hijo. ¡Seamos conscientes de que nuestro mundo moderno odia diariamente a este grande, bueno y temible Dios!

Versículo 4:

*«Me acuerdo de estas cosas,*
*y derramo mi alma*[6] *dentro de mí,*
*de cómo yo fui con la multitud*[7]
*y la conduje*[8] *hasta la casa de Dios,*
*entre voces de alegría y de alabanza del pueblo en fiesta».*

Una prueba más de que este hermano, con su «sed de Dios»,

no se refería a algo enfermizo. Para este levita, añorar a Dios era: acompañar, ir en una *multitud,* cantar, engrandecer la alabanza de Dios en una *muchedumbre.* Siempre estuvo acostumbrado a esto. Téngase en cuenta, que nuestro poeta tenía el oficio de cantor en el templo. Por así decirlo, ¡ninguna comitiva solemne podía entrar en el templo si él no iba delante con otros levitas cantores y músicos! Esto es algo distinto que el ideal místico: (estar) «sólo con Dios familiarmente». Nuestro salmista andaba obediente el camino de Dios para salvación: Espíritu, Palabra, Bautismo, Santa Cena, Fe. «Y por este ejemplo queda frustrada la soberbia de aquellos hombres que descuidados pasan de largo estos auxilios, sí, e incluso los desprecian», así escribe Juan Calvino en su comentario a este salmo[9].

Pero, ¿dónde está ahora el hijo de Coré? -Lejos de Jerusalén, en un paisaje áspero, entre idólatras impíos. Entonces brota en él el dulce pasado, y cuando piensa en el mismo, siente aun más amargamente su miseria y soledad. Olas de añoranza le inundan, e indefenso se entrega a ellas: «En esto *quiero* pensar y derramar mi alma en mí», es decir, dejar vía libre a mis pensamientos. Compárense las expresiones siguientes: «*Derramad* delante de él *vuestro corazón»,* Sal. 62: 8, «delante de Jehová *derrama* su lamento», Sal. 102 epígrafe, *«manifestaré mi angustia,* Sal. 142: 2, todas las cuales están relacionadas mutuamente.

«¡Qué bonito sonaba la música...! ¡Cómo íbamos por delante...! ¡Cómo cantaban los peregrinos...!» Olas de añoranza le inundan.

También en estas cosas no fue el último este hijo de Coré.

¿Cómo le habrá animado esto a Jeremías cuando celebró su cuadragésimo aniversario como profeta en el fondo del pozo de fango?, Jer. 38. ¿Conocería el Salmo 42/3? ¿Recordaría en el pozo el bonito tiempo de la reforma de Josías de la que Jeremías, como joven levita de Anatot, fue testigo cercano?

Así también, desterrados como Daniel y sus tres amigos y el profeta Ezequiel con todo el piadoso Resto en Babilonia, tienen que haber sentido esta añoranza del Salmo 42/3. ¿No resuena esto en el Salmo 137? Pues, allí leemos: «Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos, y aun llorábamos,

acordándonos de Sión. Sobre los sauces en medio de ella colgamos nuestras arpas... ¿Cómo cantaremos cántico de Jehová en tierra de extraños? Si me olvidare de ti, oh Jerusalén, pierda mi diestra su destreza. Mi lengua se pegue a mi paladar, si de ti no me acordare; si no enalteciere a Jerusalén como preferente asunto de mi alegría».

También la historia de la iglesia novotestamentaria está llena de desterrados y expulsados. Desde el tiempo apostólico (Hch. 8: 1) hasta hoy día. Hermanos perseguidos por hermanos a causa de odio fraternal, 1 Jn. 3: 11-17, para hacer un servicio a Dios, Jn. 16: 2. Recuerda también a los Waldenses, perseguidos durante siglos; y a los creyentes que, en el siglo XVI y siguientes, hubieron de salir huyendo de sus respectivos países por causa de la fe. ¿Y cuántos Cristianos hoy día no sienten la añoranza del Salmo 42/3?

Versículo 5:

*«¿Por qué te abates, oh alma mía,*
*y te turbas dentro de mí?*
*Espera en Dios; porque aún he de alabarle,*
*salvación mía y Dios mío».*

Aquí debemos fijarnos no sólo en lo que está en el texto, sino también en lo que está entre líneas. Entonces, detrás de las palabras arriba mencionadas leemos como una marca de agua o filigrana: «Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón; y salva a los contritos de espíritu», Sal. 34: 18, cf. Sal. 51: 17.

Mira, ¡el desconsolado salmista se reanima!

Pues, puede que arda en deseos de participar del culto en el templo, y que un mar de miseria se haya derramado sobre él, y que hasta haya oído diariamente vejámenes sobre su Dios, pero la *añoranza* de la casa de Dios es distinto que *dudar* de la Palabra de Dios. Él no se hace culpable de duda, como se evidencia desde todo su salmo. Es cierto que se encuentra profundamente abatido, pero permanece confiando en el SEÑOR. Esto lo leemos claramente aquí, en el v. 5: «Salvación mía y Dios mío». Así habla continuamente acerca del SEÑOR.

Esto no quita que tenga gran pena de permanecer en las olas de tristeza, añoranza, soledad, odio e injusticia. Aunque para ello haga los mayores esfuerzos como bien se demuestra en el anterior diálogo consigo mismo: «¿Por qué te abates, oh alma mía...?» Por lo demás, nosotros practicamos soliloquios de otra manera que un israelita. Nosotros conducimos tal conversación con nosotros mismos con palabras como estas: -«Di», (y aquí sigue nuestro nombre propio, v. g., Juan, Pedro, etc.). Pero el poeta hebreo de este salmo se hablaba a sí mismo con las siguientes palabras: «oh alma mía»; lo cual viene a coincidir con nuestra forma de decir: -«Vamos, *di,* ¿por qué *estás* tan angustiado?» «¿Por qué esa intranquilidad?», te preguntas. La palabra hebrea (hamah) que aquí se traduce por: «estar abatido», puede traducirse también por: apoyar y zumbar. Por tanto, el salmista se pregunta: ¿Por qué zumbas tanto desde dentro? ¿Por qué gimes tanto?

¡Qué va a hacer este hombre sino luchar contra su tristeza!

Y se da a sí mismo (literalmente: a su alma) esta exhortación: «¡Espera, a pesar de todo, en Dios; pues mi Salvador se preocupará de que yo le pueda volver a alabar junto con su pueblo en el santuario! ¡Ese tiempo volverá ciertamente!»

Con esto termina la primera parte del Salmo 42/3.

¿Terminó entonces la batalla y se calmó el mar? Es lo que se esperaría después del v. 5. Pero, estando luchando por esperar en Dios, sus pensamientos vuelven a volar hacia el pasado, y ahí va su paz recién conseguida:

Versículo 6:

> *«Dios mío, mi alma está abatida en mí;*
> *me acordaré[10], por tanto, de ti desde la tierra del Jordán,*
> *y de los hermonitas, desde el monte Mizar».*

¡Allí comienza de nuevo la lucha! *Porque* vuelve a pensar en Dios; y sabemos que con ello este salmista quiere decir: Dios y su casa, Dios y su *Palabra,* Dios y su *culto,* Dios y su *pueblo.*

Sólo por estas razones el epígrafe que encabeza este salmo no nos parece una equivocación, aunque sea así consi-

derado por algunos. El Salmo 42/3 es un precioso *«poema didáctico»,* del cual podemos aprender, que también santos bíblicos han conocido su batalla en la que en un momento dado exultaban de gozo: «¿Por qué te abates, oh alma mía?», para, un poco después, tener que lamentar: «Mi alma está abatida (una vez más) en mí». ¡Qué lección tan consoladora frente a los irreales y piadosos versitos con sus forzados: «¡Alegre, alegre, alegre, mi corazón está *siempre* alegre!»

Versículo 7:

*«Un abismo llama a otro a la voz de tus cascadas;*
*todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí».*

Este es el decorado áspero de este salmo. El Norte alto de la tierra oriental del Jordán, en las fuentes de este río. Una región de fuentes y cascadas, algo grandioso, pero poco reconfortante para un corazón afligido. Las cascadas no habrán sido pequeñas. Al menos el poeta añade la palabra «tus», de manera que realmente dice: «las cascadas de Dios», o bien, enormes cascadas de agua. La adición: «de Dios», sirve en la Biblia frecuentemente para indicar la enorme grandeza de algo, cf. Gn. 30: 8, Sal. 68: 15, Jon. 3: 3.

«Así han pasado sobre mí las olas de las pruebas de Dios» -se lamenta el salmista. Incluso dice: «*Todas* tus ondas y tus olas...». Parece como si todas las pruebas que Dios puede arrojar sobre un hombre, hayan caído sobre la cabeza de este desterrado cantor del templo. Por tanto, aun habrá experimentado más que sed de Dios: la añoranza de la fraternidad y la burla injusta que aquí menciona.

Pero, ¡nuevamente se exhorta a sí mismo!

Versículo 8:

*«Pero de día mandará Jehová su misericordia,*
*y de noche su cántico estará conmigo,*
*y mi oración al Dios de mi vida».*

Nuestro hijo de Coré no puede caminar a la cabeza de un grupo de peregrinos, pero no renuncia a su vocación: ¡Alabar al SEÑOR! Su esperanza permanece firme en la fidelidad (= misericordia) del SEÑOR. Incluso de noche canta su himno y ora al Dios que conduce y guarda su vida.

Versículo 9:

*«Diré a Dios: Roca mía, ¿por qué te has olvidado de mí? ¿Por qué andaré yo enlutado por la opresión del enemigo?»*

Nosotros examinamos los asuntos fácilmente reduciéndolos al plano humano, pero este poeta tenía muy en cuenta la mano de Dios, Am. 3: 6. De ahí su reiterada pregunta: «¿Por qué?» Impíos le afrentaban, pero, al mismo tiempo, en eso veía «todas *tus* (= de Dios) ondas y *tus* olas», v. 7. Los dolientes que hablan así acerca de sus miserias, «se humillan bajo la mano poderosa de Dios», 1 Pe. 5: 6.

¿Nos asombramos de este: «¿Por qué?»?

Quizá nos sintamos más familiarizados con esta frase usada en oraciones: -«Si puede coincidir con Tu consejo divino...» Sin embargo, ocurre que, bajo bandera cristiana, se puede estar hablando del consejo de Dios de forma totalmente pagana. Cuando entre los antiguos griegos el Destino no quería algo, el Dios Soberano, Zeus, tampoco podía hacer nada más por cambiar el asunto. Por encima de Zeus estaba el Destino. Pero, ¡no por encima de nuestro Padre celestial! Nuestro Salvador oró: «No se haga mi voluntad, sino la tuya», Lc. 22: 42. Pero nosotros no necesitamos decírselo demasiado de prisa. Cuando nuestro Salvador oró así, tenía claro que debía beber la copa que le angustiaba tanto. Sin embargo, oró así: «Padre, si quieres (si es posible), pasa de mí esta copa». «Para que supiéramos, que no estaba de acuerdo con sufrir, sino con la voluntad del Padre en sufrir. También en esto era él un hombre de idéntico impulso que nosotros porque retrocedía ante el sufrir. Pues, de otra manera, tampoco hubiera sido sufrir. Pero muchos, bastante antes de que tengan claro cómo será el camino de Dios, dicen: -¡No se haga mi voluntad sino la tuya! Pero estoy convencido que esto ocurre por una falta de fe, por la cual no saben perseverar en la oración, sino que se apartan de la lucha de la oración de la fe para resignarse en lo inevitable. Esta fe pagana en lo inevitable la cubren, pues, muy piadosamente con las palabras: No se haga mi voluntad, sino la tuya. El corazón de los hombres está mucho más corrompido de lo que pensamos. Somos lentos para creer; lentos para toda actividad espiritual», así escribía el Dr. J. G. Woelderink[11].

Pero, tanto el poeta del Salmo 42/3 como el de los Salmos 30 y 88 (cf. cap. 10, Sal. 30: 10) sabían, que los hijos de Dios pueden hablar con su Padre no como esclavos, sino como hijos; y a los hijos les está permitido preguntar al Padre: «¿Por qué haces esto, Padre?» ¡El hombre que aquí pide esto a Dios, andaba enlutado («de negro») por causa del Nombre de Dios!

Versículo 10:

*«Como quien hiere mis huesos*
*mis enemigos me afrentan,*
*diciéndome cada día:*
*¿dónde está tu Dios?»*

¡Tener que oír esto! Y, además, ¡encontrarte rodeado por todos lados de ídolos, como el salmista y ¡como nosotros mismos! ¿Cuántos en Oriente y Occidente no honran a las ciencias como dioses? Como queda dicho en el v. 3, la pregunta anterior no la recibiremos diariamente descargada contra nosotros en esa forma, pero, eso no obstante, ¡oídos creyentes la oyen a diario! Cuando oigas decir: -«¿El Dios de la Biblia? ¿De qué te sirve? ¿Regir a los pueblos? ¡Eso lo hacen nuestros políticos! ¿Conservar la salud? ¡Para eso tenemos la ciencia médica! ¿Procurar buenas cosechas? ¿Acaso nuestros labradores no tienen el apoyo de químicos, ingenieros agrícolas y abonos químicos? ¿Bienestar? ¿No es un asunto de planificación económica científicamente meditada? ¿Justicia e injusticia, bien y mal? ¿No lo decidimos nosotros mismos con acuerdos o pronunciamientos democráticos? (cf. J. J. Rouseau, Contrato Social). Una vez más: ¡Oye cómo todos afirman lo mismo! ¡Ve a tu Dios y a tu Salvador Jesucristo completamente negados y silenciados! ¿No te atraviesa esto de pies a cabeza? Cuanto más les amas, tanto más te parten de arriba a abajo estas cosas. ¡Hacer masivamente como si Dios fuera aire, hiere también el Nombre de nuestro Dios! No es preciso que siempre acontezca al modo de Senaquerib, quien, en los días de Ezequías, afirmó rotundamente: «¡Yakweh no te sirve para nada!», cf. Is. 36, 2 R. 18, 2 Cr. 32. ¡Por causa de este lenguaje, Ezequías se vistió de luto!, Is. 37. Y nuestro fiel hijo de Coré sintió semejante odio a nuestro Dios como un do-

lor corporal. Pues amaba tanto el Nombre de Dios (= fama, relato de hechos) que su empequeñecimiento lo experimentó como un golpe mortal o como «un aplastamiento de mis huesos». *Él* estaba hecho cisco por esto: ¿Cómo alguien se atreve a hablar así del Dios viviente? ¿Y nosotros? Nosotros vivimos en un mundo que diariamente odia a Dios fingiendo no conocerle. ¿No nos traspasa esto hasta la médula de nuestros huesos?

Versículo 11:

*«¿Por qué te abates, oh alma mía,*
*y por qué te turbas dentro de mí?*
*Espera en Dios; porque aún he de alabarle,*
*salvación mía y Dios mío».*

Por segunda vez, el salmista se encarama sobre la roca de la esperanza. Se encuentra completamente solo entre impíos. Estos odian el poder del SEÑOR. Pero, ¿el SEÑOR no es el Dios *vivo?* El israelita entendía, bajo la palabra «vivo», no primeramente «existente», sino «actuante, activo». Y ahora, ¿qué? ¿Por qué está tan intranquilo? ¿no debía manifestar que estaba en lo cierto afirmando, precisamente ahora, su esperanza en su odiado Dios? Y, mientras hace esto, crece la certeza en su corazón: «¡Salvación mía (Salvador mío) y Dios mío!» El hará que amanezca el día en que nuevamente yo pueda ejercer mi cargo: ¡Como cantor engrandecer la alabanza de Dios en medio de la congregación! «Porque (ciertamente) aún he de alabarle (de nuevo en el templo)!»

En esta tesitura concluye la parte segunda del Salmo 42/3.

Salmo 43, v. 1:

*«Júzgame, oh Dios, y defiende mi causa;*
*líbrame de gente impía,*
*y del hombre engañoso e inicuo».*

¿Se encontraba nuestro levita entre paganos «ciegos», allí a los pies de las montañas del Hermón? ¿O eran israelitas apóstatas?

El poeta literalmente pide liberación del «pueblo *inmisericorde».* Y todos los israelitas, en virtud del Pacto de

Dios, debían misericordia (fidelidad al Pacto) tanto al SEÑOR como a sus coaliados. Por tanto, se podía pensar en israelitas apóstatas («inmisericordes»), pero no es posible demostrarlo. En cualquier caso, eran gentes mundanas que diariamente provocaban a nuestro poeta con su ultrajante pregunta: «¿Dónde está tu Dios (ahora con su ayuda)?»

Frente a este odio a su Dios, el salmista se sentía evidentemente impotente; como los creyentes actuales también se encontrarán afectados ante el odio abrumador al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo en el mundo actual. Nuestro desterrado no sólo ha sentido ese odio llegándole hasta la médula, sino que también lo ha experimentado como *injusticia* vejatoria.

Todo su destierro puede haber sido un asunto de injusticia. Esto no debemos excluirlo en su oración en el v. 1. Pero su permanencia en este Norte mundano le ha colocado ante esta pregunta: «¿Es Yahweh ahora el Dios viviente, o no lo es?» Y *mientras* parecía que Dios le había rechazado, y su entorno le atormentaba diariamente con la observación: -«Hombre, ¿qué haces con un Dios así?», permanecía hablando acerca del SEÑOR como del «Dios vivo» (Sal. 42: 2), «Salvador mío y Dios mío» (42: 5), «Dios de mi vida» (42: 8), «Dios: Roca mía» (42: 9), «el Dios de mi fortaleza» (Sal. 43: 2), «el Dios de mi alegría» (43: 4), «Dios mío» (43: 4). Por consiguiente, nuestro desterrado y su entorno mundano estaban diametralmente opuestos entre sí:

-«¡Yahweh *no* es el Dios vivo!»

-«¡Yahweh *sí* es el Dios vivo!»

Evidentemente, ¡esto era un pleito!

Como también nosotros, en cuanto creyentes, tenemos el mismo pleito con todo aquel que afirma civilizada o jactanciosamente, o con términos cristianos, que el Dios de la Biblia no es un Dios *vivo* al que todos nosotros debamos *temer* con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas.

En este aspecto, ¿tampoco necesitamos considerar el Salmo 42/3 como «un poema didáctico»? ¿Estamos bastante convencidos de que el *honor* de Dios, el *Nombre* (= Su fama, el relato de sus hechos) de Dios están en juego, ahora que la masa le niega a él y a su Palabra en todo? ¿Puede hacer-

se acreedor a nuestra vida el Dios de la Biblia como el Dios vivo, o podemos desterrarle de nuestra vida como una superada idea cultural de tiempos primitivos, para que, siguiendo las pisadas de J. J. Rousseau, en su Contrato Social, podamos determinar entre nosotros mismos lo que nos parece bien o mal? El Salmo 42/3 se muestra como un auténtico poema didáctico *enseñándonos* a tener visión de este gran pleito también en nuestro tiempo entre creyentes e incrédulos con sus afirmaciones diametralmente opuestas:

-«¡Teme al Dios de la Biblia!»

-«¿Dónde está el Dios de la Biblia?»

¿Quién tiene razón entre ambos?

Entonces, el salmista hizo *del honor de nuestro Dios* su asunto *personal* y pidió al SEÑOR pronunciamiento con las palabras del v. 1: «Júzga*me,* oh Dios, y defiende *mi* causa; líbrame de gente impía, y del hombre engañoso e inicuo». Si el SEÑOR le llevara de nuevo a Jerusalén, con eso le habría proporcionado la prueba de que él es el Dios *vivo,* y habría dado la razón al salmista frente a sus atormentadores. De ahí su súplica: ¡Júzgame!, es decir, «¡Socorrooo!»[12].

«¡Júzgame, oh Dios!», ¿te has encontrado tú alguna vez semejante oración en un himnario? ¿o en escritores como Tomás de Kempis? ¿Conoces, en este aspecto, «poemas didácticos» de estos círculos religiosos? También aquí volvemos a ver, que la excelencia de los salmos está muy por encima de la de muchos himnos y cantos religiosos. Es de temer, que, precisamente el cantar casi exclusivamente canciones, mantendrá cerrados los ojos de muchos cristianos al gran *pleito* entre la fe y la incredulidad en este mundo, y, por tal motivo, impedirá a la boca de muchos cristianos pedir *justicia* al Juez de toda la tierra. Es espantoso que tales cristianos frecuentemente son fáciles de ganar para medios activistas como reuniones de «protesta» y similares con el fin de buscar su propio «derecho». ¡Oraciones como las del Salmo 43: 1 se las encuentra «pasivas» en ese clima. ¡Como si el temor de Dios y la espera de él acaso puedan hacer al hombre falsamente tranquilo y pasivo! ¡Como si este grito o petición de ayuda dirigida a él no expandiera precisamente nuestra fe hasta lo sumo!

Pero el hijo de Coré, autor del Salmo 42/3, estaba en buena compañía con esta oración. Así habló David en su asunto con Saúl (cf. 1 S. 24: 16) y con Nabal (cf. 1 S. 25: 39 y Sal. 35): ¡Que Yahweh pueda actuar como juez...! Y Jeremías dijo de sus opositores «piadosos»: «Pero, oh Jehová de los ejércitos, que juzgas con justicia (...) vea yo tu venganza de ellos; por que ante ti he expuesto mi causa», Jer. 11: 20, cf. 20: 12. Y también el poeta del Salmo 119 oró: «Defiende mi causa», v. 154. Estos ejemplos podrían ser aumentados con muchos otros.

Ahora sabemos de nuestro Señor Jesucristo, que Dios le ha dado la atribución de juzgar en el gran juicio entre sus hijos fieles y el mundo «eclesial» impío humanista o pagano, Jn. 5: 22 y 27. «Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?», preguntó nuestro Salvador, Lc. 18: 8; y entonces no se refería a «fe-en-general», sino a *esta* fe de David y Jeremías y los salmistas: ¡que *Dios* les hará justicia!

¿Se encontrará, pues, aún esta fe?

Versículo 2:

*«Pues que tú eres el Dios de mi fortaleza,*
*¿por qué me has desechado?*
*¿Por qué andaré enlutado por la opresión del enemigo?»*

¡Tener que oír, que «aquí» o «ahora» tu Dios ya no te sirve para nada! Tener que considerar cómo es negado fríamente, declarado muerto y tenido por una idea. Tener que vivir en un mundo que diariamente le roba su honor de mil maneras: como Creador, como Gobernador, como Padre, como Salvador, como Juez. ¿No es todo esto precisamente lo que el salmista llama: «la opresión del enemigo»? ¿No está detrás de todas estas mentiras el padre de mentira, el Enemigo del pueblo de Dios?

El salmista vestía luto, porque se ofendía tanto al honor de Dios, y cuanto más vamos sintiendo el Honor de nuestro Dios, tanto más también nuestro corazón puede entristecerse por causa del escarnio al Nombre de Dios. (Cf. Sal. 42: 9 y nuestro comentario correspondiente).

Versículo 3:

*«Envía tu luz y tu verdad;*
*éstas me guiarán;*
*me conducirán a tu santo monte*
*y a tus moradas».*

La palabra «tiniebla» en las Sagradas Escrituras sirve como símbolo de todo lo que pertenece al diablo, y la palabra «luz» se emplea para todo lo que viene de Dios: vida, alegría, pero también: protección y *salvación,* cf. Job 10: 3, 29: 3, Sal. 18: 28, 27: 1, 44: 3, 118: 27, Mi. 7: 8. Y la palabra «verdad» es frecuentemente otra palabra para significar fidelidad. ¡Si Yahweh por un momento quisiera enviar Su «luz» (salvación) y «verdad» (= fidelidad) para acompañar al salmista como dos ángeles protectores hacia «tu santo monte» (Sión) y «tus moradas» (= el templo)! Pues su sed de Dios era sed de sus cultos en el templo.

¿Y qué le atrajo en él tan poderosamente?

Versículo 4:

*«Entraré al altar de Dios,*
*al Dios de mi alegría y de mi gozo*[13]*,*
*y te alabaré con arpa, oh Dios, Dios mío».*

Quien conoce pasajes bíblicos como los capítulos 25 al 40 de Exodo y Levítico del 1 al 7, puede entender mucho mejor la añoranza de nuestro levita por la casa de Dios. ¡Qué gran predicación brotaba de todo el culto en el Tabernáculo tal cual el SEÑOR lo había establecido por medio de Moisés! ¡Todo lo allí descrito anunciaba el *Evangelio* de forma simbólica!

Y de entre todo aquello, el salmista menciona ahora el «altar de Dios». Y quien dice «altar», dice «sacrificio». Y por medio del sacrificio, Dios daba a Israel no sólo *enseñanza* simbólica acerca de lo que el Cordero de Dios vendría a hacer por los pecados del mundo, sino que al mismo tiempo también sostenía a Israel por medio de las ofrendas de sus promesas del Evangelio. Sí, de hecho enseñó y aseguró Dios a Israel sacramentalmente los mismos beneficios del Evangelio que ahora nos regala en la promesa del Evangelio: 1. nuestra justificación; 2. nuestra santificación; 3. nuestra salvación.

*Por esto* suspiraba nuestro levita en el monte Hermón.

Si Dios volvía a llevarle a Jerusalén, los sacerdotes le harían ver y garantizarían, junto a los altares, la promesa del Evangelio del perdón de nuestros pecados, puesto que sus pecados habían sido cubiertos (reconciliados) con sangre de sacrificio. Y si entonces dejaba que su víctima ardiera por medio del fuego del propio altar de Dios, obtendría por ello certeza de que Dios también quería purificar su vida pecadora, y presentarle santo ante su rostro. ¿O añoraba especialmente poder llevar al SEÑOR un sacrificio de paz, el sacrificio previo a cuando no pasaba nada entre Dios y su siervo? Si entonces se hubiera sentado a la mesa del sacrificio de paz, Dios le habría dado en ello una prenda o seguridad visible de la promesa de que también su humilde levita participaría en la comunión restablecida con Dios en el nuevo paraíso. No; los israelitas no eran tan *pobres* como alguna vez se afirma de ellos.

¿Puedes comprender ahora, que nuestro hermano cantara «al Dios de mi alegría y de mi gozo»? ¡El Dios que le había prestado absolución de pecado y culpa, y le había dado derecho a la vida eterna! ¡Si tuviera su cítara en sus manos, y nuevamente fuera a la cabeza de una comitiva de peregrinos! ¡Cuánto alabaría al SEÑOR, si le retornara a Jerusalén! Pues, añorar a Dios incluía para él la nostalgia de la predicación del Evangelio y del canto de los himnos. Para él, caminar con Dios no era precisamente una ocupación inacabable consigo mismo y su «interior», como creían los místicos medievales y sus antiguos y más nuevos seguidores, sino estar ocupado con la *Palabra* de Dios y los sacramentos para-aquella-economía: el sacrifico en los altares. Y el camino hasta Dios aún sigue siendo el Espíritu, la Palabra, el Bautismo, la Santa Cena y la Fe.

Al reloj de la obra de Dios se lo atrasa miles de años cuando aún ahora se habla de edificios santos, lugares santos e incluso de un país santo (Palestina). Como ya hicimos notar, estas cosas han quedado obsoletas o han desaparecido con la venida del Cristo, He. 8. Por medio del Espíritu de Cristo, Dios mora ahora en la iglesia, Ef. 2: 22. ¡Pero, siempre se pueden añorar fervientemente estas cosas! Por ejemplo, cuando la vejez, la enfermedad u otros motivos nos mantienen ale-

jados de las reuniones de la iglesia en torno al Evangelio del Cristo de Dios, como al presente lo poseemos en el Antiguo y Nuevo Testamento. Cuando somos apartados de todo esto, también se cumple en nosotros el Salmo 42/3, como se cumplió primero en nuestro Salvador en el desierto y en Getsemaní; pero no es en él en el último que se ha cumplido.

Entonces, el Espíritu Santo nos enseña a decir por medio del Salmo 43: 5:

Versículo 5:

*«¿Por qué te abates, oh alma mía,*
*y por qué te turbas delante de mí?*
*Espera en Dios; porque aún he de alabarle,*
*salvación mía y Dios mío».*

Con estas palabras, el poeta expulsado es el primero que se ha consolado en «la tierra del Jordán». En ello ha expresado su confianza de que Dios, su Salvador, le volvería a llevar a Jerusalén, con el fin de retomar su cargo como cantor en la congregación de Israel. Pero innumerables creyentes han remedado sus palabras a lo largo del tiempo. Encarcelados las cantaron en su celda. Creyentes, cuyo corazón lloraba por causa de cultos muertos, se han consolado con ellas por motivo de «la opresión del enemigo». También moribundos han cantado estas palabras.

Puesto que este salmo puede haber nacido desde la añoranza de la *antigua* Jerusalén, y aún puede ser cantado desde la añoranza por el servicio de la Palabra, ¿por qué no podríamos cantarlo nosotros llenos de añoranza por la *nueva* Jerusalén? Entonces este salmo se cumple plenamente en todos aquellos que lo han repetido en oración: «¡Porque aún he de alabar al SEÑOR!»

NOTAS

1. J. Ridderbos toma *lamed* en «*libne Qorah*» no especialmente como lamed-autoris, sino en el sentido más general de «perteneciente a», («para ser cantado por los coreitas», «de la tradición de los coreitas»). F. Delitzsch toma *lamed* como lamed-autoris, también porque ninguno de los salmos coreitas, como por otra parte se podía esperar, lleva además el nombre del autor *l*[e]*dawīd*. Delitzsch piensa, respecto al autor, en un levita coreita a resultas del destituido rey David.

2. Al menos según la Versión Estatal Neerlandesa, cf. la de A. B. Ehrlich, Die Psalmen, Berlín 1905, 95, seguido por M. Dahood: «Como un ciervo brama por un arroyo de aguas corrientes, así llamo yo en alta voz a ti, oh Dios». Nosotros nos adherimos a la versión de Köhler, Lexicon *'ārag*: lechzen, añorar nach.

3. «Término técnico para la entrada festiva en el Santuario, cf. Sal. 118: 19», Kraus, a. l.

4. M. Dahood traduce: «beber ávidamente». Porque el verbo *'erā'ah* (Texto Masorético *'era'eh*) en este contexto puede derivarse mejor de *yāra'* o *yāre'* «beber ávidamente» ...que de *rā'āh*, «ver».

5. «Aquí recae todo el acento sobre: tú Dios», J.J.P. Valeton Jr, De Psalmen (I, 247).

6. M. Dahood traduce: «y derramaré mi alma para él». El llega a esto por el sufijo en *'ešp*[e]*ḵāh 'ālay* lo mismo que en el fenicio *'ly* «sobre» a tomar como 3ª persona del sing. masc.; y toma *'al* como «para, en presencia de «.

7. «La versión aquí dada es pura conjetura», según Edelkoort. «Nosotros sólo podemos decir, que no lo sabemos», Bijbel met Kantt.

8. Según Edelkoort, también esta versión es una conjetura.

9. Martín Lutero, en este versículo, comenta: «¡El quería ir muy gustosamente a la iglesia! Este es su deseo e intención. Se siente tan lejos de Dios, que por eso quiere estar gustosamente en esa casa donde se puede oír la Palabra de Dios. El texto latino dice: entre sonidos de fiesta, donde se alaba y predica», Luthers Psalmen-Auslegung (Herausgegeben von Erwin Mühlhaupt), II.

10. M. Dahood: «Porque me acuerdo». *'al kēn*, «porque» introduce (lo mismo que en el Sal. 95: 3) la razón del desaliento del poeta.

11. Dr. J. G. Woelderink, Uit de praktijk der Godzaligheid, 1956, 'sGravenhage, 102.

12. «En el idioma hebreo, «administrar justicia» y «ayudar» son conceptos paralelos. «Haced justicia al huérfano», dice el profeta Isaías (1: 17); lo cual no significa «condenadle», sino «hacedle justicia», Ludwig Köhler, Der hebräische Mens, Tübingen 1953, 151.

13. M. Dahood: «El gozo de mi vida». Por «*gīl*» derivar, deducir «la vida» del verbo «*gīl*»-«vivir». La Versión de Los Setenta lee «el gozo de mi juventud», lo que igualmente es posible, porque *gīl* (en Daniel 1: 10 usado en un contexto que trata de hombres jóvenes) indica más específicamente hacia un período de la vida».

# Capítulo 12

## SALMO 46: EMANUEL - ¡DIOS CON NOSOTROS!

¡GUERRA MUNDIAL!

Un viejo gigante, Asiria, se ha despertado e intenta el dominio del mundo. Como un pólipo gigante extiende sus tentáculos cada vez más lejos en torno suyo; hacia las minas de plata del Tauro en Asia Menor y hacia las costas del Mar Mediterráneo. Interminables columnas de infantería y caballería empujan en dirección de los puertos comerciales del mundo de Tiro y de Palestina, país puente hacia Egipto, el mayor rival de los asirios en el tablero del mundo de entonces. Suenan siniestramente las cadencias de los miles de botas de los soldados, y el tabletear de los carros de combate en los oídos de los pueblos amenazados.

En todas partes donde se aproxima este ejército inmenso, suena el grito de angustia: -«¡Huid! ¡Vienen los asirios!»

Los habitantes del campo intentan salvar vida y bienes en las ciudades fortificadas, pero no existe fortaleza alguna contra los arietes de combate asirios. Un país tras otro capitula. A reyes se les sacan los ojos. A algunos prisioneros se les cortan nariz, orejas y labios. A otros se les empala o se les transporta enganchados con un garfio que les atraviesa la nariz. Para romper la resistencia en los territorios conquistados, los

vencedores organizan obligatorias y masivas deportaciones del pueblo. Poblaciones enteras son preparadas para ser transportadas hacia el destierro. En las regiones por donde ha pasado el ejército humean las ruinas de casas y ciudades. Gritan plañideras sobre los cuerpos. La cosecha ha sido robada. El fantasma del hambre amenaza a los sobrevivientes.

Samaria cae también en el año 722 a. C., y el reino de las Diez Tribus de Israel es deportado. Veinte años más tarde, también es invadido el Reino de las Dos Tribus de Judá, y reclamada Jerusalén. Pero ahí llega el Señor interponiéndose entre ambos, y echa el alto a los conquistadores del mundo. La ciudad de Dios está salvada. Después de esta crisis del mundo, los hijos de Coré cantaron el Salmo 46.

### 1. UN SALMO DE LA ESCUELA DE ISAÍAS.

Como es natural, aquí no tenía lugar ningún «desarrollo» político casual, tal como incrédulos tipifican frecuentemente acontecimientos mundiales. Mucho antes de esto, Amós ya había preguntado: «¿Habrá algún mal en la ciudad, el cual Jehová no haya hecho? Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas», Am. 3: 6-7. Dios se lo reveló a su siervo Isaías durante este nacimiento del reino mundial asirio. Este vidente no sólo vivió la misma guerra mundial mencionada, sino que también jugó un gran papel en el prólogo que le precedió en Judá. Pues Isaías no era precisamente un pastor desconocido en un pueblecito retirado, sino alguien que, como cronista de la corte de Judá (2 Cr. 26: 22), debe haber sido una figura conocida en la capital de Judá, y un hombre que estuvo en el centro de la vida política.

Aunque Isaías, también en los círculos del gobierno, probablemente fue más conocido que amado, al menos en su propio tiempo. Durante años tuvo que tropezar como un individuo incomprendido contra la opinión política en la iglesia estatal de Judá. Su constante llamado a confiar en Dios en la necesidad de los tiempos sólo fue seguido por un grupo reducido. Si el Salmo 46 testifica de esta misma ilimitada confianza en Dios, debemos buscar a su autor entre los pa-

rientes espirituales y discípulos del incomprendido Isaías, pues tanto el Salmo 46 como las profecías de Isaías giran en torno a esta palabra clave: Emanuel.

*«Dios con nosotros».*

Con esta palabra clave -en hebreo: *immānu 'el-*, Isaías, ya durante el reinado del padre de Ezequías, el rey Acaz, se revolvió contra la política de Judá, la cual pretendía liberarse de la agresión asiria mediante estratagemas políticas. Esto sucedía unos diez años antes que los asirios deportasen al Reino de las Diez Tribus. Junto con Siria, intentó fundar una especie de OTAN con el fin de parar la marcha asiria, si era posible, antes del río Orontes, pero Judá rechazó pertenecer a estos aliados. El rey Acaz veía más provecho en un acercamiento a los imperialistas asirios que en una alianza militar con tan pequeñas potencias como Israel y Siria. Ante lo cual, estos últimos decidieron derrotar militarmente a Acaz, y en su lugar poner un hombre de paja en el trono de David, el cual quisiese realmente adherirse a una coalición antiasiria. Esto, al menos, habrá sido el motivo para una invasión siro-israelita en Judá, 2 R. 16: 5, 2 Cr. 28: 5-15.

El capítulo 7 de Isaías dibuja la tensión en la que Jerusalén es puesta inmediatamente en estado de defensa. El mismo rey Acaz inspecciona la obra de la conducción del agua, cerca del campo del Lavador. En este momento de tensión, cuando se está confuso y nervioso, aparece en escena el profeta Isaías, para asegurar al rey Acaz en nombre del SEÑOR, que Jerusalén no se rendirá, con tal que Acaz quiera hacer una sola cosa: Confiar en el SEÑOR. Si quiere, puede pedir una señal milagrosa para probar que el SEÑOR proveerá la liberación. Pero, entretanto, ¿qué ha hecho el político Acaz? Precisamente pedir ayuda a los terribles asirios. De forma aparentemente piadosa responde al profeta: -«No, Isaías, no tentaré al SEÑOR pidiéndole una prueba de su ayuda». Y, entonces, Isaías responde con aquellas conocidas palabras : -¿Qué? ¿No pides señal alguna? ¡Entonces Dios te dará una! Una señal triple.

Aquí está: La virgen (= Su Majestad la Reina, la joven esposa de Acaz) está en cinta (es posible que esto aún no lo supiera el mismo príncipe). Esta es la primera señal. Y ella dará a luz un hijo. Esta es la segunda señal. Y ella confiará

realmente en el SEÑOR. Y en esta fe, dirá luego al oído de su pequeño hijo el muy significativo nombre favorito «*immānu 'el*». «¡Tú eres la madre del pequeño Emanuel! Nosotros ciertamente confiamos en el SEÑOR».

Este niñito es el posterior rey Ezequías que, más tarde y junto con el profeta Isaías, jugaría un gran papel en el trasfondo del Salmo 46. Cuando nace el pequeño Ezequías, exclama el profeta: «Porque un Niño nos es nacido, Hijo nos es dado...» (con lo que el profeta, naturalmente, hablaba al mismo tiempo de aquel otro Niño, cf. cap. 5, 2, acerca del cumplimiento de las palabras de las Escrituras en etapas), Is. 9. Este Ezequías, alias «Emanuel», pasa a ser después el príncipe que, por su confianza en Dios, detendrá la marcha asiria ante Jerusalén.

Por eso escribimos sobre el comentario del Salmo 46: «Emanuel».

Porque le conocimos como la fe-en-el-SEÑOR concretada en forma poética tal como durante muchos años era enseñada y profesada en la escuela de Isaías. Diametralmente contra el espíritu del siglo en la iglesia de entonces; y como Ezequías lo había aprendido de su piadosa madre Abi, y como un auténtico Emanuel lo llevó a la práctica en la irracionalmente cercada Jerusalén.

¡Esto no obstante, hasta que llegara ese día, aún debía aprender muchas cosas!

*Judá en la esfera de influencia asiria.*

En primer lugar, volvemos por unos momentos a la juventud de Ezequías. La política de su padre Acaz en favor de Asiria fue pagada con la independencia de Judá, 2 Cr. 28: 21. A partir de ahora, también la pequeña Judá está en la esfera de la influencia asiria. Año tras año, grandes cantidades de dinero deben ser remitidas a Nínive al departamento de territorios conquistados. Solamente Egipto lleva aún una existencia independiente.

Así están las cartas cuando Ezequías sube al trono.

Sin embargo, cuando en el año 705 a. C. es asesinado el rey asirio Sargón, surgen insurrecciones en todas partes de su gigantesco reino. Los pueblos deportados recobran ánimo. Merodac-baladán (conocido por 2 R. 20) reconquista Babilonia

(703 a. C.). Poco después, debe ocurrir la enfermedad mortal de Ezequías, 2 R. 20: 1-11. Merodac-baladán envía una legación para felicitar a Ezequías por su pronto restablecimiento, y enseguida habrá aprovechado la ocasión para alentar al príncipe judío a desencadenar también en Siria y Palestina una sublevación general contra la soberanía asiria, 2 R. 20: 12-19.

Por desgracia, el piadoso príncipe hizo caso a tal proposición; y también él se sublevó contra el rey de Asiria, y se quitó de encima su soberanía, 2 R. 18: 7. Sus ministros quizá fueron más lejos de lo que Ezequías quería, pero el libro Isaías nos enseña que también el príncipe, quien después de David obtiene el más hermoso testimonio en el libro Reyes (2 R. 18: 3-6), en los años previos a la invasión asiria de Judá no tenía aversión a coaliciones con países vecinos; especialmente con la antigua potencia mundial Egipto. Cuando todos los estados preasiáticos aunaron sus fuerzas y el Gran Rey de Egipto se unió a ellos, el enemigo del Norte tuvo que oponerles resistencia. Bajo el paraguas de estos aliados, tanto Moab como Amón, Tiro, Filistea, Edom y también Judá contemplaron el futuro con alguna confianza. Ezequías debe haber sido, más o menos, incluso el personaje principal de esta alianza.

*El SEÑOR atraerá a Asiria hacia Judá.*

Lo mismo que ahora, muchos de aquel tiempo también habrán considerado los cambios en el escenario mundial como más o menos casualmente «desarrollos» de relaciones de fuerza. Pero Isaías tenía otras noticias. Ya había dicho contra el rey Acaz: Dios va a «silbar» (llamar) hasta aquí a esa Asiria, Is. 7: 18. Cuando aún no había nacido el rey Ezequías, ya había anunciado Isaías la marcha invasora de Asiria, Is. 7: 17. *Dios* dio a este pueblo el dominio del mundo. Como un río desbordado, Asiria «subirá sobre todos sus ríos, y pasará sobre todas sus riberas; y pasando hasta Judá, inundará...», Is. 8: 7-8. Según Isaías, Asiria era una «navaja» con la que *Dios* afeitaría la cabeza, las piernas y la barba de Judá, es decir, que la afearía, Is. 7: 20, cf. 2 S. 10: 4.

Como es natural, el SEÑOR no haría eso por capricho, a Dios no le gusta pegar y, ciertamente, no sin ton ni son, Lm. 3: 33. Judá, ya en tiempos del rey Acaz, había enojado te-

rriblemente a su Dios mediante el abandono clamoroso del Pacto. Escucha al SEÑOR cómo expresa su divina tristeza en Isaías 1: 2 y ss. Esa era la razón y el motivo de la intervención de los asirios, y de la amenazante caída de Judá: Judá yacía bajo el *juicio de Dios,* Is. 1, 2: 6-4:1, 5: 1-30. El SEÑOR se encontraba en el momento de derramar plenamente la maldición del Pacto de Lv. 26 y Dt. 28 sobre Judá y Jerusalén. Durante muchos años, Isaías había indicado a la iglesia de entonces estos trasfondos del acontecer del mundo. *Por tanto,* así se lo echó en cara, *la ira del SEÑOR* ha ardido contra su pueblo y (...) *lo castiga,* de forma que los montes tiemblan y los cadáveres yacen en medio de las calles como basura (cf. Lv. 26: 30). A pesar de todo esto, *su ira* no cesa y su mano permanece extendida. *Por eso,* levanta *él* una bandera a lo lejos para el pueblo (cf. Dt. 28: 49) y lo llama *él* hacia sí mismo desde los confines de la tierra... Isaías, pues, con visión profética, ya había anunciado de antemano la marcha asiria: «por esta causa se encendió el furor de Jehová contra su pueblo, y extendió contra él su mano, y él hirió...», Is. 5: 25 y ss. ¡Qué gran ejército! ¡Mira los arcos, oye los cascos de los caballos! Asiria se le viene encima como un mar, Is. 5: 27-30.

Hacía años que Isaías, de esta forma tan manifiesta, había señalado la mano de Dios, la vara con que el SEÑOR *castigaría* a Judá. Una hacha con la que Dios cortaría a diestra y siniestra, Is. 10: 33. Aunque Isaías aún veía a lo lejos en el futuro cómo el SEÑOR después de esta obra de castigo, también humillaría a Asiria misma, Is. 10: 5-19, 14: 24-27, 30: 27-33, 37: 26 y ss. Pues el SEÑOR puede buscar o hacer venir con la misma facilidad que disolver y destruir tales poderes mundiales, Is. 10: 6 y 16.

### *«¡Ay de los que descienden a Egipto por ayuda!»*

Por desgracia, en Judá se veía, en medio de su ceguera, un solo medio de salvación: aunamiento de todas las fuerzas militares en una especie de OTAN semita bajo la dirección de Egipto. También la iglesia, poco antes de aquella guerra mundial, vivía de esta confianza: «¡Egipto es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones!»

No es extraño que el libro Isaías contenga muchas advertencias contra esta calculadora política infiel. «¡Ay de los que descienden a Egipto por ayuda, y confían en caballos; y su esperanza ponen en carros, porque son muchos, y en jinetes, porque son valientes; y no miran al Santo de Israel, ni buscan a Jehová!», Is. 31: 1. «Los egipcios hombres son, y no Dios»; pero ¿se creía esto realmente en Judá? Is. 31: 3. Y mientras a cada momento viajaban emisarios a Egipto «para fortalecerse con la fuerza de Faraón, y poner su esperanza en la sombra de Egipto» (Is. 30: 2), Isaías, el cronista aristocrático, tuvo que, por mandato de Dios y durante tres años, caminar por Jerusalén como un extraño en paños menores y descalzo. Así se llevarían por delante después los asirios a los prisioneros de aquel encumbrado Egipto: «desnudos y descalzos, y descubiertas las nalgas para vergüenza de Egipto», Is. 20: 4.

*«¡Sión será rescatada con juicio!»*

Según Isaías, ¿qué debía hacer realmente el gobierno de Judá? Una misión diplomática tras otra llegaba a Jerusalén. «¿Qué se responderá entonces a los enviados del pueblo?» A lo que Isaías daba este consejo: Vosotros debéis responder sencillamente a esos paganos, «que Jehová fundó a Sión, y que a ella se acogerán los afligidos de su pueblo», Is. 14: 32. «El que creyere, no se apresure (no será avergonzado, Ro. 9: 33)», Is. 28: 16. «Porque así dijo Jehová el Señor, el Santo de Israel: En descanso y en reposo seréis salvos; y en quietud y en confianza. Y no quisisteis, sino que dijisteis: No, antes huiremos en caballos; por tanto, vosotros huiréis». Y: «Sobre corceles veloces cabalgaremos; por tanto, serán veloces vuestros perseguidores», Is. 30: 15-16. Estas palabras podría considerárselas como el resumen de toda la predicación de Isaías con vistas a la creciente crisis mundial de sus días.

«Sión será rescatada con *juicio,* y los convertidos de ella con *justicia»,* Is. 1: 27. Judá deberá volver a reconocer el derecho contractual del SEÑOR sobre su pueblo, Lv. 26: 40 y ss., Dt. 16: 20; y, sobre todo, deberá respetar humildemente el derecho del SEÑOR a corregir. «¡A la Ley y al Testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido», Is.

8: 20, cf. 1: 28. Pero, si Judá aún escuchase voluntariamente, el SEÑOR querría blanquear sus pecados como la nueve, y si no fuera así, entonces le esperaría ser pasada por la espada, Is. 1: 18-20.

*«¿Quién ha creído a nuestro anuncio?»*

Sólo una minoría cada vez más pequeña en Judá se convirtió a la predicación de Isaías. «¿Quien ha creído a nuestro anuncio? ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?», Is. 53: 1. En este lamentable estado de cosas, el SEÑOR ya le había preparado en su llamada: ¡La masa te negará!, Is. 6. También el nombre profético del hijo de Isaías, Searjasub, hablaba de esta falta de fe, Is. 7: 3: «El remanente volverá (= se convertirá)», no la masa, cf. Is. 10: 20 y ss. «Pero el pueblo (como totalidad) no se convirtió al que lo castigaba, ni buscó a Jehová de los ejércitos», Is. 9: 13, cf. 17: 10, 22: 11, 26: 10, 27: 11. Ciega para ver el «brazo de Jehová» en el acontecer del mundo, la iglesia salió al encuentro de la guerra mundial. Mientras Isaías, como quien clama en el desierto, proclamaba: «A Jehová de los ejércitos, a él santificad; sea él vuestro temor, y él sea vuestro miedo», Is. 8: 13. Pero no se mostró entendimiento alguno, Is. 5: 12.

Esto no obstante, Isaías obtuvo su Remanente prometido, el cual ciertamente le escuchó, no en forma de muchos, pero sí de algunos discípulos, Is. 8: 16. En torno al profeta creció un círculo de humildes, quienes, aunque no podían torcer la política de Judá, sí confesaron realmente: «*Esperaré,* pues, a Jehová, el cual (por el momento) escondió su rostro de la casa de Jacob, y en él confiaré», Is. 8: 17. A este círculo perteneció quizá también Abi, la piadosa madre de Ezequías. Pero, los descendientes de Coré ciertamente formaron parte de este círculo, de cuyo centro procede el Salmo 46; el cual, de principio a fin, respira la misma «fe en Emanuel» que se vivía en la «escuela de Isaías». No es extraño, pues, que algunos comentaristas hayan visto en el profeta Isaías al autor del Salmo 46[1]. Y de ahí que nosotros a la cuna espiritual de este salmo nos guste titularla como «el círculo Emanuel del Salmo 46».

*Judá pisoteada.*

Pero Isaías tuvo razón, ¡porque sus profecías se cumplieron! Quien había creído que Senaquerib, el nuevo soberano asirio, dejaría en paz (= perdonaría) a los pueblos sublevados, se equivocó. Primero, puso orden en las fronteras orientales de su gigantesco imperio, y a continuación se dirigió hacia el Sur-Oeste, para hacer pagar a los príncipes siro-palestinos, entre los cuales estaba Ezequías de Judá, su levantamiento, y a ser posible conquistar enseguida Egipto; pues, en tanto que éste permaneciera independiente, habría intranquilidad en el flanco occidental del imperio. Y allí resuena el grito de angustia de los pueblos a lo largo del Mar Mediterráneo: «¡Los asirios vienen a tomarse venganza!» El tableteo de sus carros, el retumbar de sus arietes de combate y la fuerza de sus tropas hacen encogerse los corazones. Los aliados se dejan mutuamente en la estacada. Sólo al rumor de la marcha asiria se abren las puertas de las ciudades. Tiro y Sidón se entregan sin resistencia alguna. «El temor a la brillantez de mi dominio le derribó», fanfarroneó Senaquerib en su relato de esta campaña. Muchos estados pequeños vienen a ofrecer a Senaquerib su sometimiento con muchos regalos. Los asirios actúan brutalmente. Relieves desenterrados dejan ver ahora cómo sacaron los ojos a los vencidos reyes municipales; cómo mutilaron horriblemente a presos. En la ciudad filistea Ekrón son empalados ciudadanos notables y otros llevados al destierro.

En el año 14 del rey Ezequías, también Judá fue pisoteada, 2 R. 18: 13, 2 Cr. 32, Is. 36. Todas las ciudades de Judá son tomadas y ocupadas. Como ocurre en tiempo de guerra, corren los rumores más viles. Así había profetizado Isaías años antes los rumores de guerra en el país de Judea: «Vino hasta Ajat, pasó hasta Migrón (...), pobrecilla Anatot», Is. 10: 28-34. Ahora se hizo realidad este «parte de guerra». ¿Dónde permanece ahora el egipcio? A pesar de que los vigías sobre los muros de las ciudades sitiadas miraban a lo lejos, no se veía por ninguna parte ni rastro de una legión egipcia que viniera a ayudar... Sí caminos llenos de refugiados hacia la fuerte Jerusalén; y por todas partes ciudades y pueblos ardiendo. Color rojo contra el cielo nocturno. Relatos terribles de sobrevivientes. También los anales asirios mencionan la

conquista de numerosas ciudades de Judá: «y a Ezequías (...) conquisté 46 ciudades fuertes, amuralladas,..., y me llevé conmigo 200.150 personas así como mucho ganado. A él mismo lo encerré como a un pájaro en un redil en Jerusalén...», (pero no menciona su conquista). De hecho, Jerusalén, se encontraba en una situación casi desesperada.

También el rey Ezequías dobla ahora las rodillas.

Paga millones de pesetas para comprar un asedio asirio de Jerusalén (2 R. 18: 14-16), pero, esto no obstante, Senaquerib exige la ciudad. Tres altos oficiales aparecen con una fuerte división ante los muros de la capital de Judea e intentan, mediante un conato de guerra psicológica, tomar la fuerte ciudad sin violencia, 2 R. 18: 17-35, Is. 36: 2-20, 2 Cr. 32: 9-19. ¿Confiaban en el SEÑOR los soldados judíos? Entonces sería él el primer Dios que podría salvar a su pueblo de las manos de los asirios. Esto es lo que la delegación asiria presenta por escrito a la consideración de Ezequías.

*El Angel del SEÑOR interviene.*

Sin embargo, en este punto cumbre de la crisis, se adelanta Ezequías como un auténtico descendiente de David; un hombre que vivía de la misma fe que su madre. Pues, tras la recepción de la carta asiria, Ezequías se viste de luto y entra humildemente en la casa del SEÑOR, 2 R. 19: 1. ¿Y a quién envía una delegación? Al profeta Isaías, el hombre que ya había predicho al padre de Ezequías esta bancarrota de la desastrosa política de tratados de Judá, y que ya hacía años había llamado al arrepentimiento y conversión. Cuánto se habrán alegrado los humildes del «círculo Emanuel» en torno a Isaías, cuando también su rey se humillaba ante el SEÑOR a última hora. La delegación ruega interesadamente al por tantos años despreciado Isaías si quiere orar al SEÑOR por la ciudad aparentemente insalvable. Al mismo tiempo, Ezequías manda leer ante SEÑOR la carta de Senaquerib, y cuando suplica liberación al SEÑOR, el piadoso príncipe silencia su justicia como purificador del templo (2 Cr. 29-31) y, consciente de su culpabilidad, se atreve a señalar solamente el daño causado al Nombre del SEÑOR como fundamento de escucha a su oración, 2 R. 19: 14-19.

Entonces interviene el Angel del SEÑOR, el Hijo de Dios aún no humillado (Ex. 13: 21; 14: 19; 1 Co. 10: 9; Ex. 3: 2 y 4; Gn. 31: 11, 13; Jue. 6: 11-12), y el ejército asirio es doblegado en el espacio de tiempo de una sola noche: al romper la mañana, se cuentan 185.000 muertos. Para esto, en Judá se habían establecido pactos, de forma precipitada y nerviosa, y se habían confortado con enormes refuerzos de armamento. Pero el Angel del SEÑOR lo solucionó únicamente en una noche. Senaquerib huye escarnecido a su capital, 2 R. 19: 35 y ss.

*El trasfondo histórico del Salmo 46.*

A esta historia se la considera, con bastante probabilidad, como el trasfondo histórico del Salmo 46[2]. Con razón, según nuestra opinión. Es cierto que Jerusalén sufrió frecuentes asedios, pero éstos no entran en cuenta porque entonces la ciudad fue realmente tomada, pero en la época del Salmo 46 no fue así precisamente (cf. 2 Cr. 12: 1-16, 2 R. 25). Además, este salmo habla claramente de una guerra mundial en la que «bramaron las naciones y titubearon los reinos», v. 6. ¿Qué período, pues, se menciona tan claramente como el asalto de Senaquerib en tiempos del piadoso Ezequías?

En cualquier caso, el salmo lo leemos tan concreto, datado y situado, y no como una canción generalmente religiosa que cualquiera pueda ponerlo en sus labios bajo toda circunstancia. Esto último puede traer consigo incluso grandes peligros, como aún veremos después de la lectura del salmo. El Salmo 46 no es una canción para siempre y para todo el mundo, sino que encaja solamente en la boca de antiguos o actuales *parientes espirituales de Isaías*. De ahí que primero nos tomáramos la libertad de llamar la atención por la *escuela* de la que el poeta del Salmo 46 debe haber procedido: el «círculo Emanuel» de Isaías.

## 2. Vs. 1-3: «AUNQUE LA TIERRA SEA CONMOVIDA...»

Sobre Judá vuelve a descansar la dulce paz. El retumbar de los arietes de combate y la trepidación de las botas de los soldados se ha apagado. Toda Judá respira de nuevo. Refugiados vuelven a casa. Nadie debe preocuparse por ali-

mento, Is. 37: 30. Ahora ha llegado el momento de alabar al SEÑOR.

¿Quiénes conducirán en esto a la comunidad judía? Naturalmente los levitas, quienes, por vocación, han sido honrados por el SEÑOR para alabarle. Y si dentro de estos levitas una familia ha estado en cabeza a lo largo de los siglos glorificando al SEÑOR, sirviendo a su Casa y honrando a su ungido, el rey, esa ha sido la familia de los hijos de Coré. Por otra parte, no sólo eran cantores de salmos, sino también autores de salmos. Además del Salmo 46, también están a su nombre los Salmos 42 al 49, 84, 85, 87 y 88. Después de la derrota de Senaquerib, alguien de esta famosa familia de cantores tomó la pluma con el fin de mantener viva en el conciso lenguaje de la poesía esta historia de salvación, y para tributar al SEÑOR el honor debido como refugio de su pueblo.

*La distribución.*

El Salmo 46 se divide claramente en tres partes iguales: 1. vs. 1-3, 2. vs. 4-7, 3. vs. 8-11. Además de esto, ha llamado la atención, que las partes 2 y 3 se cierran con un estribillo que falta en la 1, y que dice: «Jehová de los ejércitos está con nosotros; nuestro refugio es el Dios de Jacob». Es bastante común, que comentaristas de salmos acepten que este estribillo que seguiría también al v. 3 haya sido omitido por una equivocación de un transcriptor; y entonces reparan el texto leyendo el estribillo en cuestión también detrás del v. 3[3]. En efecto, parece lógico que también al final de la parte 1 se lea: «Jehová de los ejércitos está con nosotros; nuestro refugio es el Dios de Jacob».

*Loor y confianza.*

En la parte 1 del salmo (vs. 1-3), el poeta alaba al SEÑOR como un poderoso amparo y fortaleza tan grandes para su pueblo que incluso en el hundimiento del mundo aún puede sentirse seguro. Así es como el Salmo 46 no sólo se convirtió en un himno de alabanza al SEÑOR, sino también en una moción de confianza formidable en el SEÑOR, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien también tiene su Pacto con nosotros.

Versículo 1:

*«Dios es nuestro amparo y fortaleza,*
*nuestro pronto auxilio en la tribulaciones».*

También Ezequías usó esta última palabra cuando se vistió de luto y hubo enviado su delegación a Isaías: «Así ha dicho Ezequías: este día es día de *angustia...»,* 2 R. 19: 3. Pueblo y príncipe habían aguantado angustias de muerte. Un asedio debía ser algo terrible. El asirio Rabsaces había predicho en el rudo lenguaje militar a los militares judíos sobre el muro de Jerusalén, que la oposición contra Senaquerib terminaría haciendo que se comieran sus propios excrementos y se bebieran su propia orina (2 R. 18: 13-37). Y, ¿qué ocurrió? ¿También a Ezequías le sacaron los ojos? ¿Empalaron al secretario de estado, Sebna? No; los hijos de Coré no exageran cuando, volviendo la vista al asedio asirio, hablaron en nuestro salmo acerca de «tribulaciones». Aquel asirio había amancillado todo: ¡sus aliados, su ejército, su rey y... su Dios! -«¡A ver, a ver, señores, su dios es exactamente igual que el resto: un dios-de-nada!», 2 R. 18: 17-35, 2 Cr. 32: 10-19, Is. 36. ¿Esperas aún ahora en Egipto, «este báculo de caña cascada»?, 2 R. 18: 21. ¿Y qué pendía sobre la población civil que esperaba sobrevivir al asedio? ¿Deportación? ¿Ejecución? ¿Esclavitud? ¿Quiénes eran tan famosos por su crueldad como los asirios?[4].

Pero este sueño de angustia está roto ahora, y de las bocas agradecidas de los hijos de Coré resuena esta alabanza: «*Dios* (y no Egipto) es nuestro amparo y fortaleza, nuestro *encontrado* auxilio en las tribulaciones». Esta segunda palabra en cursiva no debemos pasarla por alto.

«Si tú le *buscares»,* así había enseñado ya David, «lo hallarás; mas si lo dejares, él te desechará para siempre», 1 Cr. 28: 9, cf. 2 Cr. 15: 2. Esto habían hecho el piadoso Ezequías y el intercesor Isaías con su Remanente: *buscar* al SEÑOR. Ezequías había buscado al SEÑOR en la valiente obra purificadora del templo, en su condena de la deshonra al Nombre del SEÑOR. Isaías y sus discípulos lo habían hecho «esperando» en el SEÑOR durante años, Is. 8: 16 y ss. Felizmente, entonces aún fue «tiempo de encontrar» (Sal. 32: 6, Is. 55: 6), de manera que el SEÑOR

se había dejado «encontrar». Y ahora podían cantar: «un auxilio muy particularmente *encontrado*[5], en las tribulaciones».

Versículos 2 y 3:

*«Por tanto no temeremos, aunque la tierra sea removida,*
*y se traspasen los montes al corazón del mar;*
*aunque bramen y se turben sus aguas,*
*y también los montes a causa de su braveza».*

Como es natural, estos versículo se pueden leer como una descripción poética de las invasiones asirias en Oriente Próximo. En la escuela de Isaías se acostumbraba a comparar la marcha asiria con una marejada revolucionaria, Is. 8: 7 y s., 17: 12, cf. Sal. 65: 7. La potencia mundial parecía un océano bandálico que con fuerza desenfrenada había invadido y arrasado países y pueblos. ¿Qué otra cosa eran realmente las deportaciones de los pueblos? En efecto, Senaquerib había provocado un hundimiento político que había hecho temblar reinos y rodar coronas por la calle. ¿Acaso los postes fronterizos y las relaciones de poder no parecían como borrados por una inundación repentina? Sin embargo, esta declaración de los vs. 2-3 es apoyada por la objeción de que entonces la primera y segunda estrofa de este salmo dicen lo mismo. La siguiente exposición nos alivia más.

El SEÑOR había proporcionado a su pueblo una incomparable salvación: había doblegado a una potencia mundial, y había concluido una guerra mundial. La admiración por el poder del SEÑOR no conoce ahora más fronteras. Esto lo ha querido exponer el poeta en las expresiones más fuertes que pudo encontrar. Así llegó a formarse la idea de una catástrofe mundial parecida al diluvio. Como contemporáneo de Isaías, supo muy bien lo que es un terremoto. Isaías describió uno de ellos, Is. 24: 19 y ss., cf. 29: 6, 54: 10, Ez. 38: 19, Hag. 2: 7. El del tiempo de Uzías puede haberlo vivido él, ya que años más tarde, aún se habla acerca del mismo, Am. 1: 1, Zac. 14: 5, 2 Cr. 26: 22, Is. 6: 1. Pero lo que el salmista describe aquí, no se lo puede llamar un terremoto normal. Aunque debe haber pensado en un desastre mundial como el diluvio, en el cual también deben haber ocurrido maremotos inimaginables[6]. Aquí menciona po-

sibilidades extremas que él puede imaginarse: que la tierra se trasladase e incluso que los montes cayesen al mar. ¿Y qué estaba más firme para la comprensión de Israel -y para la nuestra ahora- que los montes?, Is. 54: 10. Parece que también debe haber pensado en mares tal cual espumaban antes del tercer día de la creación o durante el diluvio universal. Ahora bien, incluso entonces, no temeremos.

El SEÑOR les había parecido tan grande refugio.

Difícilmente podían confesar su fe más fuertemente.

Y con ello cuán dulce ofrenda de alabanza tributaron al SEÑOR. ¡Téngase presente, que aún hoy día nuestro buen Dios nada prefiere recibir mejor de su pueblo que su alabanza y su confianza![7].

Estribillo:

*«Jehová de los ejércitos está con nosotros;*
*nuestro refugio es el Dios de Jacob».*

En la escuela de Isaías la consigna era: «*ʿimmanu* (con nosotros) *'El* (Dios)». El salmista introducía allí un pequeño cambio escribiendo en hebreo en este estribillo: *«yahweh ṣᵉba'oth immānu»,* esto es, «Jehová de los ejércitos está con nosotros». Sin embargo, este cambio es plenamente típico de Isaías. Sólo en Is. caps. 1 al 39, el profeta habla 54 veces acerca de «*ṣᵉba'oth*» o ejércitos de Jehová.

El trasfondo histórico explica por qué profeta y salmista usaron esta palabra tan gustosamente. Judá había vivido durante muchos años de esta «sabiduría» política: «¡Egipto con nosotros!» Diametralmente opuestos a esta opinión pública, Isaías y sus discípulos habían proclamado: «¡Dios con nosotros!» ¿Acaso en Judá no se podía saber que el SEÑOR, si era necesario, podía implicar al sol, la luna y las estrellas en favor de su pueblo?, Jos. 10: 12-14, Jue. 5: 20. ¿Por qué, pues, no confiar en el SEÑOR de *estos ṣᵉba'oth* o ejércitos? ¿No era él el aliado de Israel? ¿Por que, pues, confiar en el «sabaoth» egipcio?

Pero, cuando la necesidad se hizo insoportable, el SEÑOR envió a su Angel, el Jefe Supremo de los «*ṣᵉba'oth*» del SEÑOR. Este Angel, a solas y en una noche, terminó con la guerra matando a 185.000 militares asirios. Una cantidad enorme, aun

cuando aquí tomamos «mil» como «unidad de ejército»; y, además, es preciso tener en cuenta, que este Angel también podía haber aparecido con lluvia de meteoritos en el escenario bélico, como los cananeos lo experimentaron, Jos. 10: 11. Senaquerib había conquistado todas las fortalezas de piedra, pero el Dios de Jacob había sido un refugio para su pueblo, sobre el que el poderoso Senaquerib se había estrellado.

Y ahora los sopranos y tenores israelitas cantaron: «Nuestro refugio es el Dios de Jacob». Así les gustó a los hijos de Coré y a Asaf llamar al SEÑOR[8]. ¿Acaso el padre Jacob no se había encontrado con ángeles, y entonces dijo: «Campamento de Dios es este»?, Gn. 32: 2.

«¡Jehová de los ejércitos está con nosotros!». La iglesia de Jesucristo aún se puede consolar con esto mismo en su lucha contra la Bestia de la violencia (Ap. 13: 1-10) y la Bestia del engaño (Ap. 13: 11-18). No sólo potencias mundiales como Senaquerib, sino también la pérfida gnosis y la falsa profecía forman poderosas amenazas para el santo Resto en la Cristiandad de nuestro tiempo. Pero «los carros de Dios se cuentan por veintenas de millares de millares», Sal. 68: 17, con tal que los veamos, 2 R. 6: 15-17. «Más son los que están con nosotros que los que están con ellos», confesó Ezequías durante el bloqueo asirio. «Con él está el brazo de carne, mas *con nosotros está Jehová* ( *immanu Yahweh*), nuestro Dios para ayudarnos y pelear nuestras batallas», 2 Cr. 32: 7-8.

La madre de Ezequías habría dicho: «¡ *immanu 'el* !» (= Dios con nosotros).

## 3. Vs. 4-7: ALZÓ ÉL SU VOZ, SE DERRITIÓ LA TIERRA.

Después de la «moción de confianza» en la estrofa 1, el poeta menciona ahora el fundamento de su confianza: la milagrosa liberación de Jerusalén del poder de Senaquerib.

El lenguaje figurado cambia de forma sorprendente.

La marcha asiria le condujo a una imagen de una catástrofe mundial similar al diluvio con montes que caen y mares que cuecen. Ahora que se dispone a hablar de la ciudad de Dios, escoge la imagen de un río apacible. Y, ¡cuánto podían embelesar el corazón israelita las corrientes de aguas!

Versículo 4:

*«Un río, cuyas corrientes alegran la ciudad de Dios, es el santuario, la morada del Altísimo»[9].*

Jerusalén no se encuentra, como por ejemplo Babilonia, junto a un río; pero sí se goza de poseer la fuente o manantiales de Gihón (cf. 2 Cr. 32: 30). Desde allí corría un insignificante arroyuelo, «las aguas de Siloé que corren mansamente», Is. 8: 6. Aún ahora se te puede mostrar en Jerusalén la ingeniosa conducción de agua que Ezequías hizo tajar hacia esta corriente de agua. Es un túnel de 530 m. de longitud a través de las rocas sobre las que yacía Jerusalén, esculpido hacia abajo[10].

Pero, ¿qué intenta decir el poeta, aquí y ahora, con semejante «río, cuyas corrientes alegran la ciudad de Dios»? En sí mismo, es muy natural que haya podido tener presente la mencionada conducción de agua, porque, mediante ella, Jerusalén podía disponer de suficiente agua también durante asedios, 2 R. 20: 20, 2 Cr. 32: 30. Pero lo que nos preguntamos a la hora de una total apreciación para una sobria exposición de la Escritura es si sólo se debe evocar este humilde riachuelo de Siloé cuando el salmo habla de un «*río,* cuyas *corrientes* alegran la ciudad de Dios». No nos gusta espiritualizar innecesariamente un río de agua por uno de gracia, pero, si en este difícil versículo queremos llegar a una explicación aceptable, debemos pensar en un lenguaje figurado. Pues llamar «río» al estrecho riachuelo Siloé, y además, uno con «brazos» o «corrientes», nos parece demasiado. Y mucho más, si tenemos en cuenta, ¡que el riachuelo permanecía seco durante una gran parte del año! Aunque no demos por excluido, que «las mansas aguas de Siloé» (cf. Is. 8: 6) hayan inspirado al poeta esta imagen en el v. 4a[11].

Entretanto, el salmista usa aquí una imagen absolutamente bíblica. Siendo algo tan precioso y valioso como el poder beber agua potable en el seco Oriente Próximo, fácilmente pudo convertirse en la Sagrada Escritura en una imagen muy elocuente de todo lo bueno que Dios tiene para dar a su pueblo, cf. Is. 33: 30 y ss., 55: 1, Jer. 2: 13, Jn. 4: 13 y ss., Ap. 21: 1 y 17[12].

Aquí, en el Salmo 46: 4, la bendición del Templo para Jerusalén es comparada con la bendición de un río para una ciudad. Por consiguiente, el poeta no compara la Casa de Dios con una fuente de agua o alberca, como lo conocía cada pequeña ciudad israelita, ¡sino con un *río,* y ciertamente uno con brazos laterales (afluentes)! Tales corrientes poderosas de aguas es algo que la mayoría de los israelitas solamente conocían de oídas. Ahora bien, lo que tan legendaría cantidad de agua significa para una ciudad, eso significa el santuario de Dios para Jerusalén, la ciudad del Altísimo.

De la Casa de Dios fluía una *corriente* de bendiciones.

¡Destrás de las cortinas del lugar Santísimo moraba verdaderamente el Altísimo! Allí estaba el arca de la alianza, el trono del SEÑOR y su santo altar, también el depósito de las dos tablas de piedra del Pacto de Horeb, sobre las que descansaba toda la vida de Israel. El SEÑOR había prometido que escucharía las súplicas dirigidas desde esta Casa, 1 R. 8: 22-53, 9:: 3. Y allí había leído la carta amenazadora de Senaquerib, y allí había oído la súplica de Ezequías. En resumen, todos los utensilios de la Casa de Dios hablaban del conocimiento revitalizador del Dios verdadero.

En este versículo quizá resuena la alegría que esta corriente de agua, represada durante el gobierno impío de Acaz, volvió a fluir *de nuevo* después de la purificación del templo de Ezequías. Quién sabe cuánto hicieron los cantores hijos de Coré del Salmo 46 por la restauracuón del culto al SEÑOR. ¡También eran levitas!, cf. 2 Cr. 29-31. Además, asimismo podríamos recordar aún la franqueza de Dios (cf. Am. 3: 7) en la enseñanza profética de Isaías, quien ya hacía muchos años había indicado el buen camino, Is. 8: 20; y había consolado con las promesas más bonitas al santo Resto-que-se-convirtió, Is. 2: 1-5, 10: 15-19, 11: 1-10.

Versículo 5:

*«Dios está en medio de ella;*
*no será conmovida.*
*Dios la ayudará al clarear la mañana».*

Senaquerib pudo haber conquistado ya ciudades famosas, pero la ciudad que ahora había exigido en vano, no tenía igual. Jerusalén era «la ciudad del Gran Rey» (Sal. 48: 2), el cual permite al mariscal asirio, presisamente sobre ese «monte santo» (Sal. 48: 1), calificar a su señor Senaquerib como «gran rey, el rey de Asiria», 2 R. 18: 19 y 28. Una equivocación lastimosa, pues *el* Gran Rey moraba no en Nínive, sino en Jerusalén, y esto apenó profundamente al orgulloso asirio, señor feudal de Israel.

«*Dios* la ayudará», esto habían aprendido los cantores hijos de Coré en la escuela de Isaías, y lo confesaron cuando en Judá aún «se» creía firmemente: «¡*Egipto* nos ayudará!» El profeta, por causa de su anuncio de «Emanuel», fue insultado, Is. 28: 9 y ss. Pero había tenido razón con su expresión: «Si vosotros no creyereis, de cierto no permaneceréis», Is. 7: 9. La confianza en Dios había guardado a Jerusalén de titubear[13]; ¡y cómo! «Al clarear la mañana», v. 5b; en lo cual naturalmente se puede leer: el SEÑOR ayuda «después de una noche de dolor y cuidados», Sal. 49: 14, 130: 6, 143: 8, Is. 17: 14, 21: 11; pero aquí debemos pensar en el tiempo en que Dios persiguió a Senaquerib: «Y aconteció que aquella misma noche salió el ángel de Jehová, y mató en el campamento de los asirios a ciento ochenta y cinco mil; y cuando se levantaron por la mañana, he aquí que todo era cuerpos de muertos», 2 R. 19: 35. En la hora en que entonces los ejércitos solían salir a la batalla, el Príncipe de los «*ṣ$^{e}$ba'oth*» (= ejércitos) del SEÑOR había dado su golpe[14].

«¡Dios la ayudará!»

Esta «sencilla» verdad fue cantada más rápidamente que llevada a la práctica. Ninguna superpotencia protege al pueblo de Dios, ningún gran líder forma nuestra fortaleza, ni papas ni sínodos son nuestros refugios; *Dios* nos es como escudo en el lugar de combate de esta vida; al menos cuando el pueblo de Dios le sirve y guarda su Pacto; entonces podemos coincidir con Isaías: «Rogocíjate y canta, oh moradora de Sión; porque grande es en medio de ti el Santo de Israel», Is. 12: 6. ¿Y si el pueblo de Dios no le sirve? Entonces, *no siempre* valía aquello de: «Dios está en medio de ella». Pero, acerca de esto, volveremos en otro momento.

Versículo 6:

*«Bramaron las naciones, titubearon los reinos;*
*dio él su voz, se derritió la tierra».*

Detrás de la primera frase se esconde el dolor indescriptible de la guerra mundial que acaba de concluir. El tronar de los arietes de combate, los sollozos de las mujeres y jóvenes maltratadas, las ciudades humeantes, los militares caídos en batalla, las largas caravanas de prisioneros y refugiados, el tabletear de los carros de combate y el sonido de las armas[15]. En efecto, «titubearon los reinos», también el de Ezequías. Pero, como ya vimos, Senaquerib llegó llamando al orden a todo el cono sur-oeste de su reino mundial, incluso a su poderoso rival, Egipto. Desde el Tigris hasta el Nilo, los pueblos debían ser llevados bajo las «alas extendidas» (emblema de los asirios), Is. 8: 8. Hamat, Arfad, Caldeos, Moabitas, Amonitas, Filisteos y Egipcios estuvieron implicados en esta guerra, cf. 2 R. 18: 34, 19: 12.

Entonces, Dios levantó su voz.

No es que esta guerra mundial estallara «lógicamente» o «como algo natural». Pues guerras mundiales -incluyendo las del siglo XX- tampoco surgen fuera del designio o gobierno de Dios, Is. 10: 5, Am. 3: 6. El SEÑOR mismo había llamado a los asirios hacia el Oeste, Is. 7: 18 y ss.; y nada ni nadie había podido detenerlos; incluso Egipto tembló sobre sus fundamentos. Solo el SEÑOR pudo con Senaquerib, y con qué divina facilidad había apretado el tornillo. La brevedad de este versículo encaja estupendamente en la rapidez de la intervención del SEÑOR.

Y todo con la famosa «voz» del SEÑOR, con la que él, en el principio, había creado el cielo y la tierra. Isaías ya había anunciado la caída de los asirios de la misma forma: «Y Jehová hará oír su *voz,* y hará ver el descenso de su brazo, con furor de rostro y llama de fuego consumidor, con torbellino, tempestad y piedra de granizo. Porque Asiria que hirió con vara, con la *voz* de Jehová será quebrantada...», Is. 30: 30-31. Y ahora sabemos, después de haber ocurrido, que era el *Angel* del SEÑOR con Quien el SEÑOR levantó Su *voz* sobre el escenario del mundo y cumplió la profecía de Isaías.

Y entonces «se derritió la tierra», Is. 17: 12-14, Am. 9: 5, de terror y respeto al Gran Rey de Israel, quien en una sola noche derrotó a Senaquerib. El SEÑOR volvió a estar en las noticias del mundo; incluso paganos reconocieron su soberanía. «Y muchos trajeron a Jerusalén ofrenda a Jehová», 2 Cr. 32: 23.

¿Quiénes ven en la Cristiandad nuestra propia historia con ojos tan humildes como estos hijos de Coré en el siglo VIII a. C.? ¿Cuántos cristianos han oído la *voz* de Dios tanto en el comenzar como en el terminar nuestras guerras mundiales del siglo XX? ¿Creemos aún, que las potencias mundiales pueden ser ahora una vara en las manos de Dios, con la que él castiga a su pueblo apóstata?, Is. 10: 5.

Versículo 7:
*«Jehová de los ejércitos está con nosotros;*
*nuestro refugio es el Dios de Jacob».*

¡Esto se podía volver a cantar ahora en Judá! Treinta años antes, Isaías se presentó delante del padre impío de Ezequías, Acaz, quien precisamente había pedido ayuda a los asirios. El Pacto de Dios yacía aún horriblemente pisoteado. El templo de Dios estaba enormemente manchado. Las lámparas estaban apagadas, ya no se ofrecían sahumerios y sacrificios, las puertas del vestíbulo estaban cerradas, 2 Cr. 29: 7. Acaz había colocado allí incluso un altar asirio, 2 R. 16: 10-15. ¿Era extraño que el SEÑOR hubiera llegado con su maldición del Pacto?, Is. 1: 2-9. Judá e Israel, mediante sus *pecados,* se habían atraído hacia sí mismas el peligro asirio como un juicio o castigo de Dios. Esto lo había anunciado Isaías durante muchos años.

Pero Ezequías había presidido a Judá en el *retornar* al SEÑOR dando orden a los levitas de purificar el templo y restaurar el culto en la casa del SEÑOR, 2 Cr. 29: 35. ¿Quién sabe quién ayudó al autor del Salmo 46 en esta restauración? Finalmente, se pudo volver a celebrar la Pascua, 2 Cr. 30: 1-31:1. Las piedras y mojones sagrados fueron reducidos a escombro. Puede que entonces Ezequías haya conocido sus lados débiles en la política, pues, a pesar de todo, era un auténtico humilde que incluso no ocultó su unión con la injusticia de sus predecesores:

«... y he aquí nuestros padres han caído a espada», así confesaba Ezequías, «y nuestros hijos, nuestras hijas y nuestras mujeres fueron llevados cautivos por esto», 2 Cr. 29: 5-10 (en el año 722 a. C., los asirios habían deportado a muchos hermanos y hermanas del Reino de las Diez Tribus, Israel). Y llamó a conversión incluso a los restantes de ese reino, diciendo: «Hijos de Israel, volveos a Jehová..., y el *ardor de su ira* se apartará de vosotros...», 2 Cr. 30: 6-9. Así es como Ezequías y los levitas habían defendido con ardor al SEÑOR antes que entrara Senaquerib. El autor de la crónica comienza su relato recordando primero esa obra de reforma: «Después de estas cosas en las que se evidencia la *fidelidad* de Ezequías, vino Senaquerib rey de los asirios...», 2 Cr. 32: 1. Y este autor señala en su libro, gustosa y frecuentemente, la relación de piedad y prosperidad en la historia de la Teocracia. Por consiguiente, no podemos considerar esta salvación divina de Jerusalén separada de la purificación del templo por parte de Ezequías. Primero había tenido lugar la confesión de culpas, 2 Cr. 29: 10. Y entonces, de la derrota de Senaquerib se evidenciaba que el «ardor de la ira» del SEÑOR se había apartado efectivamente de Judá; y que Isaías con razón había anunciado: ¡Debéis pedir ayuda al SEÑOR de los ejércitos, Jefe Supremo de las divinas potencias de tierra, mar y aire! Entonces desaparecen nuestros enemigos. Cuando Judá se hubo convertido realmente de sus idolatrías y también de querer defender el reino de Dios con alianzas militares, *entonces* pudo volver a cantar: «¡Jehová de los ejércitos está *con* nosotros!» Pero, bajo Acaz, los piadosos aún tenían que lamentarse: «Jehová de los ejércitos está *contra* nosotros».

Por tanto, este versículo no debemos desligarlo del total del salmo y menos aun de la situación histórica en la que lo cantaron los hijos de Coré. Porque ellos no afirmaron ninguna posición o *tesis* religiosa atemporal, sino que realzaron la experiencia *datada,* histórica, fechada del *se'ar yasub* (un remanente volverá, Is. 7: 3), el Resto que se había convertido: ¡El SEÑOR está nuevamente con nosotros!

## 4. Vs. 8-11: «VENID, VED LAS OBRAS DE JEHOVÁ».

A través de los siglos, las guerras muestran, tras su terminación, la misma imagen. Por eso podemos imaginarnos, de alguna manera, los desastres de las batallas o correrías militares asirias. En todas partes por donde pasó Senaquerib, el Napoleón de antaño con su «Grande Armée», se veía ciudades ardiendo, una economía desorganizada, un campo destruido y asolado. Exactamente como Isaías lo había visto venir de antemano: «Ha llegado a mis oídos de parte de Jehová de los ejércitos, que las muchas casas han de quedar asoladas, sin morador las grandes y hermosas; y diez yugadas de viña producirán un bato...», Is. 5: 9-10, cf. Is. 24.

Es cierto que Isaías señaló la *mano de Dios* en estos acontecimientos trascendentales, pero ¿quién los tuvo presente? De ahí que el salmista, como un buen discípulo de la escuela de Isaías, exija en la tercera estrofa de su salmo toda la atención para el SEÑOR, como Aquel que había hecho venir y desaparecer la guerra mundial.

Versículo 8:

*«Venid, ved las obras de Jehová,*
*que ha puesto asolamiento en la tierra».*

Isaías siempre había enseñado esto: que *el SEÑOR* había corregido a iglesia y mundo, Is. 1: 5. «¿Dónde quieres ser aún más castigado?», debía haberse atrevido a preguntar, por descontado teniendo también en cuenta al castigado Reino de las Diez Tribus. «Vuestra tierra está destruida, vuestras ciudades puestas a fuego, vuestra tierra delante de vosotros comida por extranjeros, y asolada como asolamiento de extraños», Is. 1: 7, cf. 5: 9. De aquí se evidencia, que, respecto al versículo que comentamos, debemos pensar no sólo en la destrucción de Dios de los ejércitos asirios, y su liberación de Jerusalén, sino también en sus obras de *justicia* y *juicio;* no sólo sobre Senaquerib y su ejército, sino también sobre Judá y sus pueblos limítrofes, Am. 1. Asiria había sido vara de Dios, Is. 10: 5-19[16].

Ezequías no habrá tenido problemas con este versículo del salmo, pues ya confesó durante el asedio: «Día de angustia,

de *reprensión* y de blasfemia...», Is. 37: 3. Pero muchísimos no habían notado este *carácter de juicio* de aquellos años, tanto que entonces Isaías lamentó: «Pero el pueblo no se convirtió *al que lo libró»,* Is. 9: 13. «... y no tuvisteis respeto *al que lo hizo,* ni mirasteis de lejos *al que lo labró»,* Is. 22: 11, cf. 26: 10 y s., 27: 11, 1 Pe. 5: 6. Incluso los profetas que debían servir de «ojos» al pueblo, estaban ciegos a los juicios de Dios; y en esto también resaltaba el juicio de Dios. El había hecho a Judá durante un tiempo un pueblo de sonámbulos. Is. 29: 10 y s.; y a su Palabra un «libro sellado», cf. Is. 29: 11, 6: 9 y s., 8: 16 y s.

Sin embargo, el círculo de los hijos de Coré del Salmo 46 permaneció despierto, y ahora que el SEÑOR había humillado a los asirios, convocaron a sus hermanos y hermanas de Judá para que, finalmente, acertaran a ver las obras de Dios en el presente y en el próximo pasado. Dios había silbado (= llamado) a Asiria hacia el Occidente, Is. 5: 26. Dios había cegado a los diplomáticos egipcios, y roto su poder militar, Is. 19: 4 y 14, 20: 4, 30: 3. Dios había llamado «siervos» a los altos oficiales asirios, Is. 37: 6. Dios había llevado a cabo sus planes con Senaquerib, Is. 37: 26 y ss. ¿Se veían, por fin, estas cosas ahora?

Según Juan Calvino, ni un 1% de las personas hace lo que aquí se pide de ellas. La mayoría no tienen visión de la mano de Dios. Muchos cristianos hoy en día, cuando hablan acerca del acontecer mundial, permanecen aun pendientes del lado humano. ¿Quién cree que Dios dirige la política mundial? ¿Quiénes tienen visión del *carácter de juicio* de nuestro propio pueblo? Los pueblos bautizados han derramado sangre por mil heridas entre 1914 y 1945 . Los cuerpos de sus hijos yacían como estiércol sobre la tierra europea y asiática, Lv. 26: 30, Dt. 28: 26, Jer. 16: 4, 25: 33. Sus ciudades fueron arrasadas, sus colonias se perdieron y en la política mundial fueron convertidos de «cabeza» de león en «cola» de ratón, Dt. 28: 13. Pero, ¿quiénes vieron en ello descender la maldición del Pacto novotestamentario de Dios sobre la Cristiandad, y su venganza sobre la pisoteada sangre de su Hijo y el contristar a su Espíritu? ¿Quiénes vieron que Berlín sucumbió como Nínive? ¿Quién piensa, con ocasión de una visita turística a uno de los extensos cementerios de Europa, en la escuela

de Isaías y en la vocación de los hijos de Coré: «Venid, ved las obras de Jehová, que ha puesto asolamiento en la tierra»?

Versículo 9:

*«Que hace cesar las guerras hasta los fines de la tierra.*
*que quiebra el arco, corta la lanza,*
*y quema los carros en el fuego».*

Este versículo continúa la llamada del v. 8: «¡Venid, ved las obras de Jehová!» Para lo que el Próximo Oriente y Egipto con sus aliados no habían visto posibilidad alguna, el Angel del SEÑOR lo consiguió en una sola noche. Con un solo golpe puso fin al rumor de guerra «hasta los fines de la tierra». En lo sucesivo, ninguna legión más de Senaquerib invadió países. La catástrofe ante Jerusalén significó inmediatamente el final de sus campañas de conquista. «Entonces Senaquerib rey de Asiria se fue, e hizo su morada en Nínive», Is. 37: 37. «Porque tú, Jehová, eres excelso sobre *toda la tierra»,* Sal. 97: 9. A veces, él da a algún pueblo determinado el poder vocacional-de-hacer-historia, de tal manera que puede desencadenar incluso una guerra mundial, pero el concluir después semejante guerra, no significa para Dios problema alguno.

Ahora, los ejércitos vencidos suelen dejar tras de sí enormes cantidades de material bélico. Así es de suponer que en todas partes de Judá quedaran lanzas, arcos y carros de combate de los 185.000 militares asirios derrotados. Especialmente los carros de combate eran por aquel entonces ciertamente para los reyes del montañoso Judá, símbolos de estado muy caros que a veces sólo servían de ostentación, y con los que poco se podía iniciar en un territorio montañoso, 2 S. 15: 1, 1 R. 1: 5[17]. El SEÑOR aborrecía estos «tanques» y prohibió a Israel tener muchos de ellos, Dt. 17: 16. Los portadores de la Palabra eran tan valiosos como un convoy de carros de batalla, 2 R. 2: 12, 13: 14. Por lo cual, Isaías clamó, no sólo desde el punto de vista social contra carros de combate judíos -aunque al hombre corriente le intimiden-, sino sobre todo por causa de la amenaza que resulta de ellos contra la «fe-Emanuel», Is. 2: 21[18].

Pero Ezequías vivió cuando aprendió su lección desde la

fe: «Estos confían en carros, y aquellos en caballos; mas nosotros del nombre de Jehová nuestro Dios tendremos memoria», Sal. 20: 7, cf. 33: 17. Un príncipe incrédulo se habría frotado las manos al ver todos aquellos pertrechos asirios abandonados, pero nosotros podremos aceptar, que Ezequías hiciera quemar aquel material de destrucción; y que entonces cantaran los hijos de Coré: «Dios lo ha abrasado». Y así era en realidad. Una vez más, una «obra de Yahweh» que todos los de Judá debían «contemplar». Porque, «él muda los tiempos y las edades; quita reyes, y pone reyes...», Dn. 2: 21. Una vez más, *él* puso punto final a las grandes guerras mundiales de nuestro siglo.

Aunque, respecto a esto, nuestros pensamientos van aun más lejos, como es natural.

Pues, Isaías, precisamente durante los rumores de guerra de su tiempo, cuántas brillantes profecías no pronunció acerca del venidero Reino de Paz de Dios. Para consolación del Resto-que-se-convirtió, pero que, esto no obstante, sufrió enormemente bajo la miseria de la guerra de poco antes de aquel cambio de siglo. «Acontecerá en lo postrero de los tiempos», así había consolado Isaías, «... volverán sus espadas en rejas de arado,...; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra», Is. 2: 1-5, Mi. 4: 1-4, cf. Is. 11: 1-10. Entonces Isaías indica el objetivo final de la política mundial de Dios: la desconexión de todo ejercicio de violencia y la destrucción de todos los medios de venganza. ¿Quizá Isaías y sus discípulos habrían probado en la derrota del gigante político Senaquerib, un ensayo anticipado de la definitiva destrucción de todas las máquinas de guerra, también de nuestras bombas y raquetas, y la caída de todos los conquistadores imperialistas del mundo?[19].

Versículo 10:

*«Estad quietos, y conoced que yo soy Dios;*
*seré exaltado entre las naciones;*
*enaltecido seré en la tierra».*

Aquí es introducido el SEÑOR diciendo: -«¡Dejad eso!» «¡Deteneos!» Con lo cual, surge la pregunta: ¿Quiénes deben detenerse, y con qué fin? A este respecto, deberemos pensar

tanto en los enemigos de Dios, como en la iglesia de Dios.

¿No se había dirigido Dios a Senaquerib con la orden: «¡Deteneos!»? Pueblos habían temblado con sólo oír el nombre de este conquistador, pero ahora debía llegar el fin a la guerra mundial en general, y al castigo de Judá y Jerusalén en particular. No es que estas palabras debieran ser enviadas por correo a Nínive, pues esta profecía, lo mismo que las de Isaías «acerca de los pueblos», está destinada naturalmente para uso *interno;* para consolar al pueblo de *Dios.*

Sin embargo, estas palabras también pueden ser leídas como dirigidas inmediatamente a la iglesia judía. Sobre todo si escogiéramos la traducción de Reina-Valera: «*Estad quietos* y sabed, que yo soy Dios». Entonces, aún se volvería a oír aquí la palabra clave de la escuela de Isaías: «Por la conversión y calma seréis liberados, en el *sosiego* y seguridad estará vuestra fuerza», Is. 30: 15 (versión Biblia de Jerusalén)[20]. Así entendido, en este versículo los levitas habrían llamado una vez más a Judá a romper radicalmente con la astucia política, y en lo sucesivo a atreverse a llevarla con sosiego creyente. Aquí suena la vieja lección del Salmo 2: El Reino es asunto de Dios. No nos consideremos elevados por encima de esta «sencilla verdad», pues en la práctica olvidamos la luz: «Sabed, que yo soy *Dios;* yo soy encumbrado entre los pueblos, encumbrado en la tierra».

Versículo 11:

*«Jehová de los ejércitos está con nosotros;*
*nuestro refugio es el Dios de Jacob».*

Una vez más, suena el «compendio» o resumen de lo que el «círculo-Emanuel» había aprendido en la escuela de Isaías: «Si vosotros no creyereis, de cierto no permaneceréis», Is. 7: 9.

La alegría por la comunión con el Dios de los ejércitos se mezcla aquí con el alivio de su mediación e intervención; la certeza de su ayuda con la confianza para el futuro; la esperanza en la destrucción definitiva de la violencia de la guerra alivia la pena de la resistente miseria de la guerra.

Al mismo tiempo, dicho estribillo contiene una amones-

tación a la dirección de la iglesia, para que siempre se preocupe de que pueda cantar este himno. Bajo el régimen de Acaz, precursor de Ezequías, muchos judíos difícilmente pudieron cantar este salmo con una conciencia honesta y libre. A éstos, pues, tuvo que decir Isaías: «Te olvidaste del Dios de tu salvación, y no te acordaste de la roca de tu refugio», Is. 17: 10. La condición fundamental para cantar este salmo permanece siendo la fe: «Que Jehová fundó a Sión, y que a ella se acogerán los afligidos de su pueblo», Is. 14: 32.

Sin esta fe, el Salmo 46 puede ser peligroso.

## 5. UN SALMO NO SIEMPRE ENTONABLE.

Como ya he advertido, el Salmo 46 no lo leíamos como una canción de confianza generalmente religiosa que se pueda entonar siempre y en todas partes. Este salmo nació en una *situación* determinada, y fue cantado por discípulos de Isaías. Por tanto, sólo puede ser reproducido o retomado en una *situación semejante,* y no por todo el mundo, sino únicamente por parientes espirituales del «círculo-Emanuel» de Isaías. Quien olvida esto y considera el salmo como una tesis piadosa que está por encima del tiempo, y que va bien siempre y en todo lugar, puede originar un grave contratiempo. Esto se puede ver en las dos historias siguientes, desde las cuales se evidencia, que Dios no está con su pueblo automáticamente *siempre* y bajo *todas circunstancias.* Pues si éste se aparta de él, también él puede volverse *contra* su iglesia.

Unos cien años después de la invasión asiria, Judá vuelve a ser amenazada por una potencia mundial, ahora la babilónica. Sin embargo, la gran mayoría de los profetas llama al pueblo a la «fe» y a la «confianza». ¿Seguro que el SEÑOR no podía permitir, que su Jerusalén cayera en manos babilonias? «¡Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es este!», Jer. 7: 4. Mirado superficialmente, estos profetas hablaban en el espíritu del Salmo 46: «Ningún desastre perturbará a la ciudad, donde Dios ha elegido su morada». Pero Jeremías hablaba diametralmente contra esta opinión pública en la iglesia estatal de Judá. Según él, esta «fe» era una

confianza en palabras engañosas, Jer. 7: 4. Dios destruiría esa casa sobre la cual había sido invocado su Nombre, «en la que vosotros confiáis», como en otro tiempo su Santuario en Silo, y desechará a aquellos «creyentes» judíos admiradores del templo, Jer. 7: 14-15. En el año 586 a. C. cayó Jerusalén en manos de Nabucodonosor. La «fe» de los colegas de Jeremías y sus partidarios quedó muy confundida.

Esto no obstante, parecían hablar totalmente en el espíritu del Salmo 46.

Un segundo ejemplo.

Durante la guerra Judía (66-70 d. C.), Jerusalén fue nuevamente sitiada. Ahora por el poder mundial romano. Esta historia, aunque no es contada en las Sagradas Escrituras, sí fue predicha por el Señor Jesús.

Los judíos resisten con desconocido fanatismo religioso hasta el último momento, con la firme convicción de que Dios, como es natural, les ayudaría. De nuevo, aparentemente, en la fe del Salmo 46: «Ningún desastre perturbará a la ciudad donde Dios ha elegido su morada». Pero, en el año 70 d. C., Tito toma la ciudad. La guerra había costado la vida a 1.100.000 judíos.

Es claro que ellos, como en el 586 a. C., *sin razón* suficiente, opinaban: «Dios está en medio de ella; no será conmovida», Sal. 46: 5. ¿Por qué Israel, después del asedio asirio sí pudo realmente cantar: «Jehová de los ejércitos está con nosotros», y no después de las amenazas babilónica y romana?

*¿Por qué Dios sí estuvo con Su pueblo en el año 701, y no en los años 586 y 70?*

En primer lugar, nos fijamos en las semejanzas de las situaciones.

Tanto en el año 701 como en el 586 y 70, Dios envió asediadores a su propia ciudad, pues «¿habrá algún mal en la ciudad, el cual Jehová no haya hecho?», Am. 3: 6. Pero el pueblo de Dios podía saber por qué Dios actuaba así, «porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas», Am. 3: 7. Antes de que enviara a Senaquerib, Dios reveló su secreto a su siervo Isaías, el cual indica la ira de Dios en la amenaza asiria. Antes de que enviara a Nabucodonosor, Jeremías indica la ira de Dios en

la amenaza babilónica. Y antes de que enviara a Tito y Vespasiano a Jerusalén, Dios reveló su secreto a su Siervo Jesús, quien indica a Jerusalén, 40 años antes de su destrucción, la ira de Dios sobre ella, cf. Is. 10: 5 y s., Jer. 1, Lc. 21: 22. Tres veces reveló Dios su ira en un asedio de Jerusalén, y tres veces lo hizo saber a tiempo por sus siervos los profetas.

Sin embargo, al lado de esto también existe una gran diferencia.

Cuando Jeremías anunció, que el SEÑOR había llamado a los babilonios a venir a Judá para castigarla por causa de sus pecados, la masa no quiso convertirse. Hananías incitó a los judíos a esa actitud mediante su predicación aparentemente muy «fundamental» y «creyente»: «Así habló Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, diciendo: Quebrantaré el yugo del rey de Babilonia», y dentro de dos años todo habrá pasado, Jer. 28: 2 y ss. En este duro tiempo de juicio, en lugar de llamar a Judá a conversión y humillación bajo la mano castigadora de Dios, Hananías y sus colegas llamaron a la iglesia judía precisamente a la «fe» en la ayuda incondicional de Dios. Ellos eran pueblo de Dios, ¿qué, pues, podía ocurrirles? Mientras el SEÑOR estaba claramente *contra* su pueblo, ellos querían afirmar -aparentemente en la línea del Salmo 46-, ¡que Dios estaba *a favor* de su pueblo!

Durante 40 largos años, Jeremías tuvo que luchar casi en vano contra esta actitud dura y soberbia de la iglesia judía. Mientras casi todos maldecían a Nabucodonosor como «pagano» y «enemigo de la iglesia», Jeremías hizo oír la Palabra de Dios acerca de «Nabucodonosor rey de Babilonia, *mi siervo»,* -¡para castigar a Judá!, Jer. 25: 9.

«Oh Judá,... has tenido frente de ramera, y no quisiste tener vergüenza», Jer. 3: 3, cf. 2: 35, 5: 3 y 23, 6: 14 y s., 7: 26-28. «No hay hombre que se arrepienta de su mal, diciendo: ¿Qué he hecho?», Jer. 8: 6, 19: 15.

Esta era una profunda diferencia con la actitud de Ezequías.

Durante la Guerra Judía (66-70 d. C.), Israel tomó la misma actitud soberbia. El Señor Jesús ya había anunciado este asedio de Jerusalén como consecuencia de la ira divina «sobre este pueblo» por causa de su rechazo del Mesías, Lc. 21: 23. Pero

también entonces nadie *se arrepintió* de su maldad, tal como en los días de Jeremías. Incluso ni cuando una mujer israelita se comió a su propio hijo, y volvió a cumplirse el pasaje de Dt. 28: 57[21]. «Con Dios como aliado, nos reímos de todas vuestras amenazas», gritaban insultantes los judíos a Tito desde los muros[22]. Escuchad la falsa alegación de estos no humillados fanáticos del Salmo 46: «¡Jehová, el Dios de los ejércitos, está con nosotros!»

También aquí hay una diferencia profunda con la escuela de Isaías.

Los acontecimientos en los años 586 y 70 demuestran, pues, que la iglesia no siempre y bajo todas las circunstancias puede entonar o cantar el Salmo 46. Lo que Ezequías pudo cantar en el año 701, no le encajó a Sedequías en el año 586. Una alegación al Salmo 46 en los años 586 y 70 era incluso falsa profecía y un gran peligro para la iglesia-bajo-el-juicio. Entonces los soberbios tomaron en sus labios un salmo de humildes, y con ello provocaron al Dios vivo. Pues, qué es más necio que, cuando Dios está claramente *contra* su pueblo, cantar: «Jehová es *con* nosotros...» Si él se ha convertido en un enemigo para su pueblo, en un león, en un oso, y lucha *contra* su propio pueblo, ¿cómo exultar que lucha *en favor* tuyo?, Is. 63: 10, Jer. 7: 10, Os. 13: 7. En resumen, cuando se entona este salmo en tiempos de *juicio,* sin que la iglesia de Dios *se humille* bajo su mano castigadora, con el Salmo 46 se entona una consigna falsa, y se fortalece a la iglesia en su procacidad.

Por citar algunos nombres, el Salmo 46 no encajaba en modo alguno en la boca de los paisanos de Jeremías, en los hombres de Anatot, que pudieron matarle, Jer. 11: 21; o en la de Pasur, inspector supremo del templo que recluyó a Jeremías una noche en el cepo, Jer. 20: 1-6; o en la boca de aquellos colegas de Jeremías que diametralmente en contra de su predicación de juicio, anunciaban: «Jehová dijo: Paz tendréis», Jer. 23: 17. Ellos consideraban a Jeremías incluso reo de muerte, «porque profetizó contra esta ciudad» (es decir, que *no* estaba con ella y la castigaría), Jer. 26: 11. Uno de los primeros deportados, Semaías de Nehelam, incluso escribió desde Babilonia una carta al sa-

cerdote Sedequías rogándole que tomara medidas disciplinarias contra el profeta Jeremías que había enviado a los deportados en Babilonia este mensaje: «Pasará mucho tiempo hasta que volváis, edificad casas en Babilonia», cf. Jer. 29.

Todos estos «creyentes» aseguraban: «Jehová de los ejércitos está con nosotros», *mientras que eso no era verdad.* El SEÑOR estaba precisamente muy airado con su pueblo. Estos líderes hicieron oír «predicación de consuelo» en peligro de castigo o juicio *sin llamada a humillación.*

Lo mismo cabe decir de muchísimos judíos en el año 70 d. C.

Ellos habían matado a su propio Mesías, y el SEÑOR vino a visitarles con castigo. «Por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación» (porque despreciaste el momento en que Dios se inclinó a mirarte), había dicho el Salvador, Lc. 19: 44. Estaba oculto a sus ojos lo que servía a su paz, Lc. 19: 42; a saber, aceptar el ultimátum que Juan el Bautista y el Señor Jesús les habían transmitido en nombre de Dios: «*Arrepentíos,* porque el reino de los cielos se ha acercado», Mt. 4: 17.

Tampoco entonces ayuda nada cantar el Salmo 46.

Pues no encaja, no pega, no cuadra en la boca de «piadosos» soberbios.

*La confesión de fe de los afligidos de Sión, (Is. 61: 3).*

Pero en el año 701 a. C., el SEÑOR también estaba airado con Judá. Sí; ya oímos a Isaías anunciarlo durante muchos años. ¿Por qué, pues, Dios salvó a Jerusalén bajo Ezequías, y no bajo Sedequías en el año 586 a. C.? -Porque el piadoso Ezequías tomó una *actitud* muy distinta bajo la mano castigadora de Dios, a la de Sedequías en el 586, y a la de los judíos en el 70.

Ezequías *se humilló* ante el SEÑOR.

Aunque Ezequías con un corazón esforzado había purificado el templo y había restablecido el culto del SEÑOR e incluso había destruido la serpiente de bronce, era muy consciente de que con ello no había desaparecido inmediatamente la justificada ira del SEÑOR sobre el prolongado abandono del Pacto por parte de Judá. Su padre, Acaz, había ofrecido a Moloc

incluso niños, y había levantado en el templo un altar asirio, 2 R. 16, 2 Cr. 28. Y el SEÑOR había calificado a Judá y a Jerusalén de «Sodoma y Gomorra», Is. 1: 10. Por lo cual, Ezequías tuvo en cuenta la posibilidad de que el SEÑOR no estaba con Jerusalén.

Entonces, el príncipe hizo ver a todos, que él se humillaba profundamente ante el SEÑOR. Como una señal externa de su espíritu quebrantado, cambió sus ropas reales por burdo saco, y con esta vestimenta mortuoria se dirigió hacia el palacio real de Dios, el templo. Al mismo tiempo, reconoció la bancarrota de su política mediante una delegación, igualmente vestida de luto, enviada a Isaías, quien siempre había desaprobado la política de tratados de Ezequías. Este reconocía ahora culpabilidad ante los oídos de Isaías: «Este día es un día de castigo»; y el rey presentó su ruego, también humildemente, a Isaías para que quisiera elevar súplicas a Dios en favor de la ciudad: «*Quizá* oirá Jehová tu Dios» el odio de los asirios, Is. 37: 4.

Por consiguiente, la actitud de Ezequías se diferenciaba profundamente de aquella que tomaron los «piadosos» colegas de Jeremías con su bocaza y descaro; y del «espíritu de resistencia» duro y no humillado de los posteriores Macabeos, a lo cual volveremos al tratar el Salmo 74; y de la ofuscación ante las causas de la ira de Dios, como la encontramos en los judíos en el año 70 d. C. Ezequías no apeló a su justicia como purificador del templo, sino que recurrió solamente al nombre de Dios como argumento ante el SEÑOR para que perdone a la ciudad, Is. 37:15-20.

Entonces, el SEÑOR se apiadó de Jerusalén y de humildes como Ezequías e Isaías con su escuela, y todos los judíos que obedientes se habían vuelto a Dios y Su culto, pudieron cantar: «Dios es nuestro amparo y fortaleza». En aquellas bocas estaba bien el Salmo 46. Se le podría llamar la corona sobre los capítulos 1 al 37 de Isaías, y uno de los frutos más bonitos de la obra profética de Isaías.

Resumiendo, ¿para quién es el Salmo 46? Repito, no para soberbios como Pasur, los varones de Anatot, los Macabeos, los zelotes judíos del año 70 d. C., sino para el «círculo-Emanuel» y sus posteriores y actuales parientes espirituales. El Salmo 46 es la confesión de fe de los quebrantados y humildes de

espíritu, de los quebrantados de corazón y de los afligidos de Sión, cf. Is. 57: 15, 61: 3.

## 6. «CASTILLO FUERTE ES NUESTRO DIOS».

También el Dr. Martín Lutero fue uno de esos «quebrantados de espíritu». «Ven, Felipe», debe haber dicho Lutero muchas veces a su amigo Melanchton, cuando se encontraba abatido, «cantemos una vez más el Salmo 46». Era uno de los salmos más queridos por Lutero. En su famoso himno «Castillo fuerte es nuestro Dios» ha hecho, como es bien sabido, una versión poética del Salmo 46.

Se ha defendido, sobre la base de buenos fundamentos, que Lutero compuso este himno en el tiempo que debió comparecer ante el Emperador Carlos V en la Dieta de Worms en 1521[23]. Quizá fue allí donde Lutero se arrancó a elaborar su propia versificación poética del Salmo 46, pues entonces no se encontraba precisamente en una disposición de ánimo heroica y triunfalista. Pues, apenas declaró que iría a Worms, ya se hallaban allí tantos demonios como tejas sobre los tejados. Hablando de demonios, durante aquellos meses Lutero fue plenamente consciente de que la batalla no la libraba contra el Papa y el Emperador, sino contra el demonio mismo[24]. Estaba como un fraile insignificante frente a tan «grosze Herren der Welt» (= grandes Señores del Mundo). De la humilde súplica que pronunció en Worms le conocemos como un auténtico pariente espiritual del «círculo-Emanuel» isaíano: «¡Ay Dios, ay Dios, oh tú mi Dios. Tú mi Dios, ayúdame contra todo pensamiento y sabiduría del mundo! ¡Hadlo; tú lo debes hacer, tú solo!»[25]. ¡Cuán aliviado se sintió al término de la Dieta! -«¡La he superado! ¡La he superado!», debe haber dicho[26].

No; Lutero no confiaba en sus propias fuerzas. «Todo nuestro poder es vanidad, enseguida perecemos», cantaba en su versificación del Salmo 46. En aquellos días, debió haber pensado mucho en este salmo, pues lo primero que dijo cuando se apeó de la carroza de viaje en Worms, fue: -«¡Dios estará con nosotros!» También la conclusión de su célebre discurso a la Dieta -«¡Dios me ayude!»-, así como la correspondencia epistolar de Lutero con amigos en ese período demuestran

cuán fuertemente vivió de la fe del Salmo 46: «Dios es nuestro amparo y fortaleza»[27].

Lutero refundió este salmo con libertad poética, y así su himno: «Castillo fuerte» muestra claramente, que entendió bien el Salmo 46. Lutero estuvo en Worms frente a una inquietante mayoría de enemigos dispuesta a lanzarse sobre él, pero Dios se interpuso entre ambos, y frustró el ataque.

Pocos años más tarde, la suerte de toda la Cristiandad occidental -católicorromanos y protestantes juntos- parecía confirmada. A finales de 1529, la potencia mundial turca estaba ante las murallas de Viena. Trescientos mil hombres fuertes. «En tensión profunda, Europa esperaba la terminación de esta lucha que decidiría sobre la suerte de una parte del mundo»[28]. ¿Lutero y los demás humildes se habrían fortalecido nuevamente con el himno que se apoya en el Salmo 46: «Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones»? Entonces, también estos piadosos no son confundidos en su fe[29]; lo mismo que en el año 701, por una notable intervención divina. «Una de las causas más principales de la caída de los turcos fue indudablemente el extraordinario mal tiempo climatológico»[30]. Pues, de otra manera, el Islamismo probablemente hubiera sometido bajo su pie a toda la Cristiandad europea, y hubiéramos nacido, como los turcos, bajo la Media Luna en lugar de bajo el bautismo del Crucificado.

¡Pero el siglo XVI fue también uno donde hubo muchas conversiones!

## 7. EL SALMO 46 EN LA MISERIA MUNDIAL DE NUESTRO SIGLO.

«Dondequiera que estuviere el cuerpo muerto, allí se juntarán las águilas», dijo nuestro Salvador, cuando anunció la caída de Jerusalén. Con esto profetizó, como es natural, en primer lugar, los acontecimientos en torno al año 70. La iglesia judía, con su religiosidad rechazadora de Cristo, se parecía a un cadáver que, según nuestro excelso Profeta, atraería a los buitres carroñeros de los juicios de Dios, Mt. 24: 28.

Sin embargo, quienes en nuestro tiempo viven cerca de la Palabra, temen que también nuestra Cristiandad del siglo XX despida un parecido olor de muerte, vistos los buitres de los juicios de Dios, que ya la sobrevolaron algunas veces. Nos referimos brevemente a esto: dos horribles guerras mundiales en el espacio de treinta años; millones de muertos entre la población civil y militares; derribo y desdoro del poder mundial europeo.

¿No se hallan estos acontecimientos en la prolongación de los juicios que nuestro Salvador anunció en Mateo 24 acerca de la iglesia apóstata judía? ¿Vivimos con esto etapas de la «gran tribulación» o miseria que el Salvador anunció en Mt. 24: 21? Este *carácter-de-juicio* de nuestro siglo no será una incógnita para los piadosos; pues ven cómo los juicios de Dios van sobre las iglesias griega, romanocatólica, luterana, metodista, anglicana, reformada, etc., dentro y fuera de Europa.

Indudablemente, el Señor tiene en todas estas iglesias aún hoy muchos creyentes fieles y temerosos de Dios, pero también era este el caso en los días de Jeremías y los apóstoles. Si a este Remanente lo consideramos en sí mismo, entonces podía ser realmente grande y formar una muchedumbre innumerable. Pero, comparado con todos los pueblos cristianos y el número total de millones de la Cristiandad bautizada, este Resto santo es probablemente pequeño.

¿Permanecerá despierto este Resto?

*¿Quiénes tienen en cuenta aún los juicios de Dios?*

«Porque día de Jehová de los ejércitos vendrá sobre todo soberbio y altivo, sobre todo enaltecido, y será abatido», anunció Isaías a sus contemporáneos, Is. 2: 6-22. ¿Quién teme actualmente semejante Día sobre nuestra hiper-paganizada Cristiandad? Muchos que sinceramente temen al SEÑOR, parece ser que con respecto a semejante día de juicio, han caído en un sueño profundo. Muchos cristianos parecen no reconocer, que nuestra situación muestra mucha similitud con Jerusalén en los días de Jeremías y en el año 70 d. C. Así se pierden también el consuelo de la profecía para el Remanente, y les falta un punto de apoyo para la práctica. ¿Será por eso que muchos cristianos que están metidos en asuntos políticos hablan con el mundo?

Por lo demás, si vamos a vivir una nueva etapa de la gran miseria de la que habló nuestro Salvador en Mt. 24: 21 y 28, también tendremos en cuenta lo que añadió a continuación: «E inmediatamente después de la tribulación (miseria) de aquellos días..., verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria», Mt. 24: 29-31, Mc. 13, Lc. 17: 26-27, 21: 5-36. ¿Quiénes tienen en cuenta estas cosas de forma práctica en su distribución del tiempo y planes de futuro? En otros tiempos de catástrofes, como las producidas por la revolución francesa, muchos esperaban verdaderamente el retorno de Cristo, pero ¿quién le espera ahora?

*«Y no se arrepintieron...»*

Estando en Patmos, Juan vio que las guerras como dolores de juicios divinos no traían arrepentimiento, Ap. 9: 20 y ss., 16: 9 y 11. ¿No se cumplió nuevamente esta profecía en nuestro siglo? Ya durante la segunda guerra mundial, ¿acaso no era inquebrantable la actitud de muchos cristianos en la presencia de Dios? ¿Qué libro de guerra da testimonio de lo contrario? ¿Acaso la mayoría no estaba ciega por Hitler? ¿No se escondían en los alemanes, y no esperaban su salvación en la invasión de la potencia mundial anglo-americana? Como muchos judíos, interiormente intactos, se escondían en Nabucodonosor o Vespasiano. La voz de aquellos que llamaron a arrepentimiento bajo la mano castigadora de Dios, se perdió en los gritos de aquellos que sólo estaban llenos de *nuestros* derechos que eran realmente pisoteados. Pero, ¿quién vio y reconoció el excelso y soberano derecho de Dios para castigar a la Cristiandad por pisotear la sangre de su Hijo y entristecer a su Espíritu?, He. 10: 29. Quien llamó la atención sobre estas cosas, hubo de oír este reproche con respecto al Salmo 46:

-«¡Ya podías mostrar a veces más «confianza», hermano!» Por consiguiente, también entre los neerlandeses ortodoxos en aquellos años oscuros sonó una apelación a la ayuda de Dios contra el juicio de Dios, como en los días de Jeremías; o en los de los zelotes del año 70 d. C., quienes también «creían» firmemente: «¡Dios está con nosotros!» Mientras realmente estaba contra ellos. ¿Ira de Dios? ¿Pero acaso no somos su pueblo y creyentes ortodoxos y de principios?

*No es para falsos sacrificios.*

Si nuestra Cristiandad occidental -el pueblo de Dios de este tiempo- fuera sometida alguna vez más por un nuevo Senaquerib, ¿podría «consolarse» con el Salmo 46? ¿Pueden, pues, los cristianos autónomos fortalecerse de repente con el Salmo 46, y mutuamente decirse cara a cara animándose: -«Dios está siempre del lado de «los» cristianos?» La importancia de esta pregunta nos dio ánimo para esta reflexión posterior sobre la lección de este salmo. El Salmo 46 no es una póliza de seguro contra tiempos de juicio; esto es algo que esperamos haber sacado a la luz de manera suficientemente clara. Este salmo, en la boca de los falsos pacifistas, puede degenerar en profecía falsa.

*Es para el círculo-Emanuel de nuestro tiempo.*

Pero, para los actuales correligionarios y discípulos de Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, este salmo contiene dulce consuelo. Es decir, para el santo Remanente-que-se-arrepiente en nuestro tiempo, y no sólo advierte de la apostasía de nuestra Cristiandad occidental, sino que se declara solidariamente culpable con ella, e incluso con su injusticia histórica, cf. Esdras 9, Nehemías 9, Daniel 9. El círculo-Emanuel de nuestro siglo que justifica al SEÑOR cuando «nos» visita, y en todas partes «nos» hace presa de movimientos de ideas malas, los cuales, como modernos seguidores de Senaquerib, «nos» dominan, desarman y arrebatan todo poder de defensa contra el espíritu del siglo en la iglesia y en el mundo. Aquellos que creen que Dios conduce, también ahora, la política del mundo.

Estos *humildes* pueden consolarse con el Salmo 46.

No es que este salmo les garantice *cancelación* de sentencia. Cuando alrededor del año 586 a. C. la masa no se convirtió, tampoco Ezequiel y Daniel con sus piadosos amigos se salvaron del destierro. En tiempos de juicio, los humildes pueden y deben sufrir con los soberbios. Pero entonces los profetas *les* consuelan con las promesas-para-el-Resto; como la perspectiva del eterno Reino de paz de Dios.

«Por tanto, no temeremos», cantaban los hijos de Coré, «aunque la tierra sea conmovida, y se traspasen los montes al corazón del mar», Sal. 46: 2. Este era un lenguaje poético pode-

roso para profesar confianza ilimitada en Dios. Sin embargo, una cadena de catástrofes cósmicas semejantes nos está esperando en el día del juicio final de Dios. «E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas», Mt. 24: 29. Asimismo, con vistas a estas cosas, los piadosos pueden cantar: «Por tanto, no temeremos... Jehová de los ejércitos está con nosotros... el cual hace cesar las guerras hasta los fines de la tierra».

Piadosos, vuestra consigna puede ser: «¡Emanuel!» (¡Dios con nosotros!).

NOTAS

1. El Dr. Hengstenberg pensó en un discípulo de Isaías.

2. «Es la datación generalmente aceptada», según Pannier-Renard (comentario Pirot-Clamer), a. l. Encontramos esta opinión en: Calvino, Delitzsch (considera 2 Cr. 20 más probable, pero piensa también en el período de Senaquerib), Ewald Gispen (K.V. 2 R. 18: 13), Hengstenberg, Hupfeld, Kissane, König, Lamparter.

3. «Generalmente se acepta que el estribillo posterior al v. 3 ha debido ser añadido», así Kissane en su comentario a. l. También encontramos confirmada esta opinión en los cementarios de Böhl, Brigg, Delitzsch, Duhm, Edelkoort, Ewald, Hupfeld, Kraus, Moll, Olshausen, Pannier-Renard, Lamparter y Weiser. También Kittel propone que es un añadido, en su BHK3.

4. En las entradas triunfales de los reyes asirios, los reyes vencidos debían tirar de la carroza real, y muy frecuentemente llevar colgada alrededor de su nuca la cabeza amputada a un labrador. Después se les colocaba un anillo en su oreja o labio y se les mandaba a hacer trabajos forzados. O bien: se les encerraba en una jaula junto con perros o jabalíes y se les colocaba a la puerta de la ciudad para que fueran insultados por el pueblo.

5. M. Dahood propone leer: «Desde antiguo una ayuda encontrada en la tribulación». «Leyendo *mē’ad*, la forma cananea de *me’āz,* por el T. M. *m’ōd*.

6. A. M. Rehwinkel, The Flood, Concordia, Missuri, cap. 7.

7. Pannier-Renard consideran los vs. 2 y 3 susceptibles de dos clases de exposición: «Los vs. 2 y 3 hacen pensar en un terremoto, ya sea que el salmista, bajo esta forma, describa las formidables perturbaciones ocasionadas en Asia Oriental por las primeras grandes invasiones asirias; ya sea que el salmista describa un auténtico fenómeno sísmico cuyo recuerdo ha permanecido guardado en el título de la profecía de Amós 1: 1 bajo Uzías, bisabuelo de Ezequías», a. l.

8. «La expresión «Dios de Jacob» es una denominación muy usada en los salmos de Coré y Asaf, Pannier-Renard, a. l.

9. Esta es la versión según Kissane. El idioma hebreo tiene: «la santidad de la morada», esto es, «la morada más santa», comentario a. l.

10. G. Ernest Wright, Biblical Archeology, cap. 10. Cf. 2 R. 20: 20 y 2 Cr. 32: 30; un trancanil o canal más antiguo en 2 S. 5: 8.

11. H. Junker, «Der Strom. dessen Arme die Stadt Gottes erfreuen (Ps. 46: 5)», Biblica, vol. 43, 201.

12. Aunque también puede ser una imagen de cosas malas; cf. el final de la nota 15.

13. Pannier supone aquí «una alusión al terremoto de la primera estrofa...»

14. Al amanecer el día, es decir, el tiempo en que se acometían las cargas o invasiones», M. Dahood, a. l.

15. Kissane, en su traducción «Naciones originaron agitación» hace esta observación: La palabra usada arriba (v. 3a) es para indicar el mar embravecido, y en el Sal. 83: 2 es usada para el tumulto de una legión en marcha.

16. «Esto refiere su actuación con Israel por medio de Asiria, y después su salvación de Israel por la caída de Senaquerib», Kissane, a. l.

17. H. Wildberger, Bibl. Komm. Jesaja, Neukirchen-Vluyn, 101 v.

18. Idem, o. c., 102: «Las máquinas de guerra y los dioses están a la misma altura».

19. H. Lamparter, Das Buch der Psalmen, Stuttgart, I, 239. Kissane traduce: «El hará terminar guerras...», y, por abstracción, hace notar: «para este pensamiento, cf. Is. 2: 4; 9: 5; 11: 6 ss.; 33: 18 s.»

20. M. Dahood, a. l.,: «Estad quietos. O sea, no hagáis nada; no contraigáis alianzas militares...»

21. Flavio Josefo, La caída de Jerusalén en *Las Guerras de los Judíos*.

22. Idem.

23. F. Spitta, «Ein feste Burg ist unser Gott» (Die Lieder Luthers in inhrer Bedeutung für das evangelische Kirchenlied), Göttingen 1905, 112-169.

24. De Wette, Luthers Briefe I, 579 s. (En F. Spitta, o. c., 138).

25. F. Spitta, o. c., 142 s.

26. Idem, o. c., 141 s.

27. Idem, o. c., 135.

28. Sesam, Wereldgeschiedenis, Baarn, dl. 9, 105.

29. M. Lutero vio en la llegada de los turcos un cumplimiento del juicio de Dios, tanto para con los papistas como para con el círculo al que él mismo pertenecía; y escribió: «pues entre los nuestros hay mucho menosprecio de la Palabra de Dios...» (Tischreden).

30. Sesam, o. c., 105.

# Capítulo 13

## SALMO 65: EVITADA UNA MALA COSECHA

El Salmo 65 es un auténtico «salmo de verano».

Cuando los campos de trigo se ondulan al viento, cuando las frutas maduran al sol, cuando nuevamente manzanas y peras penden de los árboles y los labradores van pensando en cosechar, entonces es una ocasión estupenda para cantar el Salmo 65.

En una época así surgió este salmo, según los versículos 9 al 13: Cuando en los campos israelitas estaba madurando una cosecha muy prometedora. Este es el caso en Palestina en la época que para nosotros es primavera, o sea, algunos meses antes que entre nosotros. Por Pascua recogían la cebada, por Pentecostés el trigo y en agosto cogían las primeras uvas.

Esto no obstante, tampoco debemos generalizar el Salmo 65 hasta convertirlo en un pasaje atemporal de las Sagradas Escrituras, que sea aplicable a cualquier verano que se nos ocurra. Toda la Palabra de Dios habla situacionalmente, también el Salmo 65. A este salmo va unida una historia previa que ilumina todos los versículos, y contiene los datos para este relato, de manera que no resulta difícil reconstruirlo en substancia.

## 1. «TRAS UNA ANGUSTIOSA SEQUÍA DE VERANO, LLEGA LA SALVACIÓN».

A nosotros, neerlandeses, no nos resulta tan fácil comprender estos precedentes del Salmo 65, porque en él gira todo en torno a la falta de agua. Pues nosotros, neerlandeses, no sabemos propiamente lo que es eso. Además, vivimos con una economía mundial que nos proporciona grano de Canadá, uvas de Italia y carne de Argentina.

Los antiguos israelitas vivían en un mundo distinto.

Nos parece agradable si no llueve en un par de semanas. Nuestro grifo, a pesar de todo, sigue dando agua y nuestros labradores no ven morir de sed su riqueza ganadera. Pero Palestina, en su mitad oeste, no tiene ríos, como Egipto tiene los afluentes del Nilo; y tampoco se conocía aún, evidentemente, el sacar agua subterránea con tuberías. Todo el bienestar y progreso de un labrador israelita y su familia dependía cien por cien del rocío y de la lluvia. No es extraño, que el anciano Isaac pusiera en primer lugar, en su bendición a Jacob, precisamente la lluvia: «Dios, pues, te dé del rocío del cielo», Gn. 27: 28, cf. Dt. 11: 14, 28: 12. Y los piadosos israelitas sabían muy bien, que la lluvia no caía espontáneamente del cielo. «¿Hay entre los ídolos de las naciones quien haga llover? ¿Y darán los cielos lluvias? ¿No eres tú, Jehová, nuestro Dios? En ti, pues, esperamos, pues tú hiciste todas las cosas», Jer. 14: 22. El *tiempo* en que caían las lluvias era, además, de gran importancia para el labrador palestino. Sobre todo para una buena cosecha no podía pasarse sin las llamadas «lluvias tardías», las cuales debían caer en marzo y abril.

Nos da la impresión que el salmista había vivido semanas en las que las lluvias tardías se demoraban. Los labradores miraban al cielo cada día, pero no se obserbaba nube alguna de agua.

Esto significaba que allí amenazaba un desastre.

La Sagrada Escritura cuenta en diferentes lugares consecuencias desastrosas de una gran sequía, 1 R. 17 y s., Jer. 14, Am. 4: 6 y s., Hag. 1: 11. El no llover implicaba: hambruna posterior, falta de grano, falta de pan y, en otoño, no tener simiente. O se debía «sembrar con lágrimas» el grano quita-

do de las bocas hambrientas, (cf. Salmo 126: 6: «Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla»). Además, aparecerían el mercado negro, los precios excesivos, la estafa de los duros comerciantes cerealistas («Al que acapara el grano, el pueblo lo maldecirá», Pr. 11: 26), el trabajo y esfuerzo para traer agua a casa de cerca y de lejos, el sacrificio de ovejas y cabras sedientas, y por ello tener menos proveedores de leche, la muerte de burros sedientos de agua, y el ganado vacuno demacrado; y cada día nuevamente un sol ardiente sobre campos resecos con una cosecha floja.

La fuente de todas las bendiciones estaba seca.

¿Qué hicieron entonces estos vejados labradores?

Podían escoger entre dos posibilidades.

En primer lugar: Pedir ayuda a Baal.

Baal, el dios cananeo de la lluvia y la tormenta.

En el cap. 9, 1, hemos visto, que lo que el abono artificial es para el labrador moderno, eso era el culto a Baal para su colega cananeo: una parte inferior o accesoria de su método de agricultura. Baal y Astarte eran, según la secular fe cananea, los dioses que se ocupaban de la lluvia. Como es sabido, este culto idolátrico ejerció un gran poder de atracción también sobre los israelitas desde el tiempo de los jueces hasta el de los reyes.

En 1 Reyes 18 se puede leer cómo fueron las cosas en aquella «reunión de oración». Sacerdotes que clamaban durante horas: «¡Baal, respóndenos! ¡Baal, respóndenos!» Naturalmente, para que les diese tormenta y lluvia. Elías, con su burlona observación: «Tal vez Baal duerme, y hay que despertarle», quizá se refería a la leyenda de que Baal cada año en verano desaparece en el mundo inferior, cf. cap. 9, 1. Los sacerdotes de Baal tomaron aun más en serio la advertencia de Elías, «y clamaban a grandes voces, y se sajaban con cuchillos y con lancetas *conforme a su costumbre,* hasta chorrear la sangre sobre ellos. Pasó el mediodía, y ellos siguieron gritando frenéticamente hasta la hora de ofrecer el sacrificio, pero no hubo ninguna voz, ni quien respondiese ni escuchase», 1 R. 18: 28-29.

Sajarse uno a sí mismo era *costumbre* en estos sacerdotes, como acabamos de oír. Entonces podremos aceptar, que escenificaciones como la ocurrida en el Carmelo eran fáci-

les de ver en tiempos de sequía. Sacerdotes histéricos, chorreando sangre, que clamaban constantemente: «¡Baal, respóndenos!»

Esta era la primera posibilidad en caso de sequía: Negar la mano poderosa de Dios y acudir a Baal.

Pero en el tiempo que el Salmo 65 tiene a la vista, se escogió el camino mejor. Entonces vivía en los corazones esta convicción: «¿Habrá algún mal en la ciudad, el cual Jehová no haya hecho?», Am. 3: 6. Se habrá pensado en lo que el SEÑOR en su Thorá había dicho acerca de la lluvia y la sequía: «Si anduvieres en mis decretos,..., yo daré vuestra lluvia a su tiempo, y la tierra rendirá sus productos... Pero si no me oyéreis,..., pondré mi rostro contra vosotros..., y haré vuestro cielo como hierro, y vuestra tierra como bronce. Vuestra fuerza se consumirá en vano, porque vuestra tierra no dará su producto, y los árboles de la tierra no darán su fruto», Lv. 26, cf. Dt. 28.

A la luz de estas palabras, se mira de otra manera semejante sequía.

El creyente se preguntaba si Israel, a causa de determinados pecados, no había dado motivo para esta sequía; y se humillaba bajo la poderosa mano de Dios, tal como ésta se manifestaba en la desastrosa sequía. Se doblaban las rodillas, no sólo con el fin de suplicar a Dios una salida, porque él, y no Baal y Astarte, era el único que podía evitar la amenazante mala cosecha, sino también para confesar sus culpas ante él. Los ojos de estos israelitas se habían abierto al origen de la sequía: «toda clase de injusticia» (así podemos traducir también el v. 3). Ellos llegaban a este reconocimiento humilde: -«Esto y esto es injusticia; entonces y entonces cometimos transgresiones». Y se disponían a pedir perdón. Además, hacían promesas, v. 1.

Esta era la segunda posibilidad en tiempo de sequía: Humillación bajo la mano castigadora de Dios.

Así actuó el Israel del Salmo 65.

¿Y entonces?

Entonces, aquellos israelitas miraban hacia el cielo con más tensión que antes. Su fe estaba ahora ante una de las pruebas más negra que la fe debe poder digerir: *Esperar* en el

SEÑOR literal y figuradamente. Y, entonces, ¡dejó caer su lluvia! Esta temblaba en los árboles y repiqueteaba en los tejados. ¡Era la respuesta de Dios!

«Con tremendas cosas nos responderás tú en tu justicia», v. 5.

Entonces, a pesar de todo, llegó la primavera. Se cuenta, que la naturaleza en Palestina sufre un completo cambio de imagen en un tiempo asombrosamente corto. Un día todo está polvoriento y marrón por la sequía, sin color o flor; pero pocos días después de los chaparrones parece como si la misma naturaleza seca haya sido tocada por una vara mágica. De repente, las colinas y los valles se han cubierto con una suntuosa abundancia de flores. Anémonas moradas, blancas, rosa, amarillas y encarnadas, retamas amarillas, narcisos y clemátides están ahí para ser admiradas en el país de la Biblia. Los almendros se exponen como gigantescos ramos de flores de novia.

Este milagro también se realiza ahora. El viento abrasador que como un aliento de muerte había cegado el país, debía dar paso a nubes de lluvia y vientos de mar que hacían revivir al país extenuado. Hombre y animal, planta y árbol respiraban de nuevo.

Dios había escuchado a su pueblo.

Se había evitado una mala cosecha; ante lo cual, los israelitas salían de casa para alabar al SEÑOR y pagarle sus promesas. En esa ocasión, el poeta puede haber recitado por primera vez el Salmo 65; y más tarde, lo pueden haber hecho otros con motivo de comidas de votos y sacrificios, Lv. 7: 16. Así pues, también el Salmo 65 sería un «salmo para ser cantado con ocasión del sacrificio u ofrenda de voto».

## 2. Vs. 1-13: «¡TE DEBEMOS ALABAR EN SIÓN, OH SEÑOR!»

Por consiguiente, el Salmo 65 es un «salmo de verano»; pero no de principio a fin aplicable a cualquier verano. Tampoco queremos generalizar hasta convertirlo en una canción atemporal, sino leerlo lo más posible como escrito para una fecha.

Versículo 1:

*«Tuya es la alabanza en Sión, oh Dios,*
*y a ti se pagarán los votos».*

Esta no es una expresión generalmente piadosa; ni una llamada a estar «callados ante Dios» *cada día* algunos minutos. Leamos, pues, esta frase sobre todo en su contexto. La poderosa mano de Dios había apretado fuertemente sobre Israel. En una situación así, lo primero que remite al SEÑOR, es: el silencio. Esto lo comprendieron siempre los humildes cuando vivieron tales tiempos. Cuando el SEÑOR hubo castigado a su pueblo con la vara babilónica, el autor del libro Lamentaciones reaccionó con esto: «Bueno es Jehová a los que en él esperan, al alma que le busca. Bueno es esperar en *silencio* la salvación de Jehová. Bueno es al hombre llevar el yugo desde la juventud. Que se siente solo y *calle,* porque es Dios quien se lo impuso; ponga su boca en el polvo, por si aún hay esperanza», Lm. 3: 25-29. También Esdras y «todos los que temían las palabras del Dios de Israel» tenían conocimiento de *este* estar callado; y estuvieron juntos angustiados hasta la hora del sacrificio de la tarde, Esd. 9: 3 y s.

Por tanto, no nos inclinamos, como ocurre en muchos comentarios, por presentar otra versión del versículo 1. Entonces se aleja de este versículo un pensamiento bíblico primitivo, y además, no es necesario gramaticalmente[1]. En tiempos de juicio, Dios tiene derecho al silencio o quietud. Que se apague entonces toda clase de habladuría y se oprima la boca en el polvo, Lm. 3. «Guarda silencio ante Jehová, y espera en él», Sal. 37: 7, cf. Ex. 14: 14, Lm. 2: 10, Am. 5: 13.

El poeta-autor del Salmo 65 conocía este silencio humilde.

La quietud está diametralmente frente a la *oposición* a los juicios de Dios, que Moisés ya profetizó y de la que están tan llenos la historia de Israel y la Cristiandad, Lv. 26: 18, 21, 23, 28 y 40.

Pero, cuando la iglesia se ha humillado verdaderamente y el SEÑOR ha respondido a su paciente esperar en él con una liberación como aquí ocurre en el trasfondo del Salmo 65, donde los valles se revisten de trigales, el silencio debe ser roto también con una canción de alabanza; la cual le corresponde lo mismo que antes el humilde tiempo de silencio. Entonces, también se deben pagar los votos que fueron hechos en momentos de necesidad o angustia. «El silencio es para ti una alabanza, oh Dios, en Sión; a ti se te paguen los votos».

En el v. 2, el salmista comienza con su alabanza.

Versículo 2:
*«Tú oyes la oración:*
*a ti vendrá toda carne».*

Después de la amenazante mala cosecha y del peligro de hambre evitado, ¿se podía imaginar un nombre más adecuado al SEÑOR que el de: «Oidor de la oración»? Así traducen algunas versiones la primera parte de este v. 2; y nos parece que acertadamente, pues se trata de una alabanza al SEÑOR que siempre escucha las súplicas de sus hijos humildes.

La versión del v. 2b: «a ti *vendrá* toda carne», nos parecería mejor y más ajustada aun al hebreo si la traducimos en tiempo presente, y además subrayando la palabra carne: «a ti viene toda *carne».* Con lo cual, la Palabra de Dios suele designar al hombre como débil pecador mortal. Así se sentían los israelitas con sus ofrendas de voto ante Dios: como personas débiles y mortales que, por ellas mismas, no podían hacer caer ni una gota de agua, y que por sus pecados habían perdido la bendición de Dios.

Versículo 3:
*«Las iniquidades prevalecen contra mí;*
*mas nuestras rebeliones tú las perdonarás».*

En el Salmo 129, leemos: «Mucho *me* han angustiado desde *mi* juventud, puede decir ahora *Israel»,* v. 1. Por consiguiente, allí habla todo el pueblo de Dios acerca de sí mismo como una sola persona. Es un lenguaje o uso del idioma que ocurre y aparece bastante en las Sagradas Escrituras. Así el *«mí»,* en este v. 3a, significará: *nosotros.* Israel, pues, como una unidad, confiesa aquí su culpa.

Por tanto, el SEÑOR había cumplido su promesa de Lv. 26: «Y confesarán su iniquidad, y la iniquidad ( *awonam*) de sus padres..., entonces yo me acordaré de mi pacto con Jacob...», vs. 40-42. Aquí, en el Salmo 65: 3, está la misma palabra para significar «iniquidad». Pero, en el asunto de la lluvia lo habían visto: el SEÑOR ya no está enfadado, y quiere borrar nuestra iniquidad. Esto había que probarlo con los hechos.

De lo cual se evidencia, una vez más, que el SEÑOR no abandona a aquellos que son de espíritu quebrantado, y saben «estar en silencio ante el Señor Jehová». «Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados», Is. 57: 15, cf. v. 18.

¡Cuánto se maravillaron de la bondad del SEÑOR!

Versículo 4:

*«Bienaventurado el que tú escogieres y atrajeres a ti,*
*para que habite en tus atrios;*
*seremos saciados del bien de tu casa,*
*de tu santo templo».*

Las ofrendas de voto pertenecían a las ofrendas de paz, y los oficiantes mismos podían comer una buena porción de las ofrendas de paz. Lo especial de la ofrenda de paz era el elemento paradisíaco de la misma. Mediante la ofrenda de paz, Israel era enseñado y confirmado en la promesa de aquel hermoso futuro en el que habría paz entre Dios y su pueblo. Todo el carácter propio de la ofrenda de paz salía a relucir en la comida que siempre estaba ligada a ella. Una comida que era ofrecida por Dios como anfitrión al israelita su invitado. Esto no ocurría con ninguna otra ofrenda. Por tanto, no espiritualicemos demasiado pronto este «seremos saciados del bien de tu casa», antes bien pensemos primero en una comida-ofrenda de voto.

Tratemos de ver ante nosotros esta escena.

Israelitas de fiesta, sentados a la mesa para una comida de ofrenda de voto; aliviados, porque Dios había respondido a sus oraciones y votos evitando una mala cosecha... Sobre el gran altar de los sacrificos en el atrio, un sacerdote, en nombre de Dios, había reconciliado sus pecados. Los colores y adornos de flores del tabernáculo anunciaban, lo mismo que los ornamentos de los sacerdotes, las promesas de justicia, santidad y vida eterna; y el enrejado en torno al atrio estaba allí como una prueba visible de que el SEÑOR les había escogido de entre todos los pueblos, para ser su pueblo. ¡Qué

gracia tan inefable! Cuán «bienaventurados» eran, comparados con los pueblos que aún no conocían al SEÑOR, cf. Dt. 7: 6, 14: 2, Sal. 147: 20.

Este versículo lleva ciertamente el colorido del Pacto de Horeb. Dentro del Nuevo Pacto, Dios también nos ha escogido a nosotros, hijos de paganos, como sus aliados, y ahora podemos acercarnos a Dios sin mediación de sacerdotes levíticos, por medio del Sumo Sacerdote de nuestra profesión, Jesús, He. 4: 14-16. Ahora leemos el Salmo 65: 4a a la luz de lo que Pablo escribía en Ef. 1: 3-4: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de él».

Versículo 5:

*«Con tremendas cosas nos responderás tú en justicia,*
*oh Dios de nuestra salvación,*
*esperanza de todos los términos de la tierra,*
*y de todos los más remotos confines del mar».*

El cielo había sido de cobre y la tierra de hierro cuando las lluvias no llegaron a tiempo, pero, después de los días de penitencia y oración de Israel, el SEÑOR había enviado con facilidad divina las lluvias salvadoras. ¿No había respondido a su pueblo «con cosas tremendas»? Y, al cien por cien, «en justicia», a saber: lealmente, según los compromisos del Pacto de Horeb. ¿Acaso el SEÑOR no lo había respetado honradamente? Dio bendición a la obediencia, maldición a la desobediencia, salvación (liberación) a la humillación y conversión, Lv. 26, Dt. 28.

¿No se confía de hecho en todo el mundo en Sus estaciones del año, en Su lluvia y en Su luz del sol? Consciente o inconscientemente, la fidelidad de Dios a lo que prometió a Noé (cf. Gn. 8: 22) es el fundamento sobre el que todos los hombres edifican su gobierno de la casa; e incluso los economistas ateos apoyan sus planes quinquenales.

Versículos 6 y 7:

*«Tú, el que afirma los montes con su poder,*
*ceñido de valentía;*

*el que sosiega el estruendo de los mares,*
*el estruendo de sus ondas*
*y el alboroto de las naciones».*

Los israelitas veían el poder de Dios especialmente en esto: ¡los montes se mantienen firmes, seguros; y los océanos permanecen dentro de sus fronteras! ¿Y acaso esto no son fenómenos a los que nuestra técnica moderna poco o nada puede cambiar? Montes y océanos anuncian aún hoy día el poder de nuestro Dios. El mantiene al océano Atlántico y a cualquier otro dentro de sus fronteras. Pero, si deja sueltas las ondas de los mares durante una sola noche, los poderosos diques de contención construidos por el hombre, parecen juguetes, como ocurrió en febrero del 1953 en los Países Bajos.

Y lo mismo que Dios rige los temporales de agua, así también puede contener el mar embravecido de los pueblos. Nosotros recibimos la impresión de que por aquel entonces, en el alboroto del mundo de los pueblos había entrado alguna distensión. Pero el salmista no vio en ello ningún «desarrollo» político alentador, sino la mano del SEÑOR.

Versículo 8:

*«Por tanto, los habitantes de los fines de la tierra*
*temen de tus maravillas.*
*Tú haces alegrar las salidas de la mañana*
*y de la tarde».*

Probablemente también los pueblos vecinos de Israel sufrieron bajo la sequía. El júbilo, también entre los pueblos por la lluvia, lo vio el salmista como un don del SEÑOR. De Oriente (desde «las salidas de la mañana») a Occidente (hasta la caída «de la tarde»), el SEÑOR había llevado alegría. Lo cual es una verdad que no necesita reconocimiento por parte de los pueblos.

¿Quién hizo alegrarse a los pueblos en el verano del 1945? ¿Quién tranquilizó entonces «el alboroto de las naciones»? ¿Inglaterra? ¿América? ¿O el Dios vivo? Aunque esto último no se reconozca, así fue realmente.

Y ahora la cosecha está en el campo.

El poeta del salmo 65 abre bien los ojos y levanta su mirada. El trigo se agita en el viento. Las campiñas están cubiertas de rebaños. Parecía que iban a tener un año desastroso, pero el SEÑOR hizo del mismo incluso un buen año. El lo coronó como a una reina.

Versículos 9 al 13:

*«Visitas la tierra, y la riegas;*
*en gran manera la enriqueces;*
*con el río de Dios, lleno de aguas,*
*preparas el grano de ellos,*
*cuando así la dispones.*
*Haces que se empapen sus surcos,*
*haces descender sus canales;*
*bendices sus renuevos.*
*Tú coronas el año con tus bienes,*
*y tus nubes destilan grosura.*
*Destilan sobre los pastizales del desierto,*
*y los collados se ciñen de alegría.*
*Se visten de manadas los llanos,*
*y los valles se cubren de grano;*
*dan voces de júbilo, y aun cantan».*

Un cuadro pintoresco de Palestina en primavera.

Pero una primavera que Israel había implorado con humildad y confesión de culpas, con votos y quietud. Asimismo, una primavera por la que Israel había dado al SEÑOR honor especial. Lo cual es, a la vez, una confesión de fe en medio de un mundo que idolatra la naturaleza por medio del culto a Baal y Astarte. Este Israel se sabía «carne» e hijo de débiles y mortales hombres y mujeres frente a su poderoso Dios. Y nosotros, como personas de carne y hueso en el siglo XX, tampoco podemos regir y controlar constantemente las lluvias.

¡Que en nuestro siglo de idolatría de la ciencia alabemos de corazón a nuestro Padre celestial al contemplar la cosecha en el campo, tanto como Israel en su mundo de idolatría de la vegetación!

Alabar a Dios por esto, sigue siendo: ¡Hacer profesión de fe en él!

«¿Hay entre los ídolos de las naciones quien haga llover?» ¿Pueden hacerlo ingenieros o naturalistas? «¿No eres *tú,* Jehová, nuestro Dios? En ti, pues, esperamos, pues *tú* hiciste todas estas cosas», Jer. 14: 22.

NOTAS

1. El Texto Masorético (*dumiyāh*) da, como ya vimos, el mejor sentido. Ges. Buhl da como significado: «1) callar. (). Especialmente entrega callada a Dios, conformidad, Sal. 65: 1: a ti te pertenece la entrega, la alabanza». F. Delitzsch, a. l., observa: «*dumiyāh* es la entrega a Dios, la cual, apartándose de una impaciente intervención y adelantamiento a los acontecimientos, confía a Dios el asunto, y le deja que actúe por él. (Ex. 14:14)

# Capítulo 14

## SALMO 80: EXURGE, DOMINE!

JUNIO 1520. Villa Malliano, residencia papal de verano. Partidas de caza. Luchas deportivas. Representaciones teatrales. Una pieza teatral no cae en buena tierra entre la divertida compañía; y con gran jolgorio del «santo Padre», se la devuelve al autor como porquería. Se le cortan de arriba abajo -a un fraile- las pretinas del pantalón. El cobertor de sus piernas cae hasta sus rodillas, y se le abofetea[1].

Entretanto, en Roma se reune el Consistorio. Los más altos líderes eclesiásticos deliberan sobre una bula de excomunión contra el molesto fraile alemán Martín Lutero. Cuarenta y una de sus herejías son rechazadas; y obtiene sesenta días para retractarse de ellas[2].

El Papa León X había asistido sólo al comienzo de las discusiones; pues, cuando apenas había transcurrido un día, partió hacia su mencionado castillo, «para su acostumbrada partida de caza». El 15 de junio, le fue presentada la bula para la firma. Su Santidad sólo precisaba añadir una introducción y un final a la misma. Las primeras palabras que escribió hacen suponer cuán ocupados estaban sus pensamientos por la cacería de jabalíes. Pues, ¿de dónde el «vicario de Cristo» tomó prestadas palabras para dar expresión a la «pena» que le embargaba ahora

que se veía en el deber de tomar esta dura medida contra Lutero? Entre otros lugares, ¡del Salmo 80! «Levántate, oh Señor», -en latín: «Exsurge, Domine!», de ahí también este nombre de la encíclica- «aboga por tu propia causa; acuérdate de cómo el hombre necio te increpa diariamente; los zorros están devastando tu viña, la que tú has dado a Pedro, tu vicario; el verraco que ha salido del monte la ha destruido y la bestia del campo la está devorando»[3].

¿Horrible abuso de las Sagradas Escrituras? Efectivamente; pero, esto no obstante, en un aspecto eran citadas con razón: el Salmo 80 se lamenta de devastaciones en medio del *pueblo de Dios;* y si se quiere: en la herencia *eclesial*. En esto tenía razón el Papa León X. La viña de la Cristiandad yacía en su tiempo efectivamente comida hasta las raíces.

Sólo que, ¿quién era ahora, hablando con propiedad, el verraco silvestre?

## 1. El TRASFONDO HISTÓRICO.

El Salmo 80 es un salmo penitencial o de lamentación sobre Israel, o bien sobre el Reino de las Diez Tribus. El poeta-autor le llama «José», v. 1, «Efraín, Benjamín y Manasés», v. 2. Como es sabido, los asirios condujeron al destierro a estas tribus norteñas de Israel después de la caída de Samaria en el año 722 a. C.

Antes de esto, ¡cuánto habían ofendido al SEÑOR las Diez Tribus!

Jeroboam, hijo de Nebat, que hizo pecar a Israel, había comenzado la religiosidad caprichosa: el culto-de-los-becerros-al-SEÑOR en Dan y Bet-el. Y eso que el SEÑOR ya le había avisado por medio del profeta, que esto podría derivar realmente en destierro: «Jehová sacudirá al modo que la caña se agita en las aguas; y él arrancará a Israel de esta buena tierra que había dado a sus padres, y los esparcirá más allá del Eufrates...» 1 R. 14: 15. Pero, después de esto, el SEÑOR hizo repetir este aviso durante doscientos largos años por medio de toda una serie de profetas que le hicieron llover advertencias. El gran libro Reyes (I y II) deja ver ampliamente cuán grande esfuerzo hizo el SEÑOR para salvar a su rebelde hijo

Efraín. Profetas como Elías y Eliseo trabajaron bajo Efraín (= el Reino de las Diez Tribus). Cuánta atención dedica la Palabra de Dios a su obra; y ¿cuántos otros fieles profetas habrían predicado aun más en sus días y después, aunque sus nombres no nos han quedado conservados? Pero, cuanto más seguimos leyendo en el libro Reyes, tanto más encarnizadamente caen los golpes sobre la iglesia del Reino de las Diez Tribus. Osas despedazan niños de Bet-el, 2 R. 2. Guerra con Moab, 2 R. 3. Hambruna, 2 R. 4. Lucha continua con los sirios y arameos que roban niños a Israel (como la esclava de la mujer del general Naaman), 2 R. 5; que sitian Samaria durante tanto tiempo que mujeres hambrientas se comen a sus propios hijos, 2 R. 6-7. Y cuando todas las amonestaciones de Dios fueron desoídas, y los movimientos para volver a Dios y a su Pacto fracasaron constantemente porque sólo se ejecutaron a medias, el SEÑOR finalmente llevó adelante la amenaza que doscientos años antes ya había expresado a los oídos de Jeroboam I. Para ello hizo uso de los asirios, conocidos por su terrible crueldad, cf. cap. 12 (Salmo 46).

Bajo el régimen de Manahem, los asirios cruzan por primera vez las fronteras israelitas, 2 R. 15: 19-20. A Israel le costó sacos llenos de dinero (1000 talentos) conseguir que los intrusos se marcharan por donde habían venido. Pero, «en los días de Peka rey de Israel, vino Tiglat-pileser rey de los asirios, y tomó a Ijón, Abel-bet-maaca, Janoa, Cedes, Hazor, Galaad, y toda la tierra de Neftalí, y los llevó cautivos a Asiria», 2 R. 15: 29. Cuando Oseas, último rey de Israel, rechazó pagar el tributo, «el rey de Asiria le detuvo, y le aprisionó en la casa de la cárcel. Y el rey de Asiria invadió todo el país, y sitió a Samaria, y estuvo sobre ella tres años. En el año nueve de Oseas, el rey de Asiria tomó Samaria, y llevó a Israel cautivo a Asiria, y los puso en Halah, en Habor junto al río Gozaín, y en las ciudades de los medos» (infinitamente lejos de casa, cerca del mar Caspio), 2 R. 17: 1-6.

El Salmo 80 debe haber nacido en este último período del Reino de las Diez Tribus. Al menos según el epígrafe en la versión de los Setenta, la traducción griega del Antiguo Testamento. Este epígrafe reza: «Sobre el Asirio». Nosotros no vemos razón alguna para dudar de la exactitud de esto, pues cua-

dra estupendamente en la imagen que nuestro salmo pinta del Reino de las Diez Tribus.

Aunque no cabe establecer con exactitud de qué años de qué rey durante la dominación asiria, data exactamente el Salmo 80. Pues, éstos eran, uno por uno, años en los que el SEÑOR hizo comer «pan de lágrimas» a su apóstata Efraín, como lo expresa el v. 5. Sin embargo, con la Septuaginta podremos aceptar tranquilamente, que el Salmo 80 debemos leerlo teniendo como telón de fondo el duro puño asirio que desde el rey Manahem (752-742) presionó sobre Israel. Hasta que esta cruel nación en el año 722 a. C., por orden de Dios, se convirtió en verdugo que arrancó de la tierra prometida al Reino de las Diez Tribus.

*Un poeta entre el Remanente.*

También en este negro período de la historia de la iglesia, el SEÑOR tenía aún un Remanente que le temía, 2 Cr. 30: 11, 18 y 25, 34: 9. Profetas como Oseas, Amós, Jonás y Micaía profetizaron «sobre Israel y Samaria», y con ello no encontraron mucha, pero sí alguna fe. También en Judá los piadosos formaron Resto. Isaías, quien contempló la caída de Samaria desde Jerusalén (sólo a 60 Km. alejada de ambas) por orden de Dios, a uno de sus hijos lo llamó: «$s^{e}$*'ar yasub*», que significa: un Resto (no la masa) se convertirá.

Ahora bien, bajo este piadoso Remanente, un intercesor presentó entonces al SEÑOR la miseria de la iglesia del Reino de las Diez Tribus. ¿Acaso este poeta vivió también en Efraín? Uno podría deducirlo de su oración repetida por tres veces: «Oh Dios, restáura*nos,…* y seremos salvos», vs. 3, 7, 19, y de las quejas o demandas: «ven a salvar*nos»,* v. 2, «*Nos* pusiste por escarnio a nuestros vecinos, y nuestros enemigos se burlan entre sí…», v. 6, cf. v. 18. Pero esto también podría ser el hablar solidario de un judío que, por medio del único Pacto de Dios, se sabía uno con los hermanos en la iglesia del Reino de las Diez Tribus. El epígrafe: «Testimonio de *Asaf»,* parece señalar también hacia Judá, pero ¿puede haber vivido en algún lugar del Reino del Norte un levita asafítico (a pesar de 2 Cr. 11: 13 y s.)? Por tanto, si el poeta era del Norte o del Sur, no es fácil precisarlo,

pero sí que ha pertenecido al Remanente piadoso que en la necesidad de juicio de la dominación asiria ha suplicado misericordia al SEÑOR con el Salmo 80.

## 2. Vs. 1-19: ¡OH DIOS, TU VIÑA!

Versículo 1:

*«Oh Pastor de Israel, escucha;*
*tú que pastoreas como ovejas a José,*
*que estás entre querubines, resplandece».*

Cuando padre Jacob bendijo a sus hijos, habló a José -el nombre que aquí en el Salmo 80 se usa para todas las 10 tribus-, entre otras muchas, estas palabras: «Mas su arco se mantuvo poderoso, y los brazos de sus manos se fortalecieron por las manos del Fuerte de Jacob (por el nombre del Pastor, la Roca de Israel)...», Gn. 49: 24.

Ese pastor es una imagen originaria de Palestina.

Es curioso, que el salmista ahora que va a abogar por *José,* se dirija al SEÑOR con el tierno nombre que Jacob usó precisamente ante los oídos de *José:* «¡Oh *Pastor* de Israel!» Y que el poeta también *confiese* su fe mediante la aposición: «que estás entre los querubines», sobre el arca en que se guardaban los documentos del Pacto del Sinaí; y, por consiguiente, no sobre las imágenes de los becerros en Dan y Bet-el, como la masa en la iglesia de las Diez Tribus creía desde hacía ya doscientos años. El SEÑOR reinaba en la Casa que Salomón había edificado para El en Jerusalén. En esta alocución oímos una valiente profesión de fe del Remanente fiel.

Sin embargo, no se erguió con soberbia farisaica sobre «la muchedumbre que no sabe la ley», sino que aquí hace precisamente oración por la congregación apóstata. Porque también las Diez Tribus fueron siempre «ganado menor» (ovejas y corderos) del «Pastor de Israel». ¿Podía, pues, permanecer sordo a los lamentos del rebaño que él guiaba desde hacía siglos? ¡Si él quisiera actuar una vez más tan brillantemente como había hecho en otro tiempo!

Era el momento cumbre para intervenir.

Contemplada tanto desde el punto de vista social como militar, la situación de Israel del Norte se había hecho gradualmen-

te desesperada. ¿Qué podía aún hacer aquel pequeño y devastado estado contra la superpontencia asiria? Los piadosos en el Norte y en el Sur aún vieron un solo camino: la mediación de Dios.

Versículo 2:

*«Despierta tu poder delante de Efraín, de Benjamín*
*y de Manasés, y ven a salvarnos».*

El SEÑOR sólo precisaba interponer su antiguo y conocido poder de ayuda y su heroica fuerza liberadora, e Israel sería salvo. La invocación a Dios suena urgente: -¡Vamos, usa tu poder para el pobre y castigado Efraín, Benjamín y Manasés, y ven a salvarnos!

Ya hablamos un poco acerca de este «nos».

Si el poeta-autor no fue un efrainita, sino un levita morador en Judá, entonces no se ha aislado soberbiamente de sus hermanos apóstatas del Reino del Norte, sino que se ha sabido ligado con estas tribus como miembro del único pueblo de Dios, en un pasado común, y en promesas y amenazas de Pacto divinas y colectivas. Y si ha pertenecido al Remanente en el Reino de las Diez Tribus, esto no significa para él ningún aislamiento en sí, sino que permanecía sintiéndose unido al mismo destino con toda la comunidad.

De lo cual, en ocasiones podemos y debemos aprender a hablar claramente usando los pronombres personales: «nosotros», «nos», etc., al referirnos a las situaciones desoladoras en la Cristiandad. Se habla totalmente en la línea del Salmo 80, por ejemplo, al decir: «Quiera Dios ser misericordioso con *nosotros»,* y con este «nosotros» pensar en toda la Cristiandad europea y americana. El Pacto único de Dios y el Bautismo único de Dios *«nos»* hace a todos vivir sobre el fundamento de sus promesas, y bajo la amarra de sus exigencias y amenazas.

Versículo 3:

*«Oh Dios, restáuranos;*
*haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos».*

En el idioma español, «restaurar» y «convertir» son dos palabras distintas; pero, en el idioma hebreo, se tiene una sola pala-

bra para significar lo mismo. Por tanto, este v. 3 puede ser traducido de diferentes maneras: «*Restáura*nos», «*Devuélve*nos», «*Haz*nos volver», «*Conviérte*nos». La versión Reina-Valera 1960 del texto Lamentaciones 5: 21 nos da esta lectura de la misma palabra hebrea: «*Vuélve*nos, oh Jehová a ti». Y la versión Nacar-Colunga 1961 aun es más ajustada al original al traducir: «*Conviérte*nos a ti, ¡oh Yavé!, y nos convertiremos». El salmista, pues, pide *conversión* de Israel, *gracia* para el pueblo de Dios. Esto se evidencia también de la segunda frase: «Haz resplandecer tu rostro». Como un suplicante a los pies de un príncipe podía deducir de los ojos amigables del mismo, que había obtenido gracia. Recuérdese la bendición sacerdotal: «Jehová *haga resplandecer su rostro* sobre ti»; a lo cual, inmediatamente, sigue: «y tenga de ti *misericordia»,* Nm. 6: 25. Por tanto, el salmista ve la salvación de Israel como un asunto de gracia y conversión. Salvación que ha de obrar el SEÑOR. El *restáuranos es*, para el salmista, un «*conviérte*nos...» ¡Si el SEÑOR lo quisiera hacer! Mirar a su rebaño no por más tiempo torva y amenazadoramente, sino de forma luminosa y misericordiosa, para que en ese camino también fuera hecho salvo del insoportable yugo asirio.

La Ley y los Profetas no conocen otro camino para «restauración de la iglesia». Si los ojos están cerrados al *abandono de la Palabra* en la iglesia (tanto hoy como en el pasado), si no se suplica *gracia,* también procedente del *don* de conversión, entonces todos los demás medios de salvación son, de hecho, paliativos[4].

Versículo 4:

*«Jehová, Dios de los ejércitos,*
*¿hasta cuándo mostrarás tu indignación*
*contra la oración de tu pueblo?»*

Nosotros preferimos hablar de las «fuerzas militares» del SEÑOR que de los anticuados «ejércitos», cf. cap. 12, Sal. 46, estribillo. La Sagrada Escritura sabe contar mucho de aquellas fuerzas con las que el SEÑOR acostumbró a luchar. Las usó en la huida de Egipto y en la entrada en Canaán. A éstas pertenecen las formidables fuerzas de la naturaleza. Egipto tembló bajo ellas. El Sinaí se estremeció por ellas. El Jordán

contuvo su corriente ante ellas. Incluso entre los paganos, este medio siglo permaneció en el recuerdo durante largo tiempo, cf. Sal. 68 y 114 acerca de las «fuerzas militares» en la liberación de Israel de la tiranía de Egipto. Medios de lucha cósmicos están a disposición de Dios.

¡Y esta Majestad Suprema estaba airada ahora contra Israel!

Como otros «salmos penitenciales acerca de la iglesia», el Salmo 80 tampoco permanece pendiente del lado humano, dirigiendo ciegamente la mirada a los asirios, sino que dirige la mirada por encima de éstos a Dios, a la mano de Dios y a la ira de Dios. El salmista vio en las ciudades y propiedades rurales israelíes arrasadas por el fuego y saqueadas, no exclusivamente la obra de los asirios, sino en primer lugar el humear de la *ira de Dios* sobre las injusticias de Efraín; su culto a Baal y abandono del Pacto, a pesar de que una gran lista de profetas habían llamado a volver a Dios y a su Thorá. Pero, ¿por cuánto tiempo permanecería humeando la ira del SEÑOR? ¿Diametralmente en contra de las oraciones de su Remanente? ¿Acaso aquellas oraciones habían sido chamuscadas por la ira de Dios antes de que hubieran alcanzado el corazón y el oído de Dios?

Es conmovedor, que el salmista se atreva ahora a hablar a Dios acerca de las tribus apóstatas de Efraín, de Benjamín y de Manasés, como acerca de «*tu pueblo*». ¡Poco antes de su deportación al destierro! Date cuanta que con ello se estaba refiriendo al Israel de Acab y Jezabel. El país de los lugares altos y de los Baales. El pueblo que había roto el Pacto de Dios, despreciado sus ordenanzas, ofendido a él mismo, considerado como viento las palabras de los profetas, insultado a un hombre como Eliseo, doblado las rodillas ante sol, luna y estrellas, cf. 2 R. 17. Todas las características de la «iglesia falsa» estaban aquí presentes (cf. Creemos y Confesamos, art. 29, FELiRe 1987). Esto no obstante, el salmista aún habla acerca de *«tu pueblo»* y *«tus ovejas», «tu viña», «tu hijo,* que para ti afirmaste», «la planta, que plantó tu diestra». La Sagrada Escritura nos enseña aquí *por cuánto tiempo* podemos hablar aún de ovejas descarriadas del Buen Pastor, como de *ovejas*. ¡Descarriadas, posiblemente después incluso ovejas perdidas, pero todavía ovejas! ¡Bajo el humo de la ira de Dios, pero... como «tu pueblo»!

Precisamente este hecho hace que la ira de Dios arda tan intensamente.

Los padres no se enfadan si los jóvenes vecinos no escogen su compañía, sino cuando su propio hijo les abandona. ¡Esto hace enojarse a un padre! Así los *cristianos* apóstatas pueden hacer prender la ira de Dios más ardientemente que los paganos.

Versículo 5:

*«Les diste a comer pan de lágrimas,*
*y a beber lágrimas en gran abundancia».*

También aquí el poeta usa la fuerza de la queja, e intenta conmover el corazón del SEÑOR. Humilde reconoce, que *Dios* gobierna los pueblos, y que *él* había enviado los crueles asirios hacia Israel, Is. 7: 18. *El* permitió a sus tropas matar y saquear; *él* hizo a los israelitas beber lágrimas «a cántaros llenos»; lágrimas por familias destruidas, lágrimas por ciudades y casas arrasadas, lágrimas de hambre, miseria, desorden, ruina, luto y dolor. El salmista vio en todo esto la mano castigadora de Dios: «¡Tú has obrado todo esto!»

Versículo 6:

*«Nos pusiste por escarnio a nuestros vecinos,*
*y nuestros enemigos se burlan entre sí».*

Los vecinos de Israel vieron ahora su momento oprtuno para humillar a Israel. Como perros por un hueso lucharon por la posesión israelita. Entonces entraron las tropas y luego las bandas; y sus palabras airadas y fachas burlonas les llegaron hasta la médula a los piadosos. Un oriental siente esa ira quizá aun más mordiente que nosotros. También este padecimiento -el salmista lo reconoce- vino de la mano de Dios a la iglesia infiel de las Diez Tribus. Pues, ¿acaso el SEÑOR no la había advertido de esto por medio de Moisés?, Dt. 28: 37.

Versículo 7:

*«Oh Dios de los ejércitos, restáuranos;*
*haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos».*

Como el v. 3 cerró la primera parte del salmo, así este v. 7 concluye la segunda parte; nuevamente con ese grito pidiendo ayuda.

Versículo 8:

*«Hiciste venir una vid de Egipto;*
*echaste las naciones, y la plantaste».*

Olvidar el Pacto de Dios va unido frecuentemente a olvidar los hechos de Dios en nuestro pasado. Esto lo puede constatar cada uno en su propio entorno. Pero el poeta-autor del Salmo 80 no era un hombre tan superficial y antihistórico. Igual que el poeta del asimismo asáfico Salmo 74, se dispone a recordar ahora al SEÑOR Su glorioso *pasado*. Quizá quiere el SEÑOR presentarse aún de forma salvadora para Israel cuando el salmista le recuerda la gran obra del SEÑOR desde la «fundación del mundo (israelita)» (cf. cap. 1. 1, b.), Sal. 74: 2. Sólo que el Salmo 80 lo hace empleando una imagen de la vida de un viticultor israelita: el plantar una vid. Las vides, en tiempos bíblicos, crecían en todas partes de Canaán. «El territorio de Palestina y su clima ofrecen las condiciones mejores para el cultivo de la uva». Este, en los tiempos antiguos, debe haber estado mucho más extendido que actualmente. ¿En cuántos lugares en las Escrituras no se habla de vino? El poeta quizá se refiere o alude a Gn. 49: 22, donde Jacob bendijo precisamente a *José* -el nombre que este poeta usa para las Diez Tribus, v. 1- con estas palabras: «»*Rama fructífera* es José, rama fructífera junto a una fuente, cuyos vástagos se extienden sobre el muro...» O quizá conocía la profecía de Oseas: «Israel es una frondosa viña, que da abundante fruto para sí mismo; conforme a la abundancia de su fruto multiplicó también los altares...», Os. 10: 1. Más tarde, Jeremías usaría la misma imagen: «Te planté de vid escogida, simiente verdadera toda ella...», Jer. 2: 21.

Es como si el salmista, en este v. 8, quisiera decir: «¿Recuerdas aún, SEÑOR, cómo nos liberaste de Egipto? ¿Cómo expulsaste los pueblos cananeos ante nosotros y nos plantaste como una vid en este buen país?

Nosotros, cristianos procedentes de los paganos, ante tales palabras bíblicas recordamos la salvación histórica de los

pueblos europeos desde las tinieblas del paganismo a la iluminación con el Evangelio, Hch. 26: 18, Ef. 2, 5: 8, 1 Pe. 2: 9 y s. Lo que para Israel fue la liberación de Egipto, eso fue para nosotros la liberación del paganismo germánico: ser sacados de una tumba.

Aquí el Espíritu Santo enseña a los intercesores ante las necesidades de nuestro tiempo, cómo pueden tocar aún el corazón de Dios en tiempos de juicio: si le recuerdan Sus *históricos* y *fundamentales hechos de salvación*. Pero, para eso, se debe vivir en la idea de la solidaridad bíblica por la que uno se sabe incluido, junto con generaciones de siglos atrás, en el único Pacto de Dios. Esa idea proporcionó a nuestro poeta un alegato para su súplica al SEÑOR: ¿Quería ahora romper efectivamente Sus grandes obras? Y esa misma idea llevó al poeta del Salmo 79 a esta oración: «No recuerdes contra nosotros las iniquidades de nuestros antepasados», v. 8a.

Versículos 9 al 11:

*«Limpiaste sitio delante de ella,*
*e hiciste arraigar sus raíces, y llenó la tierra.*
*Los montes fueron cubiertos de su sombra,*
*y con sus sarmientos los cedros de Dios.*
*Extendió sus vástagos hasta el mar,*
*y hasta el río sus renuevos».*

En los versículos 9 al 11, el poeta pinta, con un par de frases enérgicas, el conmovedor cuidado de Dios para con la débil cepa, Israel. Cuando el pueblo entró en Canaán, sus casas estaban, por así decirlo, dispuestas para ser ocupadas. Su existencia estaba asegurada; y, gracias a la mano del SEÑOR, la plantita Israel creció en Canaán hasta convertirse en una vid gigantesca que extendió sus ramas desde el Mar Mediterráneo hasta el río Eúfrates. Pues el reino de David y Salomón se extendió hasta tan lejos. Su cetro se extendió desde Egipto a lo largo de la costa del Mar Mediterráneo hasta el río Eúfrates. Los pueblos miraban con temor a Israel.

Así fue una vez, pero, ¿cómo es ahora?

Versículos 12 y 13:

*«¿Por qué aportillaste sus vallados,*
*y la vendimian todos los que pasan por el camino?*

*La destroza el puerco montés,*
*y la bestia del campo la devora».*

Aquí obtenemos una descripción poética de Israel pesadamente castigado por las invasiones asirias. La imagen se mueve de una vid hasta una viña; la cual en Palestina ciertamente debía ser cercada por un muro «con el fin de sujetar la tierra, dado que una viña debía ser plantada en una pendiente en forma de terraza, pues, de lo contrario, el agua se lleva la tierra». Semejante valla sirve, al mismo tiempo, «como protección contra el ganado que, de otra manera, pisotea las plantas (Jer. 12: 10), contra puercos monteses y todo lo que pasa por el camino».

Entretanto, ese jabalí forma ciertamente una imagen muy atinada y dolorosa de los terribles desastres y atrocidades que los asirios cometieron en el pobre Israel. El puerco montés es mucho más salvaje y rápido que el dócil cerdo. El jabalí «salta por vallas y muros, remueve la tierra, arranca las vides y las pisotea. Unos cuantos de estos animales son suficientes para destrozar en una sola noche un gran viñedo. (...). El jabalí muy grande, a veces se parece más a un burro que a un cerdo y es inexplicablemente rápido. (...). El habitante de las comarcas donde se da abundantemente el jabalí salvaje preferiría tener que vérselas con un león antes que con uno de estos animales, del que una sola acometida con sus afiladísimos colmillos y propinada con la velocidad del rayo, es suficiente para destripar a un caballo y para abrir en canal a un perro». El salmista, pues, compara a los asirios con este animal; y el cazador de jabalíes, el Papa León X, al reformador de la iglesia, Martín Lutero...

Pero, sobre todo, el salmista tenía que vérselas con *Dios.*

Dios mismo había roto con sus propias manos los muros de su viña, de manera que todo transeúnte podía vendimiarla según le pareciera. Pueblos vecinos que antaño pagaban tributo a Israel, llegaban ahora a saquear al país indefenso. La poderosa Asiria había entrado como un puerco montés en la viña israelita, y la había arrasado. Arrebató al Reino de las Diez Tribus su oro, su cosecha, sus gentes y ganado. ¿Por qué el SEÑOR había derribado también el vallado?

Nosotros, como cristianos, debemos tener presente, que constantemente tenemos que tratar con el mismo Dios. Podemos enfadarle tanto que llega a romper con sus propias manos los muros de su viña (la Cristiandad), de manera que «todo» y «cualquiera» puede irrumpir en la iglesia. Toda clase de viento de doctrina. Teorías de incredulidad. Religiosidad extraña a la Palabra y al Pacto. Conformidad con los criterios del mundo. Deslizarse hacia patrones de vida mundanos. ¿No debemos preguntarnos, si *Dios mismo* a veces ha roto nuestros muros de iglesia a la doctrina de la evolución que todo lo desquicia? ¿No muestra la Cristiandad en muchos sentidos la imagen de una viña pelada, pálida y roída? ¿Pero quién ve aún en ello la mano de *Dios*? ¿No tenemos en nuestra situación tantas razones como el salmista en la suya para preguntarnos: -¿»Nos» ha abandonado Dios? ¿Está ocupado en retirar de «nosotros» su Espíritu y su Palabra?

Versículos 14 al 16:

*«Oh Dios de los ejércitos, vuelve ahora;*
*mira desde el cielo, y considera, y visita esta viña,*
*la planta que plantó tu diestra,*
*y el renuevo que para ti afirmaste.*
*Quemada a fuego está, asolada;*
*perezcan por la reprensión de tu rostro».*

¿Qué no habían quemado ya los asirios? No hicieron sino robar, matar y saquear. La cepa de los días de Josué y la viña floreciente de los días de David y Salomón, ¿no se parecía ahora prácticamente a desperdicios sin valor que se desechan y queman? ¿Veía el SEÑOR aquella miseria de su pueblo? ¿O se había alejado de Israel del Norte? ¡Oh, que el Dios de los ejércitos aún pudiera retroceder de ese camino! ¿Podía mirar desde el cielo la lastimosa situación de su vid «José»? ¿No se acordaba más, que plantó esta cepa? ¿Con su propia «*yamin*» (= mano derecha)? -El poeta parece aludir sutilmente al nombre Ben-jamin en el v. 15-. ¿No sabía ya el SEÑOR, que él mismo había ordenado a Moisés, que dijera a Faraón: «Deja ir a mi pueblo»?, Ex. 4: 22-23. ¿Y quería ahora abandonar a su hijo a los asirios? ¿Realmente? ¿Podía conseguirlo pasando por alto a su corazón divino?

Así es como los intercesores pueden hoy día hablar con Dios acerca de la necesidad de la viña de la Cristiandad; pedirle quiera contemplar esos muros derribados, en la esperanza de que ese espectáculo desolador pueda llevar aún a compasión a su ofendido corazón de Padre; como el poeta de las Lamentaciones se quejaba después de la caída de Jerusalén: «Mira, oh Jehová, y considera a quién has hecho así», 2: 20. No que obtengamos garantías de desvío de la necesidad de juicio, sino como dijo el poeta de las Lamentaciones: «Por si aún hay esperanza», 3: 29.

Versículo 17:

*«Sea tu mano sobre el varón de tu diestra,*
*sobre el hijo de hombre que para ti afirmaste».*

A este respecto, se ha pensado en un rey determinado, Josías u Oseas. Pero, ¿por qué en esta oración por el pueblo debería aparecer de repente el rey? Sobre todo, porque el poeta ya había pintado al *pueblo* de Dios bajo diversas imágenes (cepa, vid, viña, hijo). Nosotros, con el Prof. J. Ridderbos, preferimos ver aquí una bonita alusión al nombre Benjamín. En 2 Samuel 20: 1, Seba se llama un «*īš y*$^{e}$*minī*», un Benjaminita. Aquí, en el v. 17, se habla de un «*īš y*$^{e}$*mineḵā*», un hombre de tu diestra. En esto y en este contexto vemos más una indicación de la tribu de Benjamín que de un rey determinado.

En este v. 17 oímos esta queja del salmista: «Oh Dios, protege a tu Benjamín; es tan débil, un auténtico «hijo de hombre», un *ben 'adam*, hecho de polvo (*'adamah*). Una criatura mortal que no es posible pueda vivir sin tu excelsa protección. Intercede por él, y aleja de él al poderoso asirio».

Versículo 18:

*«Así no nos apartaremos de ti;*
*vida nos darás, e invocaremos tu nombre».*

Cuando en el antiguo Oriente Próximo un Gran Duque destronaba a su vasallo (por ej., a causa de infidelidad), eso quería decir, que «había matado» a semejante príncipe vasa-

llo, aunque corporalmente le perdonase la vida. Así se puede haber dicho del Faraón Necao, que «mató» al rey Joacaz, 2 R. 23: 31-34. Sin embargo, cuando más tarde el rey era repuesto en su honor, se decía: *hacer revivir* al rey. Cuando el rey era despojado de sus atribuciones, eran «muertos» no sólo él, sino también su pueblo. Si más tarde recobraba la realeza, entonces país y príncipe habían *«revivido»*. Esto último iba seguido generalmente de una renovación del pacto. El pacto de vasallos incumplido era cerrado nuevamente. Lo cual solía ocurrir al tercer día, cf. Os. 6: 2,[5]. También el Sal. 80: 18 hace pensar en esta terminología de pacto.

Israel se había levantado contra el SEÑOR, su Gran Duque legal. Por eso, como vasallo infiel, había cometido alta traición. Luego el Gran Duque, Yahweh, por medio de su enviado Oseas, había hecho llegar el mensaje: «Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento (comportamiento de un aliado legítimo, reconocimiento del Gran Rey, cf. cap. 4, Sal. 1: 6). (-) Por esta causa los corté por medio de los profetas, con las palabras de mi boca los *maté*», Os. 4: 6, 6: 5. Aunque el mismo Oseas, como ministro del SEÑOR, también pudo transmitir la promesa de que el SEÑOR haría *«vivir»* a Israel si se convertía, Os. 6: 2, 13: 14, cf. Sal. 85: 6, Esd. 9: 8.

En el Salmo 80: 18 oímos el mismo lenguaje del Pacto. No es extraño, pues tiene casi el mismo trasfondo histórico que Oseas. Israel y su rey estaban, expresado en los términos de este lenguaje de pacto, «muertos». Pero si el Gran Rey Yahweh quería, les podía «devolver» la vida. Eso le pide ahora el salmista: ¡Haznos «revivir»! Entonces nunca más nos alejaremos de ti; no invocaremos a ningún Baal más, ¡sino únicamente tu santo Nombre!

Versículo 19:

*«¡Oh Jehová, Dios de los ejércitos, restáuranos!*
*Haz resplandecer tu rostro, y seremos salvos».*

Una vez más suena la súplica del estribillo. Tres veces había pedido el poeta: «¡Restáuranos!» (conviértenos). Por tres veces había suplicado: «¡Haz resplandecer tu rostro!» Ahora concluye su oración con el grito: «¡Restáuranos, haz resplandecer tu rostro!»

¿Y el Pastor de Israel ha escuchado ciertamente esta queja? ¿Ha hecho resplandecer efectivamente su rostro, y ha vuelto en favor nuestro? -Sí; aunque ciertamente ha tardado algunos siglos.

Como ya hicimos notar, Isaías vivió la caída del Reino de las Diez Tribus a una distancia de apenas 60 km. Incluso fue testigo de que el rey Acaz de Judá pidiera a los asirios que quisieran atacar por él a Israel del Norte, 2 R. 16: 7, Is. 7, cf. cap. 12, 1. ¿Había, pues, entonces judíos que aún se atrevieran a burlarse de la masacrada fraternidad en el Norte? «Nuestros enemigos se burlan (de nosotros)», se lamentaba el Sal. 80: 6. ¿Con esto debemos pensar incluso en *hermanos judíos,* que se frotaban las manos de placer cuando las tropas asirias invadieron Israel del Norte? Entonces el Espíritu Santo hizo ver a Isaías otros tiempos para el pobre Norte en el futuro. En Judá se reían de Galilea:

-«¿Esa oscura Galilea?» Pero el SEÑOR hizo saber: «Mas no habrá siempre oscuridad para la que estuvo en angustia (cuando los salvajes asirios la invadieron)». Como él (sí, ¡él!; así lo vio también el Salmo 80) trajo aflicción en el pasado sobre la tierra de Zabulón y sobre la tierra de Neftalí, así en el futuro traería gloria sobre el camino del mar, el otro lado del Jordán, la comarca de los gentiles (Galilea, en el Norte). El pueblo que anda en tinieblas, ve una gran luz; sobre aquellos que moran en un país de sombra profunda (un país «muerto» tras la invasión y deportación), resplandece una luz», Is. 8: 23-9: 1. Mateo, el evangelista, quien quería ganar sobre todo judíos para Jesús, citó al principio de su evangelio-apología estas palabras de Isaías como cumplidas en Cristo, Mt. 4: 14.

¿Dónde brilló la luz de Cristo como en Galilea? Allí, en aquel oscuro Norte, en el territorio de Zabulón y Neftalí, en pueblecitos como Nazaret, Capernaum y Corozaín, ha brillado la Luz de la forma más gloriosa. Hasta allí envió Dios al ángel Gabriel, pues allí vivía «la bendita entre las mujeres», Lc. 1: 28, María, la madre del Señor Jesús. Allí ahuyentó Jesús las sombras de la muerte, cuando en Naín resucitó al hijo de una viuda, Lc. 7: 11 y s. «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida», Jn. 8: 12. ¿Dónde se obtienen para esto semejantes ocasiones como en Galilea, el país en favor del cual suplicó el

Salmo 80? Allí fueron citados los acongojados discípulos para volver a ver a su Maestro resucitado, Mt. 28: 7

## 3. UNA VEZ MÁS EL PAPA LEÓN Y MARTÍN LUTERO.

El 15 de junio de 1520, el Papa León X interrumpió las carreras de caballos y las obras de teatro en su residencia de verano, Milliano, para escribir una introducción y el final de una nueva encíclica dirigida contra el «hereje» Martín Lutero. Si éste no se retractaba de sus errores dentro de dos meses, sería excomulgado. Ya mencionamos, que el Papa en su introducción a esta bula, hacía una alusión al Salmo 80: «Levántate, oh Señor,... (Exurge, Domine), aboga por tu propia causa..., los zorros están devastando tu viña..., el verraco que ha salido del monte la ha destruido y la bestia del campo la está devorando». El «Santo Padre», que precisamente se encontraba cazando jabalíes, vio en el jabalí salvaje una imagen acertada del fraile alemán Dr. Martín Lutero. Según el Papa León X, Lutero se opuso a la Iglesia Romana como un jabalí salvaje.

Pero el reformador mismo lo vio precisamente al revés: él no era un jabalí salvaje que revolvió y se comió la viña de la Cristiandad, sino que el Papa mismo era el representante de los poderes destructores de la iglesia. El 17 de noviembre de 1520, Lutero respondió al Papa con un escrito que llevaba el igualmente llamativo título: «Adversus execrabilem Antichristi bullam» (Contra la execrable bula del Anticristo).

Aunque recíprocamente opuestos, el Papa León X y Martín Lutero tenían, sin embargo, una cosa en común: ambos veían el Salmo 80 relacionado con los acontecimientos en la *Cristiandad* de su tiempo. Ambos oían hablar al Salmo 80 de la *herencia eclesial* de su siglo. ¿También nosotros oímos a este salmo hablar aún acerca de esa herencia en nuestro siglo? En la medida que la Cristiandad abandona el Pacto de Dios, ganan en actualidad los salmos que comentan la situación de la iglesia de Dios. Por eso queremos comentar algunos de esos salmos en los capítulos siguientes. Pues la viña de la Cristiandad es azotada duramente en nuestro tiempo por los «puercos salvajes» de la crítica a las Sagradas Escrituras, el gnosticismo y muchos otros movimientos destructores de

la fe y la iglesia. ¿Dónde se puede aprender a suplicar la bendición de Dios a este respecto? -¡En la escuela de los «salmos penitenciales en pro de Sión»!

Sin embargo, quien no tiene presente la extensión del círculo del Pacto en nuestro tiempo, y los desastres que causan «puercos salvajes» en la viña de la Cristiandad, dejará a un lado tales salmos como anticuadas rarezas «viejotes-tamentarias». Pero aquellos cuyos ojos fueron abiertos por el Espíritu de Dios al desastre expuesto, encontrarán en salmos como el Salmo 80 un ejemplo de escuela para defensas y súplicas en favor de la «vid» de Dios y su «viña» en nuestro tiempo.

NOTAS

1. Dr. J. R. Callenbach, «Marten Luther», Nijkerk 1917, 136 s.

2. Esta encíclica no era aún la bula de excomunión misma, sino la bula conminatoria. La auténtica bula de excomunión llegó el 3 de enero de 1521 bajo el título: «Decet Romanum Pontificem», Heussi, Kompendium der Kirchengeschichte, 1949, 291. John M. Todd, «Maarten Luther», Roermond en Maasseik MCMLXV, 220, cita el mes de mayo de 1520 como el momento en que al Papa se le inculcó la necesidad de una bula papal contra el cerdo montés alemán».

3. Las primeras palabras de la encíclica por Rinn und Jüngst, Kirchengeschichtliches Lesebuch, 3 Aufl. 1915, 219.

4. H. Lamparter, Das Buch der Psalmen II, 1959, 60: «La oración: «Instáuranos nuevamente» contiene ambas cosas: liberación externa de presión por (parte de) enemigos, y retorno interior en la casa de Dios. Tiene un acento penitencial...»

5. J. Wijngaards, V. T. XVII, 2 (abril 1967), 226. (Artículo: «Death and resurrection in convenantal context, Hos. VI, 2»).

# LOS SALMOS

## Himnario
## de los hijos
## del Pacto

- II -



Esta segunda edición de “Los Salmos” ha sido posible en gran parte gracias a una donación de la Fundación neerlandesa “Pro Religione et Libertate”.

# LOS SALMOS

## Himnario de los hijos del Pacto

## - II -

Rev. Frans van Deursen

Segunda edición: 2003

FUNDACIÓN EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA

(FELiRe)

Invitación y promesa:

*"¡Aleluya!*
*Alaba, oh alma mía, a Jehová.*
*Alabaré a Jehová en mi vida;*
*cantaré salmos a mi Dios mientras viva".*
(Salmo 146: 1)

Las citas bíblicas que aparecen en este libro han sido tomadas, casi exclusivamente, de la versión Reina-Valera, revisión 1960.

Título original: **Psalmen II**
Derechos de edición: Buijten & Schipperheijn, Amsterdam
Traductor: Rev. Juan-Teodoro Sanz Pascual

Primera edición: 1997
Segunda edición: 2003

ISBN: 906311032 4
Depósito Legal: .

Edita y distribuye:
FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
STICHTING UITGAVE REFORMATORISCHE BOEKEN
(FELiRe)
Apartado 1053 - 2280 CB Rijswijk-Z.H. - Países Bajos

Distribuye:
FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
FELiRe, Apartado 96.018, 08080-BARCELONA, ESPAÑA

Diseño portada y composición:
RECURSOS EDICIONES
www.recursosediciones.com

Impreso en Romanyà/Valls, S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

*Printed in Spain*

***NOTA IMPORTANTE***

*Este tomo II cierra nuestro comentario a Los Salmos y sigue, consecutivamente, la paginación iniciada en el tomo I, a efectos de manejar más fácilmente, tanto el registro de textos bíblicos, como el de materias, que añadimos al final del mismo.*

# ÍNDICE

**Capítulo 21**
**SALMO 79: 8: «NO RECUERDES CONTRA NOSOTROS LAS INIQUIDADES DE NUESTROS ANTEPASADOS».** ............... 553

# Capítulo 15

## SALMO 59: UN SALMO DE VENGANZA DE DAVID, CUANDO SAÚL CASI LE DIO MUERTE

Es de noche en Gabaa[1].

Por los alrededores de la casa de David se cuela una patrulla de soldados del rey Saúl. Han recibido encargo de evitar, a cualquier precio, que el yerno del rey abandone su casa. David debe ser arrestado. Su sentencia de muerte, por así decirlo, ya está firmada; y su último día de vida parece haber llegado. Esto no obstante, dentro del recinto, los guardianes se han dado cuenta de lo que ocurre. ¡Reina gran temor y consternación! David y Mical son profundamente conscientes de que no tienen que hacerse ilusión alguna acerca de las intenciones de Saúl. David debe ser quitado de en medio.

Esta noche tan tensa marca el trasfondo del Salmo 59.

Como es natural, no tenemos que suponer que David estaba sentado escribiendo este poema mientras la patrulla de arresto de Saúl merodeaba en torno a la casa, y Mical preparaba su evasión. David, solo más tarde habrá hecho constar por escrito cuánto valor le tuvo que echar en aquella noche terrible, y lo que entonces suplicó al SEÑOR.

Es comprensible que pidiera ayuda y salvación; pero también que implorara la muerte y la perdición de sus enemigos. En su angustia, David clamó en aquella noche: «Oh Dios, dales muerte..., extermínales en tu ira...» Pero más de un lector de la Biblia apenas podrá aprobar estas súplicas. Pues bien; David era simplemente un hombre; quizá tenía un miedo mortal; pero, ¿aun entonces puedes, como hijo de Dios, pedir la muerte de tus enemigos? Ante semejantes súplicas de maldición, muchos cristianos ponen cara de preocupación; ya las lean ahora en el Salmo 59, o en los Salmos 5, 35, 58, 69, 109 y 137.

Pero, ¿se condena con razón tales peticiones?

## 1. EPÍGRAFE Y CONTEXTO.

Ya advertí hace un instante, que aquella noche tensa forma el contexto del Salmo 59; al menos si consideramos exacto el epígrafe situado encima del salmo: «Al músico principal; sobre No destruyas. Miktam de David, cuando envió Saúl (mensajeros), y vigilaron la casa para matarlo». Más de un comentarista no atribuye valor histórico alguno a este epígrafe[2]. Pero, ¿qué ponemos en su lugar? Suposiciones infundadas y explicaciones atemporales. Nosotros estamos muy de acuerdo con lo que C. H. Spurgeon hace notar acerca de este epígrafe: «No hay ningún versículo que sea incompatible con él, mientras que, en ciertos versículos, las palabras encajan muy bien para esta ocasión»[3]. Por lo cual, nosotros queremos disponernos a leer el Salmo 59 sobre el trasfondo o contexto de 1 Samuel 18 y 19, donde se relatan los acontecimientos a los que alude el epígrafe.

### *El preludio de aquella noche tensa.*

Tengamos cuidado de que involuntariamente no hagamos de David una especie de semidios, pues era un hombre joven normal y corriente de unos veinte años, que amaba a su mujer, y que también podía asustarse, aunque para entonces ya había vencido a Goliat. David y Mical deben haber pasado por horas muy angustiosas, «cuando envió Saúl (mensajeros), y vigilaron la casa para matarlos». Tanto más, cuanto que anteriormente ya habían soportado tanta amenaza.

Todo esto había comenzado inmediatamente después que David derrotara a Goliat, y las mujeres y jóvenes israelitas recibieran a los vencedores cantando aquel estribillo: «Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles», 1 S. 18: 7. «Y se enojó Saúl en gran manera, y le desagradó este dicho, y dijo: A David dieron diez miles, y a mí miles; no le falta más que el reino. Y desde aquel día Saúl no miró con buenos ojos a David», 1 S. 18: 8–9. A la mañana siguiente, ya intentó por dos veces herir a David con su lanza. Al fallarle esto, nombró a David capitán del ejército, esperando que su rival pereciera en una acción militar. Cuando tampoco esta astucia ayudó, Saúl le prometió su hija Mical por mujer con la condición de que pagara como dote cien prepucios filisteos. Quizá perecería al intentar hacerse con esta dote. Después de que todos estos planes astutos le hubiesen fallado, Saúl llegó a decir abiertamente a sus cortesanos, que quería matar a David. Jonatán pudo, inicialmente, impedírselo a su padre, haciéndole declarar bajo juramento que no mataría a David; pero, poco después, Saúl rompió su juramento. En la víspera a la noche del Salmo 59, Saúl arrojó, por tercera vez, su lanza contra David.

Apenas rehechos del susto por el enésimo atentado de Saúl, David y Mical oyen ir y venir soldados durante la noche. Mical no duda un momento de la gravedad de la situación, y dice a David: «Si no salvas tu vida esta noche, mañana serás muerto», 1 S. 19: 11. Se ha supuesto, que la casa de David estaba edificada lo mismo que la de Rahab, contra el muro de la ciudad (Jos. 2). Así resulta comprensible que Mical salvara a su marido haciéndole descender desde la ventana por el muro de la ciudad. Después de lo cual, le procuró la ganancia de tiempo necesaria para engañar a la patrulla de arresto con el terafín en la cama de David, 1 S. 19: 11–17.

Esto es lo que había vivido David cuando compuso el Salmo 59.

Un par de auténticos atentados de muerte. Encerrado en su casa como un pájaro en su jaula. Con los cómplices de su enemigo mortal a la puerta. ¿Quién no temblaría ante esto?

Por lo demás, estas tensiones tampoco le tuvieron sin cuidado a David, como aún veremos en el Salmo 56. La reacción de su castigado sistema nervioso no se haría esperar.

Nuestro plan ahora es, primero, comentar el Salmo 59, y

a continuación los Salmos 56, 57, 34 y 52. Nos gusta leer estos Salmos en ese orden, porque los acontecimientos cantados en ellos también tuvieron lugar durante la persecución de David por Saúl. El Salmo 59: cuando Saúl casi le dio muerte. El Salmo 56: cuando los filisteos le arrestaron en Gat. El Salmo 57: cuando David huyó de Saúl a la cueva Adulam. El Salmo 34: es alabanza y sabiduría desde la cueva de los perseguidos; y el Salmo 52: narra lo ocurrido tras la matanza de los sacerdotes de Nob.

*'al tasjet.*

Acerca de la palabra miktam del epígrafe ya hablamos con ocasión del comentario al Salmo 16 (cf. Los Salmos I, 7, 189, FELiRe 1996). También las palabras «No destruyas» (en hebreo: *'al tasjet*) siguen teniendo algo enigmático. Ciertos traductores de la Biblia sospechan, que la frase «No destruyas» eran las primeras palabras de un conocido verso o estrofa con cuya melodía debía ser cantado o tocado el Salmo 59.

La Pesitta (una antigua versión siria del Antiguo Testamento, probablemente del siglo II d. C.) ya daba una explicación de «*'al tasjet*» que aún merece tenerse en cuenta. El teólogo holandés Coccejus la reprodujo en el siglo XVII, y también fue expuesta en el siglo pasado[4]. Durante sus años angustiosos, David habría puesto en sus labios frecuentemente como una especie de «oración fulgurante» las palabras «*'al tasjet*»: no (me) destruyas (oh Dios)».

Sin embargo, ¿no podrían tomarse las palabras «*'al tasjet*» como una corta descripción proverbial de la *actitud* de David durante la persecución a que fue sometido por parte de Saúl? En una ocasión, Saúl yacía durmiendo a los pies de David. Entonces, Abisaí susurró: «Déjame que le hiera con la lanza». Pero David se lo prohibió, y ciertamente con las mismas palabras hebreas que encontramos en los epígrafes que encabezan los Salmos 57, 58, 59 y 75: «No le mates (*'al tasjet*, «No destruyas»), porque, ¿quién extenderá su mano contra el ungido de Jehová?», 1 S. 26: 8–9 [5].

¿Y no fue «*'al tasjet*» efectivamente el código según el cual David determinó su actitud durante los años de la persecución a que fue sometido? ¡No destruir! ¡No vengarse uno mismo! ¡Dejar lugar a la ira de Dios! No dar rienda suelta al parti-

dismo personal, sino interponer recurso de apelación cerca del SEÑOR. Así mostró David ser «el varón según el corazón de Dios», cf. 1 S. 13: 14, Hch. 13: 22. Por más que Saúl le tratase injustamente, la actitud de David siguió siendo la de un: «*'al tasjet*», no hacer mal a Saúl. Aun cuando incluso un solo golpe de dardo hubiera podido acabar con todas las miserias de David, 1 S. 24 y 26.

Esta explicación de «'al tasjet» es para nosotros tanto más atractiva ¡cuanto que estas palabras están aquí sobre un salmo de venganza! ¿Quizá como una especie de palabra clave? David mismo no destruye a Saúl y su camarilla; y suplicó si Dios lo quería hacer.

## 2. Vs. 1–10: ¡SÁLVAME DE HOMBRES SANGUINARIOS!

El *lenguaje* del Salmo 59 indica claramente a un poeta–soldado. Usa términos como: obras de defensa, alzarse en armas, Dios de los ejércitos, mi fortaleza y aun otros términos militares semejantes. Pero el *contenido* es característico de un humilde que tiene aversión a todos los métodos de lucha mundanos para el reino de Dios. Esto se evidencia realmente cuando ahora nos disponemos a leer lo que David, en y después de aquella noche tensa, oró, hizo y dejó de hacer.

Versículo 1:

> *«Líbrame de mis enemigos, oh Dios mío;*
> *ponme a salvo de los que se levantan contra mí».*

Así oró David, el vencedor de Goliat y el favorito de todo Israel y Judá, 1 S. 18: 16. Las mujeres y jóvenes le cantaban canciones. Los soldados exponían su vida por él; y lo que aun pesaba mucho más en la balanza: Samuel le había ungido en nombre del SEÑOR como futuro rey de Israel. ¿Y qué hace ahora este popular David? ¡Orar y huir! Después de su fuga, huyó junto a Samuel, 1 S. 19: 18.

Esta forma de actuar procede realmente de un espíritu muy distinto del que también muchos cristianos actualmente viven y razonan; los cuales fácilmente podrían imaginarse que David podía hacer pública la convocatoria siguiente: –»El régimen

de Saúl, a causa de los atentados mortales contra el fiel oficial David, se ha hecho culpable de una violación tan intolerable del derecho que no puede ser reconocido por más tiempo como la autoridad legítima israelita. ¡Israelitas, a las armas! ¡Contra el dictatorial Saúl; pero, por el entretanto señalado por Dios como su sucesor legal, David!»

¡Qué gran tentación para David iniciar este camino revolucionario! La historia del posterior Reino de las Diez Tribus hace ver cómo capitanes del ejército cual Baasa, Zimri, Omri, Salum, Manahem, Peka y Oseas abusaron de su poder militar para destronar al rey. Pero David *huyó* e interpuso apelación *en oración* ante el Juez de cielo y tierra. Pues, ¿quién le podía proporcionar justicia en Israel ahora que Saúl, juez supremo, le perseguía? «Líbrame de mis enemigos, oh Dios», suplicó David; y nada «hizo» después.

Así se mostró David, una vez más, como «el varón según el corazón de Dios».

Mediante su respeto por Saúl como «ungido del SEÑOR».

Porque entregó su causa en la manos de Dios, y esperó largos años la intervención de Dios; y constantemente se acordó de: «¡'al tasjet!» «¡No le destruyas!» De este modo, vivió del mismo Espíritu que nuestro Señor Jesucristo, «quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente», 1 Pe. 2: 23. Esperar en Dios es, por otra parte, mucho más difícil que ceder a un ansia de actuación incrédula, ¡aunque ésta opere bajo una bandera llamada creyente!

Versículo 2:

*«Líbrame de los que cometen iniquidad,*
*y sálvame de hombres sanguinarios».*

Es estupendo que conozcamos tan exactamente la situación histórica de este salmo. Ahora podemos leerlo concretamente y no con un tinte vagamente religioso. Pero, esto no obstante, se crean nuevas dificultades. Precisamente ahora que conocemos tan bien la situación histórica, nos llama la atención aun más la *manera* de orar de David.

Las expresiones o términos que usa están realmente en pugna flagrante y en contradicción con los conceptos que la religiosidad comúnmente cristiana adopta actualmente acerca del

amor fraternal. ¿Quién se atrevería hoy día a calificar a cristianos hermanos como lo hace aquí David? ¡»Hombres sanguinarios» y «practicantes de iniquidad», les llama en este versículo!, cf. Los Salmos I, 3. 8., 95ss. ¿Era esto realmente fraternal por parte de David? ¿Censurar a Saúl y los suyos con palabras tan duras? Bien, era una equivocación lo que éstos hicieron; pero David ¿no debía haber hecho todo lo posible por su parte, para retenerles en amor? Todos los israelitas, Saúl lo mismo que David, ¿acaso no eran todos pueblo de Dios, y así recíprocamente hermanos?

Este modo de hablar se halla actualmente en el aire.

Guido de Brès no sólo redactó la Confesión de Fe Belga o de los Países Bajos (cf. *Creemos y Confesamos*, FELiRe 1987), sino que también la selló con su sangre, y dejó atrás a su mujer con un gran número de hijos. Pero crece una religiosidad generalmente cristiana que preferentemente desdibuja lo más posible y presenta como relativas toda clase de líneas divisorias entre obediencia y desobediencia a la Palabra de Dios; y también líneas divisorias desde la historia de la iglesia, como aquellas por las que Guido de Brès entregó su vida.

Semejante religiosidad que todo lo desdibuja y confunde, vista superficialmente, parece hablar desde el amor cristiano, y David, con su Salmo 59, parece un hombre cordial. ¡Alguien que se atrevió a llamar «enemigos» y «hacedores de injusticia» y «hombres sanguinarios» a hermanos!

Sin embargo, este modo de hablar se encuentra a través de toda la Sagrada Escritura.

Aquí habló David no precisamente de «forma típica del Antiguo Testamento», pues nuestro Salvador mismo también dijo a sus discípulos: «He aquí, yo os envío como ovejas en medio de *lobos*», Mt. 10: 16; y con ello se refería a israelitas enemigos de la Palabra, pues, un momento antes, (v. 5), ordenaba expresamente: «Por camino de gentiles no vayáis» (el encargo de predicar a los gentiles recién llegó en Mt. 28: 19). Según nuestro Salvador, por eso mismo sus discípulos encontrarían «amigos lobos» en *Israel*. En consecuencia, David no se propasó en modo alguno, cuando, después del enésimo atentado de Saúl contra él, calificó tanto al monarca como a sus seguidores de «hacedores de injusticia» y «hombres sanguinarios».

Ya en el tomo I, cap. 3, 86 ss. vimos, que las Sagradas Escrituras no acostumbran a calificar, sin ton ni son, de «pecadores» a todos los miembros del pueblo de Dios, aunque no hay nadie que no haga pecado. Aquí vemos, que ellas tampoco dicen: –»todos los hombres quieren decir lo mejor» o «tienen las mejores intenciones». La Palabra de Dios habla haciendo mayores distinciones de lo que frecuentemente ocurre en el lenguaje generalmente cristiano; y distingue más profundamente, por ejemplo, entre opresores y oprimidos, angustiados y angustiadores *dentro del pueblo de Dios*. ¿Acaso no hubo una diferencia profunda entre los hermanos durante la llamada «Noche de San Bartolomé» en París? ¿Acaso en el siglo XVI no había muchos *cristianos*, auténticos «hombres sanguinarios» para con sus *hermanos*? Aunque, además de esto, no siempre es preciso que verdaderamente se derrame sangre. Así, Juan Calvino, respecto a este salmo, habla de «enemigos interiores que atormentan a los creyentes, bajo el pretexto de la fraternidad, y turban el orden que ha sido puesto por Dios en la iglesia»[6]. Juan Calvino pudo tomar parte en la controversia: vivió en el siglo de la Inquisición y en la matanza de los Hugonotes (París, 23–24 agosto 1572); pero también en la polémica con los rebautizantes.

David no cita nombre alguno en este salmo; lo cual hace a su oración apropiada como modelo de oración por hermanos que, en otras situaciones, serían angustiados por «hombres sanguinarios» y «obradores de injusticia». El espíritu del siglo puede condenarla, ¡pero el Espíritu de Dios la inspiró!

Versículo 3ab:

*«Porque he aquí están acechando mi vida;*
*se han juntado contra mí poderosos».*

Efectivamente, ¡poderosos acechan y conspiran! ¿Qué otra cosa habían hecho Saúl y los suyos? En la oscuridad nocturna dan vueltas alrededor de la casa de otro e intrigan en la corte contra David. Sin embargo, éste no se imaginaba nada, a pesar de su popularidad tras la victoria sobre Goliat. «Yo soy un hombre pobre y de ninguna estima», dijo en una ocasión a los palaciegos de Saúl, 1 S. 18: 23; y aún respeta mucho a sus perseguidores; pues aquí les llama «poderosos». Durante

muchos meses le habían acechado, hasta que rodearon su casa. «Oh SEÑOR, *mira*, están acechando mi vida».

Jeremías, siglos después, sufrió algo parecido: «Yo era como cordero inocente que llevan a degollar». Pero sus propios paisanos prepararon planes para quitar de en medio al profeta, Jer. 11: 18–19. ¿Y cuántos no siguieron el mismo camino del sufrimiento tras David y Jeremías?

¿Se habrá referido nuestro Salvador también al Salmo 59 cuando después de su resurrección recordó «todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos»?, Lc. 24: 44. ¡Cuánto le acecharon también a él los líderes de la iglesia como auténticos «hombres sanguinarios»!, Mt. 12: 14, 16: 1, 22: 15, 26: 3–5 y 14–16 y 47–48.

Versículo 3c–4a:

*«No por falta mía,*
*ni pecado mío, oh Jehová;*
*sin delito mío corren y se aperciben».*

¿Acaso David era un oficial rebelde que se había sublevado, de manera que Saúl debía arrestarle, para evitar lo peor?[7]. Precisamente David había prestado al rey inapreciables servicios y beneficios. Más tarde mostró, una vez más, su lealtad de forma inequívoca, cuando perdonó la vida al durmiente Saúl: «Mira, padre mío, mira la orilla de tu manto en mi mano, y no te maté. Conoce, pues, y ve que no hay mal ni *traición* en mi mano, ni he pecado contra ti», 1 S. 24: 11.

¡Esto era efectivamente amar a tu prójimo como a ti mismo!

Por otra parte, tampoco oímos al mismo David afirmar aquí muy «amablemente», que «todos nosotros tenemos culpa» de esta grave situación, porque «todos nosotros somos pecadores miserables»; lo mismo David que Saúl. Antes lo contrario; David no duda en declarar a los oídos de Dios, que él, en este asunto, era inocente ante Saúl. Incluso de muy buena fe tuvo que soportar atentados mortales y el asedio de su casa (habla como militar acerca de efectuar cargas y tomar posiciones)[8]. Al comentar el Salmo 26 (cf. Los Salmos I, 8, pp. 215ss.), ya hicimos notar, que la forma en que David aquí expresa su inocencia, ya hace mucho que ha caído en desuso entre nosotros los cristianos. En nuestro tiempo, según

el gusto de muchos, David debía haber dicho: –»Hermanos, ¡todos somos culpables de la contienda actual!» Así pues, también Jeremías debió haber dicho algo parecido a los hombres de Anatot que querían eliminarle; e incluso a nuestro Señor Jesucristo se le podría reprochar, que no «retuvo» mejor a los hermanos del Sanedrín.

Pero, como queda dicho, David no usa aquí semejante lenguaje «cariñoso» en el Salmo 59. ¿Acaso no fue perseguido siendo inocente? En estos casos, ¿exige la Palabra de Dios, que uno se declare realmente culpable? Para entender algo más acerca de tales protestas de inocencia, nos permitimos indicar a nuestros lectores el comentario del Salmo 26 (cf. Los Salmos I, 8, 215ss., FELiRe 1996).

Versículos 4b–5:

*«Despierta para venir a mi encuentro, y mira,*
*y tú, Jehová de los ejércitos, Dios de Israel,*
*despierta para castigar a todas las naciones (o*
*como traduce la Biblia de Jerusalén: álzate*
*a visitar a todos los gentiles)*
*no tengas misericordia de todos los que se rebelan*
*con iniquidad».*

¿Que es lenguaje impertinente decir a Dios: «¡Despierta!»? El Espíritu de Dios nos invita a este atrevimiento. Así le fue permitido a David orar en peligro de vida. Es sorprendente que, además, llame al SEÑOR «Dios de los ejércitos». Saúl movilizó soldados; pero David, el popular general, renunció completamente a la violencia militar en su camino hacia el trono, y clamó al Dios de los ejércitos celestiales (cf. Los Salmos I, 12, 2, 315–316, FELiRe 1996). En la época de David, aún no hacía mucho tiempo que el SEÑOR había hecho colaborar en la batalla a su mundo de las estrellas, para salvar a su pueblo, Jos. 10.

En este v. 5, David califica a sus enemigos de «los que se rebelan con iniquidad», o sea, los «traidores injustos». ¿Qué otra cosa eran? «He aquí el rey te ama, y todos sus siervos te quieren bien; sé, pues, yerno del rey», decían los cortesanos de Saúl, pero el precio nupcial debería costar la vida de David, 1 S. 18: 20–21, 19: 1.

¿Acaso esto no era trapisonda o negocio *mundano* y maneras paganas? Es preciso entender muy bien, que aquí David pide a Dios, que «castigue a todas las *naciones* (gentiles)». Como explicación de esta petición se ha aceptado, que el poeta hablaba en medio de una población mezclada, en parte israelita y en parte gentil[9]. Esta es una de las razones por la que se duda del valor histórico del epígrafe. Se tomaba literalmente la palabra «gentiles», y entonces se entraba en conflicto con 1 S. 19, donde sólo se habla de israelitas. Sin embargo, la dificultad desaparece cuando aquí oímos a David tipificar a Saúl y los suyos como «gentiles», (cf. Sal. 9: 15: «Se hundieron las naciones –V. Reina–Valera. «Se hundieron los gentiles» –Sal. 9: 16, V. Biblia de Jerusalén). Estos eran israelitas «que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten», Ap. 3: 9. ¿Acaso esto no está expresado de forma extraña? ¿Cuán frecuentemente nuestro Salvador no ha designado con la palabra «mundo» a los líderes eclesiales judíos y a sus secuaces?, cf. Jn. 16: 2 y 33, 18: 20. ¿En qué se diferenció el ansia de muerte de Saúl y la actitud traidora de lo que los gentiles hacen? Por lo demás, nosotros mismos hablamos también de «ser entregado a los gentiles»; y quizá entonces estamos pensando en cristianos. ¿Acaso Barrabás es también otra palabra en lugar de gentil?. Por eso, en el versículo 5b, no leemos en modo alguno una súplica de castigo sobre todos los pueblos gentiles. ¿Qué pintan éstos aquí de repente en una oración con motivo de persecución por parte de *hermanos*? No; ¡los *hermanos* de David se comportaron como auténticos gentiles!

Pero, ¿por eso mismo le estaba permitido orar, que Dios no les mostrase «gracia alguna»? ¿Le es lícito a un hijo de Dios pedir algo así? ¿O acaso la iglesia de Dios apenas ha superado esto bajo el Nuevo Testamento? Estos interrogantes queremos tratarlos en el v. 11.

Versículo 6:

*«Volverán a la tarde[10], ladrarán como perros,*
*y rodearán la ciudad».*

En Israel, los perros no hacían función de fieles amigos de casa, sino que todos eran perros de calle; animales nauseabundos, flacos y hambrientos. De día yacían durmiendo

al sol, y luego, al llegar la noche, daban vueltas por la ciudad aullando y ladrando en busca de algo comestible. Actualmente, algunos pueblos orientales se vuelven inseguros por causa de semejantes perros semisalvajes.

En esto debió pensar David cuando, durante la noche, se dio cuenta de la presencia de los cómplices de Saúl. «¡Perros aulladores dispuestos para tomar la presa!» ¡Perros que merodean en la calle, para atrapar a un justo como David! Entonces te pareces a un vulgar perro de calle oriental[11].

Versículo 7:

*«He aquí proferirán con su boca;*
*espadas hay en sus labios,*
*porque dicen: ¿Quién (nos) oye?*

Saúl, como es natural, quiso dar una aparente base de derecho a la acción de persecución contra el popular David, organizando una campaña de calumnias en la que puso a David tan negro que gentes crédulas la tomaron como verdad; tal cual ocurre muchas veces con especiales mentiras piadosas.

¡Y todo ello como si el SEÑOR tampoco lo oyese!

Pero esta fue siempre una de las características de los impíos dentro del pueblo de Dios: pese a la externa apariencia de religiosidad, comportarse *en la práctica* de la vida como si el SEÑOR nada viera, nada notara y nada oyera. Por eso, la Sagrada Escritura les llama también *necios*, (cf. Los Salmos I, 3. 4. 80–82, FELiRe 1996). También Saúl obró así; tomando a cada momento el nombre del SEÑOR en sus labios, pero no teniendo en cuenta que Dios también oía las duras mentiras sobre David.

Bajo la apariencia del hombre sabio y creyente que tenía presente el bienestar de Israel, Saúl y sus secuaces merodeaban con «espadas en sus labios». Pues, «¿quién (nos) oye?», parecían decir[12].

Versículos 8–10:

*«Mas tú, Jehová, te reirás de ellos;*
*te burlarás de todas las naciones (=gentiles).*
*A causa del poder del enemigo esperaré en ti,*
*porque Dios es mi defensa*[13].

*El Dios de mi misericordia irá delante de mí;*
*Dios hará que vea en mis enemigos mi deseo»*[14].

También aquí habla claramente un soldado–poeta[15]; mas, uno que ciertamente puede y sabe usar términos militares, pero que renuncia completamente al poder militar, para conseguir la realeza sobre Israel. Para lo cual se fía y se abandona plenamente a la promesa del SEÑOR, aunque sus asesinos le persiguen muy de cerca. «¡Después me regocijo en mis enemigos!» Con esta firme seguridad contaba David en la intervención del SEÑOR. En este antiguo salmo, David ya es «David» de los pies a la cabeza, el hombre que daba a Dios la oportunidad de mostrarse Dios.

### 3. Vs. 11-13: «¡OH DIOS, MÁTALOS...!»

Versículos 11–13:
*«Oh Dios, mátalos, para que mi pueblo no tropiece;*
*dispérsalos con tu poder, y abátelos,*
*oh Jehová, escudo nuestro.*
*Por el pecado de su boca,*
*por la palabra de sus labios,*
*sean ellos presos en su soberbia,*
*y por la maldición y mentira que profieren.*
*Acábalos con furor, acábalos,*
*para que no sean;*
*y sépase que Dios gobierna en Jacob*
*hasta los confines de la tierra».*

En primer lugar, diré algo sobre la versión de estos versículos[16].

En este punto, nos adherimos a la versión del autor de este libro al v. 11a, y luego seguimos la versión Reina–Valera para el resto.

La versión Reina–Valera así como la inmensa mayoría de las consultadas, traducen el v. 11a: «*No* los mates,...» David, pues, habría pedido, que el SEÑOR quisiera exterminar a los enemigos, pero lentamente, «para que mi pueblo no olvide». Sin embargo, ¿por qué las gentes olvidarían ciertamente una destrucción repentina? Es mucho mejor leer y traducir aquí,

como sigue: «Oh Dios, mátalos, para que mi pueblo no tropiece»[17]. A nosotros nos parece, que esta versión encaja mejor en el contexto de los versículos 11–13. Según las otras peticiones hechas en estos versículos, sin duda alguna David pidió, que Dios realmente quisiese exterminar a sus enemigos. «Dispérsalos con tu poder, y abátelos (en el reino de los muertos)... Acábalos con furor, acábalos...» Todas son peticiones suplicando la desaparición de los enemigos de David. «Mátalos» encaja, pues, aquí mejor que «No los mates».

Ahora sigue el contenido de estos versículos.

*a. ¿Podía David orar así?*

«¡Mátalos,..., destrúyelos...!» ¿Qué te parecen semejantes súplicas en labios de un hijo de Dios? ¿No enseñó nuestro Salvador: «Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos»?, cf. Mt. 5: 44–45. ¿Y también: «Haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen»?, Lc. 6: 28. ¿Y el Señor Jesús no oró en la cruz por sus enemigos: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»?, Lc. 23: 34. ¿Y Esteban no siguió en esto a su Maestro?, Hch. 7: 60. Asimismo los apóstoles, ¿no nos han enseñado: «Bendecid a los que os persiguen, bendecid, y no maldigáis»?, Ro. 12: 14; y «mirad que ninguno pague a otro mal por mal; antes seguid siempre lo bueno unos para con otros, y para con todos», 1 Ts. 5: 15, cf. Ro. 12: 19, 1 P. 4: 19.

¿Cómo puede, pues, compaginarse jamás esto con la oración de David? Tampoco se puede decir, que David aún no podía conocer este asunto, pues el amor a los enemigos ya se enseñaba también en el Antiguo Testamento; léanse los pasajes: Ex. 23: 4ss, Lv. 19: 18, Pr. 20: 22, 24: 17, 25: 21ss, Job 31: 29ss.

En base a estas y otras citas bíblicas semejantes, con frecuencia se ha condenado a los llamados salmos «vindicativos» (5, 35, 58, 59, 69, 109 y 137). Bajo la influencia del huma-

nismo con su ídolo «el Hombre Noble, que a nadie hace mal», se declaró e interpretó estos salmos como que están en pugna con las Sagradas Escrituras y, consecuentemente, con el mandamiento del amor del Señor Jesucristo y sus apóstoles. Los salmos vindicativos serían, de hecho, anticristianos. Otros se dejaron guiar por sus sentimientos, en base a esto, incluso creyeron ilícito implorar, frente a un enemigo, la maldición de Dios sobre el mismo.

Concedo que en esa condena se alegaban circunstancias atenuantes que, en cierta manera, disculpaban a los salmistas pertinentes, diciendo, que ellos vivieron en un tiempo muy diferente; que la mentalidad de entonces era muy distinta; que aún vivían bajo el Antiguo Testamento; que aún no conocían la enseñanza del Señor Jesús; que eran orientales apasionados; que el lenguaje ardiente de estos salmos encaja en semejantes temperamentos; que también en Babilonia se conocían tales formas de maldición, etc. etc. Y que, por consiguiente, no se quería imputar a los salmistas sus oraciones de venganza; pero se entendió, que un cristiano difícilmente puede poner en sus labios semejantes oraciones.

Esto no obstante, precisa poca demostración, que quien así está acusando y excusando a determinados salmistas, de hecho se halla ocupado en acusar y excusar a Dios el Espíritu Santo mismo, Autor de todas las Sagradas Escrituras. Pero, parece ser, que aquí «la inteligencia y el sentimiento» se hallan como «autoridades autónomas» en el tribunal, para juzgar soberanamente acerca de la Santa y Fiel Palabra de Dios. Ya mencionamos la influencia del humanismo con su «Hombre Noble» soberano. En esta crítica a las Sagradas Escrituras paladeamos nuevamente el evolucionismo que ya señalábamos en la reflexión del Salmo 16, cf. Los Salmos I, 7, 202–203. No sólo este mundo, sino también el conocimiento de Dios ya habría evolucionado más noble– y altamente, según este dogma falaz a lo largo de los siglos. A los salmos vindicativos se los podría comparar, en este marco del pensamiento, con convulsiones en el conocimiento de Dios, de las que ahora, felizmente, estamos libres –según nos dicen.

Esto no obstante, en la explicación de la Palabra de Dios, no podremos dejar entrar en juego ni nuestra inteligencia, ni nuestro sentimiento, ni las hipótesis evolucionistas como

autoridades, sino únicamente la misma Palabra de Dios; y en ella también están los Salmos vindicativos. Frente a este hecho, sólo nos corresponde una actitud: someternos humildemente a ella.

*b. ¡Pero David no se vengó por sí mismo!*

Es verdad que el Apóstol escribió: «No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, dice el SEÑOR», Ro. 12: 19; Dt. 32: 35. ¡Y esto es lo que, precisamente David, llevó a la práctica! David no se vengó por sí mismo de sus enemigos. Todo este Salmo 59, inclusive las súplicas por la ruina de sus enemigos, aportan la prueba de que David, muy fervientemente, hizo esto: «Dejar lugar a la ira de Dios». David dio a Dios plenamente ocasión de tomarse esa venganza contra Saúl; y no convocó a sus partidarios a una guerra de guerrillas contra el monarca reinante. David *huyó*, y suplicó ayuda al SEÑOR en oración; con lo cual actuó total y completamente en el Espíritu de nuestro Señor Jesucristo, pues también él, «cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente», 1 P. 2: 23.

Hay cristianos que a oraciones como las que comentamos, las consideran severamente como duras y desamoradas. Pero, ¡qué ocurre cuando son sus propios derechos los que deben ser mantenidos o defendidos! Entonces echan mano, sin inconveniente alguno, de toda clase de medios de poder mundanos; sí, incluso de los medios violentos, aun cuando el camino de la justicia aún esté totalmente abierto para ellos. Cabe preguntarse, pues, de dónde tales cristianos se sacan el derecho de condenar a David. Un régimen impío pisoteó sus derechos, y no había juez ante el cual pudiera presentar su demanda. Saúl mismo, el juez supremo, le intimidaba. En esta situación, David, el popular general, renunció a toda violencia, y no hizo otra cosa que pedir mediación a Dios, ¡pero no levantó ni un dedo contra su rey!

En lugar de por el dilema: ¿amor o venganza?, el comentario de los salmos vindicativos podía estar dominado mejor

por esta disyuntiva o antítesis: ¿mantener *tú mismo* tu derecho con todos los medios, o (en caso de un camino de derecho agotado) dejarlo *a Dios*? Esto último hicieron justos como David y los poetas–autores de otros salmos vindicativos; incluso bajo el régimen del impío Saúl, o bajo el poder mundial babilónico que pisoteó el derecho de Israel (cf. Sal. 137). En este aspecto, su actitud se diferencia fuertemente de la mentalidad macabea de un cristianismo activista y revolucionario.

*c. ¡Y David amó a sus enemigos!*

Reprender a David porque debía haber amado a su enemigo en lugar de implorar sobre él cosas tan terribles, tampoco es un argumento válido, ¡puesto que amó muy mucho a su enemigo!

En dos ocasiones, Saúl casi le había empalado contra la pared. ¡Esto no debes olvidarlo! ¿Habrías tú vuelto junto a un hombre así, para calmarle con tu música de cuerdas? David lo hizo, 1 S. 18: 11 y 19: 10. ¿Amaba, pues, a su enemigo, o no? Más adelante, el libro Samuel permite ver en dos largos capítulos, que David dejó pasar dos ocasiones estupendas para asesinar a su enemigo mortal, aunque no precisó él mismo darle el golpe mortal, 1 S. 24 y 26. Saúl mismo reconoció después: «Más justo eres tú que yo, que me has pagado con bien, habiéndote yo pagado con mal...», 1 S. 24: 17–18. ¿Quieres un testigo más insospechado del amor de David a su enemigo que ese enemigo mismo? Lee también alguna vez el conmovedor «Memorandum» que David compuso no sólo a la muerte de su amigo Jonatán, sino también en honor de su enemigo Saúl, y verás asimismo en ello cuánto amó a su enemigo el poeta–autor del Salmo vindicativo 59, 2 S. 1: 17–27.

*d. Además, David revistió de razones estas peticiones.*

Pero, si David no oró desde el odio personal o ansia de venganza para la ruina de sus enemigos, ¿por qué lo hizo realmente? La explicación debemos buscarla en el amor extraordinario al SEÑOR. Este amor al SEÑOR era el motivo o resorte, tanto para acercarse al gigante Goliat, como para componer este salmo. Esto se evidencia perfectamente cuando

consideramos las razones con que David ha revestido sus discutidas peticiones. Presentó sus ruegos al SEÑOR por las cuatro razones siguientes: 1. por el bienestar del pueblo de Dios; 2. por la soberbia de los enemigos de Dios; 3. por el derecho de la ira de Dios; 4. por el reconocimiento de la soberanía de Dios. Asuntos todos que afectaban mucho más la justicia de Dios que los intereses particulares de David.

*e. Por causa del bienestar del pueblo de Dios.*

Como ya hicimos notar, preferimos la siguiente versión del v. 11: «Oh Dios, *mátalos*, para que mi pueblo no tropiece», en lugar de la versión de Reina–Valera: «*No* los mates, para que mi pueblo no *olvide*»[18] . Una petición de matar realmente, en relación con las súplicas de hundimiento expuestas en el salmo, nos parece –como se suele decir– más adecuada que un ruego de no matarlos. Y el «no tropiece», nos parece también encajar o adecuarse mejor que el «no olvide». Pues, ¿cuál era el marco histórico más amplio?

*Poco después de la época de los jueces.*

La época de los jueces concluía en los años jóvenes de David. Samuel, el último juez, aún vivía. David, después de su exitosa huida, se fue a ver a Samuel en Ramá, 1 S. 19:18. Muchos en Israel habían visto con gozo cómo después de la terrible canaanización político–religiosa se abría camino en Israel un movimiento muy prometedor para volver al SEÑOR y a su Pacto mediante la enseñanza de la Palabra por parte de Samuel, 1 S. 4: 1a.

Es cierto que el espíritu desde el que Israel pidió un rey significó un retroceso al culto pagano del poder humano e idolatría con un gran hombre («nuestro rey nos gobernará, y saldrá delante de nosotros, y hará nuestras guerras», 1 S. 8: 20), pero el comienzo del régimen de Saúl parecía muy prometedor. El Espíritu del SEÑOR le asió, y Dios estuvo con él, 1 S. 10: 6 ss. «Y (Saúl) salvará a mi pueblo de la mano de los filisteos», dijo el SEÑOR, 1 S. 9: 16. Sin embargo, nada de esto se logró. Con la muerte de Saúl, los filisteos eran soberanos en Canaán; pues, aunque Saúl, gracias al Espíritu de Dios, libertó a Jabes en Galaad, después de esto se re-

veló cada vez más como un hombre que amenazó con romper totalmente la obra reformadora de Samuel.En lugar de abandonarse al Rey Soberano de Israel, como un humilde virrey lleno de confianza, Saúl acudió cada vez más a los medios de poder mundanos, como a un ejército poderoso; pues, sin un poder militar, Saúl no veía bienestar alguno para el reino de Dios. ¿Acaso no era eso Israel? –se preguntaba, 1 S. 13: 11. Así minó la enseñanza de Samuel, la cual nuevamente dejaba oír el antiguo tono de Moisés, Josué, Caleb y Gedeón, es decir, que el SEÑOR una sola cosa pedía a Israel: la confianza en Dios; entonces, él se cuidaría del resto. En lugar de esto, con Saúl volvió a aparecer en Israel la misma antigua e incrédula dirección que sólo contaba con el poder mundano. Ya en el desierto se había manifestado esta dirección en los diez espías incrédulos, y después de esto Israel se había apartado reiteradamente del SEÑOR.

Y ahí estaba, precisamente ahora, el origen y causa de la dominación filistea. Saúl, a la luz de la Thorá (Lv. 26 y Dt.28), debió haber visto, que en el reiterado terror filisteo caía la *ira del SEÑOR* sobre Israel, porque eso le había afrentado como Rey Supremo, 1 S. 8: 7. Por desgracia, Saúl, después de esto, incluso inflamó aun más aquella ira de Dios. Jonatán comprendió bien la situación: «Mi padre ha turbado el país» –dijo, 1 S. 14: 29.

Por consiguiente, la victoria de David sobre Goliat significó mucho más que imposibilitar a un gigante molesto hacer daño a Israel. Bajo el reinado de Saúl, Israel se había hecho igual que los demás pueblos, 1 S. 8: 20. Pero, después de la actuación de David, Israel volvió a saber, que tenía un Dios, y «que Jehová no salva con espada y con lanza», 1 S. 17: 47. David llama la atención del ejército cansado, y más tarde también la del pueblo jubiloso hacia el «*Dios viviente*» de Israel (1 S. 17: 26, 36), y le convoca a creer en el *Nombre* (es decir, en la reputación y en los hechos poderosos) del SEÑOR, 1 S. 18: 26 y 45. Este era lenguaje reformado en la línea de Josué, Ana y Samuel. Como también la victoria de David sobre Goliat fue un acontecimiento reformador de primer orden, comparable con la victoria de Elías en el Carmelo y con el 31 de octubre en

1517 en la historia de la iglesia: ¡Conversiones a Dios y a su Palabra!

Y, ahora, en aquella noche, ¡soldados de Saúl rodeaban la casa de este David! Aquello no era una rivalidad normal, sino el odio que Caín ya sintió contra Abel. Odio religioso. Aquí se nos presenta un fragmento del *asunto de discordia* del pueblo de Dios de todos los siglos con sus enemigos «piadosos».

En este marco histórico se halla el Salmo 59: 11–13.

Léase este salmo vindicativo en el encuadre del choque violento entre la dirección soberbia y la humilde en Israel; o entre la dirección reformada y la deformadora en la iglesia israelita. El joven director del movimiento del retorno hacia el SEÑOR es amenazado con la muerte. Las peticiones de hundimiento pronunciadas en el Salmo 59 no son expresiones de sentimientos personales de venganza, sino súplicas del nuevo salvador de Israel, el *nuevo rey ya ungido*, el mesías David, como salvador del pueblo y sucesor de Samuel.

En calidad de tal, David presentó sus peticiones al SEÑOR.

¡Cuán profundamente debe haber sufrido David por su gran amor y celo para con el SEÑOR y su causa bajo el derribo de la obra de la vida de Samuel! En esto comenzó el SEÑOR a tener misericordia de Israel, para dejarle morar en Canaán y permitirle salvar esa herencia descuidada, aunque ya la había manchado y corrompido, totalmente y de hecho, en la época de los jueces.

Es cierto que David amó a su prójimo, el rey Saúl; incluso cuando éste se convirtió en su enemigo. David buscó lo bueno para él; le calmó con su música; le perdonó la vida, respetó su autoridad. Pero la revolución de Saúl, por la que destruyó la obra de Dios y mundanizó al *pueblo de Dios*, ya no pudo David soportarla por más tiempo, y desde ese *amor a la causa de Dios y tristeza por amor del pueblo de Dios*, David oró entonces: «*¡Oh Dios, mátalos, para que mi pueblo no tropiece! ¡Dispérsalos con tu poder, y abátelos!*», v. 11.

*¿Una súplica terrible?*

Efectivamente; ¡pero a causa de una situación horrible!

¿O acaso no era terrible que toda una salvación del pue-

blo amenazase hundirse en germen? ¿No era horrible, que el *pueblo de Dios* amenazase venir a pique en el canaanismo, y con ello amenazase acarrear la *maldición de Dios* (Lv. 26 y Dt. 28) y perder su *herencia*: el país de Canaán? Aquí debemos sopesar muy bien los intereses, y tener en cuenta que una vida humana *no es lo supremo* en esta tierra. «Esto afirma una mala especie de filantropía común que se parece muchísimo al «amor» de algunos padres que preferirían dejar morir a su hijo antes que permitir que sufra una operación dolorosa. Quien en esta tierra, llena de lucha, quisiera salvar todas las vidas humanas, vería, cómo en el cumplimiento de su deseo, perecía la humanidad», escribió A. Janse[19]. «Ellos han puesto *al hombre* como un dios por encima del derecho divino, por encima de la verdad que es Dios, por encima de los bienes más santos de la humanidad»[20]. Y junto a estos bienes más santos podríamos tener en cuenta, en relación con el salmo que comentamos (y, por lo demás, con todos los llamados salmos vindicativos), asuntos como una reforma de la iglesia, el bienestar del pueblo de Dios, el frenar la ira de Dios, la preservación de la herencia prometida por Dios... Estos y otros son intereses mucho más grandes y valiosos que la duración de la vida del rey Saúl y sus secuaces. Hablamos adrede de su *duración* de vida, porque, en la petición de David: «Oh Dios, mátalos...», no debemos leer inadvertidamente o como entre líneas: «Oh Dios, arrójales a la *condenación eterna*». A fin de cuentas, la Sagrada Escritura conoce más gentes cuya vida fue acortada por castigo, entre ellas, incluso Moisés. ¿Se condenó eternamente por eso a Moisés? Aquí deberemos distinguir entre destino temporal y eterno.

Este gran interés de retorno progresivo de Israel a Dios y su Pacto es lo que David tenía presente cuando él, *como salvador llamado*, pidió al SEÑOR la muerte de aquellos líderes de Israel que provocaban el retorno a la veneración carnal de la fuerza, lo cual es una abominación para Dios (Lc. 16: 15), y provocaban juicios aun más duros sobre Israel. En lugar de escandalizarse de las peticiones «duras» de David, mejor sería que se pudieran hacer cargo de los duros juicios de Dios que surgieron sobre Israel en el terror filisteo. La conducta de Saúl atrajo aquellos juicios; David buscó la forma de impedirlos; y entonces, cuando pide la extirpación

de los motivos de la *desdicha* y miseria de Israel, es acusado de dureza y falta de amor...

*Nuestro escudo es el SEÑOR, v. 11c.*

En la marea de peligros en que David compuso el Salmo 59, escribió: «Oh Jehová, escudo *nuestro*». También en esta ocasión, David no oró de manera personalista, sino como siempre: como llamado salvador de Israel y ya ungido rey. En estos críticos momentos, era la «figura–Emanuel» por quien el SEÑOR iba a salvar a su pueblo. La salvación de Israel estaría ligada a David en el futuro próximo. David pronunció sus peticiones vindicativas como intercesor, pues habla de ¡»mi pueblo»!

Además, debemos considerarle, cuando dice: «escudo *nuestro*», como el portavoz de los humildes en Israel que nuevamente habían aprendido de Ana y Samuel, que: «Nadie será fuerte por su propia fuerza», 1 S. 2:9. Con lo cual podemos pensar en los piadosos pisoteados que después son recogidos por David en la cueva de Adulam, 1 S. 22: 1ss; víctimas del desprecio de Saúl hacia la Thorá. En nombre de todos estos pobres, justos y humildes, David confesó: «¡*Nuestro* escudo es el SEÑOR!»

Como es natural, en la palabra «escudo» se puede pensar en el conocido medio de defensa. Pero esta palabra también puede tener aquí el significado que asimismo conocemos en otros lugares de las Escrituras: «Señor feudal», «Gran Rey»... Tales príncipes también eran indicados con la palabra «escudo» en el antiguo Oriente Próximo[21]. Sea cual fuere el significado que se prefiera, es claro que David aquí expresa una auténtica profesión de fe: «Salir en defensa de la Verdad en el punto en que la época pone objeciones, y donde hacer profesión de fe va sellado con el sufrir»[22]. Los soldados de Saúl estaban alrededor de la casa de David, pero él y sus correligionarios no presentaron oposición alguna, sino que *huyeron*, y confesaron: «¡Nuestro escudo es el SEÑOR!»

Este es el lenguaje típico de los humildes.

*f. A causa de la soberbia de los enemigos de David.*

La segunda razón que David dio para la destrucción de sus enemigos fue la soberbia y la campaña de mentiras con

que intentaron dar a su acción persecutoria una apariencia de derecho. Entonces, David oró: «Por el pecado de su boca, por la palabra de sus labios, sean ellos presos de su soberbia, y por la maldición y mentira que profieren», v. 12.

Con lo cual, surge, asimismo, la pregunta: ¿Podía David realmente pedir eso?

También esta pregunta se deja responder, si la contemplamos en el marco histórico de todo el Salmo 59. ¿*Cuándo* elevó David estas peticiones? ¿En qué *época* de la lucha entre la dirección humilde y la soberbia en Israel? ¿Ya se había pronunciado *Dios* sobre Saúl? Es decir, ¿le había condenado anteriormente?

*Dios ya había rechazado a Saúl.*

El fracaso de Saúl como rey no era un destino o sino que ya pendía anteriormente sobre su cabeza. Por lo que respecta a Dios, Saúl pudo salvar a Israel de los filisteos, 1 S. 9: 16. El SEÑOR le había dado su Espíritu, y le dejó liberar a Jabes, 1 S. 9: 16, y capítulos 10 y 11. Pero Saúl se hizo desobediente y, aunque fuera amonestado severamente, fue de mal en peor; hasta que Samuel le hubo de trasladar este mensaje: «No volveré contigo; porque desechaste la palabra de Jehová, y Jehová te ha desechado para que no seas rey sobre Israel», 1 S. 15: 26. ¿No le habría contado Samuel, después que ungiera a David como su sucesor, que el SEÑOR ya le había desechado como rey? En cualquier caso, en los accesos de furor que el rey padecía, David pudo notar, que el Espíritu del SEÑOR se estaba apartando de Saúl, 1 S. 16: 14. Por lo demás, ¿acaso no se evidencia esto en el terror de Saúl ante el blasfemo Goliat? Y poco antes de esto, Saúl ya había desoído las serias advertencias de Samuel y Jonatán, y se había atrevido al enésimo intento de eliminar a David. Este, pues, huyó hacia Samuel que estaba en Ramá (1 S. 19: 18), y si el profeta Samuel no lo hubiera contado anteriormente, ¿no le habría contado entonces a David, que el SEÑOR había rechazado a Saúl como rey? Sí, y que el SEÑOR incluso le había hecho saber, que Samuel aún llorase por Saúl, 1 S. 16: 1

Este orden de acontecimientos puede reforzar el entender la oración de David por el derrumbamiento de Saúl. En primer

lugar, Dios mismo ya había hecho conocer (lo que David muy probablemente sabía), que Saúl ya estaba rechazado por Dios como rey. Apenas después de esto llegó David con el Salmo 59; y con ello, por así decirlo, cooperó en oración con la profecía de Samuel; y después que la impenitencia de Saúl ya resultó doble– y sesgadamente muy clara[23].

Respecto a las otras peticiones del v. 12, es decir, la caída de Saúl como *soberbio*, volveremos más adelante. «*Por el pecado de su boca, por la palabra de sus labios, sean ellos presos en su soberbia...*», había orado David. Especialmente después del fracaso público en Naiot (1 S. 19: 19–24), llegó la controversia entre Saúl y David desde detrás de los bastidores de la corte en el interés público. Hasta en los confines del país, Saúl es visto después como un mentiroso. La sabia Abigail, una labradora de Maón, repasó las habladurías de la camarilla palaciega de Saúl, y llegaría el tiempo en que todo Israel vio la profunda diferencia entre Saúl y David, 2 S. 5: 2.

Esto fue atención divina a la oración del v. 12 del Salmo 59.

*g. A causa de la ira justificada de Dios.*

La tercera razón que David alegó para sus discutidas peticiones, fue: «Acábalos con furor (= *en tu furor*), acábalos, para que no sean», v. 13.

También estas palabras debemos leerlas *datadas*, es decir, escritas en una fecha concreta.

Entonces resulta claro, que David tampoco ha elevado esta súplica desde una sed de venganza personal, y que tampoco ha pensado exclusivamente en la ira de Dios a causa del piquete de arresto rodeando su casa, sino que ha entendido su época como un período en el que el SEÑOR contendía con su viña.

David habrá aprendido esto por Samuel.

Y Samuel lo había oído de su madre Ana.

*David oró como discípulo de Ana.*

Ya vimos, que el Salmo 59 se halla en el marco histórico del final de la época de los jueces; y éste fue un período en que el SEÑOR se airó frecuente– y fuertemente con Is-

rael. Algunos fieles israelitas vieron la mano de Dios apretar sobre Su herencia, como los jueces y aquel hombre de Dios que llegó anunciando el juicio sobre la casa de Elí, 1 S. 2: 27–36. Pero de ningún miembro del Remanente en aquel período tenemos un análisis tan profundo de este tiempo, y un resumen tan profético de la situación y futuro de la época como el de Ana, madre de Samuel. ¡Cuán ricamente fue asistida esta mujer con el don de discernimiento». En su Salmo, conducida por el Espíritu de Dios, supo hablar sobre los acontecimientos que en el próximo siglo y medio ocurrirían en la iglesia hebrea. Sí; le fue permitido «ver» aun más adelante en el futuro, pues, el poeta–autor del Salmo 113, y María en su «Magnificat» (Lc. 1: 46–55), citan muchas veces el Salmo de Ana.

Ana, quien en su esterilidad experimentó en su cuerpo la maldición del Pacto del SEÑOR sobre Israel (Dt. 28: 18, cf. 7:14), tuvo los ojos abiertos a la contienda del SEÑOR con el Israel de su tiempo. Pero el SEÑOR ensalzó a la despreciada Ana dándola un hijo, y con su conocimiento del SEÑOR, vio en ello que «despertó el Señor como quien duerme» (Sal. 78: 65–66), y un preludio de lo que haría con todos los enemigos soberbios y amigos humildes de Israel: «Delante de Jehová serán quebrantados sus adversarios, y sobre ellos tronará desde los cielos», 1 S. 2: 10.

Aquellos soberbios eran entonces hijos de sacerdotes como Ofni y Finees, quienes habían degradado la santa Casa de Dios al nivel de un templo de dioses cananeos, completándolo con la correspondiente prostitución acostumbrada, 1 S. 2: 22. Mientras la ira de Dios cae sobre Israel con la dominación filistea, ellos traen el arca en un acto de fe vana (1 S. 4: 4). Pero Ana llama a éstos y a los de su especie: «enemigos» que multiplican palabras de grandeza y altanería, y «héroes que portan arco». Estos pleitearon con el SEÑOR; y con ello, estos líderes religiosos trajeron sobre Israel la maldición del Pacto del SEÑOR por su impiedad.

Esto no obstante, Ana vio, junto a estos impíos, también otros muchos israelitas; a los que llama «débiles», y «hambrientos», «pobres» y «menesterosos». ¿Y qué profetizó Ana entonces? Que el SEÑOR estaba a punto de dar la vuelta a todo el orden (o desorden) en Israel. El nacimiento de Samuel fue el principio de ello; y tipifica los acontecimientos iniciados ahora con estas

palabras: «Delante de Jehová serán quebrantados sus adversarios, y sobre ellos tronará desde los cielos», 1 S. 2: 10. Los impíos, que entonces llevaban la voz cantante en Israel, serían castigados; y los oprimidos y sus correligionarios irían ahora a ocupar los asientos de honor. Por las nubes tormentosas de la ira de Dios, como las que se amontonaron en la época de los jueces sobre Israel, Ana vio despuntar nuevamente rayos de sol de misericordia divina sobre su pueblo.

Esta profecía de Ana en 1 S. 2: 1–10 fue, sin duda alguna, el «Resumen» de toda la enseñanza que ella dio a su hijo Samuel. Mientras que ésta a su vez instruyó sólidamente a Israel en este espíritu, también David habrá aprendido de Samuel a entender su tiempo en la luz de la profecía de Ana acerca de la divina aversión del SEÑOR sobra toda la soberbia humana y jactancia en la carne, y su juicio venidero firme y cierto sobre todos los soberbios en la iglesia.

¿Y David no vio ya cumplirse, en alguna forma, esta profecía? ¿Y el SEÑOR no había «tronado» ya sobre los soberbios sacerdotes Ofni y Finees?, 1 S. 4. ¿Y no habían muerto cientos de israelitas en las batallas en Afec? (1 S. 4). ¿Y el SEÑOR no había ya abandonado a los filisteos su propia Casa degenerada, con su arca incluida?, 1 S. 5. ¿Y el SEÑOR no había ya destituido del culto sacerdotal a toda la casa de Elí? ¿Y el SEÑOR, según su elección del judío David a la realeza, no pasó por alto a la autosuficiente tribu de Efraín (Sal. 78: 67)? ¿Y país y pueblo en el tiempo del Salmo 59 no yacían nuevamente bajo la ira de Dios, de forma que la posesión de la herencia de Canaán fue gravemente amenazada de nuevo? ¿No había comenzado ya el SEÑOR a humillar al soberbio Saúl?

Tendremos mucho menos trabajo con el Salmo 59, cuando lo leamos *fechado, a la luz de la profecía de Ana.* ¡Las cosas terribles que David pide en su salmo ya estaban profetizadas por Ana en su salmo! David, por conducto de Samuel y Ana, había aprendido a ver que el SEÑOR estaba *airado* con su pueblo; y, la verdad, no desde ayer, o desde antes de ayer. El SEÑOR despertó como uno que duerme, dice el Salmo 78, refiriéndose al mismo tiempo, para encargarse del pleito de su pobre Remanente, pues era el propio asunto de Dios.

Muchos cristianos están demasiado satisfechos de su propio poder. David, en el Salmo 59, se pone totalmente del lado de Dios; y habla desde el pleno reconocimiento del derecho contractual de Dios para estar airado con Israel y cumplir o ejecutar su sanción de maldición. David, con sus «peticiones de maldición», acudió entonces «en ayuda» del SEÑOR, cf. Jue. 5: 23. Porque no el hombre sanguinario, sino el Dios Santo y su justicia forman el punto central en estos salmos veterotestamentarios.

También ellos dejan oír el eco de la Profecía, cf. Los Salmos I, 1, 3, 32ss, FELiRe 1996.

*h. A causa del reconocimiento del dominio de Dios.*

La cuarta razón que David dio para sus peticiones fue esta: «*Y sépase que Dios gobierna en Jacob hasta los fines de la tierra*», 13b[24]. Tampoco esta razón es, en primer lugar, una de interés personal de David.

David amaba especialmente el honor y la causa del SEÑOR. A Goliat se acercó con palabras que son de la misma finalidad que las que leemos aquí arriba, cuando añadió: «Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina; mas yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado. Jehová te entregará hoy a mi mano, (–), *y toda la tierra sabrá que hay Dios en Israel*. Y sabrá toda esta congregación, que Jehová no salva con espada y con lanza; porque de Jehová es la batalla, y él os entregará en nuestras manos», 1 S. 17: 45–47.

Aquí, en el Salmo 59, David muestra la misma preocupación sobre el reconocimiento del dominio de Dios; con lo cual podemos considerar, que en las Sagradas Escrituras viene a ser lo mismo: ser rey –gobernar –hacer justicia –defender a los perseguidos –castigar a los malhechores.

Ahora bien, ¿quién era ahora, hablando con propiedad, rey en Israel? ¿Saúl, o Yahvé, el SEÑOR? ¿Quién era realmente el Gran Rey (= v. 11: el Escudo) del pueblo vasallo Israel? ¿Se podía hacer frente sin castigo a la autoridad del SEÑOR? ¿No hizo nada el SEÑOR en contra de esto? En atención al *honor del Gran Rey*, es decir, del SEÑOR, David suplica aquí la ruina y destrucción de sus enemigos; para que todo es-

pectador pudiera ver, que el SEÑOR gobierna en justicia: fiel a su Pacto, defendiendo a los perseguidos, y siendo un adversario de los opresores[25].

En el Salmo 58, que ciertamente podría estar fechado en el mismo período que el Salmo 59, David pide, asimismo en expresiones encendidas, el hundimiento de sus adversarios: «Pasen (= perezcan) ellos como el caracol que se deslíe», v. 8. Y el final de este Salmo 58: 11:

*«Entonces dirá el hombre (= las gentes):*
*Ciertamente hay galardón para el justo;*
*ciertamente hay Dios que juzga en la tierra»,*

nos hace pensar en el Salmo 59: 13b.

*i. Las oraciones vindicativas no son típicas del Antiguo Testamento.*

¿Pero no son típicas de la antigua economía las oraciones vindicativas como las que David elevó a Dios? ¿No están efectivamente vencidos por el «espíritu» del amor estos salmos después de la enseñanza de Cristo? Esta afirmación tan oída no puede ser rechazada mejor que remitiéndola al Nuevo Testamento mismo.

Para empezar, los apóstoles también han citado estos salmos en sus escritos, y con ello han demostrado, que también ellos, sin duda alguna, estimaron los salmos vindicativos como Escritura con autoridad divina. Y no sólo citan otras partes, sino también las mismas peticiones vindicativas con evidente aprobación; compárese Hch. 1: 20a con Sal. 69: 25; Hch. 1: 20b con Sal. 109: 8; Ro. 11: 9 con Sal. 69: 22–23.

Además, en el Nuevo Testamento leemos escrito por la mano del apóstol Pablo: «El que no amare al Señor Jesús, sea anatema. El Señor viene», 1 Co. 16: 22. «Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema», Gá. 1: 9. Y sobre Alejandro el carcelero, dice: «el Señor le pague conforme a sus hechos», 2 T. 4: 14. El último libro de la Biblia, en este aspecto, también deja oír peticiones tremendas. El apóstol Juan en Patmos vio en una visión a aquellos «que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían»;

es decir, totalmente en la línea del Salmo 59, pedían la venganza de Dios sobre sus enemigos. «Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no *juzgas* y *vengas* nuestra sangre en los que moran en la tierra?», Ap. 6: 9–10. Y en el cap. 18 hace ver la respuesta a esta oración en la caída de la gran Babilonia; y en el cap. 19 hace oír después las reacciones a este ejercicio vindicativo divino. Juan oyó una multitud en el cielo (el consejo áulico celestial) entonar un grandioso «Aleluya», y hasta las gentes llegó una voz desde el trono: «*Alabad* a nuestro Dios todos sus siervos, y los que teméis, así pequeños como grandes», v. 5.

Así suenan, hasta en el último libro de la Biblia, peticiones vindicativas y de alegría sobre el ejercicio vindicativo divino, de manera que los salmos vindicativos de ninguna manera desentonan de la Escritura, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

*j. Pero, ¿acaso no debemos orar por la conversión de nuestros enemigos?*

Como es natural, debemos ser muy prudentes con peticiones como la que David elevó en el Salmo 59. Dios y nuestro Señor Jesucristo no salen en defensa de todos los posibles disparates viciosos de los cristianos, 1 P. 4: 15. Por consiguiente, deberemos librarnos de cantar salmos como el que comentamos en un fanatismo o lucha partidista religiosa. Tomás Münzer y Jan van Leiden identificaron *su* «reino» celestial» revolucionario–rebautizante tanto con la causa de Dios, que, además de eso, entonaban salmos vindicativos. Cuando Tomás Münzer, durante la Revolución de los Campesinos en Alemania, poco antes del golpe vio aparecer en el cielo el arco iris, dio gracias a Dios por esta señal de su fidelidad. Pero el pobre hombre no vio en su ceguera, que sus partidarios abandonaron el Pacto de Dios en sus disturbios revolucionarios. Su ejército fue totalmente derrotado[26].

También los salmos vindicativos son himnos del Pacto, incluidos en la Palabra de Dios, el Libro de sus pactos, y sólo para ser pronunciados y/o cantados por los labios de aquellos que mantienen el Pacto de Dios. Por tanto, aquí conviene tener gran prudencia.

¿Pero los hijos de Dios no deben pedir más bien la *conversión* de sus enemigos, en lugar de su destrucción? El hecho de que el Espíritu de Dios también haya dado salmos como el 59 en la escuela de la oración, nos puede enseñar, que no precisamos responder afirmativamente esta pregunta en todas las circunstancias. Aquí debemos distinguir los «tiempos».

Samuel debe haber amado mucho a Saúl, pues, después del rechazo de éste como rey por parte de Dios, leemos: «Samuel lloraba a Saúl», 1 S. 15: 35. El anciano juez seguramente oró mucho por la conversión de Saúl.

Sin embargo, ¡tales oraciones no siempre son agradables al SEÑOR!

En 1 Samuel 16: 1, el SEÑOR pide a Samuel: «Hasta cuándo llorarás a Saúl, habiéndolo yo desechado para que no reine sobre Israel?» Entretanto, Samuel, por mandato de Dios, ya había ungido a David como sucesor de Saúl. ¿Se puede, pues, exigir de un David *ya* ungido, que aún ore por la conversión de Saúl, siendo que éste (¡como rey!) *ya estaba desechado*?

También el anciano Elí comprendió, que pueden llegar tiempos en que sencillamente ya no encaja más el pedir conversión. Pues a sus impíos hijos, Ofni y Finees, les dijo: «Si pecare el hombre contra el hombre, los jueces le juzgarán; mas si alguno pecare contra Jehová, ¿quién rogará por él?, 1 S. 2: 25.

«No ruegues por este pueblo *para bien*», ordenó el SEÑOR a su siervo Jeremías; «cuando ayunen, yo no oiré su clamor», Jer. 14: 11–12. «Si Moisés y Samuel se pusieran delante de mí, no estaría mi voluntad con este pueblo. (–)... Estoy cansado de arrepentirme», Jer. 15: 1 y 6.

*Los mártires sí se atreven.*

Los perseguidos «por causa de la justicia de Cristo» del siglo XVI lo tuvieron mucho menos difícil con estos salmos que muchos cristianos actuales. Esto se pone en evidencia desde nuestras confesiones de fe reformadas. Pero ellos también fueron una generación que puso en los labios de sus hijos preguntas y respuestas como éstas: «Qué *consuelo* te ofrece la vuelta de Cristo para juzgar a vivos y muertos? –Que en

todas las miserias y persecuciones, con plena confianza, espero del cielo, como juez, a aquel mismo que primeramente se puso delante del juicio de Dios; el cual *echará a todos los enemigos suyos y míos en las penas eternas*; y a mí, con todos los elegidos, me conducirá al gozo del cielo y a la gloria eterna» (cf. *Catecismo de Heidelberg*, Dom. 19, FELiRe 1985); y creen y confiesan esto en base a la Palabra de Dios; por ejemplo, en 2 Ts. 1: 6–8, donde leemos: «...Porque es justo delante de Dios pagar con retribución a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para *dar retribución* a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo»[27].

Quien alguna vez ha leído un martirologio, sabe algo del mar de miserias que también en el siglo XVI pasó por encima de fieles confesores de Jesucristo. Uno de esos mártires fue Guido de Brès, el redactor de la *Confesión de Fe Belga* o de los Países Bajos (cf. *Creemos y Confesamos*, introducción, FELiRe 1987). Esta confesión de fe concluye con una doble apelación: una a la autoridad terrena (art. 36) y otra a la celestial (art. 37). Se trata, pues, de una apelación *en presencia de* enemigos, perseguidores e hipócritas cobardes, como los libertinos y especialmente las autoridades que violaron sus conciencias contra su propia opinión, condenando a muerte, por causa del Evangelio, a sus pobres paisanos. Estos pobres cristianos tenían algo distinto en su cabeza que criticar como duros y desamorados a salmos como el 59; y creen y confiesan a los oídos de amigos y enemigos, que «la consideración de este juicio final es justamente terrible y pavorosa para los malos e impíos, y muy deseable y consoladora para los piadosos y elegidos, puesto que entonces su plena redención será consumada, y allí recibirán los frutos de los trabajos y de las penas que sobrellevaron; su inocencia será conocida de todos; y verán la terrible *venganza* que Dios hará contra los impíos que los tiranizaron, oprimieron y atormentaron en este mundo... Su causa, que al presente es condenada por muchos jueces y autoridades como herética e impía, será conocida como la causa del Hijo de Dios mismo», (cf. Art. 37, *Creemos y Confesamos*, FELiRe 1987).

### 4. Vs. 14–17: RESPUESTA A ESTAS PETICIONES.

Acerca de los vs. 14 y 15, no precisamos hacer notar muchas cosas. El v. 14 es una repetición del v. 6. En el v. 15, David desarrolla aun con más precisión la comparación de sus perseguidores con perros rapaces: deben cazar, y cazarán presa.

Versículos 14 y 15:

*«Vuelvan, pues, a la tarde, y ladren como perros,*
*y rodeen la ciudad.*
*Anden ellos errantes para hallar qué comer;*
*y si no se sacian, pasen la noche quejándose»*[28].

¡Qué gran antítesis con David, quien arde de celo por la causa y el nombre del SEÑOR! Ellos van a la casa de un hermano, y sencillamente no tienen en cuenta a Dios.

*Con el telescopio de la fe.*

La fe tiene algo de telescopio: atrae el horizonte de las promesas de Dios hasta muy cerca de los ojos. Esto ocurre porque Dios, en su acción de prometer, siempre habla tan generosamente. A veces, tan generosa– y divinamente seguro de sí mismo, que, acerca del asunto que aún *dará*, habla como si ya lo *hubiera dado*. Este firme lenguaje prometedor de Dios operaba en su pueblo un firme lenguaje *creyente y confiado*, de manera que no sólo el *Prometedor* Divino, sino también el *creyente* hablaban de asuntos aún por conceder, como ya concedidos. Y esta manera de hablar también la observamos en David en el Salmo 59.

Versículos 16 y 17:

*«Pero yo cantaré de tu poder,*
*y alabaré de mañana tu misericordia;*
*porque has sido mi amparo*
*y refugio en el día de mi angustia*[29].
*Fortaleza mía, a ti cantaré;*
*porque eres, oh Dios, mi refugio,*
*el Dios de mi misericordia».*

Es seguro que David no escribió este salmo inmediatamente después que fue descolgado desde la ventana de su casa por

encima del muro de la ciudad. Es cierto que aquella noche se libró de sus asesinos de forma que los versículos recién mencionados también se los puede leer como palabras de agradecimiento por esa salvación de su vida. Pero conocemos cuánto peligro y padecimiento tuvo que sufrir aún, y en aquella noche temerosa  su realeza sobre Israel parecía más una quimera que una promesa divina. Esto no obstante, David confió también después de aquella noche tan firmemente en la promesa de Dios, que no levantó la mano contra Saúl y, por de pronto, se situó en el lugar de su salvación futura: «Porque has sido mi amparo y refugio en el día de mi angustia».

Con esta fe, David no quedó defraudado.

¡El SEÑOR oyó plenamente su oración!

*Todas las peticiones otorgadas.*

Es cierto que David hubo de esperar algunos años la respuesta a sus peticiones, pero entonces el SEÑOR le otorgó feacientemente todas las peticiones del Salmo 59.

No hay más que repasarlas.

«*Líbrame* de mis enemigos, oh Dios mío», había suplicado en el v. 1; y el SEÑOR lo hizo. «Despierta para venir a mi encuentro, y mira», había seguido suplicando. «Jehová Dios de los ejércitos, Dios de Israel, despierta para castigar a todas las naciones (= los gentiles)». Pues bien, el SEÑOR se levantó en favor de David; él mismo no tuvo necesidad de levantar la mano. Su propia actitud de no hacer nada y abstenerse de todo activismo fue evidentemente de tanta satisfacción para el SEÑOR, que el SEÑOR mismo introdujo sus fuerzas militares en favor de David; y se rió de los enemigos de David, como éste había pedido en el v. 8; y se mostró como una defensa (= castillo) para David, conforme al v. 9; hasta en los momentos más tensos, pues, ¿de quién vino la salvación milagrosa de 1 S. 23: 26 y ss. sino de Dios? Incluso la petición de la muerte de sus enemigos le fue otorgada por el SEÑOR, pues cayeron, entre otros lugares, en Gilboa, cf. 1 S. 31.

Y con este último hecho –la muerte de Saúl y los suyos– ¿no quedaron borradas todas las consideraciones contra este salmo de David? Sobre este salmo se puede razonar cuanto se quiera, ¡pero el SEÑOR, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, a Quien David elevó sus súplicas, las oyó todas!

## 5. LEER TAMBIÉN OTROS SALMOS VINDICATIVOS A LA LUZ DE LA PROFECÍA.

Hemos leído el Salmo 59 a la luz de su profecía contemporánea, especialmente la de Ana en su salmo o canto en 1 S. 2: 1–10. Según nuestro parecer, lo mismo tenemos ya menos problemas con otros salmos vindicativos desde el momento en que los leamos a la luz de la profecía de su tiempo. Esto cabe decirse asimismo del pasaje que quizá más escandaliza en este género de salmos, a saber:

Salmo 137: 7 al 9:

*«Oh Jehová, recuerda contra los hijos de Edom*
*el día de Jerusalén, cuando decían:*
*Arrasadla, arrasadla hasta los cimientos.*
*Hija de Babilonia la desolada,*
*bienaventurado el que te diere el pago*
*de lo que tú nos hiciste.*
*Dichoso el que tomare y estrellare*
*tus niños contra la peña».*

Aquí se implora la venganza de Dios sobre dos enemigos del pueblo de Dios: Edom y Babilonia. Babilonia, porque destruyó Jerusalén, y Edom, porque ayudó a ello y sentía un gran placer en las miserias de Jerusalén. El libro de Lamentaciones también se lamenta de la miseria que los babilonios descargaron concretamente sobre los pequeños y niños de pecho, cf. Lm. 2: 11–12 y 19, 4: 4. El duro castigo que, a este respecto, se suplica en el Salmo 137 por personas, lo deberemos considerar en la luz de que Dios mismo, ya anteriormente, había hecho resplandecer por sus profetas acerca de estos acontecimientos. Pues el SEÑOR ya había dado a conocer por el ministerio de Isaías, que tendrá sobre Edom un «día de venganza de Jehová, y un año de retribuciones en el pleito de Sión», Is. 34: 1–17, cf. Jer. 49: 7–22, Ez. 25: 12–14, Am. 1: 11, y Abdías. Todos estos profetas, ya antes del Salmo 137, habían anunciado la grande y terrible venganza que el SEÑOR se iba a tomar sobre Edom. Por lo que respecta a Edom, el salmista ora, pues, acompañando totalmente al SEÑOR. Por eso la crítica a su salmo conduce a la crítica al Dios de las

Sagradas Escrituras, el cual tiene un asunto pendiente con sus enemigos, y en él también buscará su derecho. Y respecto a Babilonia, Isaías ya había dejado oír un detallado pronunciamiento de Dios sobre la *terrible* Babilonia, azote de aquel entonces, la cual había matado y hecho morir de hambre a tantos niños y bebés también en Jerusalén, Is. 13 y 14. A esta cruel Babilonia la estaba esperando un día de «ira *ardiente* del SEÑOR, en el que él vendría a visitar, sin piedad, la impiedad de Babilonia. En este contexto, pues, Isaías ya había dicho: «... sus niños serán estrellados delante de ellos; sus casas serán saqueadas, y violadas sus mujeres», Is. 13: 16. Las otras profecías contra Babilonia son análogas, cf. Is. 47 y Jer. 50–51. Se hundiría tras guerras terribles. Además, el estrellar niños era costumbre de guerra. Así había hablado el SEÑOR por medio de sus profetas acerca de Edom y Babilonia.

Recién después de estas profecías llegó el Salmo 137.

Este salmo, leído a la luz de la profecía de la época y más antigua es, lo mismo que el Salmo 59, un desahogo incidental, chocante y totalmente deducible del tono de las Escrituras. En ambos salmos oímos el lenguaje de la fe inspirado por el Espíritu de Dios, el cual se adhiere lo más estrechamente posible a la ya revelada Palabra profética de Dios. También aquí suena, como en muchos otros salmos, el eco de los profetas.

En tiempos de David, Dios ya había hecho profetizar, por medio de Ana, sus planes para el próximo futuro de Israel. El SEÑOR llegaría a desbaratar todo el «orden». Entonces David se adhirió a esto con el Salmo 59. David pidió en su salmo lo mismo que Ana había profetizado; y así Dios, más de un siglo antes de que el Salmo 137 fuera compuesto, ya había revelado conocer por Isaías y otros profetas, cómo pensaba acerca de poderes crueles como Babilonia y Edom, y cuál era su plan con ellos. Emprendería la llamada controversia de Sión con estos terribles opresores. Entonces, el Salmo 137, no por propio impulso sino con la mano sobre los pronunciamientos de Dios en Isaías 13: 16 y en otras profecías, dijo: «Bienaventurado aquel que en las manos de Dios será el instrumento para hacer justicia en la demanda de Sión», cf. Sal. 137: 8b. ¿La crítica a este salmo no traiciona el deseo de querer tener otro Dios del que Isaías y otros profetas nos anuncian?

## 6. HAY SALMOS VINDICATIVOS, PERO NO CANTOS VINDICATIVOS.

Aunque sentimos serios reparos contra algunos himnos cristianos, porque al cantarlos pueden distanciar del Pacto de Dios a los creyentes, no queremos revolvernos sin más contra el cantar himnos en general. La misma Sagrada Escritura no da en absoluto semejante mandato, y contra el cantar buenos himnos cristianos no existe inconveniente bíblico alguno, cf. Ef. 5: 19, Col. 3: 16.

Afirmado esto, queremos concluir nuestra exposición del Salmo 59 mencionando, por de pronto, un solo reparo contra más de una colección de himnos, pues, ¿dónde están sus «*cánticos o himnos vindicativos*»? ¿Dónde están los cánticos cristianos que clamen al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que haga justicia a su pueblo oprimido y lo salve de la mano de toda clase de gentes malas e intratables? ¿Dónde están los cánticos que defiendan ardientemente el honor de Dios como David en el Salmo 59? ¿Cánticos que además hagan oír el eco de la profecía tan claramente como los muy denostados salmos vindicativos?

Cristianos que se escandalizan de los salmos vindicativos y se han formado una imagen de un dios que aborrece tales salmos, no se enojarán a este respecto, contra las usuales colecciones de cantos más o menos piadosos. En muchos de los cuales todo gira en torno al amado y dulce Jesús que ama a todos los hombres... ¿A todos? ¿También a los injustos que no se convierten? ¿También a los impíos que pisotean al pueblo de Dios?

El Dr. M. F. van Lennep, en su libro *«La Historia de la Reforma en España en el Siglo XVI»* (cf. o. c., pág. 148, Ed. SLC), relata que el domingo 24 de septiembre de 1559, en el primer «auto de fe» en Sevilla, Juan González fue conducido al cadalso amordazado; pero tan pronto como le soltaron la mordaza, el mártir entonó con fuerte voz el Salmo 109: «Oh Dios de mi alabanza, no calles, porque boca de impío y boca de engañador se han abierto contra mí». (Léase el resto de este salmo vindicativo). González fue muerto junto con dos de sus hermanas aquel domingo. Ellas fueron estranguladas, y él quemado vivo. ¿Aún hay hermanos y hermanas como éstos

en el siglo XX? ¿Padecen cautividad, y acaso son aun más refinadamente manipulados que en el siglo XVI?

La iglesia de Jesucristo en nuestro siglo, ¿no debería cantar mucho más con aquella fraternidad sufriente, en lugar de ocuparse de sí misma constantemente en ciertas estrofas de sus canciones, con necesidades personales, dudas propias, lágrimas individuales, etc., etc.? ¿¡Cuántos –o mejor dicho– cuán pocos cánticos muestran el estilo del cántico de Zacarías!? «Salvación (= para que nos salve) de nuestros enemigos, y de la mano de todos los que nos aborrecieron (= aborrecen)», Lc. 1: 71. ¿En cuál de las llamadas «canción libre» se habla así?[30].

Atendiendo a los hechos, la tendencia a colecciones de cantos o himnos cada vez más gruesas pueden tener, en algunos casos, raíces no–espirituales más profundas de lo que algunos sospechan. ¡Que el Libro de los Salmos permanezca como el manual de las oraciones por excelencia, también para la iglesia de esta Nueva Economía! Cuanto más indiferente se hace el pueblo de Dios al Libro de los Salmos, tanto mayor perjuicio sufrirá y tanto más débil llegará a estar frente a toda clase de viento de doctrina: que ignora (intencionadamente) el *Pacto* de Dios; que niega los hechos de salvación históricos realizados por Dios, tanto en nuestros países como en nuestras familias y generaciones; y que cierra los corazones a la *demanda* de los pobres justos contra sus opresores injustos.

Un cristianismo semejante aún puede atracarse de dulzura y zalamería, ¿pero aún arde realmente por el honor del Dios viviente? ¿Suspira aún por el reconocimiento del *dominio* de Dios? ¿Aún ora por el *derecho* del pueblo de Dios pisoteado? Y lo que es más: ¿Sufre aún la opresión del *derecho de* Dios? Un humanismo azucarado que se considera estar por encima de este «odio» (de los salmos vindicativos), y que además es suficientemente brutal como para calificarse de creyente cristiano, no sabe de estas cosas.

Quiera el SEÑOR, que el Remanente en la Cristiandad que aún teme filialmente a Dios y aún tiembla ante su Palabra, pueda y quiera orar mucho, en el Espíritu del Salmo 59, por la Venida de Jesucristo en las nubes, para juzgar a vivos y muertos. ¿Qué otro consuelo más abundante y óptimo puede pedir la Sión sufriente de este tiempo?

NOTAS

1. Aceptamos que también David vivía en Gabaa, cf. F. Delitzsch en su comentario ad locum (= a.l.).

2. Forman excepciones E. W. Hengstenberg, F. Delitzsch, J. H. Donner (De Psalmen, Leiden 1893), A. Cohen, J. Ridderbos, A. Noordzij, Bijb. H. I, 512.

3. C. H. Spurgeon, De Psalmen Davids (traducidos del inglés), Amsterdam, 3ª ed., a.l. Pues también Spurgeon podría tener razón con la frase siguiente: «Dentro de pocos años, quizá se tendrá para estos antiguos epígrafes tanto más respeto cuanto desprecio se muestra hoy en día», a.l., II, 241. Al comienzo de este siglo, personas de renombre en el conocimiento del A. T. negaron rotundamente la posibilidad de salmos de la época de David. Esto es ahora reconocido plenamente sólo en base a fundamentos idiomáticos, cf. M. Dahood acerca del Salmo 59: «El atribuirlo al período davídico está ciertamente en consonancia con el carácter arcaico del lenguaje y el uso de términos militares».

4. Por Hengstenberg: «Así ya los Cald., que describe: de angustia, quando dixit David: ne destruas (= la angustia, cuando David dijo: no destruyas).

5. N. H. Tur–Sinai señala esta notable semejanza entre 1 S. 26: 9 (un capítulo que presenta tan ampliamente la actitud de David) y el epígrafe «*'al tasjet*», (Torczyner), OTS VIII, 1950, 257 (artículo: «The literary character of the book of Psalms». En el cual, Tur–Sinai parece atribuir gran valor a los epígrafes de salmos que señalan situaciones históricas).

6. Juan Calvino, comentario, a.l.

7. Tradujimos *pèsja*, en este contexto, sencillamente por su significado fundamental: sublevación, cf. L. Köhler, Theologie des Alten Testaments, 1953, 159ss.

8. «*rus* y *naknon* son términos militares; la orden de batalla del adversario acude para conseguir la mejor posición para la formación. *B. Duhm, Die Psalmen, 1922, 232.*

9. B. D. Eerdmans, escribe: El trasfondo del salmo es una población mezclada. *The Hebrew Book of Psalms (OTS) Leiden 1947, 300.*

10. Dado que una derivación de *sub*, «volver» no ofrece una traducción servible, *yasabu* debe ser unido con *sub* «sentarse, esperar», una forma menos corriente de *yasab*, como comentamos en Psalms I, 44, 148, 213., M. Dahood, a.l.

11. La comparación caracteriza los enemigos del salmista como lucífugo común con quien sentimientos comunes van unidos con intranquila glotonería andante (véase como información: 1 R. 14. 11; 21: 19, 23; Sal. 22: 16, 20; Is. 13: 22; 56: 11; Mt. 7: 6; Fil. 3: 2; Ap. 2: 15), Helmut Lamparter, Das Buch der Psalmen I, Stuttgart 1958, a.l.

12. Pues hechizaron al pueblo sencillo tantísimo, y a David, por medio de sus blasfemias, le denigraron tanto, que nadie se atrevió a abrir la boca para disculpar al pobre perseguido...», Juan Calvino, a.l.

13. M. Dahood traduce: «Mi Dios es un castillo, verdaderamente estoy protegido; Dios mismo es mi bastión, mi Dios es una fortaleza (–).

Con intercalación de vocales: *niphal'essamerah* en lugar de TM *qal 'esmorah*».

14. «*Sorer*» generalmente traducido por «enemigo» (RSV), designa más específicamente «blasfemo», M. Dahood, II, 25.

15. M. Dahood traduce la primera línea del v. 11 también más marcialmente

por su versión: «Una fortaleza es mi Dios». Según él, en los últimos años, cierto número de estudiosos han hecho notar, que «en gran número de textos *hesed* (= «piedad, lealtad o misericordia») tiene la connotación de «poder».

16. Nosotros nos unimos, en estos versículos, a la versión de M. Dahood.

17. «Mediante relleno de la vocal *'e* (TM *'al*), figurando el nombre divino también en el v. 10. cf. Psalms I, 64. La misma confusión masorética con relación a la negación *'al*, y al nombre de Dios *'el* en Sal. 42: 10; 137: 7 y Jer. 15: 15...» M. Dahood. Este autor deriva *Yiskehu* de *sakah* II, encoger, encogerse, marchitarse, cf. Psalms I, 190.

18. M. Dahood: Oh *'el*, mátalos para que mi pueblo no tropiece», cf. anterior nota 17.

19. A. Janse, Eva's dochteren, Kampen (Holanda) 1923, 95.

20. Idem, o. c. 96.

21. M. Dahood: «Sin embargo, no quito la posibilidad de que *mgnnw*, aquí, podría significar «nuestro gran Rey»; cf. Psalms I, 16–17.

22. G. Groen van Prinsterer escribió: «El hacer profesión de fe, en lo cual se manifiesta el poder de la fe cristiana, descansa no sólo en decir fielmente todos los artículos de la Fe; ni sólo en suscribir incondicionalmente la Confesión de Fe; ni incluso en una predicación en la que no se halle palabra alguna que enojase al más ortodoxo ensayista. El hacer profesión de fe es salir en defensa de la verdad en el punto en que la época pone pegas, y donde hacer profesión de fe va sellado con el sufrir. La naturaleza de la época señala la profesión de fe que, en esa coyuntura o momento, corresponde a los creyentes»; esto es: salir en defensa de la verdad que les corresponde hacer, *Het Nederlandsche Zendelinggenootschap*, 2e. ongew. druk 1848, 139.

23. Suplicar un juicio (= castigo) sobre aquellos que estorban el Reino de Dios descansa, en los salmos, en la suposición «de su impenitencia obstinada (Sal. 7: 12; 109: 16)», F. Delitzsch, Die Psalmen 1894, 59.

24. M. Dahood: «desde Jacob. Como en los vs. 7, 11 y 12, *be* significa «desde».

25. A este respecto, aun transmitimos gustosamente algo del artículo: *«Vloekpsalmen»* (Salmos vindicativos) del Prof. Oosterhoff: «Es erróneo entender los salmos vindicativos como manifestaciones de sentimientos de odio personal. Aquí el asunto es otra cosa. El trasfondo de estos salmos es una lucha apasionada por la causa y el amor de la justicia de Dios. (–). Allí se trata profundamente del honor de Dios. Los autores de esos salmos, por así decirlo, quieren manifestar: –»SEÑOR,castiga a tus enemigos y míos, para que pueda manifestarse a todo el mundo, que no se puede actuar impunemente contra ti y contra tu pueblo, y que tu pueblo no en vano espera en ti». Aquí se halla también la diferencia entre Elías que hizo descender fuego del cielo para consumir a sus enemigos, 2 R. 1: 9ss., y los discípulos que querían hacer lo mismo a la tierra samaritana, Lc. 9: 51 ss. Estos últimos deseaban aquello por puros sentimientos personales. En ellos había algo del rechazo del judío frente al samaritano; y esto es rechazado tajantemente por Jesús. Pero en Elías no se trata de motivos personales. A él le preocupa el honor de su Dios. Todo debe servir a Elías para mostrar a su pueblo que sólo el SEÑOR es Dios, y que no sin castigo te puedes oponer a él. En Elías, el motivo más profundo es la justicia de Dios» (De Wekker, 70e. jrg. nr. 70).

26. Karl Heussi, *Kompendium der Kirchengeschichte*, 1949, 297.

27. A. J. Jelsma añadió a su disertación «Adriaan van Haemstede en zijn martelaarsboek» como tesis: «La afirmación en el Domingo 19, pregunta 52, del Catecismo de Heidelberg, que la vuelta de Cristo será plenamente consoladora, porque «echará

a todos los enemigos suyos y míos» llega a estar en pugna con el deseo de Dios: «que todos los hombres sean salvos» (1 Ti. 2: 4), y por eso es inaceptable, a no ser que, a diferencia de la intención original, no se entienda por enemigos a hombres, sino a poderes». Consideramos esta tesis como insostenible en base a fundamentos bíblicos. Pues, en este contexto, no se trata de la cuestión de si Dios quiere que todos los hombres se salven –lo cual está fuera de toda duda–, sino de si todos los hombres quieren ciertamente dejarse salvar. Por desgracia, muchos rompen el Pacto de Dios, pisotean la sangre de Cristo y entristecen al Espíritu. El texto de He. 10: 29–31 puede, pues, servir como un concepto resumido de lo que los apóstoles de nuestro Señor Jesús enseñaron acerca de tales rechazadores del Evangelio y quebrantadores del Pacto.

28. M. Dahood, o.c.II, a.l.: «Ellos no se apartan. La frase *lo'yisbe'u wayalinu* permanece, queda enigmática, pero el descubrimiento de nuevos ejemplos de dobles negaciones (Psalms I, 326) da apoyo a la lectura de traducción siríaca que en ambos verbos coloca una negación: Si no son saciados, no se retiran». Ibn Esra sigue la versión siríaca».

29. Idem, a. l.: «Cuando fui asediado. El original *sar* «sofocar u oprimir» recibe un significado más específico desde el contexto; Psalms I, 127".

30. «A estas «canciones libres» no se las llame «Himnos novotestamentarios» frente a los salmos como «Himnos veterotestamentarios», pues ¿acaso a los escritos del Dr. A. Kuiper se les llama libros «Novotestamentarios» frente a los «Veterotestamentarios»? A. Janse, *De Heerlijkheid der Psalmen, als liederen... des verbonds*, 1ste. druk, 11.

# Capítulo 16

## SALMO 56: DAVID ARRESTADO POR LOS FILISTEOS

ESTE es el salmo de un hombre pisoteado.

La queja conmovedora de un justo enteramente miserable, aislado, espiado y perseguido; cuyas lágrimas casi llenaron una redoma y cuyo sistema nervioso se rompió finalmente en un momento determinado, de manera que los presentes opinaron que se trataba de un demente.

Un hombre destrozado por sus enemigos.

A tanto había llegado David cuando compuso el Salmo 56.

Consideremos primero algo más detenidamente este trasfondo histórico.

### 1. ¿SIMULABA DAVID EN GAT, O LE OCURRÍA REALMENTE ALGO?

En el epígrafe que encabeza este salmo leemos, entre otras cosas, esto: «*Miktam de David, cuando los filisteos le prendieron en Gat*». Acerca de la palabra «*miktam*» véase Los Salmos I, 7, 189. Esta historia es contada en 1 S. 21: 10–15. Desde Nob,

donde el sacerdote Ahimelec le entregó los panes de la proposición y la espada de Goliat, David huyó hacia la filistea Gat, situada a casi 45 Km de distancia. Pero fue arrestado allí.

Nosotros no vemos razón alguna para dudar de la exactitud de este epígrafe. Al contrario, también aquí nos parece la clave para entender exactamente este salmo, es decir, para comprender, en primer lugar, su trasfondo histórico y la fecha de su composición.

*No fue una farsa.*

No hay que precipitarse en hacer a David sospechoso de farsa en Gat. Según 1 S. 21, David entró allí a visitar al rey Aquis; y ciertamente para consultar con este adversario de Saúl; pues, en ese momento, no vio una salida mejor. Pero, entonces, este soberano filisteo se dejó hablar mal y convencer por sus allegados (como ocurriría más tarde en otra ocasión, 1 S. 29: 6–7); y sus cortesanos se dirigieron a él con esta pregunta o más bien afirmación concreta: «¿No es éste David, el rey de la tierra? ¿No es éste de quien cantaban en las danzas: Hirió Saúl a sus miles, y David a sus diez miles?», 1 S. 21: 11. A lo cual, una angustia o pánico se apodera de David, pues «puso en su corazón estas palabras, y tuvo gran temor de Aquis rey de Gat», v. 12. Nos da la impresión, que éste mandó cerrar inmediatamente las puertas de la ciudad, y que a esto suena la mención de que David «escribía en las portadas de las puertas» v. 13b; otros traducen: emborronaba las hojas batientes de la puerta, o también que David golpeaba sobre ellas[1].

¿Qué clase de reacción de David era ésta? ¿En su agónica demencia fingía David en ese momento? ¿Aplicaba David una estratagema especialmente astuta, o realmente le pasaba algo? ¡Son preguntas importantes en este contexto!

La opinión corriente parte de que David efectivamente se hizo el loco en Gat. Por aquel tiempo, los dementes eran estimados como intocables y no eran matados. De esta forma habría tratado David de salvar su vida. Pero entonces los Salmos 56 y 34 habrían llegado a estar en una extraña situación, ¡pues en el primero confiesa su firme *confianza* en el SE-

ÑOR, y en el segundo presenta su agradecimiento total al *SEÑOR* por su liberación en Gat! Si la opinión corriente fuera correcta, primero David se habría salvado *a sí mismo* recurriendo a una astucia, y después habría alabado al *SEÑOR* libertador.

Sin embargo, nosotros opinamos que no existe esta contradicción entre el relato de 1 S. 21 y el contenido de los Salmos 34 y 56. David no fingió demencia alguna en Gat, sino que, por un momento, estuvo realmente «confundido», «perturbado».

Nosotros fundamentamos esto en las consideraciones siguientes.

*Una crisis nerviosa.*

¿El texto de 1 S. 21: 13 nos obliga efectivamente a aceptar, que David ha *fingido* locura? En la cuestión que nos ocupa, esta pregunta es de un significado decisivo.

La Versión Nueva de la Biblia de la Sociedad Bíblica Neerlandesa parte, sin más, de la opinión corriente, y traduce el versículo mencionado así: «Por lo cual, se hizo el loco ante ellos, y se comportó como un enfurecido...». La Versión Estatal Neerlandesa se aproximó más al texto hebreo no traduciendo la palabra «hacerse (el)», «portarse (como)», sino traduciendo: «Por lo cual, cambió su semblante ante los ojos de ellos...» Sin embargo, también esta versión aun hace pensar en intencionalidad por parte de David. Esto no obstante, el texto hebreo de 1 S. 21: 13 no nos obliga a pensar en una *presunta* locura o demencia. Pues, asimismo se deja traducir de manera que debemos pensar en una *auténtica* «enajenación mental».

Por lo cual, querríamos quedarnos con la palabra «cambiar» usada por la Versión Estatal Neerlandesa. Sólo que, en este contexto, querríamos entenderla como un verbo intransitivo: *David* cambió. Las palabras «su juicio o sentido común» las interpretamos como un cuarto caso de relación que denota a lo que el cambio de *David* se refería. En ese momento atañía aquí a «su juicio». *David* cambió, a saber, respecto a su juicio (y no, por ejemplo, respecto a su peso o color del cabello). Además, tanto la traducción «ante los ojos de ellos» (Versión Estatal Neerlandesa), como la traducción «en su pre-

sencia» (Versión Nueva) querríamos reproducirlas aun más literalmente por: «*en sus* ojos de ellos». Y en lugar de: «...y se comportó como...» (Versión Nueva) querríamos leer lo que literalmente está: «*en sus manos*», (y la Versión Estatal tiene: «bajo sus manos»). Por otra parte, ya hicimos notar, que en lugar de: «...él emborroneaba las hojas batientes de la puerta...», también se lee: él «aporreaba» (Versión Neerlandesa «Pedro Canisio», 1952) o «golpeaba» las puertas del portón.

De esta manera llegamos a la siguiente versión de 1 S. 21: 12–13: «Y David puso estas palabras en su corazón y estaba muy temeroso ante la presencia de Aquis, rey de Gat. Y cambió; a saber, respecto a sus facultades intelectuales; (al menos) en presencia de ellos. Y se comportó en manos de ellos como un loco. El emborroneaba (golpeaba) las puertas del portón y dejaba correr su saliva por su barba».

Por estas razones, opinamos que el texto de 1 S. 21 no nos obliga a ver en David a un astuto fingidor que engañó aposta a sus circunstantes. Aquí ocurría otra cosa. Algo que al rey Aquis y a sus siervos («en sus ojos», es decir, «delante de ellos», v. 13) les dio la impresión de locura.

¿Pero era exacta aquella impresión de Aquis y los suyos? ¿Estuvo David real– y repentinamente loco?

Tampoco es preciso tener que deducir esto del texto. ¡Cuánto no hubo de sufrir y aguantar David ya antes de esto! Con ocasión del comentario al Salmo 59, ya nos ocupamos detalladamente de esto. Véase el capítulo anterior. Si ahora huyó enseguida de Not a Gat o no, poco importa; el caso es que David ya tenía a sus espaldas un tiempo lleno de peligro de muerte. Recuérdense los atentados de Saúl, el asedio de su casa, su huida apenas lograda y la despedida de su entrañable amigo Jonatán. Estas son cosas que, por su naturaleza, son ordinariamente inquietantes una tras otra para el emocionable David. Probablemente ya estaba sobreexcitado cuando llegó a Gat; y, para colmo de desdichas, es arrestado allí. En 1 S. 21: 13 está literalmente, que David se comportó «*en manos de ellos*» como un loco; y, por consiguiente, fue arrestado. Ya leímos que estos acontecimientos han hecho a David «muy temeroso», 1 S. 21: 12; y entonces, esta angustia de pánico habrá sido la gota que hizo desbordar el

vaso del afectado sistema nervioso de David. Él, pues, cambió; por lo menos respecto a su *«ta'mo»,* es decir, su noción o percepción para unas relaciones justas, su capacidad para evaluar inteligentemente las cosas[2]. En un momento dado, había perdido totalmente el dominio propio. El verbo hebreo que en la Versión Nueva Neerlandesa de 1 S. 21: 13 es traducido por: «se comportó... como un enfurecido», en Jer. 25: 16 y 51: 7 es usado en relación con embriaguez. Por tanto, David daba la impresión de alguien que tiene una mala embriaguez. En situación semejante, un hombre tampoco se deja guiar ya por su inteligencia plena.

Por consiguiente, en lugar de en una auténtica locura preferiríamos pensar en un furor impotente y en una angustia irracional, por las cuales David incluso aun se ha atrevido a hacer una tentativa para forzar las puertas de la ciudad. Hoy día aún nos puede conmover tener que leer esto de nuestro querido hermano... Así pues, desde la misma ira impotente se puede explicar, que David dejó correr la saliva por su barba. No; no como una parte de un truco refinado, sino como señal de un dominio propio disparatado. La voz del pueblo, pues, también conoce entre nosotros, no sin razón, aquella expresión de: «echar espuma por la boca»[3].

*Aquis cometió un error de juicio.*

Una cuestión muy diferente es, naturalmente, lo que Aquis y sus siervos han visto en la angustia irracional y en la ira impotente de David. Ya supimos de 1 S. 21: 13, que David, a los ojos de ellos, estaba loco; tras lo cual, el relato prosigue de esta manera: «Y dijo Aquis a sus siervos: He aquí, veis que este hombre es demente; ¿por qué lo habéis traído a mí? ¿Acaso me faltan locos para que hayáis traído a éste que hiciese de loco delante de mí? ¿Había de entrar éste en mi casa?», vs. 14–15. Por consiguiente, según la opinión de Aquis, David estaba verdaderamente loco.

Pero, entonces, el *SEÑOR* ha usado este *error de juicio* de Aquis como medio para salvar a David, su siervo fiel, y por eso éste puede después alabar al SEÑOR con una conciencia sincera, y darle gracias como su Salvador en los Salmos 34 y 56. Lo cual es algo que difícilmente se entiende con la opinión tradicional de los acontecimientos en Gat.

*Los epígrafes de los Salmos 34 y 56 encajan bien en ellos.*

Ahora que hemos visto que el relato de las vivencias de David en Gat 1 S. 21 no nos obliga a ver en David un fingidor, se derrumba inmediatamente un argumento, usado con frecuencia, contra la exactitud de los epígrafes de los Salmos 34 y 56. Ambos salmos se dejan explicar de forma excelente en el trasfondo histórico de este episodio estremecedor en la vida de David en el cual se derrumbó psíquicamente de modo miserable y sin duda alguna estuvo momentáneamente perturbado. Al menos causó esa impresión en el espectador superficial.

Ahora queremos, en primer lugar, leer el Salmo 56 frente a ese trasfondo.

## 2. EN EL DIA QUE TEMO, YO CONFIO EN TI.

¡Ah! Nosotros conocemos los relatos de la huida de David de la presencia de Saúl desde nuestros años de colegio, pero por eso corremos peligro de romantizarlos o apenas realizárnoslos más.

Pero, ¿alguna vez han cometido contra ti algún atentado? ¿Alguna vez has visto una flecha venir contra ti, de la que apenas pudiste alejarte saltando? ¿En alguna ocasión ha sido rodeada tu casa durante la noche por soldados que venían a apresarte para ser ejecutado? Todo esto ha experimentado David.

Pues bien; aún entonces pudo huir, pero lo que después dijo, tras la despedida de Jonatán, tipifica toda la situación de David: «Vive Jehová y vive tu alma, que apenas hay un paso entre mí y la muerte», 1 S. 20: 3.

Desde los salmos de David en este período, debe parecernos estar viéndole en el desierto pedregoso de Judá: un hombre que, de un solo golpe, había perdido su mujer, su amigo, su casa, su trabajo, su libertad, su honor, su comida y bebida; un hombre exiliado, cuya vida ya no estaba segura en ninguna parte.

Al leer el Salmo 56, debes verlo andar cautelosamente por el montañoso país judío; subiendo cautelosamente cada colina, haciendo guardia apostado al anochecer y echándose a

descansar en una cueva. Debes verlo levantarse en medio de la noche para orar o para escuchar con atención ruidos sospechosos; dormitar; sobresaltarse; escuchar; volverse a levantar; día y noche en tensión. Debes verlo hacer recuento de su provisión de pan y agua, y pensar que a cada hora del día debía tener en cuenta posibles emboscadas.

Y, entretanto, ¡ser el vencedor de Goliat, haber sido aclamado como héroe nacional; ser yerno del rey y el célebre capitán del ejército,...; sí, y lo que está por encima de todo esto: ¡Estar lleno del Espíritu Santo, y tener un corazón tan entusiasmado por el movimiento de Samuel para con el SEÑOR y su Palabra! Y, apesar de todo, ¡ser echado al desierto a puntapiés!

Ahora puedes comprender, que David, entonces, haya suspirado:

Versículos 1 y 2:

*«Ten misericordia de mí, oh Dios,*
*porque me devoraría el hombre;*
*me oprime combatiéndome cada día.*
*Todo el día mis enemigos me pisotean;*
*porque muchos son los que pelean contra mí*
*con soberbia»*[4].

Ya lo ves: aquí un exiliado lamenta su necesidad ante los oídos de Dios. Un hombre que en ningún otro sitio está seguro, que en todas partes se halla en peligro, que ha perdido todo, que no tiene hombre alguno que le pueda ayudar, ni siquiera el príncipe Jonatán ni el anciano profeta Samuel.

Y todo eso, no por un momento, sino «todo el día», cada día. No por parte de un hombre, sino de «muchos». Suma a esto su añoranza por el santuario, su mujer y su amigo Jonatán. Aumenta esta pena con su tristeza a causa de la ruptura de la obra de la reforma de Samuel por la actuación déspota de Saúl y entonces sabes, de alguna manera, quién tiene la palabra en el Salmo 56.

Versículos 3 y 4:

*«¡Oh Altísimo! Cuando me invade el temor,*
*sólo en ti confío*[5].

> *Con el favor de Dios celebraré su promesa,*
> *en Dios me confío y nada temo.*
> *¿Qué podrá hacer el hombre contra mí?»*
> (Versión Nácar–Colunga, vs. 4–5).

Esto concuerda precisamente con lo que leímos en 1 S. 21, que David en Gat se angustió muchísimo. Es cierto que ya hacía bastante que vivía en peligro de muerte y que, a consecuencia de esto, vivía con temor y temblor; pero los acontecimientos en Gat le cerraron toda salida. Ya vimos, que David allí «temió mucho» ante Aquis, rey de Gat; sí, que el pobre exiliado incluso se rompió finalmente allí. En un momento dado, estuvo tan «confundido» que, «*babeando*» de ira impotente, estuvo golpeando contra las puertas cerradas de la ciudad de Gat; perdida la razón por la angustia y completamente desconcertado.

*Los siervos de Dios no son «personalidades».*

¿Pero un hombre como David pudo estar tan angustiado? ¿Cómo un hombre tan creyente puede, repentinamente, llegar a estar tan turbado de angustia? Sí; esto quizá choque algo a ciertos lectores de la Biblia. David, el poeta–autor de los salmos, el varón según el corazón de Dios, ¿perdida la razón de angustia y «loco» de miseria? ¿Padecer David una crisis nerviosa, y perder los estribos terriblemente? ¡Esto encaja mal en la predilección que muchos han tributado siempre a «personalidades poderosas» y a «figuras importantes»! Ante ellas no se debe ser especialmente un hombrecillo temeroso, ¡y esto fue David con su barba babeante, precisamente ahora, ante las puertas de Gat! El antitipo cabal de alguien por el que te puedes apasionar magníficamente.

Pero aquí se vuelve a equivocar nuestra tendencia humanista en nuestro pensar cristiano, practicando un culto «cristianizado» que, en esencia, es puramente humano. Entonces, los cristianos también se apasionan por lo que luego llaman «cabezas inteligentes», «personalidades fuertes», «líderes natos», etc. etc.

En esa serie de «personalidades» encaja mal un hombre que se enfurece, saca sus uñas contra las puertas del porticón y deja correr la saliva por su barba. Como es natural, David

no estaba para ser contemplado con su barba sucia y mirada feroz. Pero, prescindiendo de esto, ¿qué clase de impresión había causado fuera de Gat? La de un hombre pobre, miserable, muchas veces con ojos húmedos y labios temblorosos. Él mismo lo reconoce en el Salmo 56: 8: «¡Pon mis lágrimas en tu redoma!» ¡Si aún ahora comenzara una guerra de guerrillas contra Saúl! Pero, ¿qué hizo David? ¡Huir!, y tocar salmos con su arpa. Esto era realmente muy piadoso; pero los «poderosos» y los «líderes» cristianos harán notar, que también hay tiempos en los que se debe «actuar»; ¿y qué puedes hacer entonces con semejantes piadosos autores de salmos? No; en nuestra época y en alguien como David, habría poco de qué gloriarse ante un cristianismo mundanizado.

Esto no obstante, ¡el SEÑOR liberó a Israel por medio de este hombre! ¿No fue siempre así la manera de obrar de Dios? Es totalmente conforme al estilo del Reino de Dios, por ejemplo, en 1 Co. 1: 28–29. El SEÑOR no libró a Israel del terreno pantanoso de la época de los jueces mediante un tipo peligroso, sino por un David que pudo quedar totalmente desconcertado, de forma y manera que los presentes incluso tengan la impresión de que están ante un demente; alguien que se hallaba golpeando las puertas del portón y cuya barba destilaba saliva; un hombre que podía suscitar el desprecio del mundo. Aún causa pena leer las palabras blasfemas del príncipe filisteo sobre este hermano David: «¿Acaso me faltan locos?»

Así ocurrió más tarde con otros salvadores.

En una ocasión, Elías también sufrió una profunda depresión nerviosa, y como consecuencia de ella se derrumbó. ¡Cuán profundamente deprimido debe haber estado cuando oró: «¡Basta ya, oh Jehová, quítame la vida!», 1 R. 19: 4. ¡Un hombre que estuvo cansado de ser profeta!

Jeremías se lamentó: «Cada día he sido escarnecido, cada cual se burla de mí», Jer. 20: 7-8. Sí; aquel Jeremías también ha llorado mucho; incluso como hombre ha conocido momentos en que invocó a su madre, 15: 10.

Daniel estuvo agotado por lo que había visto, Dn.8: 27.

De todos estos justos sufrientes (David, Jeremías, Elías Daniel, etc., etc.), Isaías profetizó: «No hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos («¡Vaya

un jayán!»). Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebrantos (v. g., destrozado de los nervios); y como que escondimos de él el rostro (como David en Gat: «repugnante a la vista»), fue menospreciado, (Aquis dijo de David: «¿No veis, pues, que es un hombre furioso?») y no lo estimamos», Is. 53: 2–3.

¿Pero el Altísimo en esta lista? ¡El burlado, revestido, escupido y después crucificado desnudo Jesús de Nazaret, que la noche previa al día de su muerte estuvo abatido de angustia sobre la tierra de Getsemaní! «(Y tomando a Pedro, y a los dos hijos de Zebedeo), comenzó a *entristecerse* y a *angustiarse en gran manera*. Entonces Jesús les dijo: Mi alma *está muy triste...*», Mt. 26: 37–38. «...Y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra», Lc. 22: 44. Por lo demás, también de nuestro Salvador ya se dijo en una ocasión otro tanto que de David en Gat, cuando su familia más próxima vino para llevárselo, «porque decían: ¡Está fuera de sí!», Mc. 3: 21.

Así fueron y son tratados frecuentemente los más fieles siervos de Dios.

Versículos 5 y 6:

*«Todos los días ellos pervierten mi causa;*
*contra mí son todos sus pensamientos para mal.*
*Se reúnen, se esconden*
*miran atentamente mis pasos,*
*como quienes acechan a mi alma»*[5a].

Aquí pinta David, como es natural, no sólo sus experiencias en Gat, sino también toda la esfera en que había vivido el último tiempo. Traidores, aduladores y zalameros aprovecharon la oportunidad de meterse en el corazón de Saúl. Dirigentes como Saúl llevan consigo forzosamente semejantes personas. También dentro del pueblo de Dios. Téngase en cuenta, que en Israel se ha divulgado bastante difamación sobre David, y que las mentiras más infundadas encontraron crédito cerca de ciertos hermanos.

¡Oye en estos versículos cómo esto ha perjudicado a David!

¡Cuán amargo debe haber sido para este héroe pisoteado

y creyente salmista tener que llevar semejante vida. Tener en cada hora del día semejante perseguidor. Tener que dejar como indiscutibles todas las mentiras. Colarse a través de valles, divisar desde las colinas, huir a las grutas; en todas partes correr el riesgo de ser traicionado, y no tener idea de cuánto duraría todo aquello. Pues, como lectores de la Biblia, ahora sabemos cómo Saúl, llegó a su final; pero David aún no sabía esto cuando deambulaba por el desierto de Judá.

La historia de la iglesia está llena a rebosar de este sufrimiento.

¿No oprimieron así siempre en la iglesia los impíos a los justos, y persiguieron a los profetas? ¿No oprimieron así a Elías, Jeremías, al Señor Jesús y al apóstol Pablo? Mediante intrigas y tergiversando sus palabras, y siguiendo con espías y con ojos su hacer y dejar de hacer, como observadores religiosos. Sólo esto, ya habría hecho enfermar de los nervios a un hombre, ¿y cuánto le faltó a David para ello?

Versículo 7:

*«Libéranos de su malignidad,*
*y derriba a los paganos en tu favor, oh Dios».*

La primera línea de este versículo es muy difícil de traducir. La nueva Versión Neerlandesa dice: «¿Habrá para ellos salvación (= salida) en tantísima malignidad?»[6]. La cuestión principal es realmente clara. David no se había tomado su derecho en sus manos, sino que apeló al SEÑOR. De ahí que en las palabras «*La paloma silenciosa en paraje muy distante*» sobre este salmo, se ha visto una indicación de la *actitud* de David en esta injusticia, es decir, la de una paloma perseguida que está triste y no hace ruido alguno. David espera de Dios su salvación; a él se dirige ahora con esta súplica: Derriba «a los pueblos» (= paganos). Así como en el Salmo 59: 5, con esto se refería a sus *hermanos* israelitas enemigos que le perseguían con Saúl a la cabeza; los cuales se comportaron frente a él efectivamente como paganos. Esta palabra («paganos») habrá tenido a los oídos israelitas el mismo tono que «mundanos» en los nuestros. ¿Acaso no se había paganizado o mundanizado la iglesia israelita en Saúl y los suyos?, cf. cap. 15, 3. Vs. 11–13.

Pero, ¿David tenía derecho a implorar tales cosas sobre sus enemigos? ¿O aquí está él como creyente veterotestamentario aun por debajo del nivel del Nuevo Testamento, en el que Jesús enseñó: «Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos...», Mt. 5: 44? Estas y otras preguntas que surgen en tales oraciones, ya las tratamos a propósito del comentario al Salmo 59, donde David incluso oró: «Oh Dios, mátalos...» Para consideraciones contra tales súplicas –repito– remitimos al capítulo anterior, punto 3, vs. 11–13.

La ira de Dios, de la que David habla aquí, también será la misma que menciona en el Salmo 59. Entre el tiempo en que el Salmo 56 hecha raíces, y aquel al que se refiere el Salmo 59, no hay anclado ningún período largo. Quizá es sólo una cuestión de semanas o meses. Ahora bien, como hemos hecho en el Salmo 59, también en éste deberemos leer las palabras de David acerca de la ira de Dios mayormente fechadas. David vio pender sobre la iglesia israelita de sus días –los años de transición de Jueces al tiempo de los Reyes– la nube de la ira de Dios de la cual Ana ya había profetizado en 1 S. 2. Por lo cual, también señalamos hacia lo que hicimos notar al respecto en el capítulo 15, 3, g–h (El derecho de la cólera de Dios).

El v. 7a de la Versión Nueva Neerlandesa tiene, indudablemente, un sentido bíblico que encaja bien en la segunda línea: «¿Habría salida para ellos en tanta maldad?» ¿Podría el SEÑOR dejar esto sin castigar? Pero también la versión elegida por nosotros tiene algo atractivo: «Libéranos de su malignidad». Entonces oímos aquí a David, igual que en el Salmo 59, elevar no una oración individualista, sino dirigirse al SEÑOR como *salvador llamado,* como *rey ungido,* como *intérprete* e *intercesor* de todo el Remanente que aún temía al SEÑOR en Israel. En este contexto, se puede pensar en los profetas de Naiot, en el mismo Samuel, en el creyente Jonatán y en la sabia Abigail. Todos ellos impotentes bajo el movimiento del terror de Saúl y su acción persecutoria contra David, cf. Sal 11: 3.

En nombre de ellos, David oró: «Libéra*nos*...»

Versículos 8 y 9:

*«Mis huidas tú has contado (= consignado por escrito);*

*pon mis lágrimas en tu redoma*[7]*;*
*¿no están ellas en tu libro?*
*Serán luego vueltos atrás mis enemigos,*
*el día en que yo clamare;*
*esto sé, que Dios está por mí».*

En este texto, uno debe verse ante ese desterrado en una cueva que, arrestado en Gat, de donde salía vivo por la dirección de Dios, se vuelve a encontrar con la pregunta: ¿Adónde ir ahora? David había perdido su casa, y como quien cada día, después del trabajo, puede volver a entrar en casa, difícilmente logra ahora entender cuán inútil es vagabundear.

David, pues, tampoco oculta que ha llorado mucho. Así como tampoco disimula que tiene *enemigos* entre sus hermanos (cf. cap. 15, 2., Sal. 59: 2). Pero aquí, el afligido fugitivo se consuela con el balsámico saber que Dios conoce todo al respecto; e incluso que toma nota de todo. La Versión Estatal Neerlandesa traduce: «sumado»; lo cual también puede ser; pues Dios sabía exactamente cuántas noches había pasado David hasta ahora en cuevas y grutas, cuántos días vagaba ya sin sentido, y que incluso sus lágrimas habían sido conservadas, como se traduce en la segunda línea del v. 8: «Mis lágrimas *han sido* echadas en tu redoma». Estas palabras no debemos leerlas desligadas de las precedentes: «Derriba en tu furor a los pueblos (= paganos, oh Dios»). Con vistas a aquel Día de Ajuste de cuentas Divino, David sabía anotado su sufrimiento, y guardadas sus lágrimas. «Esto sé» –dice– «que Dios está por mí».

Estas palabras no son, en modo alguno, de un blasfemo y duro salmista, sino de un humilde que pudo y supo *entregar* su causa en las manos de Dios y, mientras tanto, no se vengó, es decir, no se tomó la justicia por su mano, sino que amaba a sus enemigos, y dejó la venganza a Aquel que juzgará rectamente, cf. cap. 15, 3.c.

Y esto hizo el SEÑOR, entre otros lugares, en Gilboa. A su tiempo, el SEÑOR se levantó para escuchar también estas oraciones de David, y devolver sus lágrimas a sus perseguidores crueles. Esto es verdad; pero, ¿cuantísimas lágrimas de otros muchos perseguidos permanecen aún impunes en el registro del sufrimiento y lágrimas de Dios? Por ejem-

plo, las lágrimas de Jeremías: «¡Oh, si mi cabeza se hiciese aguas, y mis ojos fuentes de lágrimas...!», Jer. 9: 1; las del apóstol Pablo, cuya pluma, por así decirlo, a veces estuvo sumergida en lágrimas: «Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo *llorando...*», Fil. 3: 18; y las de incontables y desconocidas ovejitas de Cristo en los siglos siguientes.

Martín Lutero, con ocasión de comentar este salmo, hace esta observación: «¿Qué, pues? ¿Acaso Dios no tiene otra cosa que hacer que contar las lágrimas y peregrinaciones de David? ¿No está Él mucho más ocupado por la gobernación del mundo y por la atención a la alabanza de los coros de los ángeles que no tienen fin? Y, ello no obstante, es verdad que el cuidado de Dios también es éste: Que cuenta (= suma) las lágrimas y peregrinaciones de David[8]; para enjugarlas de los ojos de ellos alguna vez con Su propia mano y para siempre,» cf. Ap. 7: 17, 21: 4.

Versículos 10 y 11:

*«En Dios alabaré su palabra;*
*en Jehová su palabra alabaré.*
*En Dios he confiado; no temeré;*
*¿qué puede hacerme el hombre?»*

Este es David, nuevamente y de cabo a rabo. Semejante lenguaje es típico de él, y con esta humilde actitud de fe se manifiesta como «el varón según el corazón de Dios». David dejó a Dios ser Dios.

Aquí queremos hacer un par de citas del libro –aún no traducido al español– «El temor del SEÑOR y el secreto del SEÑOR», por el Rev. J. C. Sikkel (1855–1920). Ed. en Haarlem (Holanda) 1928:

*«¡Cuán diferente es, sin embargo, la vida de gracia de la vida humana mundana, aunque ésta sea vivida por aquellos que se glorían en su conocimiento de Dios y en su servicio!*

*¡Cuán pequeño debe ser David, a pesar de todo, a los ojos de todas aquellas personas guerreras también entre los líderes cristianos de nuestro tiempo, aunque se gloríen de sí mismos como representantes de la fe Cristiana!*

*¡Cómo estos hombres cristianos habrían hecho valer la es-*

*pada, cuando Saúl, gran contrincante y perseguidor de David, fue puesto indefenso por dos veces a los pies de David, y por tanto el SEÑOR –como así lo entendieron también los hombres de David– había puesto en sus manos al enemigo de David!*

*¡Y cómo estos hombres cristianos habrían querido haber visto a David, inquieto en sus andanzas y huídas, ocupado de todos los medios externos de consolidación de poder y defensa; cómo David, –y entonces fue valiente– en una ocasión, también decidió ir junto a Nabal y ajustar cuentas con él!*

*Pero el arpa de los salmos –y la oración–, el huir suplicante a Dios en pro de él mismo y de su pueblo, –sí, ahora– eso era el piadoso David: ciertamente un hombre bueno, pero como lo es un humilde... Pero un hombre «valiente» no es así; y un hombre «grande» tampoco vive así. Estos, aún siendo cristianos –dicen–, deben aprender a contraatacar. ¿Llorar? Los hombres de un partido político no lloran; y tampoco lo hacen las mujeres hermosas de ese partido. Los cristianos en el mundo que colaboran deben ser de granito...*

*Procura someter al otro. Esto es ser hombre, –dicen; sobre todo cuando lo hagas por otro que debe tener un nombre grande y debe ser poderoso; y para ello se debe incluso dar la vida...*

*Pero David era débil, porque era un fugitivo; era un hombrecillo del desierto; sólo era alguien con algunos pobres diablos en torno suyo. Sentado sobre piedras del desierto, tocaba un arpa, mirando al cielo con ojos húmedos y labios temblorosos; entonces se arrodillaba y sollozaba con angustia en su alma; y dejando el arpa en el suelo, levantaba hacia el cielo sus manos en actitud de súplica...*

*Solamente el SEÑOR podía salvar entonces y allí.*

*Pero aquella salvación también estaba frente al tumulto mundano de Saúl, donde almas y vidas, según la alta «doctrina», estaban ahí para hacer de pavimento a los pies del grande que debía pisar sobre ellos, como el portador de la gloria y del honor, que había pisoteado a discreción a los demás...*

*Sin embargo, ¡dichoso quien huye del engaño del mundo, revestido de la armadura de Dios!*

*¡Dichoso quien conoce la angustia de ser arrebatado y entregado al poder de los demonios, del mundo y del pecado! Dichoso quien sólo en el SEÑOR espera, confía y aguarda y cuenta con El! ¡Con todo Israel, con todo el Pueblo de Dios,*

*según la salvación y exaltación que provienen de la benevolencia del SEÑOR! ¡Ese creyente ora y orará...!*

*Esas personas cristianas permanecerán llevando la imagen del hombre y de la mujer del desierto; con ojos húmedos y labios temblorosos; con rodillas en tierra y brazos levantados. Pero también con el arpa de los salmos: los salmos de Israel y del Espíritu Santo.*

*¡Sobre sus cabezas florecerá la corona de gloria inmarcesible reservada para los hijos del Pacto!*»

Aquí concluye la cita del libro del Rev. J. C. Sikkel, a la que aún queremos añadir, que David cantó con esta confianza después de pasar una enorme crisis nerviosa. Al lado de esto, en la profesión de fe del Salmo 56 podemos ver una confirmación de la explicación dada arriba de los acontecimientos ocurridos en Gat. El extraño comportamiento de David allí, no fue una cuestión de debilidad de fe, sino de debilidad nerviosa; no fue una autosalvación mediante una estratagema, sino una liberación divina por medio de un error de apreciación por parte del rey Aquis. ¿Cómo, si no, habría podido David ensalzar tan de corazón al SEÑOR y su Palabra?

*¿Pensó David en Ana y Samuel?*

¿Se habría referido David aquí a una porción especial de la Palabra de Dios? Indudablemente, David amaba mucho toda la Palabra de Dios. La excelente Thorá (= enseñanza) de Moisés acerca de compromisos de pacto con Abraham (Génesis) y con Israel en Horeb (Exodo, Levítico, Números) y en los campos de Moab (Deuteronomio). Un hombre como Samuel habrá enseñado a sus discípulos acerca de esos pactos en Naiot. ¡Y precisamente hacia allí había huido David, en primer lugar, después de dejar su propia casa cercada por los soldados de Saúl! ¡Qué consuelo debe haber sido para él, poder pasar allí algún tiempo!

¿Pero David no habría recordado aquí, concretamente en el Salmo 56, la Palabra que Dios había expresado primero con vistas a aquel tiempo, por ejemplo, por medio del servicio de Ana? 1 S. 2, cf. cap. 15, 3. g. Pues Ana ya había enfocado proféticamente el siglo de Samuel y David. Ella ya había

«visto» y dicho, que el SEÑOR estaba a punto de cambiar todo el orden en la iglesia israelita. Impíos poderosos, como Hofni y Finees y Saúl serían derribados de sus tronos, y Dios se dispondría a poner en los lugares de honor en su Reino a justos pobres como Ana, Samuel y David. Es indudable que esta profecía fue dada a conocer también a David por conducto de la predicación de Samuel.

Sin embargo, ¿no es obvio que David aquí especialmente habrá elogiado en esa Palabra de Dios, que Samuel en su día le había venido a traer, cuando David aún no era más que un corderito cerca de su padre Isaí? La Palabra de Dios que testificaba que el SEÑOR había escogido a David como pastor sobre Israel. La Palabra que confirmaba que las ropas de David olían a unción después que fuera ungido.

David se habrá gloriado muy especialmente en esa Palabra.

No en estratagemas ni en creciente poder militar, sino en esta promesa del SEÑOR, el cual no puede mentir, y según el firme convencimiento de David, se basta a sí mismo para cumplir a su tiempo sus promesas. Para lo cual, David no *precisó* destacarse; aquello era asunto del SEÑOR; y en ello David no quería anticiparse a él de forma incrédula, nerviosa y activista.

En este ensalzar la Palabra o Promesa del SEÑOR está el misterio de la actitud de David durante su período de huida, en el que no levantó vara alguna contra Saúl; y en un ciento por cien entregó la realeza en las manos de Aquel que se la había prometido a David.

*La Palabra de Dios enseña a ver las relaciones de poder.*

A la luz de esta Palabra, David también ha podido juzgar precisamente las *proporciones* y las *relaciones* de su lucha. Ya dijo en el v. 1: «... (el hombre) –en singular– me oprime combatiéndome cada día». Allí usó la palabra «*'enos*» que designa al hombre en toda su debilidad y maldad. Del v. 2b también se hace esta versión: «¡Cuántos me combaten, *oh Altísimo...*»[9]. Lo cual también es una prueba de cuán confiadamente vio David las relaciones. Saúl era ciertamente grande e ilustre, pero David tenía junto a sí al *Altísimo*. En el v. 4, David se preguntó: «¿Qué puede hacerme el hombre (= *la carne*)?» El

poder de Saúl era simplemente poder carnal, humano. Y aquí, en el v. 11, leemos: «Qué puede hacerme un hombre?»

La Palabra de Dios enseña al hombre a ver estas relaciones de poder. Todos nuestros enemigos y angustiadores son únicamente hombres, carne, frente a la majestad suprema de Dios. Los filisteos eran simplemente carne; y Saúl y los suyos no eran sino carne. ¿Qué podían hacer aquellos a David sin la voluntad de Dios? En Pr. 29: 25 leemos: «...el que confía en Jehová será exaltado». En la misma fe habló mucho nuestro Salvador: «Mas os digo, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer. Pero os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a éste temed», Lc. 12: 4–5.

Versículos 12 y 13:

*«Sobre mí, oh Dios, están tus votos;*
*te tributaré alabanzas.*
*Porque has librado mi alma de la muerte*
*y mis pies de caída,*
*para que ande delante de Dios*
*en la luz de los que viven».*

David, durante las tensas horas en Gat, cuando fue reconocido como el vencedor de Goliat y luego arrestado por los siervos de Aquis, habrá hecho promesas al SEÑOR desde su enorme angustia; o habrá prometido promesas y sacrificios de alabanza. Estas últimas formaban parte de los sacrificios de paz. Un sacrificio de alabanza era aquel determinado sacrificio de paz que un israelita llevaba frecuentemente cuando quería testimoniar al SEÑOR su gratitud por beneficios disfrutados, cf. Sal. 116: 12 y 14. Semejante sacrificio no era preciso habérselo prometido al SEÑOR. Pero, cuando alguien había hecho al SEÑOR la promesa de que, después de recibir una u otra bendición, le llevaría un sacrificio, entonces éste era un sacrificio de promesa. Así David habrá hecho promesas en el pánico angustioso y crisis de nervios en que cayó en Gat.

Pero ahora aquellas promesas descansan en él; y, consecuentemente, dijo: –Ahora deberé pagarlas, Nm. 30: 3, Dt. 23: 21–23, Sal. 50: 14, Ec. 5: 4–5; pues tú has librado mi vida

de la muerte. El rey Aquis casi me hizo ejecutar, pero, por tu intercesión, opinó que trataba con un loco, y mi vida fue respetada.

Bien es verdad que David fue y permaneció transitoriamente un pobre desterrado, y el desierto fue su morada, pero el agudo peligro de muerte había retrocedido y aún vio la dulce luz del sol que está tan inseparablemente ligada a la vida, Ec. 11: 7.

Así podemos exponer los vs. 12 y 13 como *lenguaje de experiencia*.

Pero también podemos exponer estos versículo como *lenguaje de la fe*. Precisamente David ha expresado, en muchas ocasiones, su confianza en el cumplimiento *futuro* de las promesas de Dios hablando sobre ellas como si Dios ya las hubiera cumplido, cf. cap. 15, 4. «Porque (Tú) *has* librado mi alma (= mi vida) de la muerte», v. 13.

Vistos así, en los vs. 12 y 13 suena lenguaje de fe[10].

Entonces David se veía aquí en el futuro, ya *totalmente* liberado del siempre amenazante peligro de muerte por parte de Saúl y los suyos, y se vio ya entrado en el Santuario para pagar al SEÑOR sus promesas. A pesar de que en el tiempo del salmo en cuestión, aún se hallaba plenamente en peligro de vida; y entonces habla ya como un exiliado.

Eso es confiar en las promesas de Dios.

Y ese tono fundamental hace a este salmo tan querido.

## 3. NINGUNA QUEJA SOBRE EL DOLOR GENERAL HUMANO, SINO UNA CANCIÓN DESDE LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA.

Todo sufrir no es sufrir por causa de la justicia. Esto debemos tenerlo realmente presente en el Salmo 56. Hay millones de gentes que padecen pobreza; hay incontables enfermos e innumerables hambrientos. Pero toda pobreza no es pobreza por causa de la justicia; ni toda enfermedad o hambre es sufrir por causa de justicia o por motivo de fidelidad a Dios y su Palabra o por amor de Cristo. Hambre, pobreza, enfermedad, operaciones quirúrgicas y deseos incumplidos son, frecuentemente, cosas en las que cristianos y no–cristianos

participan igualmente. «Todo acontece de la misma manera a todos; un mismo suceso ocurre al justo y al impío; al bueno, al puro y al impuro; al que sacrifica, y al que no sacrifica; como al bueno, así al que peca; al que jura, como al que teme el juramento», Ec. 9: 2. Esto es verdad en muchos aspectos. En el mundo hay mucho dolor general humano como consecuencia del pecado.

El Salmo 56 no es una queja o lamento acerca del dolor humano general, del que creyentes y no–creyentes reciben su porción, sino la canción de un *perseguido*. No es la canción de un hombre que, por ejemplo, ha perdido su familia y su casa a consecuencia de un terremoto; o que, por motivo de un accidente de circulación, se encuentra en peligro de muerte, ¡sino a causa de su *fidelidad al SEÑOR* y sus mandamientos! El primero es dolor humano general, el segundo es la parte que sólo les toca a los creyentes. El Salmo 56 ha nacido de la persecución religiosa o de fe. En esto pensó el Señor Jesús cuando habló de «llevar su cruz». Al dolor general humano, tal como la enfermedad, la pobreza, los desastres naturales y cosas similares, el Señor Jesús no los llamó nuestra «cruz». Por lo demás, este dolor general humano difícilmente se lo puede tomar uno «sobre sí mismo», como pidió el Señor Jesús. Semejante dolor te es puesto sobre ti. Pero sufrir–por–causa–de–la–justicia o sufrir–por–amor–de–Jesús, ése es al que el Señor Jesús llamó «nuestra cruz», y es el que efectivamente podemos tomar o... dejar!, cf. Mt. 16: 24. ¡El Salmo 56 ha sido compuesto por semejante portador de la cruz!

*Nosotros cantamos salmos con la iglesia de todos los siglos.*

Ni con mucho todos los miembros del pueblo de Dios padecen ese sufrir por causa de la justicia, repartido en la misma medida. Es un honor padecer por el nombre de Cristo; y no todos son dignos de ese honor, Hch. 5: 41. Aunque, por otra parte, también es verdad lo que Pablo escribió: «Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución», 2 Ti. 3: 12.

Por eso, al leer la Palabra de Dios, incluidos todos los Salmos, pero ciertamente en salmos tales como el 56, es necesario

que nos *sepamos unidos* en la fe con el único pueblo de Dios de todos los tiempos y en todos los lugares. Esto puede coincidir, en un momento determinado, con nuestro propio sufrir–por–causa–de–la–justicia; pero entonces, a pesar de todo, acompañamos de corazón en el canto del Salmo 56. Entonces hemos olvidado querer hablar (¡y oír hablar!) o cantar eternamente y siempre *de nosotros mismos y acerca de nosotros mismos*. Entonces nos sabemos estrechamente unidos con todos aquellos hermanos y hermanas conocidos y desconocidos de hoy día y del pasado, vivos y muertos, que por el Nombre de nuestro Salvador y por la fidelidad a la Palabra de Dios debieron soportar toda clase de dolor. Dolor que *permanecía preparado para aquellos que le negaron*.

Al cantar el Salmo 56, primero estamos ocupados con *David*. ¿Acaso no fue este hermano nuestro al que aquellos, tanto en Israel como en Gat, destrozaron? Pero, en nuestro leer y orar, también recordamos a toda aquella inmensa lista de justos pisoteados, angustiados y perturbados neurópatas, acerca de los cuales tanto saben cantar las Escrituras y la historia. Ya citamos a Isaías, Jeremías y Elías. Pero este salmo se ha cumplido, es decir, ha alcanzado su clímax, su punto cumbre y profundo en el sufrir de nuestro Salvador, Quien fue pisoteado como nunca alguien antes o después de él; y cuyas palabras también se han mutilado, y Quien, también durante su vida, tuvo espías acechándole; pero Quien igualmente lo entregó todo en las manos de Aquel que algún día juzgará rectamente; y Quien, asimismo en medio de su sufrimiento y humillación, igual que David, pudo hacer todas aquellas valientes manifestaciones de fe. Así cantamos el Salmo 56, también de y con nuestro Señor y Cristo (Jesucristo), y con todos aquellos que completan sus aflicciones, cf. Col. 1: 24.

NOTAS

1. Versión de los LXX y Vulgata (respectivamente: *etumpanizen*,*impingebat*. Can. V: «El aporreó las puertas del pontón», v. 14).

2. Para este significado de *ta'mo* remitimos a 1 S. 25: 33; Sal. 119: 66; Job 12: 20 y Pr. 26: 16.

3. «Lo que David hizo en (¿las entretanto para él cerradas?) puertas del pontón es muy difícil de precisarlo: *V twt Pi* consta solo; Ez. 9: 4 tiene *Hi*, y allí el contexto hace pensar en una señal (*taw*, cf. Job 31: 35) que es escrita; los LXX hacen pensar en abatir el pontón, lo que SMITH hace suponer que *wajetúw* no es otra cosa que «a phonetic spelling» de *wajjûtof* (V tff – pegar, cf. Sal. 68: 25 (Q) y Nah. 2: 8(7) (Po); Kittel (BHK) propone *wajjúchof*. En cualquier caso, no consideramos suficientes términos presentes para que, por medio de este ejemplo, introducir el comportamiento de un loco, sino que preferimos pensar en un enfado importante, la angustia irracional con la que David quiere intentar forzar el pontón de la ciudad».

4. M. Dahood, a.l.: Cuántos. Tomando *ki* (de igual manera en el v. 2) como pronombre exclamativo interrogativo. Véase, a este respecto, el estudio de W. F. Albright, «The Refrain «And God saw *ki tob*» («Y vio Dios que era bueno») in Genesis», in Mélanges bibliques rédigés en l'honneur de André Robert (París 1957), 22–26.

5. M. Dahood traduce: «En Dios me glorío, oh blasfemo»; pues lee *dûoberô* en lugar del TM *debaró*.

5a. La traducción de esta línea es problemática. La Sagrada Escritura entiende, bajo la palabra «alma» (a causa de su naturaleza espiritual) algo distinto que una parte más elevada del hombre, la cual sería inmortal (frente al cuerpo, el cual podía morir realmente). Así pues, la palabra «alma» frecuentemente hace el servicio del pronombre personal; y, entonces, «mi alma» significa: «yo»; o, más enfáticamente, «yo mismo». Y, «tu alma» o «su alma», significa: «tú» o «tú mismo»; «usted« o «usted mismo»; «él» o «él mismo».

6. Nosotros seguimos la versión de M. Dahood.

7. M. Dahood defiende la Versión: «Transcribe tú mismo mi queja, anota (registra) mis lágrimas (en) tu pergamino, mis carencias en tu libro».

8. Luthers Psalmen–Auslegung, herausgegeben von Erwin Mühlhaupt, 2. Band 244, Göttingen 1962.

9. M. Dahood, a.l., quien lo traslada del final del v. 3 al principio del v. 4.

10. M. Dahood entiende aquí «*ki*» como ki suplicante, e «*hissalta*» como perfecto suplicante, cf. Psalms I, 20.

# Capítulo 17

## SALMO 57: CUANDO DAVID ESTUVO EN LA CUEVA

Se podría calificar al Salmo 57 como la oración de un cavernícola; pues, cuando David lo cantó por primera vez, vivía en cuevas como desterrado, perseguido y desvalido. Probablemente siempre bajo la impresión de los acontecimientos ocurridos en Gat, donde los filisteos le habían reconocido y arrestado. También como consecuencia de las tensiones que ya anteriormente había soportado, David había sufrido una depresión nerviosa, y, por un momento, se volvió «loco de miseria». Ya hablamos de esto extensa– y detalladamente en el capítulo anterior al tratar el Salmo 56 que nació en la misma situación. No es tan fácil salir de una crisis psíquica semejante.

El Salmo 57 no está destinado en primer lugar al *pueblo de Dios* sino a *Dios mismo*. Está dirigido a la dirección celestial del SEÑOR, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Pero este salmo era evidentemente tan agradable a Dios que lo ha conservado para nosotros en el Libro de los Salmos, con el fin de que, de ahora en adelante, sirva al pueblo de Dios como un ejemplo excelente de práctica en la escuela de la oración.

## 1. EL EPíGRAFE.

En primer lugar, el epígrafe que encabeza este salmo.

Dice así: *«Al músico principal; sobre No destruyas. Mikhtam de David, cuando huyó de delante de Saúl a la cueva»*[1]. La palabra *mikhtam* ya fue tratada en el Salmo 16, cf. Los Salmos I, 7. 189; y acerca de las palabras «No destruyas» ya tratamos en el capítulo 15 de este tomo al comentar el Salmo 59: 1. Resta tratar ahora la indicación de la situación histórica.

### *a. Adulam.*

¿A qué cueva se refiere el epígrafe? Pues David, durante su huida de Saúl, ha residido muchas veces en cuevas y grutas, cf. 1 S. 23: 14, 24: 4. Por tanto, sería posible que el Salmo 57 surgiera en una de esas desconocidas fortalezas de las montañas. Si embargo, por el decorado de este salmo, preferimos pensar en la cueva de Adulam, y ciertamente a causa del lugar del Salmo 57 que va, precisamente, detrás del 56.

El último nos trasladó a los acontecimientos ocurridos en Gat, donde David se derrumbó. El relato de las vivencias de David en esta ciudad filistea concluye en 1 S. 22: 1 con este comunicado: «Yéndose luego David de allí (es decir, de Gat), huyó a la cueva de Adulam». ¿No podemos, pues, deducir de la colocación del Salmo 57 directamente detrás del 56, que con ello se ha tenido en cuenta el orden histórico, y que aquí se refería a aquella cueva hacia la cual David, según 1 S. 22: 1, huyó desde Gat?

Así pues, nosotros apostamos por la cueva de Adulam[2].

No te la imagines como un gran nicho en una gruta, sino más bien como un número de habitaciones subterráneas abovedadas. Algunas de las cuales podían albergar fácilmente a cientos de personas sin que se les descubriese.

### *b. David obtiene séquito.*

Allí regala Dios hermanos al solitario exiliado.

Incluso en doble sentido. Hermanos de espíritu afín (= correligionarios) y consanguíneos; pues en 1 S. 22: 1 también leemos esto: «Y cuando sus hermanos y toda la casa de su padre lo supieron (es decir, que David estaba en la cue-

va de Adulam a unos 30 Km. de Belén), vinieron allí a él», cf. 2 S. 23: 13–17.

Aquí cada palabra merece la pena de ser considerada brevemente. «Sus hermanos...», ¿sabes cómo Eliab le saludó en el ejército? «Para qué has descendido acá? ¿Y a quién has dejado aquellas pocas ovejas en el desierto? Yo conozco tu soberbia y la malicia de tu corazón, que para ver la batalla has venido», 1 S. 17: 28. ¡Mientras tanto, sabían que Samuel, en el nombre del SEÑOR, había ungido por rey a su hermano! Aquellos hermanos se acercan ahora a él. Pero, ¿»arrepentidos»?

Más adelante, llegaron allí el padre y la madre de David.

¡Qué cuadro tan lamentable: el anciano Isaí huido de Belén, porque los soldados de Saúl acosaban a David, el hijo sobre el que la familia de Isaí conocía tan gran misterio de Dios. El hombre anciano y sus hijos no están seguros de su vida por más tiempo. Saúl podría arrestarlos como rehenes con el fin de obligar a David a salir de su escondite. Así se han hecho apátridas también Isaí y sus otros hijos.

Pero David aún obtiene más séquito.

En 1 S. 22: 2 leemos esto: «Y se juntaron con él todos los afligidos...» La Versión Nueva Neerlandesa dice: «También se unió a él todo el que se hallaba en dificultades...» Pero, ¿qué quiere decir ahora «hallarse en dificultades»? ¿A quién no le acontece esto en su vida? En cambio la Versión Estatal Neerlandesa es más literal: «Todo hombre que *angustiado...*» O también: «Todo el que fue *oprimido...*» En el Salmo 119: 143, la Versión Nueva Neerlandesa también ha traducido la misma palabra hebrea (*«is masoq*) por «opresión», cf. Dt. 28: 53, 55 y 57; Jer 19: 9[3].

Que aquí, en la cueva de Adulam, se trataba de gentes oprimidas, puede evidenciarse más adelante de lo que en 1 S. 22: 2 –exactamente detrás de «todo el que era perseguido», leemos: a saber: «y todo el que estaba endeudado». Ahora vemos enseguida qué clase de opresión estaba en pleito. Aquí se trataba de oprimidos sociales y de opresores sociales. Los refugiados que se unieron a David, quizá corrieron la misma suerte que la pobre viuda de la época de Eliseo (2 Re. 4: 1–7), cuyo acreedor amenazó vender sus hijos como esclavos si no pagaba de inmediato.

Y esto ocurría, mientras el SEÑOR, por ejemplo, en Lv. 25 había dicho tan claramente, cómo los acreedores de su pueblo debían comportarse con sus deudores; diametralmente al revés de como ocurría entre los cananeos. No angustiar así a los pobres ni venderles como esclavos o atormentarles con intereses altos, sino precisamente ayudándoles y sosteniéndoles. El SEÑOR había dicho literalmente a los acreedores: «No te enseñorearás de él (del deudor) con dureza, sino (que) tendrás temor de tu Dios», Lv. 25: 43, cf. Dt. 15.

¡Saúl debía haber controlado esta ordenanza!

Pero, desde esta sola frase acerca de los pobres huidos, según 1 S. 22: 2, viene hacia nosotros, en toda su agudeza, todo el abandono del Pacto y apostasía de Israel en el tiempo de Saúl. Diametralmente en contra de la Thorá (= enseñanza) evangélica de Dios, en el Israel de Saúl, los pobres fueron perseguidos y angustiados por sus acreedores.

¿No era esto motivo de que lloraran aquellos que aún conocían al SEÑOR?

*c. ¿El séquito de David constó de una cuadrilla de camorristas y moscardones?*

¿Fue esta clase de gentes las que se unieron a David en la cueva de Adulam, y que siempre y constantemente estaban de riña con todos? Quizá se podría pensar esto en base a la Versión Nueva Neerlandesa, pues en 1 S. 22: 2, informa: «También se unió a él... todo el que estaba amargado, y se hizo su caudillo».

Pero, según nuestra opinión, ésta no es una traducción adecuada.

No es muy difícil citar una serie de textos donde también la Nueva Versión Neerlandesa no traduce la expresión hebrea de 1 S. 22: 2 «*mar nèfes*» por «amargado», sino por «amargamente entristecido», cf. 1 S. 1: 10, Job 3: 20, Pr. 31: 6, Ez. 3: 14 (V. Estatal Neerlandesa), 27: 31, Is. 38: 15.

Dos de estos textos son conocidos.

En 1 S. 1: 10, leemos, que Ana «con amargura» (= amargamente entristecida = *mar–nèfès*) oró al SEÑOR. Y en Pr. 31: 6, la madre del rey Lemuel aconseja a su hijo: «Dad la sidra al desfallecido, y el vino a los de amargado ánimo (*mar–nèfès*)».

Así pues, nosotros tampoco querríamos traducir 1 S. 22: 2c por: «todos los que estaban amargados» (pues entonces se piensa realmente en camorristas), sino por: «Todos los que estaban amargamente entristecidos». La Versión Estatal Neerlandesa ya habla también de «todo hombre cuya alma estaba amargamente triste». Asimismo esta versión encaja mejor en el contexto. Pues, ya indicamos, que a los piadosos en Israel, durante el régimen de Saúl, les asistía toda razón para estar amargamente entristecidos. Este hombre amenazó como un fanático contrarreformador, arrasar toda la entrañable obra de la reforma de Samuel. Piadosos salvadores del pueblo como David eran perseguidos; y a duros acreedores les permitía proseguir su actuación. Los sacerdotes de Nob fueron asesinados, y a un edomita como Doeg lo protegió. Para un Remanente piadoso en Israel, ¿no era todo esto como para echarse a llorar? Samuel y Jonatán, y una mujer como Abigail, ¿no habrían estado amargamente entristecidos por estas cosas? ¿Y qué decir del padre Isaí y todos los desconocidos «silenciosos del país» que con tanto gozo habían observado la actuación de David?

Tales personas llegaron junto a David en la cueva.

Ningún pendenciero ni cobardes amargados, sino justos pobres y perseguidos que estaban profundamente afligidos por causa de la destrucción de los fundamentos de la Thorá en Israel, cf. Sal. 11. Así lo dice este salmo: «Si fueren destruidos los fundamentos, ¿qué ha de hacer el justo?», v. 3.

David habló a todos aquellos justos, diciéndoles: ¡»Venid, conmigo estáis seguros»!, cf. 1 S. 22: 23. Saúl les abrumaba, les reventaba; pero David les pastoreaba, les cuidaba como un buen pastor, absolutamente en el Espíritu del Señor Jesús, que más tarde se dirigiría a los abrumados hijos de Dios en la iglesia de su tiempo, diciéndoles: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados (a saber: por los Saúles de la época de Jesús, con sus duros fanatismos), y yo os haré descansar..., porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga», Mt. 11: 28–29.

*Intercesor.*

Ahora podemos disponernos a leer el Salmo 57, pues al menos sabemos quiénes estaban en torno a David cuando

expuso y confió este salmo por primera vez en una cueva llena de «ovejas perdidas de la casa de Israel».

Además, ahora vemos enseguida que tanto el Salmo 57 como el 56, es una oración estrictamente personal por la necesidad personal de David, pero que él está aquí ante nosotros como el rey venidero de Israel; y ciertamente como un rey tal cual a Dios le gustó verle: un rey–pastor con corazón para sus ovejas, sobre todo para las débiles y descarriadas. David interviene en el Salmo 57 como su intérprete ante la presencia del SEÑOR; como el intercesor de estos pobres perseguidos y amargamente entristecidos.

Y, de nuevo, lo mismo que en el Salmo 56, no por causa de salvación de toda clase de necesidad humana y general en la que participan igualmente iglesia y mundo, pero también desde ese padecer único que sólo conocen los hijos de Dios: padecer por causa de la justicia.

También el Salmo 57 clama desde la persecución de la fe.

## 2. ORACIÓN DE UN CAVERNÍCOLA.

Versículo 1a:

*«Ten misericordia de mí, oh Dios,*
*ten misericordia de mí.*

Aquí también puedes hacer tranquilamente esta lectura: «Compadéceme, oh Dios, compadéceme».

¿Oyes qué mal lo pasa? ¿Cómo no se siente bien?

Por dos veces seguidas, dice: ¡»Ten misericordia de mí»! Esto es suplicar, y esto también lo puede hacer tranquilamente el pueblo de Dios en tiempos de necesidad: pedir algo a Dios, una y dos y tres veces seguidas.

También David hace esto mismo en el versículo siguiente.

Versículo 1b:

*«Porque en ti ha confiado mi alma,*
*y en la sombra de tus alas me ampararé*
*hasta que pasen los quebrantos».*

Este es, una vez más, típicamente David.

No confío en mis cientos de héroes; ni me apoyo en mi popularidad entre el ejército israelita. No tomaré mi suerte por mi propia mano, ni te cortaré el camino. Nada emprenderé, sino que te esperaré. ¡Como un pajarito recién nacido se arrastra bajo las alas de su madre, así me arrastro yo bajo las tuyas, oh Dios!

«Hasta que pasen los quebrantos».

Pues grande es la desdicha que al presente azota a tu pueblo. Pero yo sé, que tú, por medio de Ana, has prometido un tiempo nuevo, 1 S. 2: 1–10, cf. cap. 15, g.; y tu Palabra es la verdad; y tus promesas no fallan. Y tú, por medio de Samuel, me has prometido establecerme como pastor sobre tu rebaño Israel, y entonces tú harás valer también esa promesa.

Hasta esos extremos llego a cobijarme bajo tus alas.

Con esta misma tierna imagen saludó Booz, bisabuelo de David, en cierta ocasión a Rut, bisabuela de David, como una mujer que venía a refugiarse bajo las alas del Dios de Israel, cf. Rt. 2: 12.

Por tanto, cuando un héroe como David no se presentó envalentonado, en modo alguno debemos avergonzarnos de que ante Dios nos sintamos pajaritos muy pequeños que en su indigencia se esconden gustosamente bajo sus alas.

Versículo 2:

*«Clamaré al Dios Altísimo*[4]*,*
*al Dios que me favorece».*

Yo estoy frente a enemigos poderosos; pero, por esto mismo, clamo al Altísimo, ¿quién le puede resistir? Ya hace realmente algunos años que Samuel, en el secreto más íntimo, vino a ungirme por rey sobre Israel; pero la Palabra de Dios no volverá vacía. El SEÑOR vela por su Palabra para cumplirla. Por eso yo, David, no preciso realizar el asunto de Dios. Eso lo hace él mismo. Yo no necesito aquí en la cueva hacer de estos hombres ningún poder carnal, para presentarlo frente al poder carnal de Saúl. El SEÑOR se basta a sí mismo sin el puño y el poder nuestro, aquí en la cueva de Adulam. Es plenamente asunto del SEÑOR hacerme rey a mí; y yo confío que él, que comenzó hace algunos años este asunto con la llegada de Samuel a Belén, a su tiempo la llevará a cabo para

mí hasta el fin deseado; aunque aún me encuentro como un desheredado en esta cueva.

Versículo 3:

*«El enviará desde los cielos,*
*y me salvará de la infamia del que me acosa;*
*Dios enviará su misericordia y su verdad»*[5].

Yo no tengo en torno a mí sino algunos pobres fugitivos; oprimidos, como yo. Los fundamentos están destrozados en Israel; y nosotros, justos pobres aquí en la cueva de Adulam, nada podemos hacer, cf. Sal. 11: 3. Pero Dios dio su Palabra por medio de Ana y Samuel, quizá incluso el profeta Gad estaba ya con David en la cueva de Adulam; y Ana había profetizado: «Delante de Jehová serán quebrantados sus adversarios..., y exaltará el poderío de su Ungido», 1 S. 2: 10.

Yo espero en la fidelidad de Dios a esta Palabra; y sé, que él enviará hacia nosotros «su misericordia y verdad» (fidelidad) como dos ángeles protectores, y que ellos nos protegerán.

El fiel pueblo de Dios aún debe vivir de esto.

En la dificultad de nuestra lucha contra el espíritu del siglo, en medio de las calamidades que la iglesia de Dios de nuestro tiempo encuentra, y bajo la persecución de los impíos en la iglesia de este siglo, los «afligidos aún deben vivir amargamente y esperarlo todo de la misericordia de Dios (es decir, cumplir su Pacto) y de su verdad (= fidelidad).

De otra manera, ¡la iglesia hubiera desaparecido en nuestro mundo!

Versículo 4:

*«Estoy en medio de leones*
*que están rabiosos por presa humana*[6]*,*
*sus dientes son lanzas y saetas,*
*y su lengua espada aguda».* (versión del autor).

¡Así de dificultosa era la posición de David en la cueva de Adulam!

Estaba rodeado por gentes sanguinarias.

El rey Saúl podía realmente despedazar a David como un león a su presa. ¿A qué otra cosa atacó el monarca sino a presas humanas? Así he traducido al menos la segunda línea de este versículo. Sin embargo, hombres de las inmediaciones de la cueva corren enseguida hacia Saúl para referirle que David se halla escondido entre ellos, cf. 1 S. 23: 19–24 y 26: 1. Por consiguiente, aún había que añadir esto a David: que incluso era espiado y traicionado en una cueva. Los hombres de Zif servían gustosamente en esto a Saúl, cf. 1 S. 23 y 26. Por eso la Nueva Versión Neerlandesa y también la Reina–Valera, muy bien pueden tener razón, cuando a David le dejan hablar de : «hijos de hombres que vomitan llamas», y cuya lengua «es espada aguda». En efecto, la boca de aquella gente le podía haber costado a David literalmente su vida; y no digamos cuántas calumnias habrá divulgado Saúl acerca de David, cf. 1 S. 19: 1.

Ya observamos en más salmos, que David no ha sido el último que ha sufrido, que entre sus hermanos –¿todos los israelitas eran hermanos entre sí?– se ocultasen «leones». Más tarde, el Señor Jesús les llamaría «lobos», Mt. 10: 16.

La historia de la iglesia está llena de este fenómeno.

Cada época conoció a los falsos hermanos que pudieron destrozar a sus fieles hermanos, y que, a veces, lo hicieron realmente en bancos de suplicio. Como también hubo siempre en la Cristiandad «hijos de hombres que vomitan llamas», y cuya lengua, dice Santiago con razón que es: «un fuego, un mundo de maldad... un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal...», Stg. 3.

Añádase aún a ésta, en nuestro tiempo, la palabra impresa.

¡Qué gran lanzallamas puede ser la prensa!

Pero ha habido UNO que debió apurar hasta la última gota de esta copa de veneno a costa de su vida, y éste fue ciertamente nuestro Señor y Salvador, Jesucristo.

Versículo 5:

*«Exaltado seas sobre los cielos, oh Dios;*
*sobre toda la tierra sea tu gloria».*

¿No es ésta una oración majestuosa?

Ahora sabemos cómo David y los suyos estaban allí: como pobres cavernícolas pisoteados; arrojados de sus hogares;

con un perro sanguinario por rey detrás de ellos; rodeados por espías y concitadores. En una situación semejante, cuán difícil le es a un hombre fijarse ciegamente en su dolor personal e incomodidad, y suplicar a Dios que se interese por nuestro asunto personal. ¿Qué ministro no experimenta en su ejercicio pastoral, que casi ningún enfermo crónico se libra del peligro de volverse egocentrista?

Nosotros consideramos esta oración desde este punto de vista.

A pesar del gran dolor personal de David, su oración no es en modo alguno egocéntrica, sino totalmente teocéntrica. Aquí, desde su cueva miserable, alcanza y abarca cielo y tierra en la expresión de su mirada; y le vemos aquí como el futuro rey–pastor de Israel. El joven que frente a Goliat ya había hecho tan gloriosamente profesión de fe de su encendido amor por el honor del Dios de Israel, cf. 1 S. 17: 36–37, de manera que se había acercado a aquel tanque andante con una honda y una piedrecita. Este David deja oír aquí, una vez más, que para él nada había más excelso que la gloria y la majestad de su Dios. Como un auténtico ungido del SEÑOR, se levanta en defensa de ese honor.

Pues Saúl y su camarilla en Israel pusieron el grito en el cielo como si no hubiera Dios; pero, ¿qué debía salvarse allí de la gloria del SEÑOR, si Dios ama esa justicia y derecho, y demuestra misericordia a todos los que le temen? ¿No iría por los suelos esa gloria, si el SEÑOR se abstuviera de intervenir?

De ahí esta oración del v. 5: «Alzate, ¡oh Dios sobre los cielos», (versión Biblia de Jerusalén).

A este respecto, se debe tener presente, que los jueces israelitas cuando iban a pronunciar sentencia se levantaban de su asiento, cf. Sal. 76: 9, 82: 1. Por tanto, la expresión: «Alzate, oh Dios» quiere decir tanto como: Muestra tu majestad pronunciando sentencia entre los oprimidos en esta cueva y nuestros perseguidores. Haz ver al cielo y a la tierra que Dios es un Dios que ama el derecho.

*«Sobre toda la tierra sea tu gloria».*

También se puede leer: Sobre todo el país (*eres*). ¿Y en dónde podía brillar más bellamente la gloria de Dios que en

la liberación de Israel de las manos de Saúl y los filisteos, y en el retorno de la paz (*salom*) en el país?

Al mismo tiempo, las palabras de David aun van más lejos.

Su mirada profética se extiende por encima de los límites del Antiguo Testamento, e incluso por encima de los del Nuevo hasta la nueva tierra donde la vara de todos los opresores será machacada y donde todas las lágrimas serán secadas, y donde todo el mundo será lleno de la gloria del SEÑOR, Is. 6: 3, Ap. 21: 23.

¡Y todo esto suplicado desde una cueva!

Pero en esta gruta subterránea estaba un David que se agarraba a la Palabra de Dios, y se recreaba en las promesas de Dios, cf. Sal. 56: 10: «En Dios alabaré su palabra...»

Entretanto, allí ocurrió un milagro.

Las paredes de la cueva cedieron. La red que Saúl siempre mantenía tensa, se rasgó. A David le desapareció la depresión nerviosa ocurrida en Gat. De repente, ya vivía en el futuro, hacia el cual miraba tan animoso.

Este es el milagro de la fe; y tiene algo en común con unos prismáticos con los que se atrae hasta cerca de los ojos el horizonte de las promesas de Dios. De esta manera, David, en la cueva de Adulam, ya ha experimentado por la fe el día en que el SEÑOR le salvó de su enemigo capital, Saúl (como más tarde se evidenció, porque los hombres de Judá e Israel se acercaron a David a pedirle que fuera su rey). Todo ello sin que David mismo hubiera movido ni una sola mano. Y entonces, manteniéndose en ese alto nivel de la fe o las promesas, *en* su plena época de cavernÍcola ¡habló en tiempo pasado *acerca de* su época de cavernícola!

Escúchale:

Versículo 6:

*«Red han armado a mis pasos;*
*y una soga por mi nuca[7];*
*hoyo han cavado delante de mí;*
*en medio de él han caído ellos mismos».*

¿Ves qué lenguaje de fe?

Así también nosotros, en la fe a las promesas de Dios, por

ejemplo, las que se refieren a una futura vida eterna, podemos hablar de ellas ya ahora, en tiempo presente. Aún es música del porvenir; pero, eso no obstante, podemos decir: «El que cree en el Hijo, *tiene* vida eterna», Jn. 3: 36. Así de digna de confianza es la Palabra de Dios: «Y esta es la promesa que él nos hizo: la vida eterna», 1 Jn. 2: 25.

Versículo 7:

*«Pronto está mi corazón, oh Dios,*
*mi corazón está dispuesto;*
*cantaré y trovaré salmos».*

¡Estas son palabras de un fuera de la ley declarado cavernícola! Un hombre que vivió según el Pacto de Dios en las ruinas de la vida de Israel. Alguien que estaba cercado por perseguidores sanguinarios que le pudieron destrozar; en medio de una tropa de desarrapados en una cueva; con ningún otro agarradero que la promesa de Dios: «¡TÚ serás rey!» Pero aunque esto, visto humanamente, aún no suponía perspectiva alguna de su realeza, no se lamentó diciendo: –»Mi corazón está intranquilo, oh Dios, mi corazón está intranquilo», sino que precisamente confesó su confianza plena en Dios: «Pronto está mi corazón, oh Dios...»

¿Puedes comprender que este era un hombre según el corazón de Dios? El cual tenía lo que, precisamente ahora, Dios ve tan gustosamente en un hombre: confiar ilimitadamente en el amor, fidelidad y poder de Dios. Y, entonces, también contar verdaderamente con ello y edificar en la práctica.

Alabar a Dios, a pesar de todo, en lo más profundo de nuestra vida.

¡Qué cosa más bella es esto para él!

Versículo 8:

*«Despierta, alma mía;*
*despierta, salterio y arpa*[8]*;*
*me levantaré de mañana».*

¡Quién sabe cuán literalmente debemos tomar esto! Que David, a primera hora de la mañana, caminó desde la oscuridad de la cueva hacia afuera, y que entonces, en la boca de la

cueva, ejecutó con sus instrumentos musicales por primera vez este salmo.

Seguro que puedes imaginártelo de alguna manera.

La aurora resplandeciente y la luz gris de un nuevo día sobre las rocas y abismos, las cavernas y las cuevas de las montañas de Judá; y allí, en algún lugar, en aquel desierto abandonado, un David cantando, acompañándose a sí mismo con dulce punteado de arpa. Rodeándole, hombres escuchando emocionados. Creyentes pisoteados, agobiados por acreedores; entristecidos amargamente; pero milagrosamente consolados por esta nueva canción de su jefe creyente.

Aunque disponemos de tantas cadenas de Radio, TV y discos normales y compactos, ¿conocemos y practicamos alguna vez ese celo por alabar a Dios mismo? ¡David se animó a sí mismo a hacerlo, hasta por tres veces, muy de mañana!

Versículo 9:
*«Te alabaré entre los pueblos, oh Dios;*
*cantaré a ti entre las naciones».*

Naturalmente, el pueblo de Dios canta la alabanza de Dios siempre en medio de los pueblos de este mundo. Sin embargo, estas palabras de David (: «entre los pueblos» y «entre las naciones») no debemos declararlas demasiado de prisa como exageración poética. Pues, como Salomón más tarde alabó al SEÑOR ante los oídos de príncipes tales como el rey Hiram de Tiro y la reina de Sabá (1 Re. 5 y 10), así David habrá alabado ciertamente al SEÑOR también ante los oídos del cuerpo diplomático de Jerusalén como Aquel que le había llamado de detrás de las ovejas, y le había colocado en el trono de Israel. ¿Y los ministros plenipotenciarios acreditados en la capital israelita no habrían mencionado nunca entre sus respectivos pueblos esta alabanza real a su Dios?

Así pues, nuestra vocación puede ser alabar a nuestro Padre celestial en tiempos idóneos ante los oídos de personas mundanas. Como hacemos, por ejemplo, cuando como iglesia cantamos juntos en nuestros cultos o servicios religiosos. Tal alabanza puede ser audible fuera, en la calle.

Versículo 10:

*«Porque grande es hasta los cielos tu misericordia,*
*y hasta las nubes tu verdad».*

Cierto, la miseria de Israel aún era grande. Los opresores de David aún eran poderosos. Pero ahí estaban las promesas. David ya estaba ungido como nuevo rey; y el SEÑOR es muy misericordioso, es decir, ¡él es un Dios de Palabra! Esto era el amanecer de un nuevo día. La obra de Samuel, pues, no había sido en vano. El SEÑOR no había hecho de Israel un asunto concluido.

Y ahora, 3000 años más tarde, ¡tampoco ha concluido con la Cristiandad!

Versículo 11:

*«Exaltado seas sobre los cielos, oh Dios;*
*sobre toda la tierra sea tu gloria».*

Una vez más suena la súplica (cf. v. 5) de la intercesión de Dios entre los pobres exiliados en la cueva de Adulam y el impío Saúl. Una vez más se ensancha la mirada del poeta cavernícola desde los estrechos muros de su gruta hasta la anchura de cielo y tierra.

Y esta súplica ha subido a través del cielo de las nubes hasta los oídos del Poderoso de Jacob; y éste se ha alzado y ha dejado ver su gloria como Dios–de–verdad–y–derecho.

La realeza de David es el cumplimiento de este deseo.

Y la paz bajo el reinado de Salomón es la respuesta de este salmo.

Con lo cual, sin embargo, esta súplica aún no ha recibido su plena respuesta. Para ello era también demasiado vasta o amplia, y estaba por encima del asunto del grupito de exiliados en la cueva de Adulam. Lo mismo que en el v. 9, podíamos explicar las palabras «pueblos» y «naciones» demasiado deprisa como exageración poética, aquí lo podemos hacer con las palabras «cielos» y «toda la tierra». Cielo y tierra intervienen en su historia correspondiente, y el final glorioso y dichoso de ambas historias es la salida del sol, aquí significada, de la gloria divina sobre ambos. Esto también lo sabía ya, evi-

dentemente, un creyente viejotestamentario como David. Sobre todo no se debe tener una opinión demasiado mezquina de las esperanzas de fe de estos hermanos y hermanas, cf. Los Salmos I, 7.4. 202s. Cuánto no fue enseñado Israel, por ejemplo, por medio del sacrificio de paz, y también asegurado o confirmado respecto a la promesa de aquel hermoso futuro en el que habría paz completa entre Dios y su pueblo. David, según esta súplica, buscó con su mirada interior una tierra llena de la gloria del SEÑOR.

Sin embargo, antes de esto y una vez más, Dios se levantará para dirimir para siempre el único gran pleito de todos sus hijos oprimidos con sus duros opresores.

Ahora sabemos, que él ha entregado este juicio al Hijo mayor de David, nuestro Señor Jesucristo, cf. Jn. 5: 22. Por él, nosotros que vivimos tantos siglos después de Cristo, que podemos ver aun mejor cuán gran asunto se defendía allí en la cueva de Adulam, cuando David imploró a Dios ayuda contra Saúl. Este era, visto a posteriori, el asunto del Hijo de Dios, cf. artículo 37 de la *Confesión de Fe Belga*. Aquellos que como David pueden padecer algo por ese Asunto, pueden experimentar con él cómo las grutas o cuevas pueden estar llenas de resplandor celestial.

Quizá se encuentre allí el misterio de la alabanza del SEÑOR. El bienestar cierra las bocas. El lujo hace enmudecer los salmos. Pero las cuevas, redes, hoyos y campañas mentirosas, –éstas abren las bocas, porque esas opresiones pueden imbuir al pueblo de Dios muy profundamente quién son Dios y su Cristo para todos los que se esconden en Ellos.

Quiera nuestro Padre celestial suscitar, también en nuestro tiempo, en la Cristiandad tales intercesores como lo fue David en el Salmo 57 en favor de su triste cuadrilla de apátridas; intercesores que se atrevan con el Altísimo, y esperen en su misericordia.

NOTAS

1. «... cuando (David) ante Saúl huyó en la cueva». Pues, en hebreo, delante de «cueva» está $b^e$, y no *'l*.

2. Con C. F. Keil, Die Bücher Samuels, ad 1 S. 22: 1.

3. Véase el femenino de mats también en Sof. 1: 15, Job 15: 24; en plural en: Sal. 25: 17, Sal. 107: 6, 13, 19, 28: y como participio en: Is. 51: 13 (Aquí la nueva Versión Neerlandesa tiene: perseguidor).

4. M. Dahood traduce: «... A Dios, el Vindicador», la raíz GMR vocalizándola por *gomer el*. Y «el Altísimo», vocalizándole por *'eli* en lugar del TM *'alay*. Cf. Psalms I, p. 45. Esta traducción es bíblica, cf. Nah. 1: 2.

5. El segundo renglón de este versículo es extremádamente difícil de traducir, tanto por causa del texto tradicional, como por motivo del contexto en que ahora está. Nosotros elegimos la solución de M. Dahood: «El enviará liberación del cielo contra el escarnio de mis perseguidores». Vocalizando en lugar de *herep* (TM) por *jareph*, el modo infinitivo que es determinado por la preposición de *missamayim* «desde el cielo».

Y leyendo, en lugar del singular *so*$^a$*phi* (TM), el plural *so*$^a$*phay*...»

6. Cualquier versión de este renglón es incierta. Aquí escogemos la versión de M. Dahood: «En medio de aquellos que rabian por la presa humana». «Aquellos que echan pestes»; o literalmente: «Aquellos que furiosamente están fuera de sí mismos», *loh*$^a$*tim* es participio que modifica «leones» *l*$^e$*ba'im* en la primera parte de la frase. El poeta describe gráficamente su situación colocando el verbo *'esk*$^e$*bah* entre «los leones» y «aquellos que están fuera de sí...» Presa humana. Sintácticamente, *b*$^e$*ne 'adam* es un acusativo especificativo.

7. También este renglón es muy difícil de traducir. Nosotros seguimos la versión de M. Dahood: «...una soga por mi nuca; ...» Identificando las letras *kpp* con el acádico *kippu(m)*, «soga, lazo», de *kapapu*, «doblar» (...) Para nombres de instrumentos de trabajo se encuentra frecuentemente en hebreo palabras acádicas prestadas. El paralelismo entre *reset*, «nuca» y *kpp* «soga» se debe comparar con Job 18: 8–9, donde *reset* entra en contacto con *samim*, «lazo».

8. M. Dahood, a.l.: (Vigila mi corazón). Literalmente: «mi hígado». El paralelismo con *libbi* que también vemos actuar en el idioma ugarítico (*lb/kbd*), da apoyo a la lectura *,k*$^e$*bedi* (TM *k*$^e$*bodi*), «mi gloria». Para otros ejemplos, véase Psalms I, pp. 43, 184.

# Capítulo 18

## SALMO 34: ALABANZA Y SABIDURÍA DESDE LA CUEVA DE LOS OPRIMIDOS

¿QUIÉN va ahora a cantar salmos sentado en una cueva fría? ¿Quién escoge ahora precisamente una gruta subterránea como edificio escolar para enseñar el temor del SEÑOR? ¿Y quién da semejante enseñanza aún en forma poética? Y, además, ¿quién se toma la molestia de hacer comenzar todas las líneas de ese poema consecutivamente con las letras del alfabeto hebreo, con lo cual, si quieres, puedes aprenderlo más fácilmente?

Ese hombre fue David, y ese poema es el Salmo 34.

Pero la alegría y la sabiduría de ese poema también superan todo entendimiento, porque proceden del Espíritu Santo que inspiró a David esas dulces palabras del Salmo 34, cf. 2 Ti. 3: 16, 2 Pe. 1: 21. Sin embargo, antes de que pudiera escribirlas, Dios había conducido a David por un camino tan profundo que, finalmente, casi se volvió loco de miseria y perdió totalmente sus nervios. Pero entonces David también pudo contar desde una rica experiencia, quién es el SEÑOR para un miserable hijo de hombre; y esto es lo que entonces hizo con este salmo: primero, confortar a un buen nú-

mero de parias en la cueva de Adulam; pero, dado que el Espíritu de Dios ha conservado este poema en su Palabra, consolar y también confortar, después de aquellos, a los innumerables lectores de la Biblia.

## 1. EL EPíGRAFE.

Sí, un pobre y miserable hijo de hombre, eso era David cuando hizo el Salmo 34; y el epígrafe lo dice: «*Salmo de David, cuando mudó su semblante delante de Abimelec, y él lo echó, y se fue*». A diferencia de la mayoría de comentaristas, no vemos razón alguna para dudar de la exactitud de este epígrafe. El nombre «Abimelec», en este aspecto, no precisa ser obstáculo alguno. Desde antiguo, ya se ha hecho notar, que «Abimelec» puede haber sido el título de los reyes filisteos (como «Faraón» el de los egipcios), de forma que también este epígrafe se referirá a Aquis, el «Abimelec» de Gat[1]. En consecuencia, detrás de este salmo vemos un David que precisamente en la ciudad filistea de Gat a duras penas se ha salvado de una condena a muerte. Por 1 S. 22: 1 llegamos a saber que David huyó de allí a la cueva de Adulam; y admitimos que este salmo nació allí.

Esto significa, que el Salmo 34 tiene el mismo trasfondo histórico que el Salmo 57, el cual tratamos en el capítulo anterior. Y dado que ya hemos comentado en el Salmo 56 los acontecimientos precedentes a ambos salmos ocurridos en Gat, cf. cap. 16, bien podemos ahora ser breves acerca del trasfondo histórico del Salmo 34.

Este relato lo puedes leer en 1 S. 21: 10–22: 2.

David es arrestado en Gat por los filisteos como el formidable vencedor de Goliat, y entonces queda tan fuertemente desconcertado que, echando espuma por la boca de furor impotente, se halla aporreando las puertas cerradas, perdida la razón de angustia ante el rey Aquis.

Ya hemos hecho notar al tratar el Salmo 56, cf. cap. 16, que esta manera de actuar de David no fue en modo alguno, según nuestra opinión, un truco por el que intentó salvar su vida. No; sino que, en un momento determinado, estuvo verdaderamente un poco «inconsciente». El texto hebreo de 1 S. 21 no nos obliga a pensar en una simulación de enajenación mental, cf. cap. 16, 1. Aunque al rey Aquis le haya

parecido eso; pero esto es otro tema. Precisamente por ese fallo de apreciación del rey Aquis, es como el SEÑOR salvó a David.

Esta nos parece la explicación más adecuada y verosímil de los acontecimientos. Según la exposición tradicional de este caso, David viene a ser, dicho suavemente, extrañamente desdibujado. Entonces, primero se habría salvado a sí mismo por astucia; y después, en un par de hermosos salmos como el 56 y el 34, habría glorificado al SEÑOR como Aquel que le había salvado tan sorprendentemente. Si en David debemos ver un simulador astuto, no sabemos qué decir de su paternidad literaria, y de los epígrafes que encabezan estos salmos. De ahí que muchos comentaristas no reconocen relación alguna entre los acontecimientos en y después de Gat, por una parte, y estos dos salmos, por otra. ¿Y qué resulta entonces? –Verdades atemporales y generalmente religiosas. Mientras tanto, el salmo se dispone a hablar precisamente así, cuando admitimos que David perdió momentáneamente la cabeza en Gat, y que, por desgracia, estuvo muy desconcertado y desbordado de los nervios. ¡Entonces, en el Salmo 34 oímos a un hombre que, desgraciadamente, puede contar lo que uno debe al SEÑOR, cuando te sientes tan miserable y te encuentras tan al final de tu vida! ¿Y quién no es esa persona alguna vez? Pues, lo que hoy no es, puede ocurrir mañana; y entonces sabes dónde puedes abrir la Palabra de Dios para tu provecho o para el de tu hermano o hermana.

## 2. Vs. 1-23: SUBLIME ALABANZA DE DIOS Y SABIDURÍA SANADORA DE LA VIDA DE LOS HOMBRES.

El Salmo 34 es un salmo acróstico. Casi cada línea comienza con la letra siguiente del alfabeto hebreo. Salmos con semejante disposición artística carecen de una clara distribición del orden de los pensamientos. Por eso queremos, sin más, proseguir leyendo este salmo versículo tras versículo.

Versículo 1:

*«Bendeciré a Jehová en todo tiempo;*
*su alabanza estará de continuo en mi boca».*

Aquí, pues, toma la palabra un hombre que, poco antes, aún golpeaba sus uñas en las puertas cerradas de Gat, y debe haber mirado horrorosamente, sucia su barba y torva su mirada; y que ahora ya no se encontraba en aquel agudo peligro de vida de entonces; pero que, eso no obstante, aún era un hombre exiliado, perseguido y privado de todo, que debía consumir su vida en una cueva con un grupo de apátridas y rechazados. Esto es lo que debemos tener en cuenta al leer este versículo.

Ciertamente no es de alguien que «se despacha a gusto», es decir, «de un fanfarrón», porque tenía todo lo que su corazón podía apetecer, sino de un hombre que debía carecer de lo que un corazón humano puede desear. Era un cavernícola, un pisoteado, un desamparado; un hombre que se había vuelto casi loco de miseria por sus hermanos en la iglesia.

Este hombre da aquí a conocer, que no sólo quiere alabar al SEÑOR cuando le van bien las cosas, sino «en todo tiempo», cf. Fil. 4: 4; también ahora que lo está pasando tan mal. Y «no en el silencioso apartamento de un místico, sino en la iglesia» (como dijera Martín Lutero), aunque era una iglesia subterránea[2].

De esta fe era también Job en su profunda miseria, Job 1: 21, y todos aquellos cristianos que, por ejemplo, en el entierro de seres queridos leen (o mandaron leer) el Salmo 103: «Bendice, alma mía, a Jehová...»

Versículo 2:

*«En Jehová se gloriará mi alma;*
*lo oirán los mansos, y se alegrarán».*

Por tanto, el Salmo 34 intenta de veras alegrar a las personas humildes. Sólo que, ¿qué clase de gentes son los humildes? Es obvio que, a este respecto, David habrá pensado, primero, en las gentes que estaban alrededor suyo cuando dio a conocer el Salmo 34 por primera vez, es decir, a sus compañeros de cueva.

Al comentar el Salmo 57 nos preguntamos, qué clase de gentes eran cf. cap. 17, 1.b. y c.. No eran precisamente camorristas y pendencieros, sino personas piadosas. Más de uno había huido de un acreedor violento y duro; ¡si bien el SEÑOR en la Thorá de Moisés había prohibido expresamente amargar la vida de las personas pobres!

Por esta razón, como es natural, estas personas no eran necesariamente humildes (= miserables), pues todos los pobres en la iglesia y en el mundo no son humildes sólo por el hecho de ser pobres; pues la Biblia también nos habla de humildes ricos, como es el caso de Ana, Abigail, etc., cf. 1 S. 1 y 25. No; aunque debemos buscar a la mayoría de los humildes ciertamente entre las personas pobres, no es la posición social lo característico, sino la actitud de vida. Ser humilde es una cuestión de la actitud de alguien frente a Dios y su Palabra.

Observemos, una vez más, a los compañeros de David.

Estas personas habían *huido* hacia David. Eran pobres, pisoteadas, desvalidas, indigentes..., simplemente fugitivas; no amenazadoras ni obcecadas, ni defensoras de su derecho hasta la muerte, sino de esos fieles que, en todo tumulto por la herencia del Pacto de Dios, también en nuestro tiempo, no se dejan o hacen oír, y por eso, también en la Biblia, son llamadas: «los mansos de la tierra», cf. Sal. 35: 20, 76: 9, Is. 11: 4, Mt. 5: 5.

El idioma hebreo les designa de una manera característica: los humildes son llamados «*'anawim*», es decir: encorvados. Así andaban los compañeros de David: encorvados bajo su pobreza y privación de derecho; pero, al mismo tiempo, ellos mismos se inclinaban bajo la mano poderosa de Dios, la cual, en sus días, gravitaba sobre Israel. ¡Vivían al final del período de los jueces, un tiempo de juicio para la iglesia! Bajo este hecho se inclinaban los humildes. Pero, entretanto, sus ojos estaban en tensión y dirigidos al SEÑOR, como el ÚNICO que podía ayudarles. De nuevo una característica de los humildes: querer y poder esperar la ayuda del SEÑOR en su desamparo.

Ahora que en nuestra época revolucionaria también los cristianos, cada vez más turbulentos, hablan de los derechos del hombre, y cada vez menos acerca de los derechos de Dios sobre nosotros, se convierte en interrogante angustioso lo que ellos aun entienden por una actitud de vida de los humildes, que está diametralmente frente al grito moderno de: –»¡Pero eso no lo aceptamos!»

¿Hemos hecho de la humildad quizá demasiado una cuestión de carácter? Esto encaja eminentemente en el espíritu de nuestro

tiempo que gusta de psicologizar. Los humildes, pues, son determinados caracteres; una especie de figuras blandas, tontas; personas que realmente se contentan con todo.

Pero David no se refería a éstas. Pues él mismo tampoco era así. David se atrevía a acercarse a un león y a un oso; sí, y a un Goliat, un tanque viviente. David, como militar de profesión, ni mucho menos era un hombrecillo blando. Y los hombres junto a David en la cueva vieron y notaron, sin duda alguna, pisotear el derecho de Dios en Israel y la injusticia que se le infería, pero no movieron cielo y tierra por su derecho; no iniciaron alguna guerra de guerrillas contra el rey Saúl; ni actualmente saldrían a la calle con pancartas; ni eran sediciosos insurrectos. Eran «*'anawim*»: humildes, encorvados. Esto no supone que no debamos buscar en el camino legal nuestro *derecho* cerca de los hombres y cerca de Dios, «pero cuando no sobrepasamos los medios legales apropiados y la oración por los derechos, entonces quedará aún bastante que *sufrir*[3]. Como sufrieron los amigos de David. Para ellos no había derecho que obtener en el Israel bajo el régimen de Saúl. Contra el cual no protestaron, sino que se sometieron a Él y lo transfirieron al SEÑOR, y ahora esperan en él para su salvación.

Bien considerado, estos humildes son las personas principales en los salmos. En alguna ocasión, al Salmo 34 se le ha llamado «un catecismo pequeño del *'anawim*» (= encorvado = humilde), pero asimismo se le puede llamar a todo el Libro de los Salmos: el Libro de los Himnos y oraciones de los humildes. De hecho, la palabra «humildes» es otra denominación para los justos, acerca de los cuales hemos hablado en el tomo I, cap. 2.

A estos humildes quería David alegrar con su salmo, y fortalecerles en su actitud; pues había toda razón para ello, como inmediatamente les explicará con más detalle en su «catecismo de los humildes».

Pero ahora, en primer lugar, algo distinto.

Versículo 3:

*«Engrandeced a Jehová conmigo,*
*y exaltemos a una su nombre».*

Engrandecer al SEÑOR, es ensalzarle. Encumbrar su Nombre, es ensalzar sus grandes hechos de poder; pues el Nombre

de Dios, es decir: su poder, sus actuaciones, sus hechos de salvación en la historia de su pueblo. Reconozcamos y ensalcemos humildemente esto, dice David, en toda su grandeza. Por consiguiente, ahora no hablemos de Saúl y de esos terribles acreedores en casa, ni de esos espías rodeándonos en todas partes, ¡sino que ahora tengamos solo al SEÑOR en el centro de nuestros pensamientos!

¡Qué consejo tan sabio por parte de David!

Dirigir los pensamientos de los parias en torno a él para alabar al SEÑOR. ¡Cuánto valor puede dar cantar salmos en medio de las miserias de los hijos de Dios! Como ocurre también en el Salmo 42: «Pero de día mandará Jehová su misericordia, y de noche su cántico estará *conmigo*...», v. 8. A esto anima David a los colegas exiliados: «Engrandeced a Jehová conmigo...» Fíjate especialmente en las palabras expresadas sesgadamente. La religiosidad caprichosa padece frecuentemente del complejo «ego». La fe cristiana se puede malformar en «ego» religioso, en el cual una persona está ocupada constantemente consigo misma, y lee la Palabra de Dios también de forma excesivamente personal e individualista como un libro para su «ego» (= su yo). Se cantan salmos con esa mentalidad de *sí mismo*. Muchas canciones complacen ese espíritu. En lugar de arrancar sin rodeos toda clase de reglas salmódicas de su trasfondo o contexto e intentar encajarlas invariablemente en sí mismas, primero debemos preguntar lo que la *Sagrada Escritura* dice propiamente allí. Lo cual, aplicado al Salmo 34, quiere decir: Que nosotros lo cantamos, en primer lugar, con *David* y acerca de *David*: el peligro de David y la liberación de David. Por lo cual, en primer lugar, aquí se alaba al SEÑOR. Por consiguiente, David pregunta: «¿Das gracias conmigo por *mi* liberación?» Y después, desde la liberación de David, podemos aprender magníficamente el poder salvador de nuestro Dios para nuestros peligros y temores.

Versículo 4:

*«Busqué a Jehová, y él me oyó,*
*y me libró de todos mis temores».*

Con esta última palabra, David no dijo nada demás. Fue horrible lo que David vivió últimamente. Primero, los atentados de su suegro: una flecha mortal que apenas le falló;

su casa sitiada; su huida; su despedida de Samuel y Jonatán, su arresto en Gat; los matones filisteos, riéndose, dirían: –»¡Ahí lo tenemos!» David había pasado un susto tan grave que sus nervios, ya resentidos, fallaron totalmente en un momento determinado. ¡Sería casi como encontrarse ante un pelotón de ejecución!

¿No eran estos «temores» suficientemente graves?

Pero, ahora, a David le preocupa el SEÑOR, pues Él le pondría bien en lo alto en su momento (v.1). A Él he «buscado», –dice ahora. Los humildes entienden enseguida esta expresión. Buscar algo valioso lo haces no sólo con tus manos, sino también con el corazón y los ojos extremadamente atentos. En este angustioso tiempo, David había buscado muy atentamente al SEÑOR, y le había suplicado constantemente su intervención salvadora.

Por ejemplo, en el Salmo 56, cf. cap. 16.

Entonces el SEÑOR «respondió»; no con un mensaje particular del cielo, sino en los hechos. (En los salmos, responder es, frecuentemente, tanto como «salvar»). La sentencia de muerte de David ya estaba formulada, por decirlo de alguna manera; pero el rey Aquis rechaza firmarla y hacerla ejecutar; pues el príncipe filisteo piensa que se encuentra ante un loco; y en su tiempo, esta clase de personas pertenecían a aquellas que ciertamente no se debía dar muerte. Mediante este error de apreciación de Aquis, libró el SEÑOR, en el último momento, la vida de David. «El me libró de todos mis temores».

David da a conocer ahora a sus compañeros en la caverna esta experiencia con el SEÑOR, para hacerles ver quién es el SEÑOR para con un miserable que se refugia en Él, y de qué temores puede librarle. David hace de sus propias experiencias con el SEÑOR una lección para sus oyentes y lectores. De ahí nuestro epígrafe situado encima de este capítulo: «Alabanza y sabiduría desde la cueva de los oprimidos.» La alabanza de David al SEÑOR tiene, a la vez, un tono instructivo. Esto último lo ofrece David más fuertemente en el versículo siguiente.

Versículo 5:

*«Los que miraron a él fueron alumbrados,*
*y sus rostros no fueron avergonzados».*

Para empezar, esto es lo que David quiere enseñar a su audiencia: Con el SEÑOR nunca caes por tierra. Al menos, cuando *ininterrumpidamente* (esta sería propiamente la traducción literal) tienes la mirada puesta en él, y él no es uno de los *dos* hierros que tenemos en el fuego. Pues el SEÑOR rechaza compartir un honor de salvador con uno u otro diosecillo que nosotros mismos hemos chapuceado con nuestras manos o sesos.

Pero, para David, el SEÑOR era el ÚNICO de quien esperaba ayuda, y el SEÑOR puede alcanzar su honor cerca de gentes tan humildes. David, como maestro de sabiduría, hizo de su liberación un proverbio, un *masal*: «Quienes le miran ininterrumpidamente, resplandecen de alegría, y su rostro no se sonroja».

¿Prueba de ello? –¡El hombre que ha formulado este proverbio! David mismo; alegre en una cueva; lleno de alegría en el SEÑOR en medio de una tropa de cavernícolas en una gruta. Para los no–humildes (es decir: los soberbios) este es un lenguaje incomprensible e imposible. Pero el apóstol Pablo, quien asimismo conoció esta alegría, habló también de «la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento», Fil. 4: 7. El futuro también está del lado de los humildes, anunciarían más tarde Isaías y el Señor Jesús, cf. Is. 61 y Lc. 4.

Versículo 6:

*«Este pobre clamó, y le oyó Jehová,*
*y lo libró de todas sus angustias».*

¿Ves cómo David se llama aquí? –«Este pobre...» Pero también se traduce: «Este miserable...» Entre las palabras hebreas para pobre (*ani)* y humilde (*anaw*), hay únicamente una rayita de diferencia. Ambas indican, que alguien va encorvado bajo su necesidad; que va encorvado de miseria.

Pero David tenía también una carga sobre su espalda. Había perdido todo: su mujer, su casa, sus amigos Samuel y Jonatán, su trabajo e incluso su iglesia. David nunca más podía ir «a la iglesia». Por su parte, me vuelvo pagano –se queja David de sus enemigos en 1 S. 26: 19. Y una depresión nerviosa como la que él había vivido en Gat, no se supera tan fácilmente. Seguro que no, cuando constantemente te encuentras

en peligro de muerte con tu cuadrilla de marginados en la cueva. Además, téngase en cuenta que los ancianos padre y madre de David así como sus hermanos también debieron huir por causa de él, porque Saúl podía usarles en algún momento como rehenes con el fin de obligar a David a salir de su escondite. ¡Cuánto le habrá afligido ver a sus padres huir de Belén por causa de él!, 1 S. 22: 1. No es extraño, pues, que David aquí se llame «pobre», y hable de sus «angustias» (en plural).

Sin embargo, esas angustias no sólo habrán estribado en la esfera médica de sus nervios minados y rotos, o en la esfera social por causa de la opresión de sus compañeros, sino tal vez mayormente en la esfera eclesial por motivo del abandono de la Palabra de Dios en Israel.

Es preciso hacer notar, que la palabra «angustias» es usada en la Biblia muchas veces para la situación en que el SEÑOR guió a Israel cuando éste había abandonado su Pacto, y sirvió a otros dioses. Por consiguiente, era una angustia bajo la maldición del Pacto de Dios. (Para este significado de esta palabra, consulta los pasajes: 2 Re. 19: 3, Neh. 9: 37, Sal 25: 22, Sal. 77). Una época semejante vivió David durante la composición del Salmo 34. Era al final del tiempo de los Jueces, y éste había sido un período lleno de angustia, porque Israel había abandonado, a cada paso, al SEÑOR, y por eso él había comenzado a derramar sobre su pueblo su maldición del Pacto. ¿Qué otra cosa fue la dominación filistea de Israel en los años jóvenes de David que la maldición del Pacto anunciada en Lv. 26 y en Dt. 28 y siguientes? En semejantes épocas, los buenos sufrieron junto a los malos. Esto lo ves aquí en David y sus amigos, y más tarde en piadosos como Ezequiel y Daniel, quienes incluso pertenecieron a los desterrados primeramente deportados a Babilonia.

Con lo cual, sencillamente queríamos decir, que las «angustias» de David en este versículo no debemos establecerlas únicamente en la esfera médica y social. El habla aquí no en primer lugar sobre el dolor humano general, como enfermedades sofocantes (asma, estrés), en las que, en esta tierra maldita, participan igualmente creyentes y no–creyentes, sino de angustia por (causa de) *Sión*. Tristeza por (causa del) abandono de la Palabra de Dios, y por la persecu-

ción de los justos bajo el régimen sanguinario del radicalista Saúl. Y entonces, David aquí se queja desde la misma fe por la que se atrevió a acercarse a Goliat, y componer los salmos más bonitos. Por tanto, aquí no habla un hombre corriente –aunque él nos enseñe a nosotros, personas corrientes, la lección de sus angustias–, sino el rey David, el ungido del SEÑOR, y en consecuencia, un hombre que era portador de especiales promesas del Espíritu, y que con su corazón extraordinariamente sensible y con poderes de discernimiento extraordinarios, también debe haber sufrido extraordinariamente bajo las situaciones terribles en Israel donde, hubieron de esconderse en una cueva. Así pues, ¡una iglesia ha ido demasiado lejos, cuando los más fieles hijos de Dios lo pasan tan angustiosamente que tienen que huir lejos de ella!

¡Qué gran consuelo hay para nosotros, personas corrientes, en que David aquí se llame «pobre»! Ahora nadie precisa pensar que Dios solamente escucha a personas semejantes a David, «héroes–de–la–fe», que se atreven a acercarse a gigantes y pueden hacer salmos, pero no a mí, un hombre o mujer que a veces se sabe tan débil y pobre... Nuestro hermano David reconoce aquí, que ni mucho menos era grande e imponente, sino justamente un pobre que no podía más, y que vio un solo ayudador: el SEÑOR; y de *este modo* se dirigió al SEÑOR: en grande angustia, pero también en la fe de que el SEÑOR es todopoderoso. Entonces ha hecho notar a David, que en su alto cielo oye incluso las plegarias desde una gruta.

¡El Salmo 34 enseña, que el SEÑOR libera a pobres desvalidos!

Pero, ¿cómo salvó el SEÑOR a David? Ciertamente por medio de un error de apreciación del rey Aquis, quien, por equivocación, tomó a David por un loco, y a una persona así no se la mata. Pero David hablaba de angustias, en plural.

¿Cómo lo había hecho el SEÑOR?

Versículo 7:

*«El ángel de Jehová acampa*[4]
*alrededor de los que le temen,*
*y los defiende»*[5].

Ahí tienes la respuesta: ¡Por el Ángel del SEÑOR!

Bien es cierto que el artículo «el» no aparece delante del nombre hebreo «ángel», de manera que pudiera pensarse en un ángel. ¿Pero puede decirse de *un* ángel, que él «acampa»? Por eso pensamos aquí en el famoso «Ángel del SEÑOR».

No siempre nos damos cuenta de ello, pero Dios nuestro Señor está rodeado de miles de millones de ángeles: «... millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él», Dn. 7: 10. Todos militares celestiales; la mayoría, naturalmente, de rango más bajo, pero entre ellos también hay príncipes. Por ejemplo, Miguel, es un príncipe entre los ángeles. El Apocalipsis habla de «Miguel y sus ángeles», Ap. 12: 7.

Pero por encima de todas estas fuertes huestes celestiales, y aun por encima de príncipes como Miguel, está el Ángel del SEÑOR; con el cual, el Antiguo Testamento tiene a la vista una figura muy especial bajo el Ángel del SEÑOR.

Un ángel tan excelso como el Ángel del SEÑOR, sólo hay uno. Se llama ángel, pero es más que una criatura. Donde este ángel actúa, allí actúa el SEÑOR mismo. A veces, un relato comienza a hablar del *Ángel* del SEÑOR, para luego, un poco más adelante, hablar sin advertirlo acerca de su actuar como un actuar del SEÑOR mismo. Josué, cierto día, vio un hombre delante de él con una espada desenvainada, que le dijo: «Soy el jefe del ejército de Yahveh», mientras que ese mismo hombre, inmediatamente después, ordena: «Quítate las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es sagrado», Jos. 5: 14–15. A lo cual, el relato en Jos. 6: 2, prosigue con «Yahveh dijo a Josué: «Mira,...», (Biblia de Jerusalén, 1975). Así pues, este Ángel del SEÑOR exigió de Josué honor divino para sí, y su hablar era un hablar del SEÑOR mismo. Por tanto, el SEÑOR y este ángel están ciertamente muy estrechamente unidos recíprocamente!

Del Nuevo Testamento se evidencia, que este Ángel del SEÑOR es el mismo que nuestro Señor Jesucristo. ¡Y cuántas cosas impresionantes no saben decirnos las epístolas a los Efesios, a los Colosenses y a los Hebreos acerca de la eminencia de nuestro Señor como Hijo de Dios sobre todos los ángeles de su Padre! Y eso que aún no ha alcanzado el punto

cumbre de su poder y consideración; lo cual recibirá cuando le veamos retornar sobre las nubes, rodeado de sus millares de ángeles, Mt. 24: 31, Col. 1: 15–20.

Ahora, ese Cristo tal cual será después en su segunda venida, ya ha actuado en el Antiguo Testamento algunas veces en nombre del SEÑOR con esa fuerza y poder que después desplegará en su segunda venida. Por ejemplo, cuando dijo a Josué: «Mira, yo he entregado en tu mano a Jericó y a su rey, con sus varones de guerra», Jos. 6: 2. Y además, con qué gran facilidad divina el Príncipe de las huestes celestiales hizo desplomarse los gruesos muros de Jericó. Israel no precisó sino marchar alrededor de ellos, y el Ángel del SEÑOR hizo el trabajo. ¡Y cómo! Desde semejantes pasajes de las Sagradas Escrituras podemos aprender cuán profundamente este poderoso Ángel del SEÑOR se ha despojado a sí mismo siglos más tarde. Porque, aun «siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres», Fil. 2: 6–7.

También su discurso condenatorio en Jueces 2: 1–3 es una prueba de su eminencia. Las gentes lloraban de desdicha, cuando el Ángel del SEÑOR les hubo hablado. En lo cual se puede ver enseguida cuán necio es hacer de este Ángel poderoso que ahora podemos conocer como nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, una figura floja y débil que todo lo encuentra bien, un «nuestro amoroso Señor», del que se puede afirmar, que «su voz siempre es dulce». Lo cual se dice de aquel Ángel del SEÑOR que derrotó al poderoso ejército de los madianitas. Gedeón y sus trescientos hombres no precisaron hacer otra cosa que cada uno rompiera una gran vasija de arcilla, y gritar con fuerza el nombre del SEÑOR y de Gedeón. También aquí fue el Ángel del SEÑOR quien hizo la obra apropiada, cf. Jue. 6–7. En el tiempo de Débora, adviértase bien, él puso en movimiento para Israel el mundo de las estrellas y el arroyo de Cisón. Débora cantó de este hecho en su cantar: «Desde los cielos pelearon las estrellas; desde sus órbitas pelearon contra Sísara», Jue. 5: 20. ¡Y la ciudad de Meroz fue *maldecida* por el Ángel del SEÑOR!, Jue. 5: 23. ¡Un Ángel del SEÑOR *maldiciente*! ¡Un Cristo maldiciente!

Aquellos formidables acontecimientos de la caída de las murallas de Jericó, la derrota de los madianitas y la batalla de las estrellas contra Sísara, tampoco estaban tan lejos de los días de David.

Ahora vio David a este capitán de los ejércitos, el Ángel del SEÑOR, como aquel que le había guardado hasta aquel momento. El acampa –naturalmente con sus legiones de ángeles– alrededor de quienes le temen, y les libra (arranca, saca) de su necesidad y peligro.

En aquel tiempo, los israelitas no querían comprenderlo así. Precisamente habían rechazado al SEÑOR como Rey, y por tanto, tampoco habían contado verdaderamente con su Ángel, cuando pidieron un rey humano. Un hombre tan fuerte que fuera al frente del ejército, 1 S. 8: 20. Entonces, el Señor se sintió rechazado.

Pero David estaba tallado de otra madera. David tomó en serio el poder y la fidelidad de Dios, y en esa confianza se acercó a un gigante únicamente con una piedra en una honda. ¡Y fíjate en lo que el SEÑOR hace, cuando allí un humilde como David le hace saber que él, como hombre, está al final de sus días y todo lo espera sólo de Dios! Entonces se acerca el Ángel del SEÑOR con poder Divino para ayudarle.

De lo cual David hace aquí una especie de dicho o proverbio.

Cuando opinamos que nos podemos salvar a nosotros mismos, es imposible que el SEÑOR logre honor alguno por nuestra parte. Pero, cuando él tiene ocasión de ello, como con la persona de David, entonces no se detiene ante nada: los atentados y arrestos no son para desesperar; porque su poderoso Ángel protege a los piadosos, y libra su vida del peligro.

Los versículos 8 al 10, dicen brevemente: ¡Inténtalo alguna vez!

Versículo 8:

> *«Gustad, y ved que es bueno Jehová*[6]*;*
> *dichoso el hombre que confía en él».*

Este fue un sabio consejo desde la cueva de los oprimidos. La mayor miseria de Israel en aquel tiempo era: ¡que rey y pueblo no se atrevían a refugiarse (= confiar) en el SEÑOR!

Saúl no se atrevió a dejar a Dios ser sencillamente el SEÑOR. ¿Qué debió hacer contra los filisteos cuando Samuel no compareció en Gilgal, y sus soldados comenzaron a huir? Ya que el refugiarse en el SEÑOR es precisamente tan bueno, no sólo porque es tan poderoso, sino igualmente porque es tan bueno.

Hombres y mujeres, probadlo alguna vez; experimentadlo en alguna ocasión. El imperativo «Ved» puede tener en las Sagradas Escrituras el significado de «experimentad», «gozad». Detente deliberadamente alguna vez ante la bondad y protección del SEÑOR en tu vida o en el tiempo y situación de la iglesia. Para limitarnos a David: ¡Cuánto no había comenzado el SEÑOR, mediante la vocación y unción de David, a volver a compadecerse de Israel, y a prepararle tiempos nuevos! ¿Se vio en ello verdaderamente la bondad del SEÑOR?

Versículos 9 y 10:

*«Temed a Jehová, vosotros sus santos,*
*pues nada falta a los que le temen.*
*Los leoncillos necesitan, y tienen hambre*[7]*;*
*pero los que buscan a Jehová*
*no tendrán falta de ningún bien».*

Sí, esto dice un cavernícola con un grupo de gentes en torno suyo que precisamente habían perdido todo. Todos «*anawim*», gentes que andaban encorvados de miseria y desdicha. Este parece, cuando menos, el lenguaje craso, vigoroso y severo que David emplea en estos versículos: «...*nada falta* a los que le temen». A este respecto, un comentarista de Salmos opinó que debía hacer la siguiente imperiosa observación: «¿Por qué, pues, los piadosos se llaman tan frecuentemente *pobres y miserables*?» Este hombre vio en el Salmo 34 nada menos que un «eudemonismo claramente encubierto»: ¡quien teme a Dios no tiene escasez![8].

Este es, efectivamente, un lenguaje severo y típico de la forma de enseñanza de los poetas sapienciales israelitas. ¿Y qué otra cosa es David en estos versículos? En los vs. 17 y 19 hace aun un par de esas expresiones severas: «... y los libra de *todas* sus angustias». Al tratar estos versículos hare-

mos notar algo más de esta peculiar y enérgica manera de hablar.

El comentarista de salmos recién mencionado no será probablemente el único que en tales normas alegue algún que otro: –»¡Sí; pero...!», y haciendo así, demuestra tener más atención por las excepciones que por la norma o regla misma. Y la norma es: «Los que buscan a Jehová, no tendrán falta de ningún bien». Para lo cual, uno mismo quizá debe haber escapado varias veces y a duras penas de la muerte, y haber encontrado en una tranquila serranía una cueva, y ver suprimida una soledad semejante por la llegada de hermanos para poder comprender a David. Sí, se debe andar igual que él con el SEÑOR para poder comprender normas como estas, pues David habla aquí en el atrevido lenguaje de la fe y en el craso lenguaje de los maestros de sabiduría. Y la luz de la fe coloca los asuntos, a veces, aparentemente en una luz mágica; y el maestro de sabiduría, algunas veces, deja descansar las excepciones en sus reglas (¿y cuán frecuentemente no lo hacen en el libro Proverbios?) ¿Por qué David, en su entusiasta alabar al SEÑOR, tampoco lo había de hacer? En el Espíritu de estas reglas de salmos, padres cristianos en el siglo XIX, después de una comida consistente en patatas y caldo de patatas, presidían la oración familiar con expresiones similares a estas: –»Mientras muchas gentes comen pan de dolor, SEÑOR, TÚ nos has alimentado abundantemente y bien!» Así se expresaban hijos de Dios a su Padre celestial durante el invierno de hambre de 1945. (El autor se refiere a la situación en Holanda al final de la IIª Guerra Mundial). (¿Y cuántos creyentes no lo confirmaron ya, incluso en el más profundo peligro de vida, con el Salmo 23: 1: «Jehová es mi pastor; *nada me faltará*«?) Tal lenguaje hay que entenderlo sólo en el temor del SEÑOR.

Versículo 11:

*«Venid, hijos, oídme;*
*el temor de Jehová os enseñaré».*

¿Cambia David ahora, de repente, su salmo en una predicación infantil?

Sí, y no.

En verdad, también había niños con David en la cueva,

1 S. 22: 1ss, 27: 3, 30: 1–3; y ellos, como es natural, también debieron *aprender* a temer al SEÑOR, como un niño debe *aprender* tantas cosas. No hay duda que David, que quería proseguir la reforma de Samuel, ha visto la gran importancia de la enseñanza de la Palabra de Dios para la juventud, 2 S. 1: 18. «Los niños son las personas que más esperanza dan, y a las que se les puede enseñar. Las gentes inteligentes y prudentes que desean difundir sus principios, intentan siempre ganar para sí el oído de la juventud»[9]. Por tanto, David ciertamente se dirige también a la juventud.

Pero, al mismo tiempo, las palabras «hijos» o «mi hijo» son expresiones características de compositores de proverbios. ¡Cuán frecuentemente se usan en el libro Proverbios! Y entonces los maestros de sabiduría se refieren con ellas ciertamente no sólo a los jóvenes, sino también a los de 8 a 80 años, cf. Pr. 1: 8, etc. Esta es evidentemente también la intención de David en estos versículos, pues es en el v. 12 donde, tranquilamente, prosigue diciendo: «¿Quién es el *hombre* que desea vida...?» De lo cual se evidencia, que, sin duda alguna, también se dirige a los hombres (y mujeres). Por consiguiente, también en este versículo debemos permanecer pensando en todos los refugiados en la cueva de Adulam: hombres, mujeres y niños.

Sin embargo, quien como profeta y profesor se dirige a grandes y pequeños con la expresión «hijos», él mismo es, naturalmente, una especie de «padre» para ellos, cf. Jue. 10: 17. Un padre espiritual como fue Pablo para Timoteo y Tito, y Pedro para Marcos, 1 Ti. 1: 1ss, 2 Ti. 1: 2, 2: 1, Tit. 1: 3, 1 Pe. 5: 13.

¡Cuánto deja oír la Palabra de Dios en estos textos su propio sonido! La relación maestro/discípulo comparada con la de padre/hijo. ¿No te parece admirable?

Esto choca, por una parte, con el espíritu de la revolución francesa con su lema: «Libertad, *igualdad* y fraternidad». La cual, por esa manera de hablar, quizá habría acusado a David de «paternalismo». Ahora debe concederse, que los hombres, en toda clase de aspectos, son efectivamente iguales entre sí. Todos debemos respirar para poder vivir, todos tenemos sangre roja, y todos compareceremos alguna vez ante

el Hijo de Dios. Así se pueden mencionar muchas más cosas.

Pero, en otros muchos aspectos, existe desigualdad.

Un Padre no es igual a su hijo; un padre recibe poder sobre su hijo, no a la inversa. Un padre es mayor en edad que su hijo. Su edad es desigual y con ello su experiencia de vida. Hablando normalmente, el padre conoció a Dios antes que su hijo. El padre bautizó o presentó a su hijo o le circuncidó, y además, en nombre de su hijo, pronunció juramento de fidelidad a Dios y su Cristo. Y si Dios quiere, ese hijo llegará a su vez a la misma posición frente a su hijo en el futuro. Entonces, el hijo de antaño tiene, a su vez, autoridad, más experiencia, más conocimiento de Dios y su servicio, y más noción de las Sagradas Escrituras. Aquí no se trata de paternalismo, sino de decretos de creación.

¡Y cuán saludables son para la vida humana! Pues esa relación íntima –padre/hijo– es la que ve la Biblia entre un maestro que enseña en el temor del SEÑOR, y su discípulo. Así estuvo David como un «padre» entre los refugiados en la cueva, como sus «hijos».

Igualdad en el sentido de la revolución francesa no hubo entre este «padre» y sus «hijos». Aunque todos ellos eran expatriados perseguidos, sólo David hizo salmos, y sólo él fue ungido por rey, y llamado para salvador del pueblo. Por consiguiente, en cuanto a *vocación*, había claramente desigualdad; y también en trato con el SEÑOR. En esto podría enseñarles David.

Así es el orden de Dios para conocerle a él.

Esto debe ocurrir, según lo establecido, «de padre a hijo».

En primer lugar, naturalmente, del padre natural al hijo natural. Esta responsabilidad permanece siempre mayor que la de los catequistas, etc. Aunque es estupendo cuando, en el temor del SEÑOR, entre maestros y sus discípulos no impera distancia obsoleta y académica, sino que existen los lazos cordiales de la relación bíblica padre/hijo. En este clima, difícilmente podrá prosperar contra el paternalismo la oposición revolucionaria democrática.

Versículo 12:

> *«¿Quién es el hombre que desea vida,*
> *que desea muchos días para ver el bien?»*

David va a comenzar ahora su enseñanza. El Salmo 34 se convierte ahora verdaderamente en un «poema didáctico». El maestro estusiasma enseguida a sus oyentes con estas preguntas. ¡Cuán cautivados habrán quedado sus oídos con ellas! «¿Quién es el hombre que desea vida...?» Sí, ¿quién no quería eso ahora en la cueva? ¡Cuando has perdido todo, estás fuera de la ley, y eres pobre y miserable! A una pregunta semejante, le está asegurada la atención.

¡Desear la vida!

Como es natural, David se refería a una vida buena. Lo cual se evidencia del renglón segundo: «para ver el bien». Pero, para un israelita, ¿qué era una vida buena? Naturalmente, no consumir tus días en una cueva –esto, como es natural, no le parecía vida–, sino tener paz y sentarse bajo su propia viña e higuera; comer de su propia tierra; no tener bandas de ladrones enemigas que arrebaten el trigo y el vino; pero tampoco acreedores sin entrañas que vengan a requerirte, diciendo: –»Tu dinero, o tu libertad». Semejante vida buena podía haber tenido Israel si hubiera observado la Thorá. El SEÑOR había dicho así: «... Guardad mis preceptos y normas. El hombre que los cumpla, por ellos vivirá», Lv. 18: 5 (Biblia de Jerusalén). Seguid mis normas y preceptos anticacaneos y antiegipcios; ellos sanearán vuestra vida. Pero, ¿qué había hecho por sistema Israel en tiempos de David y en siglos anteriores? –Romper el Pacto del SEÑOR, despreciar sus ordenanzas, y así atraerse y merecer la maldición del Pacto. Entonces, la convivencia israelita, desconectada como estaba de su fundamento sinaítico, se descompuso política, económica, social y religiosamente. Y los pobres fueron hechos víctimas de esta situación...

¡David creció en una época mala! A la muerte de Saúl, los filisteos penetraron hasta Gilboa; Jerusalén era aún una ciudad jebusita e Israel vivía en medio de cananeos. David se presentó nuevamente en el Espíritu de Josué y Caleb. La época de los jueces sobrevive como un intermedio negro e innecesario.

Pero, escucha ahora al nuevo rey de Israel. Aún no está sentado en el trono sino en una cueva, aunque ha sido ya ungido, y ya tiene a su alrededor a sus primeros súbditos. ¿Y qué se ha esperado siempre de regímenes nuevos? –Me-

joría de las condiciones de vida. Ahora, David promete aquí, como rey ungido, el único camino hacia esa mejoría: –Yo os enseñaré a temer al SEÑOR, pues sólo por ese medio encuentra un hombre la dicha.

Este era el lenguaje auténticamente reformador de David.

Situado en las ruinas de la vida israelita bajo Saúl, enseña a Israel y a su juventud, que sólo podía abrigar esperanzas de futuro cuando volviese de los baales a Yahveh.

Esta lección vale también para la Cristiandad, tanto en su vida de comunidad como en su vida personal. «En el camino de la justicia está la vida, y en sus caminos no hay muerte»; en todos los terrenos de la vida, cf. Pr. 12: 28, 14:27; y la muerte contiene descomposición y perdición.

Pero David da lecciones prácticas en el vivificante temor del SEÑOR. Adoctrinado por sus amargas experiencias, enseña a sus «hijos» en la cueva *cómo* deben temer al SEÑOR en la práctica:

Versículos 13 y 14:

*«Guarda tu lengua del mal,*
*y tus labios de hablar engaño.*
*Apártate del mal, y haz el bien;*
*busca la paz, y síguela».*

Los oyentes de David en la cueva de Adulam sufren enormemente bajo el mal reinante en Israel, la rebelión contra el Dios de la buena Thorá (enseñanza). En lugar de derecho, allí había injusticia; y en lugar de beneficencia, había opresión. En vez de andar humildemente con Dios, se renegaba de Él y de sus mandamientos.

Por lo cual, qué gran peligro amenazaba a aquella «iglesia–de–la–cueva»: que los corazones se llenasen de sed de venganza para con sus duros opresores; que pecaran con palabras duras; que patanes fuertes se dispusiesen para una acción de represalia, y para responder mal por mal. No se olvide, que David recibió en torno suyo a cientos de hombres, y que entre ellos había héroes con quienes muy bien había podido comenzar una guerra de guerrillas; y él mismo era aún, a fin de cuentas, el popular vencedor de Goliat.

Estos eran peligros reales para estos exilados.

Ahora llega David con su consejo: –»¡Venced el mal con

el bien!» Retened la lengua; huid del mal, es decir, abandonad toda rebelión, tanto contra Dios como contra los hombres, y andad en toda humildad con el SEÑOR, nuestro Dios, y esperad de Él vuestra salvación.

Entonces buscas la paz con el acatamiento del orden de Dios.

Nada de guerra de partisanos contra el rey Saúl, pues entonces Israel es castigado más severamente; nada de guerra fratricida, sino, ¡huir, ponerse a salvo! Apartarse de Saúl. Doblegarse a la injusticia. Entrar en una cueva.

A este respecto, sabemos cómo David mismo ha dado buen ejemplo. David nunca organizó una acción carnal contra Saúl. Incluso cuando éste estuvo por dos veces a los pies de David, rechazó matar a su enemigo mortal, por respeto al cargo de Saúl, el ungido del SEÑOR. Frente a un hombre tan encumbrado, David no tomó la justicia por su propia mano.

Esperó humildemente el tiempo de Dios.

Estos versículos del Salmo 34 parecen sencillos, pero intervienen profundamente en nuestra vida. Sólo evitando toda rebelión contra Dios y su Palabra, así como teniendo en cuenta su orden para la vida humana, se solucionan las cosas. Para ello todos nosotros, de 8 a 80 años, debemos querer sabernos «hijos» o «niños» frente a David, maestro en el temor de Dios.

Versículo 15:

*«Los ojos de Jehová están sobre los justos,*
*y atentos sus oídos al clamor de ellos».*

Unas palabras admirables, pero, ¿eres tú un justo así?

Probablemente, más de un cristiano, ante estas palabras piensa en algo importante y singular. Un hermano aquí o una hermana allí quizá podrían ser llamados «justos»; pero, ¿y todas esas filas en la iglesia los domingos? En Los Salmos I, 2. 47ss., hemos hablado ampliamente de estos justos, y también hemos visto que en la Biblia es sencillamente otra palabra para los piadosos y leales aliados del SEÑOR. En ese mismo tomo I, 2. 2. 44ss., puedes encontrar una lista de otros nombres bíblicos para estas personas: los sinceros, los fieles, los santos, etc., etc.

Semejantes personas estaban con David en la cueva. No impecables, los cuales no existen, pero sí hombres y muje-

res que temían de corazón al Dios de Israel. De otra manera, esos héroes se habrían sublevado. Ahora se humillan bajo la opresión; ahora eran «humildes» (encorvados, dice el idioma hebreo) y «miserables» (también «encorvados», en hebreo).

¿Qué dice ahora David a sus hermanos y hermanas?

–¡Derrama aceite o bálsamo en sus heridas. Él les ha apartado de represalias, y ahora habla palabras suaves de consuelo muy objetivas: «*Los ojos de Jehová están sobre los justos…*»! ¿Acaso pensaban que el SEÑOR no les veía en las grutas? ¿Acaso pensaban que el SEÑOR no había reparado en el anciano Isaí, cuando con su mujer y sus hijos pasó por la puerta de Belén, para compartir la vida de un exiliado como su hijo, ungido como rey, pero declarado fuera de la Ley? ¿Acaso pensaban que el SEÑOR no había visto a sus acreedores y su tristeza por la demolición de la obra de reforma de Dios y Samuel? ¿Ciertamente pensaba alguien, que todo eso pasaba desapercibido para el SEÑOR? Pues bien, como una madre continuamente tiene sus ojos sobre sus hijos pequeños, los cuales corren peligro constantemente, tampoco el SEÑOR, por así decirlo, puede apartar sus ojos de los justos. Nada se le escapa; él también les oye: «*Y mis oídos están atentos al clamor de ellos*». Las madres comprenden esto enseguida; sobre todo cuando tienen hijos pequeños, viven realmente, día y noche, con oídos atentos: «¿Qué oigo?» –se preguntan. Una palabra, un ruido, un gesto de su pequeño, y ella está atenta; sus oídos están atentos como un radar día y noche para observar y percibir. Así los ojos de Dios están aguzados a las voces de demanda de auxilio de sus justos.

Versículo 16:

> *«El rostro de Yahveh contra los malhechores,*
> *para raer de la tierra su memoria».*
> (Biblia de Jerusalén).

Este es el reverso del v. 15.

Dios ve a los justos, pero también a los impíos.

Asimismo se ha propuesto traducir este versículo 16: «La *ira* de Jehová contra los que hacen mal, para cortar de la tierra la memoria de ellos»[10]. Con lo cual queda claro a quién se refería David: a Saúl con su camarilla palaciega que levantó a David como una pieza de caza salvaje. Aquellos acree-

dores impíos que habían angustiado tanto a los hermanos de David, y que habían huido hasta David por causa de pura miseria. Un hombre como Doeg, quien en Nob asesinó a 85 sacerdotes y a sus mujeres e hijos, 1 S. 22: 6–19. (Acerca de esto trataremos detenidamente en el Salmo 52 que fue escrito después de esta matanza). Estos hicieron *mal*: ¡No les importó ni hicieron caso de Dios y su Palabra!

Eran los impíos en la iglesia de entonces.

¿Qué hicieron David y los suyos contra estos hombres? –Nada; como ya hemos advertido en más de una ocasión. Por lo menos David y sus héroes no afilaron su espada contra Saúl y los suyos, para evitar en Israel una trágica batalla fratricida. –»¡Huye del mal!» –había dicho David. –»¡A ningún precio sublevarse! ¡»*'al tashet*»: David, ¡no debes matar(le)! Por consiguiente y hablando humanamente, David y los suyos nada hicieron. Pero, realmente hicieron algo distinto: tomaron en su mano un remedio ante el que las personas carnales en la iglesia siempre se encogen de hombros: Apelaron al Juez de toda la tierra. Ya inmediatamente al arresto de David; lo cual leímos ya en el Salmo 59: un salmo imprecatorio de David, cuando Saúl casi le arrestó, cf. cap. 15. En ese *Salmo 59*, es indudable que David ha hecho algo, a saber: pedir al SEÑOR: «¡... mátalos..., derríbalos!» David *mismo* se ha abstenido de hacerlo, pero indudablemente ha suplicado, si el SEÑOR querría hacerlo; para lo cual, como también vimos en el salmo mencionado, David tenía todas las razones para pedirlo. Según allí nos pareció, el salmo imprecatorio de David de ningún modo fue una oración vindicativa personal, sino una oración en interés del país y de todo el pueblo y del Reino de Dios., cf. cap. 15, 3.

Con lo cual queríamos decir: ¡Vaya si David lo hizo! ¡Implorar al SEÑOR al respecto! Y aquí, en este v. 16 del Salmo 34,  expresa su firme convencimiento de fe, que el SEÑOR ciertamente haría justicia a sus miserables en la cueva. Para lo cual, David conocía de sobra de bien al SEÑOR.

Y el SEÑOR ha cumplido perfectamente esa expectativa. A su tiempo, llegó el momento en que dijo: «¡Se acabó!» Y sin que para ello sacara una mano David, Saúl cayó en Gilboa sobre su propia espada. Y allí, en aquel día, caerán muchos más enemigos de David. La versión de este versículo ofre-

cida por Reina–Valera y otros: «La *ira* de Jehová...», encajaría estupendamente en el contexto; *«para cortar de la tierra la memoria de ellos»*. Ante éstos habían temblado las personas que estaban en las cuevas; pero el SEÑOR exterminó en Gilboa aquel intimidante recuerdo.

Pero David era alguien que podía esperar en el día que el SEÑOR pondría de manifiesto su justicia. Empero nuestro Salvador diría: «Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?», es decir: ¿ciertamente proporcionará Dios justicia a sus elegidos?, Lc. 18: 8.

Versículo 17:

*«Claman los justos, y Jehová oye,*
*y los libra de todas sus angustias».*

¿No era David mismo la prueba viva de esto?

Con ello consoló David a sus hermanos y hermanas que sufrían bajo los que habían abandonado a su Palabra; y les animó a seguir su ejemplo; y, sobre todo, ¡a clamar al SEÑOR! Entonces les oye, y les libera. Mira a David. ¿No se ha expresado demasiado atrevidamente, diciendo: «los libra de *todas* sus angustias»?

De esto trataremos más extensamente en el v. 19.

Versículo 18:

*«Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón;*
*y salva a los contritos de espíritu».*

Nuevamente unas palabras muy cálidas para el corazón; sólo que: ¿para quién? ¿Acaso sólo para aquellos cristianos que se atreven a creer que Dios tendrá misericordia de ellos? ¿Quizá para quienes son de corazón quebrantado y de espíritu contrito, porque temen que se perderán eternamente? ¿Enseña aquí David, que Dios sólo salvará a personas que «pasan por tal infierno»? Nosotros opinamos, que las Sagradas Escrituras piensan en otras personas muy diferentes cuando hablan acerca de «*quebrantados de corazón*» y de «*contritos de espíritu*».

Ahora queremos profundizar un poco más en estas expresiones.

Para ello, observemos, primero, los antípodas espirituales

de los «contritos de espíritu»; por lo cual, su retrato ganará en relieve.

*Dureza de corazón y soberbia de espíritu.*

En Zacarías 7: 11–12, se describe la actitud que la masa en Israel había tomado frente a las amonestaciones de los «profetas más antiguos» para volver al SEÑOR: «Pero no quisieron escuchar, antes volvieron la espalda, y taparon sus oídos para no oír; y pusieron su corazón como diamante, para no oír la ley (la enseñanza) ni las palabras (frecuentemente: disposiciones del Pacto) que Jehová de los ejércitos enviaba por su espíritu, por medio de los profetas primeros». Ante los impresionantes anuncios de juicio de los profetas, muchos israelitas habían hecho su corazón más duro «que un diamante». Los libros de los profetas están llenos de esta dura y soberbia mentalidad en Israel, cf. Los Salmos I, 3. 7. 91s., acerca de los «soberbios».

Cuando el Reino de las Diez Tribus ya había sido castigado por las incursiones de los asirios, los israelitas aún no vieron en ello maldición del Pacto del SEÑOR, sino que, «con soberbia y *altivez de corazón*» decían: «Los ladrillos cayeron, pero edificaremos de cantería; cortaron los cabrahigos, pero en su lugar pondremos cedros», Is. 9: 10. Entonces se es tan *duro como el diamante*, o como la Biblia lo describe en otros lugares: «de corazón vanidoso», Sal. 101: 5, «insensible como el sebo es su corazón» Sal. 119: 70, «todo altivo corazón» Pr. 16: 5, «orgullo de corazón» Pr. 21: 4, Is. 46: 12, «corazón falso y rebelde» Jer. 5: 23, «de empedernido corazón» Ez. 2: 4, «obstinada de corazón» Ez. 3: 7, «corazón de piedra» Ez. 11: 19. Nuestro Salvador encontró este estado de ánimo en las gentes de iglesia de su tiempo, de modo que con Isaías, dijo: «El corazón de este pueblo se ha engordado», Mt. 13: 15. También quedó entristecido por la dureza de sus corazones (de los fariseos), Mc. 3: 5.

Todas estas expresiones hacen ver cómo era a lo largo de los siglos la actitud de los círculos dirigentes en Israel frente a la palabra de los profetas: totalmente insensible a los golpes retumbantes que Dios había hecho caer sobre Israel.

Bajo esos golpes, la masa del pueblo era, dicho con tres palabras, dura como diamante.

*Quebrantados de corazón y contritos de espíritu.*

Pero no todo Israel era así.

Siempre hubo un «Remanente» o «Resto» que sí caminó humildemente con el SEÑOR. Y éstos son llamados en la Biblia: los «quebrantados de corazón» y los «contritos de espíritu»; claramente en contraposición con sus antípodas espirituales: los *duros* de corazón que en *altivez* de espíritu siguieron su camino, cf. Pr. 16: 18.

En el Salmo 51, David pinta el autorretrato de tal «contrito de espíritu». Es alguien que tiene que vérselas con Dios y con sus pecados, v. 4. Aunque de esto no debemos sacar la conclusión de que los «quebrantados de corazón» meditasen continuamente sólo en sus propios pecados, pues, cuando menos, ¡estaban tan quebrantados y contritos por causa de los pecados de la iglesia de Dios! Esto se evidencia, por ejemplo, del Salmo 147 que es posterior al destierro. Cuán conturbados fueron los piadosos: la iglesia de Dios dispersada por el gran reino mundial babilonio; y el templo 70 años en ruinas; esto les dejó rotos, destrozados. Pero ahora el SEÑOR se dispuso a vendar sus heridas (v. 3): «Jehová exalta a los humildes», a saber: por causa del destierro babilónico y la ruina de Jerusalén, v. 6.

Que ese «quebranto de corazón» y «contrición de espíritu» ocurre especialmente por aflicción *a causa de Israel* y por la tristeza *a causa de Sión*, es decir, por el pueblo de Dios, se evidencia aun más claramente desde el libro de Isaías. «Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados. Porque no contenderé para siempre, ni para siempre me enojaré; ... pero le sanaré, y le pastorearé, y le daré consuelo a él y a sus enlutados», Is. 57: 15 y 18. Aquí, «los quebrantados y los humildes de espíritu» es otra denominación para los «afligidos» entre el pueblo de Dios, y éstos son evidentemente quienes no han endurecido su co-

razón como un diamante bajo el pleito de Dios con su viña (Is. 5), sino cuyo corazón estaba quebrantado y humillado por la palabra de los profetas.

También en Isaías 61 el mensaje gozoso es especialmente para estos «humildes»: «El Espíritu de Jehová el Señor... me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel» (v. 1). Esta clase de humildes vemos posteriormente en piadosos tales como Daniel, Esdras, Nehemías, Ezequiel, los cuales eran «quebrantados de corazón», porque Israel ya ahora permanecía durante decenas de años en la gran prisión babilónica. El contexto de Is. 61 confirma, que aquí se habla de estar afligido por las «antiquísimas ruinas» de Sión, y por «las ciudades arrasadas» de Judá.

Pero el SEÑOR había mirado con compasión a esta clase humilde israelita, porque «miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra», Is. 66: 2. Y en el cap. 42, el mismo Isaías dice de esta misma clase de israelitas: «(Mi siervo) no quebrará la *caña cascada*, ni apagará el *pábilo* que humea» v. 3, cf. Mt. 12: 20 (donde las expresiones se refieren a los «niños», a los «trabajados y cargados» bajo el duro yugo religioso de los fariseos), en relación con Mt. 11: 25–30.

Concluimos, pues, diciendo: que las expresiones «quebrantados de corazón» y «contritos de espíritu» son alternadas en la Biblia por las sinónimas siguientes: los «humildes» «que esperan en su misericordia», «los desterrados de Israel» (Sal. 147: 3 y 11), «los quebrantados» (Is. 57: 15), «los presos», «los cautivos», «los afligidos de Sión» (Is. 61), «el pobre», «el que tiembla a mi palabra» (Is. 66: 2), «la caña cascada», «el pábilo que humea» (Is. 42: 3), «los niños», «los trabajados y cargados» (Mt. 11).

Este «quebrantamiento» y «contrición» no eran características vivenciales en una especie de camino–«infernal», a través del cual una persona debería pasar primero, si quiere poder creer, que puede creer. ¡Los bíblicos «quebrantados de corazón» estaban entristecidos porque precisamente se sabían íntimamente unidos con el *pueblo de Dios*, y estaban contritos a causa de la situación desoladora por los pecados de ese *pueblo*! Podían ser atormentados por el interrogante de si el pueblo de Dios

aún tenía futuro realmente. Esas heridas del corazón sanó el SEÑOR.

Visto este significado de las expresiones en cuestión, cae de su peso pensar también en ellas al considerar el versículo 18 del salmo que comentamos. La cueva de Adulam estaba llena de «quebrantados de corazón» y de «contritos de espíritu», y éstos fueron consolados ahora por David con la seguridad de que el SEÑOR estaba cerca de ellos y les salvaría ciertamente. ¿Y los compañeros de David no se parecían justamente a una «caña cascada» y a un «pábilo que humea»? ¿No estaban «afligidos»? ¡Qué gran salvación para ellos, cuando llegó la noticia de que Saúl había muerto, y David era hecho rey! ¡Qué alegre noticia para los afligidos de Sión, cuando el SEÑOR hizo posible el retorno a Jerusalén desde la prisión babilónica! ¡Qué gran salvación trajo nuestro Señor Jesucristo a los quebrantados de corazón bajo la religiosidad farisea!

Y quien hoy día se sabe ligado con todos los cristianos bautizados como el pueblo de Dios de esta época, en ocasiones debe realmente «estar contrito de espíritu» al ver tantísima ruina en la herencia de «Sión» en este tiempo. Acerca de esto, aún hablaremos un poco más al tratar el Salmo 74. Pero el versículo 18 de este Salmo 34 es una promesa a la que podemos recurrir cerca de Dios para suplicarle que no aparte de nosotros y de nuestros hijos su Palabra y su Espíritu. Aunque el Remanente en la Cristiandad quizá se aproxima realmente a una época de «iglesias–del–silencio» como la de la cueva de Adulam. Pero el Alto y Sublime puede allí vivificar el espíritu de los humildes y el corazón de los quebrantados, cf. Is. 57: 15.

Versículo 19:

*«Muchas son las aflicciones del justo,*
*pero de todas ellas le librará Jehová».*

No hay en todo el mundo libro alguno tan franco y real como el Libro de Dios, el cual anuncia a los justos que tienen a Dios como Amigo; sí, incluso como Padre y Aliado. Pero por eso mismo, no encubre la realidad en la que también los justos sufren bajo las consecuencias del pecado en el mundo. Todos los justos reconocidos por la Biblia han

conocido sus contratiempos y adversidades. En este aspecto, nada queda por mencionar sobre si en la Biblia hay justos que también han pasado por enfermedad, muerte, luto, esterilidad del matrimonio, guerras, hambruna, matrimonios infelices, pobreza, explotación, etc., etc. Pero, en el marco de este Salmo 34, ¿en caso de «desastre» no deberíamos pensar especialmente en miserias eclesiales, persecución por causa de la justicia, opresión por causa de la fe? Sobre todo de ese llevar la cruz vale, para todos los tiempos, lo que comentamos: «Muchas son las aflicciones del justo...»

Mas ahora lo que David dice a continuación: «pero de *todas ellas* le libra Jehová». Esta es una expresión tan tajante como la del v. 17: «... y los libra de *todas* sus angustias»; o como la del v. 20: «El guarda *todos* sus huesos, *ni uno* de ellos será quebrantado».

Con ocasión de tales máximas o frases, ciertos cristianos comienzan enseguida a hablar de excepciones. «Sí, pero» –hacen notar; – «eso no obstante, ¿acaso *no* hay también gran número de contrariedades de las que Dios no ha librado a los justos? Yo conozco a alguien que...» En efecto, tienen razón. La Palabra de Dios misma también conoce a mujeres que murieron en la cama del parto: Raquel y la mujer de Finees. Moisés no entró en Canaán. Ezequiel se quedó viudo. Oseas se casó con una ramera. Ana fue muy atormentada. Jeremías llevó una vida solitaria. Elías estuvo cansado de la vida bajo un árbol; y David, el hombre del Salmo 34, estaba en compañía de una tropa de desarrapados en una cueva; y después de esto, también su vida permaneció llena de desdicha. En cuatro ocasiones debió enterrar a un hijo. Páginas semejantes podemos seguir pasando, llenas de dolor humano común y de sufrimiento por causa de la justicia, es decir, llevar la cruz que sólo a los justos les cabe el honor de soportar. Pues bien, ahora puedes decir: «pero de *todas ellas* le librará Jehová».

¡Sí, puede ser!

*Pero David también hablaba lenguaje de fe.*

Para empezar, ¡aquí suena el lenguaje audaz de la fe! Los primeros oyentes de David en la cueva le habrán comprendido muy bien. Semejante lenguaje también lo puede cantar

un niño que ante otros niños se jacta en decir: «¡Mi padre lo puede todo!»

Pero, por favor, ¿también la fe puede hablar así alguna vez?

¿Acaso un hombre que ha huido de un pelotón de ejecución y de diferentes atentados de muerte, junto con compañeros oprimidos que tienen la promesa divina de que su protector será hecho rey, puede gloriarse alguna vez en el SEÑOR y en el gran poder del mismo? Por favor, ¿puede David, considerando las cientos y miles de liberaciones en las vidas de tantísimos hijos de Dios, dejar estar en lo que son esas excepciones –¡simples excepciones!–, para poner ahora la norma o regla plenamente de relieve?

*Y David también habló pedagógicamente.*

Además, David enseña aquí a «niños» (de 8 a 80 años), cf. v.11. Respecto a experiencia en el temor del SEÑOR, David es un «padre», y muchos ancianos, comparados con él, son «niños», es decir, discípulos. ¿No cae de su peso que David, ahora que deliberadamente enseña el temor del SEÑOR (v. 11), presenta únicamente la *regla* o norma?

Y ésta suena así: «Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro *pronto* auxilio en las tribulaciones», Sal. 46: 1. Los ejemplos al respecto, están al alcance de la mano en las Sagradas Escrituras, y en la historia.

¿Cómo o por qué llama la atención David hacia esta regla?

Con el fin de enseñar ahora a sus oyentes a temer a ese Dios, David actúa según la sabiduría de la regla: «Ubertreibung macht deutlich» («La exageración esclarece»). El buen profesor y el buen negociante contrastan bastante los colores. Los autores de proverbios (¿y qué otra cosa es David aquí?), al redactar las reglas de su sabiduría, callan acerca de las excepciones; pues, de otro modo, sus palabras no excitan la curiosidad, Ec. 12: 11. «En *toda* labor hay fruto; mas las vanas palabras de los labios empobrecen», dice el autor de Proverbios (14: 23). En el espíritu de este autor, estimulamos a nuestros hijos: –»¡Esfuérzate lo más posible, así saldrás adelante en el mundo!» Entonces hablamos de forma pe-

dagógica, estimulante y sugerente. ¿Quién habla en *un momento así* a sus hijos acerca de los ejemplos efectivamente también existentes de personas que, a pesar de todo su celo, *no* han salido «adelante»? Para un recuerdo a Ec. 9: 11, también se debe conocer «tiempo y ocasión».

¿Puede David enseñar de esa forma en el Salmo 34?

¿Acaso no se ocupa de «niños» como maestro? ¿Acaso no quiere atraer hacia el temor del SEÑOR? Entonces se debe hablar así. Nada menos que nuestro Salvador ha aplicado también esta manera de hablar del *masal* (proverbio) en su enseñanza.

Además, David había sido salvado precisamente así de magníficamente, y convirtió esa *liberación* en un ejemplo para sus «niños» del poder liberador del SEÑOR con el fin de animarles a comprometerse también con él. El problema del Salmo 73 –¿está realmente cercano el SEÑOR?– nada tenía que ver en aquel momento, pues David había *experimentado* precisamente la cercanía del SEÑOR!

Versículo 20:

*«Él guarda todos mis huesos;*
*ni uno de ellos será quebrantado».*

Tan cuidadoso es el SEÑOR para con sus hijos. «Estimada es a los ojos de Jehová la muerte de sus santos», Sal. 116: 15. El no la hace venir al efecto; y si lo hace, entonces su ojo aún vela sobre sus siervos difuntos, como se pudo ver nada menos que en nuestro Salvador muerto. Después de la muerte de éste, Dios no quiso que también a él le fueran quebradas las piernas, cf. Jn. 19: 32–36. Nuestro Redentor tampoco ha tenido que sufrir una corrupción prolongada como los muertos corrientes en los cementerios, Hch. 2: 31.

Respecto a la intención de David aquí, recuérdese únicamente nuestra manera de decir: –«¡Ay de tus huesos!» Entonces tenemos en cuenta al hombre mortal, a la persona total. Las Sagradas Escrituras pueden indicar, con palabras tales como huesos, alma y cuerpo, también al hombre o mujer total. David, pues, pudo estar «trastornado» momentáneamente en Gat; pero Dios se había cuidado de que no se quebrasen las piernas de David; o dicho con otras palabras: que fuera salvado como persona total.

Versículo 21:

*«Matará al malo la maldad,*
*y los que aborrecen al justo serán condenados».*

La Versión Estatal Neerlandesa traduce: «La maldad matará al impío». Bien y mal son no sólo cosas *morales*, sino también bien y mal *objetivo* para el hombre; pues, a la larga, le destroza. Sobre todo el libro Proverbios ilustra esta norma con decenas de ejemplos. Así pues, tampoco se puede odiar a aliados leales y sinceros del SEÑOR no castigados, pues pronto o tarde se levantará él, y dirá: «¿Qué? ¿Tocas a mis aliados? ¡Entonces me tocas a mí, y te haré sentirlo!»

Con lo cual, David consoló a sus hermanos.

Ellos sufrían el oscuro odio que las Escrituras señalan entre Caín y Abel, Esaú y Jacob, Saúl y David, el impío y el justo, el hipócrita y el sincero, los sanedritas y el Señor Jesús. Odio en y por causa del culto de Dios. Pero sus odiadores pagarían por ello. «Serán declarados culpables», dice la versión bíblica antes mencionada.

Con esto consoló David, y en esto esperó. ¡Con su espada en la vaina, pero su oración ante el trono de Dios! Aguardando creyente el tiempo, en que el SEÑOR pronunciara sentencia en primera instancia; la cual llegó en Gilboa, como leemos en 1 Samuel 31.

Versículo 22:

*«Jehová redime el alma de sus siervos,*
*y no serán condenados*
*cuantos en él confían».*

Cuando los amigos de David pudieron finalmente volver a casa, y David gobernó según las buenas leyes de Dios, el SEÑOR redimió el «alma» de sus siervos; y les fue mejor en todos los órdenes de la vida.

Así fue como el Salmo 34 se convirtió en una oración contestada.

Alabanza y sabiduría desde la gruta de los oprimidos, escribimos sobre este salmo. ¡Ordenado alfabéticamente en hebreo! ¿No te parece hábil e inteligente? ¡Cuán bien conocía David a nuestro Padre celestial, y cuán profunda visión

le proporcionó esto en la vida humana! Quienes no se sienten demasiado grandes para escuchar como «niños» al poeta/autor de este salmo, son estimulados por él a «gustar» y «ver» con más atención, que nuestro Padre celestial es bueno, y que aún vale aquello de: «¡Dichoso el hombre que confía en él!»

NOTAS

1. Según F. Delitzsch, ya san Basilio vio en «Abimelec» un título. También a M. Dahood le pareció esto muy posible (= «quite possible»).

2. H. Lamparter, Das Buch der Psalmen (Die Botschaft des A. T.), a.l.

3. A. Janse, «Los justos en la Biblia», t. I, pp. 58–62, FELiRe 1984.

4. En hebreo es una forma de participio.

5. M. Dahood traduce: «para salvarles».

6. M. Dahood: «Prueba y bebe ávidamente, pues el SEÑOR es agradable». El modo imperativo *reu*, que frecuentemente es suprimido, atribuido a *yr'* II, «ser (estar) pesado, saciado, beber ávidamente...», a.l. A causa de este v. 8, el Salmo 34 fue «el Salmo de la Santa Cena de la iglesia antigua», F. Delitzsch, a.l.

7. M. Dahood: «Los ricos se volverán pobres y hambrientos». Así entienden los LXX, la Vulgata y la Siríaca la palabra *k$^{e}$phirim*,que permite dos explicaciones: O es la palabra para «leones jóvenes», (...); o *k$^{e}$phirim* es una forma complementaria de *kabbirim*, «los ricos influyentes», y entonces debe vocalizarse como corresponde.

8. Bernh. Duhm, Die Psalmen, Tübingen 1922, a.l.

9. Spurgeon, a.l.

10. M. Dahood: «La cólera del SEÑOR». Para este significado de *panim*, y para los paralelos, véase Bíblica 44 (1963) y la nota en el Salmo 21: 9". Dahood remite a Lm. 4: 16 y Sal. 80: 16.

# Capítulo 19

## SALMO 52: DESPUÉS DEL ASESINATO MASIVO EN LA CIUDAD SACERDOTAL DE NOB

«¡HORRIBLE! ¡Saúl ha atentado ahora incluso contra los *sacerdotes* del SEÑOR! Ha asesinado a más de ochenta de ellos. ¡Todos los habitantes de la ciudad de Nob han sido degollados! ¡Incluso niños y mujeres! ¡También ha dado muerte a nuestro ganado! ¡Yo soy el único que se ha salvado del baño de sangre!»

Con esta nueva aciaga viene a estar, cierto día, ante David el hijo de Ahimelec, Abiatar. En todas partes de Israel donde es conocida esta mala nueva, los piadosos tiemblan.

¿En qué terminará este movimiento terrorista?

El Salmo 52 responde a este interrogante.

### 1. LOS ANTECEDENTES.

«Al músico principal. *Maskil* de David, cuando vino Doeg edomita y dio cuenta a Saúl diciéndole: David ha venido a casa de *Ahimelec*». He ahí el trasfondo histórico de este salmo, según el epígrafe; y no vemos razón alguna para ponerlo en duda[1]. Estos antecedentes del Salmo 52 se pueden leer

en 1 S. 22: 6–23. Una porción bíblica que nos otorga una visión muy esclarecedora del corazón y del mundo de los pensamientos de Saúl y su cómplice Doeg, a quienes David se dirige en este salmo.

En primer lugar, evocamos brevemente estos antecedentes.

Saúl se encuentra en su residencia de Gabaa, bajo un tamarindo. Como un auténtico rey de soldados, naturalmente con una lanza en su mano; y a su alrededor están sus cortesanos. Todos son benjaminitas, pues Saúl ha reclutado de su propia tribu todas las figuras capitales de su régimen.

Esto no obstante, se halla lleno de recelo y autoconmiseración.

«Oíd ahora, hijos de Benjamín» –comienza diciendo. «¿Os dará también a todos vosotros el hijo de Isaí (allí no se puede pronunciar el nombre de David, F. v. D.) tierras y viñas, y os hará a todos vosotros jefes de millares y jefes de centenas, para que todos vosotros hayáis conspirado contra mí (¡toma ya!, F. v. D.), y no haya quien me descubra al oído cómo mi hijo ha hecho alianza con el hijo de Isaí, ni alguno de vosotros se duela de mí y me descubra cómo mi hijo ha levantado a mi siervo contra mí para que me aceche, tal como lo hace hoy?», 1 S. 22: 6–8.

¡Vaya autocompasión, y vaya tono lacrimógeno para un hombre con una espada en su mano! ¡Cuánto piensa este hombre en conceder favores a sus cortesanos! Con esto se puede ver cómo Saúl había comprometido consigo mismo y coaligado a sus cortesanos; y ¡cómo el odio había cegado sus ojos! Ni Jonatán ni David habían levantado jamás un dedo contra Saúl; pero él, sin prueba alguna, afirma que Jonatán había «levantado» (= incitado) a David, con la intención deliberada de acechar a Saúl, «tal como hace hoy» (¡!). ¿Acaso David tenía alguna facción o séquito junto a sí? Pues bien, entonces él, según Saúl, se hallaba al acecho en alguna parte. ¡Momentos angustiosos para la camarilla palaciega!

Mientras todos se ven en apuros por lo que responderán al airado tirano, Doeg, capataz edomita de los pastores de Saúl (1 S. 21: 7), toma la palabra. Ya se había mencionado allí, que cuando David llegó junto a Ahimelec, precisamente este Doeg «estaba allí aquel día detenido (= apartado) delante de Jehová». Externamente, este hombre habrá venerado al

SEÑOR[2]. Como un auténtico adulador reproduce el lenguaje arrogante de su señor, y cuenta: «Yo vi al hijo de Isaí que vino a Nob, a Ahimelec hijo de Ahitob, el cual consultó por él a Jehová y le dio provisiones, y también le dio la espada de Goliat el filisteo», 1 S. 22: 9–10.

¡Cuán astuto debe haber sido este Doeg! El hombre preciso para palacios como el de Saúl, ¡para, exactamente en este momento, presentar esta comunicación! Con ello ha prestado un gran servicio a todo el círculo de cortesanos, pues la atención de Saúl se ha desviado ahora, y a la vez ha indicado un camino a la sed de venganza de aquel. ¿Quizá ahora se convierte en víctima un sacerdote inocente? ¿Qué molesta a este vástago de Esaú de los sacerdotes del Dios de Jacob? ¡Con tal de ascender él en la escala de honor! Al mismo tiempo, ha confirmado al rey en su sospecha contra David y Jonatán. Especialmente el informe acerca de la espada de Goliat debe haber incitado a Saúl en su desconfianza; y el astuto Doeg, entretanto, puede jugar el papel del fiel cortesano que no tiene ningún secreto para su señor, y a quien también sus compañeros cortesanos pueden estar realmente agradecidos.

A Saúl se le ha aportado la «prueba». El «hijo de Isaí» tiene efectivamente aliados. No sólo en el palacio, sino también en el círculo sacerdotal. Ahimelec es el principal culpable en el complot. «Y el rey envió por el sacerdote Ahimelec hijo de Ahitob, y por toda la casa de su padre, los sacerdotes que estaban en Nob; y todos vinieron al rey. Y Saúl le dijo: Oye ahora, hijo de Ahitob. Y él dijo: Heme aquí, señor mío. Y le dijo Saúl: ¿Por qué habéis conspirado contra mí, tú y el hijo de Isaí, cuando le diste pan y la espada, y consultaste por él a Dios, para que se levantase contra mí y me echase, como lo hace hoy día?» (1 S. 22: 11–13).

Ahora el sacerdote debe abogar por su vida.

Ello caracteriza la dureza de Saúl y Doeg, que permanezcan impasibles bajo este conmovedor alegato: «Entonces Ahimelec respondió al rey, y dijo: ¿Y quién entre todos tus siervos es tan fiel como David, yerno también del rey, que sirve a tus órdenes y es ilustre en tu casa? ¿He comenzado yo desde hoy a consultar por él a Dios? Lejos sea de mí; no culpe el rey de cosa alguna a su siervo, ni a toda la casa de mi padre;

porque tu siervo ninguna cosa sabe de este asunto, grande ni pequeña» (1 S. 22: 14–15). ¿Quién es más leal que alguien que protege al siervo más digno de confianza del rey?

Saúl escuchó este alegato sin la más mínima noción del derecho, pues no se presenta una investigación al respecto. Doeg ha alcanzado su objetivo. El rey pronuncia inmediatamente sentencia: «Sin duda morirás, Ahimelec, tú y toda la casa de tu padre (v. 16). El *enemigo* del SEÑOR, el rey de Amalec, fue perdonado; pero los *sacerdotes* del SEÑOR fueron asesinados. Entonces el rey ordenó a los soldados de la guardia que estaban junto a él: «Volveos y matad a los sacerdotes de Jehová; porque también la mano de ellos está con David, pues sabiendo ellos que huía, no me lo descubrieron. Pero los siervos del rey no quisieron extender sus manos para matar a los sacerdotes de Jehová. Entonces dijo el rey a Doeg: Vuelve tú, y arremete contra los sacerdotes. Y se volvió Doeg el edomita (con su odio hereditario contra la descendencia de Jacob, cf. Nm. 20: 14s., 1 Re. 11: 14, Sal. 137: 7, Am. 1:11, Abd. 10) y acometió a los sacerdotes, y mató en aquel día a ochenta y cinco varones que vestían efod de lino. Y a Nob, ciudad de los sacerdotes, hirió a filo de espada; así a hombres como a mujeres, niños hasta los de pecho, bueyes, asnos y ovejas, todo lo hirió a filo de espada[3].

Pero uno de los hijos de Ahimelec hijo de Ahitob, que se llamaba Abiatar, escapó, y huyó tras David. Y Abiatar dio aviso a David de cómo *Saúl* había dado muerte a los sacerdotes de Jehová. Y dijo David a Abiatar: Yo sabía que estando allí aquel día Doeg el edomita, él lo había de hacer saber a Saúl (cf. 1 S. 22: 17–22a).

Y entonces nació el Salmo 52 en el corazón de David.

## 2. Vs. 1–4: EL VIOLENTO ES CULPADO.

Versículo 1:

*«¿Por qué te jactas de maldad, oh «poderoso»?*
*La misericordia de Dios es continua».*

David, directamente y sin rodeos, se dirige al poderoso. ¿A quién se refiere, a Doeg o a Saúl?[4]. Muy probablemente pensó en ambos a la vez; y mucho más siendo tan déspotas.

De forma sarcástica, les trata de «poderosos». ¡Soltar a un edomita contra los sacerdotes del SEÑOR! ¡Ayudar a un rey homicida a proporcionarle víctimas! ¡Matar a puñaladas a ochenta y cinco hombres indefensos! ¡Pasar a cuchillo a mujeres y niños, sí, incluso a los niños de pecho! ¡A eso no «se atreve» cualquiera! ¡Degollar a toda una ciudad sacerdotal, sí, eso es obra «de hombres»![5].

¿Y tú te glorías de eso? ¿Y te crees tú mismo un rey enérgico y un cortesano aprobado? Pero, si es así, piensas según el poder terrenal, y olvidas que Dios está ahí. Y nosotros, espectadores impotentes de este baño de sangre, nos fortalecemos en la misericordia y en la fidelidad al Pacto por parte del SEÑOR, Dios de Israel, contra cuyos sacerdotes habéis atentado. Él hará justicia alguna vez.

Con esta primer versículo, David ha hablado sin rodeos, y ha formulado el núcleo del Salmo. El «poderoso», con su violencia inclusive, es puesto frente a Dios y su fidelidad. Saúl y Doeg actúan con poder humano, David y los piadosos con poder de Dios.

Con razón el epígrafe llama a este salmo: «Una poesía didáctica de David»; en hebreo: Un *maskil*. Nosotros preferimos traducir esta palabra algo libremente por: Una poesía que proporciona una *idea*, parecer u opinión. Entiéndase bien: Una idea–por–medio–de–la–luz–de–la–Palabra, como expondremos en el capítulo siguiente. En efecto, eso lo puede ofrecer este salmo; pues «poderosos» y «violentos» como Saúl y Doeg conoce a montones la historia de la iglesia. Príncipes de la iglesia que se sirvieron a sí mismos, compraron favores con tierras, y prometieron fidelidad con viñas. Política de amiguitos y recompensa con cargos honoríficos no son,por desgracia, cosas que sólo se encuentren en el mundo. También en la herencia cristiana es demasiado conocido el «tipo–Saúl» que se pone en marcha delante de nosotros, y hace nuestras (¡!) guerras (cf. 1 S. 8: 20); lo cual fustigó muy enérgicamente el ya difunto Rev. J. C. Sikkel: «La pasión de Saúl, su carnal servirse a sí mismo y sin carácter a costa de todos y cada uno, caracteriza a su sistema de gobierno. Todo se puede vender, y se debe comprar, y debe dejarse comprar. (...) Y poderoso es el sistema de gobierno de Saúl. Campos y viñedos, ventaja

y encumbramiento; ventajas en pleitos y puestos de trabajo, y disponer del nombre de un hombre por el capricho y favor de los poderosos, –hace poderosamente mucho.

¡Cuán ignominioso es este régimen de Saúl en Israel!

¡Y cuán ignominioso es siempre y sobre todo donde es conocido en nombre del SEÑOR!

Cierto, el sistema de Saúl es poderoso, por el poder carnal. Pero también para corromper caracteres, pisotear la virtud, el honor y el buen nombre; para oprimir y aplastar lo que vive de la verdadera fuente de la gracia y de la justicia; para dar ventaja a Satanás y multiplicar la mentira, y para deshonrar el honor y el Nombre del Dios Viviente, y de Jesucristo, a Quien ha enviado.

¡Alabado sea Dios, Cristo Vive!

Por eso hay también otro sistema de vida y de proceder que el sistema de Saúl; también hay otro sistema, cantado por David en el Salmo 101"[6].

¡Lee alguna vez el Salmo 101 sobre este trasfondo oscuro! Allí el piadoso David deja oír su «programa de gobierno»: «...y entender (quiero) el camino de la rectitud. (...). Lejos de mí estará el corazón perverso; desconoceré (no quiero conocer) la maldad. Reduciré al silencio al que en secreto detrae a su prójimo; no toleraré al de ojos altivos y corazón soberbio. Pondré mis ojos en los fieles de la tierra, para que estén conmigo; los que andan por el camino de la rectitud serán ministros míos. No habitará en mi casa el que cometa fraude; el que habla mentirosamente no permanecerá ante mí...» (cf. vs. 2, 4–8, Versión Nácar/Colunga). Tampoco este salmo ha de ser leído como algo atemporal, desligado de la situación concreta, sin tener en cuenta el régimen de *Saúl*, el cual hizo ver lo diametralmente opuesto del Salmo 101.

Retornando ahora al Salmo 52 como poema doctrinal, de él se puede aprender qué actitud se ha de tomar como justa bajo un «régimen saulista» con intrigantes como Doeg.

Versículo 2:

*«Agravios maquina tu lengua;*
*como navaja afilada hace engaño».*

¡Cuánto había meditado astutamente Doeg sobre el momento exacto para llegar hasta Saúl con su informe pernicioso!

«Maquinas agravios», viene a decir David a Doeg. Si es verdad que Doeg, como capataz de pastores, pertenecía a los consejeros de Saúl, entonces quizá ha sembrado más frecuentemente agravios con su lengua. Y así la versión del comentarista M. Dahood también encajaría estupendamente: «¿Por qué concibes *siempre* pensamientos perniciosos (...)?, ¡fabricante de mentiras!»[7].

¡Qué otra cosa es la reacción de David sino Espiritual!, es decir, ¡guiada por el Espíritu Santo!

Sobre todo por lo que no dice.

En cuanto antiguo capitán del ejército y ahora con una banda a su alrededor, y además como rey ungido tener que recibir un mensaje semejante al que Abiatar llevó a David, ¡cómo le herviría entonces la sangre y le hormiguearían sus manos! ¡Qué momentos tan difíciles para David! ¡Momentos para tener presentes su posición y su vocación! ¡Cuán fácilmente podía oponerse ahora como juez vengativo! Pero no lo hizo. David *pidió* a Dios venganza sobre Saúl (cf. cap. 15, sobre el Sal. 59), pero él mantuvo la espada en la vaina. No le oímos insultar, ni injuriar; tampoco agrandar las maldades de Saúl y Doeg. Tampoco esto último, porque con este salmo quizá quería escribir un poema *didáctico* para situaciones *semejantes*. Entonces se acerca más al *patrón fundamental* que a los pormenores, y, como es natural, se habla en un lenguaje más estereotipado, cf. Los Salmos I, 2. 3, 46s. Pero, sí ha desenmascarado a su hipócrita coparroquiano (¡Doeg y él mismo se encuentran mutuamente en la *casa de Dios*!) como una persona perniciosa. Esos pueden existir dentro del pueblo de Dios; y David acusa a sus enemigos ante la presencia de Dios. Pues, ¿acaso no era totalmente justa su tipificación de la lengua de Doeg como «navaja afilada»? ¿No habían perdido por ella la vida ochenta y cinco sacerdotes con sus mujeres, hijos e incluso niños de pecho?

Con renglones semejantes, el Salmo 52 da *visión*, también en situaciones y relaciones en la Cristiandad, pues este Doeg y este Saúl no fueron los últimos. Ante lo cual, una vez más, damos la palabra al difunto Rev. J. C. Sikkel: «Satanás ha atentado especialmente contra la herencia santa, y sobre todo allí ha encontrado siempre su instrumento, por el que ha violado lo

santo. Con tal de encontrar entrada al dominio carnal, a la doctrina del poder carnal con su propio método de disciplina. Entonces, quizá llegan espontáneamente en fila los siervos que, con bonitas proposiciones de autoimpostura, se ponen a disposición del régimen carnal con la violencia carnal. Inconsciente, pero también conscientemente colaboran a buscar su propio yo, y a la injusticia que corrompe los caracteres, utiliza la mentira, cauteriza la conciencia, reprime todo sentimiento por la verdad, y ciegamente se pone al servicio del sistema impío. Y, finalmente, se ofrece todo sacrificio por el partido, por el dominio del hombre y por el propio yo. Y así avanza lo condenable que viola la inocencia y santidad, y mata con placer la víctima que es escogida de entre la vida fiel a Dios.

Hasta que, por fin, el Juez justo vengue toda la sangre inocente en la autorrevelación del Cordero de Dios que ha sido sacrificado, y a Quien, no por su puño sino por su sangre, le ha sido dado de Dios el Padre, todo poder en el cielo y en la tierra»[6].

Esto último, según el v. 5, también era la esperanza de David.

Versículos 3 y 4:

*«Amaste el mal más que el bien,*
*la mentira más que la verdad.*
*Has amado toda suerte de palabras perniciosas,*
*engañosa lengua».*

Precisamente estos versículos se han citado como prueba de que el epígrafe sobre el Salmo 52 sería inexacto, ¡pues Doeg expresó la verdad! ¿Acaso David no estuvo efectivamente con Ahimelec, y éste le procuró víveres y le dio la espada de Goliat?[8]. Esto no obstante, la pregunta es: ¿Qué es verdad? Según el significado griego pagano de la palabra, Doeg habló efectivamente la «verdad»: no violentó los hechos, sino que los desveló sin ocultar algo; y si algo ha ocurrido de veras y encaja con la realidad se habla de verdad siguiendo a los griegos antiguos; y entonces decían: *alètheia*, esto es, lo no oculto. En este clima de ideas, fiel a la verdad es: enumerar los hechos «desnudos», contar la realidad «íntegra», aunque sea cruda. Sin embargo, en las Sagradas Escrituras, ver-

dad es otra palabra para *fiel, leal,* tanto con Dios como con el prójimo. El ser fiel a estas relaciones es caminar en la verdad. «Por eso la Biblia conoce muchas «mentiras»: la de Samuel (1 S. 16) dirigida por el SEÑOR mismo; la de las parteras en la corte de Faraón (Ex. 1). Véase también lo que el Señor Jesús dice de la hija de Jairo: «La niña no está muerta, sino *duerme*», (Mt. 9: 24). Él descorre un velo sobre la realidad en favor del prójimo. Consúltese también 1 Co. 13: el amor cubre, sufre o excusa todas las cosas. El concepto «verdad» en el sentido de «sinceridad frente a los hechos» somete a Dios y al prójimo a los hechos. Pero Dios dice: Amar a Dios sobre todo y al prójimo como a ti mismo. El noveno mandamiento tampoco trata sobre «mentir», pero dice: no te está permitido rechazar al prójimo de su lugar, ni sabotear su protección de justicia.

¿No cayeron a tierra por Doeg y de una forma terrible David, Ahimelec, Abiatar y los sacerdotes de Nob? Por eso, este hombre, según los criterios bíblicos, fue un auténtico mentiroso, aunque su relato coincidiera cien por cien con los hechos; porque había rechazado hablar *justicia* (cf. Los Salmos I, 2. 47s.), y había tomado una actitud tan contraria al Pacto. *Habría sido* verdad (eso puede ser en la Biblia), si hubiera callado. Pero ahora su hablar sobre Ahimelec frente al ciego y sanguinario Saúl, aunque fuera conforme a los hechos, era, a la luz de la Biblia, «mentiroso» y «engañoso». Quien ha leído a Moisés acerca del noveno mandamiento (Dt. 24: 16–25: 16), no tendrá dificultad alguna con la manera de hablar de David en el Salmo 52.

David conocía a Doeg: «(Tú) *has amado* toda suerte de palabras perniciosas, engañosa lengua».

## 3. Vs. 5–7: «¡DIOS TE DESTRUYA ETERNAMENTE!»

*Por tanto, Dios te destruirá para siempre;*
*te asolará y te arrancará de tu morada,*
*y te desarraigará de la tierra de los vivientes.*

¿Lenguaje duro, y típicamente del Antiguo Testamento, y falto de amor para con los enemigos? Estas y otras objeciones contra los salmos vindicativos no las volvemos a considerar por el momento, pues ya las comentamos en el cap.

15. Por otra parte, los versículos arriba transcritos se pueden traducir de dos maneras: como *petición* de la maldición de Dios, o como *anuncio* de la maldición de Dios.

Antes de que uno exprese sus consideraciones, es necesario que primero se haga cargo de los terribles hechos de Saúl y de Doeg. A este respecto, no se piense entonces, en primer lugar, en el horrible asesinato masivo de las mujeres y niños de Nob, aunque este baño de sangre en sí mismo ya es repugnante. Una petición de pena de muerte –¿y qué otra cosa hace David con este versículo?– es muy comprensible en esta circunstancia. Saúl y Doeg habían atentado no sólo contra *personas* inocentes, sino que por su asesinato de los sacerdotes habían atentado contra los siervos de Dios *mismo*! ¡Y qué grandes siervos! ¡Para Israel, sin más, de *interés vital*!

Si del libro Levítico nos impresiona alguna cosa, ésa es realmente la santidad de Dios. Para todo lo que pueda parecerse a pecado y muerte, el SEÑOR es indudablemente fuego abrasador. Podríamos comparar (¡más no!) la santidad de Dios con la electricidad de una potente alta tensión. Por eso, cerca de tales cables se halla un cartel que advierte: –»¡Alta tensión! ¡Peligro de muerte!»; porque tocarlos sería indudablemente mortal. Por eso deben estar convenientemente aislados. Así pues, imagínate de alguna manera, cuán imposible era a los israelitas pecadores mortales tener trato con el Dios Santo «sin protección». Su santidad, sin «aislamiento», sería indudablemente mortal para ellos. Con el fin de proteger contra su ira divina y aversión al pecado y la muerte, el SEÑOR había dado a la tribu de Leví la administración del culto como «círculo de aislamiento» entre el SEÑOR e Israel. Entonces estaba «protegido». Retomando, una vez más, la imagen de la electricidad de alta tensión: la tribu de Leví serviría, por así decirlo, como «transformador» entre el Dios Santo y su pueblo pecador. Por eso estaba entre Dios e Israel el sacerdote levita: él era el «pararrayos». Sin su mediación, surgiría un «cortocircuito» mortal entre la abrasadora santidad de Dios y los hombres pecadores.

Ahora lo terrible del acto de Saúl.

No sólo degolló a toda una población urbana –también podríamos decir: a toda una iglesia de Dios–, pero también repelió por su parte la «protección» de Leví, ¡por lo cual llegó a estar sin *protección* ante el Dios Santo! David habrá visto

esto, cuando puso por escrito los versículos 5 al 7. ¡Esto «debía» terminar en la caída de Saúl! Y entonces enmudecemos acerca de la profecía de Ana y de lo que el SEÑOR había prometido a David y sobre la soberbia de Saúl de otro tiempo, cf. Los Salmos I, 2. 47s. Ya en esto, David tenía suficiente «fundamento–de–demanda» para peticiones como las que ahora tratamos.

También aquí el Salmo 52 es un «poema didáctico».

Cuando, contra figuras como Doeg y Saúl no fueran permitidas (lo cual es otra cosa que *obligadas*) peticiones como éstas, y como tales palabras no gustasen a Dios el SEÑOR, entonces no habrían sido recogidas en la Palabra de Dios poemas como los Salmos 52 y 59. Cierto, nuestro Salvador oró: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen», Lc. 23: 34, cf. Hch. 3: 17, 1 Co. 2: 8. Pero, ¿se puede decir de Saúl, que no sabía lo que hacía? «Matad a los sacerdotes de *Jehová*», –ordenó, pero sus siervos no quisieron hacerlo!, 1 S. 22: 17. Y David no fue el último de quien las Sagradas Escrituras recogen una petición semejante. El piadoso Zacarías, hijo de Joiada, cuando fue apedreado en el atrio de la casa del SEÑOR, con labios moribundos dijo: «Jehová lo vea y lo demande», 2 Cr. 24: 22.

Versículos 6 y 7:

*«Verán los justos, y temerán;*
*se reirán de él, diciendo:*
*He aquí el hombre que no puso*
*a Dios por su fortaleza,*
*sino que confió en la multitud*
*de sus riquezas,*
*y se mantuvo en su maldad».*

Como es natural, los justos temblaron cuando la noticia de la matanza de la ciudad sacerdotal de Nob corrió por el país. Personas como el anciano Samuel, el príncipe Jonatán, la aldeana Abigail, los profetas de Naiot así como los cientos de fugitivos en torno a David, en resumen, todo el Remanente de aquel tiempo habrá temblado con la noticia del repugnante baño de sangre que el rey había causado.

Pero, ¿qué podían hacer aún por David los piadosos ahora que Saúl no retrocedía de tan terribles medidas de represalia? El Salmo 11 podría datar de este tiempo con su lamento: «Porque he aquí, los malos tienden el arco, disponen sus saetas sobre la cuerda, para asaetear en oculto a los rectos de corazón. Si fueran destruidos los fundamentos, ¿qué ha de hacer el justo?», vs. 2–3.

Esto no obstante, según los versículos que comentamos, David estaba seguro de que el SEÑOR se levantaría a su tiempo para regalarle la realeza prometida; y, evidentemente, David al mismo tiempo ha previsto, que el SEÑOR haría esto en el camino de duros castigos punitivos a los impíos como Doeg y Saúl. Entonces amanecerían otros tiempos para los píos en los que, llenos de santo temor a la demostración de justicia del SEÑOR, a la vez se reirían de la caída de asesinos de masas como Saúl y Doeg. Y todo el piadoso Remanente de Israel, con ocasión de la muerte de los asesinos de los sacerdotes, podría escribir este «In memoriam»: «¡He aquí el hombre que no puso a Dios por su fortaleza, sino que confió en su gran riqueza, y se creyó fuerte por lo que resultó ser su desgracia!» Pero ésta última frase también se ha traducido: «apoyándose en su perversidad»[9].

¡Así compuso David por anticipado el epitafio de ellos!

¡Cuán firme lenguaje de fe expresó con ello David a los oídos de Abiatar y los demás afligidos! Pues sus palabras iban diametralmente en contra de los hechos del día. Su confianza en las promesas de Dios, como ya hicimos notar más frecuentemente en David, también aquí le podían hacer hablar acerca de futuras salvaciones como si el SEÑOR ya las hubiera obrado. «Quédate conmigo, no temas; quien buscare mi vida, buscará también la tuya; pues conmigo estarás a salvo», 1 S. 22: 23.

Sabemos cómo David en esta fe del Salmo 52 no fue confundido ni avergonzado. La caída de Doeg no se menciona en las Sagradas Escrituras; y puede ser que muriera con Saúl en Gilboa.

Nosotros podemos aprender de David a prestar atención a acontencimientos semejantes. En la historia de la iglesia se han perdido más «Saúles» y «Doeges». Los impíos no hacen caso de esto, Sal. 28: 5; pero, sí los justos. Y como pode-

mos aprender de este Salmo, ¡lo ven con alegría apropiada! Así recibieron, por ejemplo, después de los seis años del movimiento de terror de Atalía, su anuncio de muerte, 2 Re. 11. Y como Jeremías y su círculo, el del profeta Hananías. Jeremías había sido desmentido rotundamente por este falso profeta. ¡Pero Hananías fue un cadáver en menos de tres meses!, cf. Jer. 28: 1 y 17. Así vivió Daniel la caída de los hombres que le habían arrojado a la cueva de los leones, Dn. 6. Mardoqueo vio a su enemigo mortal, Amán, colgar de la horca, Est. 7. La iglesia de Jerusalén supo que un ángel del SEÑOR había matado a su enemigo Herodes, Hch. 12: 23.

El Salmo 52 nos enseña a tener en cuenta estos hechos de Dios.

## 4. Vs. 8 y 9: «PURO SOY YO COMO OLIVO VERDE».

Versículos 8 y 9:

*«Pero yo soy como olivo verde*
*en la casa de Dios,*
*en la misericordia de Dios confío*
*eternamente y para siempre.*
*Te alabaré para siempre,*
*porque lo has hecho así;*
*y esperaré en tu nombre, porque*
*es bueno, delante de tus santos».*

Uno debe conocer un olivo así, para sentir y comprender la fuerza de la metáfora o lenguaje figurado de David. Según la descripción de Müller–Christensen, en su libro «Planten in de Bijbel», p. 100 (Plantas en la Biblia), el olivo, con su ancha corona o copa, sus hojas siempre verde oscuro, debe ser la imagen por excelencia del *bienestar,* cf. Jer. 11: 16. Es un árbol que crece lentamente y que puede hacerse muy viejo. Propiamente se trata de un árbol inestimable, pues constantemente le brotan retoños a su viejo tronco, cf. Sal. 128. ¿Había también olivos en el pórtico del Santuario?[10].

David se compara a semejante imagen de bienestar, poder y futuro, en un momento que Saúl parece estar en un punto culminate de poder desenfrenado, y David mismo es un cavernícola pobre y perseguido, ¡en el cual se ha refu-

giado precisamente el único superviviente del baño de sangre en Nob! Vista carnalmente, la posición de Saúl es intachable, y la posición de David no tiene perspectiva. Esto no obstante, David se atreve a decir de sí mismo: «¡Pero *yo* soy como olivo verde!» Este es, una vez más, su lenguaje de fe poderoso, por el que él fue el hombre según el corazón de Dios. Renunciando plenamente al poder terrenal –en el que Saúl y Doeg pensaban–, también David cuenta absolutamente con el poder de Dios y su fidelidad. Opuesto diametralmente a la jayanería de sus tiranos enemigos, David confiesa claramente a los oídos de sus compañeros, esperar de Dios y su misericordia un futuro bueno en el que glorificará al SEÑOR. Con el telescopio de su fe, David, en su desolada situación, atrae hacia sí el futuro de las promesas de Dios para, con el valor de esa fe, hablar acerca de esa *futura* salvación como si el SEÑOR ya la hubiera realizado: «¡Porque (tú) lo *has* hecho así!»; a saber: Juzgar a Saúl, y hacer rey a David.

Si nuestro poder en el Reino de Dios es reducido a cero, y no podemos evitarlo, entonces de este «*maskil*» de David podemos recibir una idea clara por la luz de la Palabra en la situación de que Dios hace verdad a su Palabra misma, y sus promesas en pro del Remanente tampoco fallarán en nuestro tiempo.

Consideremos una gran alegría ser olivo verde en la casa de Dios, como David en su miseria experimentó en ella una enorme alegría: «Pero ningún «Saúl» me apartará de la Casa (iglesia) de Dios». En medio de la muerte y de la corrupción, el pueblo de Dios tiene las promesas de la vida eterna. Alabémosle siempre como David, pues nuestro Padre tiene derecho a ello. Con su Hijo y Espíritu finalmente lo hace él absolutamente todo.

Resumiendo: ¡Esperemos en su Nombre! Esto nos enseña el Salmo 52. Como literalmente hizo David durante algunos años. Esperar. Pacientemente, pero con ambos ojos fijos en las promesas de Dios. También a los cristianos creyentes de este tiempo les ha llegado el momento decisivo de esperar asimismo en las promesas de Dios, en las persecuciones y opresiones inadvertidas en el mundo eclesial. «Los hombres no deben ponernos nerviosos ni excitarnos; nuestro poder se

halla en estar tranquilos. Dejad que los poderosos y violentos se gloríen, nosotros esperemos en el SEÑOR; y así como su apresuramiento les proporciona ahora honor o ventaja, nuestra paciencia nos será recompensada a su tiempo, pues entonces «la gloria más eminente» será nuestra parte; 2 Co. 3: 10[11].

NOTAS

1. «Este es uno de los 8 salmos que por indicaciones en el epígrafe, –en parte, convincentemente correctos; y, por otro lado, imposibles de ser cambiados por algo digno de fe– son atribuidos a la persecución del tiempo de Saúl (7, 59, 56, 34, 52, 57, 142, 54); san Agustín los llama «Salmos fugitivos», F. Delitzsch, a.l.

2. C. F. Keil, a. l.: «... sea a causa de purificación; o como prosélito que quería ser admitido en comunión religiosa de Israel; o bien a causa de supuesta contaminación, según Lv. 13: 4...»

3. Ni siquiera los niños fueron respetados, en pugna con Dt. 20: 13 D. Wilh. Caspari, Die Samuelbücher, Leipzig 1926, 279.

4. «También puede ser, que él tuviera en cuenta a Saúl», advierte Spurgeon en su introducción a este salmo. Entonces, la traducción de M. Dahood es interesante: «¿Cómo te glorías tú en el mal, tú campeón? Oh tú, cansagrado a él (= Dios), ¿por qué abrigas siempre pensamientos perversos?»

5. Sin embargo, en el v. 8, el *gibbor* se vuelve «campeón», –después que es devuelto a un verdadero tamaño– expresado sarcásticamente como no más que un *geber* «hombre», según M. Dahood, quien también su versión de «*hasid 'el*», (para el TM *hesed 'el*) la llama «sarcástica». «Dado que él es una persona dedicada a Dios, en realidad es un mentiroso y bribón», o. c., a. l.

6. J. C. Sikkel, Naar Gods hart, 1921, p. 190.

7. Véase la nota 4.

8. «Al comunicar la presencia de David en casa de Ahimelec, es evidente que Doeg mencionó los hechos de forma exacta; por tanto, el salmista malamente pudo haberse referido a él en su queja que acentuó la naturaleza engañosa de su blanco (vs. 3–5). Por eso el epígrafe no contiene lazo histórico demostrable con el contenido del salmo, y debe ser añadido por otros liturgos para proporcionar un cuadro a la obra poética», M. Dahood al v. 1. Se trabaja, pues, con un concepto griego de verdad (= verdad es lo que encaja con los hechos).

9. M. Dahood, a. l.

10. En relación con el Sal. 92: 12–13, se ha calculado de este lugar, que, como actualmente en el área de *Haram–esch–Scheriff*, el lugar del templo más antiguo,

también hubo antiguamente árboles en el atrio del templo. Pero esto tampoco es necesario; la intención también puede ser, que él, como miembro de la familia de Dios, cf. Sal. XV: 1, tiene fuerza de vida fresca, crece como un árbol junto a arroyos de Aguas», Valeton, a. l. Pero las palabras «en la casa de Dios» también podrían pertenecer a «yo soy».

11. Así Spurgeon, a. l.

# Capítulo 20

## SALMO 74: LLORAR POR LA IGLESIA DE DIOS

DESVELARSE de noche por causa de la iglesia.

Ir al médico con molestias de estómago por causa de la iglesia.

Entristecerse por causa de la iglesia.

Ni tus padres ni tú mismo sois los primeros que estáis abrumados por este motivo. En el Libro de los Salmos oímos ya este lamento, y muy frecuentemente, por cierto. Los salmos «penitenciales por causa de Sión» forman una lista de ellos, y son: el 44, 74, 77, 79, 80, 89, 90 y 102.

En los capítulos siguientes queremos disponernos a leer contigo algunos de ellos, para aprender cómo debemos lamentarnos y desahogarnos cuando estamos afligidos por causa de la iglesia: no en la mentalidad orgullosa de los indomables macabeos y sus posteriores parientes de espíritu, sino en el espíritu humilde de los asafitas.

Comenzamos con el Salmo 74.

### 1. NO ES UN SALMO ESTÉRIL, INESPIRITUAL Y «VETEROTESTAMENTARIO», SINO UN AUTÉNTICO POEMA DAVÍDICO, TAMBIÉN PARA NUESTRO TIEMPO.

¿Qué hacemos en nuestro tiempo con porciones de las Escrituras como el Salmo 74? Una lamentación sobre una destrucción del templo de hace 2500 años, mientras este templo con su culto ya ha envejecido y desaparecido hace casi 2000 años, Mt. 27: 51, Lc. 19: 43–44, He. 8: 13. ¿Semejante lamentación tiene aún algo que decirnos a nosotros ahora? El Dr. J. J. P. Valeton, Jr., que escribió un famoso comentario a los salmos, lo encontró sencillamente un salmo pobre. «Desde el punto de vista histórico, nuestro salmo tiene importancia e interés; pero en sentido espiritual es tan pobre como rico lo es el Salmo 73. En él no encontramos expresiones de conciencia de culpabilidad, o de determinada vida de fe, o de seguridad de victoria»[1]. Estas observaciones se parecen mucho a las que R. Kittel, asimismo conocido comentarista de salmos, hizo al Salmo 79, pariente de nuestro salmo: «Religiosamente, este himno tiene poco contenido que decirnos»[2].

Nosotros nos felicitaríamos, si, en este aspecto, pudiéramos limpiar los cristales de sus gafas de leer. Tanto más, cuanto que el futuro de la actual Cristiandad, el pueblo de Dios en nuestro tiempo, podía depender más de lo que quizá nos damos cuenta de la pregunta de si aún existen orantes que derramen sus quejas acerca de la «Sión» de nuestro tiempo ante Aquel que, por algo hizo conservar en su Palabra salmos como el 74. ¡Y más aún como un «*poema didáctico* de Asaf»!

La actualidad de semejantes salmos apenas se nos hace evidente cuando primero los hemos leído sobre el trasfondo histórico; y cuando después hemos comparado el patrón fundamental de aquella situación con el de la situación en que nosotros, momentáneamente, nos encontramos como Cristiandad. Entonces se evidenciará, que el epígrafe de nuestro salmo aún es verdadero en todos los aspectos: «*Un poema didáctico de Asaf*».

*a. Trasfondo histórico: destrucción de Jerusalén por los babilonios.*

El 15 de enero del 588 a. C. aparece Nabucodonosor «con todos sus ejércitos» ante Jerusalén. Los babilonios edificaron una muralla de asedio alrededor de la ciudad, evidentemente con el plan de obligar a la fuerte Jerusalén a que se rindie-

ra por hambre, 2 Re. 25: 1. Con esto comenzó un terrible asedio que, con una corta interrupción (Jer. 37), duraría año y medio: del 15–1–588 al 19–7–586.

El SEÑOR se gozaba en arruinar y destruir a Judá, Dt. 28: 63. Al final del asedio, padres y madres hambrientos no miraron con malos ojos la carne de sus propios hijos, como el SEÑOR ya había amenazado por Moisés, Dt. 28: 54–57. Algunas mujeres enflaquecidas y consentidas que habían danzado tan orgullosas y coquetas por Jerusalén, cocieron a sus propios hijos, Lm. 2: 10, 4: 10. «... Los pequeñuelos pidieron pan, y no hubo quien se lo repartiese», Lm. 4: 4b. Niños de pecho fallecían en el regazo de su madre, Lm. 2: 12. «Mis sacerdotes y mis ancianos en la ciudad perecieron, buscando comida para sí con que entretener su vida. (–) Los que comían delicadamente fueron asolados en las calles», Lm. 1: 19, 4: 5.

Después de dieciocho meses de asedio, las tropas babilónicas acertaron a abrir una brecha en el muro de la ciudad a través de la cual pudieron penetrar en Jerusalén. Lo que sucedió a esto se describe muy brevemente en Crónicas, algo más extensamente en Reyes y muy ampliamente en Lamentaciones con una pluma sumergida en lágrimas. Irritadas por el prolongado asedio, las tropas babilónicas arremetieron matando y destrozando por las calles. Ni niños ni ancianos, ni sacerdotes ni profetas fueron respetados, 2 Cr. 36: 17, Lm. 2: 20, 4: 16 y 5: 12. Mujeres y niñas fueron violadas, Lm. 5: 11. Los propietarios de casas bonitas hubieron de ver impotentes cómo sus valiosas posesiones fueron saqueadas y prendidas fuego, Lm. 2: 5. Los príncipes se balanceaban colgados de un árbol con una cuerda en torno a su cuello, Lm. 5: 12.

El rey Sedequías, que poco antes de la caída había huido de la ciudad, fue arrestado en Jericó y trasladado al cuartel general de Nabucodonosor en Ribla. Allí, el Gran Príncipe dictó sentencia sobre el vasallo apóstata que había roto tan deslealmente su juramento de vasallaje, 2 Cr. 36: 13, Ez. 17: 13ss. Primero, Sedequías hubo de contemplar cómo sus hijos fueron ejecutados ante sus ojos; pues, ellos, lo mismo que su padre, habían sido admitidos en el pacto de vasallaje con Nabucodonosor, y por tanto, también cayeron bajo las sanciones de maldición del Gran Príncipe. Poco después le fueron

sacados los ojos a Sedequías; quizá por Nabucodonosor mismo, pues los reyes lo hacían frecuentemente con sus propias manos. Luego fue trasladado atado a Babilonia. El libro Lamentaciones se queja: «El aliento de nuestras vidas, el ungido de Jehová (= el mesías, cf. Los Salmos I, 5. 3. a. 137ss.), de quien habíamos dicho: A su sombra tendremos vida entre las naciones, fue apresado en sus lazos», Lm. 4: 20. Algunas figuras importantes, pertenecientes a círculos eclesiales y del gobierno, fueron asesinadas, 2 Re. 25: 18–21a, Jer. 52: 24–27.

La destrucción de la ciudad tuvo lugar apenas un mes después de su caída. Cuatro meses después que los muros enmudecieran, llegó Nabucodonosor a arrasar la ciudad, cf. 2 Re. 25, Jer. 39: 2, 52: 6 y 12. Muros, palacios y fortalezas fueron demolidos para ahorrar a Nabucodonosor un tercer asedio. Entonces llegó lo más grave de todo: aquellos soldados paganos también subieron al monte Sión y entraron en el templo del SEÑOR. Pero volveremos a esto al comentar el Salmo 74; y entonces, sin olvidar las terribles redadas. ¡La notificación de que todos los ciudadanos se preparasen para ser transportados hacia Babilonia! La despedida de su propia casa, de su propia ciudad, pueblo y lugar de nacimiento. ¿Para siempre? Y todo esto bajo el ojo supervisor de soldados babilonios fuertemente armados.

Según nuestra opinión, preferimos poder pensar en estos acontecimientos como el trasfondo histórico de los Salmos 74 y 79. También se ha pensado en el tiempo de los Macabeos y la destrucción del templo en el año 168 a. C.; pero nos parece que el salmo encaja mejor en el cuadro de los acontecimientos citados alrededor del año 586 a. C.[3].

Nosotros divisamos, en el trasfondo de nuestro salmo, la imagen que los poetas de Lamentaciones nos han dibujado de la Judá destrozada: caminos silenciosos donde no se podía reconocer a ningún peregrino más; pórticos abandonados en los que ningún anciano más se sentaba; desaparecida toda la gloria de la ciudad; y el monte Sión como un erial donde por la noche vagaban las zorras, Lm. 1: 4, 6–7, 5: 15 y 18.

En los mismos años en que también se cantaron por primera vez las Lamentaciones, un piadoso asafita ha llevado

con el Salmo 74 su tristeza por la iglesia de Dios ante el rostro del SEÑOR.

También con el fin de enseñar a la congregación a lamentarse.

*b. Un autor procedente de la descendencia de profetas cantores de Asaf.*

Para la iglesia que canta salmos, Asaf siempre ha sido nombre conocido. David instaló al levita Asaf como jefe de los cantores del templo, 1 Cr. 16: 5. Otros jefes fueron los Levitas Hemán y Etán, 1 Cr. 6: 33 y 44. Después de morir su famoso padre, los hijos de Asaf prosiguieron durante siglos el trabajo de cantores. Desde Salomón hasta después del destierro nos encontramos con hijos de Asaf. Cuando Zorobabel regresa de Babilonia a Jerusalén con un número de judíos, también se encuentra en su compañía la familia Asaf. Esdras habla de 128; Nehemías de 148 hombres, Esd. 2: 41, Neh. 7: 44.

En el epígrafe «de Asaf» sobre un salmo, no precisamos pensar exclusivamente en el Asaf de la época de David, pues, es muy posible que se dé a entender uno de sus descendientes. «Asaf» en Israel se ha convertido en un nombre de grupo, con lo que «Asaf» obtiene el sentido de «los hijos de Asaf». Aún conocemos algo de este uso del lenguaje cuando de un conjunto de cantores u orfeón con ese nombre, decimos: «Asaf cantó bien».

Cuando Asaf y sus hermanos, tras su instalación, aceptan el ministerio de cantores, lo hicieron con una (¿primera?) presentación del Salmo 105, cf. 1 Cr. 16: 7–36. De ahí nos cabe la suerte de aprender muchas cosas acerca de la tarea de «Asaf».

Esa tarea era, en primer lugar: cantar *la alabanza de Dios.*

En los grandes acontecimientos en la vida israelita, los asafitas cantaban la alabanza de Dios, por ejemplo, después de una victoria (2 Cr. 20), en la inauguración del muro de Jerusalén después del destierro (Neh. 12); pero sobre todo en el normal culto del templo. Con lo cual, estos cantores levíticos habían practicado más su repertorio que sólo el canto alternativo: «Alabad a Jehová, porque él es bueno, porque para siempre es su misericordia», Sal. 136: 1. Aunque esto, según Esdras 3: 10–11, era realmente una especialidad de los hijos de Asaf.

En segundo lugar, la tarea de Asaf era: *profetizar*.

En la historia de Israel, los «hijos de Asaf» también profetizaron frecuentemente; y lo hicieron cantando. Cuando el arca fue llevada a Jerusalén, los hijos de Asaf no sólo glorificaron al SEÑOR cantando el que ahora llamamos Salmo 105, sino que también *enfocaron proféticamente* el nuevo estado de cosas en el Reino de Dios; y ciertamente con estas palabras: «El mundo (entiéndase bien, el mundo israelita con cuyo «establecimiento» ya había comenzado el SEÑOR en Horeb) será aún establecido (después de la llegada del arca a Jerusalén), para que no se conmueva», 1 Cr. 16: 30, cf. registro de materias: «fundamento del mundo», (cf. Los Salmos I, 1. b. 17). Como auténticos videntes, los hijos de Asaf vieron en perspectiva histórica la nueva situación tras la subida del arca, 1 Cr. 16: 7–36.

Los hijos de Asaf combinaron frecuentemente estas dos tareas: glorificar y profetizar; pues cantaron profetizando, y profetizaron de forma poética. «Asimismo David y los jefes del ejército apartaron para el ministerio a los hijos de Asaf, de Hemán y de Jedutún, para que *profetizasen con arpas, salterios y címbalos*», 1 Cr. 25: 1. De Asaf mismo leemos, que «*profetizó* bajo las órdenes del rey», 1 Cr. 25: 2; y de Jedutún, «el cual *profetizaba* con arpa, *para aclamar y alabar* a Jehová», 1 Cr. 25: 3. Al cantor Hemán también se le llama «*vidente* del rey en las cosas de Dios, 1 Cr. 25: 5. También del contemporáneo de David, Asaf, leemos no sólo que *profetizó*, sino también que es llamado «*vidente*», 2 Cr. 29: 30; así como también Jedutún es llamado «*vidente* del rey», 2 Cr. 35: 15.

Asimismo los hijos de Asaf hicieron más que sólo cantar salmos. También fueron salmistas. Su poesía estuvo al servicio de la profecía. Un ejemplo de un «hijo de Asaf» que profetiza es el Levita Jahaziel, quien durante una situación angustiosa bajo el rey Josafat, profetizó: «... porque no es vuestra la guerra, sino de Dios...», 2 Cr. 20: 14–17. No es extraño ni sorprendente, que salmos con el epígrafe «de Asaf» (Sal. 50, y 73 al 83) hagan pensar poderosamente en los libros de los profetas[4]. Son los «hijos de Asaf», quienes, a lo largo de la historia, han iluminado muchas veces la situación de Israel desde la Palabra de Dios.

Así fue como, después de la terrible explosión de ira del

SEÑOR sobre Judá y Jerusalén en torno al año 586 a. C., alguien de esta famosa familia pintó la catástrofe de su tiempo de forma poética a la luz de la Palabra de Dios; y nosotros conocemos esta poesía aún ahora como Salmo 74, un poema didáctico de Asaf.

*c. Un poema didáctico.*

En nuestra biblia, el Salmo 74 lleva este epígrafe: «*Maskil* de Asaf». (En el idioma hebreo, un *maskil* es un poema didáctico). Esta palabra se deriva de un verbo que significa: tener entendimiento, entender, tener noción y dar idea a otros. Si consideramos el uso de esta palabra, entonces parece que frecuentemente es usada cuando se trata de dar idea a otros desde la Palabra de Dios en una situación determinada. Cuando se quiere hacer ver los hechos de Dios; cuando se quiere comprender por uno mismo, o hacer comprender a otros, que el SEÑOR ha hecho algo. «... Y entenderán sus hechos», Sal. 64: 9. «Para que... entiendan todos, que la mano de Jehová hace esto...», Is. 41: 20, cf. Dt. 32: 29, Neh. 8: 13, Pr. 16: 20, Sal. 106: 7, Is. 44: 18, Jer. 9: 24, Am. 5: 13, Dn. 9: 22, 12: 10. El don de este «entender» se encontró frecuentemente en los hijos de Asaf.

Por eso preferimos la versión: «poema didáctico»; aunque se haya propuesto traducir «*maskil*» por: «meditación piadosa», o «poesía ingeniosa»,; pero vista la actuación de los hijos de Asaf en la historia de Israel (: profetizar cantando salmos, y componiendo salmos profetizar) y el parentesco de las palabras hebreas «*maskil*» y «*sakal*», «poema didáctico» nos parece un epígrafe excelente sobre este Salmo. Pero, traducido algo más libremente, sería: una poesía que ofrece idea, opinión.

Este epígrafe encaja excelentemente en el salmo.

Muchos judíos, en tiempos de la amenaza e invasión babilónica, carecieron absolutamente de la idea y noción necesarias en el origen y trasfondo de la situación: ¡La *ira* del SEÑOR sobre su abandono del Pacto! El libro Jeremías muestra en muchos lugares la mentalidad dura y carente de humildad de la cual la mayoría de los judíos vivían entonces. En aquella situación, alguien de los «hijos de Asaf» compuso

entonces un *maskil*: un salmo profético que pudo dar entendimiento en la situación, y aprender la actitud que era *inteligente* para los piadosos frente al SEÑOR. El poeta quizá ha abrigado la esperanza de que con su salmo (lo mismo que los poetas de las Lamentaciones con sus salmos) podría llevar aún a los hermanos y hermanas a una mejor visión de las cosas.

*d. Ahondando en visión, también para nuestro tiempo.*

¿Y que hacemos nosotros, unos 2500 años después, con una elegía o lamentación como el Salmo 74? El comentarista Valeton, antes citado, no pudo descubrir en este salmo «expresiones de una determinada vida de fe», y lo encontró un salmo «pobre espiritualmente». Tales manifestaciones, como ya hicimos notar, se las puede apartar de uno mismo con indignación; pero, entretanto, confirmarlas de hecho no cantando, prácticamente nunca, este salmo. Así pues, ¿también a nosotros tiene «poco que decirnos religiosamente» este himno? ¿Tampoco nosotros mismos, si llega el caso, sabemos qué hacer con una elegía acerca de la destrucción del templo de hace 2500 años? ¿Quizá nos salvamos de estas dificultades sacando a relucir la palabra «viejotestamentario», y con ella interpretar el salmo como anticuado para nosotros, y de ninguna otra aplicación? Estas mismas preguntas pueden ser hechas en otros salmos penitenciales por Sión, como el 44, 77, 79, 80, 89 y 102.

Para encontrar la respuesta a esto, debemos ser muy conscientes, que Jerusalén no era una ciudad cualquiera, ni su destrucción una destrucción corriente. Nabucodonosor había venido como *siervo de Dios* (Jer. 27: 6), para traer la *maldición* de Dios sobre su infiel aliado Judá. Los salmos en cuestión no son, consecuentemente, «salmos fúnebres» *políticos*, sino lamentaciones *eclesiales*. Se lamentan o quejan de la maldición del Pacto sobre el *pueblo de Dios*; y forman en fragmentos revestidos de poesía y consignados en negro sobre blanco, una humillación concreta bajo la mano castigadora de Dios.

¿Qué nos enseñan aún a nosotros hoy día estas elegías o lamentaciones?

El ABC para entender estos salmos, dice: ¡Leedlos como himnos en los que el pueblo de Dios celebra y engrandece su vida en el *Pacto de Dios*! Todos los salmos se distinguen principalmente de los versos religiosos de la masa, porque los salmos atienden a los *pactos* de Dios en cada versículo. ¿Pero cuántos cristianos bautizados saben aún, que están en una relación de Pacto con Dios?, cf. Los Salmos I, 3. 7. 91ss. En su bautismo, recibieron la señal y el sello del Pacto de Dios (cf. Decentemente y con Orden, FELiRe 1987). ¿Todos esos cristianos bautizados heredarán después también «el bendito reino terrenal», o bien como quebrantadores del Pacto sufrirán plena venganza del Pacto de Dios? ¡Estas son otras preguntas! Pero ellos son aliados y, sin duda alguna, están bajo las sanciones de la bendición y maldición del Pacto de Dios; incluso en medida aun más fuerte que Israel en otros tiempos bajo el Pacto de Horeb. La cristiandad bautizada vive ahora en el mucho mejor Pacto Nuevo con sus mejores promesas, mejor Sumo Sacerdote, mejor Refugio y Mediador; pero, consecuentemente, también con sanciones de maldición más duras, He. 7–8, 10: 29, 12: 25 y 29. Dios el Espíritu Santo ha favorecido altamente a los pueblos de Occidente, Rusia incluida, con la promesa del Evangelio, y con ella la sangre de Cristo para perdón de nuestros pecados, y el Espíritu de Cristo para purificación de nuestros corazones y vidas. Pero, ¿cómo está la masa de los cristianos bautizados frente a este Evangelio, y frente a Dios y su Cristo? ¿No aumenta cada vez más en los últimos siglos la apostasía en la Cristiandad? Ya hablamos al comentar el Salmo 46, acerca de la miseria mundial de nuestro siglo, y del carácter de juicio de nuestro tiempo, cf. Los Salmos I, 12. 7. 335ss. Las *destrucciones* en la herencia de la Cristiandad son indescriptibles.

Pero, si sencillamente no los ves como cristianos que son tan «de manga ancha» que «estiman» todo lo que es religioso, y carecen totalmente de visión alguna sobre el terrible abandono del Pacto en la Cristiandad moderna, ¿cómo puedes sentir necesidad de buscar esa lamentación de la ruina eclesial? Como aquellos cristianos que sí se dan cuenta de la apostasía, pero viven demasiado satisfechos de sí mismos, tampoco pueden *sufrir* verdaderamente la necesidad de la Cristiandad. Y entonces, hablando con propiedad, deberían

dar la razón a R.Kittel: «Religiosamente, este himno tiene poco contenido que decirnos».

Sin embargo, los cristianos que se saben unidos por «un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos» (Ef. 4: 5) con toda la Cristiandad, pueden lamentarse con el Salmo 102: 14: «Porque tus siervos aman sus piedras, y del polvo de ella tienen compasión». ¡Qué enormes destrucciones de la herencia de la Cristiandad! Pero están de acuerdo con Juan Calvino: «No hay destrucción que nos deba impedir amar las piedras y los cascotes de la Iglesia»[5]. Tales cristianos reconocerán: «Este himno tiene precisamente cosas candentes actuales que decirnos». Pues en esto encuentran el modelo de enseñanza de una «Oración (agradable a Dios) por todas las necesidades de la Cristiandad», incluyendo la de nuestro tiempo.

## 2. Vs. 1–11: QUEJA SOBRE LA MALDICIÓN DEL PACTO DEL SEÑOR.

Versículo 1:

*«¿Por qué, oh Dios, nos has desechado para siempre?*[6]
*¿Por qué se ha encendido tu furor*
*contra las ovejas de tu prado?»*[7].

En este primer versículo, ya sale a relucir lo que un auténtico poema didáctico como el Salmo 74, es: Una poesía llena de perspicacia por medio de la luz de la Palabra. Pero entonces debemos conocer el espíritu del tiempo en que el salmista habló y contra el que se movilizó. Un espíritu de ceguera y desvergüenza bajo la mano castigadora de Dios. Más abajo reproduciremos un cierto número de pasajes bíblicos de los libros Isaías y Jeremías, que naturalmente serán bien entendidos si se leen en su contexto; aunque, desligados de éste, también pueden dar una impresión del espíritu del tiempo contra el que se dirige el Salmo 74.

El SEÑOR ya había corregido duramente a su pueblo a lo largo de unos cien años; primero, mediante las invasiones asirias, y recientemente con la deportación babilónica. Esto no obstante, la mayoría de los judíos no habían tenido en cuenta la mano

de Dios en aquellos acontecimientos. La masa sólo veía «desarrollos políticos»; y un holgado centenar de años antes de la destrucción de Jerusalén, Isaías ya había intentado en vano, durante el dominio mundial asirio, arrancar a la iglesia judía su venda. Sin embargo, el profeta debía quejarse: «... y no miran la obra de Jehová, ni consideran la obra de sus manos», 5: 12. «Pero el pueblo no se convirtió al que lo castigaba, ni buscó a Jehová de los ejércitos», 9: 13. «...Y no tuvisteis respeto al que lo hizo, ni mirasteis de lejos al que lo labró. Por tanto, el Señor, Jehová de los ejércitos, llamó en este día a llanto y a endechas, a raparse el cabello y a vestir cilicio; y he aquí gozo y alegría...», 22: 11–13. «Jehová, tu mano está alzada, pero ellos no ven», 26: 10. Así es como Isaías había profetizado en Judá, unos cien años antes del Salmo 74.

Y hacía realmente poco, en los años anteriores a las invasiones de los babilonios y la destrucción de Jerusalén y el templo, que Jeremías había profetizado realmente en el mismo espíritu que Isaías, bajo toda una generación igualmente desvergonzada. Aquí siguen algunas citas de sus profecías: «En vano ha azotado a vuestros hijos; no han recibido corrección. (–); sin embargo, en todas estas cosas dices: «Soy inocente». (–) He aquí yo entraré en juicio contigo, porque dijiste: «No he pecado», Jer. 2: 30a y 34b–35, cf. v. 19. «Por esta causa las aguas han sido detenidas, y faltó la lluvia tardía; y has tenido frente de ramera, y no quisiste tener vergüenza», Jer. 3: 3, cf. v. 13. «Los azotaste, y no les dolió; los consumiste, y no quisieron recibir corrección; endurecieron sus rostros más que la piedra, no quisieron convertirse» Jer. 5: 3. «¿Se han avergonzado de haber hecho abominación? Ciertamente no se han avergonzado, ni aun saben tener vergüenza, Jer. 6: 15, cf. 8: 12. «Y me volvieron la cerviz, y no el rostro; y cuando los enseñaba desde temprano y sin cesar, no escucharon para recibir corrección», Jer. 32: 33, cf. 36: 1–32. Incluso los pobres que no fueron deportados a Babel, se obstinaron en su actitud desvergonzada: «No se han humillado hasta el día de hoy, ni han tenido temor», Jer. 40: 10, cf. Ez. 3: 7, Mi. 6: 9, Hag. 2: 18.

Sólo un Remanente levantó sus ojos de los babilonios, tratados injustamente, y los dirigió a Dios que hizo uso de este poder mundial para castigar a su pueblo. A este Remanente per-

tenecían, además de hombres piadosos como Jeremías, su secretario Baruc, Daniel y sus amigos, Ezequiel y los autores de las Lamentaciones, y también el autor asafítico del Salmo 74. *El vio* en los desastres que habían alcanzado a Judá la ira abrasadora del SEÑOR.

Comenzó su poema diciendo, literalmente, esto: «¿Por qué *humea tu nariz...*?» ; con lo cual, Asaf se ajustó al lenguaje sagrado de Moisés y los profetas acerca de la nariz de Dios, Ex. 15: 8, Dt. 33: 10, 2 S. 22: 9 y 16 (= Sal. 18: 8 y 15), Is. 65: 5. David, en relación con la ira de Dios, en el Salmo 18, habló del «soplo del aliento de tu nariz», v. 14. Por tanto, no nos escandalicemos de semejantes palabras de la *revelación* de Dios mismo acerca de su rostro, manos, pies, nariz, arrepentimiento, tristeza, etc; y tampoco las corrijamos con ayuda del irrespetuoso y teológico término *antropomorfismo*. Como si estas palabras de Dios, en una reflexión «más profunda», no fueran propiamente *verdad*, pues entonces hacemos injusticia a las Sagradas Escrituras; porque no es extraño que no las comprendamos, Job 36: 26[8].

Asaf, como un buen vidente, vio profunda– y agudamente: el SEÑOR está *rugiente* sobre nosotros (esta palabra tal vez cubre muy bien la expresión hebrea de una nariz humeante, cf. 2 S. 22: 9); y como un auténtico humilde no caviló en sustraerse personalmente de su solidaridad con la culpa de Israel, o en dudar del *derecho* de Dios a airarse. La Cristiandad de nuestro siglo, alienada de Dios, no «acepta» cuando Dios viene a visitarla con su disciplina severa, como tampoco lo «aceptó» en los días de Isaías y Jeremías. Pero Asaf se humilló «bajo la poderosa mano de Dios», 1 Pe. 5: 6.

Tal «*por qué* se ha encendido tu furor», tampoco pregunta por la razón de la ira de Dios, pero es una expresión de la conturbación de Asaf. ¿Puede el Pastor de Israel causar eso permanentemente a las ovejas que él pastorea? Aquí escuchamos «conformidad de la fe» con el autor de las Lamentaciones, el cual, al mismo tiempo, confiesa: «Porque el Señor no desecha para siempre; antes se aflige, también se compadece según la multitud de sus misericordias; porque no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres», Lm. 3: 31–33, cf. Is. 8: 17. De ahí que el salmista, para *enternecer* al SEÑOR, le presenta: ¡Con todo, permanecen siendo tus ovejas,

SEÑOR! Otros salmos suplicantes asáficos intentan atraer la atención del SEÑOR con el mismo lenguaje enternecedor, cf. Sal. 77: 21, 79: 13, 80: 2.

Versículo 2:

*«Acuérdate de tu congregación,*
*la que adquiriste desde tiempos antiguos,*
*la que redimiste para hacerla*
*la tribu de tu herencia;*
*este monte de Sión, donde has habitado».*

¿Quería ahora el SEÑOR romper para siempre un vínculo de amor tan antiguo como el existente entre él e Israel? Con el fin de impedírselo, el salmista recuerda al SEÑOR los días «antiguos» (en hebreo: *kedem*). Con lo cual, las Sagradas Escrituras se refieren frecuentemente a la «más remota antigüedad», desde Abraham hasta la entrada en Canaán, cf. Sal. 44: 1 (de Salida a Entrada), Is. 51: 9–10 (Salida), Lm. 2: 17 (Horeb), Mi. 7: 20 (Abraham y Jacob).

En aquel tiempo, el SEÑOR había *creado*[9], primero, a Israel, como «Hacedor» de Israel, Sal. 100: 3, Is. 44: 2, 54: 5, Os. 8: 14. De dos personas ya incapaces para procrear, Abraham y Sara, había hecho aparecer el pueblo de Israel, He. 11: 11–12, «¿No es él tu padre que te creó?», Dt. 32: 6, cf. Ex. 15: 16. Israel, pues, puede ser llamado, con todo derecho, creación del SEÑOR.

Y cuando Faraón atentó contra la vida de Israel, el SEÑOR reclamó para sí los esclavos de Gosen[10]. A otros pueblos los entregó el SEÑOR a los ángeles, pero a Israel lo «reclamó» para sí mismo, Ex. 5: 1, 6: 5–6, Dt. 32: 8–9, Sal. 77: 15, 78: 35. Así Israel fue hecho «herencia» del SEÑOR, o su «tesoro» (en hebreo: *s$^{e}$gul lah* Ex. 19: 5; Dt. 7: 6, 14: 2, 26: 8).

Sí, ¿acaso el SEÑOR no había venido incluso a *habitar* con Israel, desde Horeb hasta David, en una Tienda, y desde David hasta el Salmo 74 en el Templo sobre el Monte Sión? ¡Con cuán estrechos lazos se había ligado Dios a Israel!

Y por eso mismo, ¡cuán grande obra había realizado Dios!

La «creación» de un «mundo» israelita.

La «fundamentación» de este mundo había tenido lugar en los días «antiguos» que el salmista recordó brevemente hace

un momento (véase en el índice de materias la expresión «fundamento del mundo»). Y la consumación de esa gran obra de Dios llegó cuando el SEÑOR vino a habitar con Israel en el templo de Salomón en el monte Sión. Con vistas a esto, David ya había hecho cantar a los asafitas en el traslado del arca a Jerusalén: «Firme está ahora el mundo (israelita), de manera que no se tambaleará» 1 Cr. 16: 30.

¿Ahora quería el SEÑOR *olvidar* toda y totalmente aquella gran obra? «*¡Acuérdate!*», clama el salmista al SEÑOR. ¡No, SEÑOR, no lo hagas! ¿Abandonar a Israel, tu propia *creación*? ¿Abandonar ahora tu antiguo *derecho* sobre Israel? ¿Entregar ahora para siempre tu *herencia* y tu propio tesoro? ¿Quieres, pues, abandonar tu antiguo plan de *habitar* entre tu pueblo? ¿Abandonar y olvidar ahora para siempre tu Israel, ya elegido en Abraham antes de la «fundación del mundo», antes de «Horeb»?

Ya desde el principio de este poema didáctico podemos aprender qué le debemos recordar a nuestro Padre celestial en tiempos de juicio sobre la iglesia: sus *históricos* hechos de salvación, especialmente sus salvaciones fundamentales del Evangelio en la antigua Europa pagana. Este es el fundamento en que se apoyan todas las siguientes salvaciones, 1 Pe. 2: 9–10, Ef. 5: 8. Esta obra del Espíritu Santo significa para nosotros un poderoso fundamento de defensa cuando queremos hacer ruegos y súplicas «por todas las necesidades de la Cristiandad».

Versículo 3:

*«Dirige tus pasos a los asolamientos eternos*[11]*,*
*a todo el mal que el enemigo ha hecho en*
*el santuario».*

¿Tenía el SEÑOR nuevamente ante su atención su gran obra de los tiempos «antiguos»? Entonces, debía volver enseguida a mirar por ella. De prisa, porque el poeta dice: «Dirige (: guía, levanta) tus pasos». Alguien que corre o anda de prisa, levanta sus pies más alto que alguien que deambula o pasea.

¿Y qué encontró más grave nuestro asafita? ¿La muerte temprana de muchos niños y lactantes en Jerusalén? ¿Las otras

miserias que el asedio había traído consigo a la población de Jerusalén? ¿Que fueran asoladas tantas hermosas casas, o que al rey Sedequías le fueran sacados los ojos? ¿La deportación a Babilonia? –No; todo eso se hundió en la nada ante su dolor por causa de la destrucción de *la casa de Dios*. «El enemigo ha destruido todo en el santuario».

En los versículos siguientes evoca las terribles escenas que se habían sucedido en la destrucción del templo. ¿Para quien lo hace? ¿Para aquellos que no lo habían contemplado? ¿Para su hermandad judía? –No; ¡para el *SEÑOR*! ¿Sabía el *SEÑOR* realmente cuán mal habían tratado su casa los babilonios? Pues, nuestro salmista se lo recordaría en un momento:

Versículos 4 al 8:

*«Tus enemigos vociferan en medio de tus asambleas;*
*han puesto sus divisas por señales.*
*Se parecen a los que levantan el hacha*
*en medio de tupido bosque.*
*Y ahora con hachas y martillos*
*han quebrantado todas sus entalladuras*[12]
*Han puesto fuego tu santuario,*
*han profanado el tabernáculo de tu nombre*[13]*,*
*echándolo a tierra.*
*Dijeron en su corazón: Destruyámoslos de una vez;*
*han quemado todas las sinagogas*
*de Dios en la tierra».*

¿Había contemplado el SEÑOR aquella profanación? ¿Había oído a los soldados rugir como fieras en el santo atrio donde los hijos de Asaf habían cantado las alabanzas de Dios? ¿Había visto cómo los paganos se habían comportado en el templo? Los admirables pilares de cobre de Jaquín y Boaz (1 R. 7: 21) con sus artísticos capiteles, sus trenzados de cobre con noventa y seis granadas (Jer. 52: 23) los habían hecho trozos como leñadores en un bosque; y habían robado los valiosos utensilios grandes y pequeños de la casa de Dios: el mar de cobre, los soportes, las patas, fuentes, palas, cuchillos, calentadores y todo lo que era de oro o plata. Y entonces llegó lo más grave... Entonces prendieron fuego a la Casa de Dios... El fuego rojo sobre el monte Sión anunció en todas

partes del país judío, que el templo del SEÑOR era destruido totalmente por el fuego. ¿Lo habría observado el salmista con sus propios ojos? Al menos su descripción se parece mucho al informe de un testigo ocular.

Pero, ¿acaso el SEÑOR no había dado a conocer con anterioridad por sus profetas, que él, como el Santo, no permanecería habitando bajo su pueblo impío? ¿Acaso Ezequiel no había contemplado ya en una visión la marcha del SEÑOR del templo? En una especie de «carroza real» había visto marchar del templo la «gloria de Jehová». Verdad es que vacilante, porque también para Dios mismo era un hecho conmovedor; pero, finalmente, el SEÑOR se marchó, Ez. 10: 18ss.

Sin embargo, frente a eso el salmista coloca ahora esto: –Pero, ¿y entonces tu *Nombre*? ¿No era tu santuario «*el tabernáculo* de tu *Nombre*»? ¿Acaso estas ruinas son la casa «de la cual has dicho: Mi nombre estará allí»?, 1 R. 8: 29. En los vs. 10, 18 y 21–22, nuevamente hecha mano de este argumento.

Pero ¿no estamos nosotros mismos frente a enemigos destructores de todo? ¿O no son el racionalismo y el neognosticismo *enemigos* del pueblo de Dios? ¿No rugen éstos, junto con el humanismo y la crítica a las Sagradas Escrituras «sobre la herencia del Pacto», como gritaron antaño los paganos en el templo? Estas tendencias espirituales, como poderosos enemigos ¿no hacen añicos la fe de muchos? ¿No ha levantado el evolucionismo sus banderas como señales de victoria en nuestros colegios cristianos? Minando la Palabra de la Verdad, y degradándonos de hijos de Dios a briznas de paja en la ahora ya antigua corriente de miles de millones de años de la «evolución», a pigmeos asustados en un cosmos enemigo lleno de fuerzas de la naturaleza. Los babilonios robaron los santos enseres del templo, incendiaron la Casa de Dios y llevaron a la Iglesia judía a la cautividad. ¿Qué otra cosa hacen realmente los mencionados enemigos modernos? Estos nos hurtan la santa Palabra de Dios, asimismo derriban la Casa de Dios (ésta es ahora la Iglesia de Cristo) y también conducen a muchos del pueblo de Dios al cautiverio del nihilismo que ya ha llevado a tantísimos a desesperación.

¿No debemos ver en todo esto, primeramente, la *ira* de Dios, como Asaf y los autores de Lamentaciones lo vieron detrás

de informaciones sobre Judá? ¿Rompe, a veces, Dios mismo los muros de su viña, de manera que toda clase de ídolos y falsas doctrinas pudieron penetrar en las iglesias europeas? Cf. Sal. 80: 12–13, cf. Los Salmos I, 14, 2. Vs. 1–19, 357ss. Pero, entonces, los intercesores pueden tomar prestado de este poema didáctico de Asaf osadía y denuedo con el fin de, igual que él, invocar a nuestro Padre celestial al respecto: –»¿Ves lo que el enemigo ha destrozado en tu Casa (= las iglesias cristianas)?»

Versículo 9:

*«No vemos ya nuestras señales;*
*no hay más profeta,*
*ni entre nosotros hay quien sepa hasta cuándo».*

También en esto probó nuestro asafita la ira de Dios. Ahora bien, el SEÑOR, por medio de Moisés, había prometido así de generosamente: Si Israel no buscare revelación divina en magos, adivinos y espiritistas, yo le procuraré regularmente nuevos profetas fieles, Dt. 18: 16–18. Pero, ¿qué hizo Israel? A pesar de esta promesa Divina, buscó su apoyo y consuelo en adivinos «agudos» y espíritus «susurrantes», Is. 8: 19. Asaf, en tiempos del Salmo 74, también había conocido artistas de nigromancia y pronosticadores del futuro entre los judíos. El rey Manasés les había introducido, 2 Cr. 33: 6.

Entonces llegó el SEÑOR con su castigo o juicio de escasez de la Palabra, cf. 1 S. 3: 1. Ezequiel había anunciado el desastre: «... y buscarán respuesta del profeta, mas la ley se alejará del sacerdote, y de los ancianos el consejo», 7: 26. Cuando Asaf compone su Salmo 74, este desastre ya se había cumplido plenamente: En Jerusalén, «su rey y sus príncipes están entre las naciones donde no hay ley; sus profetas tampoco hallaron visión de Jehová», Lm. 2: 9. También habían concluido las profecías de Jeremías.

¿Que acaso las profecías de Ezequiel y Jeremías no eran conocidas? ¿Pero Jeremías no había consignado por escrito y públicamente su obra? Jer. 36. Y aun así, había anunciado, que, después de 70 años, llegaría el fin al dominio de Babel, cf. Jer. 25: 11–12, 27: 7, 29: 10, Dn. 9: 2, 2 Cr. 36: 21. Efectivamente, pero al castigo o juicio de su siglo también pertenecía, que el pueblo de Dios oyó a sus profetas,

pero no entendió, Is. 6: 10. La profecía había despertado en muchos ceguera y endurecimiento, de modo que Asaf tradujo o interpretó el pensamiento de la masa: «nadie sabe hasta cuándo». Aunque sí lo supieran los discípulos de Jeremías; ¡pero cuán pocos habían sido éstos!

La situación de la iglesia judía era realmente lastimosa: Asaf no veía más profetas ni «señales». Por esto se entiende, la mayoría de las veces, las «señales» de la actuación misericordiosa del SEÑOR en Israel: el templo del SEÑOR, sus altares, su Sábado[14], sus sacerdotes y profetas. O se debe traducir: «no vemos señales para vosotros», y con ello pensamos en señales milagrosas del SEÑOR. En ese caso, el salmista se lamentaría no sólo de la carencia de profecía, sino también de la penosa falta de señales (milagrosas) de felices intervenciones del SEÑOR, como Israel pudo recibir antaño tan frecuentemente en tiempos de angustia[15]. Una explicación que encaja bien en el v. 11: «¿Por qué retraes tu mano? ¿Por qué escondes tu diestra de tu seno»?

Actualmente, la Biblia es, según se dice, el Libro más difundido del mundo; pero, ¿también es *entendida* la Palabra de Dios? Tener la Biblia es algo distinto a comprenderla. ¿Y se habla y se vive en la iglesia cerca de la Palabra? ¿O se desenfrena el pueblo en todas partes, porque no hay más profecía? Pr. 29: 18–19.

Versículo 10:

*«Hasta cuándo, oh Dios, nos afrentará el angustiador?*
*¿Ha de blasfemar el enemigo perpetuamente tu nombre?*

El poeta–autor debe haber sabido cuán sensible es el SEÑOR a su Nombre. Ahora que en Israel no había más justicia para mover al SEÑOR a intervenir, el salmista se refugió en este último fundamento o recurso de proceso, y asimismo una de las armas más fuertes del arsenal de la oración: «Pero, ¿y entonces tu Nombre, SEÑOR Yahweh?» Y bajo este Nombre, las Sagradas Escrituras entienden: la *Fama* de Dios, la *Reputación* que el SEÑOR, a lo largo de los siglos, había desarrollado mediante sus grandes hechos de gracia y justicia. El nombre de Dios, es decir: el Poder de Dios y la Fama del mismo, sus grandes hechos y la Reputación de los mismos, su Recuerdo (la forma en que se habla del SEÑOR, cf. índice de materias).

Téngase presente, que el salmista siempre se dirige a Dios. Debía, pues, decirse de Él en la Biblia: «El famoso Dios de Israel ¿ya no es el mismo de antaño? ¡No pudo contra nuestro dios Marduc!» ¡Qué enorme afrenta pondría esto en la excelente Fama del SEÑOR! ¿Hasta cuándo debía durar esto?

¡Un argumento principal cuando quieras abogar por «Sión»!

Daniel también oró así: «Ahora pues, Dios nuestro, oye la oración de tu siervo... y haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario asolado, *por amor del SEÑOR*. Inclina, oh Dios mío, tu oído, y oye; abre tus ojos, y mira nuestras desolaciones, y la ciudad sobre la cual es invocado *tu nombre...*», Dn. 9: 17–18. Y este argumento remachó el clavo del SEÑOR para «levantarse» en favor de su pueblo, y salvarle del destierro babilónico. Con todo, Ezequiel debió llamar la atención expresamente a Israel: «No lo hago por vosotros, oh casa de Israel, sino *por causa de mi santo nombre,* el cual profanasteis vosotros entre las naciones... y santificaré *mi grande nombre*; ...», Ez. 36: 22–23.

Así escuchó el SEÑOR también el Salmo 74: 10.

Versículo 11:

*«¿Por qué retraes tu mano, incluso tu mano derecha?*
*Sácala de tu seno, y destrúye(les)»,*[16]
(Versión nueva, Sociedad Bíblica Neerlandesa).

Pues, antaño, con esa su mano diestra, Dios había realizado «poderosos hechos de salvación» (Sal. 20: 6). Con esa mano había conducido a Israel de Egipto a Canaán, y allí les había dado muchas victorias, Sal. 44: 3, 60: 5, 78: 54, 80: 15. Acerca de esto se había cantado en Israel: «... La diestra de Jehová hace proezas. La diestra de Jehová es sublime. La diestra de Jehová hace valentías, Sal. 118: 15b–16. ¿Por qué esa mano diestra no hacía ahora nada más? Por eso pudieron ocurrir en Israel aquellos grandes desastres. De ahí la oración del salmista: «¡Sácala de tu seno, y destruye (a esos blasfemos de tu Nombre)!»

Esta oración (= petición) nos suena a los oídos probablemente más solemne de lo que el poeta la ha entendido. Tú debes saber, que, en el ropaje oriental, la parte colgante –aquí llamada «seno»– sobre el cinturón o ceñidor hacía el mismo servicio que los bolsillos en nuestras prendas de vestir. Suele ocu-

rrir, que hombres en paro se encuentren con sus manos en los bolsillos de sus pantalones contemplando cualquier cosa; pues esto mismo habrían hecho hombres israelitas introduciendo las «manos en su seno». Por consiguiente, en el lenguaje actual, el poeta nos ha querido decir: «SEÑOR, no estés tan parado mirando con tus manos en tus bolsillos, sino haz ahora finalmente algo, y destruye a esos enemigos injuriosos».

Una queja para la que también tenemos todas las razones: «SEÑOR Dios, si todo discurre así, a la larga no quedará nada de tu obra entre los grandes pueblos de misión de Occidente. ¡No nos retires tu Palabra y Espíritu!»

¡Qué distinto lenguaje atrevido se decidió a usar este asafita frente al SEÑOR! Pero en ello no hizo excepción alguna. Moisés se atrevió a preguntar al Todopoderoso: «Señor, ¿por qué afliges a este pueblo?», Ex. 5: 22. En Isaías 63 leemos este lenguaje igualmente atrevido: «Mira desde el cielo, y contempla desde tu santa y gloriosa morada. ¿Dónde está tu celo, y tu poder, la conmoción de tus entrañas y tus piedades para conmigo? ¿Se han estrechado?... ¿Por qué, oh Jehová, nos *has hecho* errar de tus caminos, y endureciste nuestro corazón a tu temor?», vs. 15–17. El autor del Salmo 83 se atrevió a decir al SEÑOR: «¡Oh Dios, no guardes silencio!» Y el del Salmo 10, expresó: «¿Por qué estás lejos, oh Jehová, y te escondes en el tiempo de la tribulación?» Y el del Salmo 13: «¿Hasta cuándo, Jehová? ¿Me olvidarás para siempre?» Y el del Salmo 44: 12 y 23-24 «Has vendido a tu pueblo de balde;... despierta; ¿por qué duermes, Señor? Despierta, no te alejes para siempre. ¿Por qué escondes tu rostro, y te olvidas de nuestra aflicción, y de la opresión nuestra?»

Según criterios tradicionalmente religiosos, allí no sonó más un lenguaje atrevido, sino impertinente frente a Dios. Pero Él también ha dejado tomar en su Palabra esa atrevida expresión del Salmo 74: «Saca tu mano de tu seno (= bolsillo)», para que en ello tomemos un ejemplo.

## 3. Vs. 12–17: RECUERDO A LOS ANTECEDENTES DE LA ALIANZA.

El Asaf del Salmo 74 era un correligionario de los poetas

de las Lamentaciones. En la parte primera de su Salmo (vs. 1–11) oímos el tono de Lamentaciones 2: 11 y 20: «Mis ojos desfallecieron de lágrimas, se conmovieron mis entrañas, mi hígado se derramó por tierra a causa del quebrantamiento de la hija de mi pueblo (–). ¡Mira, oh Jehová, y considera a quién has hecho así!» Pero suplicará al SEÑOR, que se levante en pro de su pueblo por amor de su Nombre, Sal. 74: 22. Esta es la parte tercera del salmo (vs. 18–23). Sin embargo, antes que eleve sus súplicas, pone en la parte segunda (vs. 12–17) los fundamentos de su alegato o defensa. En esta parte central, sus pensamientos van nuevamente hacia los «tiempos antiguos» (cf. v. 2) y hacia los milagros que el SEÑOR hizo entonces para Israel. ¿Acaso desde entonces se ha encogido su brazo? Así se consuela a sí mismo en su impotencia con la omnipotencia de Dios.

Al mismo tiempo, ¡esta segunda parte forma una valiente *confesión de fe*!

Por Jeremías 44 sabemos que muchos contemporáneos del salmista se reprochaban a sí mismos después de la catástrofe del año 586 a. C.: –¡Si no hubiéramos suprimido el culto a la reina de los cielos! «Entonces todos los que sabían que sus mujeres habían ofrecido a dioses ajenos, y todas las mujeres que estaban presentes..., respondieron a Jeremías diciendo: La palabra que nos has hablado en nombre de Jehová, no la oiremos de ti; sino que ciertamente pondremos por obra toda palabra que ha salido de nuestra boca, para ofrecer incienso a la reina del cielo (–). Mas, desde que dejamos de ofrecer incienso a la reina del cielo y derramarle libaciones, nos falta todo, y a espada y de hambre somos consumidos...», Jer. 44: 15–19. Estos judíos aún no se habían humillado ante Dios, ni incluso después de la destrucción de Jerusalén, Jer. 44: 10. Contra ese soberbio espíritu de oposición (cf. Jer. 40: 7–43:7) nuestro asafita confesó en el Salmo 74:» Pero Dios es mi Rey desde tiempo antiguo». Esto, leído frente al trasfondo de Jer. 40–44, suena, en esta parte central del Salmo 74, incluso a un lenguaje que hace profesión de fe (= profesante), diametralmente en contra del espíritu del siglo. Nada extraño, pues, que alguien escribiera: «Si este salmo estuviera sin epígrafe, y no se mencionara el nombre de su autor, Asaf, nosotros no atribuiríamos este himno a ningún otro que a Jeremías»[17].

De hecho, Asaf combate el mismo espíritu del tiempo en la iglesia de entonces como contra el que Jeremías y Ezequiel tropezaron de por vida.

Versículo 12:

*«Pero Dios es mi rey desde tiempo antiguo;*
*el que obra salvación en medio de la tierra».*

Este versículo tiene algo de un epígrafe en el que, al mismo tiempo, suena el tema de la parte central del salmo. ¿Querían algunos judíos volver a ofrecer sacrificios a «la reina de los cielos»? Jer. 44. ¿Miraban otros, abatida– y ciegamente, el poder de Nabucodonosor que había destruido a Jerusalén, y deportado a todo Judá? ¿Había quienes nuevamente esperaban aún en Faraón de Egipto? Jer. 41: 16–43: 13, 44: 26–30. Nuestro salmista confiesa aquí a *Dios* como «mi Rey». Esto no deberemos leerlo como una expresión estrictamente personal; aquí, el poeta se habrá hecho intérprete de todo el Remanente creyente de Judá que aún reconocía al SEÑOR como el Gran Rey de Israel, y como portavoz de todos estos hermanos y hermanas que han hablado de «*mi* Rey».

Este modo de hablar lo encontramos, entre otros muchos lugares, también en Lamentaciones 1, que probablemente date, poco más o menos, del mismo tiempo que el Salmo 74. Este poeta se identifica con Jerusalén a través de los siglos, y entonces habla en nombre de esa ciudad como grandeza histórica con el pronombre personal «yo», cf. Lm. 1: 12–22. Aún volveremos a este modo de hablar, con el que alguien se hace intérprete de todo un pueblo, en el capítulo siguiente, con ocasión de la petición del Salmo 79: «No recuerdes contra nosotros las iniquidades de nuestros antepasados...» (v. 8).

Por tanto, ¿qué confiesa del Gran Rey de Israel nuestro salmista, contrariamente a lo que se dice de los grandes reyes de su tiempo, como Nabucodonosor y los Faraones? En primer lugar, que el SEÑOR era el Gran Rey de Israel, y esto desde hacía mucho tiempo. Y, en segundo lugar, que el SEÑOR ya había realizado muchísimas liberaciones. ¡El salmista presentó esto a Dios mismo! Y ahora se dispone a sentar el fundamento a su alegato en los vs. 18–23; y sientes y comprendes su inexpresado pensamiento: ¿quería el SEÑOR actualmente volver en plan liberador entre ambos? Es decir, ¿entre Él y su pueblo?

Lo mismo que el v. 2, los pensamientos del salmista vuelven a los días «de antiguo» (*kedem*), la «mas remota antigüedad», después de la cual el SEÑOR había creado a Israel como pueblo (v. 2), y en la cual Él, mediante el establecimiento del pacto de Horeb, se había proclamado a sí mismo Gran Rey de Israel, y a Israel su vasallo. ¡Cuántas veces no se había cantado del SEÑOR este hacerse rey de Israel!, Dt. 33: 2, Jue. 5: 4–5, Sal. 68: 7–8, Hab. 3: 3. Sin embargo, fue en Horeb donde el SEÑOR no sólo había santificado a Israel como su reino, sino que también lo colocó bajo su protección real, Ex. 19: 5–6. Como un auténtico Gran Príncipe, el SEÑOR –lo mismo que los grandes príncipes eran normalmente– se hizo cargo de la protección de su vasallo como una obligación o *compromiso de pacto:* «Jehová derrotará a tus enemigos que se levantaren contra ti», Dt. 28: 7. Si Israel permanecía fiel, el SEÑOR debía ayudar en razón de su promesa. Los vasallos políticos, en casos de necesidad, podían enviar correos de urgencia a su gran príncipe. Israel, mediante las oraciones y súplicas, debía recordar al SEÑOR su promesa de ayuda. El Salmo 44 es un ejemplo muy bonito de un Israel fiel que en una situación de necesidad, recurre a la obligación de protección del SEÑOR como Gran Rey[18].

Pero, en el tiempo del Salmo 74, Israel se encontraba, precisamente por causa de su *infidelidad*, en el destierro. ¿Abogó, por eso, el salmista algo «al azar», ante el SEÑOR? ¿O es su salmo un ejemplo de esperar en «la vuelta al camino de Dios», acerca de lo cual ya había hablado el SEÑOR por medio de Moisés en Lv. 26: 40–42? Y, aun cuando el SEÑOR debería visitar la injusticia de Israel con el castigo máximo, a saber, el destierro, entonces prometió al pueblo no hacerle desaparecer totalmente de la superficie de la tierra. Si se convirtiera y humillara un Remanente, el SEÑOR se acordaría de su pacto con Abraham: «... entonces yo me acordaré de mi pacto con Jacob, y asimismo de mi pacto con Isaac, y también de mi pacto con *Abraham* me acordaré...», Lv. 26: 40–42. Fíjate en este orden invertido: de atrás hacia adelante. De ahí que nosotros habláramos de «volver al camino de Dios». Vuelta del castigo a causa de la ruptura del pacto de Horeb, hacia el recuerdo del pacto de Abraham que subyacía bajo aquel.

Ahora bien, ¿acaso había un Remanente que se convirtió

y humilló? Nuestro salmo es una prueba elocuente de ello; y además de este asafita, aún había más de los que «lloran por Sión». Recuerda humildes tales como los autores de Lamentaciones, Jeremías, Baruc, Daniel y sus amigos, Ezequiel, los autores de los Salmos 79 y 102. Por consiguiente, ¡el SEÑOR podría andar su «camino de vuelta», según Lv. 26: 40–42!

¡Cuán *en forma* de pacto presenta nuestro asafita su llamada al Gran Príncipe de Israel! En el v. 2, había hecho oír ya un corto recuerdo al *contrato histórico*. Por este acuerdo del pacto se había convertido en Gran Príncipe de Israel. ¿Por qué, pues, no lo demuestra ahora frente a los invasores babilonios? Antaño vino con toda clase de victorias brillantes. En el v. 20, el salmista clamará al Gran Príncipe: «Mira al pacto».

Sobre este tema del v. 12 seguirá el salmista bordando en los vs. 13 al 17. Los ejemplos que en ellos da del poder liberador del SEÑOR datan todos de los días «de antiguo» (*kedem*, cf. v. 2). Primero, la liberación de Egipto; después, los milagros en la marcha por el desierto. Cuán formidables liberaciones había derramado entonces el SEÑOR, como Gran Príncipe de Israel, a su vasallo, de manera que, cuarenta años más tarde, aún se hablara de ellos en la posada de Rahab en Jericó, Jos. 2: 10–11. El SEÑOR se encargó de proporcionar una noticia mundial: «En medio de la tierra» ha liberado a su pueblo.

El poeta se dispone ahora a presentar al SEÑOR estos antiguos hechos poderosos.

Versículos 13 y 14:

*«Dividiste el mar con tu poder;*
*quebrantaste cabezas de monstruos en las aguas.*
*Magullaste las cabezas del leviatán,*
*y lo diste por comida a los moradores del desierto».*

El salmista aquí habla de manera poética acerca del paso de Israel por el Mar Rojo. Adorna su lenguaje, poniendo en escena un par de monstruos de los relatos de dioses semíticos. Según estos mitos, los dioses, en la formación del mundo –estos paganos ignoraban la obra de la creación– deben presentar batallas terribles con monstruos prehistóricos: serpientes enormes

y dragones de muchas cabezas que eran conocidos como *Leviatán*, *Rahab* y *Tannín*. En lo cual aún reconocemos algunos restos de verdad enormemente mutilados; fragmentos de la revelación de la obra de Dios en el día tercero: la separación de mares y tierra.

Sin embargo, a estos monstruos legendarios también se les menciona en diversos lugares de las Sagradas Escrituras: Job 3: 8, 9: 13, 26:12, 40: 20; Sal. 74: 14, 87: 4, 89: 10, 104: 26; Is. 27: 1, 30: 7, 51: 9. Como es natural, los autores de estos pasajes bíblicos no atribuyen fe alguna a la existencia de estos monstruos. Les usan únicamente como ornamentos poéticos; cápsulas vacías que habían perdido totalmente su contenido original pagano. Pero, ¿acaso nuestro idioma no conoce también muchos ejemplos al respecto? Cuando hablamos de una obra «gigantesca», o de una lucha «titánica», tampoco confesamos con ello nuestra fe en los Gigantes y Titanes, figuras de la mitología griega. ¿Quién piensa aún en una pleamar primitiva enemiga de Dios cuando usa la palabra «caos», y quién cree aún en el dios de la guerra, Marte, cuando menciona el mes de Marzo? Así los poetas israelitas usaron los nombres *Rahab* y *Leviatán* como ornamentos poéticos para engrandecer (cantando) la gloria del SEÑOR.

Y lo hicieron también a su manera propia y libre.

Cierto; a veces traen a colación estos nombres cuando hablan de la obra de la creación de Dios, Job 9: 13, 26: 12. Pero, más frecuentemente, estos nombres surgen cuando se trata de determinados *poderes mundiales*. Así, en Is. 27: 1, los «Tres Grandes» de aquel tiempo son comparados con los mencionados monstruos legendarios. «En aquel día Jehová castigará con su espada dura, grande y fuerte al *leviatán* serpiente veloz (= Asiria, que estaba ubicada junto al veloz como una flecha, Tigris), y al *leviatán* serpiente tortuosa (= Babel, que estaba ubicada en torno al sinuoso Eufrates); y matará al *dragón* que está en el mar (= Egipto)». También en otros lugares, Egipto es designado como *Tannin*, cf. Is. 27: 13a, Ez. 29: 3–5, 32: 2. *Tannin* es la palabra hebrea para dragón, y leviatán (*liwjathan*) para cocodrilo. Quizá se ha llamado a Egipto «*Tannin*», porque el río Nilo, desde antiguo, estaba lleno de cocodrilos. Este animal «santo» con su aspecto fantástico, su voracidad y audacia, hablaba poderosamente a

la imaginación del antiguo oriental, cf. Job 41. Este animal puede crecer hasta seis metros, y en su colosal boca se encuentran no menos de setenta dientes. Así pues, el Egipto imperialista se había comportado a lo largo de los siglos con los pueblos de Canaán frecuentemente como un auténtico *Tannin*, un monstruo rapaz. Otros textos bíblicos designan a Egipto como *Rahab*, Sal. 87: 4, Is. 30: 7, 51: 9. Por consiguiente, como aún se habla del *águila* alemana y del *león* holandés y del *oso* ruso, en el mundo de la Biblia se hablaba del *cocodrilo* (*leviatán*) babilonio y del *dragón* (*tannin*) egipcio. Aunque no existió, como aprendimos en Is. 27:1, ningún consecuente uso de la lengua. Se habla igualmente del «*leviatán*» asirio que del «*leviatán*» babilonio. Así como también los neerlandeses conocen, además del león holandés, el león flamenco. Asimismo el libro Daniel compara poderes del mundo a «bestias», Dn. 7, cf. Ap. 13.

Ahora volveremos al Salmo 74.

El salmista ora desde una situación poco menos que desesperada para Judá que es avasallado por el «leviatán» babilónico, Is. 27: 1. En el mismo en que Asaf cantó el Salmo 74, Jeremías se lamentaba: «Me devoró, me desmenuzó Nabucodonosor, rey de Babilonia..., y me tragó como dragón (en hebreo: como un Tannin, la misma palabra que en el Salmo 74: 13b), llenó su vientre de mis delicadezas, y me echó fuera...» Jer. 51: 34. La suerte de Judá parecía estar sellada para siempre.

En esta situación desesperada, el salmista ha buscado una angustia análoga en el pasado de Israel para mover al SEÑOR a una liberación proporcionada. Para ello se tuvo en cuenta un solo hecho: la liberación de la opresión mortal del «*Tannin*» egipcio o «*Leviatán*» que quería tragarse a Israel. ¡Cómo había machacado el SEÑOR estas cabezas de dragones egipcios en pro de Israel cuando cortó el Mar Rojo para su pueblo! Pero, cuando Faraón con su ejército pasó por el seco fondo del Mar, el SEÑOR había destrozado las cabezas de ese «monstruo», y machacado a este *Leviatán*. Buitres carroñeros, chacales y perros habían dado buena cuenta de Faraón y los suyos, así como de los cadáveres del ejército egipcio arrojados sobre la playa, y se los comieron hasta los huesos. En la playa del Mar Rojo habrá ocurrido igual que más tarde con

Jezabel, de quien «no hallaron más que la calavera, y los pies, y las palmas de las manos», 2 R. 9: 35. Así demostró entonces el SEÑOR su supremacía sobre el «Leviatán» egipcio. ¡Si Él quisiera hacerlo ahora, una vez más, frente al hidrópico sanguinario «*Leviatán*» babilonio!

«¿Por qué escondes tu mano?», v. 11.

Versículo 15:

*«Abriste la fuente y el río;*
*secaste ríos impetuosos».*

También en el desierto salvó el SEÑOR a Israel de muchas angustias. Cuando temía morir de sed, Dios hizo brotar agua de la roca, Ex. 17: 5–6, cf. Nm. 20: 11, Sal. 78: 15–16, 105: 41; Is. 48: 21; y cuando más tarde las corrientes impetuosas del Jordán parecían obstruir la entrada en Canaán, el SEÑOR hizo secarse al río algún tiempo, v. 15; lo cual, como es natural, no significó trabajo alguno al Creador de sol y luna, verano e invierno, día y noche. ¿Cómo sería demasiado milagroso para Aquel que ha determinado la medida y el límite de la tierra?

Versículos 16 y 17:

*«Tuyo es el día, tuya también la noche;*
*tú estableciste la luna y el sol.*
*Tú fijaste todos los términos de la tierra;*
*el verano y el invierno tú los formaste».*

¿También aquí pensaría aun el salmista en la liberación que Dios dio a Josué?, Jos. 3. Si es necesario, Dios puede incluso «parar» el sol con el fin de salvar a su pueblo, Jos. 10.

Y Asaf sabía: ¡Así de poderoso es siempre el SEÑOR!

Él *puede* salvarnos de las garras del «*Leviatán*» babilonio, pues es, a fin de cuentas, el Creador de los confines de la tierra, cf. Is. 40: 12–31.

En esta tercera parte de su salmo, el autor del mismo se ha dirigido al SEÑOR con gran énfasis. Siete veces ha usado la palabra «TÚ» (*'attah*). TÚ, Gran Rey de Israel, TÚ eres quien... Por consiguiente, el acento no recae en los hechos milagrosos, sino en «TÚ». El milagro más grande no fue lo «milagroso» que el salmista evocaba, sino la milagrosa misericordia y benevolencia del Rey de Israel.

*¡Alega especialmente el Prólogo de la Obra de Dios!*

También en esta parte central, el Salmo 74 era un auténtico poema didáctico.

De esto podemos aprender, cómo debemos orar por todas las necesidades de la Cristiandad (según ya hicimos notar). Una de las lecciones más principales del salmo está, pues, en la parte segunda (vs. 12–17): que alega especialmente los *hechos históricos salvíficos* de Dios, sobre todo los «fundamentales». Estos eran, bajo el Antiguo Pacto, los «tiempos antiguos»: la vocación de Abraham, la liberación de Egipto y el Pacto en Horeb con todo lo que ello comportaba. Y al presente, esos hechos «fundamentales» son la muerte y la ascensión de nuestro Señor Jesucristo a la diestra de Dios, así como nuestro llamado, como pueblos paganos, a la luz del Evangelio, Ef. 5: 8, 1 Pe. 2: 9–10. Insta, pues, a Dios al respecto: «¡Acuérdate de esto!», Sal. 74: 18.

Hoy día, quizá podemos ver la actuación de Satanás detrás de todos los desastres sobre la herencia del pacto de Dios, más fácilmente que como ocurría, pongamos por caso, bajo el Antiguo Testamento, Ef. 6: 11–12. Hay que hacer notar, que Satanás, en Ap. 12, es pintado como «un gran *dragón* escarlata que tenía siete cabezas y diez cuernos», el cual «se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz», es decir, que se puso delante de la iglesia israelita, cuando ésta aún debía dar a luz al niño Jesús, Ap. 12: 3–4; y en el cap. 13, Juan vio aparecer la violencia anticristiana así como toda clase de falsas doctrinas destructoras de la iglesia bajo la imagen de *bestias*, monstruos de muchas cabezas, otra vez nuevos «leviatanes» y «tannines».

El apóstol Pablo, con vistas a estos monstruos satánicos, instó a los efesios: «...*orando* en todo tiempo con toda oración y súplica...», Ef. 6: 18. El Salmo 74 puede enseñarnos cómo la iglesia de Cristo puede apelar a su Gran Príncipe a cumplir su contractual obligación de protección. Pues, leemos: «(TÚ) dividiste...»; «(TÚ) magullaste...; y (TÚ) lo diste...» «(TÚ) abriste la fuente del río; (TÚ) secaste... TÚ estableciste... TÚ fijaste...» (vs. 13–17). Recuérdale, pues, lo primero: los *antecedentes* del Pacto con su pueblo.

## 4. Vs. 18–23: SÚPLICA AL GRAN PRíNCIPE, YAHWEH, PIDIENDO SU INTERVENCIÓN.

*Apenas una breve repetición.*

En la parte primera (vs. 1–11), el salmista ha pintado la maldición del pacto de Dios, según el Gran Rey de Israel la había descargado en su día sobre su infiel vasallo, Judá.

En la parte segunda (vs. 12–17), recuerda al SEÑOR el prólogo histórico: la prehistoria del pacto entre el SEÑOR e Israel. Asimismo indicando al SEÑOR, que entonces había cumplido su obligación de protección señorial de forma magnífica para con su vasallo Israel.

En la parte tercera (vs. 18–23), leeremos su propia defensa. Apoyándose en el «prólogo histórico» del pacto, el castigado infiel vasallo Judá, suplica al SEÑOR, por boca de Asaf, su intervención de grandeza real, especialmente por amor de su propio Nombre.

Versículo 18.

*«Acuérdate de esto: que el enemigo*
*ha afrentado a Jehová,*
*y pueblo insensato ha blasfemado tu nombre».*

Bajo el Nombre del SEÑOR, debemos entender también aquí, su *fama*, su *reputación*, el renombre que emanó de Él en la iglesia y en el mundo. La destrucción de la ciudad, del templo y la deportación de Judá a Babilonia eran para el SEÑOR ciertamente hechos odiosos que arrojaron afrenta sobre su gran Nombre. Según el conocimiento pagano, Él no había podido proteger a su ciudad y a su templo contra los babilonios y sus dioses. Además, su Nombre fue despreciado por «un pueblo insensato».

¿A quiénes se da a entender aquí?

Partiendo del paralelismo hebreo del v. 18, se podría pensar en una expresión sinónima para «el enemigo»; por consiguiente, se refiere a los babilonios. Pero también Moisés mismo llamó a Israel «pueblo loco e ignorante», Dt. 32: 6; y, aún en tiempos de «Asaf», Jeremías había dicho: «Mi pueblo es necio (–), pueblo necio y sin corazón», Jer. 4: 22, 5: 21. En lugar de aceptar el ultimátum del SEÑOR por medio de Jeremías,

la mayoría de Judá había rechazado, hasta el último momento, humillarse ante el SEÑOR. Incluso en Babilonia, Ezequiel debió llamar al arrepentimiento. ¿Quizá haya pensado aquí nuestro salmista en la forma necia en que muchos de sus compatriotas, incluso después de la catástrofe del 586 a. C., aún permanecieron menospreciando el Nombre del SEÑOR? En caso afirmativo, él ha orado entonces, como un auténtico intercesor, en pro de sus hermanos desvergonzados, recordándole al SEÑOR precisamente su Nombre.

También en medio de la Cristiandad moderna vive un «pueblo tan necio» que desprecia orgullosamente el Nombre (= la Fama de los hechos grandes de Dios por medio de Jesucristo), y edifica su esperanza en los dioses de este siglo; todos los cuales igual que los dioses clásicos, han sido inventados por el cerebro de los hombres. ¿Tampoco son *enemigos* quienes odian el Nombre de nuestro Dios actualmente? Aunque el pueblo fiel de Dios, por medio de sus actos también ha hecho blasfemar a los enemigos del SEÑOR (cf.2 S. 12: 14), al vidente le está permitido, ante la deshonra contra el Nombre de Dios y su Cristo, gritar con Asaf: «Acuérdate de esto: que el enemigo ha afrentado a Jehová».

Versículo 19:

*«No entregues a las fieras el alma de tu tórtola,*
*y no olvides para siempre la congregación de*
*tus afligidos».*

¿Conoces un animal más indefenso que una paloma? ¿Conoces un contraste más profundo que un animal rapaz y una tórtola? En opinión de Asaf, Babilonia se había tragado a Judá como animal salvaje que atrapa a una tórtola en sus fauces. ¿Cómo podía aguantar esto el SEÑOR? ¡Su «gusanito Jacob», «su pueblecito Israel»!, Is. 41: 14. ¿Se olvidó el SEÑOR de sus «miserables»? Con este nombre califica el Libro de los Salmos a los pobres o débiles o humildes, cf. Los Salmos I, 2. 3. 46ss. Personas como el poeta mismo, que se inclinan bajo la mano castigadora del SEÑOR, y *reconocen* su derecho a corregir. Hermanos como Jeremías y los suyos, los autores de Lamentaciones, Daniel y sus amigos, Ezequiel y su círculo. ¿Les olvidaría para siempre el SEÑOR?

Versículo 20:

*«Mira el pacto,*[9]
*porque los lugares tenebrosos de la tierra*
*están llenos de habitaciones de violencia».*

Una apelación a la fidelidad de Dios a su pacto. Este fue siempre uno de los medios más poderosos para conmover el corazón paternal de Dios: Indicarle que es el Dios de los juramentos de fidelidad y de los pactos para con su pueblo.

Pero, ¿no yacía pisoteado el pacto de Dios? ¿No lo había quebrantado Israel por su infidelidad, y por eso el SEÑOR ya le había visitado como un Gran Rey ofendido, con su venganza del pacto? –Sí; pero, Asaf y sus correligionarios se humillaron bajo la mano castigadora de Dios, y el SEÑOR había prometido, que incluso entonces se acordaría de su Remanente en el país de su destierro, Lv. 26: 40–42. (A este respecto, véase el comentario al v. 12). ¿Acaso Salomón, en la consagración del templo, no había orado anticipadamente por una situación como desde la que el Salmo 74 clama al SEÑOR? 1 R. 8: 46–51. El pacto que el salmista recuerda aquí al SEÑOR, deber ser, pues, el pacto con *Abraham*, que el SEÑOR había prometido recordar incluso cuando Israel rompiera el pacto de Horeb, Lv. 26: 40–42.

Entretanto, nuestro Asaf no era el único que durante los años en que el templo estuvo destruido y Judá estaba en el destierro, buscó el rostro del SEÑOR. También Daniel, Esdras, Nehemías, el autor de los Salmos 79 y 106 oraron por la restauración de la iglesia, Esd. 9, Neh. 9, Dn. 9. ¡Es conmovedor, que todos estos intercesores en sus oraciones penitenciales por la renovación del Pacto citan el «prólogo histórico» de la alianza! La *prehistoria* de los beneficios del SEÑOR. Por tanto, ésta jugaba un papel importante, no sólo en el *cierre* de un pacto, sino también en una súplica por la restauración del pacto quebrantado[20].

Quien en nuestra época quiere elevar súplicas por todas las necesidades de la Cristiandad, tome ejemplo de este poema didáctico de Asaf, y recuerde a nuestro Dios y Padre principalmente su *Pacto* que ahora ya no es confirmado más por o mediante sangre de animales, como en tiempos del Salmo 74, sino por la del Hijo de Dios mismo.

¡Vaya un gran fundamento de causa, este Pacto Nuevo!

En este versículo, el salmista lamentaba, al mismo tiempo, su congoja acerca de cavernas de muerte. Opinamos no pecar de espiritualización ilícita, si, a propósito de este versículo, pensamos en «los lugares oscuros» donde, en nuestro tiempo, son matadas las almas. En los templos de ciencias que niegan a Dios, es quebrantada la fe joven. Poderosos ídolos políticos apartan a muchos del verdadero Dios. El ecumenismo ofusca muchos ojos ante la sima entre la verdad y la mentira, y entre justos e impíos. Un moderno espíritu de oposición «macabeo» hace cerrar los ojos ante la mano castigadora de Dios sobre la iglesia y el mundo. Lo mismo que durante el abandono del pacto al final de la Edad Media, la duda gana terreno: –»¿Existe realmente Dios» –se te pregunta; y muchos hijos de la Cristiandad sienten escapárseles toda seguridad, y conocen la desesperanza como dominante sentimiento de la vida.

En esta situación, no se ore a diestra y siniestra, sino que se suplique por el *Pacto* de Dios, y recuérdesele el «prólogo histórico» de su Pacto con los antiguos pueblos cristianos. ¡Los antecedentes de sus bendiciones demostradas a nuestros antepasados!

Versículo 21:

*«No vuelva avergonzado el abatido*[21]*;*
*el afligido y el menesteroso alabarán tu nombre».*

Ahora, en Babilonia, los piadosos habían colgado sus arpas en los sauces, y lloraban amargamente cuando pensaban en la Sión destruida. Allí no podían cantar salmos. «Cómo cantaremos cánticos de Jehová en tierra de extraños?», Sal. 137: 4; y en Jerusalén misma, donde los salmos sonaban de otra manera, merodean las zorras por el asolado monte Sión, Lm. 5: 18.

¡Vuélvenos a dar materia para alabarte!

Versículo 22:

*«Levántate, oh Dios, aboga tu causa;*
*acuérdate de cómo el insensato te injuria cada día».*

¿No tenía Dios ningún pleito con sus orgullosos destructores del templo, quienes aun ahora proclamaron al SEÑOR el menor de sus ídolos? ¿Tenía el SEÑOR bien presente aquel escarnio? ¿Por qué, pues, no se levantó por causa de su propio Nombre?

¡Qué gran injuria se le hace a nuestro Dios y Padre día a día en nuestro mundo desde la Cristiandad apóstata! En el lenguaje hablado y escrito, su Nombre y Fama son rebajados horriblemente. ¿Oramos alguna vez: «*Acuérdate* de esa injuria»? ¿Acaso Dios no es más poderoso que todos los modernos espíritus juntos? ¿No es Él también el Espíritu Santo que puede hacer retornar a Dios y a su pacto? ¡Si se levantara una vez más y de manera como lo hizo en el siglo XVI, cuando mostró tantísimas nuevas pruebas de su favor y gracia entre «nosotros»!

Versículo 23:

*«No olvides las voces de tus enemigos;*
*el alboroto de los que se levantan*
*contra ti sube continuamente».*

Así militan miserables y pobres como Asaf, Jeremías, los autores de Lamentaciones y Daniel, por la compasión divina con la miseria de su iglesia judía. Por amor del Nombre de Dios, y en base al pacto de Dios; y esta apelación al Nombre de Dios le ha hecho al SEÑOR decidir escuchar esta oración. Pero, como ya observamos comentando el v. 10, Ezequiel hubo de anunciar expresamente, que el SEÑOR no intervino por Israel mismo «sino por causa de mí nombre», Ez. 36: 22. Entonces se levantó el SEÑOR, y dirigió su pleito, y vengó la injuria de sus enemigos; y los enemigos de los judíos que retornaron alabaron el Nombre de Dios: «Entonces se decía entre las naciones: ¡Grandes cosas ha hecho Yahwveh con éstos», Sal. 126 (Biblia de Jerusalén).

¡Que el Espíritu de las oraciones despierte en las iglesias, también en nuestro tiempo, aún muchas oraciones como el Salmo 74! Súplicas por la renovación del pacto. ¡Pidámosle ayuda, al modo de Asaf, en la lucha de los espíritus, y recordemos a nuestro Padre su Nombre! –»Señor Dios, oye el clamor de un pueblo enloquecido». ¿Acaso se puede estar ofendiendo sin límite a Dios y su Verdad?

¡Quién sabe si Dios, entonces dará, una vez más, un retorno entre «nosotros»!

«Pero miraré a aquel (que ora como Asaf) que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra», Is. 66: 2. Esto lo ha demostrado el SEÑOR, oyendo el Salmo 74 en el regreso del destierro babilónico.

## 5. EL ESPÍRITU HUMILDE DEL SALMO 74 FRENTE AL SOBERBIO «ESPÍRITU DE OPOSICIÓN» DE LOS MACABEOS.

Ahora hemos leído el salmo 74 teniendo en cuenta el trasfondo de la destrucción del templo por los babilonios en el año 586 a. C. Los comentarios de la Biblia de críticos liberales y modernistas más antiguos pensaron, para el nacimiento de nuestro salmo, en la época de los macabeos, si bien es verdad que, también en estos círculos, ya se cree menos en la existencia de salmos del período macabeo, especialmente por razones arqueológicas (véase nota 3). Sin embargo, para nosotros, esta datación o fecha del salmo se estrella contra la profunda diferencia entre el espíritu humilde desde el que Asaf habla, y el soberbio «espíritu de oposición» desde el que los macabeos vivían. Precisamente consideramos peligroso poner en nuestros labios los Salmos 74 y 79 con una mentalidad macabea.

¡El Salmo 74 es enteramente *anti*–»macabeo»!

*Los Macabeos.*

Al comienzo del siglo II antes de Cristo, gobernaba en Palestina el rey sirio Antíoco Epífanes IV. Este quería erradicar totalmente el judaísmo mediante la imposición de la cultura helenista. En diciembre del 168 a. C., profanó el templo de Jerusalén. En un pequeño altar griego mandó sacrificar un cerdo, –(un animal inmundo para Israel, Lv. 11: 4–5, Dt. 14: 8)–, al dios supremo griego, Zeus. Al cumplimiento de los mandatos del sábado y de la circuncisión se lo castigó con la pena de muerte. En todas partes del país judío se edificaron altares paganos, y se hizo obligatorio sacrificar a los dioses paganos.

Después de esto, surgió, especialmente por iniciativa del

sacerdote Matatías, padre del famoso Judas Macabeo, una sublevación entre los judíos. En los libros apócrifos de Macabeos se puede leer acerca de la lucha que la familia de los macabeos dirigió con el fin de obtener para los judíos libertad religiosa e independencia política.

Ahora no queremos negar, que el Salmo 74, para algunos creyentes durante aquel tiempo, puede haber sido un salmo instructivo y consolador; pero, que fuera un *producto* típico del tiempo y espíritu de los macabeos, es lo que queremos rechazar rotundamente. Porque el *espíritu* del Salmo 74 está diametralmente opuesto al de los libros de los Macabeos.

Aquí indicamos los siguientes puntos de discrepancia.

*a. «¡Dios con nosotros!»*

Hemos leído cómo Asaf en el Salmo 74 habló acerca del SEÑOR. Como de un Dios que amparó «con la mano en su seno», y miraba cómo su propia casa yacía en ruinas, y aparentemente estaba sordo para la injuria que se arrojaba sobre su Nombre. El salmista rogaba al SEÑOR, que quisiera intervenir y no permanecer siendo neutral. Sin embargo, el escritor de «Macabeos», y sus héroes parten del axioma de que, como es natural, Dios nunca puede abandonar a los judíos. Esto es para ellos una especie de «absoluta promesa de salvación». El pensamiento de que Dios puede mirar inactivo cómo los paganos pueden dominar a su pueblo y su casa, parece que nunca les ha ocurrido. «Nunca apartará su misericordia de nosotros; y corrigiendo a su pueblo con la adversidad, no le abandonará», II Mac. 6: 16, (Nacar/Colunga). Como oyes. «No le abandonará». Téngase en cuenta, así dice el autor de estos libros, que castigos como él relata en su obra, «no sucedieron para ruina, sino para corrección de nuestro linaje», II Mac. 6: 12 (Nacar-Colunga).

A este respecto, los macabeos habían tenido sus precursores en Israel, cf. Nm. 14: 39–45, 1 S. 4. El poeta–autor del Salmo 74 vio profundamente, que, en su tiempo, Dios precisamente no estaba *con*, sino *contra* su pueblo. Esto no obstante, los macabeos opinaban, que, *en cualquier tiempo y situación*, podían entonar el Salmo 46: ¡Dios con nosotros! En II Mac. 15, leemos del famoso Judas: «...éste, puesta siempre

su confianza en el socorro del Señor, exhortaba a los suyos a no temer el ataque de los paganos; antes bien, recordando los auxilios que en otros tiempos anteriores les habían venido del cielo, esperasen *también* ahora del Todopoderoso la victoria», II Mac. 15: 8, cf. I Mac. 4: 30, II Mac. 15: 7–10. Sin embargo, de este mismo espíritu o actitud no humilde habían vivido en otro tiempo Ofni y Finees (1 S. 4), Sedequías, hijo de Quenaana (1 R. 22: 24), Pasur, hijo de Imer (Jer. 20), el profeta Hananías (Jer. 28), y Acab y Sedequías (Jer. 29). «¡Dios está con nosotros bajo todas las circunstancias!» Lo cual, para estos israelitas era una verdad supratemporal de la que podía partir en «fe» bajo todas las circunstancias. ¿Acaso «podía» Dios dejar en la estacada a su propio pueblo? ¿Acaso «podía» ocurrir eso? ¿En opinión de quién? –De los arriba mencionados falsos profetas con su sistema atemporal: –¿Una vez pueblo de Dios? Luego ¡siempre pueblo de Dios! ¿Alguna vez Dios en medio de vosotros? Luego, ¡siempre Dios en medio de vosotros! ¿Alguna vez pueblo de Dios? Luego, ¡siempre pueblo de Dios! ¿Una vez en el buen camino? Luego, ¡siempre en el buen camino!

En el comentario del Salmo 46 ya hemos visto cuán peligroso es cuando el pueblo de Dios, en todas las circunstancias, sin más ni más, entona esta consigna: ¡Dios con nosotros», cf. Los Salmos I, 12, 5. 328ss. Entonces también constatamos una sima profunda entre el Salmo 74 y los libros de Macabeos. Pues aquí estaba una vida en la Palabra que siempre se pronuncia en las situaciones, frente a vivir en «verdades» atemporales. Promesas y amenazas condicionadas (cf. Lv. 26: 3 y 14: «*Si* anduviéreis en... Pero si no me oyereis,...«), frente a promesas incondicionales de nada–más–que–salvación. Tener en cuenta los hechos del SEÑOR, frente a ceguera y ofuscación en la obra de las propias manos. Humillación bajo la mano castigadora del SEÑOR, frente a endurecimiento bajo ella. Humildad frente a soberbia. Humildes que a veces temen que Dios olvide a toda su iglesia, y con su mano en el seno contempla su desdicha (Sal. 74: 11), frente a individuos soberanos, autónomos y religiosos que «no retroceden» por *su* iglesia, y juran por «la obra de sus manos» (Is. 5: 12). Tienen presente los juicios de Dios (Sal. 74: 1–11) frente al filosófico desatinar acerca de «El Provecho de las Contrariedades» (II Mac. 6: 12) de los

estoicos. Vivir con el Dios viviente que bendijo a su pueblo con la salida de Egipto (Sal. 74: 12–15) y lo castigó con el destierro babilónico (Sal. 74: 1–11), o vivir con una imagen divina muerta, un concepto de Dios. Sin embargo, el SEÑOR pudo «volverse *enemigo*» para con su pueblo, Is. 63: 10. El dios autoimaginado de la dura y zelótica religiosidad, jamás puede enfadarse con su pueblo, porque siempre está con su *pueblo*. El cual es totalmente inofensivo para sus adoradores que, por consiguiente, tampoco se le quejan, y suplican tanto como hizo Asaf al SEÑOR en el Salmo 74.

*b. Ceguera para ver el origen de la ira del SEÑOR.*

En segundo lugar, llama la atención, que el escritor de Macabeos apenas parece tener vista para los orígenes de los problemas en los que se encontraban los judíos en aquel tiempo. Falta una referencia clara y *concreta a la apostasía* de Israel para con el SEÑOR. Cierto es que el autor habla, aquí y allá, acerca de la ira de Dios, pero siempre muy desmotivado e inconcreto. Como si el SEÑOR fuera un Dios caprichoso que, igual que los dioses paganos, estallara en ira repentinamente sin razones demostrables. Hay realmente algunas expresiones que parecen ir en una dirección algo mejor (II Mac. 5: 17, 7: 18); pero entonces, una vez más, se habla igualmente de forma generalizada y sin concretar fechas acerca de «los pecados».

Esto origina una profunda diferencia de actitud.

Los Macabeos no *«aceptaban»*, que «*nuestro* santuario», que era *nuestro* honor–y–*nuestra–gloria*» fuera destruido, I Mac. 2: 12. No se humillaban (inclinaban), sino que se mantenían firme. El Salmo 74, por el contrario, ve muy por encima del esfuerzo humano, lo que el Señor está haciendo: causar el desastre de Israel. «Haré desiertas vuestras ciudades, y asolaré vuestros santuarios...», (Lv. 26: 31–39, Dt. 28: 49–68). Ante esta Palabra de Dios, quiso humillarse Asaf; y vio cumplirse a su tiempo esta divina amenaza de maldición –¡el hombre debe querer ver esto!–, y entonces, según su Salmo, quiso *humillarse* bajo la misma.

*c. El hombre zelote robusto en el centro de atención.*

Como vimos, ni el Salmo 74, y tampoco Reyes y Crónicas, no dedicó atención alguna a la resistencia «heroica» que el rey Sedequías con su ejército ofrecieron a los babilonios durante los dieciocho meses del asedio. Asaf, lo mismo que los autores de Lamentaciones, no tenían presente al soldado judío que había «luchado como un león», sino al SEÑOR, cuya ira humeaba contra su pueblo. En este aspecto, en Macabeos nos encontramos con un ambiente muy distinto.. Es curioso cuán frecuentemente en este libro de Macabeos se habla de «*nuestro* santuario» o «el santuario», y cómo rara vez se habla igual que Asaf en el Salmo 74 acerca de «*Tu* santuario». Así hablan los macabeos y también sus correligionarios constantemente de «*nuestra*» religión, «nuestra» ley, «*la* religión de nuestros padres», «*la* ley» (como una grandeza autónoma e independiente), como ya vimos incluso en relación con el templo: «*nuestro* honor y *nuestra* gloria», cf. I Mac. 2: 12, 3: 43 y 58.

Realmente, parece que el reino de Dios sea su asunto privado. Acerca de las medidas de los paganos, «se irritan amargados» o «se enfurecen», I Mac. 2: 44, o *se sienten* indignados, I Mac. 10: 74. Los macabeos son pintados constantemente como los defensores robustos y fundamentales de «nuestra religión y nuestra ley». «Combaten varonilmente por la ley», I Mac. 2: 64 ¡No saldremos de nuestro culto! (I Mac. 2: 22). «Combatían alegremente los combates de Israel», I Mac. 3: 2. Defendamos nuestro pueblo contra esos planes de destrucción, y luchemos por nuestra nación y por el santuario», I Mac. 3: 43.

Es muy significativo, que el primer libro de Macabeos cuente el relato como si fuera una crónica mundana. Los Macabeos confiaban plenamente en sus propias fuerzas. Las oraciones, pues, tampoco juegan un papel importante; los resultados no se cifran en milagros, sino en sabiduría y energía personal.

En esta actitud de oposición dura y zelotista estaba, según este libro apócrifo de la Biblia, la gloria de los macabeos y sus sucesores. «La fama de su nombre (= Judas, apodado Macabeo que posiblemente significa: el martillo, debido a su destreza y disposición para librar batallas) llegó hasta el rey, y en todas las naciones se contaban sus batallas», I Mac. 3:

26, cf. 5: 63, 6: 44, 9: 10, 14: 4–5, 16: 23. El hombre Judas Macabeo es llamado «el salvador de Israel», I Mac. 9: 21. Su hermano Simón, en este aspecto, tampoco adolecía de subestimación, según sus palabras: «Ya sabéis lo que yo, mis hermanos y la casa de mi padre hemos hecho por las leyes y el santuario...», I Mac. 13: 3. También este Simón mandó construir sobre la tumba de su padre y hermanos un monumento impresionante, I Mac. 13: 27–30. Asimismo las listas de mártires juegan un gran papel, II Mac. 6: 18ss, 7, 14: 37ss.

Con lo cual, el libro de Macabeos (I y II) está más en la línea de lo que las Sagradas Escrituras detestan tan fuertemente: tributar honor a los grandes «Saúles», que de lo que ellas mismas ven tan gustosamente: la actitud humilde y creyente de humildes como David, quienes defendieron al SEÑOR y sus derechos divinos; y que además de esto no confiaron en fuerzas militares, sino en Dios. No gloriándose en su propio «luchar» y «en mantenerse firme», sino en el Nombre del SEÑOR.

Hay diferencia profunda entre el «furor», la «indignación» y la «injuria» de los Macabeos, y el celo santo por la casa de Dios en David, Ezequías, Josías y Asaf. Los primeros «no retrocedieron» por «nuestro» santuario; los segundos lloraron por el santuario de Dios. Asaf oró en el Salmo 74 al SEÑOR como Gran Rey de Israel, y apeló al pacto; los macabeos se apoyaron en alianzas con los romanos, cuyos tratados hicieron y confirmaron con gran astucia política, I Mac. 12: 1.

*Antípoda espiritual.*

¿Cómo se ha podido declarar al Salmo 74 un producto del espíritu de los macabeos? Asaf y David, por una parte, y los ambiciosos macabeos, por otra, ¡son precisamente antípodas espirituales entre sí! Probablemente, los piadosos de aquel tiempo –así como los de nuestro siglo– han leído el Salmo 74 como una polémica silenciosa, un poema didáctico bíblico contra el espíritu de resistencia carnalmente nacionalista del forzudo macabeo que «acepta» cuando Dios, en tiempos de juicio, suelta enemigos sobre su pueblo. El «oponente» fundamental que protesta violentamente contra semejante injusticia inaudita, como esta flagrante violación de los «derechos» del hombre

religioso. El luchador indomable contra toda infracción que se hace a «nuestra» ley y «al culto o religión de nuestros padres».

¡Qué gran abismo entre «Asaf» y un macabeo!

---

NOTAS

1. Dr. J. J. P. Valeton Jr., De Psalmen, Nijmegen (Holanda) 1913, II, 11s.

2. Rudolf Kittel, *Die Psalmen*, Leipzig 1914, 296.

3. Nosotros nos inclinamos por la destrucción del templo por los babilonios antes que por la profanación del templo del año 168 a. C., por las razones siguientes: 1ª) Las palabras «para siempre» o «eternos» en los vs. 1 y 3 encajan mejor en la situación del destierro babilónico que en el del año 168, pues entonces el santuario fue reedificado después de tres años (165). 2ª) En tiempos de Judas Macabeo no fue incendiado el templo, como en la época del Salmo 74, cf. v. 7, 2 R. 25: 5, I Mac. 4: 38. 3ª) La queja «no hay más profeta» (v. 9) tampoco precisa abogar por la época de los macabeos, pues no necesitamos tomar demasiado literalmente esta palabra, cf. 1 S. 3: 1, Lm. 2: 9, Ez. 7: 26. 4ª) El silencio del Salmo 74 acerca de ir al destierro, no puede servir de prueba en contra, ya que tanto la salida como la marcha hacia Babilonia pueden haber permanecido silenciadas, porque el salmo no había sido escrito inmediatamente después de esto (una sospecha que está apoyada por el «para siempre», «eternos» y «hasta cuándo», resp. vs. 1, 3, 9, 10). 5ª) El Salmo 74 calla acerca de esfuerzos, intentos por separar por la fuerza a los judíos de su religión de los antepasados, así como de una dedicación del templo a Zeus, como ocurrió en tiempos de los macabeos. 6ª) F. Albright lo considera, después de los descubrimientos arqueológicos de los últimos decenios, «casi inaceptable, que allí existieran salmos macabeos», y escribió: «A la luz de restos de literatura religiosa cananea ugarítica, muchos salmos deben ser datados nuevamente según anteriores tiempos israelitas, no más tarde del siglo décimo. No hay, pues, ninguna razón más para negar una época davídica de nacimiento a semejantes salmos. Al mismo tiempo, una procedencia u origen posterior al siglo IV a. C. se ha hecho imposible, y la admisión de que existen salmos macabeos de los siglos II y I a. C., es casi increíble», cf. *The archeology of Palestine*, Penguin Books 1960, 227.

4. F. Delitzsch, *Psalmen* 1894, 364s (al Salmo 5).

5. Juan Calvino, com. al Salmo 102: 14.

6. *Zanah* con M. Dahood, tomado como «estar enfadado», cf. Psalms II, 77 (sobre el Sal. 60: 1), 200.

7. «El poder de *lamah* en la primera frase se extiende hasta la frase paralela, según la costumbre de la poética, tal como lo comentamos en las Notas al Salmo 3: 1–2 (Psalms I, 16)». M. Dahood, a. l.

8. También M. Dahood, quien, por lo demás, traduce: «¿Por qué humean tus ventanas de la nariz?», habla de «un antropomorfismo vivo que es oscurecido por traducciones al estilo de «¿por qué humea tu ira? (RSV)», a. l. Cf Nota 15 de Los Salmos I, 10 sobre el Sal. 30: 9.

9. Preferimos *qanah II*: crear; pero también consideramos posible la elección de otros por: *qanah I*: adquirir.

10. Cf. Koehler, Lexicon s.v. (= sub voce) *gaal.*

11. «aunque el texto literalmente suena: «ruinas sempiternas», algunos traductores (como por ejem. CCD) ven presente en *nesah* un elemento superlativo que acentúa el total de la demolición más que la duración de la misma», M. Dahood, a. l.

Aunque con Hengstenberg, el hablar de ruinas «eternas», se puede explicar diciendo, que «la ruina total priva toda esperanza humana de rehabilitación», a. l.

12. M. Dahood traduce con los LXX y Símacus: «*its doors*» = sus puertas; y vocaliza *petaheha*, en lugar de *pittuheha* (TM).

13. Según M. Dahood, *la'ares* puede expresar, además de «hasta el suelo», también el superlativo; y, en este caso, la totalidad de la profanación.

14. Las observancias religiosas distintivas como el sábado (que, en Ex. 31: 13 y 17, es llamado señal).

15. «Señales para nosotros. El sufijo de *'ototenu* está en el caso del nombre de cosa; GK. párrafo 135 m. El salmista considera su tiempo como caracterizado por la ausencia de milagros («señales») tanto como profecía», M. Dahood a. l. El traduce Sal. 77: 8b: «¿No hay más visiones de él?»

16. «En la literatura hebrea no se puede encontrar nada que sea comparable con esto.

El texto es abrupto: ¡de en medio de tu seno! ¡Destruye!, y, de forma elocuente, transmite la emoción profunda del orador», A. Cohen, o. c.

17. J. H. Donner, *De Psalmen*, Leiden (Holanda) 1894, II, 12.

18. «El Salmo 44 hace su llamada al Gran Príncipe de Israel en la forma de los textos de pactos políticos en el Antiguo Oriente: 1º) un recuerdo a los antecedentes (vs. 1b–3); 2º) descripción de la situación de necesidad (vs. 9–10); 3º) fidelidad propia (vs. 17–18); 4º) oración de súplica (vs. 22–23). Ve el Salmo 44 en la situación de nuestro siglo». A Janse, *Leven in het Verbond*, Kampen (Holanda), 1937, 125–131.

19. M. Dahood, a. l., traduce: «Templo. En lugar del TM *labberit ki*, él lee *lebirateka*, la forma prevista de un sufijo de *birah* (acádico: birtu) «ciudadela, castillo», que, sin embargo, en 1 Cr. 29: 1 y 19 significa «fuerte», pero en sentido de templo, o casa –según otros.

Según Dahood, *eres* significa, en este lugar, (Sal. 74: 20b) «ciudad», y no tierra o territorio».

20. Klaus Baltzer, Das Bundesformular, 64s.

21. M. Dahood, a. l.

# Capítulo 21

## SALMO 79:8: «NO RECUERDES CONTRA NOSOTROS LAS INIQUIDADES DE NUESTROS ANTEPASADOS

¿QUÉ tenemos que ver nosotros aún con los pecados de nuestros *antepasados*? ¿Alguna vez has oído orar en un culto dominical de esta manera: –»SEÑOR, no nos imputes la piedad caprichosa de nuestros antepasados medievales»?

Los feligreses modernos no se sienten en absoluto relacionados con esto. ¿Quién teme aún, que Dios podría castigar alguna vez la injusticia social y religiosa de la Cristiandad de los siglos XVIII y XIX en sus hijos del siglo XX? ¿Sabes quién? –Pues el poeta/autor del Salmo 79, si hubiera vivido en nuestro tiempo.

Su salmo muestra mucha semejanza con el Salmo 74; ambos proceden de la familia de los Asaf: una familia de profetas y cantores; ambos se lamentan de la destrucción del templo por los babilonios; aunque en ellos también hay algunas diferencias de acento; pues, mientras el Salmo 74 recoge la destrucción del templo algo más detallada– y ampliamente, el Salmo 79 recuerda algo más el sufrimiento y el dolor de la población judía. Por lo demás, la semejanza entre ambos es tan grande, que nos podemos permitir remitir a nuestros

lectores al comentario del Salmo 74 en el capítulo anterior. Sin embargo, hay una petición única y singular en el Salmo 79, y a ella nos queremos limitar en este capítulo.: «*SEÑOR, no recuerdes contra nosotros las iniquidades de nuestros antepasados*», v. 8.

De estas palabras se evidencia que este descendiente de Asaf, seguro que en nuestro tiempo se habría sentido aún intensamente relacionado e implicado en los pecados eclesiales medievales, y en la injusticia de la Cristiandad en nuestro período de bienestar y de apostasía después del siglo de la gran Reforma. Pues, cuando menos, oró y suplicó, que el SEÑOR, por favor, no quisiera imputar a la generación de en torno al año 586 a. C., el pecado de su generación anterior. Por tanto, no sólo se sentía inmiscuido en las culpas de sus contemporáneos, sino que también tuvo en cuenta la ira acumulada sobre generaciones pasadas en Israel.

Tememos que muchos cristianos, a pesar de la miseria de los tiempos, no participan de esta inquietud de Asaf. Primero, porque apenas se sienten ligados con las generaciones pasadas en la iglesia cristiana. Segundo, porque ellos, como consecuencia de esta mentalidad ahistórica, no temen ninguna *ira acumulada* de Dios. Tercero, porque aún leen las Sagradas Escrituras demasiado a través de unas gafas empañadas; inservibles por el vaho de un *individualismo* extraño a la Biblia. Así pues, el Salmo 79: 8 permanece siendo para muchos una palabra incomprensible de las Escrituras, y una lección descuidada en la escuela de la oración.

Sin embargo, esta ceguera de lectura forma no sólo un estorbo para comprender el Salmo 79, sino también otras porciones de las Escrituras, que asimismo nos estimulan a confesar ante el SEÑOR los pecados de los padres, como el Salmo 106, Esdras 9, Nehemías 9 y Daniel 9. Por eso queremos ahora hacer una excursión de reconocimiento a través de la Biblia, para ver cómo el Espíritu de Dios nunca nos ve en esto desligados de nuestros antepasados, ni de nuestros contemporáneos, ni de nuestros sucesores. ¿Ojalá que esto profundice nuestro punto de vista en nuestra posición ante Dios como Cristiandad del siglo XX, y nos conduzca, en una unión consciente con nuestros antepasados, a remedar la oración de Asaf: «¡(SEÑOR), no recuerdes contra nosotros las iniquidades de nuestros antepasados!»

## 1. EL PUEBLO DE DIOS NO ES UNA SUMA DE INDIVIDUOS, SINO UNA UNIDAD HISTÓRICA QUE ABARCA A MUCHAS GENERACIONES.

La palabra «individuo» es familia de un verbo latino que significa *dividir* (cf. una división es una parte de un ejército). Un individuo, pues, sería la unidad última y más pequeña, sin posibilidad de seguir dividiéndola; algo comparable con lo que, en las ciencias naturales, se llama un átomo. Actualmente, esta palabra, originalmente propia de estudiosos, está en los labios de cualquiera, y habla de: individual esto, individual aquello. Así es como en la gran masa de todo el mundo se ha llegado a creer que realmente existen esos: individuos, personas sueltas, unidades indivisibles e irreductibles del género humano.

El europeo y americano moderno piensa, en muchos aspectos, de modo y manera individualista, desde el individuo particular. Posee, de familia, una cierta habilidad o experiencia para imaginar al hombre desligado de los lazos en que Dios le puso. Esta manera de pensar individualista también ha jugado una mala pasada en el servicio o culto a Dios. Quien considera a la humanidad como un gran montón de granos de arena, secos y sueltos, cae fácilmente en una «ego–religión» (= religión del yo), en la cual la iglesia debe servir especialmente para satisfacer las necesidades religiosas del individuo. El servicio o ministerio de la Palabra debe estar «dirigido personalmente», es decir, a la persona; y los himnos o canciones espirituales más cantados son aquellos en los que el individuo piadoso, junto con sus experiencias y deseos personales se halla en el punto central de la atención.

Sin embargo, cuando queremos comprender oraciones como el Salmo 79: 8 y el 106, o los textos de Esdras 9, Nehemías 9 y Daniel 9, deberemos deshacernos de la invención científica del llamado «individuo» y de la correspondiente «religión–del–ego». Dios sencillamente no ha creado hombres y mujeres que de forma absoluta estén sueltos y desligados de sus prójimos y conciudadanos. Cada persona, pues, tiene un padre y una madre –esté o no contento con ello–, e incluso un expósito tiene árbol genealógico, aunque nadie lo conozca. Cada persona, a través de su padre y madre, está firmemente

remachado, unido a todo el género humano; y es estrechado por él y, en muchos aspectos, también está determinado por él. Así uno puede tener los ojos de su padre, la musicalidad de su madre y la naturaleza ardiente de su abuelo.

Este conocimiento de que cada persona está ligada a sus conciudadanos y prójimos con innumerables lazos se ha ido desgastando bastante profundamente en nuestro mundo. Se sienten los lazos con sus predecesores mucho menos de lo que ocurría en los pueblos donde nació la Biblia. Como consecuencia de este estilo de vida individualista, muchas gentes modernas viven de manera profundamente ahistórica y desarraigada. Se dice, que algunos pueblos árabes pueden aún enumerar hacia atrás a sus antepasados hasta la duodécima generación; pero, ¿quién conoce aún los nombres de sus ocho bisabuelos? ¡Aunque aún hayas podido estar sentado en el regazo de tu bisabuela! Además, ¿qué les interesa a muchos la historia de su país, su ciudad y su familia?

En la Biblia, las gentes estaban mucho más penetradas e imbuidas de que eran hijos de sus padres, y por eso miembros de la casa de su padre o abuelo; y que aquella casa, a su vez, formaba parte de la *estirpe*, tribu u origen común; y que esta estirpe nuevamente era una parte de todo un *pueblo*. Por consiguiente, uno se sabía, mucho más que nosotros ahora, ligado y unido a una totalidad mayor de personas; y esto valía tanto hacia atrás, para con los antepasados, como hacia adelante, con respecto a los contemporáneos, como también para con las generaciones venideras.

En torno a esto vamos a consultar ahora las Sagradas Escrituras.

*Noción bíblica de la comunidad.*

Todos los israelitas eran simiente de Abraham, Jn. 8: 33, Sal. 105: 6. Pero, en las Sagradas Escrituras generalmente se llaman «los hijos de Israel» o, simplemente, Israel; y, a veces, también «Jacob». Estas palabras o nombres son tan comunes que los fieles lectores de la Biblia, quizá ya no se den cuenta de que, consecuentemente, tanto su cabeza de familia, Israel, como sus hijos llevan *el mismo nombre*. En el nombre Israel pensamos, casi siempre, incluso primero en el padre de la descendencia de Israel. Así pues, tan estrechos ven las

Sagradas Escrituras los lazos entre el padre Jacob y sus descendientes, que tanto al hombre como a su descendencia les designan con el mismo nombre. Así es como el salmista puede quejarse: «Han consumido a *Jacob*», (Sal. 79: 7), y con ello se está refiriendo a la *descendencia* de Jacob, cf. Sal. 24: 6, Is. 40: 27. Jacob e Israel son, pues, tanto nombres de personas como nombres del pueblo. Para el conocimiento bíblico, aquí no hay evidentemente contradicción alguna. Todo lo contrario, este uso de los nombres indican una íntima relación histórica.

También nos encontramos esto en los nombres de los hijos de Jacob: Efraín, Judá y José también son, no sólo nombres de personas, sino asimismo nombres de tribus. El lazo entre el padre de familia y la familia es, no obstante, de nuevo tan estrecho, que ambos reciben el mismo nombre. Sí; las Sagradas Escrituras ven a los israelitas tan fuertes como una unidad que, a veces, sacan a escena a todo el pueblo como un hombre herido (Is. 1: 5–7), como una mujer, la hija de Sión, como una viuda que llora (Lm. 1), como una mujer infiel (Ez. 16) o como una mujer estéril (Is. 54).

Los israelitas estaban tan fuertemente convencidos de esta unidad tan secular y superexcitante, que hablaban de sí mismos como pueblo «en primera persona». Nuestros lectores, probablemente, dicen: «*Nosotros*, españoles, mexicanos, peruanos, etc., etc.»; pero un israelita hablaba de su pueblo como «yo».

A este respecto, copiaremos algunos ejemplos:

En el libro Números, 20: 14–21, leemos, que Moisés envió mensajeros al rey de Edom con este mensaje: Así dice *Israel tu hermano*... Te rogamos que pasemos por tu tierra... Edom *le* respondió: No pasarás por mi país; de otra manera, saldré *(yo)* contra ti armado. Y los hijos de *Israel* dijeron*(le)*: *(nosotros)* por el camino principal iremos; y si *yo* y *mis* ganados bebiéremos de tus aguas, (yo) daré el precio de ellas; déjame solamente pasar a pie, nada más. Pero *él* respondió: No pasarás. Y salió Edom contra *él* con mucho pueblo, y mano fuerte. No quiso, pues, *Edom* dejar pasar a Israel por *su* territorio, y se desvió Israel de *él*».

¡Notable variación o intercambio entre número singular y plural!

En el Salmo 44 encontramos el mismo cambio: «Por me-

dio de ti *(nosotros)* sacudiremos a nuestros enemigos... Porque no confiaré *(yo)* en *mi* arco, ni *mi* espada *me* salvará; pues tú *nos* has guardado de *nuestros* enemigos...», vs. 5–7. La misma forma de hablar nos encontramos en el Salmo 65: «Las iniquidades prevalecen contra *mí*; mas *nuestras* rebeliones, tú las perdonarás», v. 3., cf. Ex. 17: 3, Is. 12. En Jer. 31: 18–19 lamenta Efraín, el deportado Reino de las Diez Tribus, en primera persona del singular: «*Me* azotaste, y fui *(yo)* castigado como novillo indómito; conviérte*me*, y *(yo)* seré convertido, porque tú eres Jehová *mi* Dios». Después, el SEÑOR habla de Efraín como su «hijo precioso» y «niño en quien me deleito» (v. 20).

En estas citas bíblicas, se podría hablar de personificaciones; pero, ello no obstante, en estos casos y formas de hablar nos enfrentamos a algo más que sólo a figuras o formas de estilo[1]. Pues semejantes expresiones dejan ver también cuán fuertemente vivía en Israel la idea o noción de que no se formaba una suma de «individuos» piadosos, sino una auténtica unidad estrechamente compenetrada y unida entre unos y otros; unida por la procedencia común y, en especial, por el Pacto colectivo con el SEÑOR. Acerca de lo cual abundaré más adelante.

Esto no obstante, los mismos israelitas hablaban no sólo de su pueblo como de una *unidad histórica*, el *Israel único de todos los siglos*, sino que, a su vez, también eran hablados y tratados así por el SEÑOR: «Si no me oyereis y... no atendiéreis a las palabras de mis siervos los profetas, que yo *os* envío desde temprano y sin cesar, a los cuales no habéis oído (vosotros)...» Aquí, como es evidente, el SEÑOR se refería a todos los profetas que había enviado, desde Josué hasta Jeremías. Él dice haberles enviado «a vosotros», pero «vosotros» no habéis escuchado. Por tanto, ambos «vosotros» deben ser: los oyentes de Jeremías con toda su descendencia. Evidentemente, los contemporáneos de Jeremías no se pueden separar o distanciar de forma individual y unilateral de sus antepasados. Hijos y ascendientes son tratados aquí como una unidad. También porque estaban unidos: unidos en rechazar a los profetas.

De la misma manera se dirigió más tarde el Señor Jesús a los fariseos y escribas. Estos le persiguieron por la Palabra; con lo cual demostraron ser del mismo espíritu que sus

antepasados perseguidores de profetas. Quizá por nuestro pensar individualista habríamos separado entre sí a padres e hijos diciendo: –»Esto hicieron los padres (y no los hijos), y esto hicieron los hijos». Pero nuestro Salvador habló por lo derecho a estos hijos de los perseguidores de los profetas acerca de «Zacarías hijo de Berequías, a quien (*vosotros*, fariseos y escribas con vuestros padres) matasteis entre el templo y el altar», Mt. 23: 35. También aquí es igualmente determinante el modo de pensar; pero volveremos sobre esto.

Quizá podemos advertir también la estrecha unión de antepasados con descendientes en el uso amplio de la palabra «hijo». En la Biblia, incluso los descendientes lejanos se llaman «hijos» de alguien. Véanse las genealogías en las que, a veces, se saltan generaciones enteras, y tataranietos son llamados «hijos» de alguien. Nuestro Salvador es llamado «hijo de David».

No se descargue este «concepto de comunidad» israelita con la afirmación evolucionista de que aquí tenemos que ver con restos típicos de una noción de estirpe o tronco u origen primitivo, ya hace mucho tiempo superado que ciertamente ocurría más entre nómadas. Podría ser que estos pueblos antiguos se hubieran dado cuenta mejor que los modernos de que Dios no ha creado individuos.

Sin embargo, aún hay otro factor que asimismo ha aportado mucho a esto, a saber, que los israelitas se sabían muy estrechamente unidos recíprocamente. Este factor es la *historia* de Israel. Ahora, el destino común puede, hablando en general, unir mutuamente a muchas gentes; pero el destino de Israel era ciertamente único: el Todopoderoso le había elegido para ser su pueblo privado, había establecido pactos con él y, con frecuencia, le había salvado. Por lo cual, la historia de Israel era una auténtica historia de salvación. También por ello las Sagradas Escrituras hablan de Israel como una unidad. Los israelitas, a lo largo de los siglos, estuvieron unidos estrechamente a sus progenitores y descendientes por medio del Pacto de Dios, tanto en las bendiciones como en las maldiciones del mismo.

En el próximo punto queremos hacer ver, de la mano de diversos ejemplos de la Biblia, cuán estrecha unión existía en Israel con respecto a las bendiciones del SEÑOR. Y en

el punto posterior a éste haremos lo mismo con respecto a la maldición del SEÑOR por el abandono del Pacto por parte de Israel. Así pues, después de esta excursión de reconocimiento a través de la Biblia, volveremos, como lo más natural del mundo, a nuestro punto de partida: «No recuerdes contra nosotros las iniquidades de nuestros antepasados», Sal. 79: 8.

## 2. UNIÓN ÍNTIMA EN LA BENDICIÓN.

Dios trató a su pueblo como una unidad auténtica estrechamente unida entre sí, tanto cuando le bendijo como cuando le visitó con maldición. Así pues, no bendijo o maldijo a personas en sí mismas –porque Él no creó individuos–, sino siempre a personas ligadas mutuamente, ya fuera como miembros de una «casa», ya como habitantes de una ciudad o como miembros de un pueblo.

*TÚ con tu casa y tu ciudad.*

Cuando llegó el diluvio, Dios salvó no al «individuo» Noé, sino a este justo con su *mujer*, sus hijos y las *mujeres* de sus hijos, Gn. 7: 13. Así respetó y perdonó, de entre la idólatra e impía Sodoma, a Lot, pero también a la mujer e hijas de éste; y si ellos lo hubieran querido, también a sus yernos, Gn. 19: 12–16. Este modo de obrar le parece más tarde a Israel haber tomado carta de costumbre. Así los espías juraron personalmente a Rahab, que no sólo la dejarían con vida a ella, sino también a su padre y a su madre y a sus hermanos y hermanas, Jos. 2: 12–20, 6: 25; cf. Jue. 1:25. EL SEÑOR tampoco trató al rey Sedequías de modo individualista. Jeremías tuvo que decir al rey: «Así ha dicho Jehová Dios de los ejércitos, Dios de Israel: Si *te* entregas enseguida a los príncipes del rey de Babilonia, *tu* alma vivirá, y *esta ciudad* no será puesta a fuego, y vivirás *tú* y *tu casa*», Jer. 38: 17. Poco después de esto, Nabuzaradán, capitán babilonio, tampoco consideró al profeta Jeremías como un «individuo» religioso que estuviera totalmente aparte del desastre del pueblo, sino que habló al *piadoso* Jeremías, diciéndole: que este mal había llegado, porque (*vosotros*) (2ª persona del plural) «pecasteis contra Jehová», Jer. 40: 3.

*El Pacto de Dios con Abraham y su descendencia.*

Pero el ejemplo más importante y notable es, naturalmente, el Pacto que Dios cerró, no sólo con el «individuo» Abraham, sino con toda la casa de éste, Gn. 17: 23. Como señal y sello del mismo, Abraham debía no sólo circuncidarse a sí mismo, sino que también debía hacérselo a «todo varón de entre vosotros», «el nacido en casa, y el comprado por dinero», Gn. 17: 10 y 12. La circuncisión debía ser hecha en el órgano masculino de reproducción –prueba elocuente de que Dios contraía su Pacto no sólo con Abraham personalmente, sino que, en ese Pacto relacionaba, al mismo tiempo, todo lo que en el camino de la procreación procediera de su aliado Abraham y los esclavos de éste. Pues la circuncisión era, no sólo de parte de Dios un sello sobre sus promesas, sino también por parte de los hombres un juramento de fidelidad, una declaración de lealtad bajo juramento que un *padre* israelita hacía *en nombre del hijo*, al que circuncidaba, Gn. 17: 9–14[2].

El SEÑOR amenazó a Moisés con la muerte, cuando no cumplió el juramento hecho por boca de su padre Amram, no circuncidando a su hijo, Gn. 4: 24 ss[3].

Este es un lenguaje distinto al de los cristianos modernos individualistas a los que a veces se les oye decir: –«Nosotros dejamos libres a nuestros niños!» Como si los niños de generaciones bautizadas jamás pudieran ser «libres» ante y para con Dios.

Esta bendición básica de lo colectivo, el ser tomado como pueblo en el Pacto con Dios soldó a Israel en una unidad única. Una unidad que era más grande y profunda que la de un antiguo espíritu oriental de compañerismo de estirpe. Por lo demás, cabe preguntarse si a esto último se lo llama, con razón, característico de una «primitiva» cultura de nómadas. Nuestros hijos –el autor se refiere a los niños holandeses–, después de una lección de historia, pueden volver a casa aún entusiasmados, diciendo: –«¡Mamá, (*nosotros*) ganamos la Guerra de los 80 años!» ¡Vaya si un niño del siglo XX aún puede sentirse orgullosamente unido a sus antepasados del siglo XVI! Y la madre moderna también asentirá sonriente a semejante exclamación de su pequeño.

*La Pascua: ¡Dios nos sacó de Egipto!*

En esta misma forma personal (*nos*) se hablaba anualmente en Israel en la Cena Pascual, cuando se conmemoraba la liberación de la esclavitud en Egipto. Cuando uno de los niños que no había visto con sus propios ojos ni había recorrido aquella huida, preguntaba esa noche al padre: –»¿Qué es este rito vuestro?», entonces el padre israelita que por cierto tampoco había visto con sus propios ojos ni había caminado por sus propios pies aquella huida, debía responder: –»Es la víctima de la Pascua de Jehová, el cual pasó por encima de las casas de los hijos de Israel en Egipto, cuando hirió a los egipcios, y libró *nuestras* casas», Ex. 12: 24–27. Sí; semejante padre que, quizá nunca había estado personalmente en Egipto, debía enseñar a su hijo: «Se hace esto con motivo de lo que Jehová realizó *conmigo* (¡!), cuando me (¡!) sacó de Egipto», Ex. 13: 8, cf. Ex. 13: 14. Incluso podría decir: «Jehová hizo señales y milagros grandes y terribles en Egipto... *delante de nuestros ojos* (¡!); y nos sacó de allí...», Dt. 6: 22ss., cf. 29: 16, Am. 3: 1–2.

*Dios secó el río Jordán delante de ti.*

Acerca de la marcha por el Jordán, las Escrituras Sagradas hablan del mismo modo. Según el pensar individualista, sólo tomaron parte en aquella travesía quienes caminaron con sus propios pies a través del fondo seco del Jordán seco. Pero las Sagradas Escrituras ven *en* esta generación también las generaciones siguientes pasar por el Jordán. Alguien de cada tribu debía coger una piedra del lecho del Jordán apenas recién desecado, y Josué amontonó doce piedras en Gilgal. ¿Preguntaría más tarde un niño a su padre: –»¿Qué significan estas piedras?»; entonces un israelita debía decir: «*Israel* pasó en seco por este Jordán. Porque Jehová nuestro Dios secó las aguas del Jordán delante de *vosotros*, hasta que *(vosotros)* habíais pasado, a la manera que Jehová vuestro Dios lo había hecho en el Mar Rojo, el cual secó delante de nosotros hasta que *(nosotros)* pasamos», Jos. 4: 21–23.

*Descendencia bendecida a causa de la ascendencia.*

Las Sagradas Escrituras nos muestran también ejemplos de *familias* y *personas* sobre las que descansó la bendición de Dios por causa de una ascendencia temerosa de Dios. Jonatán, con peligro de su vida, escogió el lado del perseguido David (1 S. 19: 1–3), y le hizo jurar: «No apartarás tu misericordia de mi casa para siempre...» 1 S. 19: 15 y 17. Y después de esto, ¿aquella casa no vaticinó muchas veces acerca de la lealtad de su antepasado Jonatán para con David? El hijo lisiado de Jonatán, Mefi–boset, probablemente una figura insignificante, «comía siempre a la mesa del rey», 2 S. 4: 4 y 9: 13. En lugar de ejecutar a este hombre como un posible peligro para la dinastía davídica, David le había prometido: «No tengas temor, porque yo a la verdad haré contigo misericordia *por amor de Jonatán tu padre*», 2 S. 9: 7, cf. 16: 5–13, 19: 28. También el registro genealógico de la casa de Saúl en 1 Cr. 8: 29–38 jamás se hubiera podido escribir sin la fidelidad de David a sus juramentos o promesas para con Saúl y Jonatán. Así hizo el SEÑOR más tarde con Ezequías, y protegió a Jerusalén «por amor a mí mismo, y por amor a David mi siervo», 2 R. 19: 34, cf. 2 R. 8: 19.

Esto no fue algo «típicamente veterotestamentario», pues el Señor Jesús expresó a Zaqueo después de la conversión del mismo: «Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham», Lc. 19: 8–9; y cuando el carcelero de Filipo preguntó a Pablo y Silas: «¿Qué debo hacer *(yo)* para ser salvo?», ellos le respondieron: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, *tú* y *tu casa*». Después de lo cual, «enseguida se bautizó *él con todos los suyos*», Hch. 16: 30–33.

*Relaciones de vida tenidas en cuenta en la bendición.*

Estos ejemplos mencionados arriba hacen ver cómo Dios pone manos a la obra cuando bendice; no de forma individualista, sino siempre dejando a las personas en su entorno y relaciones en que viven. Y cuando llegó con su maldición, actuó del mismo modo. De esto queremos dar algunos ejemplos en el próximo punto.

### 3. TAMBIÉN UNIÓN ÍNTIMA EN LA MALDICIÓN.

Cuando el SEÑOR estableció el Pacto de Horeb, también dio a Israel este mandamiento: «No te harás imagen..., porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad (el culto a las imágenes) de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos», Ex. 20: 4–6. Como aún veremos, esto no implicaba que el SEÑOR nunca tendría en cuenta el comportamiento propio de los hijos de los servidores de ídolos e imágenes dentro de Israel. No; el SEÑOR no es así, como justa– y precisamente lo enseña Ezequiel 18: 20. La segunda palabra o mandamiento del Pacto no excluye en modo alguno que Dios preste atención al propio comportamiento o conducta de los hijos de los violadores de su Pacto; y que primero controle lo que hacen esos mismos hijos.

*Casas reales bajo el juicio de Dios.*

Ninguna explicación más clara del segundo mandamiento que la historia del castigo de la casa de Jeroboam. El SEÑOR estaba profundamente irritado por el culto de Jeroboam a los becerros en Dan y Bet–el. «Por tanto, he aquí que yo traigo mal sobre la casa de Jeroboam, y destruiré de Jeroboam todo varón, así el siervo como el libre en Israel. Y borraré la posteridad de la *casa* de Jeroboam como se barre el estiércol...», 1 R. 14: 10–11. Desde entonces, sobre la casa real de Jeroboam pendía una maldición heredada. Baasa llevó a efecto este juicio divino. «Cuando él vino al reino, mató a toda la casa de Jeroboam», 1 R. 15: 29–30. Pero, ¿no fue asesinado entonces ningún inocente? ¿Murieron entonces descendientes bajo un destino inmerecido que una vez pendió sobre esta casa real? –No; pues la Escritura dice: «Y *esto* (a saber, toda la maldad de Jeroboam) fue causa de pecado a la casa de Jeroboam», 1 R. 13: 34. Por lo único bueno en esta malvada casa, el SEÑOR hizo una excepción: «Por cuanto se ha hallado en él alguna cosa buena delante de Jehová Dios de Israel, en la casa de Jeroboam», 1 R. 14: 13.

Con la casa de Baasa ocurrió otro tanto. También él recibió el mensaje de que Dios barrería su casa de la misma

forma humillante como había barrido la casa de Jeroboam, por cuanto Baasa anduvo «en el camino de Jeroboam», 1 R. 15: 33–16:7. Su hijo, Ela, fue asesinado; no sólo por causa de la maldición heredada «sobre la casa de su padre, sino porque injurió al SEÑOR tan profundamente como lo había hecho su padre Baasa», 1 R. 16: 3.

También la casa de Acab fue destruida al mismo tiempo que sus grandes reinos, confidentes y sacerdotes, 1 R. 22: 22, 2 R. 9, 10: 11. ¿Porque en una ocasión pendió un destino sobre la casa de Acab? –No; por cuanto ella, de la misma manera que él, habían odiado al SEÑOR. Toda aquella casa fue mala, cf. 2 R. 3: 2–3, 8: 26, 11: 1.

Esto fueron algunos ejemplos relacionados con el 2º Mandamiento.

*Aun más liquidación de culpa colectiva.*

Asimismo respecto a otros males, el SEÑOR no castigó de manera individualista. El Faraón raptó a Sara, mujer de Abraham, pero por ello no soportó un castigo «individual», pues, «Jehová hirió a Faraón y a su casa con grandes plagas, por causa de Sarai mujer de Abram», Gn. 12: 17.

Más tarde, Abimelec, rey de Gerar, hizo lo mismo. Engañado por las palabras de Abraham: «Es mi hermana», Gn. 20: 2. Abimelec recibió ahora sólo una advertencia divina; pero, en caso de que no tomara en cuenta dicha advertencia y no devolviera a Sarai a su marido, el SEÑOR le amenazó: «Ahora, pues, devuelve la mujer a su marido; porque..., si no la devolvieres, sabe que de cierto morirás tú, y *todos los tuyos*», Gn. 20: 7. Y la noción de comunidad de Abimelec era tan fuerte, que reprochó a Abraham: «¿En qué pequé yo contra ti, que has traído sobre mí y sobre mi reino tan grande pecado?», v. 9. Pues el SEÑOR ya había comenzado a castigar, a saber: «había cerrado completamente toda matriz de la casa de Abimelec, a causa de Sara mujer de Abraham», v. 18. Pero, cuando Sarai regresó junto a Abraham, «Dios sanó a Abimelec y a su mujer, y a sus siervas, y tuvieron hijos», v. 17.

En Israel no se habrá notado nada injusto en esta manera de tratar, pues, como personas se actuaba mutuamente del mismo modo. Una banda de descendientes de Dan robó, en

tiempo de los jueces, el dios y el sacerdote de un cierto Micaía. El hombre que había perdido sus efectos de religiosidad caprichosa, lloroso se quejaba: «¿Qué más me queda?» (Una pregunta que también se puede oír hacerla a cristianos cuando fueren despojados o liberados de sus religiosidades caprichosas). Pero los descendientes de Dan le respondieron: «No des voces tras nosotros, no sea que los de ánimo colérico os acometan, y pierdas también tu vida y la vida de los tuyos», Jue. 18: 24–25. Este Micaía tampoco fue separado de los suyos de modo individualista.

Joab, general de David, apuñaló de forma cobarde a Abner, jefe del ejército de Saúl. ¿Expresó David entonces, de forma individualista, su inculpabilidad *personal* en este asesinato, y lo consideró como un hecho individual de Joab? –No; sino que David dijo: «*Inocente soy yo y mi reino*, delante de Jehová, para siempre, de la sangre de Abner hijo de Ner. Caiga sobre la cabeza de Joab, *y sobre toda la casa* de su padre; que nunca falte de la casa de Joab quien padezca flujo, ni leproso, ni quien ande con báculo, ni quien muera a espada, ni quien tenga falta de pan», 2 S. 3: 28–29.

En una decisión de orgullo, David convocó un censo de población y, como castigo por ello, el SEÑOR le permitió escoger entre tres castigos que no afectarían sólo a su persona: «¿Siete años de hambre en *tu tierra*», «que huyas tres meses delante de tus enemigos» o «que tres días haya peste en *tu tierra*?» Y cuando David escogió este último castigo, «Jehová envió la peste sobre *Israel*... y murieron del pueblo... *setenta mil hombres*», 2 S. 24: 15. Y Joab ya le había avisado: «¿Para qué procura mi señor esto que será para pecado a Israel?», 1 Cr., 21: 3. Después, David entendió cómo por causa de su pecado, había sufrido su pueblo; pero, incluso entonces hace unas manifestaciones que, para nuestro criterio individualista, digerimos muy mal: «¿No soy yo el que hizo contar el pueblo? Yo mismo soy el que pequé, y ciertamente he hecho mal; pero estas ovejas, ¿qué han hecho? Jehová Dios mío, sea ahora tu mano contra mí, y contra *la casa de mi padre*, y no venga la peste sobre tu pueblo», 1 Cr. 21: 17.

También Jeremías habló desde este conocimiento o noción de comunidad. Advirtió a los poderosos y al pueblo que querían matarle: «En lo que a mí toca, he aquí estoy en vuestras manos;

haced de mí como mejor y más recto os parezca. Mas sabed de cierto que si me matáis, sangre inocente echaréis sobre vosotros, y sobre esta ciudad y sobre sus moradores», Jer. 26: 14–15.

Estos ejemplos en verdad que no fueron «típicamente viejotestamentarios», como algunas historias del Nuevo Testamento demuestran. Por ejemplo, Ananías vendió un campo, y engañó al Espíritu Santo quedándose con algo del producto. Como castigo por ello, no sólo murió él mismo, sino también *su mujer* Safira, Hch. 5: 1–11. Otro caso: En la iglesia cristiana de Corinto imperaban graves abusos; entonces Pablo la declaró culpable como comunidad, y se atrevió a añadir: «Por lo cual, hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos mueren», 1 Co. 11: 30.

*Lazos de vida relacionados con castigos.*

Las porciones bíblicas citadas arriba pueden haber esclarecido, que Dios, según toda la Sagrada Escritura, en sus correcciones no actúa jamás de manera individualista, sino que siempre deja a las personas en las relaciones en que viven: en casa, en familia, incluso en la ciudad y pueblo. Estas relaciones de vida, como vimos, se vieron implicadas, en más de una ocasión, en los castigos.

*a. Pero, ¿cómo rimamos esto con el texto que dice: «El alma que pecare, esa morirá»? (Ez. 18: 20ss).*

En efecto, en Ezequiel 18: 20, leemos: «El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él». ¿Cómo rimamos esto con los ejemplos citados de participar colectivamente en bendición y maldición? ¿Acaso aquí, en Ez. 18: 20, se puede descubrir algo de una cierta progresión *de* siglos primitivos con un peldaño de relación más bajo, *hacia* tiempos más desarrollados con un concepto jurídico más profundo y, en consecuencia, un escalón de religión superior? Esta pregunta difícilmente puede ser respondida de manera afirmativa; aunque sólo sea porque en el Nuevo

Testamento hemos encontrado el mismo recusable modo de obrar.

Los teólogos evolucionistas han afirmado, que Ezequiel sería uno de los descubridores del «individuo». A partir de su actuación, –según afirman– «la religión israelita» estaría matizada «más personalmente» de lo que estaba antes del tiempo de Ezequiel. Si esos teólogos tuvieran razón, nosotros, consecuentemente, habríamos llegado a un desarrollo por encima de todos los pasajes bíblicos arriba mencionados. Pero, no creemos nada de todo eso; y en vez de reprobar los claros ejemplos bíblicos de relaciones de solidaridad, tanto dentro como fuera de Israel, en base a nuestros patrones o formas de pensar individualistas, ¡es preciso que nosotros, en este punto, nuevamente aprendamos a pensar bien bíblicamente, y en base a esta enseñanza de la Biblia, condenar esta manera de pensar equivocada! Después de una madura reflexión, el texto de Ez. 18: 20 y ss., tampoco forma un punto de ruptura para esta noción e idea de la comunidad.

*La unidad en la intención conlleva unidad en el castigo.*

En las Sagradas Escrituras, como ya vimos, las personas, «en sí mismas», no son consideradas ni por Dios ni entre ellas mismas, como individuos sueltos o desligados. Con este motivo, hablamos algunas veces de «noción o idea de comunidad». El israelita se sabía unido, tanto en bendición como en maldición, con sus co–israelitas, no sólo contemporáneos, sino también con los de generaciones anteriores. Como explicación de este participar *comunitario o colectivo* en lo bueno y en lo malo, se ha usado el ejemplo de un árbol. Cuando el árbol cae, sus hojas caen con él; pues no se las puede aislar ni preservar «individualmente» de esa caída. Esto es lo que conlleva la unión íntima de las ramas con el árbol[4]. Pero, ¿implica esto que, según las Sagradas Escrituras, –excluyendo quizá Ez. 18: 20– una persona *automáticamente* es bendecida y/o castigada de forma colectiva? ¿Se hallan aquí las «ramas» unidas, sin más, al «árbol» de casa, ciudad o pueblo? –¡Ni mucho menos! La suposición silenciosa y tranquila de la que parte la noción bíblica de comunidad es ésta: ¡Que toda casa, familia, ciudad o pueblo son de una sola intención, de un solo cora-

zón y de un solo sentir! *¡A no ser que se evidencie lo contrario!* Cuando los hijos se convierten de los pecados de su padre; cuando algunos se convierten de los pecados de su pueblo, entonces el SEÑOR actúa según la regla de Ezequiel 18: 20. Aunque ese Remanente que se arrepiente deba a veces sufrir junto con la masa culpable, dado que entonces ese Remanente obtiene promesas especiales. Pero de esto volveremos a tratar más adelante.

Como regla general, las Sagradas Escrituras parten de que una persona con su familia, ciudad o pueblo son una sola intención y un solo corazón; lo cual se evidencia de los ejemplos que dimos de castigo comunitario. Dichos ejemplos, de ningún modo excluyen la responsabilidad de participación propia en el mal cometido. Los mímos príncipes de Faraón advirtieron a su señor de la presencia de la hermosa mujer de Abraham, Gn 12: 14–15. Es muy posible que Acán, en la ocultación de su botín en su tienda, fuera ayudado por su hijos, Jos. 7: 21. David maldijo a Joab con toda su familia por causa del asesinato de Abner, al constatar la existencia de una *querella entre sus parientes*, 2 S. 3: 30. Ananías no fue el único que murió por causa de su engaño; pues también su mujer, Safira, cayó muerta a los pies de Pedro; ¡pero ella sabía del caso!, Hch. 5: 2. A cada paso nos enfrentamos aquí a un castigo colectivo o participado por o sobre personas que eran de una voluntad y de un mismo sentir.

El concepto bíblico de comunidad parte sencillamente de esa unidad de sentimientos, etc., al menos, *hasta que no se evidencie lo contrario*. Pues, puede ocurrir, que alguien o diversas personas se arrepienta(n) del mal cometido en la comunidad a la que pertenecen. Pero, entonces, Dios no mide por el mismo rasero a aquellos piadosos que se humillan, que a los impíos inconversos. Los libros de los profetas hacen ver claramente, que el SEÑOR, en tiempos de juicio (= castigo) sobre todo el *pueblo*, tenía los ojos bien abiertos para quienes en ese su pueblo se volvían a él. ¡A este Remanente lo colocaba entonces, sin duda alguna, en una *posición de excepción*! Este *Schear Jaschoeb* (cf. Is. 7) o remanente–que–se–convierte obtiene, como tal, en medio de los anuncios de juicio más duros, la gracia de oír las promesas más bonitas para *el pueblo*. Una poderosa demostración de que Dios ciertamente no mide todo por el mismo rasero, ni incluso en tiempos en los que

arde su ira. Entonces castiga a su pueblo no sin observar diferencias y tenerlas en cuenta. Pues el Remanente, tanto en la predicación del juicio como en la aplicación del mismo obtiene una esperanzada posición de excepción.

«¿Qué, pues, diremos? ¿Que hay injusticia en Dios? ¡En ninguna manera!», Ro. 9: 14.

*b. Uno por muchos, –algunos por todos.*

En los ejemplos arriba mencionados encontramos un fenómeno cautivador: A veces, una sola persona representó a todo un grupo. Algunos actuaron como si fueran todo el pueblo o toda la familia. Sus actos fueron decisivos para todo un grupo. Abraham ratificó el Pacto de Dios en nombre de toda su casa, Gn. 17. Rahab, con su actuación frente a los espías, salvó la vida a toda su familia, Jos. 2. La prevaricación de Acán arrastró, en su caída, a toda su familia, e incluso a casi todo su pueblo, Jos. 7: 1 y 11–12. Y Josué habló en nombre de su mujer e hijos, diciendo: «... Pero yo y mi casa serviremos a Jehová», Jos. 24: 15. El rey Sedequías habría podido salvar a todo su pueblo y a la ciudad de Jerusalén mediante una capitulación temporal ante los babilonios, Jer. 38: 17. El carcelero de Filipo decidió por la salvación de toda su casa, Hch. 16: 31–34. Y justos como Noé y Lot hicieron salvarse del castigo a su mujer e hijos.

Así vemos que las Sagradas Escrituras no sólo ven y consideran a una persona–y–su–casa, sino, al mismo tiempo, que semejante unidad es representada muchas veces por una o más personas: un padre, un rey, un profeta, un luchador. Alguien, a este respecto, usó la imagen de una sinfonía; en ésta se expresa el tema, en muchas ocasiones, por un solo instrumento; pero éste representa, en ese momento, a todos los instrumentos de toda la orquesta. Este único instrumento es, en ese momento, la orquesta[5]. Así Acán fue, en cierto sentido, *Israel*. Desde esta idea y conocimiento escribe el autor del libro Josué: «Pero los *hijos de Israel* cometieron una prevaricación en cuanto al anatema; porque *Acán*... tomó del anatema; y la ira de Jehová se encendió contra los *hijos de Israel*», Jos. 7: 1. Y que el SEÑOR consideró a Acán como todo Israel, concentrado, por así decirlo, en aquel hombre, se pone

en evidencia por su reprimenda dirigida a Josué: «Levántate; ¿por qué te postras así sobre tu rostro? *Israel* ha pecado, y aun han quebrantado *(ellos)* mi pacto que les mandé; y también han tomado del anatema, y aun lo han guardado entre sus enseres», Jos. 7:1 y 10–11.

Desde nuestro pensar occidental individualista, semejantes pasajes bíblicos son incomprensibles. Quien considera la humanidad como un montón de granos sueltos, protestará en su corazón contra tales lugares bíblicos. Aunque es notable, que se oigan poner más pegas contra las relaciones de solidaridad con respecto a los castigos de Dios, que tocante a las bendiciones de Dios. Rara vez se oye censurar, que la *familia* del piadoso Noé se aprovechara de la salvación que Dios concedió al justo Noé, Gn. 6: 9; y que, por lo que toca a Dios, los *yernos* de Lot también podían haber sido salvados, Gn. 19: 12, cf. Jos. 2: 12–20, 6: 25 (la familia de Rahab), Jue. 1: 25. Sí; a fin de cuentas, *todos los hijos* de los creyentes participan sencillamente en la promesa (ésta, en primer lugar) y en las amenazas del Pacto de Dios con sus padres. Esto no obstante, si ello termina en castigo en razón de la unión íntima del Pacto y su cumplimiento o no, entonces más de un cristiano individualista frunce su ceño. Aunque exista la idea de que una o más personas «son» toda una comunidad, como en los campos de deporte se manifiesta, cuando la masa, en un héroe deportista o en un conjunto, ve representada toda la nación, y anima a aquel deportista o grupo de deportistas gritando el nombre de su *nación*.

Los *levitas* representaron ante el SEÑOR a todos los primogénitos israelitas, Nm. 3: 12, 8: 16. Así se puede decir, que los ancianos a la puerta de Belén «eran» toda la población de la ciudad, Rut 4: 9 y 11. A veces, algunos justos pueden identificarse tanto con todo el pueblo que quiere obrar mal, que no dice: «¿*Haréis*, pues,...», sino: «¿Haremos, pues, *nosotros* tan gran mal contra nuestras almas?», Jer. 26: 19; o se lamentan: «Quebrantado estoy por el quebrantamiento de la hija de mi pueblo...», Jer. 8: 21; o incluso hacen confesión de pecado en nombre de Israel, diciendo: «... y *(yo)* confieso los pecados de los hijos de *Israel* que *(nosotros)* hemos

cometido contra ti; sí, *yo* y la *casa de mi padre* hemos pecado», Neh. 1: 6. Una confesión de culpa semejante en el Salmo 79 formó precisamente la introducción a este capítulo. Inmediatamente citaremos alguna más al respecto.

¡Dios nunca ve a los hombres separados entre sí!

Por eso no resultó extraño a Isaías, cuando del siervo del SEÑOR (y detrás de él, de El Siervo –con mayúsculas– del SEÑOR), dijo: «Mas él herido fue por *nuestras* rebeliones...; el castigo de nuestra paz fue sobre él...; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros», Is. 53.

Uno por muchos –algunos por todos.

*¿Quién no piensa aquí en Adán?*

Es cierto, la relación de Adán y de su primera transgresión con nosotros es realmente única. Pero de ella podemos aprender para nuestro tema.

Adán «era» toda la humanidad. Estábamos en él. Él era nuestro representante cerca de Dios. Era nuestra cabeza, también en sentido jurídico. Así es, según las Sagradas Escrituras, la estructura del género humano, y lo debemos aceptar sencillamente. La humanidad parece más un racimo de uvas lleno de uvas aisladas que, ello no obstante, están unidas entre sí, que un montón de arena suelta, cuyos granos, si bien están juntos unos con otros, no están unidos entre sí o mutuamente. Nosotros estamos tan unidos con aquel primer hombre Adán, que el Espíritu Santo dice: «Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron», Ro. 5: 12.

El corazón de los hombres, humano y soberbio, y el entendimiento de los hombres, natural y apóstata, se oponen contra estas palabras, susurrando. –»¿Qué tengo yo que ver propiamente con el pecado de Adán?». Pero esta objeción es, en el fondo de la cuestión, no sólo injusta, sino también desagradecida. Ya hicimos notar el fenómeno de que nadie protesta cuando Dios, además de salvar a los justos Noé y Lot, también salva a sus respectivas *«casas»*, y además de proteger a Rahab, también salva a su *familia* y... ¡ quiere tener siempre su Pacto con nosotros y *nuestros hijos!*

En virtud de una misma estructura del género humano, todos nosotros somos culpables en Adán de la muerte; y si creemos en Cristo, *todos* podemos ser hechos salvos por *ese Hombre*, Jesucristo, Hijo de Dios. Si los hombres estuviesen tan separados recíprocamente, también en sentido jurídico, como el pensar individualista aparenta, un Cristo aparte debería haber sufrido y muerto por cada uno de los hombres. El mundo de los ángeles tiene otra estructura; en ese no existe el matrimonio ni la diferencia de sexo ni la multiplicación. Pero Dios «de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres», Hch. 17: 26; todos hemos nacido de un padre y una madre; y Dios ha mantenido esa estructura de la humanidad, a pesar de la entrada del pecado; y nos ha condenado en ese uno. Muchos son los que no aceptan esto; pero, repito una vez más, no olvidemos que esa misma estructura del genero humano asimismo hizo posible que *muchos*, muchísimos –un número incontable–, fueran hechos salvos por *Un hombre*, Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios. Y en Él, nos concedió Dios una nueva Cabeza que vino a hacer bien lo que la primera Cabeza había hecho mal, Ro. 5: 12–21 1 Co. 15: 22. Así pues, Jesucristo es, actualmente, «Primicias» de todos los que ciertamente durmieron, pero resucitarán tan ciertamente como Él, 1 Co. 15: 20 y 30. Pues nuestro Señor Jesucristo está tan estrechamente unido con nosotros, que su iglesia a veces es llamada su cuerpo en las Sagradas Escrituras, Ro. 12: 5, 1 Co. 6: 15, 10:17, 12: 12–31, Ef. 1: 23, 4: 12, Col. 1: 18 y 24. Cuando Saulo perseguía a cristianos, tuvo que oír por parte de Cristo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?», Hch. 9: 4.

## 4. NOSOTROS Y LOS DELITOS DE PASADAS GENERACIONES DE LA IGLESIA.

¿Qué tenemos que ver nosotros ahora con los pecados de nuestros *antepasados*? Con esta pregunta comenzamos este capítulo. ¿Quién se inquieta aún de que Dios pudiera visitar alguna vez a nuestra generación, además de por su pecado propio también por el de generaciones anteriores? ¿Dónde *se confiesan* aún esos pecados con el Salmo 79: «(SEÑOR), no recuerdes contra nosotros las iniquidades de nuestros antepasados»? Esta situa-

ción inquietante nos dio audacia para hacer ver cuán profundamente está enraizado en las Sagradas Escrituras el Salmo 79: 8. De nuevo deberemos volver a hablar acerca del pueblo de Dios como lo hacen «las palabras de Dios»; y de ahí que hayamos citado de las Sagradas Escrituras tantos ejemplos de la manera en que ellas hablan sobre el pueblo de Dios: no como una suma de individuos, sino como una unidad histórica que abarca a muchas generaciones, unidas entre sí por lazos de solidaridad, tanto respecto a las bendiciones de Dios, como tocante a la maldición de Dios.

Esta ojeada a la realidad descrita en la Biblia está enturbiada en muchos, no sólo por un modo de pensar individualista (y de ahí su resultante religiosidad del «yo»), sino también por la insensibilidad y ceguera ante los hechos por parte de la justicia de Dios en nuestro tiempo, cf. Los Salmos I, 12, 7. 335ss. El espíritu desde el que los deportados hablan en Ez. 18: 2 sigue estando vivo: «Los padres comieron las uvas agrias, y los dientes de los hijos tienen la dentera». Muchos cristianos parecen estar ciegos ante la ira de Dios acumulada, y quizá por eso, no saben qué hacer con el Salmo 79, v. 8. Este salmista temía el saldo a favor en ira que Israel había fomentado ante del SEÑOR, y por tal motivo, suplicó: ¡»No recuerdes contra nosotros las iniquidades de nuestros antepasados!»

### *a. Ira acumulada.*

A veces, puede ocurrir en un hogar, que los niños comienzan el día revoltosos y traviesos. Unos padres indulgentes no comenzarán entonces a distribuir enseguida castigos duros, sino que, de momento, se limiten a hacer advertencias. Sin embargo, puede suceder, que las advertencias no ayuden; pero que las travesuras duren de la mañana a la tarde. En días semejantes, se acumula el enojo y el enfado en el corazón de los padres; y su ira crece. Pero la medida se colma con un delito determinado; y entonces sigue una descarga de ira terrible. ¿Sólo por causa de este último delito? –No; este último incidente desata la ira que durante un día lleno de travesuras estaba *acumulada* en el corazón de los padres. Era la gota que hizo rebosar el vaso.

Así puede suceder también entre Dios y su pueblo.

Nuestro Padre celestial es indulgente; no siempre castiga enseguida. También Él, a veces, retiene su ira; y los hombres, por su lado «atesoran para sí mismos ira», como se expresa Pablo en Ro. 2: 5. ¡Un hombre puede acumular ante de Dios un tesoro de justicia, pero también de ira!

Así ocurrió frecuentemente en la historia de Israel.

Con frecuencia, hubo tiempos en los que Dios acumuló su ira, y en los que Israel se acumuló un capital de ira contra el Día–de–la–Ira. Aunque aquella ira llegó, como vimos arriba, no lo hizo sobre hijos inocentes de padres verdaderamente culpables, sino sobre hijos que prosiguieron en los caminos de injusticia de sus antepasados.

Como ilustración de esto, he aquí algunos ejemplos.

*El piadoso rey Josías.*

En el comienzo de su reinado, el reino de Judá aún estaba lleno de las maldades religiosas de su abuelo Manasés y su padre Amón. Pueblo y rey habían abandonado al SEÑOR durante su reinado; entonces comenzó Josías a purificar el país y el templo (bonita expresión para lo que nosotros llamamos reforma o reforma de la iglesia), 2 Cr. 34: 1–8. Además de esto, se encontró «el libro de la ley de Jehová», que Safán leyó al rey. «Luego que el rey oyó las palabras de la ley, rasgó sus vestidos, y dijo: «grande es la ira de Jehová que ha caído sobre nosotros, por cuanto *nuestros padres* no guardaron la palabra de Jehová, para hacer conforme a todo lo que está escrito en este libro», 2 Cr. 34: 19 y 21.

Por consiguiente, Josías aún acertó a ver, que –como él dijo– «nuestros padres» se habían acumulado ante el SEÑOR un capital de ira; y temía, que aquella ira acumulada pudiera descargarse alguna vez sobre su generación. Este temor ciertamente no estaba mal fundado; pues la profetisa Hulda tuvo que decirle en nombre del SEÑOR, que la ira de Dios acumulada no podía ser apagada, 2 Cr. 34: 25.

Sin embargo, de esta historia aprendemos a ver (= conocer) no sólo la ira acumulada de Dios, sino que al mismo tiempo recibimos una confirmación de la regla, según la cual le vimos actuar: «Como les fue a los padres, así les irá a los

hijos, a no ser que éstos se revelen diferentes». Pues, tan pronto como Josías se humilló y tomó otra actitud que su padre y abuelo ante Dios, el SEÑOR mandó a decirle: «Por cuanto oíste las palabras del libro, y tu corazón se conmovió, y te humillaste delante de Dios al oír sus palabras sobre este lugar y sobre sus adoradores, y te humillaste delante de mí, y rasgaste tus vestidos y lloraste en mi presencia, yo también te he oído», 2 Cr. 34: 26–27. El SEÑOR guardó su ira por unos cuantos años más; y justo bajo el reinado de su impío hijo Joacim –quien nuevamente vivió en la injusticia de su abuelo y bisabuelo– comenzó el SEÑOR a descargar su ira acumulada, 2 Cr. 36: 5–8.

Acerca de este «guardar ira» dijo el SEÑOR en cierta ocasión por Isaías: «He aquí que escrito está delante de mí; no callaré, sino que recompensaré, y daré el pago en su seno por vuestras iniquidades, y por las iniquidades de vuestros padres *juntamente*», Is. 65: 6–7.

*Profecías de Jeremías.*

También en éstas encontramos palabras sorprendentes sobre «el capital de ira», que Judá «se había atesorado para el día de la ira y del justo juicio» de Dios, Ro. 2: 5, como más tarde expresó el apóstol Pablo. Llamamos la atención sobre las siguientes citas del libro de Jeremías.

Cuando Judá preguntara a Jeremías por las razones de sus profecías del juicio, debía responder: «Porque vuestros padres me dejaron,..., y vosotros habéis hecho peor que vuestros padres», Jer. 16: 10–12. De nuevo, pues, una prueba de que la participación en maldición con los antepasados presupone participación en pecado y culpa; y, en ese caso, el SEÑOR es un Dios que «castiga la maldad de los padres en sus hijos después de ellos», Jer. 32: 18.

En Jer. 32, el SEÑOR se queja de que ya durante siglos, ha sido ofendido por su pueblo: «Porque los hijos de Israel y los hijos de Judá *no han hecho sino lo malo* delante de mis ojos desde su juventud. Porque *los hijos de Israel no han hecho más que provocarme a ira con la obra de sus manos... De tal manera que para enojo mío y para ira mía me han sido esta ciudad desde el día que la edificaron hasta hoy...*» Fíjate en las últimas palabras de esta cita: «¡hasta hoy!» Esto así, lo siguiente

es mucho más claro: «para que la haga quitar de mi presencia, por toda la maldad de los hijos de Israel y de los hijos de Judá, que han hecho para enojarme, ellos, sus reyes, sus príncipes, sus sacerdotes y profetas (fíjese el lector, que el SEÑOR habla en plural), y los varones de Judá y los moradores de Jerusalén; y me volvieron la cerviz, y no el rostro; y cuando los enseñaba desde *temprano y sin cesar*, no escucharon para recibir corrección», vs. 30–33. Y así, durante aquellos años creció la ira del SEÑOR...

Y cuando aquella cólera cayó plenamente con la venida de Nabucodonosor, y la mayoría de judíos estaban preparados para ser deportados hacia Babilonia, un pequeño remanente quedó atrás en el país; pero, incluso este remanente permaneció cerca de los dioses paganos, Jer. 44: 1–8.

Es aleccionador para nuestro tema, cómo el SEÑOR habló a estos judíos soberbios acerca del pecado de sus padres: «¿Os habéis olvidado de las maldades de vuestros *padres*, de las maldades de los *reyes* de Judá, de la maldades de sus mujeres, de vuestras maldades y de las maldades de *vuestras* mujeres que hicieron en la tierra de Judá y en las calles de Jerusalén? No se han humillado hasta el día de hoy, ni han tenido temor, ni han caminado en mi ley ni en mis estatutos, los cuales puse delante de vosotros y delante de vuestros padres. Por tanto, según la regla: como a los padres, así a los hijos así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: He aquí que yo vuelvo mi rostro contra vosotros para mal...», Jer. 44: 9–11. Fíjate también en la conexión «nosotros y nuestros padres» en Jer. 44: 17; y en que el «nosotros» de esta porción bíblica incluye las sucesivas generaciones anteriores.

*También Ezequiel cap. 20 es aleccionador en este contexto.*

El profeta recibe visita de una delegación de los ancianos de los deportados en Babilonia. Quieren consultar al SEÑOR, por medio de Ezequiel; y el profeta recibe el encargo de hacerlo: «Hazles conocer las abominaciones de *sus padres*», v. 4. Lo cual hace Ezequiel acto seguido. Para ello, también transmite estas palabras del SEÑOR: «... y no dejaron los ídolos de Egipto; y dije *que derramaría mi ira sobre ellos*, para cumplir mi enojo en ellos en medio de la tierra de Egipto. Pero he actuado

por amor de mi nombre», v. 8. Por eso el SEÑOR retuvo su ira; aunque ésta llegó a ser tan grande en el desierto, que Dios, sólo por amor de su Nombre, dejó de destruir allí a Israel, v. 13. Los hijos de esta generación eran igual que sus padres: «se rebelaron contra mí», v. 21. Por lo cual, «dije entonces que derramaría mi ira sobre ellos, para cumplir mi enojo en ellos en el desierto»; pero el SEÑOR retuvo su ira algo más: «Mas retraje mi mano a causa de mi nombre», v. 22. También generaciones posteriores ofendieron al SEÑOR, v. 27. Por eso Ezequiel, en nombre del SEÑOR, debió preguntar: «¿No os contamináis vosotros a la manera de vuestros padres, y fornicáis tras sus abominaciones?», v. 30. Y debido a la regla aquella: «De tal palo tal astilla» también sucedió aquí, la ira del SEÑOR acumulada sobre los padres cayó sobre los hijos, porque éstos siguieron imitando los pecados de los padres, Ez. 20: 33–38. «Con enojo derramado (ahora no retenido por más tiempo), he de reinar sobre vosotros», les hizo saber Dios, v. 33; cf. Lm. 2: 17, 5: 7; Mt. 23: 32-36.

Estos textos bíblicos pueden poner en claro, que la ira de Dios puede *crecer* a través de los años, y a veces a través de los siglos. Hasta que su pueblo ha colmado la ira del SEÑOR, y entonces los piadosos tienen razón para echarse a temblar. Sí, precisamente los mismos justos que andan irreprochablemente ante Dios, *confiesan* entonces, en concepto de solidaridad con las culpas históricas, los pecados de sus predecesores y contemporáneos Mt. 23: 32-36.

*b. Noción de solidaridad en culpas históricas.*

Uno de aquellos que temió ante el «exceso de ira» que Israel había fomentado cerca del SEÑOR, fue el poeta/autor del Salmo 79. De ahí su súplica: «¡No recuerdes contra *nosotros* las iniquidades de nuestros antepasados!» Este justo reconocía, pues, una solidaridad en las culpas históricas de la iglesia; y esto, *¡a pesar de su justicia personal!* Este fenómeno lo encontramos cerca de los «mejores» en Israel. *Ellos* confesaban la injusticia de los padres como suya, aunque ellos, personalmente, temieron mucho al SEÑOR.

A este respecto, aquí siguen unos cuantos textos bíblicos.

*El intercesor justo a favor de un pueblo impío.*

En el libro Levítico, cap. 26, leemos: «Y confesarán su iniquidad, y la iniquidad de sus padres... Entonces yo me acordaré de mi pacto con Jacob, y asimismo de mi pacto con Isaac, y también de mi pacto con Abraham me acordaré», vs. 40–42, cf. Neh. 1: 9. ¿Esperó el poeta/autor del Salmo 79, como el Salmo 74, que Dios se volviera atrás, como Moisés había prometido, en profunda humillación por el peligro del castigo? (Véase otra vez el cap. 20, al comentar el v. 12 del Sal. 74). Sea como fuere, este poeta/autor del Salmo 79 debe haber temido mucho al SEÑOR. No habría participado personalmente en la injusticia de sus predecesores, o ciertamente habría roto con ella; pero, esto no obstante, *él* es aquel que ruega que el SEÑOR no quiera imputar esta injusticia a la generación que vive en su día.

Las Sagradas Escrituras dejan ver más ejemplos de piadosos que, a pesar de su justicia personal, confiesan como suya la injusticia de los antepasados; y eso que estos intercesores tenían tan poca necesidad de distanciarse individualmente de sus predecesores pecadores. Aquí volvemos a encontrar, al mismo tiempo, el caso o fenómeno que ya hicimos notar y comentamos: que *algunos* actuaron, a veces, como si ellos encarnasen todo el pueblo. Este poeta se hizo portavoz de todo el pueblo; con lo cual continuó una hermosa tradición.

*El rey David.*

Cuando el SEÑOR le libró de las garras de Saúl y de todos sus enemigos, David cantó en su himno de acción de gracias: «Jehová me ha premiado conforme a mi justicia..., conforme a la limpieza de mi vista», 2 S. 22: 21-22 y 25 (= Salmo 18). Pero, a pesar de esta justicia personal expresada y de su limpieza ante el SEÑOR, también del mismo David leemos esta manifestación acerca del arca: «..., porque desde el tiempo de Saúl no hemos *(¡nosotros!)* hecho caso de ella», 1 Cr. 13: 3; y eso lo dice el piadoso David, quien, precisamente por causa del arca, no había podido dormir, cf. Sal, 132. Los cristianos modernos quizá habrían dicho: «(Ellos) no se han preocupado del arca», pero el humilde David no se aisló de manera individualista, y dijo: «*(Nosotros)* no hemos hecho caso de ella».

*El rey Ezequías.*

«E hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho David su padre», 2 Cr. 29: 2. La Biblia dedica tres capítulos a la justicia de Ezequías. Pero, esto no obstante, no se desligó de sus antepasados infieles, tomando una actitud de: –»Eso no lo hice yo, sino mi padre Acaz». No; fue precisamente el piadoso Ezequías quien confesó: «Porque *nuestros* padres se han rebelado, y han hecho lo malo ante los ojos de Jehová nuestro Dios... Y he aquí nuestros *padres* han caído a espada, y nuestros hijos, nuestras hijas y nuestras mujeres fueron llevados cautivos por esto», 2 Cr. 29: 6–9, cf. 2 Cr. 28: 17 y 21; y mandó ofrecer una víctima propiciatoria por la casa real, 2 Cr. 29: 21.

*El rey Josías.*

También este bisnieto de Ezequías «hizo lo recto ante los ojos de Jehová, y anduvo en los caminos de David su padre (¡!), sin apartarse a la derecha ni a la izquierda», 2 Cr. 34: 2. De nuevo un ejemplo de alguien que él mismo era un justo; pero, ello no obstante, se supo ligado, unido con sus impíos (Manasés y Amón) padres y sus contemporáneos, tanto en Judá como en Israel. Ya vimos cómo rasgó sus vestiduras cuando Safán le leyó del reencontrado libro de la ley. Entonces, Josías reconoció: «... Grande es la ira de Jehová que ha caído sobre nosotros, por cuanto *nuestros padres* (como su padre Amón y su abuelo Manasés) no guardaron la palabra de Jehová», 2 Cr. 34: 19 y 21. Josías tenía en cuenta la ira de Dios acumulada, y la participación en las culpas históricas de la iglesia.

*El profeta Jeremías.*

También este hombre piadoso se hizo muchas veces intérprete de su pueblo pecador. En lugar de distanciarse del mismo, él fue el hombre que confesó: «*(Nosotros)* yacemos en nuestra confusión, y *nuestra* afrenta nos cubre; porque *(nosotros)* pecamos contra Jehová nuestro Dios, *nosotros y nuestros padres*, desde nuestra juventud (cf. 2: 2) y hasta este día, y no hemos escuchado la voz de Jehová nuestro Dios», Jer. 3: 25, cf. 32: 23, 44: 9.

En Jer. 14: 20, el profeta confiesa: «Reconocemos, oh Jehová, nuestra impiedad, la iniquidad de *nuestros padres*; porque contra ti hemos pecado *(¡nosotros!)*». Pero el SEÑOR respondió, que un eventual arrepentimiento de Israel ahora, llegaría tarde, porque él estaba a punto de visitar al Judá del tiempo de Jeremías, «*por causa de Manasés*, hijo de Ezequías, rey de Judá, por lo que hizo en Jerusalén», Jer. 15: 4. Ira acumulada sobre una generación que se empecinó en los pecados de los padres. Esta ira también se manifiesta en Jer. 16: 10–12, donde el SEÑOR instruye a su siervo en caso de que se le pregunte: –«¿Por qué todas esas profecías aciagas, desastrosas?» Entonces, Jeremías debió responder: «Porque *vuestros padres* Me abandonaron..., *y porque vosotros os habéis comportado aun peor que vuestros padres*».

Y cuando la noche del destierro ya había caído y Dios había derramado su ardiente ira sobre Judá y Jerusalén, nuevamente hubo justos que confesaron en primera persona del plural los pecados de los padres y de los contemporáneos: Daniel, y los autores de Lamentaciones y de los Salmos 106 y 79.

*El profeta Daniel.*

Lee toda su emocionante súplica en el cap. 9, de la cual sólo podemos citar un par de pasajes: «Ahora, Señor, Dios grande, ..., *(nosotros)* hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impíamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas. No hemos obedecido a tus siervos los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes... Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la confusión de rostro, como en el día de hoy lleva todo hombre de Judá, los moradores de Jerusalén, y todo Israel, los de cerca y los de lejos, en todas las tierras adonde los has echado a causa de su rebelión con que se rebelaron contra ti. Oh Jehová, nuestra es la confusión de rostro, de nuestros reyes...; porque contra ti pecamos», Dn. 9: 4–8.

Esto confesó el piadoso Daniel, de cuya obediencia está lleno todo el libro del mismo nombre. Este hombre piadoso se incluyó últimamente en sus culpables antepasados confesando: «...Hemos pecado, hemos hecho impíamente», Dn. 9: 15.

*Los autores del libro Lamentaciones.*

También éstos cantaron sus quejas desde una intensa implicación con la Jerusalén histórica. El autor de Lamentaciones 1, se hace intérprete de esta ciudad dándole la palabra en primera persona del singular. Pero en Lamentaciones 3, la confesión suena así: «*Nosotros* nos hemos rebelado, y fuimos desleales», v. 42; y en Lam. 4, se confiesa: «Por causa de los pecados de sus profetas, y las maldades de sus sacerdotes, quienes derramaron en medio de ella la sangre de los justos», v.13. Cuando parece ser que allí ya no oímos confesión de culpas históricas, entonces nos encontramos con ella en el cap. 5, v. 7: «*Nuestros padres* pecaron, y han muerto; y nosotros llevamos su castigo».

*Salmo 106.*

«Pecamos *nosotros, como nuestros padres*; hicimos iniquidad, hicimos impiedad», confiesa el salmista en el v. 6. ¡A lo cual añade la culpa ante Dios desde Egipto hasta el destierro babilónico! «*Nuestros padres en Egipto* no entendieron tus maravillas», v, 7. Sí; este piadoso intercesor se sintió, durante el destierro babilónico, relacionado con los pecados de Israel en el desierto (vs. 13–33), con el tiempo de los jueces (vs. 34–36) y con la época de los reyes (vs. 36–39). Su Salmo es una confesión amplia de *culpas históricas*, entre las cuales algunas de más de 500 años atrás.

¿Y reinó inmediatamente después del regreso del destierro una consonancia de gloria y victoria entre los deportados que retornaron? Ciertamente; hubo alegría, cf. Sal. 126. Pero las culpas seculares de la iglesia que habían conducido al destierro, ciertamente no habían caído en el libro del olvido, en fieles como Esdras y Nehemías. Y cuando de nuevo se confrontaron con el pecado del pueblo de Dios, también confesaron *aquellas culpas históricas.*

*Esdras.*

Este piadoso sacerdote, conturbado por los matrimonios mixtos entre los retornados, confesó: «Dios mío, confuso y avergonzado estoy para levantar, oh Dios mío, mi rostro a ti, porque *nuestras* iniquidades se han multiplicado sobre

nuestra cabeza, y nuestros delitos han crecido hasta el cielo. Desde los días de *nuestros padres* hasta este día hemos vivido en gran pecado; y por nuestras iniquidades, *nosotros*, nuestros reyes y nuestros sacerdotes...», Esd. 9: 6–7.

También Esdras no se desligó de sus padres y pecados de los mismos; y aunque, personalmente, temía mucho al SEÑOR, se supo miembro de un pueblo pecador, y confesó: «*Nosotros* hemos dejado tus mandamientos», v. 10. Léase todo el capítulo 9 de un tirón, ¡pero muy atentamente!

*Nehemías.*

En su capítulo 1, leemos una oración en la que pide al SEÑOR, que escuche «la oración de tu siervo, que hago ahora delante de ti día y noche, por los hijos de Israel tus siervos; y confieso los pecados de los hijos de Israel que *(¡nosotros!)* hemos cometido contra ti; sí, *yo y la casa de mi padre* hemos pecado», 1: 6. Pero, sobre todo su oración en el capítulo 9 deja ver cómo también este justo se ha sabido miembro de una serie de *generaciones* pecadoras. Viendo la miseria que alcanzó a Judá desde las invasiones de los asirios hasta la propia época de Nehemías, este hombre piadoso en compenetración con todos los que habían sufrido las castigos del SEÑOR, confiesa: «Pero tú eres justo en todo lo que ha venido sobre nosotros; porque rectamente has hecho, mas *nosotros* hemos hecho lo malo. Nuestros reyes, nuestros príncipes, nuestros sacerdotes y *nuestros padres* no pusieron por obra tu ley», 9: 33–34. Y en el v. 37 habla acerca de «los reyes que has puesto sobre nosotros por *nuestros* pecados».

Estos fueron nueve ejemplos de personas que, una por una, temieron filialmente al SEÑOR. En ellos no se cumple la regla: «de tales padres, tales hijos». Reyes como Ezequías y Josías rompieron claramente con los pecados de sus padres. Esto no obstante, confesaron esos pecados como portavoces del pueblo de Dios. Fueron los intercesores justos de un pueblo impío; y como vimos, hablaron, no sólo en tercera persona, sino también y muy a menudo en primera persona del plural.

En lo que precede, vimos ejemplos tomados de las Sagradas Escrituras, en los que actuaron uno por todos o algunos por todos. Cuando *Acán* robó, se encendió la ira de Dios contra los *israelitas*, Jos. 7: 1. ¿Se habría calmado la ira de Dios de forma análoga después del destierro? ¿Habría aceptado entonces el SEÑOR la *confesión de culpas* de aquellas personas individuales también como válidas para todos, y también permitir a Israel volver a su país por amor de este Remanente intercesor? Como Dios, «por amor de David», dio una lámpara a Abiam en Jerusalén, 1 R. 15: 4; y libró de Egipto a Israel «por amor a *Abraham*», Ex. 2: 24; y habría perdonado a Sodoma por algún justo más, Gn. 18.

*c. Nosotros y las maldades de nuestros antepasados cristianos.*

Después de lo expuesto hasta aquí, el Salmo 79: 8 –versículo que formó la introducción a este capítulo– precisa poco comentario más. «¡No recuerdes contra nosotros las iniquidades de nuestros antepasados!» Por esta súplica reconocemos en este salmista un íntimo espíritu afín de intercesores como los autores de Lamentaciones, Salmo 106 y Daniel, Esdras y Nehemías, todos los cuales confesaron ante Dios en el mismo siglo y bajo el mismo peligro de juicio las mismas culpas históricas de la iglesia. Tampoco nuestro salmista se sentía un religioso individualista, sino estrechamente implicado en los pecados de sus antepasados.

Por desgracia, cosas como las que en este capítulo en relación con el Salmo 79: 8, se expusieron desde las Sagradas Escrituras, atentan completamente contra el pensar y el obrar de una Cristiandad que ha sido atacada muy fuertemente por el bacilo de la revolución, los virus del individualismo y un enfoque de vida no–histórico. Solidaridad en privilegios y en culpas, responsabilidad de una generación para con otra, autoridad de padres y madres sobre sus hijos, también con respecto al Pacto y las palabras de Dios, –son cosas que muchos cristianos sencillamente pueden digerir con dificultad. No conocen el amor a la historia de su familia, su ciudad, su país, la Cristiandad de la que forman parte. Son, pues, gentes o personas antihistóricas, sin profundidad[6].

Sin embargo, en una ocasión, el apóstol Pedro escribió: «Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día», 2 Pe. 3: 8. ¿Qué supone esto? –Que, para el SEÑOR, apenas ha transcurrido un día, que los acontecimientos de la Edad Media sucedieron. ¡De manera que, también los pecados e injusticias de nuestros padres, aún están muy frescos en sus pensamientos!

¿Quién se hace cargo de esto?

¿Quién *teme* aún por *sí mismo* y por *sus hijos y nietos* la ira acumulada de Dios sobre los pecados de los cristianos en la Edad Media y en los siglos posteriores hasta hoy día? El salmista–autor del Salmo 106 se sentía implicado en pecados cometidos hacía *más de 500 años* atrás. ¿Quién tiene aún miedo de la ira de Dios que nuestros padres se han atesorado por su racionalismo (= retorcer la Palabra de Dios hasta convertirla en conceptos eclesiásticos) y por su misticismo (= retorcer la Palabra de Dios hasta reducirla a «experiencia»)? ¡Religiosa «maldad de los padres» (2º mandamiento)! Además, ¿quién teme la ira de Dios sobre «nuestra» injusticia social contra los esclavos negros, los extranjeros y emigrantes, y contra nuestros propios hermanos y hermanas (=trabajo infantil, desatención a los viudos y viudas, a los huérfanos y clase obrera) tanto ahora en nuestros respectivos países como antaño en las colonias de ultramar conquistadas por los países «cristianos» de Occidente?[7] ¿O se opina que es posible distanciarse de sus antepasados pecadores y su maldad mediante un «declaración de separación» o cosa parecida?

Nosotros deberemos volver no sólo al modo de hablar de las Sagradas Escrituras acerca del *hombre*, a fin de que estemos armados frente a toda clase de antigua y moderna religiosidad gnóstica del «alma» y frente a la naciente marejada de mística oriental, pero igualmente retornar a la enseñanza bíblica acerca de la estructura de la *humanidad*. Así podemos librarnos del lazo de todo tipo de culto antihistórico de la «personalidad» y «religión del yo», que está ciega tanto para con hechos históricos de la salvación de Dios, como para con nuestras culpas históricas; y , por lo mismo, no teme la ira de Dios acumulada, ni se da cuenta de su mano levantada, o ya azotante, y sencillamente no se le alcanza invo-

car el nombre y la misericordia de Dios a causa de falta de conciencia o noción de culpa. Una actitud tan dura y carente de humildad sólo puede agravar aún más la situación de nuestra Cristiandad, y atraer juicios aun más severos. El «celo» fanático por Dios, y el activismo macabeo sin visión de la situación sólo pueden agrandar aun más la cólera de Dios en semejante situación.

¡Quiera Dios nuestro SEÑOR, en su benevolencia, darnos en nuestro tiempo intercesores de oraciones como la del Salmo 79: 8; es decir, piadosos que se sepan implicados en los pecados de los padres! ¡Ojalá que desde las entrañas de la Cristiandad aún se eleve una súplica ferviente al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo tan ofendido por muchos: «¡No recuerdes contra nosotros las iniquidades de nuestros antepasados; y vengan pronto tus misericordias a encontrarnos!»

NOTAS

1. H. Wheeler Robinson, *The Hebrew Conception of Corporate Personality*, art. en: Paul Volz, Friedrich Stummer y Jon. Hempel, Werden und Wesen des Alten Testaments, Beih. Z. A. W. 66, Berlin 1936, 52.

2. Meredith G. Kline, *By Oath Consigned*, Grand Rapids, Michigan, USA, 86–89.

3. Idem.

4. Johs. Pedersen, *Israel its life and culture*, Londen/Copenhagen 1954, I/II, 273.

5. H. Wheeler Robinson, o. c., 56

6. El Dr. P. A. van Stempvoort, Oud en Nieuw (la Carta a los Gálatas), Nijkerk (Holanda) 1951, tratando Gá. 3: 15–18, observa: «El hombre moderno y atomizado no entiende más este pensamiento de personalidad corporativa. Ha perdido la unidad orgánica de las generaciones en la iglesia, en el país y en su familia. Se siente individuo en la masa, también en la «masa» dentro de los muros de la iglesia», o. c., 89.

7. James Pope–Hennesy dio a su estudio sobre los tratantes de negros en Occidente este sugerente título: «De zonden der vaderen» (= Los pecados de los padres»), Amsterdam (Holanda) 1968, y así se lee: «Debe decirse que, no sino después de largas discusiones religiosas acerca de la rectitud de la esclavitud, y comercio de esclavos y la conformidad con la enseñanza cristiana protestante, se llegó al acuerdo de participar en este comercio», A. van Dantzig, *Het Nederlandsche aandeel in de slavenhandel* (La participación neerlandesa en el comercio de negros), Bussum, 1968. La Reforma del siglo XVI no trajo conversión de estos pecados. Los pueblos cristianos europeos (romanocatólicos y protestantes), en este aspecto, lo han hecho aun peor que el antiguo mundo de esclavos frente a nosotros, cf. L. C. Vrijman, *Slavenhalers en Slavenhandel* (= Negreros y comercio de negros), 1937. Buques holandeses de esclavos llevaron entre Africa y América junto con la Biblia Estatal en el camarote, esclavos negros en la bodega.

# Capítulo 22

## SALMO 88: EN EL ÚLTIMO ESTADIO DE UNA ENFERMEDAD MORTAL

El Salmo 88 es, probablemente, el más sombrío de todos los salmos. ¿O puedes mencionar uno solo que hable más tristemente, o que concluya tan sin consuelo? En ediciones de la Biblia en las que el último versículo de este salmo se halla al pie de la página, instintivamente lo pasamos por alto, pues uno espera aun un final consolador, como el que conocemos en otros salmos de lamentación. Toma, por ejemplo, el Salmo 130 que comienza con: «De lo profundo, oh Jehová, a ti clamo»; pero, al final, todo lo resuelve con: «Espere Israel en Jehová, porque (–) redimirá a Israel de todos sus pecados». Empero el Salmo 88 concluye con «tinieblas», y con esta última palabra está absolutamente tipificado. ¡También aquí oímos a un enfermo agonizante! Cada versículo desprende, por así decirlo, un olor de muerte.

¿Qué hace un salmo tan sombrío en la Palabra de Dios?

## 1. UN POEMA DIDÁCTICO DE HEMAN, EL ESDRAÍTA.

¿Qué hace en la Palabra de Dios que frecuentemente es llamada la Buena Noticia, un salmo tan sombrío en el que no puede reconocerse ni una pizca de gozo? El epígrafe da respuesta a esta pregunta: Este himno sombrío se halla en las Sagradas Escrituras para nuestra enseñanza. El Salmo 88 es un *poema didáctico* (en hebreo: un *maskil*). Ya nos topamos con esta palabra al comentar el Salmo 74 (cf. cap. 20, 1. c.). Tales salmos quieren enseñar a comprender determinadas situaciones desde la Palabra de Dios, y de ahí su nombre: *maskil* (= poema didáctico); pues dan o procuran penetración y perspicacia en la luz de la Palabra. En el Salmo 88 se trata de la situación desesperada de un hombre enfermo terminal.

Por tanto, el Salmo 88 es un poema didáctico para personas enfermas en el lecho de muerte.

Y así, para días tan tristes, nos puede enseñar importante sabiduría. Por citar alguna, la siguiente: ¿De qué forma podemos acercarnos entonces a Dios?; ¿en qué actitud?; ¿en qué tono?; ¿con qué argumentos podemos entonces reforzar nuestras oraciones? Acerca de estas cosas el Salmo 88 nos enseña sabiduría evangélica. ¿O no es liberador el poder aprender de Hemán, que Dios no desea de nosotros triunfalismo de fe ninguno cuando nos acercamos al encuentro de nuestro final? Cuando los hijos de Dios pasan por el valle de las sombras de la muerte, nuestro Padre celestial no exige robustez de fe alguna. Por el contrario, según este Salmo, puede ser que entonces prefiera que en su intensa tristeza y confusión, poco más hagan que gemir un poco a sus oídos. ¿Qué otra cosa es realmente el Salmo 88 que el quejarse un moribundo a los oídos de Dios? Nuestro Padre celestial no ha tomado a mal a Hemán este quejarse; pues, de lo contrario, el Espíritu de Dios no habría incluido en las Sagradas Escrituras esta queja. ¿No puede este poema didáctico operar distensión evangélica alguna frente a una cierta especie de religiosidad fúnebre, tanto en el lecho de muerte como en su entorno?

### *¿Quién fue Hemán, el autor de este salmo?*

Se ha pensado en Hemán, el *sabio*, quien sólo por Salomón fue superado en inteligencia y comprensión, 1 R. 4: 31.

Bien es verdad, que este Hemán es mencionado como hijo de Zera en 1 Cr. 2: 6, zeraita; pero, por la permutación de las dos primeras letras, puede resultar ezraita. Entonces el Salmo 88 sería la oración–en–peligro–de–muerte de una de las personas más sabias; lo cual elevaría aun más el valor del salmo como poema didáctico.

Esto no obstante, hay otro Hemán, en quien, en su contexto, también se ha pensado, a saber, el Hemán de 1 Cr. 6: 33–38, 15: 17 y 19, 16: 41–42, 25: 1, 4, 6, 2 Cr. 5: 12, 29: 14, 35: 15. Este Hemán fue un nieto de Samuel y, por consiguiente, un bisnieto de la profetisa Ana. David le designó, junto con los conocidos Asaf y Etán, como líderes o dirigentes del canto comunitario en el templo. Fueron llamados, concretamente, para glorificar a Jehová, «porque es eterna su misericordia», 1 Cr. 16: 41. Este Hemán, asimismo contemporáneo de Salomón (2 Cr. 5: 12), también es llamado «vidente del rey en las cosas de Dios», 1 Cr. 25: 5. Es igualmente atractivo pensar en este Hemán como autor del Salmo 88. En este caso, un hombre cuyo cargo habría sido engrandecer cantando la misericordia del SEÑOR, nos habría dejado un poema didáctico para oraciones del pueblo de Dios en trance de peligro de muerte.

Parece no poderse determinar con certeza en cuál de ambos Hemán debemos pensar como autor del Salmo 88. Algunos exégetas opinan que las Escrituras no se refieren a dos Hemán, sino a uno solo: un sabio cantor[1]. Esto no obstante, una cosa es segura: si el Salmo 88 procede de la mano de un hombre muy sabio, o de un cantor profético, o de un sabio cantor, en todo caso, no es un salmo cualquiera, y fue «inspirado por el Espíritu Santo», 2 Pe. 1:21. Este poema, escrito con mano agonizante, o dictado con boca agonizante, fue tan grato a Dios el SEÑOR, que lo conservó en su Palabra para su pueblo, para servicio de los enfermos en su hora extrema como oración de súplica y queja.

## 2. Vs. 1–9: «YO EXTIENDO MIS MANOS A TI».

Versículos 1–2:

*«Oh Jehová, Dios de mi salvación,*

*día y noche clamo delante de ti*[2].
*Llegue mi oración a tu presencia;*
*inclina tu oído a mi clamor».*

Estos primeros versículos son determinantes para todo el salmo. Puede ser uno de los más sombríos de todo el Libro de los Salmos, orado por un hombre que se hallaba al borde del sepulcro; y, sin embargo, no abandona a Dios, Job 2: 9. No cierra los puños blasfemando contra el cielo, sino que extiende sus manos para orar. En toda su miseria, Hemán permanece aferrándose a Dios. También el Salmo 88 es cantado sobre el fondo rocoso del Pacto de Dios con Israel.

Hemán, en su peligro de muerte, se dirige al SEÑOR. Este Nombre forma realmente la clave para entrar en el salmo, pues en esas cuatro letras hebreas JHWH (Yahweh), por decirlo de alguna manera, Dios habría microfilmado toda su promesa del Evangelio para Israel. En el Nombre Yahweh, el israelita creyente oía estos dulces acentos: «Salvador, Ayudador, Dador de vida, Yo estoy contigo». Además, Hemán aun le llama: «Dios de mi salvación»; y salvación significa: liberación; lo cual también se traduce por: «mi Redentor»[3]. Es el mismo que ahora conocemos como el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

A él clama Hemán día y noche: «¡inclina tu oído!»

Uno parece ver a un hombre acabado levantando sus manos a lo alto; ésta era al menos una de las actitudes de oración israelita. De mañana temprano comienza, v. 13, y de noche eleva sus manos reiteradamente, v. 1.

En estos primeros versículos, el salmo de Hemán es un auténtico poema didáctico. No oculta que es un trozo de miseria. No coloca esa miseria en una luz falsamente religiosa; y tampoco pone en duda el poder liberador del SEÑOR. Con lo cual, naturalmente, no se niega la existencia de tentaciones en la vida de los hijos de Dios, y tampoco con ello se demuestra que los atacados o seducidos siempre son personas de poca fe o incluso incrédulas. ¡Cuán grandes tentaciones del diablo ha conocido nuestro Salvador; y ello no obstante, nuestro Señor era el mayor Creyente. «El acusador de nuestros hermanos» (Ap. 12: 10), puede conturbar de tal manera el corazón humano, que a veces duda del perdón de los pe-

cados; sí, incluso de la existencia de Dios. Pero esto no es una *regla*, como ciertos creyentes parecen pensar. En ocasiones, se preguntan angustiados: –»¿Tendré que resistir aún en mi lecho de muerte tentaciones graves?» Para éstos, el Salmo 88 es un poema alentador. Hemán sabía bien lo que es sufrir; pero, según parece, no tenía ni noción de lo que es sufrir tentaciones. Su confianza en Dios estaba inalterada. El SEÑOR era el Dios de su salvación. El Salmo 88 puede, pues, terminar con la palabra «tinieblas»; el haz luminoso de sus primeras palabras penetra allí con ímpetu a través de ellas.

La alocución de Hemán también nos enseña que aún tenía perspectiva de liberación por parte del SEÑOR; ¿y este pobre enfermo ha recibido realmente resultado a su oración? ¿Mejoró Hemán de esta enfermedad, y escribió entonces él mismo este salmo? ¿Llamó al SEÑOR «Dios de mi salvación» por motivo de su esperanza de la resurrección de los muertos y la vida del siglo venidero, pues los creyentes del Antiguo Testamento ya las conocían?, cf. Los Salmos I, 7. 4., 202ss. En cualquier caso, no nos atrevemos a colocar juntos los Salmos 30 y 88 como oraciones de dos enfermos terminales; uno que sí se curó (Sal. 30), y otro que no se curó (Sal. 88).

Lo cierto es, que el Salmo 88 nos coloca en la situación de un hombre creyente que ve la muerte ante sus ojos; y este hermano, enfermo terminal, no estimula en su poema didáctico a la iglesia en aquella situación de necesidad extrema, a enviar gritos subversivos al cielo, sino a derramar nuestras quejas como oraciones humildes a Dios, acompañadas del ruego a la Suprema Majestad, que quiera inclinar sus oídos a esas súplicas.

Versículos 3 al 6:

*«Porque mi alma está hastiada de males,*
*y mi vida ha alcanzado el reino de los muertos.*
*Soy contado entre los que descienden al sepulcro;*
*soy como hombre sin fuerza.*
*Entre los muertos está mi lecho (casa)*
*como ocurre a los desterrados.*
*Mi diván está en el sepulcro.*[4]
*Donde no te acuerdas más de los muertos,*
*al ser arrebatados de tu mano.*

*Tú me has puesto en el hoyo más profundo,*
*en tinieblas, y en regiones profundas».*
(Versión propia del autor).

También aquí tropezamos con el significado amplio que las palabras vida y muerte pueden tener en la Biblia, cf. el comentario al Salmo 30 en Los Salmos I, 10, 261ss. Del mismo modo que David en el Salmo 30 no estaba «muerto», tampoco Hemán lo estaba en el Salmo 88, en el sentido estrictamente biológico de la palabra; es decir, que ya no funcionaban más su corazón y cerebro. En ese sentido, Hemán aún vivía realmente; pero, para su propio sentimiento, ya pertenecía a los muertos; pues Hemán estaba muerto y enfermo de muerte, «hastiado de males» (v.3), enfermo de aflicción (v.9), alejado de sus conocidos (v.8), aterrado y medroso (v. 15), oprimido por iras y terrores (v. 16). A semejante existencia no la llamaba «vida» el israelita piadoso; y Hemán ya la llamó encontrarse en el poder de la muerte.

Para lo cual Hemán usa expresiones características: «Soy contado entre los que descienden al sepulcro...» (v. 4)[5]. Por tanto, ya ve su nombre inscrito en el registro civil del Seol o reino de los muertos. Allí está su lecho (= casa) (v.5). Hemos elegido esta versión del siempre difícil de traducir versículo 5, porque nos encontramos esta metáfora más frecuentemente en las Sagradas Escrituras («... si en el Seol hiciere mi estrado», Sal. 139: 8, cf. Job 17: 13, Pr. 7: 27). Para su sentimiento, Hemán ya se encuentra en los apartados abismos del infierno. El camino de su vida ha concluido, v. 5. Ya no tiene fuerza alguna, v. 4. Y cuando como hombre llegas a tal situación, según Hemán y el concepto bíblico de la vida, propiamente ya no vives más.

Quien conoce el aspecto de personas enfermas terminales, encuentra esta manera bíblica de hablar quizá objetivamente más justa que nuestra definición científica occidental: mientras el corazón y el cerebro aún funcionan, vive aún. Quien ve yacer al enfermo terminal, mortalmente débil y hundido; sí, a veces incluso demacrado y en los huesos, jadeante y gimiente como un soplo de miseria humana, puede ocurrir que David y Hemán suspiren: –»¡Yo ya me hallo en el abrazo del reino de los muertos!» ¿Y nosotros no nos acercamos

a este lenguaje con nuestras expresiones: –»¡Sólo precisan aún cerrarte los ojos»; o «ya estoy al borde del sepulcro»?

Versículo 7:
*«Sobre mí reposa tu ira,*
*y me has afligido con todas tus ondas».*

En nuestro tiempo, con su avanzada y científica medicina, las primeras preguntas que se hacen junto a la cama de un enfermo, son: –»¿Qué tiene este paciente? ¿Qué enfermedad padece? ¿A qué órgano le ha afectado?» Sin embargo, Hemán escribe un salmo de enfermedad sin mencionar en él algo que se parezca a un cuadro patológico. Ninguna palabra acerca de causantes de enfermedades que nosotros mencionamos, como bacterias, virus, constricción vascular; como tampoco algo acerca del curso de su enfermedad; en una palabra, apenas nos da descripción alguna de enfermedad. ¿Cómo habría podido darla? Apenas había entonces adiestramiento médico. En base a la queja: «Yo estoy afligido y menesteroso; desde la juventud he llevado tus terrores, he estado medroso», v. 15, se ha pensado que padecía lepra. Sin embargo, esta traducción no es la única posible, como veremos en la consideración de este versículo. Además, ya se ha desechado el pensamiento de que la lepra mencionada en la Biblia sería una enfermedad incurable y terrible que malformaba horriblemente a los pacientes. La lepra bíblica podía aparecer y desaparecer. No se moría de ella. Por consiguiente, Hemán no la habría padecido[6], puesto que, además, nada menciona acerca de su enfermedad, ésta permanece en una conjetura. Lo mismo se puede pensar en un último estadio de cáncer o tuberculosis que en otras decenas de males.

Pero, evidentemente, a Hemán tampoco le interesaba tanto el nombre de su enfermedad. Mientras que nosotros tenemos mucho interés por la pregunta: «¿Qué tiene ese enfermo?», Hemán se preguntaba: «¿Qué hace *Dios* conmigo?» En este aspecto, el Salmo 88 bien podría ser para nosotros un poema didáctico imprescindible como el pan. Bien; en el aspecto patológico sabemos actualmente algo más que Hemán hace tres mil años. Pero, ¿no corremos ahora peligro de que las ex-

plicaciones científicas de los hechos exijan toda nuestra atención? ¿Quién ve aún la mano de Dios en esto? ¿Son muchos los que realmente van más allá de decir: –«Tiene algo en los pulmones»; o «tiene algo en el hígado»? Como es natural, no tenemos por qué poner en duda estos hechos; pero, en base a ellos, de ninguna manera miramos por encima del hombro a ese «primitivo» Hemán que ni siquiera sabía exactamente lo que tenía. Está por ver, quién penetra más profundo: el agnóstico moderno que en una cierta miopía científica no mira más allá del cuadro patológico, o Hemán quien en su enfermedad también notó la mano de Dios. Nosotros, como cristianos, estamos descubiertos al peligro de que cambiemos el Dios vivo que todo lo rige, por un dios conceptual o un dios imaginario, ficticio que sólo se ocupa de lo «religioso», mientras el resto de la vida es conducido por toda clase de leyes naturales autónomas. Así pues, en días de enfermedad no contamos concretamente con la mano de nuestro Padre celestial, como Hemán contó con Él, no sólo en su enfermedad, sino también en todo lo que de ella se derivaba: ¡*Dios* me abate, me hunde!

*La mano de Dios es conductora de todo.*

Hemán notó esa mano detrás de toda su situación sin perspectiva: «Me han puesto en hoyo profundo», v. 6. No yacía abatido porque «accidentalmente» sus pulmones o su hígado se negaran a cumplir su función. Mira más profundamente: «*(TÚ)* Me has afligido con todas tus ondas», v. 7. Fíjese el lector, que Hemán se refiere a algo continuo: «TÚ; tu mano, tu ira, tu...» Incluso en la ausencia de sus amigos de confianza, descubre la mano de Dios: «*(TÚ)* has alejado de mí mis conocidos», vs. 8 y 18. Lo mismo que en su aspecto externo que probablemente se había hecho repelente: «*(TÚ)* me has puesto por abominación a ellos», v. 8

También en esto el Salmo 88 es un poema didáctico.

En nuestro mundo civilizado se hace increíblemente mucho para calmar el dolor y aliviar el sufrimiento. Con todo y eso, diariamente quedará un número incontable en todas partes, que yacen como Hemán en el dolor, y ningún médico puede aliviar este amarguísimo trance vital de tener que morir. ¿Y entonces, qué? ¿Lamentarse? –Naturalmente, ¿pero

cómo? Algunos se quejan de que precisamente ahora deban tener un corazón tan débil o unos riñones tan malos. Otros simplemente blasfeman o gimen. Cuando nos fijamos en la totalidad de la humanidad sufriente, creyentes como Hemán son probablemente minoría. Incluso para el piadoso rey Asa, los doctores estuvieron, en un momento dado, más altamente considerados que el SEÑOR. Sin embargo, el enfermo terminal Hemán contaba con Dios en todo.

*La ira de Dios en la enfermedad de Hemán.*

En este salmo habla varias veces de cosas diversas: «Sobre mí reposa tu ira», v. 7. «¿Por qué desechas mi alma?» «Desde la juventud he llevado tus terrores», vs. 14-15. «Sobre mí han pasado tus iras, y me oprimen tus terrores», v. 16.

¿Había, pues, un pecado concreto en la vida de Hemán, al que achacar su enfermedad? Nada leemos al respecto. Tampoco le oímos confesar una culpa. Como en el Salmo 30, nos parece, pues, lo mejor pensar en una experiencia general del pueblo de Dios. Vivimos esta existencia con «cuerpos mortales», Ro. 8: 11, como una existencia «para muerte», Ro. 7: 24 (versión San Wilibrords), un conjunto de fuerzas descompuestas. Tales pensamientos ya les rondaban en el corazón a Pablo y a muchos creyentes durante su vida, y no digamos cuando la muerte nos da un golpecito en la espalda como diciendo: –«¡Tu vida camina a su final!»

Hasta tanto llegó el caso de Hemán, que pensó: –»¡Ahora voy a morir!» Entonces pasan muchas cosas por la mente de una persona. Entonces, incluso los más brutos gritan más bajo; y el creyente más fiel, que durante su vida se ha aferrado a las promesas de Dios del perdón de los pecados y la vida eterna, frecuentemente llega a ver la película acelerada de su vida llena de debilidades y pecados, y de su caminar deficiente en los caminos del SEÑOR. El *origen* de nuestra existencia para muerte puede entonces arrojarse tan poderosamente sobre un cristiano, que llega a decir: –»¡Cuantísimo he pecado en mi vida!» Toda clase de razonamientos teológicos y religiosos son borrados entonces, y el moribundo reconoce el derecho de Dios para estar enfadado con él. Precisamente porque Dios le había dado tantísimas bendiciones por

medio de su Palabra y Espíritu. Por eso, en porciones de la Escritura como la que ahora comentamos, no se piense primero en nuestra caída en Adán, pues esa ha sido invalidada en Cristo para el pueblo de Dios, sino en nuestro contristar al Espíritu de Cristo, que Dios nos había dado. Ese pecar contra la gracia es lo que más nos acusa[7]. Pero, aunque ciertamente hay allí un origen de temor en la ira de Dios, el origen de la *muerte* en el mundo radica en nuestra unión íntima con su Majestad Real, Adán, Ro. 5: 12 y ss.

La Palabra de Dios en ninguna parte palía o disimula la terrible muerte. Tampoco presta apoyo a teorías que limitan la muerte al cuerpo de la persona, mientras su «alma» sería inmortal[8]. En el Nuevo Testamento, Pablo llamó a la muerte «postrer enemigo», que será destronado al retorno de Cristo, 1 Co. 15: 50 y ss. Tampoco habló de ella ligeramente, pues él mismo gimió con angustia contra ella, 2 Co. 5: 4. También los creyentes entran, pues, en la justicia comúnmente humana de que también a ellos les debe alcanzar por causa de su unión íntima con el pecado de Adán. Aunque respetan a la muerte y les da miedo de ella, este sentimiento no es, sin embargo, transcendente en los hijos de Dios. Para ellos la muerte no es algo catastrófico, sino, en cierto sentido, algo accesorio, concomitante. Su muerte con Cristo está tras ellos, en el tiempo del gobierno de Poncio Pilato; y, en Cristo, les ha concedido Dios la vida eterna. Esto no obstante, las Sagradas Escrituras jamás fanfarronean acerca de la muerte.

«La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios», 1 Co. 15: 50. Esto angustiaba a Hemán: «Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien», Ro. 7: 18. ¡Y entonces deben comparecer ante el Dios santo, el cual se aira contra el pecado! Entonces, un moribundo hijo de Dios quiere pensar en lo que había *merecido*...

Versículo 8:

*«Has alejado de mí mis conocidos;*
*me has puesto por abominación a ellos;*
*Encerrado estoy, no puedo salir».*

Ciertas enfermedades pueden afear tanto al paciente, que de una persona en otro tiempo en buena salud, finalmente no queda mucho más que un poquito de miseria consumi-

da, piel sobre huesos. ¿Quizá era este el caso de Hemán? Entonces los sanos aún deben vencer una gran resistencia antes de entrar en la habitación del enfermo. ¿Parecía Hemán, por causa de su enfermedad, tan terrible que sus amigos apenas se atrevían más a visitarle? ¿O no podía él soportar más su compañía, porque ya no tenía fuerzas para ello? También en esto reconocía la mano de Dios, que había alejado de él a sus fieles amigos. A semejante vida, situada ya fuera y ajena de la comunidad, el piadoso israelita no la llamaba «vida», sino una entrada en la antesala de la muerte[9].

Un sentimiento de gran angustia se ha hecho dueño de Hemán. «Encerrado estoy, y no puedo salir», v. 8. Job también conoció este sentimiento: «Cercó de vallado mi camino, y no pasaré, y sobre mis veredas puso tinieblas», Job 19: 8, cf. 3: 23, Lm. 3: 7[10].

Versículo 9:

*«Mis ojos enfermaron a causa de mi aflicción;*
*te he llamado, oh Jehová, cada día;*
*he extendido a ti mis manos».*

Hay una religiosidad que querría exigir a una persona que mire fijamente a los presentes con una sonrisa apacible, mientras su cuerpo se derrumba, la fiebre arde por sus venas y se encuentra enferma de muerte.

Esta no es la religiosidad que encontramos en Hemán.

Incluso este talentoso hermano declara francamente, que se ha sentido muy mal, y que ha gemido, llorado e invocado a Dios.Hemán estaba tan acabado que posiblemente iba a morir. Quien en situación semejante, también se halla abrumado por la desesperación y tiene el sentimiento de no ver por ninguna parte una salida, tampoco debe avergonzarse por ello como cristiano. Ese es un consuelo oculto en el Salmo 88.

## 3. Vs. 10-12: REVESTIDO DE RAZONES SUPLICANDO SALIDA.

Versículos 10 al 12:

*«¿Manifestarás tus maravillas a los muertos?*

*¿Se levantarán los muertos para alabarte?*
*¿Será contada en el sepulcro tu misericordia,*
*o tu verdad en el Abadón?*
*¿Serán reconocidas en las tinieblas tus maravillas,*
*y tu justicia en la tierra del olvido?*

Así pues, Hemán creía que los muertos, muertos están.

Naturalmente, no en el sentido de que no hay resurrección de los muertos, como se afirmaba en la iglesia de Corinto, 1 Co. 15: 12; y de Himeneo y Fileto, quienes afirmaban «que la resurrección ya se efectuó», 2 Ti. 2: 17–18; los cuales habrían interpretado esta «doctrina bíblica» calificándola de «espiritual»; y cuyo «sentido más profundo» habría sido en el hombre, según ellos, una resurrección «desde dentro». Cosas semejantes aún se afirman hoy día. Pero entonces, con la expresión de que «los muertos, muertos son», se quiere decir, que *permanecen* muertos; que, tras la muerte, no hay nada más; que un hombre nunca jamás regresa; que nunca resucitará, ya para vida eterna, ya para morir eternamente. Como es natural, Hemán *no había creído esto*; sino que junto con todos los santos del Antiguo Testamento había confesado: «Espero la resurrección de los muertos y la vida del siglo venidero». Como ya vimos, también la antigua iglesia israelita vivió, sin duda alguna, de esta promesa, cf. Los Salmos I, 7. 4. 202–207. Así pues, no se nos interprete mal, sobre todo en este punto.

Pero Hemán sí creyó con el Predicador: «Los muertos nada saben», Ec. 9: 5; hasta el retorno de Cristo Jesús descansan «en el sepulcro», «en el lugar de Abadón (= destrucción, corrupción), v. 11[11]; «la tierra del olvido», v. 12, donde uno se olvida de sí mismo y se es olvidado por otros, cf. Job 14: 21, 21: 21, Ec. 9: 5.

Según los versículos recién mencionados, esto era una causa de gran tristeza para nuestro hermano. No, en primer lugar, por motivo de toda clase de cosas que tendría que dejar, como sus fieles amigos (vs. 8 y 18), sino especialmente porque allí, en el reino de los muertos, no podría ejercitar más la vocación de su vida: ¡Alabar al SEÑOR! Es indudable que el sabio Hemán también puede haber hablado así; pero, ¿y si este nuestro salmo hubiera sido compuesto por Hemán, el cantor? Entonces estos versículos del salmo hablan aun más

poderosamente; pues Hemán, el cantor, fue llamado –junto con Asaf y Etán– «para glorificar a Jehová, porque es eterna su misericordia», en los cultos del templo, cf. 1 Cr. 16: 41. ¿Y qué es, pues, lo que Hemán no podría anunciar más, si moría? –¡La misericordia del SEÑOR! Evidentemente, el placer más querido de Hemán era cantar, engrandecer esa misericordia, v. 13. Pero, para ello, ¡debía vivir! «No alabarán los muertos a Yahveh, ni ninguno de los que bajan al Silencio; mas nosotros, los vivos, a Yahveh bendecimos, desde ahora y por siempre», Sal. 115: 17–18 (Biblia de Jerusalén).

Como en el Salmo 30 vimos hacer a David, así Hemán presenta al SEÑOR este asunto como un *argumento* para conceder al orante prolongación de vida. Véase lo que acerca de este orar con deliberación y dando razones hicimos notar en el tomo I, págs. 269–71. También allí comentamos el argumento que Hemán presenta aquí al SEÑOR.

Por consiguiente, según estos versículos, Hemán consideraba su situación no como desesperada. ¡Cuánto le gustaría seguir viviendo! También en este aspecto, su poema didáctico habla un lenguaje liberador: ¡ni incluso este piadoso hombre en modo alguno añoró la muerte!

## 4. Vs. 13–18: NO ES UN FINAL ALEGRE.

Versículos 13 al 18:

*«Pero yo me llego a ti, oh Jehová,*
*y por las mañanas llega mi oración ante ti.*
*¿Por qué, oh Jehová, me rechazas,*
*y ocultas tu rostro para mí?*
*Soy miserable y muero apuntalado[12],*
*yo sufro los vejámenes de tu rueda[13],*
*tu ira abrasadora pasa sobre mí,*
*tus terrores me destruyen;*
*me rodean todo el día como agua,*
*todas juntas me cercan.*
*Has ahuyentado de mí al amigo y al compañero;*
*mis conocidos son todo tinieblas[14]».*
(Versión del autor).

Así concluye Hemán su poema didáctico. No con un final bonito que todo lo alisa o allana, sino con una acumulación de quejas; para poner punto final tras la palabra «tinieblas». A este versículo final también se lo ha traducido así: «Mi principal compañero es la muerte»[14]; y se lo podría haber usado como epígrafe: «Un salmo desde las tinieblas».

Por este final, el Salmo 88 también es un poema didáctico.

Existe una religiosidad –pero no conforme a la Palabra– que en todas las circunstancias nos querría poner en los labios este versito:

*–«¡Alegre, alegre, alegre,*
*alegre está siempre mi corazón,*
*porque Jesús por mí murió!»*

Pero Hemán, según el final de su salmo, en modo alguno estuvo «siempre alegre», y tampoco perteneció a aquellos piadosos que aquí, sin temor, salen alegres al encuentro de la muerte. Hemán clamó por dos veces al cielo: «¿Por qué?», v. 14. Se sentía rechazado por el SEÑOR, y abandonado, v. 14. ¿Por qué el SEÑOR permitió pasar sobre él aquella rueda martirizante?, v. 15. «¡Es terrible!», viene a decir Hemán en el versículo 16. Nado en una inundación repentina que tú permites venir sobre mí, v. 17; y entonces, ¡esa soledad! Ningún amigo que me consuele, aunque sólo fuera con su presencia, v. 18. Este es un lenguaje distinto al: –»¡Alegre está siempre mi corazón!», de la cancioncilla antes mencionada.

Naturalmente que no nos gusta contradecir al apóstol Pablo, quien enseñó, que el Reino de Dios «es paz y gozo en el Espíritu Santo», Ro. 14: 17. Tampoco quitamos nada de su llamada de estímulo: «Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez os digo: ¡Regocijaos!», Fil. 4: 4, cf. 1: 25, 2: 17–18. Pero sí queremos llamar la atención a que tales citas bíblicas no se las lea especialmente como tesis o proposiciones religiosas atemporales o como leyes y normas que valen para siempre y en todo lugar y circunstancia. Pablo hizo tales manifestaciones en sus cartas a los romanos y filipenses, y por tanto, en el marco de su lucha vital contra los judaístas y legalistas que nuevamente intentaban llevar a los cristianos recién convertidos del pa-

ganismo bajo un yugo religioso. Por consiguiente, apenas estos infelices habían sido liberados de las tinieblas del reino de Satanás, cuando ya les amenazaban allí de nuevo los judaístas con introducirles en una celda de prisión religiosamente sombría. El legalismo y,sobre todo, el judaísmo, nos roban nuestra alegría cristiana. Entonces escribió el Apóstol a los filipenses que estaban amenazados por el judaísmo sombrío: –»¡Regocijaos en el Señor siempre!» En consecuencia, ¡que esta llamada de estímulo del Apóstol debemos leerla y entenderla como especialmente manifestada en una *situación concreta!*

En modo alguno negamos, que muchos hijos de Dios, por la gracia del Espíritu Santo y por su fe en las promesas de Dios, salen al encuentro de la muerte contentos y sin temor. Pero, cabe preguntarse: –«¿Por qué camino llegan tan lejos?» Sin convertir el Salmo 88 en una *ley*, podemos realmente aprender de Hemán esta lección liberadora: –»¡Alegre, alegre, alegre; alegre está siempre mi corazón!» No tenemos por qué imponérnosla mutuamente como una norma de vida. El poema didáctico de Hemán concluye en tinieblas profundas. Cuando a una persona le resulta claro, que su tiempo y hora han llegado, para seguir el camino de toda carne, entonces ciertamente llegan días como los que Hemán, según el Salmo 88, ha vivido: llenos de temores, aflicciones, amarguras y tinieblas. ¡Y todo esto, a pesar de nuestra confianza en las promesas de Dios y nuestra esperanza de vida del siglo venidero! Pues el último versículo puede concluir con «tinieblas», y forma aún una parte del diálogo de Hemán con el SEÑOR; el cual no se hizo ateo; y por eso, preguntó: –«¿Por qué...?», v. 14.

Alegrémonos de que el Espíritu de Dios también ha colocado el Salmo 88 entre su Palabra; y de que, como poema didáctico, también enseñe a los hijos de Dios: ¡Que en el fundamento rocoso del Pacto de Dios, pueden ocurrir en la vida de los hijos de Dios, fieles como Hemán, semejantes luchas para *salvación* de «toda la alegría de la vida».

Nuestro Padre celestial no le tomó esto a mal a Hemán.

Sin embargo, tampoco se haga de esta experiencia de Hemán una regla válida para siempre y en cualquier persona. Pues las Sagradas Escrituras también mencionan camas mortuorias como la de Jacob, el cual confiesa: «Tu salvación esperé, oh

Jehová», Gn. 49: 18, y «encogió sus pies en la cama, y expiró», v. 33. Jacob, pues, murió como su padre y abuelo: «viejo y lleno de días». No conocemos la edad de Hemán, pero, evidentemente, aún no era «viejo y lleno de días». ¿Su tristeza, como la de Ezequías, estaría originada por el porvenir: «A la mitad de mis días iré a las puertas del Seol; privado soy del resto de mis años?», Is. 38: 10.

Esto no obstante, seguro que Hemán también ha conocido la Thorá de Moisés con sus promesas infinitamente reiteradas: ¡Dios quiere volver a hacer de esta tierra un lugar de vida agradable! Recordamos esto adrede, para estar fuertes frente al espíritu marcionista que alguna vez podría hacer uso del Salmo 88 como palanca, con el fin de desgarrar el Antiguo Testamento como «sombrío» del Nuevo Testamento como más «alegre». *En principio*, después del Salmo 88 tampoco ha cambiado nada por la llegada de Jesucristo. Adán y Eva ya conocieron la promesa de vida eterna. La diferencia entre el Antiguo y en Nuevo Testamento no consiste entre tinieblas y luz, sino entre menos y más luz.

En la lectura del Salmo 88 no podemos dejar de recordar, como es natural, el pasaje de Romanos 8: 18: «Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse». Al contrario, el poema didáctico de Hemán nos puede enseñar cuán difícil lo pueden (y deben) tener los hijos de Dios para aferrarse a estas triunfantes palabras de Pablo en presencia de la muerte y amolado por una terrible enfermedad. Dolores torturantes y una apariencia que repugna incluso a los amigos, pueden rodear a un hijo de Dios «como aguas continuamente», v. 17.

¡Pero «el Espíritu nos ayuda en nuestras debilidades», cf. Ro. 8: 26.

Colocando el Salmo 88 entre las Escrituras, el Espíritu Santo nos enseña que Dios, incluso en las debilidades profundas, desde las que Hemán habló, no nos abandona a nuestra suerte. El camino no es igual en cada uno, ni igual de largo; pero la experiencia confirma la Palabra de que tampoco llega a través de la dura lucha de la separación del Salmo 88, pero permanece en la confesión de Romanos 8: «¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¡quién contra noso-

tros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?», vs. 31–32.

NOTAS

1. Martín Lutero, Kantt. SV, Hengstenberg.

2. M. Dahood, a. l., prefiere traducir *negdekna* por «to you» (= a ti) que por «before you» (= ante ti) porque esto último implica la cercanía de Dios, mientras el poeta se pinta precisamente «in deepest Sheol and hence at the greatest possible distance from God» (: en lo más profundo del Reino de los muertos, y por eso a la mayor distancia posible de Dios»). Esto nos parece estar en pugna con el Salmo 139: 7. Los dioses de los paganos eran impotentes, pero no el SEÑOR, cf. A. Noordtzij, Gods Woord en der eeuwen getuigenis, 1936, 211.

3. M. Dahood, a. l., explica *j*$^{e}$*su'ati* «como un sustantivo abstracto, usado como una especie de nombre divino».

4. Según M. Dahood, a. l.

5. M. Dahood al v. 4: «Soy contado en el censo de los ciudadanos del Reino de los muertos».

6. Además, la palabra lepra que leemos en nuestras traducciones es la versión de la palabra hebrea *tara'at*. La versión de los LXX la tradujo por la palabra griega lepra. Esta palabra era bastante neutral en este caso. Pues, en aquellos tiempos, en modo alguno significaba la enfermedad de Hemán; pero, para Hipócrates, era una afección que producía escamaduras, y que era muy curable. Seguro que entonces también habrá existido la enfermedad de Hemán, pero no se llamaba lepra, sino elephantiasis graecorum. La lepra de entonces pertenecía a ese gran grupo de afecciones de la piel, entre las que se encuentran también la sarna, carache, escabies, roña, etc., (palabras para sarna y erupción). Cf. C. Vonk, Leviticus, Barendrecht, 1963. L. Koehler, en su conocido diccionario, a la palabra hebrea *tara'at* le da el significado de «enfermedad de la piel», y entre paréntesis, añade: no lepra, pues se cura, Lv. 13".

7. Con razón escribía J. G. Woelderink, en su libro «De Inzet van de Catechismus» (: El principio del catecismo de Heidelberg»), Franeker, p. 40ss: «En la confesión de culpas de la iglesia se debe expresar, que sus pecados y los pecados cometidos en medio de ella, son pecados contra la vocación que le corresponde precisamente como Iglesia de Jesucristo. No es nuestra caída en Adán lo primero que nos acusa; pues esa ya fue anulada en Cristo; la fe en Cristo nos pone nuevamente en un paraíso con el árbol de la vida, nos sitúa de nuevo al principio del camino de la vida; lo que como Iglesia de Jesucristo nos acusa es entristecer al Espíritu de Cristo, al Espíritu Santo, con nuestros pecados».

8. H. Lamparter, Das Buch der Psalmen (Die Botschaft des A. T.) observa en este versículo: «La explicación idealista de la muerte, como si ésta no afectase al hombre en lo íntimo de su persona es totalmente extraña tanto al salmista como al Antiguo Testamento.

9. Chr. Barth, *Die Errettung vom Tode*, Zollikon 1947, 26: «El hombre únicamente puede vivir auténticamente en compañía con sus semejantes», y remite al Salmo 55: 12–14 ( cf. con v. 4), Gn. 1–2, la mujer, 1 S. 18, el amigo, Sal. 55, el hermano, Sal. 42, la iglesia.

Este amplio uso bíblico de las palabras vida y muerte, como también lo encontramos en el Salmo 30, parece merecer la pena ser considerado en la (extremadamente difícil) problemática moderna de la terminación de reanimación en pacientes con un pronóstico infausto. No estar muerto biológicamente es ciertamente algo muy distinto que vivir como hombre. Cuando el cerebro ha perdido efectivamente toda función y sólo quedan aún automatismos, como los que conocemos también en la vida de las plantas, ¿se puede hablar entonces de vida humana? ¿Puede encontrarse apoyo alguno en el Salmo 88: 8 para la tesis de que hablar de vida humana es necesario, al menos, poder entrar en relación con el mundo que te rodea? Como, por ejemplo, todos los minusválidos psíquicos mantienen, sin duda alguna, una relación con nosotros, puesto que reconocen voces, ademanes y rostros, y sienten perfectamente si las personas que les rodean les quieren o no, les castigan o no. Esto no puede decirse de los pacientes sin funciones cerebrales, mutilados, mantenidos con «vida» científicamente. Frente a las opiniones hitlerianas de la eutanasia, no siempre parece ser la mejor respuesta una concepción legalista de la vida estrictamente biológica.

10. M. Dahood ve en estas palabras una alusión poética al se'ol como una cárcel, y para ello remite, entre otros textos, a Apocalipsis 1: 18.

11. En el idioma hebreo: *«en Abadón»*, cf. Ap. 9: 11.

12. Nosotros seguimos la versión de M. Dahood.

13. Nosotros seguimos la solución de M. Dahood: «Aquel antiguo puzzle *'emeikha 'apunah*». Dahood lee *'opanah* con una llamada al idioma ugarítico, e indica que por una comparación con Pr. 20: 26, donde la rueda es un instrumento de tortura, surge paralelismo con la primera frase o máxima.

14. M. Dahood, traduce: «Mi compañero más importante es las Tinieblas».

# Capítulo 23

## SALMO 90: NO ES EL «SALMO DE NOCHEVIEJA»

¿Es el Salmo 90 un auténtico «Salmo de Nochevieja»?

Para eso se le usa frecuentemente. Muchos cristianos ven reproducida en este salmo, de manera exacta, la disposición de ánimo que les embarga en el último día del año. Cuando piensan en la brevedad de la vida y en la caducidad del hombre, entonces les gusta escoger el Salmo 90 para, a propósito del mismo o con sólo un par de sus versículos, meditar más o menos sentimentalmente al estilo de como se expresan algunos himnos evangélicos:

> *«Tranquilo muere el año, –ten paz mi corazón;*
> *en Dios que ve tu daño, –tus esperanzas pon...»*
> (Cf. Himnario Evangélico, nº 417, Madrid 1966).

¿Cómo se ha llegado a esta tradición?

¡Una Palabra de Dios tan impresionante adaptarla al ambiente de despedida incontenida de fin de año! ¡Domesticar tanto a un salmo tan estupendo! ¡Una oración expresamente datada deformarla en una consideración atemporal! ¡Alicortar

una oración para convertirla en una meditación–para–todos–los–tiempos!

El Salmo 90 es una «oración de Moisés, varón de Dios», según reza su epígrafe.

El Salmo 90 quiere ser leído como *fechado*.

## 1. EL EPÍGRAFE: «UNA ORACIÓN DE MOISES, VARÓN DE DIOS».

El SEÑOR, Dios de Israel y nuestro, es no sólo misericordioso y clemente, sino también indulgente, grande en bondad y fiel. Esto lo había oído Moisés, autor del Salmo 90, de la misma boca del SEÑOR, Ex. 34: 6. Pero, a la gran paciencia de ese Dios clemente puede llegarle alguna vez un final. Esto lo experimentó Israel en el desierto.

¿Qué había ocurrido?

*El trasfondo histórico.*

El SEÑOR había preservado a Israel de una muerte segura de destrucción en Egipto. El poderoso Faraón, entonces emperador de un reino mundial, mantenía preso a Israel. Los israelitas «gemían a causa de la servidumbre, y clamaron;... y oyó Dios el gemido de ellos, y se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob», Ex. 2: 23–24; y regaló a los abrumados obreros esclavos libertad y esperanza, prometiéndoles el país de Canaán. Una tierra que fluía leche y miel, donde finalmente obtendrían descanso bajo su propia parra y su propia higuera, 1 R. 4: 25, Mi. 4: 4. Con el SEÑOR como Rey y todo el mundo o sociedad israelita descansando sobre el fundamento del Pacto de Horeb y sus saludables estatutos de los que Dios mismo había dicho: «el hombre que los cumpliere, vivirá», Lv. 18: 5, Ez. 20: 11, 13 y 21.

¿No podía el SEÑOR haber esperado entonces alguna cara risueña y personas afectuosas? Pero, ¿qué tuvo que oír? ¡Murmuración interminable!; la cual comenzó ya antes de cruzar el Mar Rojo: «¿No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que muramos en el desierto?», Ex. 14: 11. Y tres días después del milagro incomparable de cruzar por la desecada profundidad del mar, nuevamente vuelve la murmuración: «¿Qué

hemos de beber?», Ex. 15: 24. Y de nuevo en el desierto de Sin: ¡Si hubiéramos muerto junto a las ollas de carne en Egipto! ¡Allí podíamos comer hasta saciarnos!, Ex. 16: 3; y en Refidim, Moisés no sabe qué hacer: «¿Qué haré con este pueblo? ¡Pronto me apedrearán!», Ex. 17: 4; porque allí no había agua. Sí; Israel tuvo allí incluso el atrevimiento de hacer tambalear todo el Pacto de Dios con Abraham, y hacer discutibles todas las palabras de fidelidad de Dios a aquel Pacto, al atreverse a lanzar esta pregunta: «¿Está, pues, Jehová entre nosotros, o no?», Ex. 17: 7.

El SEÑOR soportó pacientemente todo esto.

Antes de cumplirse un año de permanencia del pueblo en Horeb, el SEÑOR no castiga. Pero, ¡sí castiga después! Cuando transigió la monarquía, cuando ocupó el tabernáculo como tienda de Rey y estableció otro pacto más con Israel, no desea dejar pasar más tiempo sin castigar tan brutal negación y quebranto de sus promesas y hechos. Entonces deja caer la palabra «irritar»: Nm. 14: 11 y 23, 16: 30. Entonces se llega a notar no sólo progresión en el mal de Israel, sino también progresión en los castigos de Dios. Después del pecado con el becerro de oro, el SEÑOR quiere destruir a Israel, y comenzar de nuevo con Moisés; pero ante la defensa encendida de éste, el SEÑOR se halla dispuesto a ejercer nuevamente la paciencia. Pero, en Tabera, el SEÑOR redujo a cenizas un extremo del campamento, Nm. 11: 1–3; en Kibrot–hataava pidieron carne; y el SEÑOR se la dio; y muchos murieron al comerla... Nm. 11: 4–35; en Hazerot, la ira de Dios ya alcanzó a la hermana de Moisés. Miriam fue castigada con lepra a causa de su sublevación contra Moisés, Nm. 12; y el punto más profundo es alcanzado cuando 10 de los 12 espías enviados hacen dudar a Israel del poder de Dios para llevarles a Canaán según su promesa.

Esto hace desbordarse la medida de la paciencia del SEÑOR.

Pues, para empezar, no eran unos cualquiera los que fueron a reconocer Canaán, sino doce príncipes, Nm. 13: 2; lo cual hizo al caso enseguida mucho más grave. Pero, ¿qué tierra habían ido a reconocer? –¡La tierra *prometida*! ¡La tierra ya *donada* por Dios *en su promesa*! ¡Cuán frecuentemente se lo había dicho el SEÑOR: «¡Yo te la he dado!», a saber, en promesa. Léanse las citas siguientes: Gn. 15: 18, 28: 4, 35: 12, cf. Ex. 20: 12, Nm. 32: 9, 33: 53, Dt. 5: 16, 9: 23, 12: 1, Jos. 2: 9 y

14, 6: 16, 18: 3. A lo cual, en el registro de materias lo llamamos *lenguaje prometedor* de Dios.

Pero, ¿a qué conclusión llegaron diez de los doce príncipes espías enviados en su «informe de mayoría»? «Efectivamente es una tierra que fluye leche y miel, pero nunca entraremos en ella. La población es demasiado fuerte para que lo consigamos. También hemos visto allí hombres gigantes; y nosotros nos sentimos como langostas comparados con ellos; y los muros en torno a sus ciudades son inexpugnables», cf. Nm. 13: 27–29 y 31–33.

Ya lo ves; ¡ni una sola palabra acerca de Dios y su promesa!

¡Eso era lo peor de este informe!

Todo el asunto fue considerado puramente en el plano humano;y por eso dejada a un lado la promesa de Dios como irrealizable. Lo cual suponía una total incredulidad; un desprecio y negación brutal del Pacto de Dios y sus hechos de salvación; y una total desconfianza de Dios y su Palabra. ¡Como si Dios no se hubiera comprometido bajo juramento a darles Canaán! Sí, ¡como si ellos no la tuvieran ya propiamente en la promesa de Dios! Así pues, este informe de los espías, ¡era nada menos que un puntapié contra la amorosa promesa de Dios! Y la mayoría de los espías, figuras importantes en la vida eclesial israelita, menospreciaron el *Evangelio*! Según ellos, la promesa de Dios no podía ser verdad; y puesto que eran príncipes quienes lo afirmaban, el Evangelio quizá fue aun más poco digno de fe a los ojos de las gentes.

Por contra, para Josué y Caleb esto supuso trabar una lucha desesperada. Pues, aunque dijeran, que el SEÑOR les llevaría allí, o que no precisaban tomar aquel país, porque el SEÑOR se lo daría, ello sólo serviría para enfadar aun más a los israelitas, hasta el punto que Josué y Caleb casi fueron apedreados.

Entonces se agotó la paciencia del SEÑOR.

Y cuando prácticamente toda la iglesia de entonces dio crédito a las palabras de los diez espías incrédulos, y por enésima vez murmuró: «¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto, o si no en este desierto! ¿Por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a espada, y que nuestras mujeres y niños sean su presa? ¿No nos sería mejor volvernos a Egipto?», Nm. 14: 2–3.

En este punto culminante de desconfianza y provocación por parte del pueblo, reaccionó el SEÑOR diciendo algo así como: –»¿No quieren ir a Canaán? ¡Ya no les será permitido! ¡Media vuelta a la derecha! ¿Preferirían morir en este desierto? ¡Morirán en este desierto!»

Todos los hombres jóvenes, contados como *gente de guerra*, con vistas a la conquista de Canaán, no son dignos de tal honor. Sus cuerpos caerán en el desierto, ¡tal como habían preferido! Por cada día de inspección, Israel debería vagar un año en el desierto; «hasta que vuestros cuerpos sean consumidos en el desierto», Nm. 14: 33.

Y entonces murieron a montones.

Primero, los diez príncipes incrédulos; los cuales «murieron de plaga delante de Jehová», Nm. 14: 37, a causa de hablar quebrantando su promesa. A continuación, los obligados al servicio militar, hombres de 20 años y mayores de edad. Moisés debe haber visto morir en el desierto a muchísimos de estos hombres. Israel dejó detrás de sí en el desierto un rastro de tumbas. Esto ocurrió como castigo; y como prueba de la ira terrible del SEÑOR sobre la murmuración de Israel y su desprecio del Evangelio; como una ira acumulada, cf. Nm. 14: 11 y 27 y el cap. 21, 4. La edad de los fuertes que, según la duración de la vida de Moisés (120 años, Dt. 34: 7), Aarón (123 años, Nm. 33: 39), Josué (110 años, Jos. 24: 29), estaba un poco por encima de los 100 años, bajo la ira de Dios se acortó de tal manera que los muy fuertes vivieron «únicamente» 80 años, y los fuertes unos 70; y los corrientes e intermedios ya no alcanzaron más estas cifras.

He ahí el trasfondo histórico del Salmo 90.

Una iglesia que por causa de su *desprecio de la promesa* se muere *bajo la ira* de Dios. Por eso el Salmo 90 no es simplemente un salmo sobre «la» fugacidad de los hombres y «la» brevedad de la vida. El Salmo 90 no se lamenta del hecho que todos los hombres deben morir. De esto también se quejan los himnos paganos; sino de que se mueren bajo la ira de Dios sobre su pueblo.

Esto es lo que no debe perderse de vista al leer este salmo.

No hagas una consideración común y atemporal de una apelación datada dirigida a Dios, como súplica en pro de Israel desde una necesidad determinada en la historia.

*Moisés también fue un salmista.*

Por último, decir algo respecto al autor. En el Libro de los Salmos, sólo al Salmo 90 se le menciona expresamente como un himno de Moisés. Esto no obstante, bien pudo haber sido uno de los más grandes salmistas israelitas. Esto se evidencia no sólo por este majestuoso salmo, sino también por las pruebas de sus extraordinarios dones poéticos en Ex. 15: 1–21, Dt. 31: 19 y 30; y especialmente por Dt. 32[1].

En el epígrafe del Salmo 90, Moisés es anunciado como «el varón de Dios». Este título también es usado para profetas en: Jue. 13: 6 y 8, 1 S. 2: 27, 9: 6–10, 1 R. 12: 22, 13: 1–31, 17: 18 y 24, 2 R. 1: 9–14. En 1 Cr. 23: 14, también se habla de «Moisés, varón de Dios». Moisés también fue profeta; pues, en Dt. 18: 15, habló de un «profeta... como yo...» También David fue un «hombre de Dios», 2 Cr. 8: 14.

Dispongámonos ahora a comenzar la lectura del Salmo 90.

## 2. Vs. 1–17: «NOSOTROS PERECEMOS POR TU IRA».

Versículo 1:

*«Señor, tú nos has sido refugio*
*de generación en generación».*

Moisés tuvo el privilegio de educarse en Egipto; pero sabía muy bien lo que eran las montañas. Cuando en Madián pastoreó las ovejas de su suegro Jetro, estuvo diariamente en medio de un grandioso país montañoso. Cualquier Atlas de la Biblia nos permite ver fotos preciosas de aquel territorio. La Península del Sinaí tiene masas de granito de color rojo vivo. El monte que ya desde los primeros siglos del Cristianismo fue considerado como el Sinaí u Horeb, es una impresionante masa de granito rojo. Es evidente que semejante país montañoso con tales cuevas rocosas y cavernas ofrecía un estupendo refugio a toda clase de animales del desierto; un «refugio», como se le llama algo más solemnemente en el versículo arriba citado.

En algún lugar de este desierto entre Egipto y Canaán, el Salmo 90 es una oración de Moisés, el varón de Dios, dirigida a Dios. El poeta habla al SEÑOR en el v. 1 como «Se-

ñor» (con minúscula). Esta es, en el Antiguo Testamento, frecuentemente la versión del Adonai o Soberano de cielo y tierra. A este «Señor» le llama con una imagen de su entorno: «refugio», gruta segura.

El mismo orante ya está, probablemente, por encima de los cien años. Este hombre, como es natural ya ha visto llegar y pasar diversas generaciones. Ahora intercede por su pueblo; pero no pierde de vista a las generaciones ya desaparecidas; se siente, tal vez mucho más por su edad, ligado a sus antepasados y contemporáneos que juntos forman un único Israel, y presenta a Dios la necesidad de ese pueblo secular. Obsérvese, que habla, ininterrumpidamente, en primera persona del plural. Este orante es portavoz, cf. cap. 21, 4. b.

¿Me permiten parafrasear este primer versículo del salmo?

–Señor, ya llevamos mucho tiempo siendo vagabundos. Abraham, nuestro padre, a pesar de todas sus riquezas, era un invitado y extranjero que tuvo que comprar un terreno para poder enterrar a su mujer Sara; e Isaac y Jacob eran asimismo huéspedes en Canaán, invitados en Padan–Aran y en Egipto. En más de una ocasión, estuvieron en gran peligro. Y, respecto a nosotros mismos y a nuestros jóvenes antepasados, fuimos esclavos; gentes sin derechos; oprimidos, abrumados. ¿Cuántos de nuestros niños recién nacidos fueron ahogados en el Nilo? Pero, tú, oh Señor, has sido un refugio para nosotros de generación en generación. Siempre pudimos escondernos en ti; y no sólo nosotros en «este grande y terrible desierto», sino también nuestros antepasados Abraham, Isaac y Jacob ya se refugiaron en ti, en los siglos pasados; pues tú eres el Eterno, y bajo nosotros están tus brazos eternos, cf. Dt. 33: 27.

Versículo 2:

*«Antes que naciesen los montes*
*y formases la tierra y el mundo,*
*desde el siglo y hasta el siglo,*
*tú eres Dios».*

Sí; los montes colosales de granito eran antiquísimos. ¿Durante cuánto tiempo dominaban ya el paisaje? Los israeilitas hablaban de «collados eternos», Gn. 49: 26; y de «montes antiguos», Hab.

3: 6. Pero el SEÑOR ya existía antes de estos montes eternos. Él ya era en el tiempo en que el agua aún estaba sobre estos gigantes. Pero, entonces, el SEÑOR hizo oír su voz, y allí se alzaron los montes, se hundieron los valles y el agua huyó, Sal. 104: 6–8. ¿Quién era el Dios que de esta forma sobrehumana provocó montes y llanuras? ¡El SEÑOR! Allí estaba Él; pues era el Dios desde la eternidad y hasta la eternidad: desde el horizonte del tiempo hacia atrás hasta el horizonte del tiempo hacia adelante.

¡Qué enorme contraste: este Dios eterno viviente, y bajo su juicio en el desierto, gentes israelitas muriéndose!

Versículo 3:

*«Vuelves al hombre hasta ser quebrantado,*
*y dices: Convertíos, hijos de los hombres».*

¿Qué queda de un hombre después de algunos años de su enterramiento? –Polvo. Moisés emplea aquí una palabra que recuerda algo que está finamente desmenuzado como el cisco o el polvo. La Versión Estatal Neerlandesa traduce: «TÚ haces al hombre volver a la destrucción». La palabra que aquí se traduce por «mortal» (*enos*) designa al hombre como una criatura débil, frágil y mortal. También la hallamos en el Salmo 8: «¿Qué es el hombre (el *enos*), para que tengas de él memoria?», v. 4. Un instante está sano y bien ante ti, y el siguiente yace derribado..., cf. Gn. 4: 26.

Moisés vio esto de forma conmovedora.

¿A cuántos había visto ya ser enterrados en el desierto? Esto se produjo durante muchos años. Los primeros sepultados ya hacía tiempo que se habían convertido en polvo. Literalmente: se habían pulverizado. «¡Polvo eres, y al polvo volverás!», Gn. 3: 19. ¿Cuántos miles de años hacía que el SEÑOR había pronunciado esta sentencia ante los oídos de Adán? Según la noción de Moisés, esta sentencia aún resonaba diariamente en el desierto: «Convertíos, hijos de los hombres (*bene*[i]*–adam*) a la tierra (*adamah*) de la que habéis sido tomados», (Versión Neerlandesa «Pedro Canisio» 1952, Gn. 3: 19).

Versículo 4:

*«Porque mil años delante de tus ojos*

*son como el día de ayer, que pasó,*
*y como una de las vigilias de la noche».*

¡Tanto eres TÚ, oh Dios!

A veces, decimos: «¿Ayer? ¿Qué día fue ayer?» Así pueden pasar, volar *días* para nuestra noción del tiempo. Para Dios *mil años* son lo que para un israelita era una vigilia nocturna: la tercera parte de una noche[2]. Así toda una serie de períodos de la historia del mundo son simples momentos para Dios.

Pero, incluso este versículo, no es una verdad general.

Comienza con la palabrita «Porque», y, en consecuencia, une el v. 4 al v. 3; y allí estaba reproducido poéticamente el castigo o sentencia de «Cades»: «¡Vosotros moriréis en este desierto!»; a lo cual sigue el v. 4: «*Porque* mil años delante de tus ojos son como el día de ayer, que pasó». ¡No digamos ya un año o dos o tres! La marcha desde Egipto hacia Horeb podía parecer que había ocurrido ya hacía mucho tiempo según la idea del promedio de los israelitas; pero para el *SEÑOR*, todas las vejaciones de Israel a partir de su época en Egipto, no hacía ni un minuto que habían ocurrido! «*Porque* mil años...»; y, en consecuencia, ¡Él no olvida tan fácilmente algunas decenas de años!

Un versículo que hace temblar.

Para el SEÑOR, la Edad Media ha tenido lugar «ayer». ¿La apostasía de aquellos siglos? Para Él no hace aún un año que ocurrió. ¿Nuestras injusticias y las de nuestros antepasados? Para su consideración, aún están muy frescas.

Palabras como las que Moisés escribe aquí, nos deben empujar a la súplica del Salmo 79: 8, que en el cap. 21 ya comentamos: «¡No recuerdes contra nosotros las iniquidades de nuestros antepasados!»

Versículos 5 y 6:

*«Los arrebatas como con torrente*
*de aguas; son como sueño,*
*como la hierba que crece en la mañana.*
*En la mañana florece y crece;*
*a la tarde es cortada, y se seca».*

Arrebatar... ¿Cuán frecuentemente el pastor Moisés, tras una

lluvia muy recia, estaría mirando una devastadora riada de agua que con una impresionante fuerza hidráulica arrasaba árboles y arbustos, y los arrastraba con celeridad desenfrenada?, cf. Mt.7: 24 y ss. Ahora ve arrebatar vidas humanas... Israel deja detrás de sí una riada de tumbas. Las filas de aquellos que habían partido de Egipto se hacen cada vez más delgadas. Cada parada o etapa se convierte, transcurrido el tiempo, en un cementerio. Las gentes no ven más que la hierba oriental que vive tan poco: de mañana, fresca aún, y por la tarde, ya está seca. «Como un sueñecito de mañana», después que te despiertas. Muerto «antes de tu tiempo», diría Eclesiastés 7: 17.

Y todo esto, no a causa de la actual e inevitable brevedad de la vida, sino porque Israel había provocado al SEÑOR; despreciado sus promesas, desdeñado a Canaán, y no se había atrevido a caminar con Él, y a pesar de todos sus milagros y señales aún no se había fiado de Él.

No; Moisés vio esta masiva mortandad ciertamente como anormal. Tantísimas personas muertas en tan poco tiempo era algo que no ocurría «sin motivo»; porque les hubiera llegado la hora de caer bajo el común y humano juicio de la muerte. Aquí estaba pasando algo más, como se suele decir. ¡Aquí las personas eran simplemente «arrebatadas»! Moisés veía en ello la mano de Dios castigando: «(TÚ) los arrebatas...» Dios había establecido, que todos los varones de Israel, al menos los militares de 20 años para arriba, estuvieran muertos dentro de 40 años[3]. Esto lo vio Moisés detrás de las cifras de muertos extraordinariamente altas. El apóstol Pablo oyó una expresión semejante con ocasión de los muchos casos de muerte en la congregación de Corinto, 1 Co. 11: 30–32.

A Moisés no le pareció normal tantos casos de muerte.

Versículo 7:

> *«Porque con tu furor somos consumidos,*
> *y con tu ira somos turbados».*

*«¡Nosotros!»* (somos consumidos). Moisés continúa aquí en el uso de la palabra como un orante; no como un predicador moralista que anuncia verdades generalizadas. No expone una lección que sea aplicable siempre a todos los hombres.

No, por suerte. La Palabra de Dios habla *acerca de* y *desde* las circunstancias *siempre cambiantes*, bajo las cuales Dios y su pueblo, a lo largo de la historia, han convivido juntos. Nunca de manera estática, sino siempre dinámica. Porque todos los tiempos no son iguales. Además, Dios no siempre se ocupa de su iglesia de la misma manera. A veces, guarda su ira por largo tiempo, cf. Capítulo 21, 4. a. Por ejemplo, antes de «Horeb». Entonces pudo tener que vérselas mucho con su pueblo, pero soportó muy compasivamente su murmuración pidiendo carne y agua. Ya hablamos de ello hace poco: En ciertas épocas, el SEÑOR parece que no quiere ver u oír ningún mal de su pueblo.

Pero el Salmo 90 data de después de «Horeb». Esto encerraba y reportaba no sólo un enorme enriquecimiento, sino también un gran reforzamiento de la responsabilidad; y después llegó «Cades». Cuando Moisés pronuncia este Salmo, lo hace bajo el juicio del terrible hecho que Israel, desde cerca de las puertas de la tierra prometida, es obligado a entrar nuevamente en el desierto, para morir allí a ritmo acelerado. Esta iglesia en este tiempo y realidad, está destinada a morir bajo la ira de Dios. Aquella fue una de esas generaciones de la historia de la iglesia en la que la palabra de Jeremías es perfectamente aplicable: Una «generación objeto de su ira», Jer. 7: 29. ¡Una palabra que, felizmente, no siempre su cumple!

Igual que el v. 7 tiene una fecha, así debemos leer también el versículo siguiente.

Versículo 8:

*«Pusiste nuestras maldades delante de ti,*
*nuestros yerros a la luz de tu rostro».*

Este versículo tampoco es o supone una expresión general o pública acerca de una ocupación de Dios siempre duradera. Hay tiempos en que el SEÑOR «no nos trata según nuestros pecados, ni nos paga conforme a nuestras culpas», Sal. 103: 10 (Biblia de Jerusalén, ed. 1975). Pero el Salmo 90 fue pronunciado por primera vez cuando el SEÑOR puso delante de sí nuestras maldades, y nuestros yerros a la luz de su rostro (v. 8). Entonces las hizo pagar ciertamente, aunque aún no fue plenamente en la medida de las iniquidades de Israel (Sal.

103: 10). Además de esto, Moisés, según su expresión: «nuestros yerros», era consciente que Dios nos ve más negros de lo que nosotros nos vemos a nosotros mismos, y recíprocamente.

Entretanto, este versículo 8 es una ilustración acertada en la tipificación que Nm. 12: 3 da de Moisés: «Y aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había en la tierra». Pues, si hubo cuatro hombres que no tuvieron parte alguna en la dubitación de los diez espías, y que profetizaron contra su maledicencia de la promesa de Dios, ¡esos fueron Josué, Caleb, Aarón y... *Moisés*! ¿Este último también con peligro de ser apedreado? Cf. Nm. 14: 5–10. Sin embargo, Moisés no se separa ahora en el Salmo 90 de sus culpables correligionarios israelitas, sino que se muestra un humilde confesor de culpas en nombre de todos, y que se dirige a Dios en primera persona del plural, diciendo: «nosotros»: «*nuestras* maldades...» «*nuestros* yerros», cf. Capítulo 21, 4. b.

«Y aquel varón Moisés era muy manso...» (Nm. 12: 3).

Semejantes justos se dan cuenta, que no siempre cuadra o viene bien cantar con el Salmo 103: «Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones», v. 12. Moisés distinguió el tiempo, y comprendió: –¡Uno se debe *quejar* ahora!

Versículo 9:

*«Porque todos nuestros días declinan*
*a causa de tu ira;*
*acabamos nuestros años*
*como un pensamiento».*

Al comentar este versículo, tampoco nos olvidemos del que lo pronuncia. Moisés y el Israel–posterior–a–Cades podían quejarse: «... Todos *nuestros* días declinan como un pensamiento». Así fue durante aquellos determinados cuarenta años en los que la mayor parte de la iglesia de Dios de entonces estaba abocada a morir bajo su juicio de acortamiento de la vida, y *prematuramente*. También esta queja está fechada. Aunque felizmente no precisa ser desligada del pueblo de Dios siempre y en todas partes y por todas la generaciones. Moisés sí tenía razón para ello. Cada día veía sepulturas recién cavadas y lechos de enfermos que iban a con-

vertirse en camas mortuorias; y por eso Israel se echaba a temblar, y pensaba: Dios está airado contigo; y así acabaron sus años Moisés y sus contemporáneos mayores: Sacados de Egipto, pero no llevados a Canaán. Una vida eclesial en la que ya no había ningún crecimiento más. Tiempos deprimentes, desilusionantes e infructuosos en los que siempre daban vueltas en el mismo círculo reducido; hasta que, para terror propio, te dabas cuenta que tu propia vida también había pasado ya; que había volado como un pensamiento; o bien: «como un suspiro»[4].

¡Cuánto se acortaron los años de vida!

Versículo 10:

*«Los días de nuestra edad son setenta años;*
*y si en los más robustos son ochenta años,*
*(lo que en ellos era nuestro orgullo)*
*es molestia y trabajo,*
*porque pronto pasan, y volamos».*

Para Moisés, una vida de 70 u 80 años era corta. Su propio padre, Amram, cumplió 137, cf. Ex. 6: 19; y Moisés mismo llegó a cumplir los 120, Dt. 34: 7; y Aarón 123, Nm. 33: 39. Miriam, su hermana, que era mayor que Aarón, murió evidentemente poco antes que Aarón, y alcanzó, pues, casi una edad similar, Nm. 20: 1 y 29. Josué, siervo de Moisés, llegó a los 110 años, Jos. 24: 29; y éstos, por lo visto, no fueron los únicos que superaron los 100 años, Jos. 24: 31.

Después de «Cades», los israelitas, por término medio, no llegan a cumplir más de setenta u ochenta años. Esto significa, que, a los ojos de Moisés, morían en la flor de su vida. Para él, pues, así como para Josué, Aarón y Miriam, este fue «el término medio de edad»; de manera que estos israelitas murieron «antes de su tiempo», Ec. 7: 17, Is. 38: 10, 65: 20. El promedio de hombres israelitas en edad del servicio militar después de «Cades» vivió unos cuarenta años menos que Moisés y los anteriormente mencionados. Sus días de vida fueron acortados bajo el juicio de Dios. Las generaciones militares no murieron «saciados y llenos de años» (Gn. 25: 8), sino relativamente en la flor de la vida.

Sin embargo, el dolor de Israel llegó más profundo.

«Lo que en ella era nuestro orgullo» –así se lamenta Moisés–: «es molestia y trabajo», ( v. 10c). Lo cual también se puede traducir por: «adversidad y calamidad». Pero, ¿qué quiere decir con «lo que en ella era nuestro orgullo»?

Cuando leemos este salmo como un himno generalmente religioso que es aplicable a todas las personas, tal vez pensamos en todo aquello de lo que una persona puede estar orgullosa en su vida. Pero el Salmo 90 no es el himno de «Nochevieja», atemporal y comunmente religioso. Por eso, la frase «lo que en ella era nuestro orgullo» no debemos volatilizarla en una expresión que brota en cualquier vida humana. «Lo que en ella», a saber: Lo que en esa vida corta de los israelitas de entonces, que se iba volando, después de «Cades», *bajo el juicio de Dios*. Y lo de que «era nuestro orgullo», se refiere a algo por lo que Moisés y los israelitas de entonces estaban orgullosos: Su gloriosa salida de Egipto y la fundamentación del mundo israelita en Horeb. Hechos majestuosos, ambos. Pues, ¿qué no había hecho ya el SEÑOR por Israel? Vapulear a un imperio mundial como el egipcio; desecar temporalmente un mar; proveer de sustento a todo un pueblo en el desierto; proclamarse Rey a sí mismo en Horeb; establecer un Pacto nuevo; inaugurar un tabernáculo real; anunciar, proclamar estatutos y derechos que tan buenos eran, que el SEÑOR mismo dijo de ellos: «El hombre que los haga, vivirá en ellos», Lv. 18: 5, cf. Neh. 9: 29, Lc. 10: 27–28, etc. ¿No deberíamos, pues, pensar primeramente en estos hechos, cuando en el versículo 10 oímos a Moisés decir en aquellos años: «lo que en ella era nuestro orgullo»?

Pero, ¿qué debe constatar ahora Moisés para tristeza suya? –Que todo lo que «en ella» (es decir, en *aquellos años* en torno a la salida de Egipto y Horeb) era nuestro orgullo, *en la actualidad* (ahora, cuando escribe el Salmo 90) «es molestia y trabajo». La palabra aquí traducida por «trabajo» (*'awen*), es traducida por otros en otros lugares, por «vanidad» (Is. 41: 29); a veces es la designación de un ídolo (Is. 66: 3)[5]. Cuando en este versículo pensamos en estos significados de «*'awen*», entonces preferimos la versión «vanidad» o «nada», a la traducción «trabajo». En este versículo, Moisés se lamenta y se queja de que con toda la obra de Dios prometida e iniciada de la salida de Egipto y entrada en Canaán –¡»lo que era

nuestro orgullo»!, por decirlo de alguna manera: «*nada* bueno se había hecho» en tiempos *del Salmo 90*. Como en nuestro lenguaje común solemos decir: –«Nadie ha hecho *nada*». Así suspira Moisés: «Con lo que estábamos tan contentos, actualmente es un asunto *funesto* (*'awen*)».

No dejes de tener en cuenta esto: ¡El Salmo 90 habla en *tiempo de juicio!*

En Egipto, el juicio del SEÑOR pasó por delante de las casas de los israelitas señaladas con sangre, cuando hirió de muerte a todos los primogénitos, Ex. 12: 12–13 y 29. Sin embargo, Moisés ve ahora, que diariamente se cumple la palabra del SEÑOR: «En cuanto a vosotros, vuestros cuerpos caerán en el desierto. Y vuestros hijos andarán pastoreando en el desierto cuarenta años, y ellos llevarán vuestras rebeldías, hasta que vuestros cuerpos sean consumidos en el desierto. Conforme al número de los días, de los cuarenta días en que reconocisteis la tierra, llevaréis vuestras iniquidades cuarenta años, un año por cada día; y conoceréis mi castigo», Nm. 14: 32–34. Y lo que era «orgullo» de Israel, lo «mas excelente» de su existencia como pueblo, a saber: que el SEÑOR se había dirigido a ellos precisamente de forma muy cercana en Horeb, pero ahora se apartaba...

¿También los Israelitas tenían conocimiento de esto?

¿Se veían a sí mismos bajo *la ira de Dios?*

Moisés lo dudaba.

Versículo 11:

*«¿Quién conoce el poder de tu ira,*
*y tu indignación según que debes ser temido?».*

En el entorno de Moisés, ¿quién conocía el poder de la ira de Dios? En las Sagradas Escrituras, el «conocer» es un asunto del corazón. ¿Quién, pues, se daba cuenta de la ira del SEÑOR contra Israel? ¿Acaso estaban acostumbrados a ella y sólo se veía en ella algo fatal? ¿Estaban ciegos ante la mano del SEÑOR? ¿No se sabía ya lo que significa, «si Yo me aparto, conoceréis mi castigo»?, Nm. 14: 34. Bastante más tarde, Isaías hizo la misma pregunta: «¿Sobre quién se ha *manifestado* (propiamente ahora) el brazo de Jehová»?, Is. 53: 1; como, a pesar de todo, se puede desear de gentes que temen al SEÑOR.

Más tarde, en su canto de cisne, Moisés mencionará una vez más este asunto en estas palabras: «Porque son nación privada de consejos, y no hay en ellos entendimiento. ¡Ojalá fueran sabios, que comprendieran esto, y se dieran cuenta del fin que les espera!», Dt. 32: 28–29. A pesar de esto, Moisés pidió realmente esa sabiduría.

Versículo 12:

*«Enséñanos de tal modo a contar nuestros días,*
*que traigamos al corazón sabiduría».*

De modo y manera que nos demos cuenta de la situación en que vivimos. Pues un hombre sabio es alguien que teme al SEÑOR, y por ello conoce su situación, y entiende su tiempo, de manera que sabe lo que debe hacer y dejar de hacer. En un tiempo como el del Salmo 90, el reponerse un corazón sabio, encierra: *Tener en cuenta* los hechos del SEÑOR; *humillarse* bajo su mano castigadora. Esta sabiduría le ha faltado mucho a Israel, también en tiempos posteriores, cf. Capítulo 20, 2., comentario a Sal. 74: 1. ¡Cuánto le hubiera gustado a Moisés ver a Israel contar los días, como el SEÑOR los contó en otro tiempo: «un año por cada día», Nm. 14: 34; y cómo le gustaría oirles suplicarla con él en actitud de cordialidad:

Versículo 13:

*«Vuélvete, oh Jehová; ¿hasta cuándo?*
*Y aplácate para con tus siervos».*

El SEÑOR se había apartado de Israel.

Él mismo había dicho en Cades: «Conforme al número de los días, de los cuarenta días en que reconocisteis la tierra, llevaréis vuestras iniquidades cuarenta años, un año por cada día; *para que sepáis qué significa, si yo me aparto*», Nm. 14: 34 (Versión Moderna Neerlandesa).

Este es un lenguaje distinto del que da razones acerca de Dios, pues, según ese modo de hablar, Dios siempre y en todo lugar está presente de la misma manera. Según este teorizar acerca de Dios, lo que Moisés dice aquí, no sería «propiamente» verdad; porque Dios «naturalmente» nunca abandona a su iglesia. Hablando «humanamente», Moisés puede tener razón, «en el fondo» no encaja, porque, «en sentido propio»,

no podemos hablar del «volver» de Alguien que «en realidad» nunca ha estado lejos.

Colocamos deliberadamente algunas palabras y frases entre comillas con el fin de hacer resaltar y denunciar el carácter gnóstico de semejante teologizar. El gnosticismo, originalmente cargado de gran aversión al Antiguo Testamento, ya desde muy antiguo habló arrogantemente de la «fe de la comunidad» que aún se aferra al sentido literal de las Sagradas Escrituras frente al conocimiento más «elevado» y «profundo» gnóstico–teológico–científico de las mismas[6]. El gnosticismo, ya en el tiempo apostólico, intentó «tender un puente desde lo histórico del Evangelio hacia lo general y eterno, de lo concreto hacia lo abstracto, y del mito hacia la razón».

Pero, las Sagradas Escrituras –y lo oímos expresamente aquí en el Salmo 90 de boca de Moisés– no nos enseñan a *teorizar acerca de* Dios, sino a *contar con* el Dios viviente, Quien, a veces, se aparta efectivamente de su iglesia, y la abandona a su suerte durante algún tiempo. Así habla Moisés acerca de Él. Su obra salvadora –comenzada gloriosamente en Egipto, y brillantemente coronada en Horeb– fue parada por el SEÑOR mismo durante cuarenta años a lo largo de dos generaciones. Cuando Moisés compuso el Salmo 90, ya hacía muchos años que el SEÑOR se había retirado, cf. v. 15b: «los años en que vimos el mal». Esto no era o suponía una atrasada «fe de la comunidad», sino un hecho puro y duro, como se suele decir.

En estas circunstancias, Moisés suplicó: «Oh Jehová, aplácate para con tus siervos». O como otros traducen: «¡Oh Yavé!, ten compasión de tus siervos». Así conocía ya Moisés al SEÑOR, como un Dios, «que se duele del castigo», Jl. 2: 13. ¿Durante cuánto tiempo debía seguir ocurriendo así? ¡Cada día un entierro! Vuélvete, oh SEÑOR; no nos hagas seguir dándole vueltas a la cabeza, cavilando por más tiempo. ¿Aún no tendrás compasión de nosotros? Ya hace muchos años que vivimos en una noche oscura de ira, castigo y exterminio. ¡Oh Dios, haz que amanezca, en lugar que anochezca; haz que se haga la luz, en lugar de tinieblas; y que llegue vida, en lugar de muerte!

Versículo 14:

*«De mañana sácianos de tu misericordia,*
*y cantaremos y nos alegraremos todos nuestros días».*

¿Se refiere Moisés aquí quizá a aquella mañana inolvidable en que el maná yacía por primera vez en el suelo del desierto? Días antes, aun se encontraron con el casi insoluble problema de la provisión de víveres para todo un pueblo en el desierto. Pero, cuando amaneció el nuevo día, «he aquí sobre la faz del desierto una cosa menuda, redonda, menuda como una escarcha sobre la tierra», Ex. 16: 14. Desde aquel día, el SEÑOR sació con maná a su pueblo cada madrugada. ¿Se habrá referido a esto Moisés, cuando oró: «De mañana sácianos de tu misericordia»? Sea como fuere, pidió al SEÑOR un tiempo nuevo; una prueba, una evidencia gozosa de cambio completo que, en cierta mañana, rompiera la abrumadora situación. Una demostración de que el SEÑOR habría vuelto, de tal manera que las lamentaciones y lágrimas por seres queridos, prematuramente muertos, y por una situación sin perspectiva, pudieran tornarse en lágrimas de gozo por un tiempo nuevo en el que el SEÑOR saciaría a su pueblo con misericordia, cf. Dt. 33: 23.

Versículo 15:

*«Alégranos conforme a los días que nos afligiste,*
*y los años en que vimos el mal».*

¿Cuánto tiempo llevaba ya el matacandelas sobre la vida de Israel? ¿Cuántos años llevaban ya llenos de enfermedad, muerte, perdición, cortedad de vidas, peregrinar sin rumbo y trabajar sin perspectiva? En épocas semejantes, somos propensos a fijarnos en los hombres y a lamentar las circunstancias. Sin embargo, Moisés habla de «los días que (TÚ, oh SEÑOR) nos afligiste».

Esto es demostración de sabiduría por el temor del SEÑOR; lo cual deseó Moisés a todos los israelitas en el v. 12: «Enséñanos... que traigamos al corazón *sabiduría*».

Es enternecedora esta súplica: ¡Si el SEÑOR quisiera ahora cambiar el orden de los acontecimientos! ¡No por más tiempo, años de desdicha y calamidad «según los días» que Israel espió Canaán, sino años de dicha y felicidad «conforme a los días

en que nos afligiste»! ¡Si el SEÑOR hiciera eso alguna vez! ¡Concedernos tantos años de gozo como años de opresión!

Versículo 16:

*«Aparezca en tus siervos tu obra,*
*y tu gloria sobre sus hijos».*

Como es natural, Moisés se refiere a la obra que el SEÑOR había comenzado al llamar a Abraham de Ur de los Caldeos, y hacerle crecer hasta ser un pueblo grande. Una obra que, además, había proseguido liberando de Egipto a aquel pueblo, y haciéndole su Reino en el monte Sinaí; y que ahora suplicaba la necesaria continuación de la herencia prometida de Canaán. La versión Reina–Valera traduce este v. 16: «Aparezca... tu obra»; pero, literalmente, Moisés pediría: *«Véase* en tus siervos *tu obra»*; es decir: obra de salvación, en lugar de obra de opresión.

Es curioso, que incluso un grande en el Reino de Dios como Moisés, tuviera que suplicar la «obra» de Dios. Pues, incluso este «varón de Dios» pudo hacer aún todo lo posible por la iglesia de entonces; pero si el SEÑOR no volvía, nada valían todas las actividades de Moisés, y todos sus esfuerzos en efectuar una «reanimación», suponiendo que ya la hubiera iniciado, se le rompieran en las manos. El SEÑOR debía hacerla. Así de claro lo tenía Moisés. El SEÑOR debía olvidarse de no hacer nada.

Tales situaciones pueden repetirse.

En épocas en que Dios está contra su iglesia y la ha abandonado, puede ocurrir que un trabajo muy fiel y una «actividad» amplia y un estudio diligente y grandes sacrificios y organizaciones auténticas y discusiones honestas y argumentos laboriosos nada puedan cambiar en la situación de hundimiento. Si Dios no pone manos a la obra, nada ayudan todas las actividades humanas en semejantes épocas. Y en tiempos de juicios y castigos (¡igualmente prometidos!) no se puede contar automáticamente con esa intervención de Dios. Entonces puede ser muy discutible si el SEÑOR tiene a bien obrar salvación; pues no siempre es de su agrado. Aunque seamos 100% pueblo suyo. Entonces sólo ayuda un medio: ¡Orar como Moisés hizo en el Salmo 90!

Por lo menos las generaciones más antiguas habían visto la gloria de Dios. En Egipto y en el monte Sinaí. Pero la juventud israelita ¿qué había podido notar de ella durante los últimos años en el desierto? Había crecido en una iglesia cuya vida giró constantemente en el mismo y pequeño círculo de personas. Un asunto sin perspectiva. Moisés ora por aquella juventud: Deja a nuestros chicos y chicas volver a ver tu gloria por medio del cumplimiento de la promesa con la que todo comenzó: heredar Canaán; da a nuestros hijos la paz que ya prometiste a Abraham. Una viña propia y una higuera propia. No un desierto como lugar para vivir, sino una tierra que fluye leche y miel.

¡Si el SEÑOR se dispusiera a hacer ahora esta obra revitalizadora!

Versículo 17:

*«Sea la luz de Jehová nuestro Dios sobre nosotros,*
*y la obra de nuestras manos confirma sobre nosotros;*
*sí, la obra de nuestras manos confirma».*

De ahora en adelante, no dejes por más tiempo descansar tu ira sobre nosotros, sino irrádianos con tu gloria. Entonces, también nuestra obra puede crecer, prosperar nuevamente, llevar fruto y subsistir. A propósito de esto último, podemos pensar en la ganadería de los israelitas y en la capacitación profesional que dieron a sus hijos con vistas a su asentamiento en Canaán, Nm. 20: 19, Ex. 36: 8–38 (conocimiento técnico transmisible y las habilidades). Pero también se puede pensar en la obra que un Moisés había desechado para este pueblo. Comenzando con su educación «académica» en Egipto y su actuación ante Faraón, estar durante cuarenta años al frente de este pueblo, y no en último lugar el trabajo manuscrito realizado antes de la creación de la Thorá, fundamento de las Sagradas Escrituras.

Moisés pide a Dios si querría «confirmar» toda esta obra, es decir, hacerla estar en pie, de manera que no desapareciera en un ladazal de ineficacia e inutilidad, sino que resultase algo de ella.

El escritor de la Thorá pide fruto aquí.

## 3. MIRADA RETROSPECTIVA AL SALMO 90.

Por consiguiente, el Salmo 90 no es el «salmo–de–nochevieja»; sino una *oración* de Moisés, varón de Dios. Esto así, cabe preguntarse: ¿Escuchó Dios esa oración?

¡Ciertamente!

Aunque sea triste leer, que Moisés, que pidió tan de corazón dulzura sobre Israel en lugar de ira y dominio de la muerte, no conoció a tiempo «el resplandor del amanecer» tan ardientemente esperado. En Meriba, los hijos pecaron de la misma forma que sus padres pecaron anteriormente: «¿Para qué salimos acá de Egipto?», Nm. 11: 20 ¡Pero ahora no castigó Dios! Ya lo dijimos: ¡Esos tiempos también existen!, cf. Nm. 23: 8, Is. 28: 23–29. Pero Moisés no glorificó al SEÑOR en presencia de los israelitas. Pero le presentó como un Dios de castigo en lugar de como el Dios del cayado, Nm. 20: 2–13; y entonces no le fue permitido introducir la congregación de Dios en Canaán.

Entonces el SEÑOR se apartó de su ira ardiente.

También hay tiempos de estos.

Bajo Josué y sus más jóvenes contemporáneos, el SEÑOR dejó ver nuevamente su gloria y su obra. A esa generación mostró su misericordia y clemencia. Entonces llegó a Israel de nuevo el gozo y el amanecer por el que Moisés había orado. La «obra» de Dios, suplicada por el poeta–autor del Salmo 90, es vista en la desecación del Jordán, en la caída de Jericó y en la partición de la tierra heredada. Cuando estos israelitas, después de cuarenta años de vagar por el desierto, se sentaron bajo su propia vid e higuera, pudieron ver en ello la dulzura del SEÑOR, su Dios, sobre Israel.

Y respecto a la obra de las manos de Moisés, tuvo que dejarla realmente inconclusa, pero el fundamento de las Sagradas Escrituras está a su nombre, por lo que toca al lado humano de esta gran obra. ¡Referente a esto, el SEÑOR sí oyó la oración de Moisés en el Salmo 90: 17! Cuarenta años había pasado Moisés en Madián, aparentemente en vano, esperando hasta que Dios le llamase; y una vez más cuarenta años, aparentemente igual de inútiles, entre Cades y Canaán. Pero, ¡cuán ricamente oyó el SEÑOR su oración: «...y la obra de nuestras manos confirma sobre nosotros; sí, la obra de nuestras manos confirma»!

¡Y cuánto le fue permitido a Moisés realizar!

No, felizmente no es *siempre y en todas partes* a la vez momento de tomar en nuestros labios el Salmo 90. Se ha de estar alerta ante los razonamientos gnósticos que siempre quieren revalorizar la Palabra histórica de Dios en la colección de verdades eternas y generales.

El marco histórico del Salmo 90 es: un Israel hundido bajo la ira de Dios a causa de su desprecio de la promesa de Dios de aquel momento. ¡Ira de Dios por motivo de desprecio del Evangelio!

¿Acaso no estuvo sobre Europa aquella cólera divina?, cf. Los Salmos I, 12. 7. 335ss.

¡Léanse libros de guerra, y contémplense películas cinematográficas y cementerios (lugares de enterramientos masivos) de las dos últimas guerras mundiales, a la luz de este Salmo 90!

«Una generación objeto de su ira», Jer. 7: 29.

«Con tu furor somos consumidos», Sal. 90: 7.

Al reflexionar sobre esos períodos de este siglo, se puede, como miembro de la Cristiandad del siglo XX –el pueblo de Dios de este tiempo– repetir literalmente, por desgracia, lo que dijera Moisés: «¿Quién conoce el poder de tu ira, y tu indignación (sobre los pueblos cristianos)?»

Esto no obstante, un salmo serio y grave como éste, también nos puede reconfortar y levantar el espíritu.

Pues, ¿qué hizo Moisés en aquel terrible tiempo de derribo y caída eclesial y nacional, al ver las innumerables tumbas y monumentos sepulcrales? –Clamó al Señor, ¡al Soberano! Pidió por la generación de Israel: la juventud, y sus hijos.

Y esa oración, como vimos, fue escuchada.

Quiera el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo tener misericordia también sobre mucha juventud en la Cristiandad moderna; y si antes no envía a su Hijo que retorne sobre las nubes, que también se compadezca de la Cristiandad del siglo siguiente.

NOTAS

1. Acerca de la antigüedad del lenguaje del Salmo 90 no están de acuerdo los entendidos. F. Delitzsch señala en su comentario el parentesco filológico entre Deuteronomio y Salmo 90. Lamparter, *Das Buch der Psalmen* II, 114, señala: «El lenguaje del texto original indica realmente una fecha de nacimiento muy temprana de este himno. El parentesco interno con Génesis 3, el relato del pecado original, es chocante así como la unión estrecha con el «Himno de Moisés» que nos ha sido transmitido en Dt. 32–33.

También M. Dahood, Psalms II, New York 1968, habla de «la semejanza con Dt. 32 (–) y Gn 2: 4 y 3: 19 (–), y los numerosos ejemplos de lenguaje arcaico indican claramente un escrito temprano (¿quizá del siglo IX a. C.?)».

2. No es posible establecerlo con precisión. Las vigilias nocturnas se contaban desde la puesta del sol hasta la salida del sol, y eran, consecuentemente, diferentes en extensión, de acuerdo con la duración de la noche (en Palestina, a 31–33 grados de latitud, la diferencia entre la noche más larga y más corta, totalizaba o ascendía a cuatro horas). El Israel antiguo dividía la noche en tres vigilias (Jueces 7: 19, Ex. 14: 24). En el Nuevo Testamento leemos una distribución de la noche en cuatro vigilias (Mr. 13: 35 menciona todas ellas con una designación popular: anochecer, medianoche, canto del gallo, a la mañana cf. Lc. 12: 28; Mt. 14: 25; Mc. 6: 48).

3. El castigo de tener que morir en el desierto como consecuencia de lo ocurrido en Cades, es evidente que ha afectado exclusivamente a aquellos que entonces eran militares de 20 años o mayores, no a personas masculinas menores, ni a mujeres ni a levitas, cf. Nm. 1: 1–54, 26: 64–65, Dt. 2: 14–16, Jos. 5: 6.

4. La palabra hebrea (*hègè*) muestra un ruido blandamente susurrante, traducido en Ez. 2: 10 por: lamentaciones.

5. Diversas versiones de la Biblia traducen esta palabra por: rebeldía, cólera, injusticia, agravio, engañoso, malo. Aquí, en el Salmo 90, «*'awen*» es nulidad, Reiner–Friedemann Edel, Hebräisch–Deutsche Präparationen zu den Psalmen, Marburg 1966, a. l.

6. Para el término «Gemeindeglaube» «fe de la Comunidad», (en griego: *psilè pistis*), véase: Karl Heussi, Kompendium der Kirchengeschichte, 10. Aufl. Tübingen 1947, 51.

# Capítulo 24

## SALMO 104: ¡CUÁN INNUMERABLES SON TUS OBRAS, OH JEHOVÁ!, HICISTE TODAS ELLAS CON SABIDURÍA

La mayor parte de los israelitas eran gentes del campo. La mayoría de los hombres salían al campo de mañana temprano por la puerta de la ciudad a sus tierras de labranza, y regresaban a casa hacia el atardecer. Todo aquel tiempo lo pasaban en contacto con la naturaleza libre. También la vida de los que quedaban en casa –mujeres y niños, ancianos y artesanos– transcurría en gran parte al aire libre.

Gracias al clima tropical de Palestina, Saúl pudía dormir de noche en la azotea de la casa de Samuel (1 S. 9: 26), y Jacob pernoctaba incluso en algún lugar del campo, Gn. 28: 11. Por consiguiente, los israelitas eran auténtica gente del campo.

Por lo cual, estaban mucho más cerca de la naturaleza que el hombre de ciudad moderno y occidental que pasa gran parte de su vida entre cuatro paredes. A consecuencia de esto, los israelitas también percibían mucho más por sus oídos y sus ojos la predicación de la naturaleza que el término medio del hombre de ciudad de hoy día. Fíjate por un momento

cuánta atención prestan los salmistas a los acontecimientos que ocurren en el cielo, en la tierra, en los montes y en los valles. En los Salmos 8, 29, 33, 65, 67, 104, 147, 148 y otros, han alabado a Dios como Creador.

## 1. SALMOS DE LA CREACIÓN.

Salmos, como los recién mencionados, son llamados «salmos de la naturaleza». Pero este nombre *no* es, terminantemente, bíblico[1]. Difícilmente podemos tachar de nuestro diccionario la palabra *naturaleza*, pero los salmos llamados «salmos de la naturaleza», no la usan en ninguno de sus versículos; así como tampoco todo el Antiguo Testamento. «Naturaleza» es un concepto abstracto; y los israelitas, así como sus pueblos vecinos, difícilmente sabían servirse de dicho concepto[2]. Las Sagradas Escrituras hablan mucho más concretamente del «cielo y de la tierra», de «la tierra y su plenitud», del «mundo y de todo lo que en él vive», del «mar y de todo lo que hay en él».

Cuando después leamos el Salmo 104, veremos, que el israelita también tenía una visión muy distinta de lo que nosotros, occidentales, llamamos ahora naturaleza. Para el israelita, «la tierra y su plenitud» no formaban un gigantesco super expendedor del cual, sin la mano divina, todo aparece espontáneamente o según leyes naturales autónomas: flora y fauna, niños y lluvia, luz y oscuridad.

Por lo cual, nos parece mejor llamarles «salmos de la creación».

### *Intención.*

¿Qué intención tenían los poetas–autores de los «salmos de la creación»? –Indudablemente y en primer lugar, ¡cantar la gloria del Creador, y su creación! Expresar profunda admiración por el poder y majestad del SEÑOR. Pero con esto no está dicho todo. Los salmistas han dado expresión a esa admiración de modo y manera *israelita* en un mundo *cananeo*. Y muchas veces incluso como Remanente piadoso en medio de un Israel –por decirlo de alguna manera– «hipercanaanizado».

El mundo en torno a Israel veneraba a la criatura más que al Creador. Sol, luna y estrellas, lluvia y fertilidad eran honrados como dioses. Los israelitas mismos, en lugar de erradicar estas abominaciones, también sirvieron frecuentemente al dios de la lluvia, Baal, «y se inclinaron ante todo el ejército de los cielos», 2 R. 17: 16, 21: 3 y ss, 23: 4–5. La arqueología nos ha presentado muchos ejemplos de oraciones y salmos egipcios, asiro–babilónicos y cananeos. Entre ellos también los hay que se dirigen al dios–sol o a la diosa–luna. Jeremías ya vio en Jerusalén ofrecer sacrificios en las terrazas al sol, la luna y las estrellas. Familias completas se ocupaban de esto: «Los hijos recogen la leña, los padres encienden el fuego, y las madres amasan la masa, para hacer tortas a la reina del cielo», Jer. 7: 18. Este es el mundo en que Israel cantó sus salmos de la creación.

El relato de la creación del libro Génesis debemos leerlo, además de como un comunicado de los hechos creadores de Dios, también como una polémica contra el espíritu del canaanismo que siempre amenazó al pueblo de Dios. Asimismo debemos tener en cuenta esa misma posibilidad al considerar los salmos de creación israelitas.

En estos salmos, los piadosos no sólo han alabado el honor del SEÑOR, sino que también han *luchado* por el honor del SEÑOR. Así pues, la intención de estos salmos es doble: *alabar* y *confesar* al SEÑOR como Creador. Pero, eso sí, confesar en el sentido profundo de la palabra: salir a favor de la Verdad en aquellos puntos donde el espíritu de la época presenta objeciones, y donde el confesar la fe verdadera va unido al sufrimiento. Esto fue lo que hizo el piadoso Remanente en Israel, también mediante esta clase de salmos. Cuando muchos en Israel se pasaron a Baal, dios de la lluvia, o se arrodillaron ante el sol y la luna, entonces los justos, frontalmente contra la opinión pública y por medio de los salmos siguientes, confesaron: «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca. El junta como montón las aguas del mar; él pone en depósitos los abismos...», Sal. 33: 6–9. «Alaben el nombre de Jehová; porque él mandó, y fueron creados», Sal. 148: 5. Sol, luna y estrellas son «obra de los dedos de Dios», Sal. 8: 3. Por consiguiente, los salmos de la creación deben haber resonado en al-

gún período de la historia de la iglesia israelita como auténticos *himnos–de–batalla*. ¿No debemos, pues, ponerlos en nuestros labios con la misma intención en nuestro siglo de tecnocracia ateista? ¿Alabar admirativamente a nuestro Dios y Padre, y confesarle, aunque sea en medio de la polémica, como el Todopoderoso Creador de cielos y tierra?, cf. Nota 22 del capítulo 15.

## 2. ¡JEHOVÁ, DIOS MÍO, MUCHO TE HAS ENGRANDECIDO!

Por tanto, el Salmo 104 no es un himno a la naturaleza, pues los salmistas no conocen ni en una sola ocasión ese concepto extraño a la Biblia, como ya observamos. ¿Canta, pues, este salmo a veces a la creación? Efectivamente, tenemos el Salmo 104 entre los salmos de la creación; pero, examinándolo a fondo, no es un himno a la criatura, sino al Creador. El Salmo 104 es un poema acerca del SEÑOR, el Dios de Israel; y concretamente, acerca de su cielo y tierra, su majestad y gloria hiperresplandecientes, v. 1.

*El tema.*

«Jehová, Dios mío, mucho te has engrandecido», v. 1. Con esto se inicia el salmo, y es, a la vez, el tema que el poeta–autor ha desarrollado en esta «meditación» (v. 34) en un salmo lleno a rebosar de la grandeza del SEÑOR. Sólo que esa grandeza no es ahora indicada en el perdón de pecados o en la fidelidad de Dios a su Palabra, como hacen los Salmos 103 y 105, sino en la obra de la creación de Dios, y en la conservación de nuestra tierra; o su gigantesca administración o gobierno de la casa.

*Un gobierno divino.*

El gobierno de Dios. A esto se reduce propiamente todo en el Salmo 104. Allí leemos de un Divino señor de la casa, un rey que se ha revestido con gloria y magnificencia, v. 1. Su manto real es la luz, v. 2. Su tienda de campaña es el cielo, v 2. El SEÑOR la extiende tan fácilmente como un israelita su tienda, v. 2, cf. Is. 40: 22, Zac. 12: 1. Y como el israelita a veces edificó un aposento sobre su casa (Eliseo moró

en una habitación semejante en casa de la mujer sunamita, 2 R. 4: 10, cf. 1 R. 17: 19 y 23), así el SEÑOR cubre con cielo raso sus aposentos (la misma palabra que usó la sunamita) «entre las aguas», en las nubes, v. 3, cf. Sal. 18: 9 y ss. 68: 4, Ez. 1.

Efectivamente, este es lenguaje poético; y difícilmente se puede hablar de «aposentos» en una tienda de campaña; pero, entretanto, este lenguaje poético figura, pinta una realidad poderosa: el gobierno de Dios. Por esta casa caminan y andan sirvientes: los vientos y llamas de fuego, v. 4. Hay un reloj u horario del tiempo presente: la luna, v. 19. Hay lámparas que procuran la luz: el sol, v. 19. Allí reinan el orden y la regularidad, como se exigen para un buen gobierno de la casa. Tiempos determinados para esto, y tiempos fijos para aquello, vs. 19–23.

Además, el gobierno de Dios es inmensamente grande. A éste pertenecen los montes y los valles, los océanos y campos, los bosques y los cuerpos celestiales, los animales en especies incontables y también todos los hombres. ¡Qué gran cantidad de alimentos se gastan diariamente en este gobierno de la casa! Todos los animales deben comer y beber regularmente. Pero también las pendientes que no pueden beber agua de los arroyos, deben ser regadas, v. 13. «El corazón de los hombres» debe ser fortalecido con pan, v. 15. Los poderosos cedros del Líbano necesitan alimento, v. 16. Pero también los pájaros en esos árboles y las cigüeñas en los cipreses v. 17, participan del gobierno de Dios; lo mismo que las cabras monteses en las altas montañas, los damanes detrás de las rocas y las fieras rugientes en la jungla, vs. 18–22. Miembros todos del gobierno de Dios.

Quien sabe lo que a un hombre y a una mujer les cuesta en trabajo, preocupación, amor y sabiduría dirigir el pequeño gobierno de unas diez personas y sólo un animal, ese tal, si teme a Dios y considera el gobierno de Dios, estará de acuerdo, de buena gana, con el Salmo 104: «¡Jehová, Dios mío, mucho te has engrandecido!» O, quizá mejor dicho: «¡Jahweh, Dios mío, que grande eres!» (Biblia de Jerusalén, 1975).

*La construcción del Salmo 104.*

El Salmo 104 pertenece a los salmos más grandes; pero si atendemos a su gigantesco tema o asunto, difícilmente lo podemos llamar largo. En únicamente 78 frases, el salmista canta la grandeza de Dios en toda la creación: cielo y tierra, el mundo de los hombres y de los animales, el reino de las plantas y de las estrellas. ¿No te parece esto una inteligente muestra de don poético? También porque ha construido su poema tan claramente ordenado. Si alguna vez tienes en tus manos las claves de esa construcción, verás cuán hermosamente ha sido dividido este salmo.

Esa clave es ésta: Lo que Génesis 1 nos anuncia de forma *narrativa*, eso nos lo predica el Salmo 104 de manera *poética*. En el Salmo 104 se oye el eco poético de Génesis 1, hasta en la alabanza sobre la grandeza de los utensilios del SEÑOR, según el orden de la creación de Dios en Génesis 1. A continuación los pondremos unos junto a otros.

*Génesis cap. 1 junto al Salmo 104.*

¿Dónde o en qué desemboca Génesis 1? –En la creación del hombre como virrey sobre todo lo que Dios había hecho: plantas y animales, aves y peces, cf. Salmo 8. Pero, ¿qué precede a esto? –que Dios sigue queriendo que hombres y animales puedan vivir en esta tierra. Pues, siempre según Génesis 1, Dios no dejó salvaje aquella superficie de la tierra, sino que se cuidó de que en ella pudieran vivir hombres y animales. La luz servía especialmente al hombre, vs. 3–5. Rocío y lluvia hacen fructífera la tierra y al hombre, vs. 6–8. Dios creó los cereales y los frutales sobre todo para servicio del hombre, vs. 9–13 y 29. Las luminarias en el cielo deben indicar, especialmente al hombre, los días, meses y años, vs. 14–19. El SEÑOR preparó todo especialmente para su virrey, el hombre.

Si ahora nos fijamos en el Salmo 104, entonces se evidencia que el poeta–autor ha distribuido su descripción de la grandeza de Dios conforme a los seis días de la creación de Génesis 1, y que también él presenta a plena luz del día la gran bondad del SEÑOR para con los hombres y los animales. El resumen que sigue abajo, puede hacer ver quizá más fácilmente la semejanza en el orden.

| GENESIS | SALMO 104 |
|---|---|
| *1er. día de la creación*<br>La luz. | *Salmo 104: 2a*<br>Dios se envuelve en la luz. |
| *2º día de la creación*<br>La bóveda o cielo.<br>Aguas arriba, y debajo la bóveda. | *Salmo 104: 2b–4*<br>El cielo.<br>Las nubes lluviosas.<br>El viento y el rayo. |
| *3er. día de la creación*<br>Separación entre lo seco (la tierra) y las aguas debajo del cielo (los mares).<br>La hierba verde.<br>Las plantas que dan semilla.<br>Los árboles frutales. | *Salmo 104: 5–18*<br>TÚ has puesto un límite, que no atravesarán; no volverán a cubrir de nuevo la tierra.<br>Hace fluir ríos y da agua a los animales.<br>Pájaros en los árboles.<br>La hierba, las plantas, el trigo, olivos, cedros, cipreses. |
| *4º día de la creación*<br>Las luces en la expansión, sol, luna y estrellas, para alumbrar y dividir entre día y noche, y para fijar estaciones, días y años. | *Salmo 104: 19–23*<br>Tiempos fijos (luna). Tiempo fijo puesta del sol. Noche para animales de presa. Día tiempo de trabajo para el hombre. |
| *5º día de la creación*<br>Grandes animales marinos y todos los peces y pájaros alados. | *Salmo 104: 24–26*<br>El mar con muchos seres, allí las naves y Leviatán. |
| *6º día de la creación*<br>Ganado, animales salvajes y reptiles; y el hombre como virrey sobre todo lo creado. | *Salmo 104:27–30*<br>Todo dependiente de Dios, tanto del alimento como de la vida. |
| *7º día de la creación*<br>El SEÑOR descansó de la obra de la creación. | *Salmo 104: 31*<br>El SEÑOR se alegra de sus obras creadas. |

Este sorprendente paralelismo no excluye, naturalmente, el carácter propio de ambas partes de las Escrituras. Génesis cuenta que el SEÑOR hizo el cielo y la tierra, y cómo lo hizo. Pero el Salmo 104 sigue siendo naturalmente un trozo de poesía que está construido, por cierto, conforme al orden de los seis días de la creación; pero con libertad poética. Por lo cual, pudo sacar a colación, por ejemplo, antes del sol, la luna y las estrellas, a los animales, y ya en el v. 15 y 23 llamar a escena al hombre; pues el salmista también habló acerca de la creación completa, y Génesis 1 acerca del trabajo en sí de la creación. Sin embargo, éstas y algunas otras pequeñeces en nada afectan a la construcción clara del Salmo 104. Según el orden de los días de la creación, el salmista alabó la grandeza del SEÑOR. Completamente con el gozo de Dios en su creación en el día séptimo inclusive.

*Un salmo de alabanza.*

Alabar es mencionar los hechos elogiables de alguien. El Salmo 104 alaba a Dios mencionando entre elogios con cuán gran poder y bondad y sabiduría ha creado Dios el cielo y la tierra. El salmista cuenta también con la obra de la providencia o gobierno en la obra de la creación de Dios, como aún veremos. Pero todo lo que enumera testifica de la grandeza del SEÑOR:

Versículo 1:
*«Bendice, alma mía, a Jehová.*
*Jehová, Dios mío, tú eres muy grande;*
*tú te has vestido con majestad y esplendor».*
(Versión del autor).

*Día primero: «Sea la luz».*

En el primer día, Dios creó la luz. De ahí que el salmista comience su reflexión con la obra número uno de la creación: ¡la luz! Los antiguos israelitas aún no conocían los modernos aparatos de iluminación. Algo sabían de lo que es la oscuridad negra como la tinta china. Quizá por eso apreciaban más que nosotros la grandeza del poder y bondad de Dios en el diario beneficio de la luz del día. En ella, el ojo poético del salmista veía algo así como el manto real del SEÑOR:

Versículo 2a:
*«Tú que te envuelves en la luz como en una capa».*
(Versión del autor).

Literalmente, dice, que Dios se halla envolvente en su capa; y con esta forma de expresión se acerca a las palabras de las Escrituras que nos presentan, que Dios aún crea (presente de indicativo) luz cada día, cf. Am. 4: 13, Is. 45: 7, Jer. 10: 12.

«¡Padre celestial, tú eres muy grande!» Hasta esta alabanza pueden elevar regularmente nuestros corazones el disfrute inapreciable de la luz del día; pues, en la provisión de luz por parte de Dios, se quedan sencillamente en nada incluso nuestros aparatos más modernos.

*Día segundo: «Haya expansión».*

En el segundo día de la creación, Dios estableció separación entre el agua en la tierra y los millones de toneladas de agua en lo que ahora llamamos atmósfera, y lo que en el lenguaje acostumbrado de las Escrituras se llama la expansión o el cielo, Gn. 1: 6–8. Ese cielo dio al salmista los *versículos* 3 y 4:

*«El que establece sus aposentos entre las aguas,*
*el que pone las nubes por su carroza,*
*el que anda sobre las olas del viento;*
*el que hace a los vientos sus mensajeros,*
*y a las flamas de fuego sus ministros».*

¿No salen a relucir, también en estos versículos, la «gloria y la magnificencia de Dios» (v. 1)? ¿Cuántas toneladas de agua derrama un vigoroso chaparrón sobre una comarca? El SEÑOR regula con facilidad divina ese gigantesco gobierno del agua sobre nuestras cabezas. Para él, ese poderoso firmamento no es más que para un beduino su pequeña tienda de campaña. También aquí el poeta usa un participio presente: Dios extendió esa expansión no sólo una vez en la creación, sino que aún lo hace. Desde esos almacenes (situados) sobre nuestra cabeza, el SEÑOR derrama la lluvia hacia abajo, v. 13.

Los cananeos declaraban que la lluvia y el viento, las nubes

y los relámpagos pertenecen al dominio de Baal. Así pues, el piadoso israelita, por su profesión de fe en Yahweh, como Señor y Creador de la expansión, también expresaba un lenguaje polémico; y el Salmo 104 es en esto, aún ahora, «Útil para enseñar, para *redargüir*. para corregir, para instruir en justicia», 2 Ti. 3: 16. Con participios de presente que en muchísimos salmos de alabanza son la trama y la urdimbre, el salmista alaba a Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo como el Señor de la expansión, el Dios cuya mano sabemos presente en el trasfondo de cada mapa del tiempo. Todas las depresiones y zonas de altas presiones están bajo su gobierno; con lo cual el Salmo 104 ¿no habla también un lenguaje polémico contra el espíritu de nuestro siglo que no menciona el Nombre de Dios en la meteorología?

*Día tercero: «... descúbrase lo seco».*

En el día tercero, Dios hizo primero separación entre el agua y lo seco. Un milagro por el que el pueblo de Dios le ha glorificado a través de los siglos, por ejemplo, con el Salmo 104:

Versículos 5 al 9:
*«El fundó la tierra sobre sus cimientos*[3]*,*
*no será jamás removida.*
*Con la profundidad del agua como con vestido, la cubriste*[4]*;*
*sobre los montes estaban las aguas.*
*A tu reprensión huyeron;*
*a tu voz atronadora se ahuyentaron.*
*Se alzaron los montes, descendieron los llanos*
*al lugar que tú les fijaste.*
*TÚ les has marcado un término que no rebasarán.*
*Ni volverán a inundar la tierra».*

Así se hablaba acerca de la tierra en el mundo de la Biblia: como de un plato grande que estaba afirmado sobre pilares (= montes) en «las aguas debajo de la tierra», de manera que «no será jamás removida», v. 5. Volveremos a esta forma bíblica de hablar cuando hayamos leído el Salmo 104. No te

apresures a sonreirte por esto, como persona del siglo XX; tampoco traigas a escena demasiado deprisa la expresión «imagen del mundo» para, de alguna manera, sacar de apuros al prestigio de los «escritos de la Biblia»; pues con ello quizá podríamos perder nuestro propio prestigio.

*¡Qué gran milagro: La tierra está firme!*

Pues bien; ahora sabemos que es una bola gigantesca que no sólo gira alrededor de su eje, sino que además da vueltas con velocidad colosal en una curva de millones de kilómetros alrededor del sol; y que, además de esto, aun describe una órbita a través del cosmos de Dios. Pero, esto no obstante, ¿no debemos glorificar aun más la grandeza de Dios a causa de la fijeza y firmeza del globo terráqueo? Porque, a pesar de todo eso, se cuida de que este planeta enorme que se mueve de varias maneras al mismo tiempo, «¡jamás será conmovido!»

*Desecaciones continentales.*

Cantar alabanzas, a esto anima seguidamente el salmista recordando el tiempo que los océanos aún cubren totalmente nuestra tierra. «Con el abismo, como con vestido, la cubriste», v. 6a. El agua estaba incluso sobre los montes, v. 6b; hasta que el SEÑOR, en el tercer día de la creación, separó entre sí los continentes y océanos. Esto suena muy sobrio en Génesis 1: «Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco. Y así fue. Y llamó Dios a lo seco Tierra, y a la reunión de las aguas las llamó Mares. Y vio Dios que era bueno», v. 9. El Salmo 104 lo expresa aun más fuertemente. No sólo que Dios dijo: «Júntense las aguas...», sino que: «A tu *reprensión* huyeron; al sonido de tu trueno se apresuraron», v. 7.

¡Cuánto merece Dios nuestra alabanza por motivo de estas cosas formidables! ¿Quién conoce la fuerza del agua? ¡Cuánto esfuerzo y trabajo han costado transformar nuestra desecaciones neerlandesas del tiempo de los romanos en las actuales obras del Delta del Rin!, (es decir, el cierre parcial de la desembocadura del Rin al Océano Atlántico al Sur de los Países Bajos). Dios ahuyentó los océanos *sólo con su voz*. Recuerda el Salmo

104 cuando sobrevueles esta parte del océano: ¡Una perspectiva semejante ofreció alguna vez toda nuestra tierra!

El Todopoderoso merece nuestra alabanza mucho más porque ya desecó la tierra por dos veces. Durante el diluvio universal, el agua volvió a estar sobre las montañas, puesto que Dios, durante un año, levantó las compuertas del mar que primero había establecido[5]. Entonces repitió el SEÑOR el milagro del día tercero de la creación. Geólogos cristianos han sugerido la posibilidad de que entonces han ocurrido acontecimientos igualmente parecidos a los que el Salmo 104 describe: «Subieron los montes, descendieron los valles», v. 8. Los mapas terrestres y las cartas marinas deben haber sido cambiadas extraordinariamente por el diluvio. Sin embargo, el Salmo 104, a la vista de su composición, no se refería en primer lugar al diluvio, sino a los acontecimientos del tercer día de la creación.

*¿Representaciones míticas?*

Expositores de las Escrituras que han sido influenciados por las teorías del evolucionismo oyen en el v. 6 la resonancia de un antiguo mito oriental, según el cual, Dios habría librado una batalla a vida o muerte con monstruos marinos durante la creación. Un claro ejemplo de la forma en que los teólogos bajo la presión evolucionista retuercen los hechos y los ponen del revés. El Salmo 104 no ofrece resonancia alguna de un mito, ni siquiera argumentalmente, o a lo sumo en alguna forma de estilo; pero el mito del que aquí se habla deja oír una resonancia de la verdad. Así como los relatos paganos del diluvio contienen restos torcidos de verdad. Sin embargo, la verdad de las Sagradas Escrituras no es un paso o escalón superior en la escalera de mentiras paganas, como sugiere el evolucionismo; pero los mitos paganos son el orín de la mentira que se ha depositado en restos flotantes de la Verdad. La Palabra de Dios no es un mito evolucionado; pero los mitos son restos degenerados de la Palabra.

*El agua no retorna más.*

¡Y ahora los océanos *permanecen* donde Dios les indicó! De nuevo un testimonio de la grandeza del SEÑOR, por el que el salmista quiere ver preparada la alabanza al mismo.

El Salmo 104 no es el único lugar de las Escrituras desde donde nos enteramos que los límites del «gran mar», como llamamos al Mar Mediterráneo, siempre produjeron una impresión profunda en los israelitas; y a pesar de nuestra batalla secular contra el agua (evidentemente el autor se refiere a él mismo y a sus compatriotas) quizá nos paramos poco a pensar en la obra divina de las líneas costeras a lo largo de las actuales partes del mundo. Hay más del doble de agua que de tierra en el mundo; la relación es 7:3. Si el agua que actualmente está retenida en forma de un casquete de hielo sobre Groenlandia y el Polo Norte se deshelara, el nivel del mar se elevaría 50 m.[6]. El Padre de nuestro Señor Jesucristo aporta todas esas masas de agua de la tierra firme; y pone freno a los océanos desde la superficie hasta los fondos de a veces kilómetros de profundidad. Por eso los cristianos que conocen el globo terráqueo, pueden alabar a su Padre celestial regularmente: «Les pusiste término el cual no traspasarán, ni volverán a cubrir la tierra», v.9, cf. Gn. 8: 21, Job 38: 10–11, Pr. 8: 29, Jer. 5: 22.

Dios hizo de esas aguas reprimidas incluso una bendición:

Versículos 10 al 13:

*«Tú eres el que envía las fuentes por los arroyos;*
*van entre los montes;*
*dan de beber a todas las bestias del campo;*
*mitigan su sed los asnos monteses.*
*A sus orillas habitan las aves de los cielos;*
*cantan entre las ramas.*
*El riega los montes desde sus aposentos;*
*del fruto de sus obras se sacia la tierra».*

¡Trozo por trozo cuadros de la grandeza de Dios en todo ese gobierno del agua incomprensiblemente grande sobre la tierra! Dios se preocupa no sólo del agua en las fuentes y por su conducto después en los ríos, pero con ello inmediatamente de que los animales puedan beber, v. 11.

¿Y la lluvia? «De eso se ocupa Baal» –decían algunos israelitas adeptos a los cananeos. Pero el salmista se atuvo a la Thorá, y alaba al SEÑOR por la lluvia: «El riega los montes desde sus aposentos», por encima de las nubes, v. 13. Para

el buen entendedor este es un lenguaje polémico contra el culto de Baal y Astarte ya demasiado entrometido y propagado. ¡El pasaje de Jueces 2: 6 a 3: 4 es una queja acerca de este terrible mal! Sin este capítulo fundamental, no se pueden comprender correctamente los siguientes «Profetas» y «Escritos». Esto es un aviso a la Cristiandad actual. En un mundo en el que «el llover» y el Nombre de Dios en las previsiones meteorológicas es ignorado a muerte, los creyentes pueden hacerle llegar la alabanza que le pertenece cantando en sus reuniones no sólo canciones acerca del perdón de pecados, sino también un himno de alabanza como el Salmo 104; y quizá también podamos alguna vez decir con la Thorá: «El SEÑOR Dios ha hecho llover», Gn. 2: 5.

*La previsión de alimento para el hombre, el animal y la planta.*

«Después dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género...», Gn. 1: 11. El eco de este acontecimiento gigantesco resuena también en el Salmo 104. Quien sabe lo que pasa para llenar diariamente todas las bocas de una familia, puede maravillarse profundamente del poder de Dios que da alimento a todos los animales, a todos los hombres e incluso a todos los árboles. En torno a esta obra, con la que el SEÑOR inició el tercer día de la creación, el salmista le alaba como sigue:

Versículos 14 al 18:

*«El hace producir el heno para las bestias,*
*y el forraje para las bestias que aran la tierra.*
*El produce grano de la tierra,*
*y con vino alegra el corazón del hombre*[7]*,*
*el aceite que hace brillar el rostro,*
*y el pan que sustenta la vida del hombre.*
*Se llenan de sabia los árboles de Jehová,*
*los cedros del Líbano que él plantó.*
*Allí anidan las aves;*
*en las hayas hace su casa la cigüeña.*
*Los montes altos para las cabras monteses;*
*las peñas madrigueras para los conejos».*

En la tierra, la regla no es la hambruna, sino lo que el salmista dice: que Dios *abre ampliamente su mano*, y sacia de bien a sus criaturas, v. 28. «Bueno es Jehová para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras «, Sal. 145: 9, cf. 136: 25. El Salvador también nos lo indica en una ocasión: «Vuestro Padre que está en los cielos... hace salir su sol sobre malos y buenos, y... hace llover sobre justos e injustos», Mt, 5: 45. También el sorbente asno montés saborea inconscientemente la bondad de Dios, v. 11. Pero incluso «los árboles de Jehová» pueden regalarse. Arboles frutales bebían de zanjas hechas a propósito, cf. Sal. 1, Pr. 21: 1; pero, ¿quién se preocupa de los cedros del Líbano, y de los otros innumerables y gigantescos bosques salvajes? ¡El SEÑOR! El los ama de corazón, pues los ha plantado Él mismo, v. 16.

Tintinea en este Salmo, especialmente en los vs. 14 al 16, una sensación de *alegría* vital. El vino alegra, ¿y quién procura el vino? ¡Jehová!, v. 15. También en los rostros sanos y brillantes de las personas que le rodean vio el salmista la bondad del SEÑOR, v. 15. Asimismo resuena alegría desde el mundo de los animales. Los pájaros cantan entre las ramas de los árboles, y el poeta quizá alguna vez vio cabras en las montañas a orillas del Mar Muerto. Sin mencionar la palabra, el salmo alaba la bondad con que Dios da diariamente al hombre y al animal cuanto necesitan: comida, bebida y algo de alegría.

*Día cuarto: «Dijo luego Dios: Haya lumbreras en la expansión de los cielos...»*

En el cuarto día, Dios creó las grandes lumbreras en el cielo «para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones, para los días y años, y sean por lumbreras en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra», Gn. 1: 14–15.

El eco de esto suena en nuestro salmo:

Versículos 19 al 23:

*«Hizo la luna para los tiempos;*
*el sol conoce su ocaso.*
*Pones las tinieblas, y es la noche;*
*en ella corretean todas las bestias de la selva.*

*Los leoncillos rugen tras la presa,*
*y para buscar de Dios su comida.*
*Sale el sol, se recogen,*
*y se echan en sus cuevas.*
*Sale el hombre a su labor,*
*y a su labranza hasta la noche».*

El salmista sigue bordando sobre su tema: la gloria y la magnificencia del SEÑOR, v. 1. ¡El *hizo* el sol y la luna! Estos eran honrados como dioses en los pueblos convecinos de Israel. Quien habitualmente los llamaba criaturas, confesaba su fe de manera arriesgada en más de un período de la historia de la iglesia israelita. Sobre esto volvemos después. Nuestro mundo se ha hundido aun más profundamente, pues no reconoce a ningún Dios más, y considera al sol, la luna y las estrellas totalmente en sí mismos, desligados de Dios y su Palabra. Por eso, los cristianos que actualmente aun cantan el Salmo 104, entonan una alabanza polémica que también va diametralmente contra el espíritu de nuestro siglo. «Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra» –decimos; y quien esto confiesa, ve la grandeza de Dios también en el diario retorno del anochecer. «Anochece» –decimos entonces con una expresión descristianizada; pero el salmista pone los puntos sobre las ies mediante esta expresión suya: «Pones las tinieblas, y es la noche...», v. 20.

El Salmo 104 no conoce una «naturaleza» plenamente automática.

*El milagro de lo diario*

Como ya hicimos notar, actualmente muchos se figuran la naturaleza como una especie de expendedor gigantesco del cual, sin dirección divina, todo aparece como lo más natural, por sí sólo: madera y minerales, alimento e incluso los niños. Involuntariamente se vive en este tono:

–«¿Cielo y tierra?»
–¡Siguen dando vueltas!
–«¿Enfermedades?»
–¡Proceden de bacilos!
–«¿Plantas y vegetales?»

–¡Crecen por si mismos!
–«¿LLuvia y viento?»
–¡Es cuestión de altas y bajas presiones!

Con la palabra «naturaleza» se ha colado inadvertidamente en nuestro modo de hablar cotidiano una idea o imagen, llamada científica, casi imposible ya de desterrar, según la cual, la creación está, de hecho, desligada de Dios. A este respecto, las leyes de la naturaleza no son, pues, fenómenos en los que, *gracias a la fidelidad* de Dios, se puede confiar; sino acontecimientos que, más o menos automáticamente, ocurren o llegan con una cierta regularidad.

Sin embargo, en el Salmo 104 llegamos a estar en un clima o criterio muy distinto que ya hemos hecho notar. Este salmo es el más largo de todos los salmos de la creación; pero en todo él no nos encontramos con la palabra «naturaleza», y está diametralmente contra la incredulidad de las ciencias naturales. Si una cosa podemos aprender de esto es ciertamente a alabar a Dios por el milagro de lo cotidiano: Arroyos fluyen en este salmo, pero no por sí mismos; el SEÑOR los envía, v. 10. Crece la hierba, pero no por sí misma en las pendientes; el SEÑOR la ha hecho brotar, v. 14. Cae lluvia de las nubes, pero no por sí misma; «el SEÑOR riega los montes desde sus aposentos», v. 13. Pan, vino y aceite –productos que el ama israelita necesitaba–, son obsequios del SEÑOR, v. 14.

Nada debe su existencia en el mundo a leyes naturales independientes, sino que todo viene de la mano del SEÑOR (He. 1: 3). Nosotros los hombres y mujeres vivimos en la Palabra del SEÑOR, Dt. 8: 3. Ya pensemos en árboles, en cigüeñas, en damanes, en animales del mar, en el sol o en la luna... todo debe su existencia y subsistencia a la mano del SEÑOR, al rostro del SEÑOR y al Espíritu del SEÑOR, vs. 27–30.

Aquí estamos ciertamente en un clima o entorno muy distinto que el de los libros de física que en ninguna parte mencionan con respeto y honor el Nombre de Dios.

### *El quinto y sexto día de la creación: animales y hombres.*

En el quinto día, dijo Dios: «Produzcan las aguas seres vivientes, y aves que vuelen sobre la tierra, en la abierta ex-

pansión de los cielos. Y creó Dios los grandes monstruos marinos, que las aguas produjeron según su género, y toda ave alada según su especie. Y vio Dios que era bueno», Gn. 1: 20–21.

Y en el día sexto, dijo Dios: «Produzca la tierra seres vivientes (–) bestias y serpientes y animales de la tierra según su especie. (–) Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra», Gn. 1: 24 y 26.

El eco de esto resuena en el Salmo 104.

Versículos 24–30:

*«¡Cuán innumerables son tus obras, oh Jehová!*
*Hiciste todas ellas con sabiduría;*
*la tierra está llena de tus beneficios.*
*He allí el grande y anchuroso mar,*
*en donde se mueven seres innumerables,*
*seres pequeños y grandes.*
*Allí andan las naves;*
*allí este leviatán que hiciste para que jugase con él.*
*Todos ellos esperan en ti,*
*para que les des su comida a tiempo.*
*Les das, recogen;*
*abres tu mano, se sacian de bien.*
*Escondes tu rostro, se turban;*
*les quitas el hálito, dejan de ser,*
*y vuelven al polvo.*
*Envías tu Espíritu, son creados,*
*y renuevas la faz de la tierra».*

También el mundo submarino da testimonio de la grandeza del SEÑOR. El ictiólogo moderno sabe mucho más de esto que nuestro poeta–autor del Salmo 104. Aunque con nuestros más modernos aparatos de cámaras de profundidad y hasta con campanas de buzo, aún no hemos hecho más que empezar en la investigación de la flora y la fauna en las regiones más profundas de los océanos; las palabras «seres innumerables» del v. 25, obtendrán, pues, alguna fuerza, aunque sea momentáneamente.

El salmista menciona también al legendario leviatán; para los cananeos un poder antidivino; pero para el salmista, evidentemente, cualquier gran animal marino que para el Dios de Israel sólo es un juguete, v. 26, cf. Capítulo 20, 3. Sal. 74: vs. 13–14.

Todo ese mundo de los animales es profundamente dependiente del SEÑOR. «Todos ellos esperan en ti», v. 27. No sólo por el alimento, sino, en primer lugar, por su *aliento de vida*. En esto, tanto el hombre como el animal, son absolutamente dependientes de la mano de Dios y del rostro de Dios, vs. 28–30. A lo cual aún añadió la Palabra de Dios, Dt. 8: 3. Esta dependencia absoluta en ningún otro lugar se expresa tan poderosamente como aquí. Causas intermedias son dejadas absolutamente fuera de consideración. Todos los hombres y los animales reciben en cada instante su hálito de Dios. «Escondes tu rostro, se turban; les quitas el hálito, dejan de ser, y vuelven al polvo», v. 29. Dios podría hacer morir en un momento todo lo que vive, Job. 34: 14–15. «El Espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida», dijo Job, cf. cap. 33: 4. Según el Salmo 104, esto puede decirse de todos los hombres y animales, de manera que podemos hablar de un «hálito del espíritu de la vida» en hombres y animales. Pero también al revés: «Envías tu Espíritu, son creados, y renuevas la faz de la tierra», v. 30. En la primavera, la tierra palestina sufre un verdadero cambio al respecto, cf. Los Salmos I, 13, 1., 344–45.

*Crear, después de Génesis cap. 1.*

Quizá te habrá sorprendido, que el autor usara en el v. 30 la palabra «crear» para la hierba nueva que Dios hace aparecer en primavera. Para indicar esto, nosotros conocemos la palabra «providencia»: un término de procedencia sospechosamente pagana. La obra del gobierno o providencia de Dios es algo tan incomparablemente grandioso que las Sagradas Escrituras usan para ella las mismas palabras que para el milagro fundamental: la creación de cielo y tierra. Este lenguaje lo encontramos también en otros lugares de las Escrituras, cf. Is. 45: 7, 65: 17–18, Jer. 31: 22, Am. 4: 13, Sal. 51. 12. ¿Acaso la Cristiandad pasó ya una primera estación en el camino hacia sus teorías de «Dios está muerto», cuando introdu-

jo la distinción entre creación y providencia? Lo que anteriormente se llamaba «gobierno», desde que el hombre se emancipó se convirtió cada vez más en una cuestión de organizarse y actuar humanamente.

*«Hiciste todas ellas con sabiduría», v. 24.*

Además de todopoderoso y bueno, nuestro Padre celestial también es omnisciente. El salmista, pues, puede no haber estudiado física moderna; pero, sin duda alguna, ha tenido en cuenta la *utilidad* de la creación de Dios. Tómese como ejemplo los cuerpos celestes; fueron creados, en primer lugar, para dar la luz indispensable a la tierra; pero, al mismo tiempo, como campanas y calendarios para los tiempos fijos, v. 19. Nuestros horarios y calendarios están ajustados siempre a ellos. ¡Qué gran sabiduría la de Dios para establecer esa regularidad: la noche para las fieras, y el día para el hombre. El trabajo continuo aún no se conocía en Israel. Pero nuestro sabio Hacedor sabía, también mejor que nadie, que tenemos necesidad del descanso periódico, y a éste lo hizo coincidir con el tiempo de oscuridad. Las pegas o quejas a los servicios nocturnos demuestran la sabiduría de Dios; y ahora hablamos únicamente de los cuerpos celestes, ¿pero en qué o en dónde *no* se puede notar la sabiduría de Dios? ¡Cuán brillante harmonía no muestra aún esta tierra–bajo–maldición en toda clase de terrenos! ¡Mira cómo Dios ha sintonizado una criatura con otra: los ríos no fluyen inútilmente, abrevan a los animales, vs. 10–11; los árboles ofrecen a los pájaros espacio para vivir, v. 12; la lluvia no cae del cielo sin finalidad, sino que riega los montes, de modo que en ellos pueden crecer cereales y hierba, v. 13. Esta hierba constituye, a su vez, el alimento estupendo para los animales, y el grano para nosotros los hombres, v. 14; y el vino es, ya desde hace miles de años, un estimulante, v. 15; los árboles atraen a las cigüeñas y las rocas peladas ofrecen precisamente aquello que las cabras monteses y los conejos necesitan, vs. 17–18; y los peces se encuentran en el mar en su elemento, v. 25! Todo tiene su compañero: el hombre, el animal y la planta.

*Día séptimo: Día del descanso de Dios.*

«Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y re-

posó el día séptimo de toda la obra que hizo», Gn. 2: 2. Con gozo divino, vio el SEÑOR «todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera», Gn. 1: 31. El eco de ese gozo divino resuena también en nuestro Salmo 104:

Versículo 31:
*«Sea la gloria de Jehová para siempre;*
*alégrese Jehová en sus obras».*

Así se mezcla el salmista en el gozo de Dios.

También los volcanes dan testimonio de la grandeza del SEÑOR:

Versículo 32:
*«Mira a la tierra, y ella tiembla;*
*toca los montes, y humean».*

Quiera el Espíritu de Dios que inspiró este salmo, en una época en la que el ateísmo opina fundarse preferentemente en argumentos científicos, convertirnos de hablar acerca de las obras de la creación de Dios como si sólo hubiera leyes naturales, y llenar aun muchas bocas cristianas con una alabanza como la del Salmo 104. Pero, partidarios o no, el salmista comunica expresamente:

Versículos 33 y 34:
*«A Jehová cantaré en mi vida;*
*a mi Dios cantaré salmos mientras viva.*
*Dulce será mi meditación en él;*
*yo me regocijaré en Jehová».*

El Espíritu de Dios recoge su consideración en las Sagradas Escrituras. ¡Mira, pues, cuán agradable le fue al SEÑOR!

*«Sean consumidos de la tierra los pecadores».*

El final del Salmo 104 es único, singular:

Versículo 35:
*«Sean consumidos de la tierra los pecadores,*
*y los impíos dejen de ser.*
*Bendice, alma mía, a Jehová.*
*Aleluya»*[8].

Un final así, no lo encuentras en ningún salmo pagano. Los vecinos paganos de Israel conocían únicamente el monótono movimiento circular de sus cultos religiosos de fertilidad, todos los cuales estaban bordados en el cañamazo de verano e invierno, la estación seca y la estación húmeda. Una religiosidad cíclica de un dios de la fertilidad, siempre muriendo y resucitando, cf. Los Salmos I, 9, 1. 242–45. Pero Israel esperaba en el Futuro, en base a la Thorá de Moisés, que la cabeza de la serpiente fuera quebrantada, y todos los pueblos participaran en la bendición de Abraham, Gn. 3: 15, 12: 3. Además, la Thorá había preservado al Israel creyente de los pensamientos paganos de una creación mala, en el fondo. Por eso los salmistas podían componer salmos tan alegres y gozosos acerca de la buena creación de Dios. En esto, evidentemente el Salmo 104 ha dedicado más atención a la magnificencia de Dios en la creación, que a su «esclavitud de corrupción», Ro. 8: 21. Aunque también conocía, sin duda alguna, los «pecadores» e «impíos» en Israel, cf. Los Salmos I, 3. 71 y ss.; y la maldición de Dios sobre la tierra, Gn. 3: 17–19, Ro. 8: 21 y ss. Pero el poeta creía en las promesas del SEÑOR (por ejemplo, por el tabernáculo y los sacrificios de paz) de una convivencia paradisíaca del SEÑOR con su pueblo. Los profetas han repetido y aclarado esa promesa, Is. 2: 1–5, 11: 1–10, 25: 6–12, 32: 1–8, Os. 2: 17, Am. 9: 11, etc. Al comentar el Salmo 16 vimos, que también los creyentes del Antiguo Testamento ya sabían, que Dios, antes de la restauración de esta comunión del paraíso, juzgaría al mundo, cf. Los Salmos I, 7, 4. 202 y ss. Con este último juicio y este segundo paraíso termina el salmista su consideración.

Sus palabras finales dan testimonio de su añoranza del Día Postrero: quiera el buen Dios liberar pronto de los correligionarios de Satanás a la tierra, y llenarla de paz en su camino. De ahí su alegre final: «¡Bendice, alma mía, a Jehová!»

## 3. MIRADA RETROSPECTIVA AL SALMO 104 Y ALGUNOS OTROS.

Permítasenos aún una breve reflexión sobre algunas partes o detalles del Salmo 104. Entonces podremos dedicar en-

seguida alguna atención a otros salmos que, asimismo alaban al SEÑOR como Creador de cielo y tierra.

### *a. ¿Habla el Salmo 104 desde una ingenua «imagen bíblica del mundo»?*

«El que extiende los cielos como una cortina; el que establece sus aposentos entre las aguas... él fundó la tierra sobre sus cimientos; (de manera que) no será conmovida», oímos cantar al salmista, Sal. 104: 2–3, 5., cf. Sal. 24: 1–2, etc. A éstas y parecidas expresiones se las ha calificado, frecuentemente, como características de la «imagen bíblica del mundo» (un «cosmos» consistente en tres «pisos»: cielo, tierra, infierno). Y, desde la altiva ciencia evolucionista, se tipificó en seguida arrogantemente a esta «imagen del mundo» como «primitiva», «ingenua», «obsoleta» y «fechada en un temprano estadio del desarrollo».

Sin embargo, en esta manera de hablar se pierde totalmente de vista, que las Sagradas Escrituras, como ya hicimos notar, hablan con el lenguaje práctico de la experiencia óptica. Pero, después de cuatrocientos años de Copérnico, ¿qué otra cosa hacemos realmente nosotros mismos? ¿Acaso nuestras agendas no siguen hablando de *salida* del sol y *puesta* del sol? ¿Acaso tampoco se nos mira extrañamente cuando hablamos del *«agua del cielo»* que «caía a *cántaros*»? ¿Por qué, pues, mirar por encima del hombro a santos varones de la Biblia que hablaron de *«ventanas»* y *«compuertas»* en el cielo que fueron abiertas? ¿Quién se extraña, cuando un astronauta moderno cuenta, desde gran altura a través de la ventana de un avión, haber visto a Irlanda flotar en el mar como un gran plato verde? ¿Habla entonces, acaso, de manera muy distinta que los israelitas? Testigos de una explosión de bomba atómica pueden, sin miedo a sonrojarse por ello, describir la fuerza de esa explosión, diciendo: –»La tierra parecía tambalearse en sus *cimientos*». ¿Acaso por esto tienen esas personas una «imagen primitiva del mundo»? ¿Por qué en el mismo lenguaje de experiencia vital, sí acusar de ingenuidad a los antiguos israelitas, y no a los periodistas o reporteros modernos?

Además, se emplea una palabra demasiado grande cuando, sólo en base a tales expresiones prácticas como las que citamos arriba, se habla casi solamente de la «*imagen* bíbli-

ca del *mundo*». Como si ésta se agotase en las conocidas expresiones acerca de un cosmos consistente en tres «pisos», y un cielo con «esclusas», y una tierra con «fundamentos». Con lo cual se olvida, sin más, que las Sagradas Escrituras también hablan de una realidad invisible que es tan real como lo visible. Hablan, por ejemplo, no sólo de los caballos arameos *visibles* y de los carros en torno a Dotán, sino también de los caballos y carros de fuego invisibles que sólo el siervo de Elías pudo ver un instante alrededor de su maestro, 2 R. 6: 15–18. En nuestras autopistas no vemos a ángeles, pero ahí están, para protegernos, Salmo 91, cf. Hch. 12: 7–10, 2 Co. 4: 17–18, Col. 1: 15–16. *Este* mundo invisible queda fuera del campo de investigación de las ciencias que se ocupan de «lo que se hace debajo del cielo», Ec. 1: 13. Pero, ¿de dónde una ciencia evolucionista se saca el hecho de dejar a un lado, sin más ni más, los datos bíblicos acerca de una realidad *invisible*, con el fin de concluir arrogantemente, en base al lenguaje práctico de la Biblia acerca del mundo visible, calificando de «primitiva» a la «imagen bíblica del mundo»?

A este respecto, lo que no empujamos al primer plano, pero no queremos dejarlo sin mencionar, son los dos hechos siguientes:

*1. La antigüedad subestimada.*

El pensar científico actual está, en muchos sentidos, preso al conjunto del evolucionismo. Por lo cual, para su propio daño (y después: vergüenza), podría subestimar gravemente el poder y el conocer de los hombres de los tiempos bíblicos.

Valga citar, como ejemplo, un par de cosas: En el siglo VI a. C., la escuela de Pitágoras ya enseñaba, que la tierra es un globo, y en el siglo IV a. C., Eudosio, en base a la forma de globo de la tierra, concluyó hablando de una «esfericidad» del cielo (refiriéndose a nuestro sistema solar), y de un movimiento circular de los cuerpos celestes. En el siglo III a. C., Erautóstenes determinó, por medio de la trigonometría, y operando simultáneamente en Alejandría y en Siena y asimismo en Egipto, la circunferencia de la tierra. Es conocido, que la medida que calculó era casi el 4,5% más grande que el resultado ahora calculado exactamente. A este respecto, con-

sideramos, que –como se evidencia de esta medición griega en Egipto–, en la antigüedad, las relaciones entre los pueblos eran muchas, cf. 1. R. 10:24. Moisés (siglo XV a. C.) y Daniel (siglo VI a. C.) estaban enterados de la ciencia de su tiempo, Dn. 1: 4, 2: 48, Hch. 7: 22. La biblioteca de Cartago que fue destruida en el año 146 a. C., debe haber contenido casi 500.000 libros de algún tamaño.

A la luz de estos datos, al menos se daría testimonio de sabiduría si se hablara algo más decididamente de una imagen del mundo «primitiva» en los hombres de la Biblia. ¿Quién sabe exactamente lo que un Moisés, un Salomón y un Daniel supieron? El mito del evolucionismo y la especialización llevada adelante en las ciencias actuales probablemente estorban para tener una visión real de la situación del poder y del conocer en la antigüedad.

*2. ¿Quiénes hablan ahora realmente de forma ingenua?*

Un segundo hecho notable son las noticias que nos llegan del mundo de los físicos. Nos enteramos que esos mismos resultados de las ciencias naturales, en base a los cuales se calificó el hablar de las Sagradas Escrituras, como ingenuo y primitivo, según hoy en día resulta más claro, se han anticuado y envejecido, y han sido alcanzados y rebasados. Palabras como «primitivo» e «ingenuo» son aplicables, posiblemente en el futuro cercano, a los críticos presuntuosos de las Sagradas Escrituras. La imagen científica del mundo, desde donde hasta el presente la moderna crítica a las Sagradas Escrituras también recibió sus impulsos, se ha hecho obsoleta actualmente, según el mismo Prof. Dr. H. Rohrbach. Tal crítica imperó desde, más o menos del 1600 al 1900, y actualmente no hace sino sucumbir más y más[9]. ¡Y con ella la base científica bajo la actual crítica a las Escrituras!

*b. Un liberador sentimiento de la vida.*

«Destella en todo el Salmo 104 un sentimiento de alegría de la vida», advertimos ya al comentar los vs. 14–18. Perla el vino, vemos rostros que destellan salud, pájaros que cantan en los árboles y cabras monteses que retozan en las altas

montañas. El salmista cantaba la obra de la creación de Dios desde el sentimiento vital que la Thorá proporcionaba al israelita creyente. Cuando nos damos cuenta en qué clase de mundo cantó Israel este salmo, descubrimos también cuán profunda liberación llevó a Israel el evangelio de la Thorá, y cuán buen fundamento ofreció a los piadosos para cantar del Creador con alegría.

*El angustioso sentimiento vital de los paganos vecinos de Israel.*

El mundo del antiguo Oriente Próximo, mil años antes de Abraham, ya había alcanzado un escalón más alto de lo que muchos piensan. Ya se sabía mucho de matemáticas y de astronomía. Ya existía una literatura impresionante, y entre ella libros de sabiduría y de «salmos». Los orfebres hacían joyas que a una mujer moderna le gustaría lucir; y el comercio podía encargar transacciones bancarias a cualquier lugar del mundo conocido, y extendía facturas por mercancías que caravanas transportaban a través de 2000 Km. Nuestra cultura, por conducto de la griega, aún está bajo la influencia de aquella antigua civilización oriental.

Ello no obstante, estos pueblos civilizados vivían continuamente angustiados, porque eran víctimas de una de las religiones más crueles que el mundo haya conocido jamás[10]. El mundo de los dioses que el babilonio sentía diariamente tener sobre su cabeza, no podía ofrecerle confianza alguna. Eran seres caprichosos, inconstantes y miserables; tanto entre ellos mismos como para con los hombres; y, además, no hacían más que bribonadas, y carecían de todo lo que en las Sagradas Escrituras se llama santidad. Los pobres paganos se sentían poco menos que juguetes de dioses y espíritus, y el objeto atormentador de poderes superiores, contra los cuales podían dirigirse únicamente con religiosidad pesada y magia. Si alguien chocaba, por desgracia, con los caprichos de uno u otro dios o diosa, entonces había cometido «pecado». De ahí las muchas confesiones de culpa en blanco de la literatura babilónica. El mismo dios hacía el favor de extender la cantidad de culpa a pagar. El pecado original, según el relato babilónico del mismo, llegó sobre la tierra sin ninguna declaración de razones[11]. Cada año nuevo, los déspotas imponían en el cielo los destinos de los hombres para el año

próximo. Nuestra celebración del Año Nuevo tampoco es una invención bíblica.

Los pobres babilonios y cananeos tenían, pues, no sólo un caprichoso mundo de dioses sobre su cabeza, sino que, además, se sabían rodeados por toda una bandada de espíritus que, día y noche, les espiaba. No pienses que se podía cerrar con llave la puerta de tu casa o establo, pues estos diablillos se introducían por todas partes; y entonces se cargaba con toda clase de miserias: el ganado languidecía; una mujer que esperaba un niño no podía dar a luz, porque el demonio femenino Lamashtu estorbaba el alumbramiento, o mataba al bebe recién nacido[12]; la fiebre, el dolor de muelas y la rotura de una pierna se achacaban a estos atormentadores. Imagínate los cuidados de sus madres. En Canaán se han desenterrado muchos corales y bolitas de los que se sospecha que las madres colgaron como amuletos alrededor del cuello de sus hijos.

*Vivir en las tinieblas.*

¿Percibes cuán angustioso sentimiento vital llenaba el mundo pagano en torno a Israel? Cada hora del día se sentía acechado, espiado y amenazado. Escupir u orinar en un río que por casualidad también era «divino», significaba un delito enorme[13].

Contra este mundo de dioses y espíritus se tenía sólo un medio de defensa: religiosidad dura y pesada; estos seres tenían una gran debilidad por aquella religiosidad. De ahí que los pueblos vecinos de Israel intentasen asegurar su vida mediante toda clase de acciones «santas», fórmulas de conjuros, sacrificios, ofrendas, amuletos, oraciones, todas las cuales debían ser ejecutadas exactamente según la norma correspondiente. Se han encontrado muy numerosos modelos de saetas, probablemente como ayudas en la enseñanza en el manejo de las saetas. Nabucodonosor, antes de que fijara la fecha de una expedición militar, primeramente hacía examinar las saetas, sacudir las flechas, Ez. 21: 21. Sacerdotes, exorcistas y astrólogos eran los expertos que se invocaban como apoyo para ganar para sí a los poderes buenos, y rechazar a los malos. También nuestros lejanos antepasados en el Noroeste de Euro-

pa vivían angustiados por poderes malos, por árboles y piedras «santas». ¿Con qué se puede tipificar mejor esta vida que con la palabra *tinieblas*?, Ef. 5: 8.

*Eco de los tonos de liberación de la Thorá.*

Así pues, ¡qué clima tan diferente respiramos en el Salmo 104! Ya en los primeros versículos aspiramos el aire puro de la montaña de la verdad transparente. Ni una palabra acerca de dioses atormentadores y espíritus de ríos y árboles espías. Ni rastro de desprecio de la creación. Todo lo contrario, el poeta–autor del Salmo 104 precisamente cantó: «¡Alégrese Jehová en sus obras!», v. 31. Este es un lenguaje distinto del de un dios que está enfrentado contra este mundo.

¡El Salmo 104 canta también a la luz de la Thorá!

¿Qué nos enseña la Thorá? –Que sólo Él es Dios; y que sol, luna y estrellas son sus criaturas, más no; y que Él no nos ha creado como esclavos de un mundo de dioses y espíritus malos, sino como sus virreyes, para quienes Él, incluso después de su rebelión, permanece siendo un Dios de amor, fidelidad y misericordia. ¿No podían los paganos confiar lo más mínimo en sus dioses? Yahweh, el SEÑOR, incluso se hizo aliado de Noé, Abraham e Isaac. Como un Gran Duque digno de confianza entregó grabadas en piedra sus tratados o pactos; en negro sobre blanco, diríamos; y por duplicado, Ex. 20, cf. Dt. 5; y en ningún lugar en toda la Thorá se encuentran fórmulas de conjuros o relatos sobre semidioses y seudohombres; sino, precisamente lo contrario: prohibiciones poderosas de todo lo que se parece a adivinación y espiritismo. ¡Pecados abominables a los santos ojos de Dios! Además, en ningún lugar en toda la Thorá se encuentra rastro alguno de enemistad entre Dios y su creación. ¿Por qué un hombre debería tener miedo de la creación?, Dios la había creado. El mal no se ocultaba en ella, sino en el corazón humano. Con lo cual, la Thorá, por norma, corta de raíz todo ascetismo y cualquier trágica actividad de vida y forma de pensar. Así fue como la Thorá liberó a Israel de angustia y temor a dioses y espíritus, de miedo al sol, la luna y las estrellas, y del miedo a los muertos.

Ahora bien, ¿qué es, pues, el Libro de los Salmos?

El Libro de los Salmos es, como ya hemos visto en Los Salmos I, 1. 2, 27–38, la resonancia de la música de liberación de la Thorá, así como de la enseñanza de los Profetas. En los salmos suena, en cierto sentido, la respuesta del pueblo de Dios a la Palabra de Dios en la Thorá.

Ese eco también resuena en el Salmo 104.

*Sentimiento evangélico de la vida.*

El Salmo 104 es, sin más, un estupendo modelo del sentimiento evangélico de la vida que podía ser parte de Israel si vivía en la Thorá. Aquí suena en tono muy diferente que en parecidos himnos paganos, los cuales pueden hablar muy servilmente a sus dioses. Nuestro salmista, por el contrario, se dirige a Dios, diciendo: «Dios mío», y «mi Dios», y añade: «Yo me regocijaré en Jehová», vs. 1, 33 y 34. Nuestro poeta no conoce el *miedo* a la naturaleza; ¿por qué habría de tenerlo? Su Dios, el SEÑOR, era el Creador y, a la vez, su Aliado. La Thorá de Moisés había liberado radicalmente al piadoso israelita de los mitos paganos acerca de una «creación» (medio) divina. El Salmo 104 no vé en las nubes carrozas de Baal, sino del SEÑOR, v. 3; y en los relámpagos no vé mensajeros de Baal, sino del SEÑOR, v. 4; y el poderoso mar que era considerado *(yam)* como una criatura por los cananeos, y al cual el israelita también tributaba profundo respeto, estaba encadenado dentro de determinados límites por el Aliado de Israel, vs. 6–9, 25. Incluso el legendario monstruo marino, leviatán, aparece en este salmo únicamente como juguete divino, v. 26. Acerca de la luna que en todo el Antiguo Oriente era adorada como un dios, este salmo habla de ella como de un calendario para *servicio* del hombre, v. 19; y el sol, asimismo divinizado en todas partes, se atiene, como un subordinado del SEÑOR, obediente a su hora diaria de ocultarse, v. 19.

¿No suena aquí un lenguaje evangélico acerca de la creación de Dios? ¡Fuera, pues, con esa *angustia* por un sol, luna, estrellas o mares divinizados! El salmista trae a colación no menos de seis veces la alegría–en–el–SEÑOR, vs. 1, 15, 31, 33, 34 y 35. ¿Temor, angustia al buen mundo de la creación de Dios? El salmista precisamente tiene un gran *aprecio* por ese mundo. Escucha su entusiasmo por la luz, v. 2; por las nubes y los

vientos, v. 3; por las fuentes, v. 10; por los pájaros, la hierba y el grano, por el vino y la madera de cedro, por animales tan lindos como las cabras monteses, por las luces del cielo y por los seres que miden el tiempo y las horas. También sabe apreciar nuestro trabajo diario como hombres. ¡Evangelio de nuestro siglo! Pero, acerca de esto, hablaremos un poco más adelante.

Otros salmos de creación también hablan de manera liberadora.

*El Salmo 8 habla de «su majestad» el hombre.*

También el Salmo 8 habla en base al evangelio de la Ley de Moisés. El Salmo 8 no es ciertamente un himno de alabanza al hombre, y tampoco a la naturaleza, sino primeramente a Dios, Liberador de Israel. La grandeza de Dios es lo central; tal como ocurre frecuentemente en los salmos; el tema está al principio: «¡Oh Jehová, Señor nuestro, cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra!», v. 1. Una expresión que se repite en el versículo último, v. 9. En *este* marco, el salmista habla de la grandeza del hombre, ¡y cómo lo hace! ¿El hombre un esclavo de dioses atormentadores y espíritus furtivos? David está liberado de ellos: «Y haces que le falte poco para que sea divino, y le coronas con gloria y pompa (de rey)».

Prosigamos leyendo en la versión Reina/Valera:

*«Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos;*
*todo lo pusiste debajo de sus pies:*
*ovejas y bueyes, todo ello,*
*asimismo las bestias del campo,*
*las aves de los cielos y los peces del mar;*
*todo cuanto pasa por los senderos del mar», vs. 6–8.*

Quizá ahora podríamos ilustrar la grandeza de los hombres con su formidable poder técnico; su minería y construcción naval, sus altos hornos e instrumentos, su química y navegación espacial. Todo pruebas de la pompa real con que Dios nos ha coronado.

¿No vuelves a oír aquí, en el Salmo 8, el mismo lenguaje liberador de Moisés acerca del hombre? David estaba liberado de angustia a los dioses y espíritus bajo los cuales vio caminar a los filisteos y cananeos.

A todo esto, entre el Salmo 8 y toda clase de hablar humanista acerca del hombre, media un abismo profundo. David reconoció, que Dios había *hecho* al hombre casi divino: «Le *hiciste* señorear (–) Todo lo *pusiste* debajo de sus pies», v. 6. Toda grandeza humana es grandeza *recibida*. David hablaba de ella humildemente, en el marco de la grandeza de Dios (vs. 1–3), llegó a la gloria que nosotros los hombres hemos *recibido* de Dios (vs. 4–8), para terminar, finalmente, una vez más, con la gloria de Dios (v. 9). Enseñado por la Thorá y en el fundamento de Horeb, el piadoso salmista sabía que a penas aquel hombre es auténticamente grande, que *conoce su lugar* frente o ante Dios. Cuando los hombres olvidaron esto, siempre volvieron a caer en la misma angustia y amancillamiento del que el Espíritu de Cristo había liberado a sus antepasados por medio del evangelio. Entonces, el antiguo y desesperanzado sentimiento vital de nuestros antepasados paganos, retorna con esta divisa o lema: –»Comamos y bebamos, porque mañana moriremos», 1 Co. 15: 32. Algo parecido a aquello de: «(comenzarán a decir a los montes): Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos», (Lc. 23: 30, Ap. 6: 16); lo cual también resuena ya en las filosofías de la desesperanza de la Cristiandad apóstata en nuestro siglo, el cual, curiosamente, cada día pone más interés por... ¡los horóscopos! ¡Una vez más, la supersticiosa veneración al mundo de las estrellas!

*c. «Él mandó, y fueron creadas».*

¿Cuál fue, pues, la intención de los salmos de creación? Como ya dijimos, en primer lugar, alabar la grandeza del Creador; y, en segundo lugar, luchar por el honor del Creador. Esto también cabe decirse de aquellos versículos de salmos que hablan acerca de la misma obra de la creación de Dios.

Israel supo ciertamente algo de los relatos de creación que circulaban entre sus pueblos vecinos. Los nombres de dioses difieren en los relatos; pero, en lo sustancial, coincidían en lo mismo[14]. Mencionaban todas las luchas a vida o muerte entre diversos dioses. En Babilonia, al agua se la consideraba como el elemento primitivo. Al mismo tiempo, a este agua se la consideraba como un poder «eterno» malo (se sufría también por los desbordamientos del Eufrates y del Tigris).

Una especie de contra–dios enemigo. Los paganos en el antiguo Oriente Medio creían, a través de los siglos, en una materia primitiva mala. Según ellos, la creación contenía, desde el principio, elementos malos, «errores de fabricación» de los que nosotros, los hombres, no tenemos culpa ninguna; pero que sí debemos soportar como un sino. Pensamientos que hoy día están de moda, como veremos más adelante.

Pero la Thorá enseñaba lo que sí había ocurrido en la creación. Ninguna batalla de dioses, sino un SEÑOR, Quien, por siete veces, ordenó: «Dios *dijo*...»; y, asimismo, siete veces, reconociendo que lo creado por Él, era bueno.

El eco de esta enseñanza suena a través del Libro de los Salmos:

*«Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos,*
*y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca.*
*Porque él dijo, y fue hecho;*
*él mandó, y existió», Sal. 33: 6 y 9.*

*«Alabadle, sol y luna;*
*alabadle, vosotras todas, lucientes estrellas.*
*Alaben el nombre de Jehová;*
*porque él mandó, y fueron creados», Sal. 148: 3 y 5.*

Como es natural, también aquí oímos primero la alabanza de Dios y la profunda admiración al poder y sabiduría del SEÑOR. Pero los salmistas lo expresaron en un mundo cananeo y quizá también en un Israel «hiper–canaanizado». Diametralmente en contra del espíritu de más de una época en la historia de la iglesia israelita, los salmistas confesaron y declararon al SEÑOR en versículos como los recién citados, como el Creador de cielo y tierra.

A los ídolos se los ha de mencionar lo menos posible, Ex. 23:13, Sal. 16: 4. Pero, cuando conocemos un poco el mundo en torno a Israel y la tendencia constante de Israel hacia los ídolos de sus vecinos paganos, el callar acerca de determinadas cosas, resulta ciertamente muy elocuente. Ni palabra acerca de un «agua eterna» como un poder caótico malo; ni palabra acerca de cuerpos de dioses tajados en pedazos ni más de estas lindezas: el SEÑOR creó tranquilamente el cielo y la tierra. Para ello necesitó únicamente pronunciar una *palabra*,

y allí estuvo ya lo deseado. Tales versículos, no obstante, deben haber sonado en más de una época en boca del Remanente como auténticos himnos de *batalla*; como exaltaciones de Dios, pero en el marco del «castigo entre las naciones», Sal. 149: 6–7. ¿Y qué piensas de su tendencia o contenido en nuestro siglo de tecnocracia ateista que, a su modo y manera, ve el cielo y la tierra asimismo desligados del Dios de la Biblia; y, al mismo tiempo, por muy chocante que parezca, que incurre también en un sentimiento trágico de la vida?

*d. El Creador también es Señor de la historia.*

«Sean consumidos de la tierra todos los pecadores, y los impíos dejen de ser», Sal. 104: 35. Con esta esperanza de futuro concluía el salmista su himno al Creador y su obra. Por consiguiente, veía la creación no dando vueltas en un movimiento circular eterno, sino a la luz de un futuro de salvación en el que ningún impío más rondara en la tierra de Dios.

Con lo cual expresaba, de nuevo, algo único de la Biblia.

*Ciclo «cristiano» de religiosidad.*

Igual que Israel debió tener alguna noción de la religión de sus convecinos paganos, así éstos, a su vez, debieron saber algo del SEÑOR, de Yahweh, el Dios de Israel. ¡Cuánto se habrán sorprendido de que este Dios fuera uno de relatos, historias y hechos de salvación! Como es natural, también el mundo de los paganos tenía sus relatos de dioses, como escándalos acerca de la excursión de un dios con una guapa jovencita de donde, más tarde, nacía un semi–dios. Pero ahora no nos referimos a semejantes relatos. ¿Qué habían hecho esos dioses para sus adoradores, hacía tres, cinco, diez o quince siglos atrás? ¿Qué sabían contar de eso sus adoradores? –Nada. El paganismo da vueltas eternamente en un movimiento circular. El paganismo adora frecuentemente a la naturaleza: el nacer–resplandecer–y–hundirse en la naturaleza. El sol es su dios, o la lluvia o las riquezas, la tierra fructífera que cada año proporciona al hombre y al animal alimento nuevo. Pero, ¿hacer historia? ¿Perseguir un objetivo? ¿Dar a conocer un plan? ¿Revelar un futuro? –¡Nada de todo esto! Ya se refiera a los paganos germanos, griegos o semitas, toda su religiosidad es una re-

ligiosidad de un movimiento circular mortalmente aburrido, eterno y anual, y que se reduce a esto: Verano seco, pedir lluvia, el dios de la lluvia se aparea con la diosa de la fertilidad, su matrimonio trae nueva fertilidad, una cosecha nueva, el dios de la lluvia se muere, el verano retorna seco y trae nueva preocupación, de nuevo llega el otoño, el dios de la lluvia ha resucitado una vez más, etc., etc. A este patrón de movimiento circular debemos, en última instancia, nuestro así llamado «año eclesial», cf. Los Salmos I,9, 3. 252 y ss.

*La Palabra de Dios: Un Libro de Historia.*

El paganismo no hace otra cosa que dar vueltas en un pequeño círculo; pero el SEÑOR, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, es el Creador de cielo y tierra, pero también el Dios que ya prometió a Adán una tierra nueva; el Dios del diluvio; el Aliado de Israel que ya habló con Abraham acerca de la economía de Pentecostés; el Dios que vapuleó a Egipto, y abrió Canaán a Israel: La Thorá enseñó a Israel a ver tanto hacia *atrás* como hacia *adelante*. Así las cosas, Israel poseía conciencia y noción *históricas*.

La Palabra de Dios, de la A a la Z, es un Libro de Historia. Algo totalmente distinto de los, así llamados, libros «santos», como El Corán o los libros de los budistas, etc. El Dios de las Sagradas Escrituras hace historia con su pueblo, ¡y se hace conocer bien desde sus obras!

El mundo pagano no estaba en absoluto acostumbrado a esto, y en la medida en que el paganismo vuelva, la Cristiandad también acabará más desacostumbrada al pensamiento bíblico. Entre los paganos, hablar de dioses terminaba siempre e indefectiblemente en nada: una charla disparatada, atemporal y «piadosa». En nuestro tiempo, en las facultades teológicas se vacían los *hechos* de Dios, para llenar los agujeros con... ¡consideraciones! Contra este derribo de la historicidad de la obra redentora de Dios en favor de los hombres, la iglesia cristiana de todos los tiempos confesó, en los 12 artículos del Credo de los Apóstoles, la Verdad, con sus expresiones esenciales y concretas acerca de Dios Padre y su obra de la creación, y sobre Dios Hijo y su *fechada* historia de vida y obra de salvación («bajo Poncio Pilato»).

*Eco en los salmos de creación.*

Como discípulos de Moisés, también los poetas–autores de los salmos de *creación* cantaron al SEÑOR como el Señor de la historia. Ya hablamos acerca de la esperanza de futuro al tratar el final del Salmo 104. Otros salmos cantan, asimismo, como una sola voz, la alabanza del SEÑOR en el cielo, y la de sus grandes hechos de salvación históricos.

Así el *Salmo 8*, como de pasada, llama a los «adversarios», «enemigos» y «vengativos», de los que está llena la historia de Israel. Y el *Salmo 29* canta la majestad de Dios en la tormenta, no sin el recuerdo al diluvio, y la alusión al gran Futuro en el que el pueblo de Dios gozará de una paz con la que la paz en la naturaleza, tras una tormenta, se hundirá en la nada, Sal. 29: 11, cf. Los Salmos I, 9, 2. 251–52.

Ya citamos del *Salmo 33*: «Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió», v. 9. Pero este mismo salmo continúa diciendo: «Jehová hace nulo el consejo de las naciones... Bienaventurada la nación cuyo Dios es Jehová, el pueblo que él (en Horeb) escogió como heredad para sí», vs. 10–12.

El *Salmo 65* tampoco se limita estrictamente a referir el poder supremo del SEÑOR sobre campos y lluvias, los mares más lejanos y los confines de la tierra; pero entre todo eso menciona también su dominio sobre los pueblos. Porque el SEÑOR sosiega no sólo «el estruendo de los mares», sino también «el alboroto de las naciones», Sal. 65: 7. Este salmista también relacionó una sequía habida en su tiempo con injusticias que, en su día, fueron encontradas en Israel.

Ningún pagano hablaba así de sus dioses. En los «salmos» egipcios y babilonios nunca se trata en torno a lo que un dios hizo por su pueblo en la historia, sino siempre en torno a lo que él es para sí mismo en su propio mundo de los dioses. Sin embargo, la Palabra de Dios habla de la historia que nuestro Padre celestial experimenta y pasa junto con su pueblo[15]. Un Dios, que en Palabra e historia se había revelado sólo a Israel[16].

*Eco en los salmos de historia.*

Y así como hay salmos de creación que también hablan de la historia de Dios con Israel, así también hay «salmos de

historia» que señalan o indican la actuación del SEÑOR en el cielo y en la tierra, cf. Salmos 18, 24, 66, 68, 105, 107, 135 7 136.

Principalmente de las diez plagas con sus pruebas y demostraciones del poder de SEÑOR sobre la creación, resuena un eco enorme a través del Libro de los Salmos, cf. Salmos 78, 105, 106, 135, 136.

Concluimos este pasaje con el *Salmo 74*; un salmo que lamenta por la destrucción del templo en un punto o momento bajo de la *historia* de Israel. Precisamente entonces, este salmista se alentó a sí mismo con lo que nos ocupaba: la conexión de «creación» e «historia». Acordándose de la liberación de Egipto, el salmista alaba al SEÑOR como el Gran Creador de cielo y tierra:

> *«Pero Dios es mi rey desde tiempo antiguo;*
> *el que obra salvación en medio de la tierra.*
> *(...) Tuyo es el día, tuya también es la noche;*
> *TÚ estableciste la luna y el sol.*
> *TÚ fijaste todos los términos de la tierra;*
> *el verano y el invierno tú los formaste»,* Sal. 74: 12–17.

*e. Sol y luna: No dioses, sino lámparas y relojes.*

En el Salmo 104, ya leímos: «Hizo la luna para los tiempos; el sol conoce su ocaso», v. 19. Y habíamos dicho que volveríamos a este versículo; pero, cuando lo oímos resonar primero en el mundo cananeo y luego en nuestro propio mundo, notaremos mucho más agudamente el tono confesional del mismo.

*Orar a los cuerpos celestes.*

Los pueblos del Medio Oriente, desde los tiempos más antiguos, han desplegado un profundo respeto religioso a lo que las Sagradas Escrituras frecuentemente llaman: «todo el ejército del cielo», sol, luna y estrellas, Dt. 4: 19, 17: 3.

Al sol se lo consideraba, en todas partes, como un dios o diosa. En Egipto se lo llamaba *Ré*; en Babilonia *Samas* y en Canaán *Semes* (cf. el nombre del lugar Bet–semes, 1 S. 6: 12; ¿había allí desde antiguo un templo al dios sol?). Este dios sol habría tenido en sus manos toda la vida en la tie-

rra. Era, además, el juez supremo que en su curso diario a través del cielo veía todo, y por tanto, todo lo sabía. En Egipto, Asiria y Babilonia incluso se cantaban «salmos» en honor del dios–sol. Con el fin de darles una impresión de esto, reproducimos a continuación, primero, algo de una oración egipcia, y después algo de una oración asiria al dios–sol.

El himno egipcio ha logrado alguna notoriedad, porque muestra incontestable coincidencia con el Salmo 104, al menos en la forma y en el asunto. Igual que el poeta–autor de nuestro salmo, también el «salmista» egipcio, Akhenatón (Amenofis IV) hace un paseo por toda la creación. Pero, mientras el Salmo 104 alaba al SEÑOR por todo lo que crece y vive en la tierra, el pagano Akhenatón da al sol el honor de dios creador y todopoderoso. Aquí siguen algunos versículos del salmo, que es aun más largo que el Salmo 104:

*«Vas a descansar en la montaña de la luz poniente*
*(= el horizonte, F. v. D.), entonces está la tierra en tinieblas*
*como en la muerte: los durmientes están en las habitaciones*
*(–) Todos los leones salen de sus cuevas,*
*todas las serpientes muerden (–).*
*Te levantas nuevamente de la montaña de luz,*
*entonces la tierra se hace luz (–), las gentes se*
*despiertan y saltan sobre sus pies: tú eres*
*quien les ha levantado; lavan sus cuerpos*
*y se visten; levantan sus brazos suplicando*
*tu salida. Toda la tierra hace su obra;*
*todo el ganado se regala con su forraje;*
*árboles y plantas reverdecen; vuelan los*
*pájaros de sus nidos (–). Cuán innumerables*
*son tus obras, están ocultas al rostro*
*(de los hombres), tú dios único, fuera del cual*
*no hay otro. TÚ has creado la tierra*
*como te ha placido (–)»*[17].

*Si* el poeta–autor del Salmo 104 efectivamente ha recibido impulsos desde la literatura de salmos paganos –lo cual

es bien posible, pero muy difícil de demostrar–, entonces esto significaría un reforzamiento del *motivo polémico* de su salmo.

La gran obra del Prof. Dr. James B. Pritchard, «Ancient Near Eastern Texts relating to the Old Testament», Princeton (USA) 1955, contiene páginas llenas de oraciones y salmos (egipcios, sumerios, asirios y sirios) que traducidos al inglés han dirigido al dios–sol y al dios–luna. También la luna ha tomado un lugar importante en antiguos cultos o religiones semitas. Las ciudades Ur y Harán, de donde procedía Abraham, Gn. 11: 31–32, 12: 4, eran centros importantes de la adoración de la diosa–luna *Sin*, también llamada «la guía de las caravanas». Aquí abajo siguen unos versículos de una oración a la luna, que se han encontrado en tabletas de arcilla en la biblioteca del rey asirio Asurbanipal, un contemporáneo de los reyes judíos Manasés y Amón.

> *«Oh Namrasit (un nombre para designar al dios–luna, F.v.D.),*
> *yo he derramado para ti los mejores licores dulces.*
> *Yo me arrodillo ante ti. (–). Quiera mi dios y mi diosa*
> *que han estado enfadados conmigo muchos días,*
> *serme nuevamente favorables en verdad y derecho.*
> *Ojalá mi camino pueda ser feliz, y que mis pasos sean rectos»,*[18].

¿También Acaz y sus nietos Manasés y Amón habrían orado así: –«Oh Luna, yo me arrodillo ante ti»? Cuentan las Sagradas Escrituras, que Acaz, por el día, adoraba al Señor Sol; y en las noches de luz a la Señora Luna, 2 R. 23: 12; y de Manasés, leemos: «... y adoró a todo el ejército de los cielos, y rindió culto a aquellas cosas», 2 R. 21: 3 y 5, cf. 17: 16 y 20. Posiblemente se equipó en los días de fiesta de una imagen del dios–sol en una carroza por Jerusalén, 2 R. 23: 11, cf. Jer. 8: 2, 19: 13, Sof. 1: 5, Hch. 7: 42. Incluso la moda femenina de aquel mundo estuvo bajo el signo de esta idolatría, pues se llevaba una lúnula alrededor del cuello, cf. Is. 3: 18. Cien años más tarde, familias completas se ocupaban de hacer tortas «a la reina del cielo», Jer. 7: 18. (¡Da pena que a la madre del Señor Jesús se la haya honrado con este tí-

tulo pagano!); y todo esto, ¡a pesar de la advertencia del SEÑOR contra esta costumbre cananea, expresada ya antes de la entrada en Canaán!, Dt. 4: 5 y 19, 17: 3.

*«Los cielos cuentan la gloria de Dios».*

Durante estos siglos, el SEÑOR conservó un Remanente al que también pertenecían los salmistas. Estos piadosos permanecieron en la Thorá, y comprendieron desde ella, que sol, luna y estrellas anuncian la gloria de Dios, y que no son dioses, sino obra de los dedos de Dios, Salmos 8, 19 y 102.

*Salmo 8.*

Un «nocturno» compuesto por David bajo la impresión del radiante cielo estrellado oriental; pero miró hacia arriba no como un israelita canaanizado, sino a través de las lentes de la Palabra, –como diría Juan Calvino[19]; y, por consiguiente, liberado de *temor* al cielo estrellado. David no se arrodilló ante ese cielo, sino que retornó al antiguo conocimiento de Dios y de su revelación del tiempo de Adán y Eva, a saber: que Dios había creado sol, luna y estrellas para el servicio del hombre, y no al revés. Así es como volvemos a saborear ese sentimiento vital liberador de la Thorá en estos versículos:

> *«Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos,*
> *y la luna y las estrellas que tú formaste...», v. 3.*

*Salmo 19.*

¿Forma el Salmo 19 una combinación más o menos infeliz de un salmo que engrandecía la Thorá, y uno que ensalzaba al SEÑOR como Creador? Esto se ha afirmado; pero Thorá–acerca de–Jehová, expansión e historia no forman ahora, para una idea bíblica, antítesis desde la que se ha querido cortar en dos el Salmo 19. El Dios que señaló el camino al sol, la luna y las estrellas, era el mismo que indicó el camino a Israel (Thorá = indicador de camino, cf. Los Salmos I, 4, 3. pp. 113-114). El Salmo 19, profundamente escriturístico en su totalidad, también canta su alabanza confesional: *«Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos»*, v. 1.

*Salmo 33: 6.*

Un ejemplo estupendo de un salmo con alabanza al SEÑOR como Creador, y alabanza a Él como Señor de la historia. «Por la palabra de Jehová *fueron* hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca».

*Salmo 96: 5:*

*«Porque todos los dioses de los pueblos son ídolos;*
*pero Jehová hizo los cielos».*

*Salmo 102:*

La oración de un miserable que en el destierro babilónico sucumbía ante la miseria eclesial, y derramaba su queja ante el SEÑOR. Considerando este trozo de *historia*, el salmista se aferra al poder supremo del SEÑOR como Creador: *«Desde el principio tú fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos»*, v. 25.

*Salmo 136:*

*«Alabad al Señor de los señores,*
*al que hizo los cielos con entendimiento,*
*al que hizo las grandes lumbreras», v. 3, 5, 7.*

*Salmo 147.*

Nuevamente un salmo que alaba al SEÑOR, como Creador y Gran Rey de Israel, que hizo regresar de Babilonia a Jerusalén a su pueblo. Reunir a los deportados de Israel, cuidar de las nubes, la lluvia, el cielo y otras cosas por el estilo, es lo que el salmista coloca y enumera en una lista de milagros divinos:

*«Él cuenta el número de las estrellas,*
*a todas ellas llama por su nombre.*
*Grande es el Señor nuestro, y de mucho poder*
*y su entendimiento es infinito», vs. 4–5.*

*Salmo 148.*

*«Alabadle, sol y luna;*
*alabadle, vosotras todas, lucientes estrellas.*

*Alabadle, cielos de los cielos,*
*y las aguas que están sobre los cielos.*
*Alaben el nombre de Jehová;*
*porque él mandó, y fueron creados.*
*Los hizo ser eternamente y para siempre;*
*les puso ley que no será quebrantada», vs. 3–6.*

*f. «Suyo también el mar, pues él lo hizo».*

A excepción de los fenicios, los antiguos semitas no tenían mucha simpatía por la navegación. Esto no extrañará a nadie que tenga presente la clase de barquitos en que entonces se navegaba por el Mar Mediterráneo. Bien es cierto que Pablo viajó ya con 276 hombres en un barco; pero el apóstol también dijo: «tres veces he padecido naufragio en alta mar», 2 Co. 11: 25, Hch. 27: 14–15. ¿Con qué, pues, se tiene que haber navegado mil años antes de esto? Incluso en la época de Pablo aún se navegaba sin brújula, orientándose por las costas, y en invierno la navegación estaba totalmente parada, Hch. 27: 12. Si un hombre se encontraba pequeño y desamparado en algún lugar, ese era ciertamente frente al océano.

Esto no obstante, los israelitas miraban de otra manera que sus vecinos paganos a «las aguas impetuosas». Éstos divinizaban al mar. Los habitantes del antiguo Ugarit veían durante el invierno en la crudeza del mar, vestigios de una lucha de dioses por el dominio sobre la tierra[20]. En este contexto, es muy significativo que la palabra hebrea para mar *(yam)*, también es el nombre de un dios. Pero a pesar de la enseñanza de la Ley, el mar también estaba desmitificado para Israel, y conocía al SEÑOR también como el Creador del mar con todo lo que hay en él; y confesó, que él, en el día tercero, había separado mar y tierra, y que él, excepto durante el año del diluvio, mantuvo separados a ambos. Ya oímos al poeta–autor del Salmo 104 alabar al SEÑOR por esta demostración divina de poder frente a los océanos.

En este mundo de temor al mar y de relatos de dioses acerca de aguas caóticas y desenfrenadas y un mar divino, ¡el pequeño Israel alaba polémicamente al SEÑOR como Aquel que había *creado* el mar! Tal como lo hace el poeta–autor del Salmo 95:

*«Porque Jehová es Dios grande (–),*
*suyo (es) también el mar, pues él lo hizo»,* vs. 3, 5.

En vez de infundir temor pagano, el mar también pudo consolar poderosamente al creyente. Precisamente porque su conocimiento de la naturaleza no era terreno neutral, sino totalmente unido a su reconocimiento del SEÑOR como Creador y Gran Rey de Israel. Así el Salmo 146 felicita al lector:

*«Bienaventurado aquel cuyo ayudador es el Dios de Jacob,*
*cuya esperanza está en Jehová su Dios,*
*el cual hizo los cielos y la tierra,*
*el mar, y todo lo que en ellos hay»,* vs. 5–6.

¡El Creador del mar puede ayudar! La prueba más bonita del poder supremo del SEÑOR sobre el mar fue, indudablemente para la nación de Israel, el paso a través del Mar Rojo, del cual conservan un recuerdo vivo los salmos:

*«Te vieron las aguas, oh Dios;*
*las aguas te vieron y temieron;*
*los abismos también se estremecieron.*
*En el mar fue tu camino,*
*y tus sendas en las muchas aguas...*
*Condujiste a tu pueblo como ovejas*
*por mano de Moisés y de Aarón», Sal. 77: 16, 19–20.*

*«Dividió el mar, y los hizo pasar;*
*detuvo las aguas como en un montón», Sal. 78: 13.*

*«Reprendió al Mar Rojo y lo secó,*
*y les hizo ir por el abismo como por un desierto», Sal. 106:9.*

*«El mar lo vio, y huyó;*
*el Jordán se volvió atrás», Sal 114: 3.*

*«Alabad a Jehová, porque él es bueno,*
*porque para siempre es su misericordia.*
*Al único que hace grandes maravillas (–).*

*Al que dividió el Mar Rojo en partes (–),*
*e hizo pasar a Israel por en medio de él (–),*
*y arrojó a Faraón y a su ejército en el Mar Rojo»,* Sal. 136: 1, 4, 13, 14, 15.

Así habló el Israel piadoso acerca del mar: nunca como de un fenómeno natural sin más, sino como el territorio de poder del Aliado celestial de Israel. ¡Que el conocimiento enormemente avanzado de la naturaleza nos lleve a los cristianos a una mejor *alabanza de Dios*, y a confiar en la misericordia de Dios, tal como los salmos arriba citados nos sugieren a hacerlo! Actualmente, gracias a la TV y a la fotografía submarina, muchísimas gentes reciben una exposición de las profundidades de los océanos. ¡Que este conocimiento ampliado del poder supremo de Dios no testifique contra nosotros cuando retorne nuestro Señor Jesucristo! Pues, incluso el mar puede quitar a un hombre toda inculpabilidad; y las líneas de la costa en nuestros mapas nos enseñan:

*«Todo lo que Jehová quiere, lo hace,*
*en los cielos y en la tierra,*
*en los mares y en todos los abismos», Sal. 135: 6.*

*«Alzaron los ríos, oh Jehová,*
*los ríos alzaron su sonido;*
*alzaron los ríos sus ondas»,* Sal. 93: 4.

*g. Los salmos de creación hacen buena profesión de fe en presencia de (ante) un angustioso sentimiento de la vida.*

*¿Sangre de mártires?*

Algunos piadosos probablemente han sellado con su sangre la confesión de los salmos de creación. El rey Manasés, quien levantó altares para toda la legión de estrellas, llenó Jerusalén con sangre de mártires, 2 R. 21: 16. Además, seguro que también hubo judíos que permanecieron en la antigua verdad de que el SEÑOR había creado el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. Según una tradición judía, fue entonces cuando Isaías sería aserrado en trozos, He. 11: 37. En cualquier caso,

los profetas levantaron su voz contra las horribles idolatrías de Manasés, 2 R. 21: 10 y ss.

Quien cantaba los salmos arriba mencionados, exponía con ello, consecuentemente, su vida en ciertos períodos de la historia de la iglesia; pues no se podía atacar más profundamente a la adoración de los cuerpos celestes que por la confesión de que no eran dioses, sino obra de las manos de Dios, criaturas al servicio de los hombres.

*¿Pero esta polémica no exagera la nota?*

Con todo y eso, quizá se haga la observación de que los salmistas en ningún momento hacen notar claramente que están polemizando. Así es; pero también aquí, al buen entendedor con pocas palabras le basta. Por lo menos al entendedor israelita, quien, por su propia percepción, conocía los cultos a Baal y Astarte, así como el culto a los cuerpos celestes. Es notable que las Sagradas Escrituras nos informan lo más sobriamente posible al respecto. Quizá ni siquiera sea bueno que hayamos contado tanto a nuestros lectores acerca de los himnos idólatras. Mejor es que permanezcamos niños en la maldad. Así los apóstoles en ningún lugar nos dan una exposición de uno u otro sistema gnóstico, y realizan su polémica contra ellos sencillamente corta; por ejemplo, en 1 Jn. 4, con un. «... este es el espíritu del anticristo»; y en 1 Ti. 4, el apóstol Pablo concreta: Se trata de «espíritus engañadores», de «doctrinas de demonios» y de «hipocresía de mentirosos», vs. 1–2. Aunque, según Ireneo, es seguro que los apóstoles polemizaron contra éstos. Así pues, evidentemente se han guardado de darnos una lección de la doctrina de los ídolos egipcio–cananeo–babilónicos. Sin embargo, nosotros hemos pensado hacerles más concreta la lectura de los salmos, contándoles algunas cosas que, quizá no al lector cristiano de nuestro tiempo, pero sí al lector israelita de entonces, sin duda alguna le era evidente y manifiesto de la situación religiosa en que los salmos de creación se cantan y *confiesan*.

*¿Anticuado?*

Actualmente, ya no conocemos más la adoración del sol y la luna, así como tampoco la divinización del mar; sino,

más bien, los triunfos formidables de las ciencias naturales. Por conducto de la TV, hemos visto astronautas caminar en la luna; hemos aprendido a usar los años luz para expresar las distancias en el cosmos; sabemos, que el sol, comparativamente hablando, es una «estrella enana», «únicamente» 105 veces tan grande como la tierra; se conocen estrellas que son 63.000 veces tan grandes como la tierra; y que poseen una potencia de luz 100.000 veces la del sol. Pero los libros y revistas que nos cuentan esto, se empeñan en pasar de Dios silenciosamente; arrebatando con ello a Dios el honor que le corresponde como su Creador, para dárselo a una teoría de la evolución. Por lo cual, los salmos de creación nos convocan no con menos sino con mucho más apremio: *«Alabad a Jehová (–), al que hizo los cielos con entendimiento»*, Sal. 136. Cantemos mucho, en nuestra casa y en nuestros cultos: *«Grande es el Señor nuestro, y de mucho poder; y su entendimiento es infinito»*, Sal 147: 5. Ahora sabemos, en cierto modo, a qué colosos canta el salmo, cuando leemos: *«...(tus cielos son) obra de tus dedos»*, Sal. 8: 3; también sabemos, que la estrella Sirio está 560.000 veces más lejos de nosotros que el sol; por lo cual, si esta estrella estuviera en el lugar donde se halla el sol, entonces el calor haría hervir en breve tiempo todos los océanos de la tierra, y haría desaparecer toda agua y vida en la tierra. Pero, ¡no temamos!, porque el SEÑOR *«les puso ley que no será quebrantada»*, Sal. 148: 6. ¡Este es un texto, jóvenes estudiantes, para que lo pongáis en la cubierta de vuestros libros de ciencias naturales!

El rey Manasés aun no había caído tan profundamente como para reconocer como dioses al sol, la luna y las estrellas. Nuestro mundo en absoluto reconoce Dios alguno, y considera el mundo de las estrellas como un todo autónomo e independiente. Cantemos, pues, nuestros salmos de creación frente al espíritu de nuestra época: *«Alabad al nombre de Jehová, porque sólo su nombre es enaltecido, y su gloria es sobre tierra y cielos»*, Sal. 148: 13.

¡Pues esto es, también en nuestro siglo, *música de liberación!*

*¡No temas, camina de la mano paternal de Dios!*

Por consiguiente, el evangelio de la Ley de Moisés ha sig-

nificado para Israel una liberación profunda de angustia. Angustia por los dioses; miedo a los espíritus. Miedo a la luna y las estrellas. Miedo al mar. Miedo a los muertos. La Palabra de Dios es una Palabra de salvación; y salvación significa, literalmente: ¡liberación!

También en la época novotestamentaria imperaba en el mundo un sentimiento de la vida que rebosaba angustia, temor y miedo a ese mundo *extraño* que era tan grande y tan oscuro. El monstruo del gnosticismo intentó atrapar a las iglesias cristianas en este angustioso sentimiento de la vida. El gnóstico de aquel tiempo se lamenta –propiamente igual que el hombre de nuestra época– de su «estar atrapado» o «agarrado» en este mundo de suciedad. Según esta filosofía gnóstica, el alma del hombre era un extraño hasta en su propio cuerpo.

¡Qué expresiones tan fatalistas!

Puesto que el gnóstico no sabía a quién recurrir con su «existencia», o huía hacia el ascetismo en la comida, en la bebida y en la sexualidad; o, precisamente por no saber qué hacer con su vida, se entregaba desenfrenadamente a todo eso. En aquel mundo ha llevado el apóstol Pablo, mediante su predicación, la doctrina liberadora de la Thorá, la cual enseña, que es demoníaco decir, que este mundo sería malo, y que comer, beber, sexualidad, etc., etc., pertenecen a nuestra existencia corporal, y, por consiguiente, serían de menos valor en sí mismas, cf. 1 Ti. 4. Pero los creyentes que han llegado al reconocimiento de la verdad, están mejor enterados de estas cosas. Timoteo, discípulo de Pablo, –pero también enseñado en la Thorá desde su niñez, 2 Ti. 3: 15– debía predicar fielmente cómo eran estas cosas, y combatir valientemente las viejas habladurías acerca de la continencia de este mundo sucio, 1 Ti. 4: 7.

Después de ser repelido, en algún sentido, en los siglos que van entre el apóstol Pablo y nosotros, este paganismo retorna de nuevo en nuestro tiempo de forma poderosa con su *sentimiento angustioso de la vida*. El hombre moderno se siente solo y angustiado, un pequeño átomo «casual», «arrojado» en el cosmos inmenso y enemigo. ¿Qué es un hombre en la llamada «corriente de evolución» milenaria? Lo que para los antiguos paganos eran poderes de estrellas enemigas y poderes de dioses, eso son para el hombre moderno las le-

yes de la causalidad estimadas tan soberanas y las «causalidades» inexplicables. Muchos huyen a una sexualidad enteramente anárquica y a toda clase de drogas estupefacientes para olvidar momentáneamente su «cautividad»[21].

Pero, aún hoy día, no existe otro ni mejor remedio contra toda enfermiza mitificación gnóstica de la fe cristiana, contra la carcoma de la Palabra de Dios y contra los pensamientos gnósticos del destino y contra la angustia vital, que una lectura sencilla y creyente de Moisés, los Profetas, los Salmos y los Escritos Apostólicos. Pero, eso sí, leídos especialmente teniendo en cuenta al pueblo de Dios nunca suprimido a través de los siglos por el paganismo amenazante, sofocante y asfixiante de tiempos antiguos y más modernos; pues, a fin de cuentas, ¿qué otra cosa es el gnosticismo que paganismo?

Por consiguiente, no tengas miedo! Aférrate a la liberadora Palabra de Dios. Esta tierra, con todo lo que hay en ella y en torno a ella, con toda causalidad y evolución, descansa en la Palabra de Dios. Canta de ella con salmos de la creación. Permanece en el Salmo 104. Atrévete a vivir de la mano de Dios como propiedad de Jesucristo, tanto en la vida como en la muerte. La vida eterna te está reservada en Cristo como una herencia inmarchitable. Por tanto, ninguna desesperación, sino una esperanza viva, cf. 1 Pe. 1: 3.

*«Yahveh, Dios mío, qué grande eres!»*
(Sal. 104: 1b, Biblia de Jerusalén).

NOTAS

1. Gerh. von Rad, Theologie des Alten Testaments, 1962, Band I, 439 s. H. J. Kraus, Psalmen II, 715.

2. L. Köhler, Der Hebraïsche Mensch, Tübingen 1953, 118. W. F. Albrigth, From the Stone Age to Christianity, Anchor–Edition, New York, 1957, 3.

3. M. Dahood lee *yosed* en lugar del masculino *yasad*, y por eso obtiene siete participios en los versículos 2–5; cf. siete veces «*'atta*» en el Sal. 74: 13–17.

4. Según M. Dahood, a. l.: «Por el análisis de *tehoom* como un acusativo–de–medio que precede a su verbo, una figura que ocurre frecuentemente en los salmistas. Dahood, al mismo tiempo hace notar en este versículo, que el *tehom* bíblico «no procede directamente de fuentes babilónicas, como fue acentuado por antiguas generaciones de científicos, sino que es «igual al *thm* ugarítico».

5. «Hacemos bien al aceptar que las montañas existentes en todo el mundo antes del diluvio, no tenían la misma altura que las montañas actuales», cf. A. M. Rehwinkel, The Flood, 7, 95.

6. A. M. Rehwinkel, o. c., 96.

7. Para los versículos 14 y 15 seguimos la versión de M. Dahood,a. l.

8. El TM tiene *hal$^e$lu–yah* «¡Alabad a Jah!»; pero esto rompe el perfecto cierre con el v. 1. Esto no obstante, si este final es trasladado al principio del Salmo 105, entonces forma un cierre perfecto con el último versículo. Cf. M. Dahood, a. l.

9. Hans Rohrbach*, Naturwissenschaft, Weltbild, Glaube* (R. Brockhaus Taschenbücher, 4, Aufl.) Wuppertal 1970. Una serie de conferencias en las que el Prof. Rohrbach indica, que «científicamente no se puede demostrar que la Biblia no tenga razón» (8, 23). El ateísmo, que «aún en 1900 parecía estar basado en toda la ciencia natural, es, en estos momentos, sólo una cuestión de fe que descansa sobre sí misma» (39). «La ciencia natural más moderna tiene una visión de la realidad totalmente distinta de la que normalmente se acepta» (88). «La llamada imagen «científica» del mundo no es una imagen del mundo de la ciencia; la llamada imagen «bíblica» del mundo no es la imagen del mundo de la Biblia» (91). Aquí parece verdadero que «debe penetrar una desmitologización: tanto en la imagen científica del mundo, como en el pensamiento derivado de ella», (91).

10. La cita pertenece a Georges Contenau de la versión holandesa de su libro *«Así vivían los babilonios y asirios en tiempos de Nabucodonosor»*, Baarn (Holanda) 1959, 292.

11. G. Contenau, o. c., W. Eichrodt, *Theologie des Alten Testaments*, Leipzig 1939, Teil 2, 81.

12. G. Contenau, o. c., 286.

13. G. Contenau, o. c., 264.

14. W. F. Albright habla de una variación caleidoscópica en los detalles, y a la vez con una semejanza impresionante en general entre los mitos sumero–acádico, anatoliano, cananeo y egipcio de este tipo», FSAC, 1957, 194, cf. 212.

15. Claus Westerman, *Das Loben Gottes in den Psalmen*, 1963, pp. 33 y 39.

16. Klaus Baltzer, *Das Bundesformular*, 97.

17. Una traducción inglesa de este himno en J. Pritchard, ANET, 369 ss; una alemana en R. Kittel, *Die Psalmen*, Leipzig 1914, 509–511. Véase también M. Dahood, *Psalmen* III, 33.

18. J. Pritchard, ANET, 386. Nosotros no damos citas agrupadas, pero dejamos fuera renglones.

19. Juan Calvino, *Institución*, libro I, cap. 6, 1.

20. Otto Kaiser, *Die Mythische Bedeutung des Meeres in Ägypten*, Ugarit und Israel, Berlin 1959 (Beiheft ZAW78), 65 s.

21. Para la relación entre el antiguo gnosticismo y el moderno existencialismo y nihilismo, véase el epílogo de Hans Jonas en *The Gnostic Religion*, Boston (USA) 1963 (2nd.ed).

# Capítulo 25

## SALMO 119: ORACIÓN DE UN PERSEGUIDO EN UN MUNDO LLENO DE DESPRECIO A DIOS Y A SU PALABRA

El 31 de mayo de 1567 fueron ahorcados en público en Valenciennes (Francia) dos pastores protestantes reformados. Eran Guido de Brès, redactor de la Confesión de Fe Belga, y su amigo Peregrín de la Grange.

Los martirologios cuentan acerca de su presidio. ¡Cuán vejados e insultados fueron! Y ¿por quién? –Por hermanos y hermanas tan cristianos como ellos, que también oraban el «Padrenuestro» y, a veces, eran tan religiosos que llevaban un crucifijo colgado a su cuello. En más de una ocasión, el obispo de Utrecht, un auténtico príncipe de la iglesia, fue a visitar a ambos presos, para disputar con ellos. Pero aquellos permanecieron fieles hasta el final. Estando aún en la escalera del patíbulo, Guido de Brès confesó su amor a Dios y a sus mandamientos, amonestando al pueblo allí reunido: –«¿Respetaréis a la autoridad? Yo nunca he enseñado otra cosa que la pura verdad de Dios». Entonces, el verdugo le tiró de la escalera, y Guido de Brès sufrió el martirio, cuando tan sólo contaba 45 años.

Esta ejecución ocurrió por mandado de funcionarios romanocatólicos que, a su vez, obedecían a la gobernadora Margarita; y ésta, a su vez, obedecía al rey cristiano Felipe II, quien, también a su vez, mantenía relaciones estrechas con los príncipes eclesiales en Roma, los obispos, los cardenales y el Papa. La ejecución de de Brès era un ejemplo más de persecución de la iglesia por la iglesia. Por un justo así perseguido como de Brès, y en una situación semejante fue versificado el Salmo 119. Este poeta–autor experimentó grandes necesidades, opresión y tensión. Es verdad que no fue ahorcado por su fidelidad a la Palabra de Dios, pero sí fue perseguido y oprimido por esa razón; y de nuevo, como después ocurría a Guido de Brès, por impíos príncipes de la iglesia, en un mundo impío de la iglesia.

## 1. EL POETA–AUTOR Y SUS ADVERSARIOS.

A primera vista y cuando se conoce este salmo sólo por algunos versículos versificados, quizá no se hace notar este entorno angustioso en que nació. La forma del salmo es muy ingeniosa. Consta de 22 estrofas, cada una de 8 versículos, todos los cuales comienzan con una de las letras del alfabeto hebreo. Dado que éste consta de 22 letras, el Salmo 119 suma: 22 x 8 = 176 versículos. En algunas versiones muy importantes de la Biblia, se menciona sobre o al lado de cada una de las estrofas, la letra hebrea con que éstas comenzaban originalmente. Así ocurre con la versión Reina–Valera. Se trata de un poema especialmente hermoso, según el sentimiento estético en el mundo en torno a Israel[1]. ¿Pero puede ser este salmo la obra de un perseguido?

Si reparásemos sólo en esta inteligente técnica poética, fácilmente podríamos considerar el salmo como «un producto de cuarto de estudio», una curiosa alabanza a la excelencia de la Ley en general, como puede hacer sospechar el epígrafe en algunas versiones de la Biblia. Pero, cuando leemos de corrido un par de veces este salmo, y además nos fijamos especialmente en lo que el salmista comunica de sí mismo y de sus adversarios, entonces vemos claramente que, a través de este salmo –el más extenso de todos–, discurre una profunda línea de demarcación entre un perseguido y sus perseguidores.

*El poeta.*

Nos da la impresión que el poeta–autor de este salmo fue un hombre bastante joven. En el v. 141, leemos: «Pequeño soy yo, y desechado». La palabra hebrea (*sa'ir*) que aquí es traducida por «pequeño», también puede significar «joven». Primero, quizá pensó en sí mismo cuando en el v. 9 preguntó: «¿Con qué limpiará el joven su camino?» Aunque, a este respecto, conviene que tengamos presente, que las Sagradas Escrituras usan la palabra «joven» también para un cuarentón, 1 R. 14: 21, 2 Cr. 13: 7. También los vs. 99–100 indican un poeta joven: «Más que todos mis enseñadores he entendido... Más que todos los viejos he entendido». No se habla así cuando uno mismo ya es anciano.

Entretanto, este hombre joven lo pasaba muy mal. En el v. 50 habla de «mi aflicción», y acerca de esto cuenta muchos pormenores en el resto de su salmo. Anda abrumado bajo oprobio y menosprecio, v. 22, y a veces «se deshace en ansiedad», v. 28. Es humillado, vs. 67, 78, 84, 143; incluso tan gravemente, que clama: «Afligido estoy en gran manera», v. 107. Es perseguido, vs. 84, 161. Sí, puede ser que no haya sido ejecutado como de Brès; pero también ha conocido el peligro de muerte, v. 87: «Casi me han echado por tierra», cf. v. 95 «Mi vida está de continuo en peligro», v. 109. Se le imputa mentira, v. 69, y es tratado injustamente, v. 133. Como consecuencia de toda esta miseria, se siente un extranjero en nuestra tierra, v. 19[2]. Se ha explicado la especial forma alfabética del salmo como la obra poética de un preso que, en su prisión, habría acortado el tiempo con esta ingeniosa sarta de quejas suyas y motivos de consuelo[3].

*Sus adversarios.*

¿Y cómo califica a sus adversarios? Les llama «malignos», v. 115; «soberbios», vs. 51, 69, 78, 85; «soberbios» y «malditos», v. 21; «inicuos», vs 53, 61, 95, 110, 119, 155. Entre todos éstos hay hombres poderosos: «príncipes me han perseguido sin causa», v. 161. «Hablaré de tus testimonios delante de los reyes», v. 46. A este respecto, quizá igual que en el Salmo 2: 2, deberemos pensar en toda clase de autoridades locales y regionales, cf. Los Salmos I, 5, 3. 138 ss.

Con esto, el salmista pintó *un frente israelita interno*, pues como en Los Salmos I, 3. 71 ss. hemos visto, los salmos, al hablar de «impíos» y «temerarios», y similares, no indican paganos, sino *gentes de iglesia* que no temían a Dios, miembros desobedientes del *pueblo de Dios*, israelitas que habían dado la espalda al SEÑOR y su Palabra. Esto también aparece claro por otros datos de este salmo. En el v. 53, el salmista se lamenta: «Horror se apoderó de mí a causa de los inicuos que dejan tu ley» (= la Palabra de Dios en aquel tiempo). Él ha expresado más lamentos de esta clase: en el v. 21, leemos de «soberbios y malditos que se desvían de tus mandamientos». El v. 85 dice: «Los soberbios que no proceden según tu ley»; y el v. 126: «Han invalidado tu ley». El v. 139 expresa: «Mis enemigos se olvidaron de tus palabras». El v. 150, recuerda: «Se acercaron a la maldad los que me persiguen; se alejaron de tu ley»; y el v. 155, manifiesta: «Los impíos no buscan tus estatutos»; y el v. 158, lamenta: «Veía a los prevaricadores, y me disgustaba, porque no guardaban tus palabras».

Además de esto, había también «príncipes»: vs. 23 y 161; y «reyes»: v. 46. Por consiguiente, el poeta–autor fue perseguido y oprimido por figuras principales en Israel, la iglesia de entonces; personas importantes dentro del pueblo de Dios de entonces iban en contra del salmista. Lo mismo que en el caso de De Brès, y antes de él, en los casos de David, Elías, Eliseo, Amós, Jeremías y nuestro Salvador con sus apóstoles: todos ellos perseguidos por sus hermanos; y por «reyes» y «príncipes» en Israel como Saúl, Acab, el príncipe eclesiástico Amasías, quien desterró de Bet–el a Amós como un pícaro, Am. 7: 13; y las instancias oficiales posteriores de la iglesia judía, como Anás y Caifás y los sanedritas con su brazo que alcanzaba hasta Damasco, Hch. 9: 1–2.

No conocemos el nombre del poeta–autor del Salmo 119, pero cualquiera de los oprimidos arriba mencionados podría entrar en cuenta para ello. Podría ser un Jeremías, cuya obra de predicación fue destruida por un príncipe idólatra en Israel, y fue echada al fuego, Jer. 36. Estos profetas y apóstoles, pero sobre todo nuestro Salvador, pueden haber visto cumplirse nuevamente este salmo en sus vidas, cf. Los Salmos I, 5. 2. 132 ss. Tanto más, cuando se fijan en lo que el poeta cuenta acerca de los métodos, que sus perseguidores

aplicaron. En esto, muchos justos dolientes después de él deben haber reconocido la forma y manera de lucha de sus adversarios. Nuestro poeta–autor no fue combatido con franqueza, sino con medios bajos y furtivos, como la burla, el desprecio, las mentiras y trampas. «Contra mí forjaron mentira los soberbios», se lamenta, v. 69; y ora: «Aparta de mí el camino de la mentira», v. 29. Nosotros hablaríamos quizá de una campaña de mentiras. El pobre salmista se enfrentaba a enemigos secretos: «Los soberbios me han cavado hoyos», v. 85. Eran perseguidores duros, sin ninguna compasión: «Se engrosó el corazón de ellos como sebo», v. 70; y también formaban una mayoría fuerte: «Muchos son mis perseguidores y mis enemigos», v. 157.

¡Y todo esto absolutamente sin fundamento firme!

El Salmo 119 está sencillamente entreverado de *manifestaciones de inocencia del salmista.* No es tan difícil señalar más de sesenta de ellas. Transcribiremos algunas: «Príncipes también se sentaron y hablaron contra mí; mas tu siervo meditaba en tus estatutos», v. 23. «Los soberbios se burlaron mucho de mí; mas yo he aprendido de tu ley», v. 51. «Compañías de impíos me han rodeado, mas no me he olvidado de tu ley», v. 61. «Contra mí forjaron mentira los soberbios, mas yo guardaré de todo corazón tus mandamientos», v. 69. «Los impíos me han aguardado para destruirme; mas yo consideraré tus mandamientos», v. 95. «Mi vida está de continuo en peligro, mas no me he olvidado de tu ley», v. 109. «Pequeño soy yo, y desechado, mas no me he olvidado de tus mandamientos», v. 141.

Como hemos visto en el comentario del Salmo 26, no debemos calificar especialmente de «farisea» esta manera de hablar, pues este tono puede escucharse en las Sagradas Escrituras con la aprobación de Dios, entre muchos justos, cf. Los Salmos I, 8. 215 ss. Así habló G. de Brès aún en la escalera del cadalso: –«¡Yo os he predicado la buena doctrina!»

*Una obra poética no atemporal.*

Por tanto, el Salmo 119 no fue en modo alguno una obra poética atemporal sobre la gloria y excelencia de la Ley, sino un salmo en el que un pobre sufriente como Jeremías ha podido reconocer, que de por vida debía tropezar con príncipes políticos

y eclesiales en Judá, que se juntaron contra él, y le imputaron mentiras; véase, por ejemplo, Jer. 36[4].

Pero, también el Salmo 119 encontró su cumplimiento supremo en nuestro excelso Profeta y Maestro, quien fue escarnecido por figuras importantes en la vida eclesial judía de su tiempo (cf. Mt. 12: 24), y también se encontró frente a sí a «príncipes» como los miembros del Sanedrín, los cuales le lanzaron sus lazos (= preguntas capciosas), y fueron tan duros como los adversarios de nuestro salmista; y los siervos de Jesucristo no fueron más que su Señor. La historia de la iglesia muestra siempre el patrón del Salmo 119: «Príncipes» que «juntos deliberan» contra justos inocentes que nada prefieren sino honrar a Dios y su Palabra.

Queda fuera del proyecto de este libro comentar este salmo versículo por versículo. Esto no obstante, sí querríamos sugerir a los lectores de la Biblia: leed cada versículo de este salmo, en primer lugar, desde la situación del poeta–autor. Entonces veréis desaparecer espontáneamente la apariencia de «generalidad» y «atemporalidad» que, según idea de algunos, se halla en este salmo, y oiréis a este salmo hablar un lenguaje ardiente, polémico y testificante, también en el mundo eclesial de nuestra época que asimismo está llena de abandono de la Palabra; lo cual queremos hacer ver de la mano de algunos versículos.

## 2. V. 136: «RÍOS DE AGUA DESCENDIERON DE MIS OJOS, PORQUE NO GUARDABAN TU PALABRA».

Nuestro salmista disponía de una larga lista de palabras para designar la Sagrada Escritura de sus días: la ley del SEÑOR, tus testimonios, tus mandatos, tus estatutos, tu o tus mandamiento(s), tu palabra, tus causas, la palabra de verdad, tu promesa, tus palabras. Estas expresiones, medidas en una balanza de oro, se diferencian entre sí y en alguna manera, en significado; pero todas son, de hecho, sinónimas de la Palabra de Dios. Además, una por una, todas ellas también estaban igualmente *determinadas por el Pacto*. Pues, una palabra como «mandamiento» o «mandato», tiene que ver frecuentemente en las Escrituras no simplemente con alguna orden de Dios, sino que propiamente designa todo el Pacto de Horeb con toda

la enseñanza (miswah) de Dios, contenida en el mismo[5]. Como la palabra «testimonio» significa las actas del pacto en el arca; y la palabra «promesa» indica las promesas de vida, vivir felizmente y la protección real y grandiosa que el SEÑOR prometió en Canaán a Israel, si guardaba el Pacto del SEÑOR, Lv. 18: 5. En resumen, todas estas expresiones tienen que ver con la enseñanza que el SEÑOR había dado, por medio de Moisés y los profetas, acerca de sus pactos y su realeza sobre toda la vida israelita, y el pleito que debió afectar a su vasallo, Israel, en más de un período de la historia, cf. Los Salmos I, 1. 2. 27 y ss.

Esta enseñanza buena y divina fue negada orgullosamente en los días en que el salmo más largo fue escrito, por muchos israelitas, y entre ellos por muchas figuras importantes. De esto se queja constantemente el salmista: «Han invalidado tu ley», v. 126. «Se alejaron de tu ley», v. 150, cf. v. 21, 53, 85. Esto significaba nada menos que los fundamentos bajo la convivencia israelita fueron rechazados, cf. Sal. 11: 3.

En Los Salmos I, 2. 3. a. 48–56, hemos visto algo del sufrimiento agudo que entró en más de una casa israelita cuando la Thorá –¡escudo de los pobres!– fue quebrantada. La ruptura de la ley que el salmista señala, ha ocurrido tan frecuentemente en la historia bíblica, que la expresión «pobre», especialmente en los salmos, ¡es frecuente que sea otra palabra para significar «justo»! Recuérdese al hambriento Acab, un nuevo príncipe israelita tan importante que quebrantó la Thorá y precipitó en la desdicha a Nabot junto con su familia.

Cierto, el salmista también se enfadó por esto, y quedó profundamente afectado: «Veía a los prevaricadores, y me disgustaba, porque no guardaban tus palabras», v. 158. «Horror se apoderó de mí a causa de los inicuos que dejan tu ley», v. 53. La ortodoxia fría permanecía brotando a veces en esta indignación y horror, pero el salmista, por causa de la apostasía de su confraternidad, también derramó lágrimas amargas: «Ríos de agua descendieron de mis ojos, porque no guardaban tu ley», v. 136.

Llorar por la iglesia, también lo hemos visto hacer al poeta–autor del Salmo 74. Por semejantes quejas, el Salmo 119 se coloca en la fila de Lamentaciones por Sión, y el poeta muestra un espíritu afín al de los autores del libro de Lamentaciones.

También nuestro Salvador «*tuvo compasión*» de las multitudes, al verlas desamparadas y dispersas como ovejas sin pastor, Mt. 9: 36, cf. 23: 37; y para aquellos que tienen *pena* por la desolada situación de la Cristiandad actual, el Salmo 119 está, pues, plenamente de actualidad.

### 3. V. 172: «HABLARÁ MI LENGUA TUS DICHOS».

La tristeza del salmista por el desprecio de la Palabra de Dios debe haber sido para él muy amarga, porque amaba profundamente a las Sagradas Escrituras. «Mi lengua cantará tu palabra». Pues bien, ¡ya lo ha hecho! Desde el v. 4 se dirige directamente al SEÑOR, de modo que su salmo forma una oración de 173 versículos o 346 líneas, ¡y únicamente en seis de ellas no menciona la Palabra de Dios![6] En efecto, su salmo es un Himno de Alabanza a la Palabra de Dios. Aquí siguen, como ejemplo, algunas de esas expresiones de alabanza:

*Bienaventurados* los que hacen lo que enseña la Thorá, v. 1.
Los juicios de Dios son *justos*, vs. 7, 62, 106, 164.
Los juicios de Dios son *buenos*, v. 39.
Toda tu palabra es la *verdad*, vs. 43, 142, 151, 160.
Todos los juicios de Dios son *justos*, vs. 75, 123, 138, 144.
Todos tus mandamientos son *verdad*, v. 86.
La palabra de Dios permanece *para siempre*, vs. 89, 152, 160.
*Cielo y tierra descansan* en la palabra de Dios, vs. 90–91.
Tu mandamiento es *amplio sobremanera*, v. 96.
Tus mandamientos *hacen sabio*, v. 98.
Tus mandamientos dan *perspectiva*, vs. 100, 104, 130.
Tu Palabra es *lámpara* a mi pie, v. 105.
*Maravillosos* son tus testimonios, v. 129.
La expansión de tus palabras *alumbra*, v. 130.
Tus juicios son *rectos*, v. 137.
Tu palabra es sumamente *pura*, v. 140.
*Mucha paz* tienen quienes aman tu ley, v. 165.

¡Y el salmista veía a esta buena Palabra de Dios rechazada por muchos en torno a él! Como actualmente en la Cristiandad moderna se manifiesta cada vez más el hombre de pecado, el hijo de perdición, el adversario, el cual se opo-

ne y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios (la Cristiandad) haciéndose pasar por Dios», 2 Ti. 2: 3–4. Las palabras de alabanza que el salmista anteriormente dedicaba a la Palabra de Dios, muchos actualmente se las dedican a las ciencias, y llegan a decir: –«¡Maravillosa es la ciencia!; ella esparce luz, etc., etc». Así es como con el salmista nos encontramos constantemente ante el mismo frente o dilema: Sabiduría divina, o sabiduría humana. De nuevo un ejemplo de que el Salmo 119 no menciona versículos generalmente piadosos, sino que hace oír alabanza polémica a la Sabiduría de Dios frente a la presunción humana; también a la del hombre moderno y soberano.

## 4. V. 82: «DESFALLECIERON MIS OJOS POR TU PALABRA».

El abandono de la Palabra de Dios camina frecuentemente de la mano con la escasez de la Palabra de Dios. En la juventud de Samuel, «la palabra de Dios escaseaba», 1 S. 3: 1. Así ocurría también en tiempos de Elías, cuando vivió Oseas, cuando el Señor Jesús estaba en la tierra, y en la iglesia de la Edad Media. Aunque entonces también puede ser que hubiera una «piedad» impresionante. Semejante escasez puede ser incluso un castigo del SEÑOR. Por medio de Amós, el SEÑOR llegó a decir, que él llegaría a enviar hambre a la tierra, pero no de pan, sino de la Palabra de Dios, y entonces no se la encontraría, Am. 8: 11 y ss. ¿Habrá vivido en un tiempo semejante el poeta–autor del Salmo 119? En los vs. 99–100, dice: «Más que todos mis enseñadores he entendido, porque tus testimonios son mi meditación. Más que los viejos he entendido, porque he guardado tus mandamientos». ¿Serían los sacerdotes y levitas, maestros de la Palabra de Dios, quienes se apartaron del camino de la verdad, y fueron de la misma calaña que los escribas y fariseos de tiempos de Jesús que arrebataron la llave de la ciencia, y como los maestros de la ley en los días de Pablo que se apartaron a vana palabrería, queriendo ser doctores de la ley, sin entender la Palabra de Dios?, cf. Lc. 11: 52 y 1 Ti. 1: 6–7.

¡Cuán intensamente deseó entonces el salmista la apertura de la Palabra de Dios!: «Quebrantada está mi alma de desear tus juicios en todo tiempo», v. 20. «He aquí yo he anhelado

tus mandamientos», v. 40. «Espero en tus juicios», v. 43. «Desfallece mi alma por tu salvación», v. 81. «Mi boca abrí y suspiré, porque deseaba tus mandamientos», v. 131. Para el salmista, el sonido de la Palabra de Dios son «cánticos», v. 54, y más valiosa que millares de monedas de oro y plata, v. 72; y más dulce que la miel, v. 103.

Estas palabras del salmo en cuestión, se han cumplido en más de un período de la historia de la Cristiandad, por ejemplo, en 1538, cuando Heinrich Bullinger (1504–1575) predicaba *cada día* por la mañana, de 6 a 7, y siempre se le acercaba una gran multitud a escucharle.

**5. V. 18: «ABRE MIS OJOS, Y MIRARÉ LAS MARAVILLAS DE TU LEY».**

Sin embargo, en tiempos en que la Palabra de Dios es escasa, aún se la puede adquirir como libro de uno u otro tamaño. Entonces, el pueblo de Dios la posee e incluso la lee; pero quizá no entiende lo que lee.

Hay un velo sobre las Sagradas Escrituras (2 Co. 3: 14–16).

*Velos sobre la Palabra de Dios.*

Esos velos pueden ser de todas clases.

En los días de la estancia de Jesús en la tierra, la exposición farisea y saducea de la ley yacía como una costra sobre las Escrituras, de manera que los pobres asistentes a la sinagoga leían la Thorá como un contrato religioso de trabajo en lugar de como Evangelio de Dios: Cree, y vivirás. Esta levadura de los fariseos corrompió la exposición de las Escrituras en muchos lugares, también en las iglesias apostólicas y medievales. La Palabra de Dios estaba cubierta con la tapa del legalismo y judaísmo, y por el polvo de las disquisiciones de los teólogos romanocatólicos medievales o incluso por los reformados, con sus sistemas escolásticos o místicos, llenos de alucinaciones o ideas fijas acerca de Dios y su Verdad. También la tradición puede formar una tapa o velo tal que hace ilegible a las Escrituras: –«Siempre he oído,...., me han dicho....» (la doctrina, por ejemplo, de un Señor amoroso en el cielo que nunca puede enfadarse, y de un Jesús que sería amigo de todos los hombres...)

Todo lo cual, son velos y tapaderas sobre la Palabra de Dios.

*Destapa mis ojos.*

Esto no obstante, el salmista hablaba no de tapas o velos sobre la Palabra de Dios, sino de un velo sobre sus ojos. Lo cual, como es natural, viene a ser lo mismo. Pablo escribió de los judíos incrédulos: «Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará», 2 Co. 3: 15–16. Ciertamente hablamos de leer a través de unas lentes de color. Pero nuestro salmista oró: «Abre mis ojos...» Aquí, para la palabra «abre» tenemos la palabra hebrea «*galah*», la misma que encontramos en Nm. 22: 31: «Entonces Jehová *abrió* (*wayegal*) los ojos de Balaam», el cual, inicialmente, no había visto estar delante de él al Angel del SEÑOR con espada desenvainada, pero cuando el SEÑOR «abrió» o «descubrió» los ojos de Balaam, vio al Angel. Entonces cayó de sus ojos el velo: Esto pidió el salmista: «SEÑOR, abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley» (que ahora no veo aún).

*Una oración humilde y animosa.*

En períodos de la historia de la iglesia tales como en los que vivió el autor del Salmo 119, tiempos en que el conocimiento de Dios es despreciado y escaso, los justos corren peligro de ser absorbidos por la corriente contraria a la Palabra en la iglesia de sus días. Tómese, como ejemplo, la espera del Mesías por parte de los apóstoles, los cuales, por causa de la enseñanza de sus descarriados escribas, no sabían bien si el Mesías sería una figura de poder nacionalista. A pesar de la «piedad» altanera y del fariseo cumplimiento de la «ley», aún se podía oír la desnuda Palabra de Dios solamente en Juan el bautista y en el Señor Jesús.

¿Se halló en circunstancias similares el poeta–autor del Salmo 119? Según su larga oración, tuvo en cuenta, que también él, al querer comprender las Sagradas Escrituras, podría ser estorbado por un velo en sus ojos. ¡Cómo pidió entonces penetración de visión en la Palabra del SEÑOR! Por seis veces, leemos:

*«Enséñame tus estatutos», vs. 12, 26, 64, 68, 124, 135.*

*Y peticiones semejantes añade en otros versículos:*
*«No encubras de mí tus mandamientos», v. 19.*
*«Hazme entender el camino de tus mandamientos», v. 27.*
*«En tu misericordia concédeme tu ley», v. 29.*
*«Enséñame, oh Señor, el camino de tus estatutos», v. 33.*
*«Dame entendimiento, y guardaré tu ley», v. 34.*
*«Hazme entender, y aprenderé tus mandamientos», v. 73.*
*«Enséñame tus juicios», v. 108.*
*«Tu siervo soy yo, dame entendimiento para conocer tus testimonios», v. 125.*
*«Mis labios rebosarán alabanza cuando me enseñes tus estatutos», .v. 171.*

De esto se evidencia, al mismo tiempo, por qué el salmista pidió que le quitara el velo de sus ojos: «... para que yo *contemple* las maravillas de tu ley», v. 18. «Dame entendimiento, para que yo *guarde* tu ley, y la cumpla de todo corazón», v. 34. Por consiguiente, quería convertirse, cada vez más, en un hacedor de la Palabra, (Stg. 1: 22).

¡Esta es una oración de creyentes humildes y esforzados!

Pues, por anticipado, no se sabe lo que aún podrás ver si el SEÑOR escucha estas oraciones. Por lo cual, nuestro poeta–autor obtiene una visión profunda de la situación del pueblo de Dios en aquellos días; veía las causas de toda clase de miseria en Israel: «Han invalidado tu ley», v. 126. Cuanto más se aprende a comprender la Palabra de Dios, tanto más profundamente se sondea también toda clase de corrupción de la iglesia: principios inamovibles, iglesia y sociedad sistemas destructores, el poder corruptor de los «príncipes» bajo el pueblo de Dios, religiosidad fuera de la Palabra y del Pacto. Por lo cual, el autor del Salmo 119 también se sentía un solitario en la congregación israelita, aunque no estuviese totalmente solo, vs. 74, y 79; y aprendió a ver también el lado salvador de su opresión en el mundo eclesial israelita.

## 6. V. 71: «BUENO ME ES HABER SIDO HUMILLADO».

Tampoco debe desligar a este versículo del gran contexto del salmo. No es la expresión general de alguien que medita

algo sobre el provecho de las contrariedades, sino el significado de un hombre temeroso de Dios que fue perseguido *por hermanos, por causa de la Palabra.*

Por más aflicción que sus adversarios distinguidos e incrédulos le causaron, gradualmente había aprendido a comprender: «Bueno es (a pesar de la aflicción) haber sido humillado, para que (por mi amor a la Palabra de Dios) aprenda tus estatutos», v. 71. Pues, «antes que fuera yo humillado, descarriado andaba», v. 67. Anteriormente, quizá no había encontrado ningún príncipe frente a él, pero... «yo anduve errante como oveja extraviada», v. 176. Y, ahora, figuras importantes entre el pueblo de Dios pueden convocar reuniones contra él, y angustiarle con «trampas» y «hoyos»; ¡sí, ahora que cumple la Palabra de Dios! «Príncipes también se sentaron y hablaron contra mí; ... y tus testimonios son mis delicias y consejeros», vs. 23-24. Ahora se sabe unido, ligado más estrechamente que nunca al SEÑOR: «Tuyo soy yo», v. 94. «Cánticos fueron para mí tus estatutos en la casa donde fui extranjero», v. 54. ¡La opresión por causa de la Palabra había agrandado su alegría y gozo en la Palabra de Dios!

La misma experiencia han adquirido muchos justos sufrientes. En cuanto sencillos pescadores galileos, los apóstoles tenían una vida mucho más tranquila que cuando como testigos de Jesucristo llegaron a estar frente al judaísmo incrédulo con sus «príncipes» sanedritas. Pero, con el Salmo 119, pudieron confesar: «Antes de ser perseguido (antaño como pescador) andaba descarriado (¿qué veía entonces de la venida del reino de Dios? ¿Con qué velo en mis ojos leía entonces la Ley y los Profetas?); pero ahora guardo tu palabra». La enseñanza del Señor Jesús había «destapado» sus ojos, Mt. 13: 16. Así había andado descarriado también Pablo como discípulo de Gamaliel, pero como apóstol sufriente de Jesucristo, comprendió la Ley y los Profetas.

En el siglo XVI, la historia de la iglesia mostró el patrón fundamental del Salmo 119. Antes de ser perseguido, Martín Lutero parecía que iba a convertirse en un monje catedrático muy honrado de la orden de san Agustín. Pero, príncipes como Carlos V, Felipe II, el Duque de Alba y cardenales como Granvelle tendieron trampas y cavaron fosas para hacer caer

en ellas a los justos de la Reforma protestante. Pero, precisamente entonces, muchos cristianos reformados obtuvieron un gozo en la Palabra de Dios tan grande como nunca antes habían conocido. El evangelio les sonó como cánticos en la casa de su destierro (Sal. 119: 54), en Emden, Londres y Ginebra, hacia donde muchos perseguidos fueron a refugiarse en aquella época. Allí se cumplió el Salmo 119: «Me regocijo en tu palabra como el que halla muchos despojos», v. 162. «Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos», v. 71. «Príncipes (en la Cristiandad europea) también se sentaron (= reunieron) y hablaron contra mí; mas tu siervo meditaba en tus estatutos», v. 23.

### 7. V. 66: «ENSÉÑAME BUEN SENTIDO Y SABIDURIA».

A este versículo también se lo podría traducir así: «Enséñame a *degustar* el buen sentido y la sabiduría»; pues en 2 S. 19: 35 se halla el mismo verbo hebreo para probar o degustar alimentos. Tampoco esta súplica queremos generalizarla, sino leerla en el contexto de todo el salmo. Entonces podríamos parafrasearla como sigue: «Enséñame a probar bien lo que pasa en el mundo de la iglesia, y enséñame a conocerte desde tu Palabra tal como tú realmente eres para tu pueblo, porque yo pongo toda confianza en tus manifestaciones y compromisos del pacto».

Esta capacidad de discernimiento les faltaba absolutamente a fariseos y saduceos, Mt. 16: 1–4. No entendieron el siglo mesiánico, Mt. 13: 14–15; y a pesar de su celo religioso fanático, el Salvador dijo del mundo eclesial judío a su Padre: «El mundo no te ha conocido», Jn. 17: 25.

Se puede entender que el salmista pidiese esta capacidad de distinción, pues, principalmente en tiempos en que el abandono del Pacto de Dios es camuflado con «religiosidad» impresionante, no fue siempre fácil para los justos el «probar» situaciones. El profeta Amós fue expulsado de Bet–el por el honorable sumo sacerdote Amasías, Am. 7: 10–17. El Señor Jesús fue calumniado por los fariseos, quienes oraban de pie en las esquinas de las calles. En el siglo XVI, muchos cristianos fueron perseguidos por monjes, frailes y príncipes eclesiásticos que habían renunciado al matrimonio «por el Señor».

¡Toda aquella apariencia piadosa no hizo fácil a los justos reconocer en tales tiempos entre lo bueno y lo malo! Para esto, el hombre necesita el «don de discernimiento», mencionado por Pablo entre los dones del Espíritu, 1 Co. 12: 10. El poeta–autor del Salmo 119 pidió este don; pero, al mismo tiempo, confesó: «Porque tus mandamientos he creído», v. 66b. Por tanto, esperaba este don del Espíritu evidentemente por medio de su trato con el Libro del Espíritu, a saber, las Sagradas Escrituras. En este camino quiere el Espíritu de Dios prestarle al hombre ese don, para «probar los espíritus si son de Dios», 1 Jn. 4: 1–6. Entonces se mira a través de toda clase de apariencia, y se ve en el Amasías que reclama respeto y en los fariseos y obispos y príncipes de la iglesia, a los «hacedores de maldad» y a los «soberbios» (para hablar con el Salmo 119), y en el ganadero Amós y en el carpintero Jesús de Nazaret y en el prisionero Rev. Guido de Brès a aquellos que, como nuestro salmista, fueron perseguidos por causa de la Verdad.

Todo el Salmo 119 es una prueba clara de cómo Dios escuchó también esta súplica por el don de discernimiento. ¡Cuán profundamente ha notado este fiel pastor el frente opositor en la iglesia de sus días! ¡Y con cuán profundo discernimiento ha orado! Respecto a sus perseguidores, no suplicó: –«¡Oh Señor, borra la línea fronteriza entre guardadores y desertores de la Palabra!» No; así como tampoco nuestro Salvador oró por el mundo (el mundo judío que le rechazó, junto con sus líderes), sino por sus discípulos y todos los que creyeran en él, cf. Jn. 17: 9[7]. Así también nuestro salmista no oró a diestra y siniestra por todo el mundo, sino que, discerniendo el frente, oró, respecto a los desertores de la Palabra, de esta manera: «Defiende mi causa, y redímeme», v. 154. «¿Cuándo harás juicio contra los que me persiguen?, v. 84, cf. vs. 78 y 126. Y respecto a aquellos que amaban la Palabra de Dios, declaró: «Compañero soy yo de todos los que te temen y guardan tus mandamientos», v. 63. No suplicó «unidad» con quienes abandonaron al SEÑOR, sino que pidió: «Vuélvanse a mí los que te temen y conocen tus testimonios», v. 79. Por aquella unidad que es a través de ser uno en la Palabra, por esa unidad oró también nuestro Salvador, cuando dijo: «Para que todos sean uno; como tú, oh Pa-

dre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros», Jn. 17: 20–21.

*«Bienaventurados los perseguidos».*

Al principio de este capítulo y como subtítulo del Salmo 119, escribí: «Oración de un perseguido en un mundo lleno de desprecio a Dios y a su Palabra». Tomado estrictamente, este epígrafe no cubre todo el Salmo; pues, si bien es verdad que el poeta–autor se dirige, desde el v. 4 al 176, al SEÑOR, hace preceder a esto una confesión de su fe. La misma fe con la que el Salmo 1 abría el Libro de los Salmos.

¿Están abrumados frecuentemente bajo el escarnio y la persecución los auténticos piadosos en el mundo de la iglesia judía y cristiana? ¿Pueden a veces llorar por causa del desprecio de la Palabra de Dios? ¿Suspiran por la profundización de visión en las Sagradas Escrituras y suplican «descorrimiento» del velo que cubre sus ojos? Dejan secar sus lágrimas, pues, aunque los «príncipes» les hayan arrinconado, ello no obstante, ¡los justos tienen buena suerte», pues el SEÑOR está de su lado, y les defiende, aunque sea después de un corto tiempo de sufrimiento, 1 Pe. 5: 10.

En esta fe se dirigió el poeta–autor del Salmo 119 a Dios, y por eso pudo introducir su larga oración con la confesión que forma propiamente, no sólo el comienzo, sino también el final del Salmo 119:

*«Bienaventurados los perfectos de camino,*
*los que andan en la ley de Jehová.*
*Bienaventurados los que guardan sus testimonios,*
*y con todo el corazón le buscan;*
*pues no hacen iniquidad*
*los que andan en sus caminos», vs. 1–3.*

NOTAS

1. También en el antiguo Ugarit se conocía esta forma poética, concretamente para fines de enseñanza, cf. H. J. Kraus, Klagelieder, Neukirchen 6, que menciona literatura acerca de la formación alfabética; y como finalidad ve: el apoyo de la memoria.

2. Nosotros traducimos *eres* en el v. 19 más preferentemente por «país» que por «tierra». Dada su persecución en Israel, el poeta no se sentía «ajeno al mundo», pero en el país de Canaán no se sentía en casa en medio de un pueblo alejado de Dios, (cf. Los Salmos I, 5., nota 8).

3. F. Delitzsch, *Die Psalmen* 1894, 719.

4. En base a su forma alfabética, al Salmo 119 frecuentemente se lo ha declarado joven; pero ahora que esta forma poética también ha sido encontrada en los poetas ugaríticos y acádicos, no se ha precisado sospechar que el nacimiento de este salmo sea posterior al destierro. Entretanto, las quejas y lamentos acerca del abandono del Pacto en Israel, legitiman ciertamente la opinión de que el poeta–autor ha conocido el pleito del SEÑOR con Israel, como lo relatan los libros de los profetas, de manera que para sus indicaciones de la Palabra de Dios no precisamos pensar únicamente en la Thorá de Moisés.

5. *Miswah* puede significar: el primer mandamiento; o todas las palabras del Pacto; o toda la enseñanza contenida en el mismo:Dt. 4: 2; 6: 1 y 4–6; 11: 22; 30: 11.

6. Al menos en la versión de M. Dahood, según el cual sólo en los versículos 37, 90, 121, 122, 132 y 149 no se menciona la palabra de Dios, cf. Psalms III, 193.

7. La palabra «mundo», en gran número de lugares del Evangelio de Juan, tiene el significado de: «el pueblo de los judíos».

# Capítulo 26

## SALMOS 145–150: EL LIBRO DE LOS SALMOS TERMINA EXCLUSIVAMENTE CON ALABANZAS

¿Te ha sorprendido alguna vez cómo termina el Libro de los Salmos? Pues bien, ¡en él se clama y suplica mucho, se gime y se grita mucho! Pero, ¿cómo han compuesto sus redactores el final del mismo bajo la dirección del Espíritu de Dios? –¡Con seis salmos de alabanza exclusivamente!

Es bien cierto, que a los Salmos 146–150 se les considera como un juego completo, porque todos ellos comienzan y terminan con «*Hallelujah*»[1]; pero ya desde el Salmo 145 no suena ninguna queja más, y no oímos pedir nada más a Dios. Tales sonidos llegan a enmudecer ahora. Por eso, con el Salmo 145, según nuestra idea, se inicia el fin del Libro de los Salmos, consistente en un coro final de seis salmos todo alabanza y adoración; para terminar en el Salmo 150, cantando: «*Todo lo que respira* alabe a JAH. Aleluya».

El Libro de las Oraciones Bíblicas termina con alabanza, exclusivamente[2].

## 1. ¿QUÉ ES, HABLANDO CON PROPIEDAD, ALABAR A DIOS?

Alabar es algo distinto que agradecer. Enseñamos a nuestros hijos, en toda clase de ocasiones, a decir correctamente: –»¡Muchas gracias!» Los niños pequeñitos se olvidan de decirlo en alguna ocasión. Pero, dale a un chico un coche de juguete bonito; o pon en los brazos de una chica una muñeca nueva... Quizá se olviden de decirte: –»¡muchas gracias!»; pero no se olvidarán de alabarte; y ensalzarán tu regalo con una expresión radiante en su rostro; e incluso sus manos quizá se eleven espontáneamente hacia arriba, y de su boca salga una exclamación admirando tu regalo: –»¡Oh, qué bonito!» Con lo cual, acaban de alabar tu acción amigable. Dar gracias es, frecuentemente, un mandato de cortesía; pero alabar es algo que un niño hace espontáneamente. En resumen: en nuestro trato, al «pedir» y al «recibir», es pertinente que «se den las gracias»; pero en el trato de los salmistas con el SEÑOR, al «pedir» y al «obtener» les corresponde, siempre e invariablemente, «alabar» y «engrandecer» a Dios. ¡El idioma hebreo ni siquiera tiene una palabra aparte para «agradecer»!

Así pues, ¡alabar también es más que agradecer!

Alguien ha expuesto las diferencias entre alabar y agradecer, poco más o menos, de esta manera[3]:

–*Agradecer es*, frecuentemente, cortesía aprendida. Más o menos una cuestión de adiestramiento y sentido del deber. Pero alabar, ocurre espontáneamente; se hace voluntariamente; y uno mismo experimenta alegría en ello.

–*Agradecer* lo hacemos, muchas veces, con dos o más palabras: –»Muchas gracias». Por el contrario, *alabar* lo hacemos, casi siempre, no con un par de palabras; sino que para ello usamos toda una serie de frases; y entonces no está en el punto central aquel que alaba, sino aquel que es alabado: –¡»Qué bueno eres! ¡Qué magníficamente lo has hecho!»

–*Agradecer* no hace al agradecido más grande de lo que es; permanece siendo lo que era. Por contra, *alabar* es, por su naturaleza, engrandecer, magnificar. Al alabar, el dador es «engrandecido» y «ensalzado» con su regalo. Las palabras de alabanza «le levantan» y «le ponen en lo alto».

–*Agradecer* ocurre, la mayoría de las veces, sin llamar la atención. Es un asunto entre dos personas que, en caso de

necesidad, puede hacerse por carta. *Alabar* es, también en este aspecto, más que agradecer. Alabar, por su naturaleza, busca público; quien quiere alabar, busca un foro ante el cual pueda alabar a alguien. Además, alabar actúa de forma contagiosa: prefiere infundir entusiasmo a otros por aquel al que se quiere alabar.

Como observamos, el idioma hebreo carece de una palabra aparte para «agradecer»[4]; pero para «alabar» tiene una antología de expresiones. Especialmente los salmistas convocan decenas de veces a «alabar» a Dios, a «glorificarle» y a «engrandecerle»; y, a este respecto, añádanse todos aquellos lugares de las Sagradas Escrituras donde Dios es alabado sin que la palabra «alabar» encaje.

¿Cuál es, pues, el caso? A alguien se le puede alabar de dos maneras; sencillamente puedes decir: –»Yo debo alabarte»; pero también puedes alabar a alguien sin usar la palabra «alabar», a saber, cuando *mencionamos* hechos de alguien de *forma elogiosa*. Así, un maestro puede decir a su alumno: –»Te alabo por tu precioso trabajo»; pero también puede añadirle: –«¡Qué bonito ensayo has hecho, y cuán elegantemente lo has escrito!» En este último caso, suma alabanza a los hechos de su alumno; y esto es, asimismo, alabar: mencionar, públicamente, en presencia de otros (la clase del colegio, etc.) los hechos de alguien.

En las Sagradas Escrituras encontramos ambas maneras de alabar, sobre todo en los salmos. Estos claman no sólo innumerables veces: «Alabad a Jehová»; pero también enumeran con elogios especialmente los *grandes hechos de Dios*; también públicamente, como el principio del Salmo 78 hace ver muy bien: «Escucha, pueblo mío,... hablaré cosas escondidas desde los tiempos antiguos, las cuales hemos oído y entendido; que nuestros padres nos las contaron: no las encubriremos a sus hijos, contando a la generación venidera las alabanzas de Jehová, y su potencia, y las maravillas que hizo», Sal. 78: 1–4., cf. Sal. 66. Después, el poeta enumera los hechos de Dios desde Egipto hasta David. Por consiguiente, también en la alabanza de Dios se puede confesar su relación en los hechos históricos de salvación de Dios. El autor del Salmo 105 hace lo mismo: Ofrece, aparentemente, una lección de historia de forma poética acerca de los grandes

acontecimientos de la Thorá y el libro de Josué. Pero estas historias están en el salmo en un marco muy distinto. En la Thorá y en el libro de Josué dichas historias están en el marco de la enseñanza profética, pero en el Salmo 105, están en el marco de la alabanza de Dios. En ese marco, el Salmo 104 coloca los hechos del mundo de la creación.

También los últimos salmos actúan de la misma forma. El poeta–autor del Salmo 145 introduce su himno de alabanza como sigue: «Te exaltaré, mi Dios, mi Rey, y bendeciré tu nombre..., y en tus *hechos maravillosos* meditaré. Del poder de tus *hechos estupendos* hablarán los hombres... Te alaben, oh Jehová, todas tus obras, y tus santos te bendigan... Para hacer saber a los hijos de los hombres sus poderosos hechos», vs. 5–6, 10 y 12; y entonces sigue también una enumeración de aquellos hechos tremendos[4a].

Esto afecta a nuestra vida cristiana diaria. ¡Cuán importantes indicaciones nos da el Espíritu Santo para nuestras oraciones al final del Libro de los Salmos! En él no siempre precisamos pedir algo a Dios. El Libro de las Oraciones y de los Himnos Bíblicos concluye con seis salmos en los que realmente nada más se pide a Dios. ¿No aprendemos de esto, que también podemos buscar el rostro de Dios con ninguna otra cosa mejor que la alabanza? Pues, ¿acaso nuestro Salvador no nos enseñó por medio del «Padrenuestro» a comenzar y concluir nuestras oraciones con la alabanza de Dios? ¿Que a veces no sabes lo que debes pedir? Enumera, entonces, algunos de los grandes hechos de salvación que Dios ha hecho para con nosotros por medio de su Hijo Jesucristo. ¿No te parece notable, que el Libro de los Salmos, a pesar de todas las súplicas que contiene, no lleve en el idioma hebreo como título: «*Tefil.lim*» u «Oraciones», sino «*Tehil.lim*» que significa: «Alabanzas»?

Así pues, ¡que nuestro orar sea principalmente alabar a Dios!

## 2. ¿POR QUÉ GRANDES HECHOS ES ALABADO EL SEÑOR AL FINAL DEL LIBRO DE LOS SALMOS?

«Grande es Jehová, y digno de suprema alabanza», Sal. 145: 3. Incluso tan digno de alabanza, que nadie jamás puede alabarle según lo que merece. «¿Quién expresará las poderosas obras

de Jehová? ¿Quien cantará *sus alabanzas*?, pregunta el Salmo 106: 2, cf. Neh. 9: 5. El hilo que une entre sí a los salmos de alabanza (145-150) nos parece ser *«la gloria de la magnificencia de su reino»*, Sal. 145: 12b. En este cañamazo del Salmo 145, siguen bordando los Salmos 146–150. «Te exaltaré, mi Dios, *mi rey*», Sal. 145: 1. Este es el tono fundamental al final del Libro de los Salmos: la alabanza del SEÑOR, poderoso gran Rey de Israel que en Horeb ascendió al trono entre Israel, y que desde entonces se comportó tan enteramente leal para con su vasallo y aliado Israel.

*Grandeza del SEÑOR.*

El Salmo 145 inicia la alabanza del gran Rey de Israel con mención de su grandeza, v. 3. ¿Qué pueblo vasallo tenía por aquel entonces un Pacto como el de Israel con un gran rey poderoso? *«Su grandeza es inescrutable»*, Sal. 145: 3b. ¡Un texto mural estupendo para gabinetes de trabajo y laboratorios! Los doctos nunca habrán concluido la carrera en las obras de Dios. Así pues, alabar también es: «La gloria de tu reino digan, y hablen de tu poder», Sal. 145: 11. *«Grande es el Señor nuestro, y de mucho poder; y su entendimiento es infinito»*, Sal. 147: 5. La visión de Dios es inconmensurable; pues Él es el Creador de cielo y tierra, el mar y todo lo que en ellos hay, cf. Sal. 146: 6. «Él es quien cubre de nubes los cielos, el que prepara la lluvia para la tierra, el que hace a los montes producir hierba. Él da a la bestia su mantenimiento, y a los hijos de los cuervos que claman», Sal. 147: 8–9. La nieve y la escarcha blanca, el hielo y los vientos tibios que traen deshielo están también bajo la gran realeza del SEÑOR, como los israelitas a quienes sacó del imperio persa y retornó a Jerusalén, Sal. 147: 2, 15–18.

En el Cap. 24, g, ya hemos visto, que los salmistas con su mención de la realeza del SEÑOR también sobre los cuerpos celestes y las nubes de lluvia, hicieron oír *alabanza polémica* contra el culto y adoración al sol, la luna y las estrellas del mundo pagano y la iglesia paganizada de sus días. El Remanente fiel que habla en los salmos, se aferra fuertemente a la buena profesión de fe: el SEÑOR, nuestro Rey, ha creado el cielo y la tierra, expresando palabras imperiosas; y respecto al sol, la luna, las estrellas y nubes de lluvia: «Los hizo ser eternamente y para siempre;

les puso ley que no será quebrantada», Sal. 148: 6. De ahí también la llamada: «Alabad a Dios en su santuario; alabadle en la magnificencia de su firmamento», Sal. 150: 1.

La Realeza del SEÑOR domina todo, Sal. 103: 19.

*Elección de Israel para el Pacto de Dios.*

Y este Todopoderoso Creador del cielo y de la tierra escogió a Israel como su pueblo privado, y cerró con él en Horeb como Gran Rey su Pacto de vasallaje. Al final del Libro de los Salmos se canta también en torno a este fundamental hecho de salvación, Sal. 148: 14, 149: 2 y 4. Esto no obstante, la admiración por esta gracia de Dios resuena lo más poderosamente posible al final del Salmo 147, que con ello alcanza, al mismo tiempo, su clímax:

> *«Ha manifestado sus palabras a Jacob,*
> *sus estatutos y sus juicios a Israel.*
> *No ha hecho así con ninguna otra de las naciones;*
> *y en cuanto a sus juicios, no los conocieron. Aleluya».*

Bajo la expresión «sus palabras» debemos entender aquí, ciertamente, las *cláusulas del Pacto* que el SEÑOR había puesto a Israel, que resumió en «los Diez Mandamientos» o «palabras del Pacto», Ex. 34: 28, Dt. 4: 13, cf. Ex. 20: 1, 10: 1–5[5]; y los «estatutos» (*joq.qim*) y «ordenanzas» (*mispatim*) son, pues, las posteriores cláusulas o disposiciones de ese Pacto.

Israel poseía todo en ese Pacto; en el cual, el Dios de cielo y tierra, en cuanto Rey Grande, había prometido fidelidad eterna a su pueblo vasallo Israel, le había declarado santo; y además le había prometido perdón de pecados y la vida eterna. ¿Acaso es extraño que en Israel se haya alabado a Dios a causa de esta elección a la Alianza o Pacto con él?

Durante siglos, Israel ha poseído este privilegio como pueblo único del mundo; pero, después del gran Pentecostés, han ocurrido cambios en esto. Entonces, Dios estableció su Pacto también con pueblos paganos, tales como aquellos de los que nosotros procedemos. Ahora bien, a nosotros no nos da la impresión que Dios sea alabado diariamente por su Cristiandad por este hecho histórico incontestable. ¿Quizá alguna vez te parece que sí se hace?

*La gran bondad del Rey de Israel.*

El final del Libro de los Salmos también debemos leerlo teniendo como fondo la realeza, frecuentemente cruel, en el mundo en torno a Israel. El Faraón de Egipto, asimismo un auténtico Gran Rey con pueblos vasallos, mandó arrojar al Nilo todos los niños israelitas recién nacidos. Nabucodonosor amenazó a todos sus adivinos con hacerles pedazos si no le informaban pronto acerca de su sueño. Darío mandó arrojar al foso de los leones a su primer ministro, Daniel. Nerón decidía con un movimiento de su dedo pulgar sobre la vida y la muerte de sus súbditos. Hitler, en la muy civilizada Alemania del siglo XX, pudo exterminar a seis millones de judíos. Así han sido gobernados millones en la historia del mundo: sin corazón, impía– y pérfidamente.

¡No; así no hizo el SEÑOR, el Gran Rey de Israel, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo! El es el Dios de los espíritus de las vidas de toda carne. En Él vivimos y nos movemos y somos, Hch. 17: 28. Él podría hacer caer muertos en un segundo a todos los tres mil millones de personas que actualmente viven en la tierra. Los pueblos, comparados con Él, son como polvo en la balanza, Is. 40: 15. «Su grandeza es inescrutable», cantó el Salmo 145: 3. «Grande es el Señor nuestro, y de mucho poder», Sal. 147: 5. Pero esos mismos salmos le alaban por su bondad. ¡Pero el Rey de reyes es tan *grande*! «Clemente y misericordioso es Jehová, lento para la ira, y grande en misericordia», Sal. 145: 8. ¿De qué gran rey se puede decir eso? Pero, *«bueno es Jehová para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras»*, Sal. 145: 9. Los pobres pueblos de este mundo son gobernados frecuentemente por señores duros sin sentimiento alguno para con sus súbditos; pero el Gran Rey de Israel, a pesar de su grandeza inescrutable, no consideró humillante compaginar su dignidad divina con su misericordia íntima, para inclinarse a una viuda o a un ciego. Precisamente los humillados, perseguidos, caídos, hambrientos, presos y otros miserables entre su pueblos tienen la mayor atención de este Rey. Los Salmos 145 y 146 exultan, dan gritos de alegría por la bondad y misericordia real de Dios para con los desamparados. Pero, ¿acaso no fueron esto todos los israelitas en el destierro? Muchos eran «los quebrantados

de corazón», Sal. 147: 3, cf. Cap. 18, 2. Pero el SEÑOR, con su poder divino había reunido nuevamente a su Israel dispersado, desde todos los rincones y agujeros del imperio persa, les había curado las heridas del corazón, reconstruido su antigua residencia, Jerusalén, y saciado a sus hijos (= los habitantes) con el mejor trigo. De esto canta el Salmo 147.

Por consiguiente, alabar es: Poner de relieve los poderosos hechos de Dios; pero, sobre todo, sus milagros de misericordia, compasión y ayuda en favor de todos los débiles dentro de su pueblo.

*La fidelidad real y majestuosa del SEÑOR.*

Los Salmos 145 al 150, además de alabar el gran poder y bondad de Dios, ¡también alaban al SEÑOR por su *fidelidad*! ¡Léelos asimismo considerando el trasfondo de la infidelidad de muchos poderosos terrenales! ¿Acaso la política no es, frecuentemente, lo mismo que decir *intrigas*? De hecho, solo Dios es fiable. Por eso, el Salmo 146 canta: «Bienaventurado aquel cuyo ayudador es el Dios de Jacob, cuya esperanza está en Jehová su Dios, el cual hizo los cielos y la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay; que guarda verdad (=*fidelidad*) para siempre», vs. 5–6.

Semejante felicitación es imposible dirigirla a personas que han puesto su confianza en un poderoso terrenal. La auténtica felicidad no se encuentra en semejante soberano: «Pues sale su aliento, y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos», Sal. 146: 4. Príncipes, ante los que pueblos han temblado, han acabado en polvo y ceniza o yacen como unos pocos huesos inmóviles en un mausoleo. Pero en Israel se cantó: «Reinará Jehová *para siempre*; tu Dios, oh Sión, *de generación* en generación», Sal. 146: 10. «Tu reino es reino de *todos los siglos*, y tu señorío en *todas las generaciones*», Sal. 145: 13.

Moisés y David vivieron bajo el dominio del mismo Rey Yahweh que los israelitas que siglos más tarde volvieron de Babilonia y cantaron el Salmo 147[6]; y aún pueden los piadosos, cuando se les acerque su hora de seguir «el camino de toda la tierra», consolarse sabiendo que, después de su partida, sus hijos y sus nietos permanecen estando bajo la

protección de nuestro Rey, «que guarda verdad para siempre» (versión Reina–Valera), o: «que guarda por siempre lealtad» (versión Biblia de Jerusalén), Sal. 146: 6.

*Los temas antiguos de los Salmos 1 y 2.*

Sin embargo, el SEÑOR es no sólo fiel a sus promesas, sino también a sus amenazas. Para con los fieles se mostraría fiel, mas para con los perversos se mostraría adversario. Con esta condición aceptó, en su día, la realeza sobre Israel. ¡Cuán fiel se mantuvo a esto el SEÑOR! También en esto alaban los Salmos 145–150 «la espléndida gloria de su realeza»; y con ello, el final del Libro de los Salmos deja oír, aún una vez más, los temas antiguos con los que comenzó en los Salmos 1 y 2.

Estos salmos preliminares habían introducido el Libro de los Himnos y Oraciones de Israel con una doble confesión de fe, y una doble felicitación: «Y, a pesar de todo, el SEÑOR está del lado de los justos, y su vida lleva fruto» (Salmo 1). «Y, sin embargo, el Reino del SEÑOR y su Mesías–Rey logrará la victoria final» (Salmo 2). Por lo cual, los justos, frecuentemente pobres y oprimidos, son, a pesar de la apariencia de lo contrario, «bienaventurados», porque guardan la Palabra del SEÑOR, y esperan su Reino. Pero los impíos, frecuentemente prósperos y felices, resultarán estériles como tamo, porque siguieron sus propios principios, y son destruidos como obra de alfarería, porque rechazaron la realeza del SEÑOR.

Estos tonos fundamentales siguen resonando hasta en el final del Libro de los Salmos. El Salmo 145 alaba al SEÑOR, diciendo: «*Jehová guarda a todos los que le aman, mas destruirá a todos los impíos*», v. 20; y el Salmo 146 canta: «*Jehová ama a los justos* (–), *pero trastorna el camino de los impíos*», vs. 8–9. ¿No oímos aquí el eco del Salmo 1: «porque Jehová conoce el camino de los justos; mas la senda de los malos perecerá»?

¡Cuánto habían sufrido aquellos justos en el destierro babilónico, bajo el juicio de Dios sobre la iglesia israelita! La necesidad del pueblo de Dios había herido su corazón. Pero el SEÑOR había devuelto a casa a los deportados, y entonces, el Salmo 147, cantó: «*Jehová exalta a los humildes, y humilla*

*a los impíos hasta la tierra»*, v. 6. Una vez más, el antiguo tema de los Salmos 1 y 2.

Esto lo escuchamos muy claramente en el Salmo 149.

*Salmo 149: Alabanza por el divino ejercicio de venganza.*

Este pleito entre los justos y sus adversarios, ya lo trae a colación el Libro de los Salmos no sólo en sus primeras páginas, pues permanece siendo objeto de discusión hasta en sus últimas páginas, a saber, hasta el Salmo 149 inclusive; en éste, leemos los versículos 4 al 9:

> *«Porque Jehová tiene contentamiento en su pueblo;*
> *hermoseará a los humildes con la salvación.*
> *Regocíjense los santos por su gloria,*
> *y canten aun sobre sus camas.*
> *Exalten a Dios con sus gargantas,*
> *y espadas de dos filos en sus manos,*
> *para ejecutar venganza entre las naciones,*
> *y castigo entre los pueblos;*
> *para aprisionar a sus reyes con grillos,*
> *y a sus nobles con cadenas de hierro;*
> *para ejecutar en ellos el juicio decretado;*
> *gloria será esto para todos sus santos. Aleluya».*

Si el salmista tuviera presente aquí un ejercicio de venganza sobre los pueblos paganos, tendríamos ante nosotros un salmo muy antiguo como lo es el Salmo 149, el cual canta la ejecución del juicio de Israel sobre los pueblos *cananeos*. Estos se hallaban, efectivamente, bajo un «juicio decretado» ya en la Thorá, Dt. 7: 1–2, cf. Gn. 15: 16. Israel, como santo pelotón de ejecución del SEÑOR, debía ejecutar la sentencia de Dios sobre los perversos pueblos *cananeos*[7]. También se podría pensar en el «juicio decretado» sobre Amalec, Ex. 17: 14–16, Dt. 25: 17–19, 1 S. 15: 1–3. Pero una orden de Dios a Israel para golpear también a otros pueblos paganos con pleno anatema, no nos es conocida; y mucho menos un «juicio decretado» por cristianos para exterminarse mutuamente, como ha ocurrido más de una vez. Tomás Münzer (1525) hizo uso del Salmo 149 para alentar el deseo de venganza de los campesinos hacia los príncipes: –»¡No dejes que se enfríe tu es-

pada!», –gritaban él y sus ordas. Y con una apelación al mismo Salmo (149: 9), príncipes romanocatólicos fueron incitados a la «Guerra de los 30 años» (1618–1648)[8].

¿O en las expresiones «pueblos», «naciones» y «reyes» del Salmo 149, tal como hemos hecho al considerar el Salmo 2, deberíamos pensar en grupos *israelitas* del pueblo y en reyes *israelitas* impíos? Como ya vimos en el comentario al Salmo 2, también es posible esta explicación. «Reyes» eran, frecuentemente, no más que algo así como gobernadores o autoridades regionales, cf. Los Salmos I, 5. 3. b. 138 y ss. ¿También aquí, en el Salmo 149, deberíamos pensar en la antigua línea de demarcación entre justos y pecadores *en Israel*? Entonces, bajo la expresión «juicio decretado» (Sal. 149:9), deberíamos entender el juicio repetido innumerables veces en los Profetas y en los Salmos sobre los impíos *dentro del pueblo de Dios*. Alguna vez se tornarán los papeles, y los impíos opresores de los justos tendrán que purgar sus fechorías. De acuerdo con esta explicación, el Libro de los Salmos comenzaría y terminaría con la misma proclamación: «Y, a pesar de todo, los justos son dignos de felicitación, pues el SEÑOR y su Mesías, en quienes ellos se esconden, alcanzaron la victoria final», (Salmos 1 y 2).

Sea esto como fuere, los salmos han tratado el pleito entre justos y pecadores no sólo en su final, pero también han alabado a Dios por el desenlace del mismo: «¡Aleluya, nuestro rey hará justicia a los justos, y los implicará en la celebración del juicio sobre sus acechadores!» ¡La iglesia bajo el Pacto Antiguo no sólo se atrevió a pedir este juicio en sus llamados salmos vindicativos, sino que incluso se atrevió a alabar anticipadamente por el mismo en el Salmo 149!

Sin embargo, este salmo no está anticuado bajo el Nuevo Pacto; si bien es verdad, la iglesia en la nueva economía actual no lucha con espadas de hierro, sino con «la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios», Ef. 6: 17, cf. Mt. 26: 52, 2 Co. 10: 4[9]. Pero nuestro Salvador y el apóstol Pablo ciertamente nos han enseñado, que la iglesia será implicada en el Juicio Final. «¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo?», 1 Co. 6: 2, cf. Mt. 19: 28, Dn. 7: 22 y 27; y , en este juicio, ciertamente no se quedará todo en palabras, sino que vendrá a propósito un abismo de fuego y azufre.

Así de menos espiritual es el Nuevo que el Antiguo Testamento. Pero, además, el tema del Salmo 149 sigue resonando hasta en las últimas páginas de las Sagradas Escrituras, cuando allí se describe la caída de la gran Babilonia, representada como una mujer que está ebria de la sangre de los santos y de la sangre de los testigos de Jesús, Ap. 17: 6. En torno a esta caída oyó Juan evangelista un himno celestial, y después una llamada a la iglesia: «*Alabad a nuestro Dios* todos sus siervos, y los que teméis, así pequeños como grandes», Ap. 19: 1-5.

Sobre este himno de alabanza gira el preludio final del Libro de los Salmos.

## 3. ¿A QUIÉNES CONVOCAN LOS SALMISTAS A ALABAR A DIOS, Y CÓMO DEBE OCURRIR ESA ALABANZA?

Según los Salmos 145 al 150, todo y cada uno en cielo y tierra deben alabar a Dios. «Todas tus obras», «todos», «todo lo que respira», alabe al SEÑOR, Sal. 145: 10 y 21; 150: 6. Incluso el sol, la luna y las estrellas, montes, colinas, nieve y granizo son llamados a ello, Sal. 148. Pero, como es natural, al frente, «tus santos», «Jerusalén», «Sión» o «los hijos (= habitantes) de Sión»; en resumen: «la congregación de los santos», como les califican los Salmos 145 al 150.

¿Estas iglesias se hacen cargo de cuán frecuentemente somos llamados al final del Libro de los Salmos por el Espíritu Santo –pues las Sagradas Escrituras son su Libro– a alabar a Dios? Sólo en los Salmos 145–150 se cuentan fácilmente treinta llamadas a hacerlo; y cuán frecuentemente no resuenan en los demás salmos sugerencias semejantes: «Venid, alabemos al SEÑOR»; «alabad al SEÑOR»; «cantad salmos a su nombre»; «cantad al Señor un canto nuevo»; «ensalce al Señor toda la tierra»; «venid ante su presencia con alegría»; «entrad con un canto por sus puertas»; «dad al Señor la gloria de su nombre», etc., etc.

La palabra «aleluya» que se halla 22 veces en los salmos, forma realmente también un mandato; pues, literalmente, viene a decir de forma imperativa: «¡Alabad al SEÑOR!»[10]. En resumen, el Salmo 147 dice, ya en su primer versículo: «Alabad a Jehová, *porque es bueno* cantar salmos a nuestro Dios; *porque suave y hermosa* es la alabanza», cf. Sal. 92: 1. A la conser-

vación y mantenimiento de la doctrina de la salvación también pertenece esto: poner en práctica fielmente los innumerables mandatos de cantar los grandes hechos de Dios. Juan Calvino, a este respecto, ya llamó la atención diciendo, que «por un celo fuera de lugar o importuno de servir a Dios, no malgastemos nuestro trabajo en bagatelas, como hacen la mayoría de las personas, que, olvidando lo principal, inventan toda clase de cosas para unirlas al servicio de Dios, y se cansan absolutamente en vano. Por eso el Espíritu Santo repite tan frecuentemente la palabra *alabar*, para que no descuidemos esta santa obligación»[11].

Esta alabanza de Dios debe ser transmitida, dentro de su pueblo, de una generación a otra. «Generación a generación celebrará tus obras», Sal. 145: 4. «Los jóvenes y también las doncellas, los ancianos y los niños», Sal. 148: 12. Cuán agradable es si esto ocurre en las familias y en las reuniones de la congregación: que las voces cascadas de los abuelos y abuelas se mezclen con las voces maduras de sus hijos e hijas, y allí, entremezcladas con éstas, las voces más claras y limpias de sus nietos y nietas; y que entre todas estas voces resuenen las expresiones más encendidas de fe y alegría en el SEÑOR: «tus hechos poderosos», «la hermosura de la gloria de tu magnificencia», «la memoria de tu inmensa bondad», Sal. 145. Aunque sólo fuera por causa de la alabanza al SEÑOR de «generación a generación», no debería apartarse a los niños de los cultos dominicales del resto de la congregación.

Como es natural, la congregación distinguirá, también en su vocación de alabar al SEÑOR, el mejor «tiempo, lugar y modo» de hacerlo. Como hace el Salmo 147, que alaba al SEÑOR con motivo de su retorno del destierro babilónico, y su conversión del culto a las estrellas. Pero también hay una alabanza de Dios, que diariamente encaja en nuestros labios, por ejemplo, por causa de nuestra liberación del paganismo, y por la donación del Pacto de Dios. De ahí que el poeta–autor también dijera: «*Cada día* te bendeciré, y alabaré tu nombre *eternamente y para siempre*», Sal. 145: 2; y el Salmo 146 quiere, como es natural, animar también a otros, diciéndoles: «Alabaré a Jehová *en mi vida*; cantaré salmos a mi Dios *mientras viva», v. 2.* Así pues, estos hermanos vieron, como vocación suya, no dejar pasar ni un *s*olo día sin haber habla-

do o cantado algo bueno acerca de nuestro Padre celestial. ¿Cantan aún diariamente nuestras familias cristianas la alabanza de Dios?

*Salmo 148: Alabar a Dios con y sin voz.*

¿Cómo debe la Congregación alabar a Dios?

Esta pregunta resulta superflua; pues lo hace, en primer lugar, con su boca. La expresión «alabar» a Dios, la encontramos en los Salmos 145–150 alternativamente junto a «exultar», «cantar salmos», «cantarle un himno de alabanza»; aun cuando también se puede glorificar los hechos de Dios sencillamente hablando y no cantando.

Los salmistas conocían también la alabanza de Dios bajo la dirección de instrumentos de música: «Cantad con arpa a nuestro Dios», Sal. 147: 7; «Cantad su nombre con danza; con pandero y arpa a él canten», Sal. 149: 3; y el Salmo 150 llama a alabar a Dios con una orquesta completa: a son de bocina, con salterio y arpa, con pandero, con cuerdas y flautas, con címbalos. El címbalo y el pandero servían, además, no tanto para acompañamiento, cuanto para hacer resaltar bien la medida, y para apoyar las palmadas rítmicas, Sal. 47: 1[12].

Sin embargo, no sólo es la congregación israelita la llamada en los salmos a alabar a Dios; e incluso no sólo «todo lo que vive» o «todo lo que respira» (Sal. 145: 21; 150: 6); sino que los salmos exclaman: «Todas tus obras te alabarán»: esto es lo que resalta poderosamente en el Salmo 148.

El mayor coro de voces se queda en nada al compararle con lo que el Salmo 148 nos permite oír: Un coro y una orquesta que se componen de sol, luna, estrellas, ángeles, aguas, animales de mar, animales de tierra, nieve y granizo, árboles frutales, montes, colinas, reyes, ancianos, jóvenes de ambos sexos, príncipes y pueblos. Aquí, el escenario es todo el cosmos; y los que ejecutan: todas las criaturas de Dios.

Hablando propiamente, hay dos coros: pues en el v. 1, se dice: «Alabad a Jehová *desde los cielos*; alabadle *en las alturas*»[13]; y luego, en los vs. 2–6, son llamados a la alabanza los ángeles así como también el sol, la luna y las estrellas y las aguas que están sobre los cielos. Este es el coro celestial. Pero,

después, en el v. 7, sigue esta llamada: «Alabad a Jehová *desde la tierra*», y entonces vemos participar en este gran oratorio a los monstruos marinos, los abismos, las tormentas, las bestias y todo animal, y los hombres de todo rango y condición.

Por tanto, hay dos coros: el cielo y la tierra.

¿Y el director? ¿Quién dirige o hace señas aquí tanto a los ángeles y a los cuerpos celestes como a la tierra con todos sus moradores para comenzar la alabanza? –El poeta–autor del Salmo 148, y la congregación que le acompaña con su himno[14].

Ahora sabemos, que los ángeles alaban constantemente a Dios: Isaías les pudo entender en la visión que tuvo en el momento de ser llamado por parte del SEÑOR, Is. 6: 3. Pero, sol, luna y estrellas, ¿no carecen de boca? Esto lo sabía muy bien el autor del Salmo 19; y, sin embargo, cuando miraba al cielo, oía a aquellos cuerpos celestes cantar: «No hay lenguaje» –decía– «ni palabras, ni es oída su voz»; (esto no obstante), «por toda la tierra salió su voz, y hasta el extremo del mundo sus palabras», Sal. 19: 3–4. ¿Y tampoco nosotros oímos con oídos de fe cómo ese poderoso coro del cielo con sus millones de soles, lunas y estrellas alaba a nuestro Padre celestial? ¡Sin lengua y sin idioma; pero alaban y alaban! Mientras muchas gentes niegan a Dios, la luna, como una cantante celestial, se halla ya desde hace siglos en el cielo nocturno cantando sus siempre impresionantes recitales. Y, ¿por qué los ángeles y los cuerpos celestes deben alabar a Dios? –Porque Él los creó con su facilidad divina: «Porque él mandó, y fueron creados», Sal. 148:5; cf. 33: 6. Así es como la alabanza de Dios en los salmos permanece siendo, hasta el último instante, algo típico anticananeo, y humillante para toda sabiduría humana. Cf. Capítulo 24, 3. g.

Con el mismo oído de la fe podemos oír al segundo coro del Salmo 148, cuando a los mudos animales del mar y a los abismos marinos les oímos alabar a Dios. Recuérdales aquí, una vez más, cuando veas películas o reportajes de las plantas y peces exóticos en las profundidades de los océanos. Así podemos oír la alabanza de Dios en el tronar de una fuerte tormenta, y en la floración de los campos en primavera.

Una vez que el Salmo 148 ha cantado así la majestad del Creador, resuena como un clímax: «Aunque su majestad so-

brepasa cielo y tierra, Él ha ensalzado el cuerno (poderío) de su pueblo», v. 14, (versión Dahood/van Deursen)[15]. Exaltar el poderío de alguien es: prestarle poder y prosperidad. ¿Había logrado Israel precisamente una victoria, o se refieren tanto el Salmo 148 como el 147 al regreso del destierro babilónico?[16]. A este respecto, no podemos dejar de pensar en nuestro Señor Jesucristo, a quien Dios ha instalado como «cuerno de salvación» (= arma de choque para salvación) en la casa de David, cf. Lc. 1: 68–69. Dios le ha exaltado, para bien de su pueblo, o como el salmista lo expresa: «(Alábele) *el pueblo* a él *cercano*», Sal. 148: 14. El Rey de cielo y tierra está muy cercano a nosotros.

## 4. NADA HAY MÁS EXCELSO Y GLORIOSO QUE ALABAR A DIOS.

¿Cuándo alcanza nuestra vida humana una altura semejante a los momentos en que alabamos a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo? Antonio Janse en su libro «La gloria de los Salmos como himnos del Pacto», escribía lo siguiente:

«Lo más glorioso y excelso que un hombre puede hacer no es comer y beber y regocijarse en ello –aunque las Sagradas Escrituras valoran muchísimo el gozar de los dones de Dios, Ec. 9: 7.

Tampoco es ir bien vestido y gozar los deleites de la vida con todo el confort y lujo modernos, –aunque la Sagradas Escrituras también lo recomienda a aquel a quien Dios se los da, Ec. 9: 8.

Tampoco lo es la convivencia dichosa de hombre y mujer, –aunque las Sagradas Escrituras también la presentan gozosa a cada paso como un don de Dios, Ec. 9: 9.

Tampoco es hacer su obra con todo poder en el trabajo manual o en la ciencia o en el arte o como fuere, –aunque las Sagradas Escrituras dicen, que lo debemos hacer con todas las fuerzas, y que gozar en esa ocupación es don de Dios, Ec. 9: 10 y 5: 17.

Tampoco es ser rico y amontonar riquezas, pues, para las Sagradas Escrituras, eso muchas veces puede ser necedad, y peligroso, Pr. 30: 8–9.

Tampoco lo es la música y el canto y la música de cuer-

da, –aunque Salomón la amó mucho, y pudo gozar de estas cosas.

Tampoco lo es, el hablar palabras de sabiduría, –aunque las Sagradas Escrituras lo valoran mucho.

Tampoco lo es ser justo en los pesos y medidas y asuntos del derecho, lo cual está altamente valorado en las Escrituras.

Tampoco lo es, una buena vida moral, aunque los mandamientos de Dios amonestan a ello tajantemente al pueblo de Dios, con amenaza de la ira de Dios, si con su vida le deshonran.

Tampoco lo es, incluso creer en Cristo, –aunque las Escrituras, en su totalidad, llaman a aceptar la Palabra del SEÑOR, y creer en el Hijo.

Tampoco lo es, trabajar mucho en el Reino de Dios, –aunque el SEÑOR ha prometido gran paga por ello.

Tampoco lo es, ser mártir por la fe en Jesús, –aunque el Señor dice, que recibirán la corona de la victoria.

Sino que lo más excelso es ese amor que cautiva a la iglesia, como esposa, de tal manera que se dispone a alabar a su esposo por su hermosura». Hasta aquí, la opinión de Antonio Janse.

Alabar a Dios, encumbrar a nuestro Hacedor, hacer oír nuestro júbilo ($t^{e}ru^{e}ah$, Nm. 23: 21, Sal. 150: 5), proclamar los hechos de salvación de Dios por medio de Jesucristo –eso es lo más excelso que un hombre puede hacer.

El Libro de los Salmos concluye, exclusivamente, con alabanza a ese Rey que estableció un Pacto con su pueblo, el cual se reveló en Cristo como el Dios incomprensiblemente grande; pero, esto no obstante, también muy manso, muy graciable y muy bueno para con sus criaturas.

«Bendiga todo el poderoso reino del SEÑOR su Gran Nombre, y honre todas sus grandes obras. Venid todos a alabar al SEÑOR», cf. Sal. 103. Esto, por lo general, no ocurre aún en la tierra; pero la alabanza que ya ahora ofrecemos a Dios es el preludio en el júbilo del Rey de la iglesia que, una vez resucitada de entre los muertos y reunida en la nueva tierra, alabará a Dios y su Cristo. Entonces, ya no será más un deseo, sino una gloriosa realidad: «¡Todo lo que tiene aliento, *alabe* a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo!».

NOTAS

1. También el Salmo 147, pues en hebreo asimismo comienza con *«Halleluyah»* (= Alabad a JAH = Jehová).

2. Todos los cuatro libros precedentes del Libro de los Salmos concluyeron también con alabanza, cf. Sal 41: 13; 72: 18–19; 89: 52; 106: 48.

3. Claus Westermann, *Das Loben Gottes in den Psalmen*, Göttingen 1963, 20–24 (traducido libremente).

4. «Con *todah*, que normalmente es traducido por «agradecer», en el Antiguo Testamento no se indica una sola vez el agradecimiento entre personas. Por lo cual, queda claro, a priori, que este *todah* no puede tener el sonido de nuestro «agradecer» que puede ser dirigido tanto a Dios como a personas.– Donde en el Antiguo Testamento se puede encontrar más inequívocamente nuestro «agradecer» es tal como ocurre entre personas, en la palabra *barak*, la cual, sin embargo, no significa primeramente «alabar», sino «bendecir», cf. Claus Westermann, o. c., 21.

4a. En Ex. 15: 11, Sal. 78: 4, Is. 60: 6, 63: 7 la Biblia Hebrea usa la palabra *t*[e]*hillot*, la forma plural de *t*[e]*hilla* = salmo, alabanza cf. Sal. 22: 3. «Es característico del idioma hebreo que esta forma plural no debe expresar, por ejemplo, la multiplicidad de alabanzas, sino la multiplicidad de lo que da ocasión de alabanza, como pueden ser los hechos de Dios, que suscitan el loor y la alabanza. El glorificar y el objeto de la glorificación son tomados como una unidad», Claus Westermann, Jenni/Westermann, *Theologisches Handwörterbuch zum Alten Testament*, München/Zürich 1971, I, 489 s. (s. v. hll pi. loben).

5. Cf. J. Wijngaards, *Vazal van Jahweh*, Baarn 1965, 153: «Las estipulaciones del Pacto se llaman, en el idioma acádico, sencillamente *«awate»*, las «palabras» del tratado. Este parece ser también el significado original de las «diez palabras» (Ex. 34: 27–28; Dt. 10: 1–5) que el SEÑOR grabó en tablas de piedra. Por consiguiente, la traducción literal suena así: «Las diez cláusulas del Pacto» (–). También en otros pasajes deben entenderse las «palabras del Pacto» como sus cláusulas del tratado o convenio (Dt. 28: 69; 31: 12 donde la palabra «ley» sustituye a «pacto»; 2 R. 23: 2)». También M. Dahood explica que: «sus palabras» quieren decir: «Los Diez Mandamientos», o. c., a. l.

6. Los muchos arameismos que aparecen en el Salmo 146 no deben por qué indicar, según M. Dahood, que también este salmo date del destierro o de después del mismo. «Ahora que las inscripciones arameas que salen a la luz abarcan cada vez mayores épocas, es decir, períodos de tiempo más largos, ya no es lícito por más tiempo que a los salmos que contienen arameismos los consideremos automáticamente como procedentes de la época del destierro o de la posterior al mismo.

7. «Parece, pues, que Weiser tiene razón cuando propone, que «el juicio decretado» (v. 9) se refiere a la destrucción de pueblos paganos en Canaán. Israel fue llamado reiteradamente a llevar a efecto este encargo religioso (Cf. Dt. 7: 1–2, 20: 12–13)». Así se expresa M. Dahood, a. l.

8. F. Delitzsch, a. l., H. Lamparter, a. l.

9. Cf. Juan Calvino en su comentario al Salmo 149: 9.

10. *Hallelu–hu*, alabadle, aparece aun más frecuentemente.

11. Juan Calvino, comentario al Salmo 135: 1–3.

12. *The New Bible Dictionary* s.v. music and musical instruments.

13. El salmista practica un intercambio en sus expresiones colocando junto a *min* (desde) el poético ba (desde): *bam*$^{e}$*romim* «de (o: desde) la altura».

14. F. Delitzsch, a. l.: «La Iglesia aparece aquí como dirigente del cosmos».

15. M. Dahood.

16. F. Delitzsch.

# ÍNDICE DE MATERIAS

# ÍNDICE DE TEXTOS BÍBLICOS

**Antiguo Testamento:**

**Nuevo Testamento:**

Invitación y promesa:

*"¡Aleluya!*
*Alaba, oh alma mía, a Jehová.*
*Alabaré a Jehová en mi vida;*
*cantaré salmos a mi Dios mientras viva".*
(Salmo 146: 1)

Las citas bíblicas que aparecen en este libro han sido tomadas, casi exclusivamente, de la versión Reina-Valera, revisión 1960.

Título original: **Psalmen II**
Derechos de edición: Buijten & Schipperheijn, Amsterdam
Traductor: Rev. Juan-Teodoro Sanz Pascual

Primera edición: 1997
Segunda edición: 2003

ISBN: 906311032 4
Depósito Legal:B. 21.315 - 2003

Edita y distribuye:
FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
STICHTING UITGAVE REFORMATORISCHE BOEKEN
(FELiRe)
Apartado 1053 - 2280 CB Rijswijk-Z.H. - Países Bajos

Distribuye:
FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
FELiRe, Apartado 96.018, 08080-BARCELONA, ESPAÑA

Diseño portada y composición:
RECURSOS EDICIONES
www.recursosediciones.com

Impreso en Romanyà/Valls, S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

*Printed in Spain*